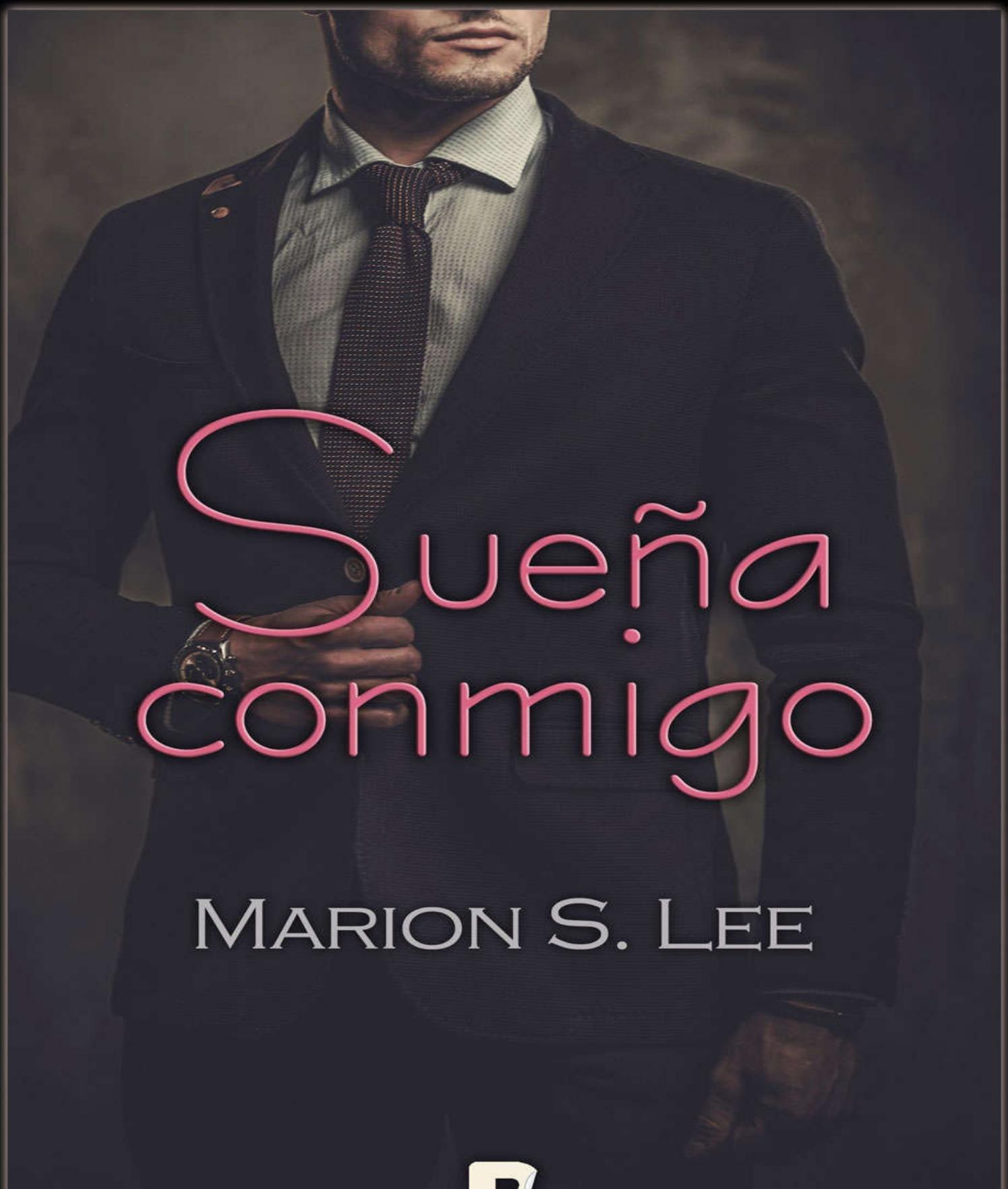


Selección RNR



Sueña
conmigo

MARION S. LEE



Romance Actual

SUEÑA CONMIGO

Marion S. Lee



1.^a edición: agosto, 2016

© 2016 by Marion S. Lee © Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España) www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-521-0

Maquetación ebook: Caurina.com Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A mis dos queridas amigas: Isa y María Eugenia. Quizá, sin vuestros consejos y sin vuestra impagable ayuda, esta historia no hubiera visto nunca la luz. Habéis sido muy pacientes conmigo y no hay palabras suficientes para agradeceros todo lo que habéis hecho por mí. Soy una persona tremendamente afortunada por teneros en mi vida.

Ya los tres hombres que iluminan mi vida. Os quiero

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo

CAPITULO 1

En cuanto las puertas automáticas del ascensor se abrieron, Paige Hunter salió de él ajustándose el cuello del abrigo y acomodándose el pelo revuelto. Era la tercera vez ese mes que llegaba tarde. Y no sabía bien a qué se debía. Todas las mañanas se levantaba a la misma hora, acometía las mismas rutinas y tomaba siempre el mismo camino hasta la oficina. Dios sabía que ella intentaba ser tan puntual como siempre lo había sido, pero al parecer eso no era suficiente.

Aceleró un poco el paso y, al hacerlo, el ruido de sus tacones se hizo más perceptible. Se cruzó con dos hombres a los que saludó con un contenido cabeceo y una sonrisa forzada para continuar con su camino. Numerosas puertas con sus respectivos rótulos se sucedían en aquel largo pasillo, forrado de paneles de madera oscura, que debieron costar una fortuna cuando los instalaron. Lo cierto era que en aquel edificio de la *Barret & Giles Engeneering Company*, la empresa para la que trabajaba desde hacía casi seis años, nada era mediocre o barato; los cuadros que colgaban de las paredes eran auténticos y los jarrones de porcelana habían sido traídos desde China.

Siguió caminando por aquella maraña de pasillos sin encontrarse a nadie más, lo cual agradeció en silencio; ya tenía bastante con escuchar a su propia conciencia como para tener que excusarse frente a sus compañeros. Giró a la derecha y continuó caminando. Su oficina se encontraba en lo más recóndito de aquella planta, donde trabajaban cientos de personas.

Acababa de vislumbrar la puerta de su despacho cuando escuchó el sonido del teléfono. Mientras intentaba sacar las llaves de su bolso, aceleró el paso para llegar cuanto antes. Sólo cuando llegó ante ella se dio cuenta de que una rendija de luz se colaba por debajo de la puerta y supo que su compañero ya había llegado. Intentando calmar los alocados latidos de su corazón, tomó aire profundamente, se colocó tras la oreja un mechón de pelo que había caído sobre su frente y entró en la oficina.

Jake Mensfield, su compañero desde hacía varios años, la recibió con una radiante sonrisa, el auricular del teléfono pegado a su oído y un movimiento de cabeza a modo de saludo. Ella le correspondió de igual manera, cerrando la puerta tras ella con cuidado.

—Buenos días —le dijo en voz baja, sin querer importunar su llamada.

—Sí, tiene razón. —Escuchó decir a su compañero mientras él se paseaba de arriba abajo por la habitación, con expresión de hastío en su rostro.

Siguió al hombre por la habitación con la mirada y arrugó la frente. Lo conocía desde que entró en la compañía y ya había llegado a catalogar todos esos pequeños signos que él hacía cuando las cosas andaban mal. Éste era uno de esos momentos.

—Ya le he dicho que tiene razón —le dijo a quien quisiera que estuviese al otro lado de la línea, para continuar hablando, con un creciente enfado en su voz—: podían haberse realizado más pruebas, por supuesto.

Paige no se atrevía a moverse del lugar en donde estaba mientras lo seguía con la mirada. Jake se movía de un lado a otro tanto como se lo permitía la longitud del cable. Paige estaba segura de que, de seguir así, terminaría enrollándose en él. Se quitó el abrigo y se sentó a esperar.

—En efecto... sí, sí claro, no se preocupe por ello... Le mantendremos informado, por supuesto—. Y colgó el auricular de un seco golpe.

Las cejas de Paige se elevaron con una muda pregunta frente a tan contundente punto y final. Esperó a que su compañero se dignara a explicarle de qué iba todo aquello.

—¿Y bien? —preguntó impaciente.

El hombre la miró fijamente, se pasó la mano por los cabellos en un gesto descuidado y suspiró con exageración.

—Era el abogado de la señora Delany.

Paige lo miró durante unos segundos hasta que recordó a quién se estaba refiriendo. Entonces él continuó: —Han pedido la opinión de otro laboratorio.

Desde luego que sabía cómo dejarla en ascuas. Paige cruzó los brazos ante su pecho y compuso una mueca.

—¿Vas a seguir contándomelo o tengo que esperar mucho? —No sólo le daba la información con cuentagotas sino que, además, tenía que rogarle que continuara. Jake la miró de reojo y le sonrió levemente.

Paige le devolvió la sonrisa. Una vez, hacía tiempo, pensó que esa media sonrisa de niño travieso y ese brillo tan especial en los hermosos ojos de Jake Mensfield haría que se enamorara de él y que terminarían enredados. De eso hacía mucho tiempo y había llovido mucho desde entonces.

—Asegura que el incendio no fue premeditado tal como nosotros sostenemos—le dijo Jake mientras se apoyaba contra el borde del escritorio—. Parece que el laboratorio está de acuerdo con ellos y han conseguido pruebas que lo corroboran—dijo sin darle apenas tiempo a responder. Antes de que ella pudiese contestarle, Jake agregó—: Pero ya sabes lo que opino.

Una sonrisa, que terminó convertida en una carcajada, se prendió del rostro de la mujer.

—Así que yo llevaba razón, ¿no es cierto?

Él asintió con un movimiento seco, sin darle demasiada importancia. Se sentó frente a ella y los ojos de ambos quedaron a la misma altura.

—Llevabas razón, Paige.

Paige le brindó una sonrisa amplia y sincera, a la vez que cerraba los ojos de puro deleite.

—Adoro cuando me das la razón.

El hombre se arrellanó en su asiento mientras introducía las manos en los bolsillos de sus pantalones y compuso una mueca de contrariedad con sus labios.

—Pues saboréalo porque no volveré a darte la razón en, digamos, otro año.

Ella enarcó una ceja.

—¿Cuánto hace que nos conocemos, Jake?

El hombre pensó un instante antes de contestar.

—Seis años.

—Exacto. Seis años. —Paige se puso en pie, exultante—. Y en todo este tiempo me has dado la razón más de una vez por año.

Jake alcanzó un lapicero del cubilete que había sobre la mesa. Juguetó con él entre los dedos durante unos instantes antes de volver a fijar su atención en su compañera.

—Has vuelto a llegar tarde, Paige.

La mujer se volvió con rapidez sobre sus talones y clavó los ojos entornados en su compañero, señalándolo con un dedo acusatorio.

—No cambies de tema. No te va a servir de nada.

Fue el turno de Jake para soltar una carcajada. En efecto, él sabía demasiado bien que de nada le valdrían aquellas tretas con ella.

—Bien, me rindo. Tienes razón y la llevabas desde el inicio de la investigación. Podríamos haber hecho aquellas pruebas que descartamos en un principio —aseveró el hombre con seriedad.

Paige asintió con un enérgico cabeceo.

—Estaba segura de que el origen del incendio estaba en la planta baja, cerca del garaje, pero no que se iniciara a causa del vertido de aquellos disolventes.

—Ya, ya, todo eso me lo dijiste, pero la cuestión ahora es ver cómo se lo tomarán los jefes.

La mujer anduvo por la habitación, pasándose la mano por el pelo, pensativa. Las risas de unos minutos atrás habían sido olvidadas para dar paso a una creciente preocupación.

—Cómo se lo van a tomar: mal, seguro. Y no es para menos, Jake. Hemos metido la pata. Hasta el fondo.

El hombre la imitó y se puso en pie. Dejó el lápiz a un lado y se apoyó en la mesa.

—Se arreglará, ya lo verás.

Paige quiso creer a su compañero pero algo le decía que esa equivocación iba a darle más de un dolor de cabeza, por no hablar de que había puesto en peligro su propia continuidad en la empresa.

—Supongo que Grant querrá un informe detallado de todo esto ¿no? —preguntó, aun sabiendo cuál iba a ser la respuesta. Su jefe no era una persona fácil de contentar.

Jake asintió, apenas sin dudar.

—Más que detallado. Puede que incluso le haga la autopsia a lo que le entreguemos.

Paige sabía que iba a ser inevitable presentarse ante su jefe antes de que finalizara la jornada laboral, lo cual hacía que sintiese el estómago como si se lo estuviesen apretando con un puño y se lo retorcieran con saña. Cerró los ojos y tomó aire.

—Bien, no ganamos nada postergando ese momento así que pongámonos a trabajar. Yo redacto el texto del informe y tú recopilas toda la documentación y las pruebas.

Enderezándose, Jake la obsequió con una radiante sonrisa.

—¿Qué haría yo sin ti, Paige? —preguntó con cierto tono burlón.

Ella lo miró y le sonrió.

—Hundirte tras un montón de papeles. De eso estoy segura —le contestó por encima de su hombro mientras se encaminaba hacia su mesa para ponerse a trabajar

en el temido informe.

Le había llevado toda la mañana y parte del almuerzo finalizar el dossier que debía entregarle a su jefe. Levantó un momento la vista de la pantalla del ordenador para relajarla. Se pasó los dedos sobre sus párpados cansados, frotándolos suavemente, y suspiró. Cuando abrió los ojos, buscó a su compañero. Lo encontró leyendo algo, completamente ensimismado. Se masajeó el cuello como pudo, para alejar el agarrotamiento que comenzaba a sentir. Un gemido salió de su garganta cuando recordó que, aunque terminara aquel informe, aún tendría que pasar por el trago de presentárselo a su jefe. Y tenía que admitir que temía que llegara ese momento.

De repente, la voz de su compañero la sacó de sus pensamientos.

—Paige, ¿aún te queda mucho?

Ella parpadeó antes de clavar la mirada en él.

—Eh, no demasiado. En media hora estará listo.

Jake asintió y reanudó su lectura como si nada fuese a ocurrir. Paige dejó que su vista quedase fija en él durante unos largos segundos, ensimismada y pensativa, mientras dejaba que su mente vagara. Necesitaba un descanso. «Desconectar un poco me vendrá bien», pensó al inclinarse sobre su asiento.

A su mente acudieron recuerdos ya lejanos, de su familia, de cuando comenzó a trabajar en aquella empresa. Sonrió un poco al recordar a su madre y a su padre, que se habían mostrado reticentes cuando les dijo que quería estudiar Física en lugar de seguir la costumbre familiar y estudiar Derecho. Le costó tres años y unas excelentes notas que sus progenitores se sintieran orgullosos de ella. Después de finalizar la carrera, probó suerte en el mercado laboral en algunas empresas pero sin demasiado éxito, así que se decidió a volver a la facultad para terminar licenciada *cum laude* en Ingeniería Química.

Fue una coincidencia que llegara a oír hablar de la filial de *Barret & Giles*. Allí necesitaban a alguien con su perfil profesional, y ella estaba dispuesta a dejar su ciudad y su familia para irse a Boston.

Cuando entró a formar parte del enorme equipo humano de la empresa, la instalaron en la oficina de Verificación de Siniestros, en la sección de incendios. Estuvo trabajando allí tres años, en los cuales adquirió experiencia y se granjeó fama de excelente profesional, así como el respeto de todos sus compañeros y jefes. No

había incendio, por pequeño que fuera, premeditado o no, que se le resistiera. Podía determinar su origen con dos centímetros cuadrados de error así como establecer si había sido provocado y qué acelerante habían usado para ello. Cada nuevo paso, cada logro, la hacía afianzarse un poco más en la empresa, hasta que llegó la oportunidad de volver a Washington para trabajar en la central.

Barret & Giles era una próspera compañía, buque insignia de un poderoso grupo que abarcaba un total de seis sociedades especializadas en realizar trabajos de peritación para grandes aseguradoras. Había nacido de la escisión de una empresa de seguros, y lo que antes era un departamento pasó a ser una entidad independiente que, con el tiempo, llegó a alcanzar un prestigio tal que otras firmas aseguradoras comenzaron a utilizar sus servicios. Su campo de acción se fue haciendo más amplio, abarcando desde el transporte marítimo de mercancías hasta sistemas antirrobo para las mansiones de los ricos.

Su crecimiento fue tan espectacular que pronto no tuvieron más remedio que dividirse en varias compañías para resultar más eficaces. Se decía que en la cartera de *Barret & Giles* no había ninguna póliza de menos de un millón de dólares. Ser reclamado por la empresa matriz desde una de las filiales era un logro que muy pocos podían alcanzar en toda su carrera, y mucho menos antes de cumplir los cuarenta. Paige se había ganado el derecho a sentirse orgullosa de sí misma.

Miró el reloj de la pantalla de su ordenador; aún faltaba casi una hora para entregarlo y al informe sólo le quedaban los toques finales. Miró de reojo a su compañero, que seguía enfrascado en la lectura.

Había conocido a Jake Mensfield cuando llegó desde Boston para integrarse en la oficina de Washington. Era un hombre agradable, culto, licenciado en Ingeniería Civil y además guapo, con unos preciosos ojos verdes que brillaban como los de un niño la mañana de Navidad cuando algo le entusiasmaba. Y tenía que admitir que Jake era una persona muy entusiasta. El poco tiempo libre del que disponía se lo pasaba viajando de un sitio a otro, conociendo nuevos lugares. Le encantaban las viejas películas de serie B, que veía una y otra vez aunque se las supiera de memoria. En contra de las expectativas sociales de su género, tendía a entablar amistad más fácilmente con mujeres que con hombres.

No iba a negar que cuando conoció a Jake se sintió obnubilada. Esa sonrisa podía eclipsar hasta al astro rey si se lo proponía. Al poco tiempo de conocerle creyó estar enamorada de él; ella, una mujer que parecía tener debilidad por las relaciones

controvertidas. Y enamorarse de un compañero, en aquella empresa que no toleraba la confraternización entre empleados, podría resultar poco menos que polémico.

Cuando conoció a Jake ya había tenido algunas relaciones previas que la habían dejado anímicamente destrozada, y pensó que él era muy distinto a todos los hombres que habían ocupado su corazón. En realidad lo era, y eso la llevó a tener esperanzas. Pero pasó el tiempo y lo que ella creía amor se fue convirtiendo en camaradería, casi en una relación de hermanos más que de dos personas que se gustaban. Pensar ahora que hubo un tiempo en el que creyó que podía estar enamorada de él casi le parecía un incesto.

Así, había decidido que no valía la pena arriesgarse a estropear la relación de amistad que tenían. En realidad, no echaba de menos tener una aventura amorosa. Amaba su existencia tranquila y sin más complicaciones que las que le daba su trabajo. Se había acostumbrado a vivir y estar sola, y que nadie la esperara al llegar a casa. A sus treinta y cinco años había decidido no volver a enamorarse.

—Paige... Paige.

La voz de Jake la trajo de regreso de entre sus pensamientos. Logró enfocar la vista para verle mirándola fijamente, preocupado. Parpadeó varias veces antes de contestar.

—¿Sí? ¿Qué ocurre?

El hombre dejó a un lado la documentación que lo había tenido absorbido todo aquel tiempo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó solícito y preocupado.

Ella asintió sin demasiada convicción

—Sí...sí, claro. Estoy bien.

Una expresión de alivio cruzó los rasgos de Jake, que terminó en una sonrisa que le iluminó el rostro.

—Estupendo —contestó él—. Pensé que volvía a dolerte.

Paige miró su propia mano, vendada, y sonrió ante la manifiesta preocupación del hombre. La movió despacio para desentumecerla. Había sido muy difícil teclear el informe con una mano vendada, fruto de una herida en la escena de un incendio, pero al fin había logrado finalizarlo. Se encogió de hombros, restándole importancia.

—No, no te preocupes. Sólo me había distraído un poco, nada más—. Paige regresó a la pantalla de su ordenador—. He terminado, Jake. ¿Está lista tu parte? —

quiso saber.

Jake se acercó hasta su ordenador, tecleó algo e inmediatamente Paige escuchó el sonido casi imperceptible de la impresora escupiendo el documento. El hombre se levantó, tomó las hojas, las metió en una carpeta transparente y se la tendió a Paige.

—Aquí tienes, listo para entregar.

Paige se lo agradeció con un breve cabeceo. Imprimió su parte del informe y la colocó en la carpeta, tras la que Jake le había dado. Apagando su ordenador se levantó despacio, como si quisiese retrasar lo inevitable.

—Bien, entonces, no tiene sentido demorar esto más—. Tomó aire, llenando sus pulmones para exhalarlo ruidosamente a continuación—. Subiré, presentaré el informe y me quemarán en la pira como a Juana de Arco.

Jake rio ante la ocurrencia de su compañera. Por desgracia, debía ser ella la que presentara el informe ya que le había sido adjudicada la investigación.

—Venga, no temas, Grant aún no se ha comido a nadie —le dijo su compañero mientras se encogía de hombros.

—Has dicho bien. Aún no se ha comido a nadie —dijo, enfatizando sus palabras. Se dirigió hasta la puerta y se giró cuando ya tenía el pomo en la mano—. Pero puede que para mañana eso haya cambiado. Si no vuelvo a verte, Jake, ha sido un placer.

Por un momento, la sonrisa se borró del rostro de Jake hasta que cayó en la cuenta de la risa contenida en los labios de ella.

—Lárgate ya o seré yo quien te queme en esa pira —la amenazó, lanzándole una bola que acaba de fabricar con un folio, que se estrelló contra la puerta cuando Paige hubo cerrado rápidamente tras de sí.

El despacho de su jefe inmediato, Jason Grant, estaba dos pisos más arriba, en la planta donde se encontraban todos los directivos. Mientras subía en el ascensor, hojeó el expediente que portaba entre las manos. Su garganta ahogó un pequeño gemido. En toda su carrera, jamás había entregado un informe tan decepcionante. Bueno, pensó, decepcionante había sido cómo habían manejado la investigación. No recordaba ningún otro caso en que se hubieran cometido tantos fallos e irregularidades como en éste. Había sido un auténtico trabajo basura y tenía que afrontar las consecuencias de ello.

El timbre de la cabina indicó que había llegado y salió del ascensor. Se cruzó con

varios compañeros que la saludaron con un leve movimiento de cabeza y una tímida sonrisa que ella retribuyó. Paró ante la puerta abierta de una pequeña oficina y entró sin avisar.

La pequeña antesala a la cual entró era el despacho de la secretaria personal del señor Grant. La mujer estaba sentada tras el teclado. Al escuchar a Paige entrar, giró la cabeza hacia ella.

—Buenas tardes, Paige —saludó educadamente la secretaria.

Paige le sonrió al llegar ante su mesa.

—Buenas tardes, Caroline. El señor Grant me espera.

La secretaria abandonó lo que la había tenido ocupada hasta ese momento y pulsó el intercomunicador.

—Señor, la señorita Hunter está aquí —dijo con voz clara y con un leve acento sureño.

Tras unos segundos de espera, la voz de un hombre se escuchó a través del aparato.

—Hágala pasar, Caroline, por favor.

Caroline alzó los ojos hacia Paige sin decir nada, sólo con una leve mueca pintada en los labios que imitaba a una sonrisa. Paige asintió y se dirigió con pasos firmes hacia la puerta que daba acceso al despacho de su jefe.

Tocó con suavidad con los nudillos y, sin esperar una respuesta desde el otro lado, giró el pomo y abrió.

Los goznes chirriaron levemente y Paige entró en el despacho. Si la oficina exterior donde se ubicaba la secretaria era adusta y casi espartana, el despacho del jefe de Verificación de Siniestros, Jason Grant, era por completo lo opuesto.

Se sentía pequeña e insignificante cada vez que entraba en aquella estancia. Cerró la puerta con cuidado tras ella y tomó aire. Miró a su alrededor y anduvo hacia la persona que estaba sentada tras aquella enorme mesa.

La magnífica alfombra absorbía el ruido de los zapatos de Paige mientras cruzaba la habitación, despacio. El aroma que desprendía la madera recién lustrada del suelo y de las paredes se mezclaba con una suave fragancia masculina proveniente, sin duda, del inquilino de aquella fastuosa oficina. Varias librerías ocupaban las paredes, todas ellas atestadas de ricos volúmenes con caras encuadernaciones, meticulosamente ordenados. Al fondo, una puerta doble de madera que daba directamente al pasillo. Una gran mesa de reuniones se alojaba en un extremo del

despacho. Paige miró de reojo a su alrededor. No entendía demasiado de arte, pero podía jurar que aquellos grabados que embellecían aún más aquel recinto eran auténticos y no meras imitaciones. Pero todo en aquel lugar desmerecía frente al inmenso ventanal que había en una de las paredes. El cristal limpio y diáfano hacía que la cálida luz de la tarde entrara a raudales. Paige sintió latir su corazón en el pecho y el correr de la sangre en sus oídos.

—Tome asiento, señorita Hunter —oyó decir a su jefe. El hombre no había levantado la vista desde que ella entrara, enfrascado en su lectura.

Paige se sentó sin pensárselo un sólo instante, con lentitud. Se sentía inquieta e incómoda, como si el sillón quemara bajo su cuerpo. Casi no se atrevía a levantar el rostro y mirar a su jefe. Dio un sobresalto cuando escuchó de nuevo su voz.

—Y bien, señorita Hunter, creo que tiene algo para mí, ¿verdad? —preguntó mirándola por primera vez desde que ella entrara.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que aún mantenía en su mano el dossier, tan fuertemente apretado que sus nudillos estaban blancos a causa de la presión que estaba ejerciendo. Azorada y nerviosa, le entregó los papeles. En aquel momento se maldijo por lo bajo y se juró a sí misma que nunca más manejaría tan mal una investigación.

El hombre tomó el informe de manos de sus manos y se quedó mirándola.

—Señorita Hunter, ¿qué le ha ocurrido en la mano? —preguntó visiblemente preocupado.

Paige se miró la mano asombrada y la depositó sobre su regazo con rapidez.

—No es nada, señor. Tan sólo un pequeño corte que me hice cuando fuimos a verificar el incendio. —Mintió con una sonrisa en los labios. El corte había sido profundo y había sangrado copiosamente, tanto que le habían tenido de dar dos puntos de aproximación para que la herida cerrara.

Su jefe se irguió en su asiento, inclinándose sobre la mesa y apoyando los codos en ella.

—¿La ha visto un médico?

La mujer asintió al instante.

—Sí, muchas gracias —le respondió.

Los hombros de su jefe se relajaron. Volvió la mirada a la documentación que ella le había entregado y se colocó las gafas. Abrió el dossier y se dispuso a leerlo bajo la

atenta mirada de Paige.

—Bien. Veamos este informe.

Sintiéndose incómoda, Paige paseó la mirada por la habitación, repasando cada mueble y cada pared. Esperar no era lo suyo y estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para mantener la fachada de serenidad que debía mostrar. No había nada en aquel despacho fuera de sitio, ni nada que discordara con la presencia de aquel hombre. Finalmente, la mirada de Paige recayó en su jefe.

Jason Grant no era un jefe común, pensó. Aunque pertenecía al comité de dirección desde hacía años, se ocupaba en persona de conocer todas y cada una de las cuentas en las que estaban ocupados los que estaban bajo su cargo. Tenía una fama justamente ganada de ser muy escrupuloso en su trabajo. No era un jefe fácil de contentar, y cada día exigía a sus empleados la máxima seriedad y una total entrega. No había en la empresa ningún otro departamento que fuera tan criticado y alabado a la vez como el departamento de Verificación de Siniestros.

Su jefe continuó enfrascado en la lectura, sin percatarse del escrutinio al que estaba siendo sometido. Paige levantó un poco la barbilla y continuó con su observación. Aunque estaba sentado, sabía que Grant era un hombre alto: incluso cuando ella solía usar tacones, él le sacaba media cabeza de altura. Y eso que ella no era una mujer precisamente baja. Sabía que había rebasado la barrera de los cuarenta, que no aparentaba en absoluto, y se mantenía en una forma física que sería la envidia de algunos hombres más jóvenes. Sus hombros no eran demasiado anchos y, bajo aquellas pulcras camisas recién planchadas que solía vestir, se adivinaban unos brazos fuertes y musculados. Su rostro no era de rasgos suaves pero eso lo hacía tremendamente masculino. Su boca tenía la proporción exacta para sus facciones; una nariz algo ancha, la barba perfectamente afeitada y una mandíbula con mucha personalidad. No recordaba bien el color de sus ojos, ahora atentos a la lectura, pero Paige creía que eran azules, o tal vez de un extraño color gris. Si alguien le preguntaba el color de su pelo, que lucía corto y algo más largo en el flequillo y peinado de manera algo desenfadada, ella diría que era rubio, aunque se acercaba más al castaño. Pero si algo había en Jason Grant que llamara poderosamente la atención, además de su físico, era su voz, una hermosa voz de barítono que le granjeaban mucha admiración entre el sector femenino de la empresa.

Paige recordaba las conversaciones que había escuchado en los lavabos de señoras de la oficina. Muchos eran los hombres que trabajaban allí y que eran

admirados por el sexo contrario, y uno de ellos era su jefe. Más de una habría querido intercambiar con él algo más que un saludo. Hasta donde ella sabía, él nunca había dado pie a ello, para desdicha de muchas. Además de que, posiblemente, sería un escándalo, pues la compañía tenía una política bastante estricta sobre las relaciones entre empleados, cosa que a Paige le parecía una total y absoluta tontería.

En cada ocasión en que los roces del trabajo habían llegado un poco más allá, la dirección estratégicamente los había colocado en departamentos distintos. Paige sabía que aquella norma se había implantado a raíz de una sonada demanda por acoso sexual que había interpuesto una trabajadora. En su afán por cubrirse las espaldas, la empresa se tomaba muchas molestias en procurar que las normas se cumplieran. Así que, por todo aquello, nadie se aventuraba a tener una relación dentro de los inquisitivos muros de *Barret & Giles*.

Poco se sabía de su vida privada, sólo lo que había escuchado en los mismos mentideros. Se había divorciado hacía tres años, después de quince de matrimonio en el cual no tuvo hijos, y hacía dos años que su ex mujer había tenido un accidente de tráfico que le costó la vida. Y nada más. Había coincidido con él en más de una ocasión en alguna que otra cena de la compañía, y siempre había sido muy cortés y educado con todas las personas con la que departía.

Paige se esforzó en dejar a un lado todos aquellos erráticos pensamientos al escuchar el roce de uno de los folios que su jefe estaba leyendo. El hombre cerró el expediente y cruzó las manos sobre él.

—Bien, señorita Hunter. —Carraspeó para erguirse en su asiento—. No sé cómo decirle lo mucho que me han decepcionado usted y el señor Mensfield en esta investigación.

Paige bajó los ojos, avergonzada.

—Lo sé, señor.

—Creo que sabe que los abogados de los asegurados han pedido una segunda opinión y ellos han establecido que el incendio no fue premeditado.

Levantando la cabeza, asintió tímidamente.

—En efecto, señor.

Grant se reclinó sobre el respaldo alto de su sillón y cruzó los brazos ante su pecho.

—Señorita Hunter, que usted lo sepa no me sirve ahora de nada. Los señores

Delany pedirán la retribución de su póliza así como la compensación por los gastos extras ocasionados por nuestra mala gestión —dijo con voz grave—. Debo entender que usted asumirá su error en este proceso.

El hombre tenía los ojos clavados en Paige y ella pudo sentir aquella mirada escrutadora sobre ella.

Después de unos segundos de silencio por parte de ambos, Grant se levantó de su asiento, rodeó la mesa y se apoyó sobre el borde de madera del mueble.

—Señorita Hunter, voy a serle sincero: su historial es impecable y todos en el comité de dirección sabemos de su profesionalidad y su buen hacer. Prefiero pensar que este asunto ha sido un cúmulo de malos entendidos y no de una mala gestión por su parte.

Paige levantó la vista para posarla en su jefe. Asintió sin mucho convencimiento.

—Por lo tanto —continuó—, voy a pasar por alto este incidente y espero no volver a tener que leer un informe como el que me acaba de entregar. ¿Ha quedado claro?

La mujer se puso en pie frente a su jefe. Ahora podía apreciar la estatura del hombre junto con su apostura. Lo miró fijamente y se sintió aún peor que cuando pensaba que la iban a poner de patitas en la calle.

—Señor, las pruebas señalaban en una dirección completamente distinta. Fue un error al interpretarlas. Y después de revisar el informe del laboratorio que contrataron los señores Delany, teníamos que darles la razón.

Los ojos de Grant estaban fijos en ella y Paige pudo apreciar el color celeste de éstos que, pese a ello, no transmitían frialdad. Grant continuó mirándola durante unos instantes, pensativo, hasta que terminó asintiendo.

Dejando escapar el aire de sus pulmones, Paige sonrió con cautela. Su jefe se incorporó y se irguió en toda su estatura.

—Muy bien, señorita Hunter, creo que esto es todo por el momento. Si tengo alguna duda al respecto, la volveré a llamar. Gracias por venir—. Y rodeó de nuevo la mesa para volver a sentarse en su sillón, en una clara indicación de que daba la reunión por terminada.

Paige giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta.

—Señorita Hunter —oyó a su jefe. Ella se detuvo y se volvió con rapidez.

—¿Sí? —preguntó con un hilo de voz. «Ahora es cuando me despide y adiós, muy buenas».

—Cúidese esa mano —dijo el hombre sin levantar la cabeza, enfrascado ya en un nuevo expediente que tenía ante sí.

No pudo evitar sonreír ante la atención.

—Sí. Gracias. Eso haré.

Y abandonó el despacho cerrando la puerta con cautela.

CAPITULO 2

Gracias a Dios, la reunión del día anterior con su jefe no había resultado ser un desastre total, pensó Paige. Grant la había reprendido con severidad, cierto, pero también le había devuelto en parte la confianza en sí misma después de aquel fiasco de investigación.

Ese día había pedido la mañana libre. Tenía que volver al hospital para que le curaran la herida de la mano, lo cual debía hacer cada tres días. Si no hubiese tenido que ir por imperativo médico, igualmente habría ido. La herida no tenía demasiado buen aspecto y estaba preocupada. No había querido pedir la baja por aquella nimiedad, pero sentía la mano caliente y le dolía en ocasiones. Temía que alguno de los puntos se le hubiera infectado y eso retardara aún más la cicatrización.

El cirujano que la había atendido cuando se infligió la lesión era el mismo que se encontraba ese día en la consulta. Cuando le quitó la venda, arrugó levemente la nariz.

—Se ha infectado ¿verdad? —preguntó Paige un tanto asustada. La herida le palpitaba y, a sus ojos inexpertos, aquello no tenía demasiado buen aspecto.

El médico apretó los labios mientras le movía con cuidado la mano para inspeccionarla.

—En efecto, señorita. Uno de los puntos se ha infectado. Voy a tener que prescribirle un tratamiento con antibióticos. Además, no podré quitarle ese punto hasta que no esté del todo cicatrizado —le dijo cuando levantó la cabeza para mirarla.

Paige hundió los hombros. Había intentado tener cuidado con su mano, pero acababa de comprobar que no había sido suficiente. Así que dejó que el médico la atendiera y le pusiera de nuevo la venda, emplazándola para cuatro días más tarde.

Cuando abandonó la consulta, miró el reloj. Era casi mediodía y debía estar en el trabajo a la una y media. Había pensado tomar un almuerzo ligero en alguna cafetería cercana al hospital, lejos de los sitios habituales a los que solía acudir, por lo que apresuró el paso. La consulta del médico estaba en uno de los pabellones más

alejados de la entrada en donde había dejado su coche, así que el camino de regreso hasta el aparcamiento era largo. Tenía que cruzar casi medio hospital antes de llegar allí.

Aun conociéndolos, todos los pasillos que partían a derecha e izquierda desde un corredor central, le parecían iguales: paredes pintadas en un tenue azul celeste — quizá para recordar el reconfortante color del cielo—, salpicadas con bonitas réplicas de cuadros que las adornaban y mitigaban la sensación de estar en un recinto hospitalario. Los tacones de sus zapatos resonaban en el suelo limpio y que parecía recién pulimentado. El olor a antiséptico mezclado con los medicamentos se introducía por su nariz, haciéndola cosquillear.

Desde que el hospital hubo cambiado su política con respecto a las visitas, ampliando el horario a todo el día, los visitantes se habían espaciado y pocos poblaban los innumerables corredores, surcados sólo por enfermeras y celadores que iban y venían, ocupados en hacer su trabajo.

Paige fue dejando atrás pasillo tras pasillo, hacia los que giraba la cabeza en un acto reflejo. Al pasar por uno de ellos, se detuvo antes de dejarlo atrás, volviendo sobre sus pasos para mirar con más atención. Era como todos los demás por los que había pasado: largos, iluminados, pulcros y casi deshabitados de no haber sido por la figura que pudo vislumbrar casi al fondo y que le resultaba vagamente familiar. Encogió los ojos para fijar mejor la mirada en aquella persona que le daba la espalda, enfundado en un abrigo corto de color tostado.

Dudando, dejó el corredor principal para adentrarse en aquel último.

No debió escucharla llegar, pues al tocar su brazo el hombre se giró con rapidez hacia ella, con una expresión de sorpresa en su rostro.

—¡Señorita Hunter! ¿Qué hace aquí?

Jason Grant tenía los ojos clavados en ella, interrogantes y con expresión preocupada. Ella asintió a modo de saludo.

—Vine a... —Dudó un instante antes de responder—. Curarme la herida —le dijo levantando la mano y ofreciéndole una sonrisa que casi era una disculpa.

—Creí que había sido una lesión leve —añadió su jefe, frunciendo el ceño.

Paige compuso una mueca. En un principio la herida no había revestido demasiada importancia. No sabía si había sido negligencia suya, o simplemente mala suerte, pero lo cierto era que había terminado complicándose.

—Se ha infectado un punto y debo llevar esto al menos una semana más —contestó y alzó la mano ante su rostro.

El semblante del hombre permaneció inmutable.

—Podría haberme dicho que era más grave de lo que aparentaba, señorita Hunter. El seguro de la empresa hubiera asumido su tratamiento.

—Oh, no. Mi seguro se ha hecho cargo de todo —se apresuró Paige a contestar.

—¿Está segura de que no necesita unos días de baja? —le preguntó Grant, con aire solícito.

La preocupación que su jefe demostraba la hizo sentir extrañamente bien, casi reconfortándola. Negó con la cabeza.

—Estoy segura. Todo va bien, pero se lo agradezco.

Grant desvió la vista de ella, mirando hacia algún punto al comienzo del pasillo. Un leve y casi imperceptible pulso apareció en la mandíbula del hombre.

—Si está segura de ello, está bien —le respondió Grant, zanjando el asunto.

Sintiéndose aliviada por haber aclarado el tema de su herida, Paige desvió la mirada hacia ambos lados, al igual que hizo Grant. Tras unos instantes, la de ella volvió a recalar en su jefe.

—¿Puedo preguntarle qué hace aquí, señor? ¿Algo anda mal?

Su jefe bajó la mirada hacia el suelo y negó con un gesto de cabeza.

— Eh... no, señorita Hunter. Todo está bien.

No sabía bien por qué pero no le creyó. Había algo en el tono de su voz y en la rigidez de sus hombros que le empujaba a no creerle. Pese a todo, y forzando una sonrisa, Paige asintió despacio.

— Me alegro.

«Tal vez es hora de irse», pensó Paige mirando por encima de su propio hombro en dirección a la salida. No hacía nada allí y tenía asuntos que atender antes de volver al trabajo. Como, por ejemplo, comer algo. En lugar de eso, giró la cabeza de nuevo hacia su jefe.

—Pues no es un sitio agradable para pasear, ¿no cree?

El hombre pareció no entender.

—¿Cómo dice?

Paige señaló a su alrededor, con un gesto contenido.

—Estamos en el área de cardiología, por si no lo había notado.

Grant parpadeó un par de veces antes de bajar la cabeza. Su expresión cambió por completo cuando volvió a mirarla.

—Es mi hermano —dijo finalmente.

No había que ser adivino ni una mente privilegiada para unir cabos, recapitó Paige. Grant estaba visiblemente preocupado por algo aunque él no hubiera querido decirlo.

—¿Le ocurre algo a su hermano?

En el rostro del hombre se hizo evidente una honda muestra de preocupación. Ahora que se fijaba bien, recapitó Paige, el rostro de su jefe se mostraba ojeroso y con una barba incipiente. Grant tomó aire para dejarlo escapar poco a poco. Hizo una mueca con los labios y se encogió de hombros.

—Ayer por la tarde mi cuñada me avisó de que Darren, mi hermano, había sufrido un ataque al corazón —dijo fijando los ojos en sus propios zapatos. Para Paige fue claro que le había costado construir aquella simple frase.

Paige respiró profundamente al escucharlo y se dio cuenta de que su jefe estaba pasando por unos duros momentos, aun cuando su respuesta había sido escueta. Extendió su mano y la posó sobre el brazo masculino, en un gesto de empatía.

—Lo siento, señor. —Su voz se había convertido casi en un susurro—. ¿Cómo está él?

Grant levantó la cabeza, que hasta ese momento había mantenido agachada, y la giró hacia la puerta cerrada que estaba a su derecha.

—Le mantienen sedado. Los médicos dicen que, al parecer, le han intervenido a tiempo. Si el servicio de asistencia hubiera tardado un solo minuto más en acudir, seguramente habría sido demasiado tarde para él —le respondió en el mismo tono bajo que había utilizado Paige.

La voz del hombre le había sonado triste y cansada, y Paige supuso que era fruto del poco descanso del que habría disfrutado en las últimas horas.

—Tengo entendido que en este hospital hay excelentes especialistas. Seguro que está en buenas manos —argumentó ella.

Ofreciéndole una triste sonrisa, Grant asintió.

—Así es, señorita Hunter. Gracias.

De repente, la puerta más cercana a ellos se abrió y una mujer salió de la

habitación. Tenía el cabello corto y negro, piel blanca y ojos tan verdes como una piedra preciosa, que destacaban en su fino rostro y que se fijaron al momento en Grant y en ella.

—Jason, aún estás aquí —dijo la mujer con voz dulce y entristecida. Posó la mirada en Paige para pasar directamente a mirar al hombre.

Paige se hizo a un lado casi de inmediato.

—Maddie, ésta es Paige Hunter —comenzó diciendo Jason, a modo de presentación—. Trabaja conmigo en la compañía. Señorita Hunter, ella es mi cuñada, Madeline Grant.

La mujer dio un paso más hacia Paige y le tendió la mano.

Más alta que ella, a Paige le recordó de inmediato aquellos grabados de antiguos dioses, hermosos, elegantes y casi etéreos. Pensó que no sabría precisar la edad de aquella otra mujer, pero las pequeñas arrugas alrededor de sus vívidos ojos indicaban que debía estar a punto de cumplir los cincuenta. Se acercó hasta ella y con una sonrisa le retribuyó el saludo.

—Es un placer conocerla, señorita Hunter —le dijo.

—Lo mismo digo, señora Grant.

La señora Grant, Maddie, miró a su cuñado con una leve sonrisa en los labios.

—Pensé que te habías marchado.

El hombre negó con un único movimiento de cabeza.

—Salí a tomar el aire. Sólo eso. ¿Necesitas algo?

Maddie miró por encima de su hombro hacia el interior de la habitación para volver a clavar la mirada en Grant.

—Sólo quería tomar un poco el aire pero... no me gusta dejarle ahí dentro solo.

Paige se sintió incómoda en medio de la conversación, pero le pareció de mala educación interrumpirla. Grant dio un paso hacia su cuñada.

—Quédate aquí un rato. Yo entraré —se apresuró a contestar el hombre. Se encaminó hacia la puerta, pero antes de llegar a ella, giró la cabeza hacia Paige.

—Señorita Hunter, me alegra haber podido hablar con usted.

Y sin esperar respuesta por parte de las dos mujeres, se adentró en la habitación dejando la puerta abierta.

Madeline Grant se volvió hacia Paige, despacio.

—Así que trabaja con mi cuñado —aseveró en voz baja.

Paige asintió vigorosamente y forzando una sonrisa.

—Sí, desde hace seis años.

La mujer se acercó hacia la pared y apoyó un hombro sobre ella, en un gesto cansado.

—Eso es mucho tiempo. Mi cuñado a veces puede ser insufrible.

Bajó la cabeza ante la afirmación, conteniendo la risa.

—No voy a decirle que es un jefe fácil de contentar, pero los hay peores, créame.

Maddie asintió a su vez.

—¿Cómo se encuentra su marido? —preguntó Paige casi sin pensar.

El hermoso rostro de la mujer se entristeció de momento.

—Continúa dormido. Los médicos han estado aquí y nos han dicho que las próximas veinticuatro horas son cruciales. —La mujer se incorporó y se acercó a la puerta—. Pero es un hombre fuerte. ¿Y sabe, señorita Hunter? Mantengo la esperanza de que saldrá de ésta.

En un gesto impulsivo, Paige se acercó a la mujer y le puso una mano en el brazo y apretó levemente, queriendo transmitirle con aquel gesto algo de apoyo.

—Eso está bien, señora Grant. Que usted mantenga la esperanza le ayuda, lo crea c
no.

Madeline la miró.

—Lo sé. —Suspiró con vigor al hundir un poco los hombros—. Si aún tuviera el vicio de fumar, sería el momento ideal para buscar un cigarrillo —dijo con una sonrisa forzada que Paige retribuyó de igual manera.

Un silencio algo incómodo se abrió paso entre ambas mujeres, que se quedaron mirando hacia el interior de la habitación a través de la puerta abierta. El jefe de Paige se había sentado junto a la cama, muy cerca de la cabecera, con la mirada fija en el hombre que la ocupaba.

Aun no habiéndolo visto con anterioridad, Paige no pudo dejar de apreciar el gran parecido físico entre ese hombre y su jefe. Por lo que podía intuir, poseía la misma complexión que Jason Grant: alto, fuerte y atlético. Tenía el mismo mentón y una nariz muy parecida, aunque el color de su pelo era un poco más claro que el de Grant. Un montón de cables, que lo conectaban a una máquina, cruzaban su pecho. Paige bajó la mirada. Era triste ver a una persona en aquellas circunstancias, una persona que parecía rezumar vitalidad, aunque no la conociera de nada. Pero su jefe parecía estar

muy cercano a él y sintió pena por ambos.

En la habitación reinaba un pesado silencio, casi opresivo, roto sólo por el monótono e incesante sonido de la respiración asistida y de los constantes y regulares bips que emitía el monitor cardiaco. La voz de Madeline sacó de pronto a Paige de sus pensamientos.

—Jason lleva toda la noche aquí conmigo. Debe de estar extenuado.

Paige la miró de nuevo y la mujer continuó.

—No tenemos mucha familia y no hemos querido avisar a los amigos, a él no le hubiera gustado —dijo señalando con la cabeza a su marido—. Me gustaría que Jason pudiera descansar un poco. Me temo que me apoyo demasiado en él.

A Paige le gustaba aquella mujer. Era franca y sincera, y la dulzura que poseía se podía entrever en el tono de su voz y en sus gestos. Maddie volvió la cabeza hacia ella y preguntó.

—¿Qué le ha ocurrido en la mano?

Ya casi no se acordaba de ello. El tratamiento que le había dado el médico en la consulta estaba comenzando a surtir efecto. Se encogió de hombros, restándole importancia.

—Un pequeño accidente en mi último caso. Nada grave.

Maddie dio un par de pasos hacia la puerta. Paige no estaba segura de si la mujer había llegado a escuchar su respuesta. En aquellas circunstancias solo debía de tener la mente puesta en su marido.

—Voy a volver a entrar —dijo girándose levemente hacia Paige—. No soporto estar aquí fuera mientras él...

—Claro, por supuesto —respondió Paige, mortificada por no haberse dado cuenta antes de que la estaba entreteniéndola—. Yo he de marcharme, de todas formas.

Antes de entrar en la habitación, Madeline se volvió hacia Paige.

—¿Puedo pedirle un favor, señorita Hunter?

Asintió sin tan siquiera esperar a saber qué sería lo que la mujer le iba a pedirle.

—¿Podría intentar convencer a Jason de que descanse un poco? Lleva toda la noche aquí y a mí no me hará caso alguno.

Le sorprendió la petición de la mujer pero terminó asintiendo. Casi sin pensar, Paige la detuvo.

—¿Puedo volver otro día para ver cómo se encuentra su marido?

La petición arrancó en Maddie Grant una sonrisa; triste, pero una sonrisa al fin y al cabo. Le tomó una mano.

—Puede venir siempre que quiera. Se lo agradezco mucho.

Paige le retribuyó de la misma manera y asintió. No sabía bien el porqué de dicha petición pero había algo en aquella mujer que le gustaba.

Entraron una tras la otra. Maddie se acercó a su cuñado y, despacio, le puso la mano sobre uno de sus hombros.

—Jason, tienes que descansar.

La negación por parte del hombre fue firme y, en honor a la promesa que acababa de hacerle a Maddie, la reacción de Paige no se hizo esperar.

—Señor. —Titubeó unos segundos al hablar—, Había pensado en comer algo antes de volver a la oficina. Me... me preguntaba si le gustaría acompañarme.

Jason volvió la cabeza hacia ella. Paige estaba a su espalda, mirándolo fijamente. Su mirada atrapó la de la mujer por unos segundos.

—Ve, Jason. Llevas mucho tiempo aquí —le dijo Maddie con dulzura—. Además, has de comer algo. Acompaña a la señorita Hunter. Por favor. —La mujer, con un elocuente gesto de su mano, invitó a Jason a seguir a Paige.

Grant se giró hacia su cuñada como si le estuviese hablando en una lengua que no conocía.

—No me mires así, Jason, y ve con ella. No temas, estaré bien —le dijo sabiendo que él no iba a marcharse por propia voluntad.

Pasaron unos segundos hasta que Grant asintió con un gesto contenido de cabeza. Se levantó y se puso el abrigo que descansaba en otra silla junto a él.

Con un ademán galante de su brazo, indicó a Paige que iniciara la marcha en dirección a la cafetería del hospital.

—Darren es mi hermano mayor —comenzó diciendo Jason Grant poco después de que se hubieran sentado en una de las mesas, uno frente al otro—. Mi único hermano.

La cafetería del hospital no era el sitio en el que Paige había pensado para almorzar. Claro que tampoco había pensado que tendría compañía, y mucho menos que esa compañía sería su jefe.

Estaba inusualmente tranquila para ser la cafetería de un centro hospitalario. Tan

sólo unas pocas mesas estaban ocupadas por personas que, a todas luces, eran familiares de algunos de los enfermos que atendía el hospital. Además había unos cuantos estudiantes de medicina, todos sentados juntos en una mesa larga, fácilmente identificables por sus blancas y recién estrenadas batas.

Nada más llegar se habían encaminado hacia el mostrador del autoservicio y, después de haber elegido su consumición, la habían abonado, dirigiéndose hacia una mesa cercana sin apenas intercambiar una palabra.

Paige levantó la vista de su plato y miró a su jefe, que sostenía el tenedor y el cuchillo sin hacer ademán de empezar a usarlos, la mirada perdida en algún punto de la mesa más allá de su bandeja. Con lentitud, dejó a ambos lados los cubiertos y apoyó la barbilla sobre el dorso de una de sus manos.

—No sabía que tuviera un hermano.

Grant pareció salir de su ensimismamiento al oír a Paige y esbozó una especie de sonrisa, ladeando un poco la comisura de los labios.

—No soy precisamente muy dado a hablar de mi vida privada, lo sé —le respondió con un tinte de sorna en su voz.

Paige elevó una ceja en respuesta a su frase.

—En efecto —aseveró la mujer—. No es mucho lo que sé de usted. Sólo lo que se comenta en la empresa.

Una vez hubo acabado la frase, Paige se dio cuenta del alcance de su afirmación y sintió un ligero calor subir por el cuello. Quiso mirar hacia otro lugar para distraer la atención de su jefe pero ya era tarde para ello; Jason Grant la miraba fijamente con una interrogación pintada en sus ojos.

—Y dígame, ¿qué se comenta de mí en la empresa?

Paige volvió a coger los cubiertos para soltarlos de nuevo. Abrió y cerró la boca como un pez fuera del agua antes de encontrar en su mente las palabras adecuadas.

—Oh, nada extraordinario, en verdad —dijo intentando pinchar un trozo de lechuga sin mucho éxito—. Que ascendió a la dirección hace siete años por méritos propios. Que es divorciado, que su ex mujer murió en un accidente de tráfico, que no tiene hijos y... que es usted bastante reservado.

Jason se mantuvo en silencio un instante.

—Si es eso todo lo que se «comenta» —apostilló, enfatizando la última palabra—, están en lo cierto. Al menos, en parte.

Paige asintió, contenida. No iba a decirle que, en la oficina, el nombre de Jasor Grant se barajaba continuamente en todos los corrillos de mujeres, fueran cuales fuesen sus edades. Por supuesto, tampoco iba a reproducir ninguna de aquellas charlas que casi siempre escuchaba en los aseos de señoras, donde estaban seguras de que nadie, ni el interesado ni ningún otro oído masculino, podría averiguar el interés que despertaba el jefe del departamento de Verificación de Siniestros entre las féminas.

Y no era de extrañar, ahora que se fijaba bien en él. El pasar de los años había sido benévolo con él, otorgándole una serenidad en el rostro y en la mirada que muchos otros hubieran deseado. Inevitablemente, pequeñas arrugas enmarcaban sus ojos azules —porque sí, eran azules—, pero Paige pensó que eran más fruto de las expresiones que de la edad.

Ambos permanecieron callados unos instantes. Paige cayó en la cuenta de que le estaba mirando fijamente. Dio gracias a Dios por que él no estuviera mirándola en ese momento y no pudiera ver el rubor que acudió de inmediato a sus mejillas. Bajó con rapidez la vista hacia su plato.

Fue Grant el que, tras unos minutos callado, rompió ese silencio.

—Darren es cuatro años mayor que yo. Crecimos juntos, yo era su sombra —dijo en voz baja.

Paige levantó despacio la mirada. Su jefe le sonrió y ella le correspondió de igual manera.

—Conozco esa sensación —le contestó Paige al recordar sus propias vivencias como hermana menor.

Esa simple frase dicha por Grant había bastado para convencerla de que su jefe necesitaba hablar con alguien sobre su hermano, y le pareció que ella, como empleada suya, era la persona menos indicada para ello. Pero había algo en él que la impulsaba a dejarlo hablar y pensó que tal vez fuera el tono grave de su voz, que casi sentía reverberar en su interior, surtiendo en ella un efecto casi hipnótico.

—Allá donde fuera Darren, iba yo detrás. Reconozco —dijo casi sonriendo al recordar—, que era un verdadero incordio. Todo el día pegado a él, queriendo hacer todo lo que él hacía, vestir como él vestía e ir donde él iba. En ocasiones se hartaba de mí y me llevaba de vuelta a casa en volandas para que lo dejara tranquilo.

Paige sonrió imaginando a esos dos hombres aún por crecer y enzarzados en contiendas de chiquillos.

—Como yo era más pequeño, me decía que ahuyentaba a las chicas si se presentaba con su hermano menor —le dijo casi como una confidencia—. Esto fue así hasta que me hice tan alto como él. Entonces ya no pudo volver a dejarme en casa.

Estuvo a punto de soltar una carcajada pero la reprimió, pues no le pareció apropiado. Le divertía aquella historia de los dos jóvenes Grant rivalizando el uno con el otro.

—Continuamos así hasta que Darren se marchó a estudiar a la universidad. Poco después, yo me alisté en el ejército y tomamos caminos diferentes.

Paige tragó la comida que tenía en la boca antes de preguntar

—¿El ejército? —Se sorprendió—. No sabía que usted hubiera estado en el ejército.

Grant sonrió abiertamente. Era la primera vez desde que lo encontrara que le veía sonreír de aquella manera. Incluso era posible que fuera la primera vez desde que le conociera. Y le gustaba ese hallazgo.

—Bueno, ya conoce algo más sobre mí en primicia.

Asintió, y los dos siguieron sosteniéndose mutuamente la mirada hasta que Paige rompió el contacto visual.

—¿Y por qué lo dejó? Porque es obvio que no continuó en el ejército.

Grant tomó un trago de su bebida antes de responder.

—Apenas tenía dieciocho años cuando me alisté. Era demasiado joven para imaginar el alcance de mi decisión y, además, me había formado una idea equivocada de ese mundo. Ya sabe: la marina te llama, tu país te necesita... —dijo, agravando aún más su voz—. Estuve allí casi dos años y me cansé de que me dieran órdenes constantemente. Cuando lo dejé, todos mis amigos habían comenzado sus estudios en la universidad y me sentí desplazado. Así que entendí que yo también debía seguir estudiando y comencé una carrera.

—Y, a cambio, pasó de recibir órdenes a darlas —intervino Paige, que le había estado escuchando con atención.

El hombre asintió.

—Mi ex mujer solía decir que no fui yo quien dejó el ejército, sino que fue el ejército quien se cansó de mí.

Aquel comentario la divirtió. Jamás pensó que oiría esas anécdotas sobre su jefe, y mucho menos que vendrían de los labios del propio Grant. Le miró y sonrió

abiertamente.

—Fue un gran cambio pero, lo quisiera o no, había hecho mella en mi carácter. Dos años de la vida de una persona no se pueden borrar así como así. Durante todo ese tiempo, la relación con mi familia, con mi hermano, permaneció invariable a pesar de la distancia.

Pese a que el ambiente entre ambos había sido distendido, un velo invisible se abatió sobre el semblante del hombre, borrando toda sonrisa de su rostro.

El vaso de Paige quedó a medio camino de su boca y volvió a depositarlo junto a su plato. Si durante el tiempo que llevaba sentada allí había conseguido que su jefe se olvidara por un instante de la enfermedad de su hermano, ahora había fracasado estrepitosamente.

—Ayer por la tarde, cuando aún estaba en la oficina, recibí una llamada de Maddie. —El tono de su voz había cambiado por completo, haciéndose más profunda—. Supuse enseguida que algo ocurría, porque ni ella ni mi hermano suelen llamarme en horas de oficina. Me dijo que Darren tenía un fuerte dolor en el pecho y que le habían trasladado con urgencia al hospital. Vine hacia aquí tan rápido como pude. — Los labios de Grant se convirtieron en una dura línea, haciendo que un ligero pulso apareciera, fruto de la tensión, en la mandíbula.

—Supongo que habrá sido algo muy duro —intervino Paige, sin saber apenas qué decir. Grant bajó la mirada y asintió, pesaroso.

—Así es. Nunca habría esperado esto. Darren es un hombre fuerte, atlético, sano. Paige lo miró y él levantó sus ojos para posarlos en ella.

—Se pondrá bien, ya lo verá. —Fue lo único que Paige acertó a decir. Reprimió el gesto natural de tender su mano hacia la de él y apretarla para reconfortarlo.

—Su cuñada me dijo que no habían querido avisar a los amigos ni a la familia.

El comentario volvió a dibujar una breve sonrisa en Grant.

—Si lo hubiéramos hecho, Darren se habría enfadado mucho.

Paige parpadeó.

—Pero, ¿y la familia? Seguro que les gustaría estar a su lado en momentos como éste.

Grant negó con la cabeza.

—Tenemos poca familia. Mi sobrino está estudiando en California. Arquitectura. Dice que le gustaría entrar en la compañía cuando finalice sus estudios.

El hombre relajó visiblemente los hombros y, dirigiendo la mirada hacia su plato, comenzó su ya frío almuerzo.

El resto de la comida transcurrió en un silencio casi absoluto, pero para su sorpresa, Paige no se sintió incómoda.

Finalizaron la comida casi a la vez. Ambos se levantaron y, con calma, abandonaron la cafetería.

Al llegar a los ascensores, Paige se detuvo.

—Debo irme ya. Jake debe estar esperándome. Le dije que estaría de vuelta a mediodía —le confesó mientras metía las manos en los bolsillos de su abrigo para resguardarlas del frío.

Jason asintió y miró a su alrededor.

—Por favor, despídame de su cuñada.

De repente, Paige se sintió incómoda. El ambiente distendido que habíar compartido mientras comían había desaparecido por completo.

—Por supuesto. —La voz del hombre sonó tan seria como en él era habitual.

Se disponía a dar media vuelta cuando la voz de Grant la detuvo.

—¿Señorita Hunter? —Lo oyó a su espalda.

Ella giró para volver a tenerlo frente a sí.

—¿Sí, señor?

Vio cómo Grant apretaba los labios antes de hablar.

—Gracias por todo —dijo finalmente, mirándola a los ojos.

Paige sostuvo su mirada por unos instantes, y le respondió con un tímido cabeceo.

—No ha sido nada.

Girando sobre sus talones de nuevo, emprendió la salida del hospital, dejándolo solo ante la puerta del ascensor.

Cuando Paige llegó aquella tarde a su casa, todo lo que deseaba era una ducha, comer algo que no fuera una ensalada y tumbarse en el sofá. Y no precisamente en ese orden. Dejó el abrigo sobre una silla y se quitó los zapatos mientras se dirigía hacia su dormitorio. El día había sido agotador; el viaje al hospital y la jornada maratoniana de trabajo por la tarde la habían dejado muerta. Entró en el cuarto de baño y abrió el grifo de la bañera, dejando que el vapor del agua caliente lo inundara

todo. Cerró los ojos y sonrió mientras se despojaba de su ropa.

Aún estaba secándose el pelo cuando sonó el teléfono. Paige corrió hacia la sala y descolgó con un gesto rápido.

—¿Hola? —preguntó mientras se secaba un mechón de pelo con la toalla.

—Hola, Paige —dijo una voz de hombre al otro lado de la línea, en un tono que rezumaba prepotencia.

Paige quedó paralizada de los pies a la cabeza tan sólo con oír aquella voz. Dejó caer despacio la toalla y parpadeó, no muy segura de si sus oídos le estaban jugando una mala pasada.

—¿Danny? —preguntó, titubeante.

—Hola, nena. Cuánto tiempo, ¿verdad? ¿Cuántos han sido? ¿Seis, siete años? —respondió el hombre con un cierto tono de reproche.

No podía creer que estuviera oyendo su voz después de todos aquellos años. Paige acercó una silla y se sentó, aún con la boca abierta por la impresión.

—Seis años, Danny.

—¿Tantos? —preguntó a su vez, con un tinte burlón en su voz—. Espero que no te hayas olvidado de mí, nena.

Paige hizo una mueca de desagrado.

—Veo que tú no lo has hecho. ¿Cómo has conseguido mi número?

Oyó una carcajada que le heló la sangre. Danny había tenido ese poder sobre ella y parecía que aún lo seguía teniendo.

—Estuvo muy mal que te fueras de aquella manera, Paige. Muy mal.

Se mantuvo callada unos segundos, pensando qué podía decirle. Había estado saliendo con Danny Woodwein durante poco más de dos meses hasta que descubrió el tipo de hombre que era. Y lo que había descubierto sobre él no le había gustado en absoluto. Cuando se mudó de vuelta a Washington, lo dejó sin decirle nada. Danny había sido uno de los principales motivos por los que Paige había optado por no volver a enamorarse de ningún otro hombre.

—¿Qué quieres ahora, Danny? —espetó ella con acritud.

—Verte. Sólo eso —respondió el hombre.

—Yo no quiero verte, así que no vuelvas a llamarme —le contestó ella, apretando los dientes. Estuvo tentada de colgar en ese mismo momento cuando oyó una risotada.

—Siempre has sido una prepotente. Aún no sé qué vi en ti... Bueno, sí, creo

recordar que en la cama...

Paige no quiso escuchar más y lo interrumpió de nuevo sintiendo cómo la sangre comenzaba a hervirle.

—Te lo vuelvo a preguntar. ¿Qué quieres de mí?

—Y creo que te he contestado —dijo, alzando la voz al otro lado del teléfono—. Verte. Y que me expliques por qué te fuiste sin decirme nada.

—No tenía por qué decirte nada, Danny. Lo nuestro terminó y punto.

El hombre rio.

—Eso fue algo que decidiste por tu cuenta. Yo no fui consultado. Y quiero saber por qué.

—No vuelvas a llamarme —repitió Paige, despacio. Un puño invisible le oprimía el pecho, no dejándola respirar.

—¡Haré lo que quiera, zorra frígida! Sé perfectamente que no tienes un hombre que caliente tu cama, y no me extraña.

Paige no soportó más seguir escuchando su voz y colgó. Le temblaban las manos y respiraba con dificultad. Un frío atroz se apoderó de ella y se arrebujó en el albornoz, intentando entrar en calor. Danny había vuelto. El pasado que creía haber dejado atrás había regresado para atormentarla.

CAPITULO 3

Paige rebuscó en su bolso, tratando de encontrar el teléfono móvil. No habría estado segura de que estaba allí de no ser por el incesante sonido del timbre que provenía del fondo. Apenas lo había cogido cuando contestó la llamada, sin detenerse a mirar quién estaba al otro lado de la línea.

Lanzó un gemido y se hundió de hombros al escuchar la voz de su madre.

—Paige, cariño ¿estás ahí?

Dudó un segundo y cerró los ojos antes de contestar.

—Sí, mamá, estoy aquí.

—Has tardado tanto en contestar. ¿Dónde tenías el móvil, hija?

«¿Cómo puedo explicarle a mi madre que los teléfonos móviles no son para liarse a hablar?», pensó Paige. Porque si la dejaba, eso sería lo que haría. Y de hecho, ya se lo había explicado, más veces de las que podía recordar. Además de que esperaba que siempre estuviera preparada para responder en cuanto sonaba.

—¿Qué quieres, mamá? —preguntó, sosteniéndolo entre el oído y su hombro. La había sorprendido a punto de entrar en su coche y no tenía ganas de permanecer en la fría tarde más tiempo del necesario.

Del resto de la conversación que mantuvo con su madre durante los minutos que siguieron, Paige sólo pudo retener tres o cuatro palabras, las necesarias para hacerse una idea de qué era lo que quería.

Tuvo que repetirle otras tantas veces que no elevara tanto la voz, a lo que ella le respondía cambiando de tema.

Después de casi cuatro minutos de monólogo, Paige sólo consiguió un dolor de cabeza y el recado de que debía pasar por la farmacia a comprarle unas pastillas que necesitaba. «La que las necesita soy yo», pensó Paige después de colgar, respirando aliviada. La postura y la charla le habían provocado un incipiente dolor de cabeza y un cambio sustancial en su humor. Puso en marcha el coche y, medio refunfuñando, lo encaminó hacia la farmacia más cercana.

Su madre, Cassandra Hunter, era aún una mujer joven que tuvo a sus dos hijas cuando apenas había entrado en la veintena. Y también era joven cuando se divorció de su marido. Desde entonces, Cassie, como solían llamarla sus amigos y familiares,

se dedicó a vivir sin estar a la sombra de ningún hombre. Ocupaba todo su tiempo libre en sus múltiples aficiones pero, de vez en cuando, requería la atención de sus hijas con peticiones de lo más insospechadas que a cambio retribuía, en el caso de Paige, cocinando para ella y llenándole la despensa, y Paige se lo agradecía de todo corazón.

Cuando regresó de Boston sopesó la posibilidad de instalarse de nuevo en casa de su madre, pero desechó la idea casi al momento. Se había acostumbrado a vivir sola, haciendo lo que le apetecía, cuando y como quería, sin tener planeando la sombra de su madre a su alrededor.

Después de dar una vuelta a la manzana, Paige pudo encontrar aparcamiento casi en la misma puerta de la farmacia. Cerró el coche y entró. La cantidad de clientes era tanta que se preguntó si sería la única que estaba abierta en todo Washington. Eso o los catarros y la epidemia estaban haciendo de los antigripales artículos de primera necesidad. Se colocó en la fila detrás de un hombre y esperó su turno.

Paseó la vista por el establecimiento y pensó que visto uno, vistos todos. No necesitaban dar ninguna imagen para vender sus productos. En su recorrido visual, sus ojos se posaron de nuevo en la gente que conformaba la cola y alguien llamó su atención: una mujer dos posiciones por delante que le daba la espalda.

Sin pensárselo dos veces, y disculpándose con el hombre que tenía inmediatamente delante, le tocó el hombro.

—¿Señora Grant? —preguntó con cierta reserva, a la espera de no haberse equivocado de persona.

Maddie se giró con agilidad, sorprendida, y sonrió al ver a Paige.

—¡Señorita Hunter! Es un placer verla —dijo con una amplia sonrisa que le iluminó el rostro.

Paige le sonrió abiertamente.

—¿Cómo está su marido? —se apresuró a preguntar.

—¡Oh! Está mucho mejor. Los médicos nos han dicho que está respondiendo muy bien al tratamiento —le contestó Maddie con una sonrisa franca y visiblemente feliz por la mejoría de su marido.

Sin pararse a entender bien el porqué, Paige se alegró de la noticia y, por unos instantes, no supo qué añadir. El hombre que estaba entre ambas, con gentileza, le cedió su sitio para que ambas mujeres pudieran hablar con más comodidad, gesto que

ambas le agradecieron.

—Señora Grant, ¿qué hace por aquí? —cuestionó Paige en un intento de mantener una conversación, aunque fuera meramente de cortesía.

Antes de responder, el rostro de Madeline Grant se iluminó con una sonrisa — Vamos a dejar los formalismos, ¿no te parece? Llámame Maddie, por favor.

Con una sonrisa en los labios, Paige asintió ante la propuesta de la mujer.

—Pero sólo si me llamas Paige.

—De acuerdo. Paige entonces. —Maddie avanzó con la cola y se giró de nuevo hacia ella.

—He venido dando un paseo en un intento de que se me pasara este terrible dolor de cabeza. Me temo que el hospital tiene la calefacción demasiado alta y a la larga me produce una terrible jaqueca. He aprovechado que Jason estaba allí con Darren. ¿Y tú? —preguntó con manifiesto interés—. Espero que no estés enferma.

Paige negó con rotundidad y le sonrió.

—¡Oh, no! Sólo he venido a comprarle unas pastillas a mi madre.

Ambas avanzaron un poco más hacia el mostrador.

—Me alegro de que no sean para ti.

Paige creyó apreciar en los vívidos y alegres ojos de la mujer que su comentario parecía ser sincero. Le sonrió una vez más.

—Yo también me alegro.

Les llegó el turno y ambas fueron atendidas casi al mismo tiempo. Maddie recibió de manos del farmacéutico una caja de analgésicos y Paige las pastillas para su madre. Las dos mujeres abandonaron el establecimiento a la vez.

—Ha sido agradable volver a verte, Paige. He de regresar al hospital.

—Si quieres puedo acercarte hasta allí. —Y antes de que la mujer pudiera rebatirle su proposición, añadió—: No me importa, de veras.

Maddie no pudo negarse al ofrecimiento de Paige y respondió con un simple cabeceo.

—No sabía que hubiera andado tanto —dijo Maddie para romper el silencio que se había establecido entre ellas desde que entraran en el coche.

Paige tenía la atención puesta en el tráfico, pero asintió sin mirarla.

—A veces nos ponemos a pasear y no percibimos el camino que llevamos recorrido hasta que volvemos la vista atrás —dijo para darle la razón.

Maddie apretó los labios.

—Estos días han sido muy duros para todos y creo que necesitaba despejarme. Gracias a Dios, Darren está mejorando con rapidez y cuento con el apoyo impagable de Jason —confesó la mujer, mientras giraba la cabeza hacia la ventanilla para mirar por ella—. Puede que sea demasiado egoísta por mi parte.

Paige torció el gesto mientras negaba con la cabeza.

—Nada de eso —respondió de inmediato—. Se nota que sois una verdadera familia. Y la familia está para eso, para apoyarse mutuamente.

La mujer asintió sin pestañear.

—Es cierto. Darren y yo siempre hemos podido contar con Jason para lo que hemos necesitado. Y él con nosotros. Fue muy duro para él cuando se divorció y más aún cuando su ex mujer murió en aquel accidente.

Paige giró la cabeza instintivamente hacia Maddie, entornando un poco los ojos para volver con rapidez a fijar su mirada en la carretera que tenían por delante.

—Supongo que nadie se daría cuenta de ello —agregó Maddie al comprobar que su comentario la había tomado por sorpresa, a juzgar por la expresión de su cara. Paige asintió con reservas.

—No tenía ni idea.

—Y no es de extrañar, conociendo a Jason —prosiguió Maddie—. Se refugia tras sus muros y nada ni nadie es capaz de traspasarlos.

Paige detuvo el coche en un semáforo en rojo y se movió un poco en su sillón para mirar a Maddie.

—¿Siempre fue así? Jason, quiero decir.

Maddie se apresuró a negar con la cabeza.

—No. Somos en gran parte fruto de nuestras vivencias y experiencias. A Jason no le ha tocado lo más fácil en esta vida, créeme.

Paige supuso que Maddie se refería a lo que Grant le había insinuado acerca de su paso por el ejército y su fallido matrimonio.

Tardó un poco en poner de nuevo el coche en marcha cuando el semáforo se puso en verde. Ambas mujeres continuaron en silencio unos minutos, Paige concentrada en la conducción y Maddie mirando por la ventanilla.

—¿Tienes familia, aparte de tu madre? —preguntó de repente Maddie. Paige asintió sonriendo.

—Mi madre y mi hermana. Ah, y dos sobrinos pequeños que forman el mismo alboroto que seis. Más que suficiente.

Maddie soltó una carcajada ante su respuesta.

—Ya veo. ¿Y nada de marido, novio o lo que sea?

—No —respondió sin demora—. Nada de eso.

Paige miró por el espejo retrovisor y sonrió. Era muy fácil hablar con aquella mujer. Se sentía cómoda con ella y, no sabía bien por qué, con ganas de saber más sobre ellos.

—Grant...eh, Jason me dijo que tenéis un hijo —agregó Paige mirándola de reojo.

El rostro y los ojos de Maddie se iluminaron.

—En efecto. Nathan —contestó asintiendo con la cabeza—. A Darren y a mí nos hubiese gustado tener más hijos, pero jamás llegaron. Y no me quejo, en absoluto. Es un gran chico, la viva imagen de su padre cuando tenía su edad, pero me temo que ha heredado la testarudez y la cabezonería de su tío.

Se miraron de reojo y ambas sonrieron. Maddie le caía bien, más que bien. Siempre se había considerado a sí misma una persona solitaria, sin más amigos que su familia, pero se sorprendió deseando poder llamar amiga a aquella mujer. Nunca había conectado con nadie, hombre o mujer, de aquella manera y haber encontrado a Madeline Grant le había hecho desear algo que no había en su vida: amigos. Tal vez, pensó, era hora de cambiar aquello.

Maddie se removió en su asiento y se giró hacia ella para mirarla de frente.

—El otro día me dijiste que llevas seis años trabajando con mi cuñado. ¿Por qué tanta formalidad en el trato? He comprobado que no os tuteáis y, después de todo ese tiempo, sería lo más lógico.

Paige se colocó un mechón de pelo, que se había escapado de su lugar, tras la oreja.

—Eso es un poco difícil de explicar, Maddie.

—Inténtalo —contestó a modo de reto.

Paige acomodó las manos en el volante y asintió.

—Bien, la compañía establece en sus estatutos el trato formal entre jefes y subordinados. La dirección aconseja no entablar relaciones personales, pues afirma

que podría ser contraproducente para el rendimiento laboral.

Maddie parpadeó y una expresión de escepticismo apareció en su rostro.

—¡Qué tontería! —exclamó la mujer para continuar con sus preguntas—: ¿Y tú, trabajas sola en tu departamento?

Paige negó con la cabeza sin dirigir la mirada hacia la mujer.

—No, trabajo con un compañero.

—¿Y nunca te... has visto tentada de romper esa norma? —Oyó decir a Maddie, y la pregunta le hizo volverse hacia ella. Tal como aquella frase salió de su boca, Maddie hizo una mueca con los labios y desvió la mirada—. Lo siento, no debí preguntar eso.

Paige contuvo una carcajada. Maddie levantó la cabeza y sonrió abiertamente, haciendo un gesto con una de sus manos.

—No te preocupes. Si no quieres, no respondas —confesó—. Soy bastante habilidosa en hacer preguntas que no debo hacer.

Paige no podía parar de sonreír. Definitivamente, aquella mujer era una bocanada de aire fresco. Miró por el espejo retrovisor y tomó la calle de la derecha.

—A decir verdad, una vez me sentí tentada de mandar esa norma al diablo. Fue al poco tiempo de entrar en la compañía y conocer a Mensfield —dijo tras recapacitar unos segundos.

—¿Tu compañero? —preguntó Maddie.

—Sí —contestó Paige, asintiendo con la cabeza—. Jake es un tipo encantador y una vez pensé que entre él y yo podría llegar a haber algo. Pero nuestra relación nunca fue más allá y... no sé, supongo que jamás sentí por él algo lo bastante intenso como para arriesgarme. O pensé que no valía la pena arriesgar el trabajo y mi reputación en la empresa. Lo cierto es que le quiero como si fuera mi hermano. Pero sólo eso.

Paige volvió a girar el coche y el edificio del hospital apareció ante ambas. Estacionó y paró el motor.

—Bueno, hemos llegado.

Maddie miró por la ventanilla.

—Sí —dijo girando de nuevo la cabeza hacia ella, mostrándole una cálida sonrisa—. Te lo agradezco mucho, Paige.

—Nada de eso —respondió, haciendo un gesto con la mano para restarle importancia—. Ha sido un placer traerte y haber podido charlar contigo.

—Lo mismo digo. Espero que volvamos a vernos pronto.

Paige se giró hacia la mujer, que acaba de abrir la puerta del pasajero.

—Pasado mañana he de venir a curarme la herida de la mano. ¿Puedo pasarme y ver cómo estáis? Si no os importa, claro.

El rostro de Maddie Grant se iluminó.

—Sería estupendo, Paige. Muchas gracias de nuevo.

Y dedicándole de nuevo una sonrisa llena de agradecimiento, bajó del coche y cruzó la entrada del hospital.

Paige la vio marchar y puso de nuevo el coche en marcha, con la intención de cumplir su palabra dos días más tarde.

Los dos días que siguieron al encuentro con Madeline Grant fueron una auténtica vorágine de actividad en la oficina. Según le había dicho Caroline, la secretaria de Grant, éste había llamado para avisar de que se ausentaría unos días por asuntos propios, y Paige supuso que se trataba de la enfermedad de su hermano.

El trabajo se había acumulado sin saber bien cómo. Habían tenido que hacer nuevas verificaciones, con sus correspondientes informes. Paige tenía la impresión de que, a veces, Jake no era capaz de hacer nada sin su consentimiento, y eso era algo que la sacaba de sus casillas.

Aquel día tenía cita en el hospital para curarse la herida. No había podido pedir la mañana libre porque su compañero se había emperrado en realizar una nueva prueba que ella consideraba innecesaria, pero Jake podía llegar a ser tan tozudo como una mula. Así que sólo le quedó libre la hora del almuerzo para regresar al hospital.

Tras su visita al cirujano, Paige pensó que debía hacer honor a su palabra y pasarse a ver cómo se encontraba el hermano de su jefe. Lo cierto era que no estaba allí por su jefe sino por su encantadora cuñada. Aquella mujer le había caído bien desde el primer momento en que habló con ella. Le había agradado encontrarla dos días atrás en aquella farmacia, corroborando la impresión inicial que se había llevado cuando la conoció en el hospital. Emplear unos pocos minutos en ver qué tal se encontraba su marido no iba a restarle demasiado tiempo.

Antes de doblar la esquina para enfilear por el pasillo en donde estaba la habitación de Darren Grant, Paige pensó en la conversación que había mantenido con su jefe aquel día. Jason Grant era casi un desconocido para todos los que trabajaban en la

compañía, ella incluida, y había un montón de cosas que ignoraba sobre él.

Grant mostraba al mundo una actitud de autodominio, fortaleza y entereza que envidiaba. Siempre parecía tener las situaciones bajo control. Y a veces pensaba que ese hombre no tenía vida privada y que toda su existencia se encerraba entre las cuatro paredes de la *Barret & Giles*. Él le había demostrado lo equivocada que estaba.

Y más que ese descubrimiento, lo que la había sorprendido había sido que, contrariamente a lo que hubiera pensado sólo unos días atrás, se había sentido cómoda con él mientras le hablaba de su infancia, de su hermano y, en definitiva, de su vida.

Pero la conversación con su cuñada había sido igualmente significativa. Para Paige había sido una revelación enterarse por medio de Maddie de lo mal que Grant lo había pasado cuando se divorció y cuando murió su ex mujer. Ese hombre jamás, que ella hubiera visto o supiera, había demostrado en su ámbito de trabajo que estaba preocupado por algo ajeno a los intereses y quehaceres de la compañía. Pero aquella genuina preocupación en los ojos de su jefe, aquella profunda intranquilidad que vio en él, le hizo ser consciente de que, hasta entonces, sólo había estado viendo al Jefe de Verificación y no al ser humano que tenía una vida fuera de aquella empresa. Y también le hizo pensar que, tal vez, Jason Grant era alguien a quien merecía la pena llegar a conocer.

Cuando llegó a la habitación encontró la puerta entreabierta y Paige dudó unos instantes, mordiéndose el labio inferior. La empujó con suavidad y asomó la cabeza por el hueco que quedó.

—¿Maddie? Soy Paige Hunter —dijo en voz baja, temiendo importunar.

Esperó a que la mujer le contestara, sin embargo le sorprendió que fuera la voz de un hombre la que la invitara a pasar.

—Adelante.

Abrió la puerta sólo lo suficiente para entrar, dejándola entreabierta. Se dirigió hacia la cama, un poco extrañada de encontrarle a solas.

Darren Grant estaba acostado, con la cama ligeramente elevada, permitiéndole estar incorporado.

Unos ojos claros, muy parecidos a otros que Paige ya conocía, estaban fijos en ella. Poseía, al igual que su hermano menor, una nariz ancha y con personalidad y una

mirada que parecía querer leer sus pensamientos. El pelo, corto, era de un rubio algo más claro en el flequillo que el de su jefe.

—Soy... soy Paige —dijo a modo de presentación. El hombre le sonrió y la saludó con un movimiento de cabeza.

—Ah, de modo que usted es la señorita Hunter. Maddie me ha hablado de usted —contestó mirándola directamente y esbozó una encantadora y franca sonrisa que arrancó en Paige una idéntica.

El timbre de su voz era muy parecido al de Grant. La gravedad y la cadencia eran similares.

—Muchas gracias por preocuparse tanto por mi estado de salud, señorita Hunter. Ha sido usted muy amable —le agradeció el hombre mientras colocaba bien las sábanas sobre su pecho.

Paige sintió que un ligero rubor le encendía la cara.

—No ha sido nada, señor Grant, créame —le correspondió con una amable sonrisa.

—Maddie le está muy agradecida, y yo también.

Paige asintió y dirigió su mirada a sus propios pies.

—Me alegro enormemente de que se encuentre mejor.

—He dado un buen susto, ¿no es así? —dijo con un tono ligero, casi jocoso.

Paige elevó las comisuras de sus labios.

—Eso me temo.

El hombre movió la cabeza mientras bajaba la mirada y la posaba en las manos que tenía sobre su regazo.

—Nada más lejos de mi intención, señorita Hunter.

—¿Cómo se encuentra? —Paige dio un paso hacia la cama donde estaba postrado Darren Grant.

El hombre levantó la cabeza para mirarla.

—Si quiere que le diga la verdad, parece como si acabaran de darme una paliza —bromeó.

Paige correspondió a su comentario con una sonrisa. Se encogió de hombros.

—Supongo que será algo normal.

—No soy persona de estar demasiado tiempo acostado. Soy muy mal paciente —

confesó mientras cruzaba los brazos con cuidado ante su pecho.

—Ahora debe poner más cuidado con su salud, señor Grant.

Sin duda alguna, Darren Grant no tenía el aspecto de ser una persona que pudiese estar mucho tiempo parado en un sitio, recapacitó Paige. Tenía el rostro algo bronceado por el sol, hombros anchos que tensaban la tela del camisón y los brazos musculados de quien está acostumbrado a hacer ejercicio. Se le veía un hombre vital, activo y enérgico, y aquello debía de ser bastante difícil para él.

En ese instante, Paige oyó la puerta abrirse tras ella y giró la cabeza para ver quién había llegado. Maddie entró en la habitación sonriendo y al verla allí, la sonrisa se hizo aún más amplia. La saludó con cortesía para pasar primero a besar a su marido. Después, se volvió hacia ella.

—Buenas tardes, Paige.

Paige le sonrió, primero a ella y luego al hombre.

—Tenía hora para curar mi mano y pensé en ver qué tal se encontraba —dijo casi disculpándose por la intromisión.

—Gracias por venir, Paige, de veras —le correspondió Maddie—. ¿Qué tal está tu herida?

Fijó su vista en ella, restándole importancia con un elocuente gesto.

—¡Oh! Está mucho mejor, gracias. Ya casi ha cicatrizado del todo.

Darren Grant miraba a su mujer para pasar a mirar a Paige a continuación.

—Me ha sorprendido verlo ya tan recuperado, señor Grant —se sinceró Paige.

Maddie y Darren se miraron el uno al otro y sonrieron.

—Nos ha sorprendido a todos —repuso la mujer.

—Soy como la mala hierba, señorita Hunter. —La voz del hombre sonaba jovial y relajada.

Maddie rodeó la cama y se colocó al otro lado de la cabecera.

—Los médicos están muy satisfechos con su evolución. Depende de los resultados de mañana. De ser favorables, en unos pocos días estaremos en casa.

El hombre asintió con un categórico movimiento de cabeza.

—Así será, ya verás. —Y le tomó la mano a su esposa, dándole unas leves palmadas sobre el dorso.

La charla continuó animadamente unos minutos más, hasta que la puerta de la habitación volvió a abrirse. Paige se giró para encontrar a su jefe entrando por ella.

El hombre se detuvo en el vano al observar a los tres ocupantes y, tras lanzar una mirada hacia la cama, cerró tras de sí.

—Señorita Hunter.

Paige le observó acercarse hacia ellos.

— Señor. —Fue su breve saludo.

Jason se detuvo junto a la cabecera de la cama, al lado de su hermano, pero con la mirada puesta en ella.

—Me sorprende verla. ¿Qué hace aquí, señorita Hunter? —preguntó su jefe, como si las palabras hubiesen acudido a su boca antes de pasar por su cerebro. Paige notó que Maddie se tensaba como la cuerda de un arco ante la brusca pregunta de su cuñado.

Con tranquilidad, Paige se giró hacia él, levantó la barbilla para enfrentarlo.

—He venido a ver a su hermano y a su cuñada. Estudié en un colegio de monjas y me enseñaron a mantener mi palabra cuando la doy.

Darren soltó una carcajada que los dejó a todos sorprendidos.

—¡Muy bien dicho! —exclamó el mayor de los Grant, para añadir a continuación —: Hermano, al fin alguien que te responde como te mereces.

Paige se sonrojó más por el comentario del marido de Maddie que por la desconsiderada pregunta de su jefe.

—Paige ha venido a curar su mano y nos ha hecho una visita —añadió Maddie con amabilidad, ofreciéndole una sonrisa a su cuñado.

Jason asintió, ceñudo y visiblemente incómodo. Se dirigió a su hermano.

—¿Cómo estás?

—Bien, mucho mejor —le respondió mientras se incorporaba un poco más en la cama para sentarse más erguido. Dejó de mirar a su hermano para pasar a observar a Paige con una radiante sonrisa.

—Hermano, nunca me habías hablado de que trabajaras con mujeres tan encantadoras.

Paige sintió que un súbito rubor la recorría desde los dedos de sus pies hasta el último de sus cabellos, coloreando todo cuanto encontraba a su paso. Al lado de Darren, Jason se movió incómodo.

—No sé por qué habría de hablarte de mi trabajo, Darren —dijo entre dientes a la

vez que bajaba la mirada para posarla en sus zapatos.

—Jason, ésas no son cosas que se le deban ocultar a tu hermano mayor. —Y, con picardía, guiñó un ojo a Paige. Ella apretó los labios inhibiendo una sonrisa que pugnaba por salir—. Sabes muy bien que sé apreciar el encanto tan pronto como lo veo.

—Cariño —intervino Maddie con un guiño cómplice a su marido—, sabes que tu hermano no es del tipo de persona que vaya explicando nada de lo relacionado con su trabajo.

El tono irónico con que le hizo ese suave reproche ponía de manifiesto que aquello era un tema recurrente en sus conversaciones, pensó Paige, observándolos a todos ellos.

Darren pasó sus ojos de su esposa a su hermano, deteniéndose en Paige.

—Ya, ya sé demasiado bien cómo es mi querido hermano, Maddie. No hace falta que me lo recuerdes.

—Bien, yo... —Paige intentó poner fin a la charla de Darren—, he de marcharme.

Paige sintió los ojos de su jefe clavados en ella. Lo buscó con la mirada y allí estaban: aquella mirada azul fija en ella, incapaz de leerla.

Rápidamente bajó la cabeza y, con un giro más impetuoso del que hubiese deseado hacer, Paige masculló una despedida y se encaminó con prisas hacia la puerta. La abrió y se detuvo con el pomo en su mano para mirar sobre su hombro por última vez a los ocupantes de la habitación.

—Me alegra que esté mejor, señor Grant.

Antes de traspasar el umbral, la voz de su jefe la hizo detenerse.

—La acompaño hasta el ascensor, señorita Hunter.

Paige no pudo hacer otra cosa que asentir con reparo. Esperó hasta que Grant estuvo a su lado para salir de la habitación.

—Muchas gracias por todo, señorita Hunter. Y encantado de conocerla —escuchó a Darren decir en voz alta cuando ya había salido.

Apenas había puesto un pie en el pasillo y la puerta se hubo cerrado tras de sí cuando Grant se detuvo junto a ella, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, la cabeza gacha y una visible expresión de arrepentimiento dibujada en su masculino rostro.

—Yo... lo siento mucho. No sé qué me ha ocurrido. Normalmente no soy tan

grosero.

Paige lo miró por unos instantes, sin saber qué responder. Encogiéndose de hombros, intentó restarle importancia.

—No pasa nada. Lo entiendo, de veras. No conozco de nada a su hermano y a su cuñada y aquí estoy, haciéndoles una visita como si fuéramos amigos de toda la vida.

El hombre exhaló el aire de sus pulmones, relajando los hombros.

—Creo que a veces soy un cretino. Le agradezco el gesto.

Paige alzó una ceja y torció los labios, divertida.

—Según su cuñada, la palabra exacta es insufrible. Pero ya le digo que lo entiendo.

Lo miró con detenimiento. Se le veía cansado y ojeroso, fruto sin duda de las muchas horas pasadas en aquel hospital. Vestía unos simples vaqueros gastados, una camiseta negra de algodón y una chaqueta deportiva, muy alejado de los formales trajes que siempre llevaba en la oficina. El hombre anduvo hasta la pared frente a él y apoyó su espalda en ella, despacio. Aquel gesto le confirmó a Paige que sus suposiciones acerca de su cansancio eran acertadas.

—Su hermano está mejorando y se le ve animado. El que me preocupa es usted, señor Grant. Algo me dice que no está descansando lo suficiente estos días.

Grant la miró, encogiendo los ojos.

—No...

Paige dio un pequeño paso hacia él, haciéndolo callar.

—Está muy cansado, señor, se nota en su cara. Necesita descansar. No le hace ningún favor a su hermano permaneciendo aquí, día y noche, y no durmiendo lo suficiente —argumentó.

Él negó con la cabeza.

—Yo estoy bien —le respondió. Paige no le creyó. Cruzó los brazos delante de su pecho y lo miró con severidad.

Como si hubiese sabido en ese momento que tenía la batalla perdida, Grant exhaló un profundo suspiro y sus hombros se hundieron ante los ojos de Paige.

—Sé que no le hago ningún favor estando aquí, pero no puedo quedarme en casa, esperando. Estoy mejor aquí.

Paige se mordió el labio inferior y terminó por asentir.

—Le entiendo. Sé cómo se siente.

Jason fijó sus ojos en los de ella, entornándolos levemente. Se incorporó y cubrió

la poca distancia que lo separaba de Paige, que tuvo que elevar un poco la cabeza para mirarlo. Su mandíbula estaba a pocos centímetros de su nariz. Se había afeitado y podía oler el aroma de la loción con total nitidez. Continuaron mirándose y se fijó en los ojos claros de él, con un destello que no supo cómo interpretar.

—¿Y cómo me siento, señorita Hunter? —preguntó él sin romper ni un solo momento el contacto visual.

Paige no era capaz de escapar de aquellos ojos que parecían estar asomándose a su interior. Inconscientemente tragó saliva; tenía la boca seca y las palabras que buscaba se resistían a acudir a su mente.

Tras unos instantes, Grant dio un paso atrás y retiró la mirada, fijándola en un algún punto al fondo de pasillo.

—¿Qué hace aquí, Paige? —preguntó de improviso en voz baja y teñida de desconcierto. La pregunta la tomó por sorpresa, pero más aún la sorprendió que utilizara su nombre de pila. Carraspeó, intentando recomponerse como pudo.

—¿Que qué hago aquí? Pues visitar a su hermano, naturalmente —respondió, intentando imprimir a su voz un tono de despreocupación que no sabía si había o no conseguido.

Él volvió la mirada hacia ella.

—No se ofenda, pero no le conoce de nada.

—Ciertamente, no me ofende. Vengo a visitar al hermano de mi jefe. Haría lo mismo por el hermano de Jake —le dijo, encogiéndose de hombros—. Además, su cuñada me parece una mujer encantadora.

Jason no apartó los ojos de ella, ni Paige rehuyó aquellos escrutadores ojos clavados de nuevo en ella. Se quedó unos instantes en silencio.

—Lo es —dijo desviando la mirada hacia la puerta de la habitación que tenía frente a él.

Por unos instantes sintió una especie de empatía por aquel hombre. Tenía una imagen de él como un jefe serio, casi adusto; pero el hombre que había tenido la oportunidad de percibir en aquellos momentos bajo esa máscara de preocupación y cansancio no tenía nada que ver con eso.

Paige se movió ligeramente hacia su izquierda, quedando frente a él.

—Además —elevó su mano, mostrándola casi como un triunfo—, he venido a que me curen. ¿Necesito alguna excusa más?

Pudo ver una sonrisa aflorar en los labios del hombre y llegar hasta sus ojos.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Mucho mejor. La próxima semana retirarán el punto y se habrá curado.

Jason asintió con severidad.

—En futuras ocasiones, tenga más cuidado, señorita Hunter.

«¿Cómo ha logrado darle la vuelta a la conversación», pensó Paige. Claro que había sido ella la que había sacado el tema de su herida.

—Bien, creo que he de irme ya.

Jason se irguió y asintió.

—Dígale a Maddie que me alegra de veras que su marido esté mejor y que procuraré venir a verles el lunes por la tarde, por favor—. Paige esperó a que él le respondiera. No lo hizo y continuó mirándola.

De repente, se sintió incómoda bajo la escrutadora mirada de su jefe. Esbozó una leve sonrisa y dio un paso atrás.

—Adiós. —Se despidió sin más.

La única respuesta de Jason fue un sutil movimiento de cabeza.

Paige giró sobre sus talones y caminó rápidamente pasillo abajo.

Jason la siguió con la mirada hasta que torció al llegar a una esquina y desapareció de su vista. Se quedó parado en el mismo sitio durante un momento y, casi en contra de su voluntad, sonrió al pensar en la mujer que acababa de marcharse. Bajó los ojos para fijarlos en algún punto en el suelo de baldosas. Conocía a Paige Hunter desde que ella llegara a la compañía procedente de la oficina de Boston. Poseía una belleza natural, sin artificios; de almendrados y profundos ojos verdes, piel tersa y clara, y una abundante cabellera que rozaba sus hombros y que emitía destellos rojizos bajo la luz. Debía sobrepasar por poco el metro setenta y el uso de sus zapatos de tacón hacía que pareciera visiblemente más alta. Era una mujer educada y de fácil conversación. No sólo lo había podido comprobar en las muchas reuniones profesionales que había mantenido con ella a lo largo de todos esos años sino que, además, lo había podido corroborar el día que estuvieron en la cafetería del hospital. Regresó una vez más la vista hacia el lugar por donde ella había desaparecido y, con reticencia y paso lento, regresó a la habitación de su hermano mayor.

Darren se encogió de hombros al verlo entrar.

—¿Qué? —Quiso parecer inocente, pero sabía que no lo había conseguido.

No hizo falta que Jason articulara palabra. Darren elevó las manos ante su rostro, como queriendo protegerse.

—Recuerda que estoy convaleciente. —El tono de la voz de su hermano era divertido—. Además, le he mentado a la chica. No le he dicho que, en las raras ocasiones en que hablas de tu trabajo, siempre sale a relucir el nombre de la señorita Hunter.

—Es una chica muy agradable, Jason —intervino su cuñada, apoyando una mano amorosamente sobre el hombro de su esposo.

Jason se quitó la cazadora con un movimiento brusco y la dejó en una silla cercana. Al volver a mirar a su hermano, Darren estaba asintiendo de manera exagerada.

—Jason, Jason. ¿Desde cuándo no has estado con una mujer, hermano?

—¡Darren, por el amor de Dios! —respondió al instante.

—¡Venga ya! No te hagas el santo ni el mojigato conmigo. El tiempo del divorciado compungido y el viudo apenado han pasado a la historia. Ese cuento lo tienes ya muy trillado.

Se dirigió a la ventana con pasos firmes, imprimiendo fuerza al caminar y se giró antes de llegar.

—Te he hablado de la señorita Hunter como te he hablado de otras muchas personas. No quieras hacer ahora de alcahuete.

Darren respondió con una carcajada. Con un descuidado gesto, se encogió de hombros.

—Siempre lo he dicho, Jason: eres demasiado rígido.

Jason miró primero a su hermano y después a su cuñada. Volvió a tomar la cazadora con rudeza y se dirigió a grandes pasos hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó Darren, intrigado.

—A fumar un cigarrillo —espetó sin apenas volver la cabeza para contestar Maddie y Darren se miraron el uno al otro sorprendidos.

—Pero si tú no fumas.

Jason les contestó cuando ya estaba en el exterior.

—Pues entonces es un buen momento para comenzar.

CAPITULO 4

Paige maldijo por lo bajo y dio un puñetazo al volante con violencia. Llevaba más de veinte minutos dando vueltas a la manzana y aún no había podido encontrar un sitio donde aparcar el coche.

Ya estaba desesperada. «¡Mejor hubiera venido andando!», pensó. Al menos, para contrarrestar tal pérdida de tiempo, ese día había salido antes de casa porque quería terminar de pulir un informe, y la experiencia le decía que en el horario de oficina, y con Jake revoloteando alrededor, le sería imposible.

Tras aparcar al fin, llegó a la plaza donde se encontraba la Torre Barret, sede de la *Barret & Giles*. Construida a finales de la década de los setenta, era un monumento erigido al hormigón y al cristal, tan en boga por aquel entonces. Sus más de treinta pisos albergaban una gran parte de la compañía. La plaza en la que se levantaba era circular, con una magnífica fuente en el centro que servía de marco perfecto para el acceso al edificio.

Al ser más temprano de lo habitual, la entrada no estaba tan abarrotada como de costumbre, con los cientos de personas que trabajaban allí a diario. Paseó la mirada casualmente por la plaza. Al otro lado de la fuente vio que, con paso ágil y rápido, su jefe se disponía a entrar en la torre. Aceleró un poco su caminar para poder alcanzarlo antes de que accediera al interior.

—Buenos días, señor Grant —lo saludó con cortesía.

El hombre se detuvo y la saludó a su vez con un atento movimiento de cabeza y una ligera sonrisa que no llegó a sus ojos, al tiempo que se paraba junto a ella.

—Buenos días, señorita Hunter.

No había visto a Jason Grant desde que, cuatro días atrás, estuviera en el hospital.

—¿Cómo está su hermano, señor?

—Está mucho mejor, gracias. Puede que los médicos le den el alta hoy, mañana como muy tarde.

Paige sonrió ante la noticia. El día anterior había llamado a Maddie por teléfono para interesarse por la salud de su marido y aún no sabían nada, aunque sí le había dicho que los médicos estaban sorprendidos por su recuperación.

—Me alegra mucho oír eso. Es una buena noticia.

Jason asintió con convicción.

—Ya lo creo que es lo es. Y dígame, ¿qué tal su mano?

Paige lo miró como si no supiera de qué estaba hablando.

—¿Mi mano? ¡Ah, sí, mi mano! Está muchísimo mejor. Desde que el médico me prescribió los antibióticos ha mejorado mucho.

Se sintió incómoda de repente. Últimamente, cada vez que hablaba con su jefe ésa era la sensación que sentía y, no sabía muy bien a qué era debida ya que antes jamás había sido así. Carraspeó mientras fingía mirar a su alrededor.

—Veo que se incorpora hoy al trabajo, señor —dijo más como afirmación que como pregunta. Si Jason Grant estaba a las puertas de la compañía con su portafolios en la mano, a la hora en que solían entrar los cargos directivos a la oficina y en un día laborable, ¿qué otra cosa iba a hacer allí?, recapacitó sintiéndose algo estúpida por aquel pensamiento.

Su jefe asintió levemente.

—Casi una semana sin aparecer por la empresa me parece tiempo más que suficiente. Aunque, con sinceridad, me hubiera gustado no haber tenido que emplearlo.

Paige lo miró por unos instantes y, sin pretenderlo, le sonrió.

—Espero que las cosas hayan ido bien por la oficina —dijo Grant, sonriéndole a su vez.

Sintió el rubor aparecer de pronto en sus mejillas. Abrió la boca para cerrarla de inmediato, como si se tratase de un pez fuera del agua.

—Eh... sí, señor. Todo ha ido muy bien.

Le acababa de mentir, descaradamente además: los informes de los casos que habían llegado hasta su departamento se habían retrasado y tenían dos reclamaciones pendientes de sendos asegurados. No quería estar presente cuando Jason Grant, el infalible jefe del departamento de Verificación de Siniestros, tuviera conocimiento de todo aquello. «Bueno, al menos esta vez, yo no estoy implicada en ninguno de ellos», pensó y se alegró de ello.

—Bien, si me disculpa, tengo trabajo que...

Paige no llegó a finalizar la frase.

—¡Pero miren a quién tenemos aquí! ¡Si es la eficiente señorita Hunter! —escuché a su espalda. Por desgracia para ella, aquella voz le resultaba familiar.

Al girarse se topó cara a cara con el dueño. Hacía seis largos años que no lo veía, pero era como si el tiempo no hubiese pasado.

El pelo, rubio oscuro y lacio, lo llevaba recogido en una coleta baja de donde algunos mechones se habían escapado. Los ojos, de un celeste casi transparente, eran tan fríos como el hielo, y la miraba entornando los párpados, haciendo que pequeñas arrugas se vislumbraran alrededor de ellos. La boca era una dura línea en su rostro donde casi no eran perceptibles los labios. Llevaba varios días sin afeitarse a tenor de la sombra que oscurecía su cuadrada mandíbula. Vestía tal y como Paige recordaba; pantalones vaqueros, una camisa a cuadros sobre un jersey de cuello alto, una cazadora, igualmente vaquera y unas botas negras de exagerada puntera completaban el atuendo. Si hubiese llevado un sombrero, cualquiera hubiese podido pensar que acababa de salir de un recóndito rancho de Kentucky y no de Boston, de donde era en realidad. Entre los dedos de su mano derecha tenía un cigarrillo, con el que jugueteaba.

Paige lo miró de arriba abajo, casi para asegurarse de que a quien veía era real y no producto de su imaginación o de un mal sueño.

—¡Hey, nena!, ¿no le vas a dar un besito al viejo Danny?

Paige no supo qué decir ni qué hacer y optó por guardar silencio, sintiendo cómo su cuerpo se tensaba involuntariamente.

A su lado, vio cómo Grant clavaba su mirada en Danny. La expresión de su rostro cambió por completo, convirtiéndose en una máscara de seriedad. Paige miró a su jefe por el rabillo del ojo, deseando que no eligiese ese preciso instante para marcharse y que la dejara a solas con Danny.

Danny le dio una larga calada a su cigarrillo a medio fumar, dejando escapar el humo entre sus labios, que sonreían.

—¿Me dirás hola, por lo menos?

Paige se irguió un poco más mientras notaba cómo su espalda se envaraba.

—¿Qué quieres, Danny? —fue lo único que alcanzó a decir.

Tenía la vista clavada en el hombre que acaba de aparecer, pero sentía la mirada inquisitiva de su jefe en ella. Paige tomó aire, llenando sus pulmones, como si con aquello pudiese lograr la calma que tanto estaba necesitando.

El rostro de Danny se ensombreció y le dio una calada al cigarrillo.

—Te dije que quería verte.

Esperó unos segundos para estar segura de que su voz no delatara lo nerviosa que se sentía teniéndolo delante de ella.

—Y creo que te dejé bien claro que yo no.

Danny hizo una mueca con los labios que se asemejó a una fea sonrisa. Dio una nueva calada al cigarrillo y exhaló el humo despacio.

—Bueno, pensé que podrías cambiar de idea.

—No lo he hecho. Así que puedes marcharte —le dijo Paige con dureza.

Danny arrojó al suelo lo que le quedaba del pitillo y se acercó más a ella, para quedar a tan sólo unos pocos pasos de distancia.

—Vas a venir conmigo y charlaremos.

El hombre alargó la mano para tomarla por el codo pero ella, antes que pudiese tocarla, evitó su contacto con un brusco movimiento. Inmediatamente, Grant dio un paso hacia Danny, interponiéndose entre ambos. Paige notaba el corazón palpitándole con fuerza dentro del pecho, porque conocía a Danny y su temperamento, y que Grant se metiese por medio de algo que él quería no iba a gustarle lo más mínimo.

—Creo que ha escuchado a la señorita. Ella no quiere ir con usted —le dijo, con la mandíbula apretada.

Danny parpadeó y miró a Jason desafiante.

—¿Y quién cojones te crees que eres, eh?

Paige bajó la cabeza, azorada y nerviosa.

—Es mi jefe, Danny, por favor. No montes un escándalo —le rogó casi con un susurro.

Danny miró de nuevo a Grant y se irguió de hombros, alzándose en toda su estatura. Era tan sólo un poco más bajo que Grant pero casi de la misma complexión.

—Uy, uy, el jefe —espetó con sorna mientras la miraba con desprecio de arriba abajo—. Veo que vas progresando, Paige. ¿Ahora te lo haces con los jefes? ¡Menudo nivel!

Grant dio un paso hacia Danny que lo dejó frente a frente. Los ojos de Paige viajaron hacia la mano izquierda de Grant, que se había cerrado en un puño de nudillos blancos. No quería que Grant entrara en disputa con Danny así que, sin pensárselo, agarró a su jefe por el antebrazo, ejerciendo una ligera presión. Grant desvió de inmediato la mirada hacia su mano para buscar su mirada a continuación.

—Señor, por favor. —La voz de Paige temblaba de rabia, pero luchaba por no

perder los estribos.

Notó que los músculos del brazo de Grant se relajaban ligeramente bajo su contacto. Danny se movió, pasando el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

—¡Uy, sí, por favor! No haga nada, señor —la ridiculizó Danny, queriendo imitar el tono de su voz.

Paige no retiró la mano del antebrazo de su jefe; al contrario, apretó levemente, intentando llamar su atención. Grant volvió la cabeza hacia ella, pero sin perder de vista al tipejo que tenía frente a sí.

—Señor, por favor —volvió a repetir, casi como una súplica. Retrocedió un poco y esperó que su jefe hiciera lo mismo. No quería seguirle el juego a Danny y dar un espectáculo en público como él pretendía hacer, porque ése era el estilo de Danny.

Paige giró sobre sus talones para encaminarse hacia la entrada del edificio. Grant la seguía un par de pasos por detrás.

—Volveré, Paige —oyó gritar a Danny desde el exterior mientras ambos cruzaban la puerta del edificio. Paige cerró los ojos y quiso que la Tierra la tragara en ese preciso instante.

No se detuvo hasta que estuvo ante los ascensores, con Grant a su espalda. Pulsó el botón y se volvió hacia él aunque no lo miró, con la cabeza gacha y la vista fija en sus zapatos.

—Siento todo esto, señor.

Grant dio un paso hacia ella.

—¿Se encuentra bien? —oyó preguntar a su jefe. Paige levantó la mirada para encontrar sus ojos fijos en ella, con una expresión de auténtica preocupación en ellos. Asintió sin pensar.

—Estoy bien, gracias.

Grant miró hacia el vestíbulo del edificio. Volvió a mirarla un segundo después, con una profunda arruga cruzando su frente de parte a parte.

—¿Es eso cierto o me está mintiendo, como hizo con el asunto de la mano? —le preguntó con voz baja y grave.

Paige no se atrevió a contestar. Le estaba mintiendo y ambos lo sabían. No podía dejar de pensar en lo que acababa de suceder. Cerró los ojos y tomó aire. Sintió cómo una mano de su jefe le daba un breve apretón en el codo con delicadeza.

—Está temblando —afirmó el hombre, en voz tan baja que incluso a Paige le costó oírlo.

Paige se obligó a sonreír, aunque con desgana.

—Ha sido un... poco embarazoso. Sólo eso. Se me pasará —contestó en el mismo instante en que el timbre del ascensor anunciaba que éste había llegado.

Entró en la cabina y Grant se colocó a su lado, casi rozando su brazo. Notó la mirada de su jefe fija en ella, pero rehusó mirarlo. Estaba profundamente consternada por el espectáculo tan bochornoso que Danny les había ofrecido y lo maldijo en silencio por ello.

—Yo... lo siento mucho —alcanzó a decir tras unos largos segundos en silencio—. Estoy muy avergonzada, señor.

Grant negó con rotundidad.

—No es usted quien debe avergonzarse, señorita Hunter, sino ese amigo suyo. Usted no ha hecho nada.

Paige tomó aire, deseando que eso fuera suficiente para calmarle los ánimos.

—Danny no es precisamente mi amigo —le respondió sintiendo todo el cuerpo aún en tensión.

El ascensor se detuvo y Paige salió, seguida de Jason. Antes de tomar camino hacia su oficina, se giró hacia su jefe, ofreciéndole una forzada sonrisa que esperó él creyera.

—Gracias por todo.

—¿De veras se encuentra bien? —volvió él a preguntar. Extrañamente, saber que su jefe se preocupaba por ella y su bienestar la hizo sentir un poco mejor. No mucho, pero lo suficiente para poder llegar a su oficina sin descomponerse y estallar en lágrimas.

—Lo estoy, sí. Gracias de nuevo.

Girando lentamente, emprendió su camino. La voz de su jefe la detuvo apenas había dado un par de pasos.

—Señorita Hunter. Si ese individuo vuelve a aparecer, llame a la policía.

Paige no le contestó; tan sólo se limitó a asentir con reservas.

El día fue difícil. Le costó concentrarse en el trabajo que tenía entre manos y

cuando lograba hacerlo, el rostro de Danny Woodwein acudía a su mente.

Había conocido a Danny cuando vivía en Boston. Al principio, la amistad entre ambos había sido correcta. Al menos, todo lo correcta que se podía esperar de un tipo como él. Ella estaba sola en aquella ciudad tan grande y conocer a alguien del sexo masculino que no hablara permanentemente de pólizas, tomadores y siniestros era un cambio agradable. Empezó a pasar tiempo con él, pero nunca tuvo intención de que aquello se convirtiera en algo serio. Conforme fueron pasando las semanas, Danny se fue revelando como una persona obsesiva y déspota que terminó transformando la recién iniciada amistad en una relación de poder. Él intentaba por todos los medios a su alcance que Paige dependiera de él. La llamaba cuatro o cinco veces al día, le decía qué ropa ponerse, qué amigos debía conservar, qué sitios debía frecuentar... En definitiva, intentaba atraparla en una red que había empezado a tejer a su alrededor. Durante unos días aquella atención le gustó, pero pronto se dio cuenta del tipo de hombre que era y decidió que era hora de ponerle punto final a aquella incipiente relación. Cada intento de acabar con aquello era respondido por una expresión lastimera por parte de él y una promesa de que no la atosigaría más, que nunca llegó a cumplir. La oportunidad de escapar de él se la dio *Barret & Giles*. Le ofertaron volver a su Washington natal con un mejor sueldo y más responsabilidades. Paige aceptó sin vacilar y se fue de la ciudad sin decirle nada a Danny.

Durante seis largos años pensó que aquel hombre pertenecía a su pasado, una parte que no quería recordar en absoluto. «Pues parece que los errores saben cómo volver a llamar a tu puerta», pensó con tristeza.

Quedaba poco para que acabara su jornada laboral cuando el timbre del teléfono sonó, haciendo que se sobresaltara y su corazón se desbocara por unos instantes. Dejó sobre la mesa los papeles en los que estaba trabajando y descolgó.

—Paige Hunter —contestó con el tono más neutral del que pudo echar mano.

—¿Paige? Soy Maddie Grant —oyó decir a la mujer al otro lado de la línea.

—¡Maddie! —respondió sorprendida, para añadir a continuación—: ¿Todo... todo va bien?

La mujer no tardó en contestar.

—Sí, todo está bien, gracias.

Los hombros de Paige se relajaron y una tenue sonrisa afloró en sus labios.

—Me alegra escucharlo.

—Lamento llamarte a la oficina, Paige —continuó la mujer después de unos segundos en silencio—, pero no sabía en qué otro lugar localizarte.

Paige negó con la cabeza, como si la mujer pudiera verla.

—No pasa nada, tranquila.

—Entonces, voy al grano: el próximo sábado organizaremos una cena para celebrar la recuperación de Darren. Nos gustaría que vinieras —le dijo. Su voz era dulce y su tono tranquilo y sosegado.

Paige se sorprendió ante la inesperada invitación. Parpadeó, atónita, moviéndose en su silla.

—Eres muy amable, Maddie, pero...

La mujer la interrumpió antes de que ella pudiese continuar.

—Nada de peros. Será algo informal, no temas.

No sabía qué contestar. Le apetecía mucho volver a ver a Maddie y Darren Grant. A pesar de ello, intentó volver a excusarse.

—Muchas gracias por invitarme, Maddie, pero no creo...

De nuevo la mujer al otro lado la hizo callar.

—Paige, estaríamos encantados de que pudieras venir. Sería una manera de agradecerte tus visitas y tu atención.

El simple comentario hizo que Paige se sonrojara. Ella sabía que no había hecho más que visitarlos en un par de ocasiones y llamarla por teléfono otras tantas. Nada que alabarle.

—Maddie, no tienes por qué darme las gracias.

—Muy bien, pues considéralo una simple invitación a cenar, ¿de acuerdo?

Intuía que si no terminaba accediendo a la petición, Maddie era capaz de insistirle hasta que dijera que sí.

Suspiró y relajó los hombros sonriendo.

—Está bien, Maddie. Iré encantada.

—¡Estupendo! Gracias —respondió la mujer—. Será a las siete. Toma nota de la dirección, por favor.

Alcanzó lápiz y papel, y anotó los datos del hogar de los Grant en Falls Church.

—Bien, lo tengo. Nos veremos el sábado —respondió mientras dejaba el bolígrafo

a un lado.

—Te esperamos. Hasta el sábado, Paige.

—Adiós—. Y la línea se quedó en silencio de repente. Dejó el auricular en su lugar, dispuesta a retomar su trabajo.

Tenía que admitir que la invitación de Maddie la había sorprendido. Podría haberle dado un montón de excusas por las que no ir, como que tenía que hacer la colada o ir de compras. Pero no serían más que eso: excusas. Cuanto más pensaba en ello, más le apetecía la idea. Sus fines de semana consistían en pasarlos tranquilamente en casa, trabajando en algún informe que se había llevado hasta allí o viendo alguna de esas películas antiguas que tanto le gustaban. Salir y relacionarse un poco estaría bien para variar.

Sin esperarlo, Jake entró en la oficina como una tromba, haciendo que Paige diera un respingo sobre su silla.

—¡Dios mío, Jake! ¿Qué quieres, que el corazón se me salga por la boca?

Su compañero se acercó hacia ella.

El hombre arrojó la chaqueta sobre una silla cercana, se subió las mangas de la camisa hasta los codos y se aflojó el nudo de la corbata.

—A Grant sí que le va a dar algo. Sabes que ha vuelto hoy ¿no?

—Sí. ¿Qué ocurre?—. Paige se incorporó en su asiento mientras colocaba los antebrazos sobre la mesa para apoyarse en ellos. Jake tomó la silla que había al otro lado del escritorio de Paige y se sentó.

—Pues algo que era previsible. Ha llamado a Tate para que le presentara su informe y éste no ha tenido más remedio que desvelar que rompió el protocolo de investigación. No quieras saber la cara que tenía el pobre Tate cuando salió del despacho.

Paige intentó sonreír, pero lo único que mostró fue una triste mueca. Jake la miró entornando los ojos.

—Oye, ¿te pasa algo? Tienes mala cara.

«Mierda».

—No. Estoy bien —mintió, aunque intentó sonar despreocupada, temió que el tono de su voz la hubiese delatado.

Jake negó con la cabeza, encogiendo los ojos para clavar su mirada en ella.

—¡Y un cuerno! Te conozco, Paige Hunter, y sé que te ocurre algo.

Paige encerró por un momento su rostro en el hueco de sus manos y suspiró. Era inútil ocultarle ciertas cosas a Jake. Era su amigo y quien mejor la conocía. Y, en ocasiones, parecía tener un sexto sentido cuando se trataba de ella. Hundió la cabeza entre los hombros y buscó su mirada.

—¿Recuerdas que te he hablado alguna vez de Danny?

Jake alzó una ceja.

—Aquel tipo de Boston, ¿no? El psicópata.

Paige puso los ojos en blanco.

—No era un psicópata, era un cretino. Pero sí, ése mismo.

—¿Qué pasa con él?

—Está aquí, en Washington, y ha venido a buscarme.

La expresión de Jake cambió ante sus ojos. Le había contado a su compañero su breve relación con Danny, y recordaba a la perfección las palabras de Jake refiriéndose a él. Paige tomó aire mientras se pasaba ambas manos por el pelo.

—Sí. Y eso no es todo. Me había encontrado a Grant a la entrada del edificio y estaba hablando con él cuando apareció. Y quiso que yo me marchara para charlar con él en ese mismo momento. Intentó ponerse gallito y Grant le paró los pies.

—¿Qué Grant? ¿El impertérrito Jason Grant? ¿Ése Grant?

Paige se levantó de la silla y comenzó a andar de un lado a otro de la oficina, nerviosa.

—Sí y, porque conozco a Danny, sé que va a seguir insistiendo en querer hablar conmigo y no me dejará en paz. Pero temo que la próxima vez no haya nadie allí para impedirselo—. Se paró bruscamente frente a Jake, retorciéndose las manos y dirigiendo su mirada hacia el techo—. ¿Por qué tengo que tener siempre problemas con los hombres con los que salgo?

Jake se dejó caer en el respaldo de la silla y sonrió.

—Eso es porque aún no estás conmigo.

Paige chasqueó la lengua.

—No estoy de humor para bromas, Jake.

El hombre se incorporó de nuevo.

—Soy lo que suele llamarse un buen partido, Paige.

No pudo evitar sonreír ante el comentario de su compañero. Si esa frase hubiese

llegado tiempo atrás, tal vez la hubiera considerado pero no ahora, ya no, pensó.

—Sabes que eres como mi hermano. No puedo pensar en ti de otra manera que no sea ésa.

—Tú no tienes hermanos, Paige. Hermanos varones, quiero decir —aclaró el hombre, jocoso.

—Ya lo sé, pero es como si tú lo fueras. —Y rodeó la mesa para sentarse de nuevo en su silla.

—Oye, hablando de hermanos, ¿tu hermana sigue casada? Porque si no...

La única respuesta que le dio Paige fue arrojarle uno de los lápices que tenía sobre la mesa y que terminó impactando contra el pecho del hombre. Y aunque apenas se sentía un poco mejor por habérselo contado a Jake, terminó sonriendo.

La semana transcurrió deprisa, más deprisa de lo que Paige hubiese deseado. Después de la amable invitación de Maddie Grant para el sábado siguiente, había tenido la intención de volver a llamarla para agradecerse de nuevo y preguntar qué tal se encontraba su marido. No había podido hacer ni lo uno ni lo otro. La otra opción para saber sobre la salud de Darren Grant había sido su jefe. Jake y ella acudían casi a diario a presentarle los informes y las estadísticas en las que trabajaban, pero cada vez que tenía la intención de sacar el tema a colación, lo desestimaba pues le parecía que el lugar de trabajo no era sitio para tratarlo. Y no era de lo único que quería haber hablado con Grant.

Sentía que estaba en deuda con él por haber intervenido cuando apareció Danny.

Le había estado dando vueltas en su cabeza y cuanto más lo pensaba, más avergonzada se sentía. No por sí misma, sino por la lamentable y bochornosa actuación de Danny, aunque era plenamente consciente de que ella no era responsable de que él fuese un cretino y un estúpido. Tal vez la fiesta en casa de su hermano le diera la oportunidad de poder hablar con él y ponerle arreglo a ese hecho.

Cuando dieron las seis de la tarde del sábado, Paige ya estaba preparada para salir. Había comprado unas flores para llevar al hogar de los Grant, que había puesto en un jarrón para que no se estropearan. Revisó todo el apartamento y se aseguró de que todo estaba en orden, el gas apagado y las ventanas cerradas, tal y como hacía siempre. Era una pequeña manía que había adoptado desde que se había ido a vivir

sola. Tomó del vestidor su abrigo, las flores de encima de la mesa y cerró tras ella con cuidado.

Al salir a la calle, se subió las solapas. La noche prometía ser fría y no quería pillar un resfriado. Intentó recordar dónde había dejado esa tarde su coche. En ocasiones y a causa del problema de aparcamiento de su barrio, tenía que dar tantas vueltas para aparcar que luego no recordaba dónde lo había dejado ese día. En cambio, a lo mejor le venía a la mente dónde lo había estacionado dos o tres días atrás. Algunas veces había tenido que echar mano del mando a distancia de su coche y que éste le hiciera saber el lugar por los destellos de los intermitentes. Lo avistó calle abajo y, sonriendo, se encaminó hacia él con paso decidido.

Danny se hundió casi involuntariamente en el asiento del coche que había alquilado al verla salir del portal. Ella se había parado en la acera, mirando de un lado a otro, como buscando algo. O esperando a alguien. Más valdría que no fuera ese tipo de su empresa, su jefe.

Estaba tan hermosa como la recordaba seis años atrás, aunque tenía un peinado distinto y el color del pelo también había variado. El tiempo había redondeado su figura, que en otros tiempos había sido demasiado delgada, confiriéndole unas generosas y atractivas curvas que casi le habían quitado el aliento cuando la vio a las puertas de su trabajo. Sin apartar la mirada de ella, encendió un cigarrillo.

Ella buscaba su coche y Danny sabía que estaba estacionado calle abajo. La había visto aparcar esa tarde cuando llegó a su casa procedente de la oficina, cargada de un buen montón de papeles. Cuando ella localizó el lugar en donde había dejado su automóvil, la siguió con la mirada a través del espejo retrovisor. Se fijó en su manera de andar, lenta y grácil; el contoneo de caderas casi imperceptible para alguien que no estuviera tan acostumbrado como él a observar a los demás. Sintió una punzada en la ingle. Ella aún no sabía quién era Danny Woodwein.

Él era vigilante en una discoteca de poca monta en Boston cuando la conoció, uno de los pocos trabajos legales que había tenido a lo largo de toda su vida. Desde que entrara en el local, acompañada por colegas de trabajo que iban a celebrar el fin de año, se fijó en ella y casi le hizo hervir la sangre en las venas. La observó moverse por el recinto, riéndose y tonteando con los demás que la acompañaban, derrochando una sensualidad que lo estaba volviendo loco de la cual ni ella misma era consciente

y, en cuanto tuvo la oportunidad, fue hacia ella.

Nunca se había comprometido con nadie y con Paige no iba a ser diferente, había pensado en aquel momento. Paige se había hecho la interesante para que él correteara detrás de ella y, cuando se cansó, se largó sin decirle nada. Se había reído de él.

No había podido olvidarla en todo el tiempo que había transcurrido desde que ella lo había dejado abandonado como a un perro callejero. Se había ido sin decir nada, sin despedirse. «Nadie le da la patada a Danny», pensó con un incipiente enfado.

Después de ella, muchas mujeres habían entrado y salido de su vida, y casi nunca se quedaban a la segunda cita, exceptuando a las prostitutas. Ellas sólo conocían el color del dinero y él lo tenía. Pero incluso el dinero había acabado. Había tenido una mala racha con el juego y se entrampó hasta las orejas con tipos que carecían de escrúpulos. Cuando vio que le era imposible hacer frente a sus muchas deudas, dejó Boston y dio tumbos por varias ciudades, intentando reunir la cantidad que le reclamaban. Pero la cosa no había hecho sino empeorar. Estaba harto de moteles pero, sobre todo, estaba harto de vagabundear buscando una suerte que no llegaba a encontrar. Hasta que pensó en Paige. Recordaba que ella tenía un buen trabajo, una casa y un coche, en definitiva, una vida cómoda. Él la había ayudado cuando estaba sola en Boston, ahora era el momento de que ella le devolviera el favor.

Vio salir su coche del aparcamiento y pasar junto al suyo. Paige iba concentrada conduciendo y no lo vio cuando pasó a su lado. Danny la siguió con la mirada y tiró lo que quedaba del cigarrillo por la ventana a la vez que arrancaba el coche.

CAPITULO 5

Paige aparcó al otro lado de la calle en donde se encontraba el hogar de los Grant y miró a su alrededor. La casa estaba situada en medio de un jardín bien cuidado, acotado por una valla blanca junto a la que se arracimaban macizos de arbustos aún por florecer. Ya había anochecido y, por eso, podía ver la luz del interior por las ventanas que daban a la fachada principal y la gente que ya se encontraba dentro. Tomó las flores del asiento junto a ella y bajó.

La calle estaba tranquila pese a los muchos coches que había allí estacionados. Llegó ante la puerta y tocó el timbre.

No habían transcurrido más que unos segundos cuando una sonriente Maddie abrió la puerta.

—¡Paige! ¡Es un placer volver a verte! —La mujer se acercó a ella y la abrazó con efusividad. Maddie estaba resplandeciente esa noche, enfundada en un vestido de cóctel negro sin mangas que adornaba apenas con un par de joyas sencillas. Paige correspondió el gesto de la mujer con un abrazo idéntico. Al separarse, le tendió el ramo de flores a su anfitriona.

—He traído esto. Pensé que era mejor que una botella de vino —le dijo y sonrió.

El rostro de Maddie se iluminó al recibir el regalo.

—Son preciosas. No debiste molestarte, pero muchas gracias de todas formas —respondió tomando el ramo de manos de Paige—. Por favor, pasa.

Paige se detuvo en mitad del vestíbulo a la espera de que la mujer cerrara la puerta.

—Puedes darme tu abrigo, así estarás más cómoda.

Asintió y, despojándose de la prenda, se la tendió.

—Ahora vuelvo. Voy a poner esto en agua. Pasa y sírvete algo, por favor—. Y se alejó, dejándola a solas.

El vestíbulo era amplio y a él se abrían varias dependencias. El suelo era de madera oscura y resplandeciente, y en las paredes pudo apreciar unos cuadros exquisitamente enmarcados.

Una puerta de madera de doble hoja dominaba casi todo el vestíbulo y daba acceso a un amplio salón. Dio un par de pasos y se quedó bajo el vano de la puerta,

observando. Varias personas se encontraban ya allí, charlando amigablemente, unas sentadas en los sofás y otras de pie. El mismo suelo de madera del pasillo continuaba en el salón. Las paredes estaban empapeladas en un tenue color beige, salpicadas de diminutos capullos de rosas amarillas. Las lámparas llamaron su atención. Por el brillo supuso que aquello no era simple cristal común. Pese a estar medio encendidas solamente, atrapaban toda la luz de la estancia, emitiendo destellos brillantes. Dirigió la mirada hacia el centro de la habitación. La chimenea estaba encendida y confería calidez a todo a su alrededor. Sobre ella un gran cuadro de Maddie pintado al óleo que recogía toda la belleza de ésta. Dos enormes sofás estaban situados delante de la chimenea, enfrentados. Y los Grant habían completado todo aquel cálido ambiente con una suave música de fondo.

Buscó con la mirada a Darren Grant y no pudo localizarlo.

Al fondo del salón se abrió una puerta y tras ella apareció su anfitrión, seguido de cerca por Jason Grant. Darren se detuvo a conversar con el primer grupo de personas que encontró a su paso. Grant se paró tras su hermano y Paige lo observó desde la distancia. Vestía como era habitual en él, de forma impecable, pero en esa ocasión había desechado el formalismo de la corbata. No sabía si los trajes que solía usar los confeccionaban a medida para él o no, pero no era posible que a nadie le sentaran mejor que a Grant, pensó Paige. Lo vio saludar a los amigos de su hermano, estrechándoles la mano con una sonrisa forzada pintada en el rostro.

Grant giró la cabeza y sus miradas se encontraron y, tras unos segundos, Paige le sonrió, saludándolo con un escueto movimiento de cabeza. Grant pareció decirle algo a su hermano cerca de su oído y este asintió. Un momento después estaba parado frente a ella.

—Señorita Hunter —la saludó al llegar a su lado con un casi imperceptible cabeceo.

Paige le correspondió de igual manera.

—Señor.

No oyeron llegar a Maddie hasta que estuvo junto a ellos.

—¿No estaréis toda la noche con esa tontería de «señor Grant» y «señorita Hunter», verdad?

La mujer los deleitó con una amplia sonrisa. Tanto Jason como Paige se quedaron callados, sin saber qué decir. Se miraron el uno al otro y Maddie se encogió de

hombros, divertida.

—Jason, ¿por qué no acompañas a Paige y le ofreces algo de beber? ¿Sí? —le pidió Maddie a su cuñado. La sugerencia no dejaba lugar a que Jason se negara. Disculpándose ante ellos, Maddie se encaminó hacia un grupo de amigos que requerían su atención.

Grant miró cómo su cuñada se marchaba y volvió la vista hacia Paige.

—¿Qué le apetece tomar? —preguntó con cortesía.

Paige se encogió de hombros.

—Vino blanco estaría bien, gracias.

Sin decir nada más, Grant se encaminó en busca de la bebida.

La velada parecía un auténtico éxito: todo el mundo charlaba animadamente con alguien, copas en mano, y de vez en cuando se oían risas por encima de la tenue música. No dudó un instante de que tanto Maddie como Darren eran unos excelentes anfitriones, acostumbrados a aquel tipo de eventos. Habían dispuesto una mesa al fondo del salón con diversas bebidas, hacia donde Grant se encaminaba, y Paige lo vio detenerse por el camino, para saludar a algunos de los invitados de manera distendida. Seguramente ya se conocían con anterioridad, especuló Paige.

Grant volvió a su lado casi de inmediato, con dos copas de vino blanco en las manos.

—Gracias—. Paige tomó la suya y bebió un pequeño sorbo, mirando a su alrededor. Aún estaba cerca de la puerta y Grant, con un gesto de la mano, la hizo pasar hacia el interior del salón, deteniéndose cerca de la chimenea.

—Esto es muy agradable. Su hermano y su cuñada han sido muy amables al invitarme —dijo Paige mirándole a los ojos y llevándose la copa de nuevo a los labios.

—Les ha caído usted muy bien —respondió Jason, buscando a su hermano con la mirada.

—Se le ve muy recuperado —observó Paige. Jason dejó de mirar a su hermano para volver la vista hacia ella.

—Sí. Gracias a Dios, ya todo ha pasado.

Paige asintió. Darren era un hombre afortunado, pensó. No sólo por haberse recuperado con tanta rapidez, sino por ser tan querido por su familia y por sus amigos.

—¡Jason, muchacho! ¡Cuánto tiempo sin verte!

Antes de girar la cabeza hacia la voz, Paige miró a su jefe. Éste, en un gesto que le pareció instintivo, había encogido los hombros en un inútil intento de esconderse del dueño de aquella chillona voz.

—Hola, Stan —oyó decir a su jefe, que apenas abrió los labios para responder.

El hombre se acercó hasta ellos con pasitos cortos y rápidos. Rondaba los sesenta años, cara regordeta de mofletes sonrosados, gafas de montura de pasta demasiado grande para sus facciones y pelo escaso. Paige pudo observar que la chaqueta le quedaba ajustada en la cintura, haciendo que el botón estuviera a punto de saltar del ojal. Cuando se paró junto a ambos, apretó efusivamente la mano de Grant, que parecía que la había tendido a regañadientes, con un enérgico movimiento.

—¡Qué alegría verte, muchacho! ¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos, diez, once años?

Paige miró de soslayo a su jefe y pudo comprobar que, si hubiera sido por él, podría haber estado otros tantos años sin verlo.

—He perdido la cuenta, Stan —respondió Grant sin entonación y apretando las mandíbulas, mirando por encima del hombre hacia el fondo del salón.

—Sí, sí —dijo Stan con un ademán de su regordeta mano. Sonreía de manera nerviosa. Se ajustó las gafas al puente de la nariz y posó los ojos en Paige.

—¿Y a quién tenemos aquí? Sin duda alguna, tú debes ser la esposa de Jason. Es un placer conocerla, señora. —Tomó la manga de Grant y tiró de ella, atrayéndole hacia él—. Es una preciosidad, muchacho. Tu hermano no me había dicho que te habías vuelto a casar.

Paige se obligó a reprimir una carcajada al escucharlo, pero al mirar a Grant pudo comprobar que aquello sólo parecía divertido para ella.

Grant miró a Stan con ojos entornados.

—Stan, no es... —El hombre no lo dejó concluir.

—¿No es tu esposa? —dijo mirando a ambos con cara de escepticismo—. ¡Ah, tu prometida! Señorita —dijo acercándose a Paige, guiñándole exageradamente un ojo—, échele el lazo cuanto antes. Es un gran tipo.

Paige miró a Stan entre divertida y avergonzada. Disimulando una sonrisa, negó con la cabeza.

—¿No? —dijo incrédulo.

Grant se agachó unos centímetros para asegurarse de que lo que tenía que decirle a

aquel hombre llegara fielmente a sus oídos.

—Ésta es mi compañera de trabajo, Paige Hunter. Paige, él es Stanley Boswell amigo de la familia desde hace años—. Grant hizo las presentaciones no sin cierta incomodidad.

Stan dibujó una amplia sonrisa en su sonrosado rostro.

—De manera que tu compañera de trabajo ¿eh? Tienes suerte de trabajar con mujeres tan bellas, muchacho, ¡ya lo hubiera querido yo en mis tiempos!

De repente, como si hubiera perdido todo interés en la conversación, Stan giró la cabeza hacia el fondo de la habitación y alzó los brazos.

—¡Rhonda, cariño! ¡Cuánto tiempo! —Volvió a mirar a Paige y a Grant y les guiñó un ojo—. Hasta ahora—. Y se alejó de ellos en dirección a otro grupo.

Sólo cuando el hombre los hubo abandonado, Paige cayó en la cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Su cháchara la había dejado sin palabras y ligeramente confundida. Miró de reojo a Grant, que había seguido con la mirada la trayectoria de Stan, asegurándose de que había tomado como blanco de sus preguntas a otro de los invitados.

—Se ha ido —le dijo y giró la cabeza hacia ella—. Stan es un buen hombre pero...

Le sonrió. Aunque la actitud del hombrecillo no había sido demasiado cortés, Grant la sorprendió disculpando a Stan.

—Pero habla demasiado, ya. Me he dado cuenta—. Había olvidado que tenía la copa de vino en la mano y tomó un nuevo sorbo. Miró fijamente a su jefe, para después pasear la vista por el salón.

—En efecto —fue la breve respuesta que Paige consiguió.

—Aun así parece un buen hombre.

—Lo es —asintió Grant con convicción—, pero puede darle dolor de cabeza a un muerto, créame.

Paige soltó una carcajada al oír la frase.

—Nunca he visto un muerto con dolor de cabeza. Claro que puede que ninguno se encontrara con el señor Boswell.

Grant la miró y sonrió ampliamente, lo que hizo que sus facciones se relajaran. Paige lo miró durante unos instantes y se encontró sonriendo del mismo modo. Grant dio un trago de vino y asintió.

—Puede ser.

Paige sintió de repente la garganta seca y apuró la copa de un tirón.

Jason Grant paseó la vista por el salón mientras daba un sorbo a su bebida y se le ocurrió que, al contrario de lo que había pensado mientras se vestía para ir a la reunión, se lo estaba pasando bien. Se negó a encontrar un responsable directo de este inesperado disfrute de una velada que, inicialmente, le había apetecido poco o nada. Había asistido porque su hermano era importante para él y merecía que celebraran su recuperación, pero no se había hecho ilusiones respecto a que él fuese a disfrutarlo.

Lo que tampoco había hecho fue suponer que Paige Hunter estaría allí. Mucho menos, que resultaría ser una compañía tan divertida e interesante.

—¿Qué tal va todo?

Sorprendido, se giró para encontrar a su cuñada parada a su lado.

Antes de que pudiera formular una respuesta coherente, Paige se adelantó, esbozando esa sonrisa que le iluminaba el rostro cuando aparecía y que él encontraba tan hermosa.

—Muy bien. Es una fiesta estupenda. Gracias.

Maddie desvió la vista hasta él y levantó una ceja, a lo que él respondió con un gesto serio e inquisitivo.

—Jason, ¿te has tragado la aceituna del martini?

Vio el brillo divertido en la mirada de Maddie y luego se giró hacia Paige, que había estallado en una carcajada. Tras un momento, no tuvo más remedio que sonreír también.

—Todo está estupendo, Maddie.

—Mejor, ya estaba preocupada —dijo la mujer exagerando un gesto de hombros—. Espero que todo salga a la perfección.

—Saldrá bien, ya verás —respondió en voz baja.

Maddie lo miró por un largo instante, como si estuviera pensando en algo que no era la fiesta exactamente. Todas las alarmas sonaron dentro de la cabeza de Grant. Nada bueno podía esperarse cuando su cuñada tenía esa expresión. Por fin, como si saliera de un momentáneo trance, sonrió y posó una mano en su brazo.

—No creo que sea así si nos quedamos sin vino. ¿Te importaría ayudarme en la cocina, querido? Tengo un montón de botellas de vino que abrir para la cena.

Grant asintió, ansioso por mantener la atención de Maddie enfocada en la fiesta en lugar de en lo que fuere que estaba pensando un segundo antes. Estaba por excusarse con Paige cuando la escuchó decir: —Maddie, si necesitas ayuda, estaré encantada de echarle una mano.

La dueña de la casa desvió la vista hacia ella y esbozó una sonrisa tan radiante como triunfal.

—Mira, ahora que lo dices, nos estamos quedando sin hielo—. Se dirigió a Grant de nuevo—. Olvida lo del vino, Jason, se lo diré a Darren. ¿Podrías acompañar a Paige hasta la tienda a buscar algo de hielo?

Él se la quedó mirando un largo instante antes de acceder.

—Claro.

—¡Genial! ¡Gracias! —dijo Maddie y, con un gesto de la mano, se despidió de ellos para caminar con rapidez hacia su esposo.

Tras un par de segundos, Jason suspiró y miró a Paige, que aguardaba a su lado.

—¿Vamos? —preguntó, señalando hacia la puerta.

Ella asintió y, mientras se dirigían a la salida, tras dejar las copas sobre la mesa que encontraron a su paso, Jason tuvo la casi certeza de que Maddie los había manipulado.

Salieron a la fría noche y acordaron que usarían el coche de Grant para ir hasta la tienda de comestibles más cercana. Anduvieron un poco hasta que llegaron al automóvil, un gran sedán color gris plomo que relucía bajo una leve capa de humedad. Paige abrió la puerta del pasajero y se sentó, arrebujada en su abrigo.

El coche aún tenía el característico olor a nuevo. El cuero negro del sillón crujió bajo ella. Los asientos eran los más amplios que Paige había visto nunca y había una distancia enorme entre ambos, tanta que podría albergar a una tercera persona entre ellos y, además, estar cómoda. Se colocó el cinturón de seguridad y esperó a que Grant pusiera el coche en marcha.

Se mantuvieron en silencio hasta que Paige se movió, incómoda por la situación. Lo miró por el rabillo del ojo. Grant estaba concentrado en la conducción. Las luces de las farolas y de los demás coches se reflejaban en el parabrisas, dibujando en su rostro extraños patrones. Mantenía los labios cerrados, haciendo que la boca formara una compacta línea, y en su mandíbula pudo apreciar un casi imperceptible pulso.

Paige miró por la ventanilla; las calles pasaban y quedaban atrás y ellos seguían sin articular palabra.

—Hace frío esta noche —se aventuró a decir, cansada de aquel forzado silencio. Grant asintió sin decir nada más.

Paige giró la cabeza para mirarlo y se mantuvo así durante unos segundos, para volver a mirar al frente, saliendo de su boca un chasquido que creyó que él no oiría.

—¿Qué ocurre? —la sobresaltó la pregunta. Paige lo miró de nuevo y negó con la cabeza despacio, con una triste sonrisa dibujada en su rostro.

—Nada, solo que me parece un poco patético que después de seis años trabajando en la misma empresa, no seamos capaces de iniciar una simple conversación.

Grant pareció pensar acerca de lo que ella acababa de decir y terminó asintiendo, sin dejar de prestar atención al tráfico.

—Bueno, aún estamos a tiempo de ponerle solución, ¿verdad? —respondió el hombre, con el mismo gesto adusto que venía mostrando.

Paige lo miró y sonrió.

—Sí.

De nuevo silencio, pero Paige no estaba dispuesta a dejarse doblegar por éste.

—¿Quiere saber qué pienso?

Grant desvió la mirada de la carretera para observarla por unos segundos y asintió.

—Pensaba que... —Pero antes de que las palabras acudieran a sus labios, Paige dejó de hablar. El vino, al parecer, le estaba haciendo decir cosas que no resultarían apropiadas para una conversación con alguien que, al fin y al cabo, era su jefe, aunque no se encontraran en la oficina en ese momento. Hizo un gesto con la mano, para restarle importancia a lo que iba a decir—. Olvídelo.

Grant volvió brevemente la vista hacia ella.

—No, continúe.

Paige se hundió un poco de hombros e hizo una mueca con los labios. Se colocó un mechón de pelo que se había escapado de su peinado y tomó aire. «Bueno, ya que hemos metido la pata, metámosla hasta el fondo», pensó. No quería que él creyera que se estaba haciendo de rogar y, al fin y al cabo, había sido ella la que había provocado esa situación. Se retrepó en su asiento y miró hacia el frente, a través del parabrisas del coche.

—¿Se ha dado cuenta de lo difícil que nos resulta a todos entablar conversaciones

que tengan algo que ver con uno mismo? Nuestra charla del otro día me hizo pensar.

Cuando miró de reojo a su jefe, Paige pudo apreciar de nuevo el movimiento sutil de su mandíbula al apretar los dientes.

—¿Y qué pensó?

Ella se giró un poco en su asiento, para poder mirarlo sin tener que torcer el cuello.

—Pensé en lo poco que conocemos a los demás en general. Me contó muchas cosas que no sabía de usted, aun cuando le veo casi a diario. Me hizo pensar en lo herméticos que podemos llegar a ser. Pero, por favor, no se ofenda, no hablo sólo por usted.

Detuvo el coche en un semáforo y se volvió hacia ella.

—No me ofende.

Paige elevó las comisuras de los labios con una tenue sonrisa y giró la cabeza de nuevo hacia el parabrisas.

—Bueno, pregunte.

Abrió los ojos desmesuradamente al oír la frase del hombre.

—¿Cómo dice?

Grant asintió con renovadas energías.

—Pongámosle remedio a eso. Pregunte.

Paige negó con la cabeza, azorada, no sabiendo muy bien qué decir o qué hacer — No lo he dicho con esa intención. No pretendía...

—Lleva razón en lo que ha dicho, señorita Hunter. ¿O prefiere comenzar usted?

Balbuceó algo incoherente que hizo sonreír a Grant, quien volvió a hablar — Seguramente yo conozco más cosas sobre usted. Al fin y al cabo, muchos de esos datos están en su currículum, ¿no es cierto?

De no haber sido porque el interior del coche estaba en penumbra, sólo iluminado por la luz de las farolas, habría estado segura de que el rubor que tiñó súbitamente sus mejillas habría sido evidente para el hombre. El coche se puso de nuevo en marcha.

—¿Y bien? ¿Va a preguntarme algo?

Carraspeó. No iba a negar que el ofrecimiento del hombre para hablarle de su propia vida era tentador. Dejó a un lado el embarazo que sentía y le preguntó.

—¿Cuánto hace que está en la empresa?

Grant sonrió y la miró de reojo.

—Comencé cuando apenas había terminado la carrera. Mi función era hacer fotocopias, mecanografiar informes y llevarlos de un sitio a otro dentro de la empresa. Ya ve, muy excitante.

—Pero no llegó a ser director del Departamento de Verificaciones así como así, seguro.

Grant giró el volante para tomar la calle de la derecha.

—No. Estuve en ese mismo departamento antes. En el puesto que usted ocupa.

—Vaya. No tenía ni idea—. Paige apretó los labios y miró al frente, pensativa.

—Algunas veces creo que resulta difícil imaginar que un jefe no haya sido siempre eso, un jefe —dijo con voz grave, como si estuviese hablando para sí mismo—. Fue al poco tiempo de pasar a formar parte del departamento cuando me casé.

—¿Era usted joven?

Grant asintió con un lento cabeceo.

—Demasiado joven.

—¿Y no tuvieron hijos? —preguntó casi sin pensar. Grant no respondió de inmediato y ella temió haber metido la pata definitivamente.

Pasaron unos segundos hasta que él contestó.

—No. Victoria, mi mujer, y yo jamás tuvimos hijos. —La voz del hombre se hizo más profunda, tanto como parecían ser aquellos recuerdos—. Cuando nos casamos ambos quisimos afianzarnos en nuestras propias carreras antes de tener hijos. Después, Victoria tuvo un aborto cuando estaba de pocas semanas. A ése le siguió otro más. El último casi le costó la vida, la operaron a vida o muerte. Le juré a ella y a mí mismo que jamás volvería a hacerla pasar por aquello. No volvimos a intentarlo.

Paige tuvo que reprimir el deseo de acercar su mano hacia él y colocarla sobre su antebrazo.

—Lo siento mucho. —Y en realidad lo sentía.

Grant se encogió de hombros.

—No importa —dijo con seriedad—. Ya no importa. Supongo que ésa fue una de las causas por las que terminamos separándonos. Entre otras.

—Debió de ser muy duro. Ambas cosas.

Él asintió, apenas un leve movimiento de cabeza. Y, una vez más, el silencio se apoderó del interior del vehículo.

—¿Y qué me puede contar sobre usted, señorita Hunter?

Paige pensó que, en aquel momento, el trato formal que los dos mantenían ya no se correspondía, pero no iba a ser ella la que le sugiriera tutearlo. Su jefe ya había hecho demasiadas concesiones por aquella noche. Se irguió en su asiento y miró en dirección al hombre.

—¿Sobre mí?

El hombre la miró, apartando la vista momentáneamente de la calle.

—Es lo justo, ¿no cree?

Se sentía extrañamente nerviosa. O tal vez fuese la copa de vino la que la hacía sentir de aquella manera. Parpadeó varias veces, intentando rebuscar en su mente algo que pudiese contarle.

—No mucho más de lo que seguro usted sabe.

—Vaya, pues parece que la ha salvado la campana —dijo a la vez que estacionaba justo a la puerta de la tienda de comestibles.

Un suspiro apenas audible se escapó de sus labios. Grant quitó las llaves del contacto y volvió a mirarla.

—Hemos llegado.

El camino de vuelta fue bastante más corto, o ésa fue la impresión que le dio a Paige.

Entraron en la cocina por la puerta de atrás. Maddie estaba allí, ultimando la cena que se serviría a continuación. Grant colocó ambas bolsas sobre la encimera.

—Maddie, ¿dónde guardo esto?

La mujer levantó la vista de la salsa que estaba preparando y miró a su cuñado.

—Ponlas en el congelador, por favor.

Grant abrió la puerta. Allí dentro había un par de bolsas idénticas a las que él había traído. Se giró hacia su cuñada con el ceño fruncido.

—Aquí hay hielo, Maddie.

Paige vio cómo Maddie levantaba la cabeza y una expresión de inocencia se dibujó en su rostro. La mujer se encogió de hombros y miró a su cuñado.

—Vaya, olvidé que las habíamos comprado. Déjalas en el fregadero, por favor.

Los ojos de Paige viajaban de uno a otra. Grant dudó antes de hacer lo que su

cuñada le había pedido. El hombre se giró y miró a Maddie, y ella lo retribuyó con una amplia sonrisa.

—Bien, ya está todo listo. Podéis ir a sentaros a la mesa.

Paige y Grant intercambiaron una mirada y tras unos breves instantes, Grant asintió. Hizo un gesto galante con el brazo para que Paige pasara delante de él hacia el salón.

Antes de que Darren anunciara que la cena estaba lista, Paige pudo conversar con algunos de los invitados, pero eludió claramente volver a encontrarse con Stan Boswell. Charló de cosas triviales en un ambiente distendido y agradable. El grupo lo conformaban apenas unas diez personas, todas ellas muy allegadas a los Grant. Que la hubieran incluido a ella entre todos esos amigos la alegraba y la hacía sentirse bien. Al cabo de un rato, todos pasaron hacia el comedor.

Por fortuna para Paige, el señor Boswell estaba al otro de la mesa, sentado junto a una mujer que soportaba estoicamente su cháchara.

Maddie la había colocado entre un viejo amigo de la familia y un vecino, un hombre un bastante reservado que hablaba poco y que no aparentaba más de cincuenta años. Grant estaba sentado frente a ella, entre las esposas de sus vecinos de mesa. Se sentía a gusto entre toda aquella gente desconocida. El clima era sumamente agradable, la comida exquisita y el vino delicioso. Tal vez porque su jefe estaba sentado frente a ella, se encontró mirándolo varias veces. El hombre charlaba con sus acompañantes y sonreía. En ocasiones, Grant giraba la cabeza hacia ella y sus miradas se cruzaban por un instante, momento en que Paige se afanaba en el plato que tenía ante sí, avergonzada. Después de la tercera vez que la pescó mirándolo, decidió evitar la tentación paseando la vista por todos los congregantes. Era un íntimo y bien avenido grupo reunido alrededor de Darren Grant. Fijó su atención en su anfitrión y comprobó lo mucho que se parecían ambos hermanos: los mismos gestos, la misma manera de mirar, expresiones casi idénticas... pero había algo casi intangible que los diferenciaba. Tal vez su efímero paso por el ejército cuando no era más que un adolescente; su fallido matrimonio y la posterior muerte de su ex mujer habían hecho mella en el carácter de Grant. Volvió de nuevo la cabeza hacia su jefe y lo encontró con la mirada fija en ella, serio. En esa ocasión, ella no quiso huir de aquellos penetrantes ojos azules que la miraban como si no hubiese nadie más en la habitación. Paige alzó la barbilla ligeramente sin dejar de mirarlo y, despacio, le sonrió.

Cuando la cena terminó, todos se dirigieron de nuevo al salón, donde Maddie había

dispuesto que servirían el café. Paige tomó su taza y fue a sentarse junto a Darren y su jefe.

—Señor Grant, gracias por invitarme. Han sido muy amables —dijo Paige.

El hombre se incorporó y apoyó los codos sobre sus rodillas.

—¿Cómo es eso de «señor Grant»? Darren, por favor —la cuestionó con una sonrisa, a la cual Paige le respondió de igual manera.

—Está bien. Darren.

El mayor de los Grant miró a su hermano junto a él.

—Lo de «señor Grant» lo dejo única y exclusivamente para mi hermano, Paige, aunque no logro entender el porqué de tanta formalidad, la verdad.

Jason bajó la taza hasta su plato y se incorporó hacia delante en una pose idéntica a la de su hermano, que a Paige no le pasó desapercibida.

—Son normas de la empresa, Darren.

—Normas absurdas, si se me permite decirlo —repuso, mirando a su hermano y a Paige alternativamente—. Y obsoletas.

Jason miró hacia otro lado de la habitación, negando sutilmente con la cabeza.

—Te conozco, hermano —volvió a hablar Darren para dirigirse a éste—. Sé que te es más fácil seguir las normas que pensar en romperlas.

Grant asintió con un pesado cabeceo.

—El rebelde de la familia eres tú, Darren. Y no creo que eso sea un tema para tratar esta noche, ¿no es así? —le dijo entre dientes.

Los hombros del mayor de los Grant se hundieron con teatralidad.

—Me rindo. No sacaré nada en claro de todo esto y no tengo ganas de enfadarme por algo que no me concierne después de todo —dijo mientras se levantaba del sofá—. Bien, tengo invitados que atender. Os veo luego—. Y se marchó dejando a Paige a solas con Grant.

Paige lo siguió con la mirada. Volvió la cabeza y apuró su taza de café.

—Se le ve bastante bien, ¿no cree? Ya vuelve a ser el mismo y ha vuelto a su pasatiempo favorito: tenerme a mí como objetivo —dijo casi casualmente Grant, reclinándose sobre el respaldo del sofá.

Lo miró, sorprendida por el comentario, y sonrió. Al parecer, su jefe se había propuesto desconcertarla esta noche. Y en verdad era que lo estaba consiguiendo. Dejó la taza con el platillo sobre una mesita que había delante de ambos.

—Están ustedes muy unidos. Es algo que se ve.

Por un momento Grant la miró con extrañeza, como si su comentario lo hubiera tomado por sorpresa. Unos instantes después, una sonrisa apreció en los labios del hombre.

—Puede que mi hermano tenga razón.

Paige se giró un poco más hacia él, hasta quedar sentada casi de frente.

—¿Cómo... dice? — preguntó con cierto titubeo. No había escuchado una sola palabra de la última frase; había estado atenta simplemente a los movimientos y a los ojos de su jefe para darse cuenta de que jamás se había fijado en ellos.

—Es cierto, soy demasiado rígido y me agrada cumplir las normas. Es más fácil que romperlas... y más seguro —le confesó casi con un velo de timidez. El hombre asintió—. Claro que él nunca me oirá darle la razón.

Paige entornó los ojos.

—¿Quién?

—Mi hermano —le respondió Grant.

En ese momento Paige consideró que todo el vino que había bebido antes y durante la cena, se le había subido a las mejillas. Y el reconfortante calor del café no había ayudado demasiado. Evitó mirar de nuevo a su jefe.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo Grant al cabo de unos segundos en silencio.

Paige levantó la mirada de nuevo hacia su jefe y asintió.

—No puedo negarme, ¿verdad?

—Creo que no —le contestó el hombre, con un breve movimiento de cabeza—. ¿Quién era el tipo del otro día?

Los hombros de Paige se tensaron casi sin darse cuenta. Cualquier atisbo de sonrisa se borró de sus labios.

Imitándola, Grant se irguió en su asiento.

—Si no quiere, no tiene por qué...

—No es eso —dijo Paige casi en un susurro. Se obligó mentalmente a relajarse. Oír la referencia a Danny la había puesto nerviosa de repente. Pero no iba a ocultarle a su jefe quién era. Se removió en su asiento, bajando la mirada hacia sus manos, unidas sobre su regazo—. Su nombre es Danny Woodwein. Era... era un amigo, cuando vivía en Boston.

—¿Un antiguo novio?

Paige negó enérgicamente con la cabeza.

—Él nunca fue mi novio. Salíamos y entrábamos, nada serio, al menos para mí no lo fue. Estuvimos viéndonos apenas tres meses. Tres largos meses.

—No guarda buen recuerdo de él, ¿verdad?

Se movió incómoda en el sillón.

—No, no guardo buen recuerdo de él. Y me gustaría no tener que guardar ninguno sobre él, ni bueno ni malo —dijo Paige mientras bajaba la mirada y la posaba sobre sus propias manos. Un pesado silencio se abrió paso entre ellos hasta que, un minuto después, Grant lo rompió —¿Puedo pedirle un favor?

Sin tener ni idea de qué podría querer su jefe, asintió con tímido cabeceo.

—Avíseme si ese tal Danny vuelve a aparecer, ¿quiere?

—Muchas gracias, pero no quiero involucrarlo en esto, señor. Yo lo resolveré. Además, conozco a Danny y no creo que vuelva a aparecer —le contestó, sabiendo que era una mentira. Conociendo a Danny como lo conocía, sabía que él intentaría un nuevo acercamiento, lo quisiera ella o no.

—Usted avíseme, ¿de acuerdo? —reiteró el hombre.

Paige no sabía por qué pero, de repente, se sintió extrañamente nerviosa. No podía echarle la culpa al café, pues era una bebida que ella tomaba a diario y rara vez le producía ese efecto. Tenía la sensación de que su estómago se estaba reduciendo por momentos.

—Creo que va siendo hora de irme —dijo Paige. Se levantó como accionada por un resorte, poniendo así fin a aquella conversación.

Grant la siguió con la mirada. «¿Y por qué quiero irme?», se preguntó Paige en silencio. La fiesta aún no había decaído y, por extraño que le pudiera parecer, la compañía le resultaba sumamente agradable. Quizá demasiado. Y, tal vez, ése era el problema. Esbozó una sonrisa y dio un paso para alejarse del lugar en donde había estado sentada.

—Voy a despedirme de su cuñada y a recoger mi abrigo —dijo finalmente. Temió que, si se quedaba parada allí un segundo más mirando a su jefe, iba a quedar como una idiota. Ya había dado un paso en dirección hacia el vestíbulo cuando Grant se levantó del sofá.

—Yo iré a recogerlo —se ofreció. El tono de su voz era grave y armonioso y entró

por los oídos de Paige como un suave murmullo. De nuevo aquella sensación indescifrable de nerviosismo. Se obligó a tomar aire para despejar la espesa neblina que amenazaba con cubrir sus sentidos. Buscó a Maddie y se acercó hacia ella.

—Maddie, me temo que tengo que marcharme. Ha sido una velada encantadora.

Su anfitriona la miró con cierta expresión de extrañeza, que fue sustituida de inmediato por una de decepción.

—¿Tan pronto? Quédate un poco más, Paige —le ofreció la mujer y Paige supo que lo decía con sinceridad.

Hizo una mueca, tentada por la amable oferta, pero terminó negando con la cabeza.

—Es tarde. He de irme ya —reiteró.

Paige intentó sonar convencida, pero lo cierto era que no le apetecía ni lo más mínimo marcharse. Maddie no insistió.

—¿Has venido en coche? Si quieres, puedo llamarte a un taxi o que alguien te acompañe.

—He traído mi coche. No te preocupes —le contestó, agradecida.

—Bien, pues entonces voy a por tu abrigo.

Paige la detuvo, tomándola del brazo con suavidad.

—Ya ha ido Jason por él —respondió casi sin pensar.

Maddie la miró y una amplia sonrisa iluminó los hermosos rasgos de la mujer.

—¡Vaya! Veo que al fin os tuteáis.

Notó cómo sus mejillas se teñían con un ligero rubor que debía de ser visible para Maddie. Giró la cabeza hacia un lado y otro, intentando eludir su mirada.

Grant casi se materializó detrás de su cuñada, sin que lo hubiese visto llegar.

—Gracias —le contestó en voz baja cuando el hombre sostuvo la prenda y esperó a que ella se la colocara.

Maddie miró primero a su cuñado, para después mirarla a ella.

—Muchas gracias por venir, Paige. Ha sido un placer volver a verte —dijo la mujer a modo de despedida.

Paige se acercó a su anfitriona y la besó con cariño en la mejilla.

—Gracias a vosotros por invitarme. Me lo he pasado muy bien. Por favor, despídeme de Darren —le dijo mientras se acercaba hasta la puerta.

—Lo haré, descuida.

Paige les saludó con la mano y bajó los escalones del porche con cuidado. Tras cruzar el jardín, miró por encima de su hombro hacia la puerta de entrada; Maddie y Grant continuaban allí así que volvió a despedirse con un gesto.

Desde el momento en que ella y Grant salieron antes de la cena para comprar el hielo, el frío había arreciado y arrancó lágrimas de los ojos de Paige. Se arrebujó aún más en su abrigo mientras se subía las solapas del cuello, para combatirlo en la medida de lo posible.

Dio gracias al cielo en silencio por haber estacionado justo enfrente y aceleró el paso para cruzar la calle que, aun cuando estaba desierta de gente, estaba abarrotada de vehículos aparcados. Abrió su coche con el control remoto y se metió en él.

Se miró en el espejo retrovisor a la espera de ver cómo las lágrimas causadas por el frío habían corrido su maquillaje, pero lo que vio fue una sonrisa, en los ojos y en los labios, que ni ella misma sabía que tenía. Tomó aire lentamente y hundió la cabeza entre los hombros. Seguía creyendo que había hecho bien en marcharse de la fiesta en aquel momento, aunque no tuviese ganas de hacerlo. Lo había pasado muy bien; había conocido a gente encantadora —incluyendo al parlanchín señor Boswell— que la habían incluido en sus conversaciones como si la conocieran de toda la vida. Y eso la llevó a pensar en Jason Grant. Podía decir que lo conocía, pero no era cierto. Sin embargo, sí que creía que aquella noche había empezado a hacerlo, al rascar un poco en esa superficie fría y estricta bajo la que parecía esconderse.

Había estado atento en todo momento a ella, asegurándose de que se sintiera cómoda entre toda aquella gente que le era desconocida. Ver a Maddie y a Darren le había alegrado el día, pero sin duda, si tenía que elegir un único momento de la noche, tal vez se quedaría con la conversación con su jefe cuando fueron a comprar el hielo.

Con una sonrisa prendida en sus labios, que no parecía querer marcharse, metió las llaves con desgana en el contacto y las giró.

Esperó a oír el ronroneo del motor, pero nada sucedió, ni tan siquiera un leve intento. Volvió a dar una vuelta a la llave y pisó el acelerador.

—¿Pero qué demonios...?

Miró el salpicadero y ningún indicador se encendió. Ni las luces. Nada de nada. Cada vez que giraba la llave e intentaba hacer que el motor se encendiese, la respuesta siempre era la misma por parte del coche: silencio.

Después de varios intentos, todos igualmente infructuosos, se dio por vencida y apoyó la frente contra el volante.

—¡Genial! —dijo mientras sacaba la llave del contacto con una brusca sacudida. Buscó el móvil en el fondo de su bolso pero, cuando intentó encenderlo, un pequeño destello rojo le dijo que se había quedado sin batería.

Abrió la puerta, enojada, y salió dando un fuerte portazo.

—¡Mierda! —exclamó enfadada consigo misma y con aquel aparato del demonio. Ahora tendría que volver a casa de Maddie para, desde allí, llamar un taxi.

La noche no estaba terminando tan bien como había comenzado, pensó mientras cruzaba de nuevo la calle para encaminarse hacia la puerta del hogar de los Grant.

El rostro sorprendido de Maddie la recibió tras llamar al timbre.

—¡Paige! ¿Qué ocurre? ¿Has olvidado algo?

Pesarosa, señaló con el pulgar sobre su hombro hacia donde su traicionero vehículo estaba estacionado.

—Mi coche. Creo que se ha propuesto no funcionar esta noche. ¿Puedo llamar a un taxi? —le pidió a la mujer.

De inmediato, Maddie se hizo a un lado para dejarla pasar y así poder cerrar la puerta.

—¡Por supuesto! Pasa.

Se lo agradeció con un simple gesto de la cabeza y una sonrisa en los labios.

—Espera un momento, por favor. Ahora vuelvo —le dijo Maddie. Y sin esperar contestación alguna por parte de Paige, desapareció por una de las puertas que daban al vestíbulo.

Paige miró a su alrededor. No recordaba dónde había visto el teléfono, ni tan siquiera si lo había llegado a ver. Se arrebujo en su abrigo. La temperatura había descendido mucho y tenía los dedos de los pies congelados. Necesitaba llegar a casa, enfundarse en su pijama y tomarse un té caliente.

Maddie apareció en aquel instante, seguida de cerca por Grant. Paige se quedó mirando a ambos.

—Jason te acompañará a casa —dijo cordialmente la mujer, con una amplia sonrisa dibujada en su rostro.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó el hombre, con cierto tono de preocupación en su voz.

Se sentía ridícula, como una adolescente que se había quedado bloqueada frente al primer problema que la hubiera surgido. Sus hombros se hundieron visiblemente.

—Es mi coche. Se niega a arrancar. Iba a llamar a un taxi.

Maddie se adelantó un paso, haciendo un ademán con la mano.

—¡Tonterías! Jason te llevará a casa, ¿verdad? —dijo, sin esperar a la reacción de su cuñado.

Grant miró a Maddie y asintió con un breve gesto.

—Espera un momento. Voy a por mi abrigo.

—Señor, no quiero molestar. Puedo pedir un taxi —le dijo mirándole a los ojos.

—No es molestia —respondió Grant.

Y se marchó dejando a ambas mujeres solas de nuevo.

Maddie exhibía una amplia sonrisa que Paige no sabía muy bien a qué se debía.

—Siempre es mejor que un taxi. ¿No te parece?

Grant apareció casi al instante, colocándose el abrigo.

—Bien, vamos. Buenas noches, Maddie. —Y se acercó a ella para despedirse con un cortés beso en la mejilla.

Paige se despidió de nuevo de la mujer con una sonrisa de gratitud y un gesto de la mano, y salió por la puerta seguida de su jefe.

Paige maldijo por lo bajo la elección de calzado de aquella noche. La suela fina de sus zapatos de salón nada aislaba del suelo. Echaba muchísimo de menos sus botas.

Anduvieron el uno al lado del otro, en silencio. La calle estaba desierta y sólo se escuchaba el sonido de sus pisadas.

—Siento haberle sacado de la fiesta, señor —dijo finalmente Paige, mirándolo por el rabillo del ojo.

Apenas pudo ver la sonrisa que se dibujó en el rostro del hombre.

—No tiene importancia. Estaba a punto de marcharme —le respondió él encogiéndose de hombros.

Continuó caminando a su lado, intentando seguir sus largos pasos con aquellos tacones que la estaban mortificando. Lejos de comenzar a entrar en calor por la caminata, Paige sentía más frío. Le parecía que el viento helado del norte estaba arreciando. Se subió las solapas y hundió un poco la cabeza en el cuello de su abrigo, que le parecía que no ofrecía ninguna protección contra aquel clima gélido. Sin darse

apenas cuenta, comenzó a tiritar.

Grant frenó un poco su caminar y se giró hacia ella.

—Está helada—. Aquello no era una pregunta, pensó Paige. Sin pensarlo, asintió.

—No esperaba que hoy hiciese tanto frío —le dijo mientras se arrebujaba como podía en su abrigo.

Grant se detuvo totalmente y, sin previo aviso, comenzó a quitarse el abrigo.

Los ojos de Paige se abrieron como platos.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó con un tono de voz un poco más agudo del que acostumbraba a usar. Él la miro sin inmutarse.

—Dejarle el abrigo.

Los brazos de Paige se movieron ante su rostro como si fuesen las aspas de un ventilador maltrecho.

—No, de eso nada. Con que uno pase frío ya es suficiente.

—Se está congelando —añadió él, no sin razón—. Yo tengo la chaqueta y la bufanda.

Sin pensarlo, Paige se acercó a Grant, y tomando su bufanda sin previo aviso, se la colocó al cuello con un florido gesto.

—Esto servirá hasta que lleguemos al coche.

Sin dejar de mirarla, la expresión seria de Grant se convirtió en una media sonrisa que le iluminó el rostro y los ojos. Bajó la cabeza, negando a su vez con pequeños movimientos.

—Muy bien, nada de hacerme pasar por el caballero de brillante armadura. Lo pillo.

Paige le sonrió y asintió.

—Exacto —le contestó mientras adecuaba la bufanda, dando varias vueltas en su cuello. Reanudó el camino con Grant a su lado.

La bufanda era de una suave lana, agradable al tacto que, además, olía al *after shave* de Grant, mezclado con otro que sólo podía ser la esencia del hombre que se la había prestado. Aspiró un momento y se dejó embaucar por aquel aroma.

Si no fuera por sus malditos zapatos, Paige pensó que no le importaría que el paseo continuase un poco más.

Al llegar al coche. Grant le abrió la puerta del pasajero y ella se sentó. Él rodeó el vehículo y entró, dejando el frío de la noche fuera.

—¿Está mejor? —le preguntó antes de poner las llaves en el contacto.

—Lo estoy —le respondió al mirarlo directamente a los ojos.

Grant se limitó a encender el contacto y, tras ello, pulsó un par de botones de la consola central. Unos segundos después, un agradable calor salía por las rejillas de ventilación, que Paige agradeció en silencio con una sonrisa. Se arrellanó en el asiento y oyó el ronroneo del motor cuando Grant lo puso en marcha.

A aquellas horas, el tráfico estaba realmente tranquilo y el viaje hasta el apartamento de Paige no fue demasiado largo. Durante el trayecto, ambos se mantuvieron en silencio; él concentrado en conducir y ella en mirar por la ventanilla, viendo pasar el oscuro paisaje, y sólo lo rompieron para que Paige le diera las indicaciones de cómo llegar hasta su casa.

Aún continuaba envuelta en la bufanda, con ella hasta casi las orejas, el frío que antes sintiera se había alejado por completo, gracias a aquella prenda y a la calefacción del coche.

Al llegar, Grant estacionó y apagó el contacto.

—Hemos llegado —dijo en voz baja. Ella giró la cabeza y lo miró.

—Así es —le respondió y dibujó una sonrisa en su rostro. Apenas podía ver las facciones del hombre con aquella luz tan tenue que se colaba en el coche, proveniente de las farolas de la calle, pero podía sentir aquellos ojos azules fijos en ella.

Paige sabía que debía bajarse del coche pero, al parecer, aquel asiento poseía el inexplicable poder de impedir que se levantara de él. «O es eso, o no me apetece hacerlo en absoluto», pensó.

—Muchas gracias por traerme —dijo al fin, removiéndose en el confortable sillón y soltando el cinturón de seguridad.

—De nada —fue la breve respuesta del hombre, dicha con voz grave y profunda que acarició sus oídos.

Paige movió la cabeza, asintiendo.

—Lo he pasado muy bien esta noche —confesó Paige mientras sonreía. Aparentemente, eso era todo lo que podía hacer: sonreír como una boba.

—Yo también —respondió el hombre sin alejar la mirada de ella.

Antes de abrir la puerta, Paige se deshizo de la bufanda y se la devolvió. Grant la

tomó de sus manos y se la colocó al cuello con un gesto tranquilo.

—Muchas gracias por todo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Al salir, el frío la golpeó en el rostro sin piedad.

Cerró la puerta con una última sonrisa y se encaminó al portal. No hubo dado ni cuatro pasos cuando volvió sobre ellos, con agilidad, hacia el coche que aún no se había puesto en marcha. Llamó con los nudillos en la ventanilla del pasajero y esperó a que Grant bajara el cristal.

—¿Sí, señorita Hunter? —preguntó el hombre, agachando la cabeza para poder verla.

—Señor, me preguntaba si le apetecería un café —soltó de repente. Sólo cuando aquellas palabras salieron de su boca se dio cuenta de la hora que era. Sintió sus mejillas ruborizarse de inmediato.

Grant abrió los ojos con sorpresa y miró el reloj.

—Muchas gracias, pero creo que es bastante tarde —se justificó él con un cierto embarazo.

Paige asintió con exageración mientras notaba cómo los latidos de su corazón se habían disparado.

—Sí, tiene razón. Tal vez en otra ocasión.

El hombre, desde el interior en penumbra del automóvil, la miró y le sonrió.

—Sí, será en otra ocasión.

Sintió que estaba haciendo el mayor de los ridículos de su vida delante de su jefe. Incluso el aire frío le pasaba desapercibido. Pensó que lo mejor sería retirarse dignamente antes de que su boca y el alcohol que aún fluía por su cerebro se aliaran en su contra.

—Buenas noches, señor —se despidió de nuevo de él.

En los labios de Grant apareció una sonrisa que Paige estaba segura de no haber visto nunca. La asombró gratamente y se sorprendió a sí misma sonriéndole.

—Buenas noches, Paige —correspondió él. Subió la ventanilla y puso el motor en marcha.

Al llegar al portal, Paige se volvió y vio cómo el coche se marchaba. Negó con la cabeza y encerró su rostro entre las manos mientras respiraba hondo.

«¡He invitado a mi jefe a mi apartamento a las dos de la mañana! Y ahora, ¿cómo

lo miro a la cara el lunes?», pensó, queriendo que la tierra se abriera bajo sus pies y la engullera.

Danny rebuscó la cajetilla de cigarrillos y la encontró vacía en el asiento del pasajero. La aplastó entre sus manos y abrió la guantera. Sacó una nueva, nervioso, viendo cómo Paige entraba en su edificio.

Aquella tarde la había seguido hasta uno de esos barrios en los que vivía la gente rica. Ella había llevado un ramo de flores que recogió una mujer en la puerta.

Estuvo esperándola casi cuarenta y cinco minutos pero ella no salió y, por lo que podía apreciar por las ventanas, no saldría en mucho tiempo. Allí había una especie de fiesta. Había pensado que podía irse a tomar unas cuantas cervezas y volver más tarde, cuando estimara que ella dejaría aquel lugar.

Y así fue; la vio abandonar la casa y encaminarse al coche. Estaba a punto de arrancarlo cuando ella se bajó del vehículo y regresó sobre sus pasos. Y al poco volvió a salir, precedida por un tío alto y elegante. Había tenido que fijar bien la vista para darse cuenta de que era el mismo hombre que le impidió hablar con ella a la entrada de su empresa: su jefe. Apretó con fuerza las manos sobre el volante, con tanta violencia que se clavó las uñas en el talón de la mano. Maldita zorra. Había supuesto que estaba liada con él y resultaba que tenía razón. Lo había sabido desde el principio, desde que los viera juntos por primera vez. Y se iban en el coche de él.

Un regusto rancio le vino a la garganta. Con las luces apagadas los había seguido de lejos hasta que se montaron en un enorme sedán.

Ahora, el tipo acababa de dejarla en su casa y se había marchado. No era lo bastante hombre para quedarse y echar un par de polvos. Mejor. Tiró la colilla apurada por la ventanilla y encendió otro cigarrillo sin esperar. Miró la fachada del edificio con ojos entornados y vio una luz encenderse. Era una de las ventanas del apartamento de Paige.

Se pasó la mano por el pelo y por la barba que comenzaba a picarle. Ella se acordaría de quién era Danny Woodwein.

CAPITULO 6

La despertó el insistente sonido del timbre de su apartamento. Paige levantó la mirada soñolienta y la fijó en el despertador que tenía en la mesilla de noche. Eran las nueve de la mañana. Normalmente estaba despierta a esa hora, pero era domingo y ella tenía planeado un divertido descanso dominical que incluía el sofá, una manta y un montón de películas. Estaba dispuesta a ignorar la llamada cuando quien quiera que estuviese al otro lado de la puerta insistió.

—Vete. No estoy —dijo en tono lastimero, aunque no pretendía que la escucharan.

Se cubrió la cabeza con la almohada. No sólo la habían despertado sino que la acababan de sacar de un hermoso sueño con un extraño hombre de cabello color castaño, que estaba a punto de besarla en el momento en que llamaron. Se arrebujó bajo las mantas, dispuesta a volver a dormirse y retomar el hilo del sueño por donde lo dejó, cuando el teléfono móvil que tenía sobre la mesilla de noche vibró en silencio. Lo tomó con ojos entornados y leyó el mensaje que emergió en la pantalla. Era de su hermana.

Estoy aquí fuera. Ábreme.

Con un sonido lastimero, Paige se levantó a regañadientes, tomó la bata de los pies de su cama y se encaminó hacia la entrada arrastrando los pies. El timbre volvió a sonar y Paige levantó los brazos en un gesto de exasperación.

—¡Ya voy, ya voy!

Abrió la puerta de un tirón.

—¿Qué quieres, Penny? —preguntó sin haber terminado de abrirla completamente.

La mujer sonrió y se hizo paso sin esperar a ser invitada.

—¿Qué manera es ésa de saludarme, hermanita? —La besó en la mejilla.

Paige se mantuvo junto a la entrada.

—Repito, por si no me has oído, ¿qué es lo que quieres, Penny?

La mujer se giró hacia ella. Su hermana tenía unos pocos años más que Paige, pero aparentaba bastantes menos de los que tenía. Tenía la piel clara y tersa, y unos enormes ojos verdosos que realzaba con un poco de maquillaje. El pelo, largo y de color caoba, lo llevaba recogido pulcramente en una cola alta de la cual había dejado escapar algunos mechones que enmarcaban su rostro ovalado. Le sonrió con

exageración.

—Paige, necesito que te quedes con los niños.

Sólo con escuchar aquellas pocas palabras, Paige se encontró negando categóricamente con enérgicos movimientos de cabeza. Cerró la puerta y se encaminó con paso cansado hacia el sofá.

—Ni lo sueñes, Penny, ¡es domingo! Quiero descansar.

Su hermana le agarró el brazo antes de que se sentara.

—Paige, necesito que lo hagas. Estoy a punto de firmar la venta más importante de toda mi carrera y no puedo llevar a los niños.

Paige parpadeó, aún soñolienta, dejándose caer sobre el asiento.

—¡Pero es domingo! ¿Cómo se te ocurre trabajar en domingo?

La mujer forzó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Llevo meses intentando vender esa maldita casa, Paige, y ahora parece que tengo a unos compradores verdaderamente interesados. ¿Tú sabes la comisión que puede quedarme si hago esa venta?

—¿Cuánto vale la casa? —preguntó.

—Un millón.

Los ojos de Paige se abrieron asombrados. Abrió y cerró la boca varias veces antes de asentir.

—Vale, me hago una idea de la comisión. ¿Por qué no le dejas los niños a mamá?

Los hombros de su hermana se hundieron un poco.

—Mamá está en una de sus muchas excursiones. No hay quien le vea el pelo.

—¿Y Jimmy? ¿No se los puedes dejar a él?

En el rostro de su hermana se dibujó una media sonrisa triste.

—Está en San Diego. Tenía una convención sobre no sé qué nueva técnica quirúrgica no invasiva.

Su cuñado y sus múltiples convenciones médicas, pensó. Sollozó al escuchar a Penny. No le apetecía lo más mínimo quedarse con sus sobrinos mellizos, pero no iba a tener más remedio que hacerlo. Se echó hacia delante y apoyó la cabeza en sus manos.

—Me he acostado tarde y estoy rendida.

—¿Dónde has estado? —preguntó Penny.

Levantó la cabeza y la miró con ojos entornados.

—No te interesa, hermanita —contestó con desgana. Se tumbó con ímpetu en el sofá, resoplando—. ¡Agh! Estaba a punto de ser besada por el hombre más maravilloso sobre la faz de la tierra.

Su hermana abrió unos ojos enormes, se sentó a su lado y se acercó hasta ella para hablarle en voz baja cerca del oído.

—¿Tienes un hombre en tu dormitorio?! —exclamó Penny, señalando con el dedo pulgar en dirección a la habitación de Paige.

—No —chasqueó la lengua en un gesto de frustración—. Era un maldito sueño que tú has interrumpido, muchas gracias.

Notó que su hermana exhaló el aire que, sin darse cuenta, había retenido en los pulmones y miró el reloj con impaciencia.

—Entonces, ¿te los puedo dejar? Vendré a recogerlos antes de comer... espero. Por favor.

Paige cerró los ojos y resopló ante la súplica.

—Está bien —contestó, levantando la cabeza para mirarla a los ojos—. Pero vendrás a recogerlos antes de comer. Nada de que lo intentarás. Vendrás o te los pondré de patitas en la calle.

Penny rio y Paige se tumbó de lado en el sofá.

—Sí, tú riéte, pero sabes que tus hijos son a veces insufribles.

Su hermana lo sabía, sin dudarlo, pero también sabía que ella no sería capaz de hacerles eso a los niños. Penny se levantó y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Te debo una, hermanita.

La mujer cogió el móvil y tecleó con rapidez.

Al poco, Paige escuchó las carreras de unos pequeños pies acercarse hasta su puerta. El timbre sonó y Penny se apresuró a abrir.

Paige miró a su hermana con sorpresa.

—¿Dónde se supone que estaban?

Penny se giró rápidamente, con el pomo aún en la mano.

—En el coche, con mi secretaria —le contestó al punto que abría la puerta. Al otro lado estaban un niño y una niña, de unos cinco años, con una enorme sonrisa prendida de sus caritas. Penny se hizo a un lado y los niños corrieron hacia donde estaba sentada Paige.

—¡Tía Paige! —gritaron al unísono mientras le echaban los brazos al cuello y la achuchaban a la vez.

Paige buscó con la mirada a su hermana, enterrada entre un montón de húmedos besos con aroma a golosinas.

—Me debes más de una, Penny, y ten por seguro que me lo voy a cobrar.

Penny depositó sendos besos en las cabezas de sus hijos.

—Adiós, niños, y portaos bien.

Los niños no parecieron escucharla y siguieron abrazando a Paige.

—¡Eso es como pedirle a Atila que no siembre el pánico por donde pasa!

La puerta del apartamento se cerró y los niños, cansados de agasajar a su tía, optaron por comenzar a corretear, uno detrás de la otra, alrededor del sofá. Paige bufó, enterrando el rostro entre las manos. Iba a ser un día muy, muy largo.

Ante la imposible tarea de que permanecieran quietos ni un solo segundo, Paige llevó a los niños a comprar donuts y a dar un paseo por el parque para que corretearan a sus anchas. La mañana estaba un poco fría pero, con el ejercicio que hacían sus sobrinos, no iban a notarlo.

Ella se sentó en un banco con un periódico mientras sus sobrinos iban y venían, corriendo detrás de infortunadas palomas que buscaban en el suelo algo que comer.

Tranquila, viendo que los niños jugaban en un tobogán, abrió el diario dispuesta a desconectar un rato, por pequeño que fuera.

Pese a que lo intentó una y otra vez, las letras que lograba leer no tenían sentido para ella y le estaba siendo imposible concentrarse. Retazos del sueño volvían inconexos a su mente. Incluso, si cerraba los ojos, podía sentir la cercanía de aquel misterioso hombre que había estado a punto de besarla en el sueño.

«¡Por el amor de Dios, eres demasiado mayor para estas cosas!», se recriminó en voz baja. Pero, ¿desde cuándo no tenía sueños así? Aunque no era su intención, terminó sonriendo. Tal vez, la última vez que un hombre —o un chico, en aquel caso— había aparecido en sus sueños fue en su juventud, cuando suspiraba por Mathew McGowan, un compañero de la universidad. Se suponía que las mujeres adultas ya no tenían sueños de ese tipo. ¿O sí? Resuelta a amortizar lo que le había costado el periódico, se obligó a regresar a la lectura.

Únicamente había podido leer los principales titulares de la primera plana cuando alguien se paró justo frente a ella, a sólo unos pocos pasos. Observó de reojo sin querer alzar la mirada, para no ser indiscreta por si se trataba de alguien que se había parado allí por casualidad. Nada más podía ver las zapatillas deportivas por encima del periódico y unas fuertes y firmes pantorrillas de hombre.

—Buenos días —oyó decir y Paige se quedó paralizada mientras sus manos apretaban con fuerza las dos hojas del periódico, sin querer levantar la vista.

Claro que, si no lo hacía, corría el riesgo de quedar como una maleducada o, lo que era peor, como una estúpida. Sin prisas fue levantando los ojos, recorriendo la anatomía de Jason Grant. Lo miró a la cara y sonrió levemente.

—Buenos días —logró decir sin que sus palabras sonaran entrecortadas por la sorpresa.

La visión de su jefe en ropa deportiva casi la había dejado sin aliento. No era, en absoluto, el jefe que ella conocía y que acudía a la oficina cada mañana vestido de Zegna.

De pronto fue muy consciente de que esa mañana, por culpa del estrépito que armaban sus sobrinos correteando por el apartamento, no había querido entretenerse con el maquillaje y apenas se había parado a recogerse el pelo en una coleta apresurada, de la que ya escapaban algunos mechones.

Allí estaba él, mirándola desde la altura que le confería su propia estatura y el hecho de que ella estuviera sentada. Por unos momentos no supo qué decir sin que sonara pueril o tonto. Fue él quien rompió el silencio.

—No esperaba verla hoy por aquí —dijo despacio, con voz ronca y una sutil sonrisa en sus labios.

Paige asintió sin darse cuenta.

—He traído a mis sobrinos a que jugaran un poco.

Como si los niños hubiesen sabido que Paige los había nombrado, corrieron hacia ella, deteniéndose uno a cada lado.

Paige vio a su sobrina acercarse hasta Grant.

—Hola —dijo la pequeña—. Me llamo Leia y ella es mi tía Paige.

Le tendió una pequeña mano a modo de saludo que Jason retribuyó con una sonrisa y un gesto idéntico.

—Encantado de conocerte, Leia.

Su jefe, con la misma sonrisa que le había dedicado a la niña, miró al niño, aún parado junto a ella.

—Y tú debes de ser Luke.

El niño ladeó la cabeza para mirarlo con ojos entornados.

—¿Cómo sabe mi nombre? No se lo he dicho.

Jason le sonrió ampliamente.

—Porque a mí también me gusta *La Guerra de las Galaxias*.

Al igual que su hermana, aunque con un poco más de reticencia, el niño le tendió la mano al que hasta ese momento era un desconocido para ellos.

Paige miró la escena desde su asiento como espectadora de excepción. Casi no podía reprimir la carcajada que tenía atrapada en la garganta al ver a su jefe manejárselas con los dos niños.

Jason desvió la mirada desde los pequeños hacia ella. Dudó un poco antes de hablar.

—Sus sobrinos son encantadores.

—Sin duda dice eso porque no los conoce —aseveró Paige, componiendo una mueca de fastidio. Los niños seguían la conversación de los mayores con interés.

—Parecen buenos chicos.

Paige asintió con un enérgico y exagerado cabeceo.

—Sí. Mientras duermen son los mejores niños del mundo, ¿verdad? —dijo guiñando un ojo en dirección a sus sobrinos de manera cómplice.

—Eres muy alto —dijo de repente el niño. Grant y Paige dirigieron sus miradas hacia él, sorprendidos ante la nueva intromisión del pequeño. El niño continuó sin dejar de mirar con descaro al hombre—. Mi papá dice que cuando sea mayor seré tan alto como él.

Paige se inclinó hacia su sobrino y le acarició con delicadeza la mejilla, retirando un poco de arena de ella.

—Sí, cariño, serás muy alto.

—¿Qué te ha pasado en la nariz? ¿Te la has roto? —fue el turno de la niña para preguntar. Grant soltó una carcajada que dejó indiferente a la pequeña.

—Me la rompí cuando era un adolescente. ¿Se nota mucho? —le contestó en tono amigable mientras se tocaba el puente de la nariz. Leia negó con la cabeza.

—No, sólo un poco. Es que mi mamá dice que soy muy observadora.

Jason no pareció molestarse ante la osadía de la pequeña y le revolvió los cabellos en un gesto de simpatía. Paige se levantó con agilidad.

—Lo siento mucho. A veces...

Hizo un gesto con la mano, restándole importancia sin dejar de mirar a los dos pequeños que continuaban observándolo como si fuese un ser mitológico.

—Déjelo. Son niños.

Tal y como llegó aquel súbito interés de los mellizos por su jefe, desapareció. Sin previo aviso dieron media vuelta y corrieron de nuevo en dirección hacia los columpios. Paige volvió a sentarse y respiró, aliviada.

Grant siguió con la vista a los niños. Regresó la mirada a Paige, le sonrió y se sentó a su lado, dejando un pequeño espacio entre ambos.

Se mantuvieron callados y Paige se movió en su asiento, sintiéndose algo incómoda por aquel silencio.

—No sabía que le gustara pasear por este parque —dijo el hombre. Paige giró la cabeza hacia él y se encogió de hombros.

—No suelo venir a menudo. Era venir aquí o que se pusieran a dar vueltas en mi apartamento y volverme loca —señaló mirando en dirección a sus pequeños sobrinos.

El hombre sonrió ante la frase de Paige, pero no dijo nada más.

Paige se movió en su asiento y se colocó tras la oreja un mechón de pelo que se había soltado de su coleta. Había elegido un mal día para decidir no maquillarse después de haber trasnochado.

Miró a su jefe por el rabillo del ojo. No era justo para el resto de los hombres que Grant luciera igual de bien con aquellas prendas deportivas que con los formales trajes sastre que usaba para la oficina. El hombre miraba hacia el lugar en donde jugaban los niños en los columpios, con una especie de media sonrisa que le hacía entornar los ojos, haciendo que unas pequeñas arrugas aparecieran en su contorno. Paige olvidó por un momento el frío que había sentido antes de que él apareciera y deseó no haberse puesto aquel jersey de lana de cuello alto que estaba comenzando a estorbarle.

Que ambos se mantuvieran callados no era demasiado oportuno para sus inestables nervios, pensó Paige. Además, no podía dejar de pensar en su metedura de pata de la noche anterior.

«¿En qué estabas pensando, por todos los demonios, Paige?! ¡Eran las dos de la mañana! ¡Nadie invita a alguien a tomar un café a esa hora si no es para terminar en otra cosa! ¡¿Qué habrá pensado él de ti?!»

El silencio se estaba prolongando demasiado y Paige, pese a su embarazo, optó por ponerle fin.

—Me lo pasé muy bien anoche. Su hermano y su cuñada son gente encantadora.

Jason asintió sonriendo.

—Sí que lo son.

Paige se había pasado todo el tiempo mirando a su alrededor, evitándolo expresamente. Pero al volver la cabeza hacia su derecha su mirada recaló en él. Grant la miraba con fijeza. El color de sus ojos variaba con la luz. La noche anterior los había visto azules, pero en aquel momento habría jurado que eran grises. Pero, fuera cual fuese el color, era su mirada lo que la atrapaba; fija y constante, como si quisiese asomarse dentro de ella. Le pareció que el tiempo se había detenido y que casi había olvidado cómo respirar. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para que su mente volviera a tener pensamientos que no incluyeran aquellos ojos.

—Yo... quería pedirle disculpas por lo de anoche.

Del rostro de Grant se evaporó la sonrisa que había tenido hasta ese momento.

—No la entiendo.

—No debí invitarlo a tomar café. No era... apropiado. Por la hora, quiero decir. No me gustaría que pensase que...

Grant no dejó de mirarla. Ella pudo apreciar el sutil movimiento en su mandíbula que ya le iba siendo familiar.

—¿Que pensara qué? ¿Acaso no quería invitarme? —preguntó sin más.

Ella abrió los ojos desmesuradamente al mirarlo.

—Sí, claro que sí. Sólo que...—. Antes de poder concluir la frase, los gritos de sus sobrinos la interrumpieron.

—¡Tía Paige, tía Paige!

Le costó un par de segundos reaccionar. Con desgana desvió la mirada de Grant para ver llegar a sus sobrinos como una exhalación.

—Tía Paige —dijo el niño sin apenas resuello—, ¿podemos ver *La Guerra de las Galaxias* cuando llegemos a casa?

Paige miró primero a su sobrino y luego a la niña.

—Cariño, has visto esa película al menos cien veces.

A los niños les importó poco la respuesta de su tía.

—Pero... —intervino de nuevo Luke—, es que quiero demostrarle a Leia que sé manejar el sable láser tan bien como el maestro Kenobi.

—¡No es verdad! —gritó Leia a su hermano, con la cara enrojecida.

La cara del niño quedó a escasos centímetros de la de su hermana.

—¡Sí que lo es!

Paige miró a Jason y vio que estaba intentando contener la risa, al igual que estaba haciendo ella. No pudieron resistirlo durante más tiempo y tanto Paige como su jefe estallaron en una sonora carcajada.

Los niños los observaron, primero a su tía para después trasladar su atención al hombre que estaba sentado junto a ella.

—¿Eres el novio de tía Paige?

Paige sintió como si le hubiesen pateado a traición en el estómago cuando escuchó la pregunta. Las risas murieron de forma precipitada en su garganta.

«Voy a matarlos. Definitivamente». Y, tras aquel pensamiento, deseó que la tierra se abriera bajo sus pies.

Grant bajó la cabeza, escondiendo una amplia sonrisa. La miró de reojo y volvió a levantar la cabeza.

—No —les respondió con tono comprensivo—, no soy el novio de tu tía Paige. Sólo trabajamos juntos.

Ambos niños parecieron quedar satisfechos con la respuesta y asintieron al unísono.

—Mamá y la abuela dicen que tía Paige necesita un novio. Dicen que, si no, se quedará para vestir santos.

Paige notó cómo su cara se incendiaba de inmediato al oír aquellas palabras. Se puso en pie de un solo movimiento, con las manos apretadas firmemente y conteniendo las ganas de coger a su impertinente sobrino por su pequeño y frágil cuello.

—Si me disculpa —dijo con la boca convertida en una línea—, creo que tengo que enseñarle a dos pequeños aprendices de jedi el verdadero poder del lado oscuro. Nos veremos mañana en la oficina.

Antes de que Paige pudiera alcanzar a cualquiera de los dos niños, éstos salieron corriendo.

Esperaba que Grant no hubiese alcanzado a escuchar a sus sobrinos canturrear «¡Tía Paige tiene novio, tía Paige tiene novio!», mientras los perseguía por el parque en dirección a la salida.

Su hermana recogió a los niños justo antes de almorzar, con una gran sonrisa prendida de su rostro. Le contó que había firmado la venta de la casa y que, como gesto de gratitud por haberse quedado con sus sobrinos cuando lo necesitaba, le regalaría aquel caro vestido rojo que ambas habían visto días atrás.

Respiró tranquila cuando los niños, con sendos besos, se despidieron de ella. Cerró la puerta y se arrojó en el sofá, agotada.

Pasó el resto del domingo intentando esconderse incluso de su propio reflejo ante el espejo. Las cosas no habían hecho sino empeorar. Ahora, a la vergüenza de haber invitado a su jefe a entrar en su casa a las tantas de la madrugada, tenía que añadir la mortificación de que él supiera que su vida amorosa era tema de conversación habitual en su familia.

A pesar de eso, se había descubierto sonriendo en un par de ocasiones. Lo había pasado muy bien en la cena de los Grant, mejor que bien. Y tenía que reconocer que le gustaba mucho tratar con Jason Grant a un nivel que no fuese el estrictamente laboral.

Intentó llenar su mente con trabajo pendiente que se había traído de la oficina, pero se vio incapaz de centrar su atención en ello. Después de todo, ¿qué había hecho de malo? ¿Invitar a su jefe a una taza de café? Gimió de nuevo. No hubiera tenido nada de malo si hubieran sido las siete o las ocho de la tarde pero ¡las dos de la mañana!

«¿En qué estabas pensando, bonita?» se reprochó en silencio.

Llegó a la conclusión que fue su subconsciente el que se habría resistido a dejar su compañía. Grant era un hombre amable, atento; algo serio, sí, pero cuando sonreía lo hacía con una sonrisa preciosa que le iluminaba los ojos y...

«Bien, creo que tienes un problema», pensó bajando de golpe la cabeza, hasta que su barbilla casi tocó el pecho.

Y, por si fuera poco, había un pequeño detalle más a considerar, recapacitó, pasándose la mano por el rostro cansado: Jason Grant era su jefe inmediato y, según la política de la empresa, el acercamiento entre jefes y subordinados era algo que

debía evitarse.

Pensó en Darren Grant. Había mortificado a su hermano con aquello de las normas y que las reglas estaban hechas para romperlas de vez en cuando. ¿Hasta dónde tenía razón el mayor de los Grant? En cualquier otra empresa más pequeña, habría sido más sencillo. Pero lo que Darren no entendía era que en una corporación de la envergadura de *Barret & Giles*, con tantos trabajadores en plantilla, las relaciones internas llegaban a ser tan delicadas como en política, y las apariencias importaban casi tanto como el trabajo real. Un hombre como Jason Grant podía ver su posición comprometida si mostraba esa clase de familiaridad con alguien que estaba bajo su supervisión.

No podía pasar mucho tiempo dándole vueltas en su cabeza a ese asunto o aquello iba a terminar afectando a su trabajo, y eso era lo último que quería. Su carrera lo era todo para ella. Tenía que apartar de su mente todo lo relacionado con la fiesta, con los Grant y, sobre todo, con su jefe.

CAPITULO 7

Regresar el lunes a la oficina supuso para Paige una dura prueba. Se vio rehuendo literalmente cualquier entrevista con Jason Grant.

«Mejor tarde que ahora», se dijo entre dientes.

Cuando Jake le dijo que ambos tenían que presentar el informe diario, alegó estar tremendamente ocupada y con un dolor de cabeza en ciernes. Jake se encogió de hombros y se fue sin ella.

Al verlo marchar, Paige relajó los hombros, emitió un profundo suspiro y se dejó caer pesadamente contra el respaldo de la silla. Ella no era así, era una persona tranquila, segura de sí misma y desenvuelta; sin embargo, sólo de pensar que debía presentarse ante su jefe, le sudaban las manos. Grant jamás le había producido ese efecto antes, a pesar de que en muchas ocasiones se había revelado como un jefe severo y concienzudo en su trabajo. Eso jamás la amilanó. Pero, ¿ahora?

Intentó apartar todo eso de su mente y centró su atención en el trabajo que aún le quedaba por delante.

Jake tardó más de una hora en volver a la oficina y estaba tan abstraído con las conclusiones a las que habían llegado en la reunión, que no informó a Paige nada más llegar, como en él era habitual en las contadas ocasiones en las que ella no asistía. Paige esperó a que le explicara todo lo que habían tratado, pero al verlo tan centrado, no insistió y continuó con su redacción.

Ya era media tarde cuando, por fin, Jake levantó la vista de su escritorio. Había estado todo el día sumido en un profundo silencio, con su atención puesta única y exclusivamente en aquel informe que aún continuaba abierto sobre la mesa ante él.

Jake estiró los brazos sobre su cabeza, desentumeciendo los músculos agarrotados por tantas horas de permanecer en la misma postura. Paige le miró y sonrió.

—Cansado ¿eh?

Dejó su sesión de estiramientos y asintió.

—Y lo peor es que aún no he terminado. Este caso se ha complicado con algunos nuevos elementos que habíamos descartado en un principio. Me temo que no me va a dar tiempo a concluirlo para mañana —dijo mientras se pasaba la mano por el pelo, desarreglándolo aún más de lo que ya lo estaba.

Paige se incorporó sobre su silla.

—¿Puedo ayudarte en algo, Jake?

Él la miró y le sonrió mientras negaba con la cabeza.

—No, déjalo, Paige. Ya tienes demasiado entre manos para que yo te endose algo más. Además, estás a punto de irte, ¿no? —le preguntó a la vez que miraba su reloj.

—En cuanto recoja todo esto, sí.

Jake le devolvió la sonrisa que Paige le había brindado y se estiró en la silla cuanto largo era. Ella se encogió de hombros.

—Bueno, como prefieras—. Y reanudó su trabajo.

Antes de que hubiera leído una sola línea, su compañero la interrumpió.

—A decir verdad, ¿me harías un pequeño favor?

Ni tan siquiera se molestó en mirarlo. Asintió sin más.

—Claro, Jake.

Escuchó al hombre revolver entre los papeles que tenía sobre la mesa, buscando algo.

—Grant debe tener esta póliza en su mesa esta misma tarde. ¿Podrías...? —le preguntó Jake a la vez que alcanzaba un bolígrafo y estampaba su firma en una de las hojas. Cerró el dossier y se le tendió a Paige.

Ella levantó la cabeza despacio, como si todo ocurriera a cámara lenta.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida.

Una mueca de inocencia se dibujó en el rostro de su compañero mientras seguía manteniendo tendido el informe hacia Paige.

—¿Se lo llevarás? ¡Por favor! —dijo en un tono casi infanti—. Perderé mucho tiempo entre ir y volver. ¿Lo harás?

Hundió los hombros a la vez que sus pulmones exhalaban el aire que había estado conteniendo desde que Jake la había sorprendido con su petición. Se pasó una mano por los ojos y asintió.

—Sí, Jake. Te haré el favor.

Estaba convencida de que podía oír el sonido de sus pies arrastrándose por el pasillo, mientras se dirigía al ascensor que la llevaría hasta la planta donde estaba el despacho de su jefe. Había estado todo el día evitando un encuentro con Grant y

ahora, sin apenas darse cuenta, había accedido a llevarle un informe que debería entregar Jake. Respiró profundamente a la espera de que sonara el timbre de la cabina.

Miró el reloj. Casi las cinco y media. Con un poco de suerte, pensó, Grant ya se habría marchado o estaría en una de esas interminables reuniones. Entonces, sólo tendría que dejárselo a su secretaria y se marcharía sin verlo. Escuchó llegar el ascensor, entró en él y apretó el botón.

Se detuvo ante la puerta de la oficina exterior cuando llegó al despacho de Grant. Esperaba encontrar allí a Caroline, pero ésta no se hallaba tras el escritorio. Y, al parecer, no volvería. Todo estaba perfectamente ordenado y recogido, signo de que había terminado por aquel día su jornada laboral.

Por un instante barajó la posibilidad de dejar el informe que llevaba en las manos sobre la mesa y marcharse, pero sabía que Jake deseaba que Grant lo tuviera en su poder esa misma tarde y, dejándolo allí, corría el riesgo de que no lo viera hasta el día siguiente. Se mordió un labio, nerviosa, dio un paso hasta la puerta que comunicaba con el despacho del jefe de Verificación de Siniestros y se dispuso a llamar a la puerta.

Antes de que sus nudillos tocaran la superficie pulida de la madera, se detuvo y recapacitó. La vergüenza y las ganas de salir de aquella oficina eran más fuertes que su intención de ayudar a Jake. Lo dejaría sobre la mesa y se iría a toda prisa. Giró sobre sus talones con un rápido movimiento y, cuando aún no había llegado a soltar los papeles, escuchó el sonido de la puerta abrirse a sus espaldas.

—Señorita Hunter, ¿deseaba algo? —oyó la voz inconfundible de Grant.

Se quedó petrificada en donde estaba, como si el suelo tuviera un potente imán que la dejara inmóvil. Cuando fue consciente de que volvía a hacer el ridículo delante de Grant, giró despacio.

Su jefe estaba parado bajo el dintel de la puerta, con el pomo de ésta aún sujeto en su mano.

—¿Quería algo? —reiteró el hombre, con aquellos ojos azules fijos en ella.

—Yo... venía a traerle esto, señor —casi balbuceó Paige, mostrándole el informe que todavía llevaba en las manos.

Grant asintió sin decir nada más y abrió aún más la puerta.

—Bien, pase —le dijo permaneciendo en el mismo sitio para que ella pasara al interior de la oficina.

Paige dudó al dar el primer paso. Anduvo hasta donde estaba su jefe, pasando por delante de él, sintiendo su mirada fija sobre ella. Entró en el despacho y Grant cerró la puerta tras de sí.

—Dígame de qué se trata —le dijo mientras se acercaba hasta su escritorio y se sentaba.

—Eh... Mensfield me ha dado esto para que se lo entregue, señor —le dijo dándole el dossier que hasta ese momento sujetaba fuertemente entre sus manos.

Grant recogió los papeles que Paige le tendía y comenzó a hojearlos sin decir nada.

No se atrevía a marcharse. No sin que Grant le dijera que todo estaba en orden como lo que ella le había presentado. Paige evitó a propósito mirar a su jefe mientras éste leía, paseando la vista por todo el despacho, pero sin fijarla en nada en concreto. Pero le estaba siendo muy difícil mantenerla apartada. Sus ojos se dirigían involuntariamente hacia el otro ocupante del despacho, sentado frente a ella. Lo observó por el rabillo del ojo, asegurándose de que él no la miraba. La chaqueta descansaba tras él, sobre el respaldo del amplio sillón. Llevaba las mangas de su blanca camisa remangadas sobre los codos, mostrándole los antebrazos. Él tenía toda su atención puesta en lo que estaba leyendo y Paige dio gracias al cielo porque así fuera.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Grant levantó la vista del informe.

—Bien, creo que terminaré de leerlo mañana —dijo. Separó el sillón de la mesa y tomó el maletín que tenía a los pies de la mesa y metió el informe en su interior.

—Señor, si está todo bien, me marcho—. Paige hizo un pequeño ademán con su cabeza y se dirigió hacia la puerta.

—¿Señorita Hunter?

Ella se giró para mirarlo. Grant se había levantado pero permanecía aún tras el escritorio.

—¿Qué tal su coche?

—¿Mi coche?

Por un momento, Paige no supo a qué se refería y enarcó una ceja. Hasta que al fin recordó. Su coche. El día de la fiesta. Asintió con energía.

—Era la batería. Hoy tengo que ir a buscarlo al taller —le contestó.

Si durante toda su estancia se había sentido incómoda, ahora lo estaba aún más, bajo la escrutadora mirada del hombre. La noche de la cena parecía quedar lejos en el tiempo; sin embargo, sólo habían transcurrido un par de días. Allí, la conversación había sido fluida y sencilla. «Y ahora tengo que hacer un esfuerzo para no quedar como una idiota», recapacitó con cierto fastidio.

—Si no tiene cómo ir hasta allí, puedo llevarla.

Los ojos de Paige se abrieron desmesuradamente ante el ofrecimiento.

—No, no, muchas gracias. Mi... madre ha quedado en venir a buscarme —le dijo sintiendo que las palabras se atropellaban en su boca. Era mentira, no había quedado con su madre. Pero él no tenía por qué saberlo.

Grant tomó la chaqueta del respaldo del sillón y se la puso, despacio, mientras asentía.

—En ese caso... —dijo y cerró el maletín.

—Gracias de todos modos —le respondió Paige.

Sin aguardar ni un segundo más, Paige dejó el despacho lo más deprisa que pudo sin que se dejara ver su inquietud. Y ahora tendría que llamar a un taxi para ir hasta el taller.

«Paige, querida, va a ser que eres tonta», le dijo una vocecita en su cabeza que la hizo aligerar aún más el paso.

Jason esperó a ver cerrarse la puerta tras Paige y terminó de recoger sus cosas, despacio. Respiró hondo y se pasó una mano por el pelo, cansado. ¿Qué demonios estaba pasando?

Esa mañana había llegado antes de lo habitual y desde que pusiera un pie en su oficina, había estado esperando el momento en que Hunter y Mensfield le entregaran su trabajo para aquel día. Torció los labios con una mueca de fastidio. Era una tontería mentirse a sí mismo. Era cierto; había estado esperando que le llevaran aquel informe pero, para ser sincero, a quien esperaba ver aparecer por su oficina había sido a Paige.

Cuando Mensfield se presentó sin ella, disculpándola porque tenía demasiado trabajo, se sintió decepcionado. Al fin y al cabo, Paige Hunter había ocupado sus pensamientos gran parte del fin de semana.

La noche de la cena en casa de su hermano no había esperado pasarlo bien. Aquellos eran los amigos de su hermano y su cuñada, no los suyos. Sin embargo, se encontró disfrutando de la velada y tenía que reconocer que el motivo principal había sido ella. Había descubierto cosas de Paige que no conocía. Como por ejemplo, su poca resistencia al alcohol. Sonrió al recordar cómo la primera copa de vino tiñó con un adorable rubor las mejillas de la mujer. Y que el vino la hacía sonreír sin descanso y que sus palabras se atropellaran en ocasiones al salir de sus labios.

Y quizás todo habría quedado en una noche agradable si no fuera por cómo terminó. Cuando Paige volvió a entrar en la casa argumentando que su coche no funcionaba y Maddie había llegado hasta él con paso rápido, ofreciéndose en su nombre para que la llevara a su casa, no lo había engañado ni por un segundo. Conocía a su cuñada desde hacía muchos años, al igual que conocía su mirada y sus gestos cuando algo rondaba por su cabeza o tramaba algo. Maddie ya había intentado organizarle algún encuentro con una mujer con anterioridad. Y él había visto esa mirada aquella noche.

Había notado el nerviosismo de Paige cuando la llevó a su casa. Y también le había parecido que ella no quería bajarse del automóvil cuando llegaron. Lo que no se imaginó fue que lo invitaría a tomar un café. Ese gesto, que por su tono de voz no pudo determinar si lo había tenido por compromiso, lo descolocó. Estuvo muy tentado de decir que sí y aunque estaba convencido de que rechazarlo había sido lo correcto, eso no evitó que se levantara el domingo sintiendo que había desperdiciado una oportunidad.

Hizo un gesto con la cabeza, cerró el maletín y cogió su chaqueta.

Tal vez el destino creyó que se merecía otra. Sólo eso explicaría que cuando decidió salir a correr al parque al que habitualmente iba, para intentar sacársela de la cabeza, se la encontrara sentada en un banco, al sol.

Estaba muy hermosa, sin nada de maquillaje que ocultara su rostro y vestida de aquella manera tan informal, muy distinta de como la vio la noche de la fiesta. No estaba seguro de en cuál de las dos ocasiones estuvo más bella. Por supuesto que se había fijado con anterioridad en Paige Hunter. No era ciego, ni era un santo; pero estaba comenzando a reparar en ella como no lo había hecho hasta entonces.

«Jason, chaval, no estás para estas tonterías», se dijo en voz baja antes de abandonar su despacho.

Cuando Paige llegó a su oficina minutos atrás se había sorprendido. Había tomado el informe de sus manos, para leerlo, pero lo cierto era que no tenía ningunas ganas de hacerlo. Tan sólo había fingido que leía para que ella permaneciese allí unos minutos más.

Él fue el primer sorprendido cuando le ofreció llevarla hasta el taller donde había dejado su coche. Demasiado osado incluso para él, pero tenía que reconocer que, en el fondo, albergaba la esperanza de volver a hablar con Paige tal y como lo habían hecho en aquella cena. O en el parque. Al fin salió de su despacho y cerró la puerta tras de sí.

Él podía estar ya acostumbrado a las interferencias por parte de su cuñada, pero no sabía cómo lo podía tomar Paige cuando la mujer incrementara sus esfuerzos, porque de sobra sabía que Maddie lo haría. Sonrió sin saber bien por qué. Tal vez, en esta ocasión, sí que necesitaría de la ayuda de su cuñada.

Jake entró a primera hora, con prisas y sin saludar a Paige. Era así algunas mañanas: Jake entrando en el despacho de ambos sin reparar en nada ni en nadie. Lo vio revolver el cajón donde archivaban todos los siniestros.

—Buenos días —le dijo Paige al fin. Jake se volvió sorprendido al escuchar la voz de su compañera.

—No te había visto —le respondió con voz espesa.

Paige le sonrió condescendiente.

—¿Una noche movidita?

El hombre casi bufó.

—Mejor no preguntes, ¿vale?

Ella alzó las manos ante su rostro en un gesto exagerado y se echó hacia atrás en su silla.

—Entiendo. Dime, ¿qué buscas?

Jake volvió a centrar su atención en el cajón que tenía abierto ante sí.

—El maldito expediente que debería estar aquí —repuso entre dientes.

Paige echó una ojeada sobre la superficie de la mesa de Jake, colocada a tan sólo medio metro de la suya. Se acercó hasta ella y tomó un dossier que había sobre ella.

—¿Es esto lo que buscas?

El hombre maldijo en voz baja, se acercó hasta su compañera y tomó los papeles con un gesto enérgico.

—Me voy y no creo que regrese hoy.

Paige se sentó despacio, sonriendo a medias.

—Y por el humor que tienes ahora mismo, es mejor que sea así.

Jake casi la fulminó con la mirada. Se aseguró de que todos los papeles estuvieran en orden y salió tal y como había entrado, sin saludarla.

Paige relajó sus hombros y suspiró. Jake era un excelente profesional, pero desconocía por completo lo que era el orden y la organización. Siempre tenía un montón de cosas sobre la mesa, algunas ya concluidas, pero él siempre dejaba la tarea de archivar para el último momento, cuando la montaña de papeles le llegaba a la altura de los ojos. Tener a Jake en la oficina hacía que, en algunas ocasiones, su planificación del trabajo se viera alterada por las peticiones que éste le hacía con respecto a los casos que él llevaba entre manos. Sería un cambio agradable, para variar, estar un rato a solas y poder adelantar su trabajo sin ninguna interferencia.

Sin perder ni un solo segundo más, Paige enfocó las palabras escritas ante ella y reanudó el trabajo.

Cuando por fin miró el reloj, no lo podía creer. Era la hora del almuerzo y la mañana había transcurrido sin darse cuenta, ajena a todo ruido y a cualquier interrupción. Tal y como había avanzado Jake, su compañero no había regresado y dudaba que volviera en lo que restaba de día. Se estiró, descansando la espalda en el respaldo de la silla. Su estómago rugió. Había desayunado demasiado temprano y ya estaba comenzando a sentir hambre. Dejó lo que estaba haciendo para cuando volviera y, cogiendo su abrigo del perchero, salió de la oficina.

Abandonó el edificio por la puerta principal, junto a un montón de oficinistas y compañeros que, como ella, hacían un descanso para almorzar en uno de los muchos bares, restaurantes y cafeterías que había por los alrededores. Se subió las solapas del abrigo y miró al cielo. No llovía, pero el día estaba gris plomizo, muy acorde con su estado de ánimo.

Lo que más le gustaba de su trabajo era la oportunidad que le brindaba de interactuar con las personas y con los escenarios de los siniestros, y pasarse la mañana metida entre papeles no era lo que se podría considerar su día ideal. Estaba

deseando que llegara la primavera y, con ella, el sol que tanto echaba de menos. Paseó la mirada por los alrededores. Los alrededores de la torre Barret siempre estaban muy concurridos y ella jamás, en todo el tiempo que llevaba trabajando allí, había encontrado un solo sitio para aparcar.

Fue entonces cuando su mirada recayó en uno de los coches estacionados al otro lado de la calle. En su interior, el conductor esperaba sentado tranquilamente. Estaba a punto de comenzar a andar cuando se paró de nuevo en seco y fijó la mirada en el conductor. Un escalofrío recorrió su espina dorsal de arriba abajo cuando lo reconoció: Danny.

Allí estaba él, mirándola con sus gélidos ojos y exhalando el humo de su cigarrillo con lentitud. Por un momento se sostuvieron la mirada y en el rostro del hombre afloró una media sonrisa. Paige sintió cómo sus talones se clavaban en el suelo, impidiéndole girarse y marchar para romper aquel lazo visual. Por un momento sintió miedo, para pasar casi inmediatamente a sentir rabia. Había hecho honor a su amenaza de volver. Danny la saludó con un leve gesto de cabeza y ella apretó con fuerza la mandíbula, hasta que casi le rechinaron los dientes. Lo vio tirar la colilla por la ventana y abrir la puerta.

El toque sobre su hombro hizo que pegara un sobresalto. Se giró para encontrarse el amable y sonriente rostro de Maddie Grant frente a ella.

—¡Paige! ¿Te ocurre algo? —le preguntó la mujer con ojos entornados y cara de preocupación.

Por unos momentos se quedó sin habla. Al fin logró recomponerse y le sonrió, a lo que Maddie correspondió de igual manera.

—¡Hola! Sólo... no te esperaba —respondió al fin cuando logró articular. Entonces se dio cuenta de que, junto a la mujer, estaba su marido unos pasos más atrás.

—¿Ocurre algo? Parece como si hubieras visto un fantasma —insistió Maddie, posando su mano en el antebrazo de Paige.

Paige negó con la cabeza.

—No. Es este frío. No lo llevo muy bien.

—Ya —le contestó la mujer sin parecer demasiado convencida.

Por el rabillo del ojo miró hacia donde se encontraba Danny. El hombre se había quedado parado junto al coche, esperando a que ella se desembarazara de aquellas

dos personas.

—Hemos venido a ver a Jason —explicó Darren, señalando al edificio detrás de él con un gesto de la mano.

Maddie asintió.

—Tenemos una cita con el médico para esta tarde y, como está cerca, decidimos verlo antes.

Paige arqueó una ceja y dio un paso hacia ellos.

—¿Todo va bien?

Los ojos claros de Darren se iluminaron con una sonrisa.

—Todo está muy bien. Gracias. Me siento como nuevo.

Asintió aliviada ante la respuesta del hombre.

—Me alegro mucho, de veras.

Tanto Maddie como su esposo sonrieron casi a la vez.

—Revisiones de rutina. Debo acostumbrarme a ellas —dijo el hombre mientras se encogía de hombros.

Por un momento los tres guardaron silencio, momento que Paige aprovechó para volver a mirar hacia donde se encontraba Danny. Allí seguía, de pie, esperando con un nuevo cigarrillo entre los labios.

Maddie miró a su marido y luego a Paige.

—Dime, ¿adónde ibas? —preguntó la mujer con una sonrisa curiosa dibujada en su rostro.

—¿Yo? Iba... iba a almorzar algo.

—¡Estupendo! Nosotros también. ¿Por qué no te vienes?

Paige respiró aliviada ante la sugerencia de ir con ellos. Sentía los ojos de Danny pegados a su cogote, y de aquella manera, podría marcharse de aquel lugar acompañada. No se lo pensó dos veces antes de responderle.

—Me parece buena idea —les contestó con una sonrisa.

Maddie la cogió alegremente por el brazo.

—¡Fantástico! Hay una encantadora taberna irlandesa cerca. Vamos.

Comenzaron a andar seguidas por Darren, mientras Paige miraba de reojo el rostro de Danny que veía cómo ella se marchaba con aquella pareja.

La taberna de *O'Malley* estaba enclavada a tan sólo unas pocas calles de la oficina. La fachada estaba revestida de madera; el cartel de la entrada estaba pintado con alegres letras doradas y junto a ellas ondulaba la bandera de Irlanda.

Al entrar, Paige se sintió transportada en el espacio. De madera, al igual que el exterior, la gran barra se extendía a lo largo de todo el establecimiento, cubierta de jarras y pintas de cerveza por llenar. Las mesas estaban en la pared contraria, separadas las unas de las otras por altos paneles de madera, haciendo de cada espacio un sitio íntimo y acogedor. La iluminación era colorida gracias a la luz que se filtraba por las vidrieras que adornaban las ventanas. Como ambientación, una dulce, animada y armoniosa música de violines y flautas daba el toque final a tan bonito entorno.

Darren, Maddie y Paige anduvieron hasta una mesa en el centro del pasillo y tomaron asiento, Darren junto a su esposa y Paige al otro lado de la mesa.

—Me muero por un plato de patatas con pescado y una buena cerveza negra —dijo Darren, tomando a ambas mujeres por sorpresa. Tanto Paige como su mujer volvieron la cabeza hacia él, asombradas.

—Sigue muriéndote porque no puedes comerlos, lo sabes muy bien —fue la respuesta de Maddie.

El hombre frunció el ceño y Paige sonrió para sí. Al poner aquel gesto, Darrer Grant era la viva imagen de su hermano menor y eso la divirtió.

—Vas a tener que conformarte con una saludable ensalada, cariño —le dijo Maddie en tono suave, sin alterarse.

Darren volvió la cabeza hacia Paige, buscando en ella una aliada. Paige se encogió de hombros.

—Maddie lleva razón.

El suspiro que salió de los labios del hombre se asemejó al bufido de un bisonte y Paige estuvo tentada de soltar una carcajada ante su manifiesto descontento. Darrer apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—Si la opinión de una mujer no fuera suficiente, ahora tengo la de dos. Creo que hay una confabulación en mi contra.

Maddie miró a Paige y le guiñó un ojo.

—No le hagas caso. No hace más que quejarse —dijo la mujer frente a ella.

Por un momento, al mirar a Darren, Paige creyó ver a su jefe sentado frente a ella, mirándola con aquellos escrutadores ojos azules.

Paige asintió, forzando una sonrisa. Les agradecía a Maddie y a Darren aquella invitación a comer y la agradable compañía que le ofrecían, pero su mente no dejaba de regresar a unos minutos atrás, cuando había vuelto a ver a Danny. Aunque hubiera eludido enfrentarse a él, Danny no iba a cejar en su empeño e insistiría hasta que hablase con ella, sin importarle lo más mínimo si ella quería o no. Danny jamás había pensado en nadie y no iba a comenzar ahora.

Al verla tan callada, Maddie tendió una mano hacia ella, atrapando la de Paige. Los ojos de la mujer parecían preocupados.

—Paige, ¿te ocurre algo?

Intentó componer una sonrisa, pero sólo pudo mostrar una triste mueca.

—No, claro que no —le mintió.

Maddie entrecerró los ojos, fijándolos en ella.

—Pues parece que algo te preocupa.

Paige negó tímidamente con la cabeza. Ya era suficiente con que Danny le amargara la existencia a ella, como para ir preocupando a más personas. Se encogió de hombros y suspiró.

—Sólo estoy cansada. Me he pasado toda la mañana entre un montón de papeles.

La respuesta pareció aceptable a oídos de Maddie, que con un simple cabeceo dio por zanjada aquella cuestión.

—¿Quieren pedir la comida ya? —preguntó la camarera, que se había acercado hasta la mesa mientras ellos hablaban.

Darren miró a la joven con una sonrisa.

—Danos unos minutos. Estamos esperando a alguien.

Paige sintió cómo su cuerpo se ponía rígido ante aquellas palabras. Desvió su mirada de la camarera hacia Darren.

—Jason dijo que se encontraría con nosotros en... —miró el reloj de su muñeca y levantó la vista—, en nada. Ahí viene.

Creyó que había olvidado cómo se respiraba cuando oyó al mayor de los Grant. El día anterior lo había pasado rehuendo a Grant y ahora tendría que comer con él sentado a su lado. Tuvo que hacer un esfuerzo para no convertirse en una bolita y perderse en el asiento.

Grant llegó hasta la mesa a los pocos segundos. Se quedó de pie junto a ella, miró primero a su hermano y su cuñada, y después pasó a mirar a Paige.

—Señorita Hunter —dijo a modo de saludo.

Paige alzó la mirada despacio, encontrándolo con sus ojos fijos en ella.

—Señor —le respondió con un conciso movimiento de cabeza. Grant continuó de pie.

Maddie exhaló un sonoro y exagerado suspiro mientras elevaba sus ojos hacia el techo.

—¿Otra vez estamos con ésas? ¿Señor? ¿Señorita? ¡Qué antiguos sois! ¿Se puede saber en qué siglo vivís vosotros? —dijo mirando a ambos alternativamente, para después dirigirse a su cuñado—: Encontramos a Paige al salir de tu edificio y la convencimos para que viniera a comer con nosotros —agregó, dirigiendo su mirada hacia Paige.

Grant continuó de pie junto a la mesa mientras los demás lo miraban.

Darren arqueó una ceja.

—¿Te vas a sentar o prefieres comer de pie?

Ambos hermanos se sostuvieron la mirada y, después de un momento, Grant tomó asiento en la mesa junto a Paige.

—Bueno, al menos espero tener tu apoyo —comenzó diciendo Darren de manera distendida, clavando la mirada en su hermano.

—¿En qué se supone que debo apoyarte?

—Estas señoras pretenden que me quede sin un buen plato de pescado —contestó con una velada queja en su respuesta.

Por primera vez desde que llegó, Grant esbozó una sonrisa.

—Sabes que no deberías comer eso, ¿verdad? —dijo en tono grave y casi lastimero.

Paige giró su cabeza levemente, para mirar a su jefe sentado a su lado. Grant la miró por el rabillo del ojo y elevó la comisura de sus labios en un intento de sonrisa.

«Mucho mejor así», convino Paige sabiendo que una sonrisa involuntaria había aparecido en sus labios. Aún no entendía por qué Jason Grant se empeñaba en mostrar una expresión hosca cuando ella sentía que era pura fachada.

La camarera regresó cuando el ambiente ya se había distendido entre los ocupantes de la mesa.

La comida era exquisita pese a su sencillez y la conversación entre los cuatro se desarrolló de manera amena. Estaban a punto de pedir los postres cuando Maddie

miró el reloj.

—Vaya. Sintiéndolo mucho, vamos a tener que dejaros.

Grant se irguió en su asiento.

—¿Tu cita con el médico no era a las tres y cuarto? —le preguntó a su hermano.

Darren abrió la boca una y otra vez, como pez fuera del agua. Miró a su mujer para regresar la vista a su hermano.

—¿Eso te dije? Pues me equivoqué. Es a las dos y cuarto. Si no nos damos prisa llegaremos tarde —dijo mientras se levantaba mesa, con Maddie imitándolo luciendo una sonrisa de disculpa en su rostro.

—Te equivocaste. Entiendo —dijo Grant mirando a su cuñada. Ella alzó una ceja y se encogió de hombros.

Paige hizo ademán de imitar a la pareja frente a ellos, lo que indujo a Grant a levantarse para dejarla salir.

—No, por favor. Que nosotros nos tengamos que marchar no es razón para que vosotros os quedéis sin postre —fue Maddie la que habló mientras se ponía su abrigo—. Tienen unos fantásticos muffins de chocolate.

—Jason, te llamo esta noche ¿de acuerdo? —Se despidió de su hermano poniéndole una mano en el hombro al pasar junto a él.

Paige se quedó allí sentada, mirando alejarse a la pareja que acababa de dejarla sola con Grant.

CAPITULO 8

Paige y Grant quedaron en silencio cuando el matrimonio se marchó, sin saber bien qué decirse. Hasta unos segundos antes los cuatro habían estado charlando animadamente y, cuando la habían dejado a solas con Grant, parecía como si su mente no fuese capaz de formar ninguna frase que sonara coherente.

Tamborileó con los dedos sobre la superficie de madera y se movió incómoda en su asiento. Ésa parecía ser una constante en los últimos días cuando se quedaba a solas con Grant. Miró a su izquierda, a la muy elaborada vidriera con un arpa en el centro, por la cual entraba la luz del exterior. Escuchó el ruido de fondo del bar desdibujado por la alegre melodía que salía en ese momento de los altavoces situados sobre la barra. Grant se irguió apoyando su espalda en el asiento de madera y se miró sus propias manos, enlazadas entre sí.

Aquel silencio comenzaba a volverse pesado. Respiró hondo y miró a su jefe por el rabillo del ojo. Al parecer, él estaba tan incómodo como ella. Si uno de los dos no comenzaba diciendo algo, aquello iba a volverse insoportable.

—Creo que le debo una disculpa —dijo Grant, tomándola de improviso.

Paige giró la cabeza instintivamente al escucharlo.

—¿Cómo dice?

Vio a Grant tomar aire y enderezarse en su asiento. El hombre giró la cabeza hacia ella para mirarla.

—Que le debo una disculpa.

Paige abrió la boca para cerrarla a continuación, sin saber bien qué decir. Sólo unos segundos después fue capaz de construir una respuesta que tuviera sentido.

—No le entiendo.

—Por Maddie.

De repente las piezas en su mente encajaron. Maddie y la invitación a la fiesta. Maddie y aquel almuerzo inesperado. Maddie y «he olvidado que la cita era antes». Cerró los ojos y no pudo evitar que una sonrisa acudiera a sus labios. Aún no conocía a Maddie lo suficiente, pero no había que ser Sherlock Holmes para darse cuenta de lo que tramaba.

En realidad conocía aquel juego. Era el mismo con el que su propia hermana la

había sorprendido más de una vez, intentando emparejarla con algún compañero de su trabajo. Y era normal que Grant se sintiera responsable, como se había sentido ella por los comentarios de sus pequeños sobrinos.

—No creo que tenga que disculparse por nada.

Él bajó la cabeza.

—Ya lo creo. Maddie puede llegar a ser muy... persistente.

Paige sonrió ante la frase de su jefe. El hombre levantó la mirada y sonrió a su vez.

—Verá —continuó Grant—, Maddie está absolutamente convencida de que yo tendría que...

Lo observó fijamente, instándolo con la mirada a que continuara, pero prefirió ser ella quien terminara aquella frase.

—Que tendría que tener una pareja. Ya lo imagino.

Grant tomó aire para dejarlo escapar poco a poco a la vez que asentía sin dejar de mirarla ni por un solo instante. Ella le sonrió, y aquella sonrisa fue convirtiéndose poco a poco en una carcajada que no quería exteriorizar, hasta que fue imposible contenerla. Echó la cabeza hacia atrás y rio con ganas.

El masculino rostro de Grant se iluminó con una sonrisa igual de genuina que la de ella.

Paige negó con la cabeza sin dejar de reír.

—Lo siento, pero es que no me lo hubiera esperado de Maddie—. Y cuanto más pensaba en ello, menos lograba controlar la risa.

Grant asintió con convicción.

—Hace tantos años que me conoce que ha perdido totalmente el recato necesario que la frenaría para hacer esas cosas. Me considera más un hermano pequeño que un cuñado.

Sonrió ante su comentario.

—Conozco la sensación. Tengo una hermana mayor que no dudaría un instante en intentar buscarme pareja, se lo aseguro. De hecho, ya lo ha intentado. Y en más de una ocasión.

Paige se concentró en el rostro del hombre, en cómo aquel rictus a veces severo se suavizaba y en cómo el azul de sus ojos se hacía más evidente. «¡Es tan diferente cuando sonrío!», pensó. Y notó cómo, sin darse cuenta, su corazón había comenzado a bombear con más fuerza dentro de su pecho.

Lamentablemente para ella, Grant dejó de reír antes de lo que ella hubiese deseado y se acomodó en su asiento, un tanto pensativo.

—Puede que Maddie, en el fondo, tenga razón —dijo Grant con la vista clavada en sus manos.

Paige esperó a que él continuara, pero no dijo nada más. Alzó una ceja, interrogativa.

—¿Sobre qué? —se aventuró a preguntar, esperando que Grant no le diera la razón a Maddie en cuanto a hacer de Cupido.

—Sobre el por qué no nos tuteamos.

Ella respiró profundamente al oírlo, aunque en el fondo sintió una punzada de decepción, mezclada con el alivio de haberse equivocado. No quiso pararse a considerar el significado de todo ello en ese momento y, tras unos segundos, asintió.

—Sí. Puede que la tenga.

Grant fijó los ojos en ella y la encontró mirándolo a su vez. Despacio, Paige asintió.

—¿La tiene? —reiteró él, con una clara expresión de sorpresa en su rostro. Un segundo después, Grant tomó aire y cabeceó afirmativamente—. Claro que la tiene. Es absurdo.

Paige sonrió y se movió un poco en su asiento a fin de poder mirar a Grant de frente sin tener que girar la cabeza. Se mordió el labio inferior antes de hablar, sopesando sus siguientes palabras.

—Por tratarlo con esa formalidad no voy a respetarlo más de lo que ya lo respeto —le dijo. Creyó ver en los ojos de su jefe un brillo de interrogación. Cuanto más lo pensaba, más estaba convencida de que, en efecto, la mujer de Darren Grant podía estar en lo cierto. Tamborileó con los dedos sobre la mesa mirando a su alrededor, pero sin fijar la vista en nada en concreto.

—¿Desde cuándo existe esa... recomendación interna?

El hombre se retrepó en su asiento, irguiéndose de hombros.

—A finales de la década de los setenta, la empresa se vio inmersa en varios pleitos por acoso sexual. No sé si fueron ciertos o no, lo que sí sucedió es que tuvo que afrontar varias indemnizaciones y soportar la mala imagen que quisieron crear en los medios de comunicación. Le costó lavar su imagen ante el público. Fue entonces cuando se dictaron estas políticas internas entre directivos y empleados.

Ella abrió los ojos, incrédula.

—¿Y nadie les ha dicho que hemos traspasado el umbral del siglo veintiuno?

Grant sonrió abiertamente, asintiendo con un seco movimiento de cabeza.

—Supongo que prefieren no arreglar lo que no está roto.

—¿A qué se refiere? —quiso saber Paige. Cuando entró en la empresa, recordó que junto con todos sus contratos y papeles oficiales, le entregaron un dossier con los estatutos. Y una cosa que le había llamado la atención fue, precisamente, esa norma. La dirección de la empresa establecía que dos personas que mantenían una relación extraprofesional no podían trabajar en el mismo departamento, sobre todo en distintos niveles jerárquicos.

—A que hasta ahora les ha funcionado bien —comenzó diciendo Grant—. Los estatutos de la empresa se redactaron en la década de los cincuenta. En aquel tiempo se tenía muy presente la moral de los trabajadores y se creó con el fin de asegurarse la buena conducta de éstos.

Paige parpadeó ante la explicación.

—Pero la sociedad en general ha dado un gran paso en ese sentido.

Grant le dio la razón.

—En efecto, pero a finales de los ochenta y durante la década de los noventa, el caballo de batalla de todas las compañías no era la moralidad sino las demandas por acoso. Prohibiendo ese tipo de relaciones, sobre todo entre niveles interdependientes, se aseguraban que esas demandas se redujeran considerablemente. Por eso han seguido manteniendo dicha prohibición.

—Ya veo. En dicho caso... —dijo componiendo una mueca con los labios y mirando hacia la ventana— nosotros no deberíamos estar aquí sentados. Podrían malinterpretarlo.

Grant se mantuvo callado.

—Bueno, en realidad no lo sé. No creo que tomar una cerveza ponga en entredicho nuestra profesionalidad.

Paige se encogió de hombros.

—Es una estupidez obligar a que se mantenga un trato tan rígido entre jefes y subordinados. Admito que en la oficina se debe mantener cierta compostura, pero en ocasiones me siento como si estuviésemos en el ejército. O en un rígido campamento militar.

Ambos se quedaron de nuevo en silencio. Después de un breve lapso, Grant volvió a hablar.

—Hasta ahora jamás lo había considerado. Claro que nunca había coincidido con nadie de la oficina en una cena que no estuviera programada y organizada por la propia empresa. Fue... agradable encontrar allí a una cara conocida.

La voz de su jefe se había suavizado, bajando también su tono. Se colaba por sus oídos como un bálsamo que la hizo olvidar respirar por unos momentos y cerrar los párpados. Asintió mientras sonreía.

Cuando los abrió, los ojos claros de él estaban fijos en ella, ligeramente entornados. En las distancias cortas, tenían la virtud de que no quisiese apartar la vista de ellos, como si la atraparan en una red invisible de la que, en realidad, no quería liberarse. Fijándose en sus labios, notó que no había ni rastro de aquella dura línea en la que se convertía su boca cuando parecía estar concentrado, como tampoco lo había de ese pulso que, en ocasiones, era permanente en su mandíbula. Paige tomó aire y se obligó, aunque a regañadientes, a desviar la vista de él. Porque si Grant le llegase a preguntar por qué lo observaba, no sabía si tendría una razón que sonara convincente.

—Lo mismo digo —dijo Paige regresando la mirada hacia él, sin poder evitarlo.

Él ladeó la boca en una suerte de sonrisa que, en esta ocasión, le iluminó todo el rostro.

—Tengo que decir en mi defensa que no siempre soy así.

—¿Así cómo?

Se movió inquieto en el banco de madera.

—Sé la fama que tengo en la empresa, no soy tonto. Normalmente, puedo olvidar que soy el señor Grant para volver a ser simplemente Jason cuando salgo cada tarde. Pero creo que ese día me mostré demasiado envarado.

Paige le sonrió, cómplice.

—¿Alguien se dio cuenta de ello? Porque yo no lo hice. Sólo recuerdo que disfruté mucho charlando... contigo.

Grant giró la cabeza como si la hubiesen accionado con un resorte y Paige temió por unos instantes haber metido la pata. Hasta que su expresión seria cambió cuando le correspondió la sonrisa.

—De acuerdo, hagamos un trato. Si te parece bien, dejaremos los protocolos

olvidados en la empresa.

—Me parece muy bien.

—A cambio... —el hombre giró en su asiento poder hablarle de frente. Apoyó el brazo derecho sobre la mesa, y sin esperar a la reacción de la mujer, preguntó—, ¿me dirás por qué ayer no acudiste a la reunión de por la mañana?

«Y ahora es cuando los dioses tienen piedad de mí y me envían un rayo para petrificarme».

Paige tuvo que contener el gemido que se agolpó en el fondo de su garganta. Todo aquello había comenzado a asemejarse a una bola de nieve que conforme rodaba colina abajo iba haciéndose más grande y que, inevitablemente, terminaría estrellándose al llegar abajo. Por lo que parecía, acababa de hacerlo. Y tal vez fuese mejor así: aclarar las cosas de una vez por todas. Apretó los labios y, en un acto reflejo, dejó caer la cabeza hacia adelante con teatralidad.

—Estupendo —murmuró, más para sí misma que para que lo oyera su jefe.

Cuando levantó la vista, Grant la miraba con una sonrisa.

—Verá... verás —se corrigió de inmediato—. Normalmente no actúo de esa manera.

Grant la miró con seriedad.

—¿A qué manera te refieres?

—¡A lo del sábado! —respondió ella, frustrada—. Estaba avergonzada por la invitación. ¡Por el amor de Dios, eres mi jefe, y eran las dos de la mañana! Fue completamente inapropiado. ¿En qué diablos estaba yo pensando? ¿Qué...

—¿Qué podía pensar yo? ¿Era eso? —Grant terminó la frase por ella, mirándola fijamente.

Paige asintió despacio. Grant hizo una mueca con los labios que se asemejó a una sonrisa.

—Bueno, podía pensar que intentabas ser amable y agradecerme que te llevara a tu casa. Sólo eso.

Paige recapacitó un momento en lo que Grant acababa de decir, sorprendida. Le había estado dando vueltas en su cabeza a todo aquello, pareciéndole la mayor metedura de pata de su vida. Y él simplemente había visto un gesto de cortesía por su parte, nada más. Agachó la cabeza y se rio.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó él, intrigado.

Ella elevó de nuevo el rostro.

—El día del parque, intenté justificarme y creí que, al final, había empeorado las cosas.

—Ya. Tus sobrinos.

Ella cerró los ojos ante la mención de los niños y asintió con pesar.

—Son unos niños encantadores —añadió Grant.

Paige alzó una ceja, para terminar asintiendo con una sonrisa en los labios.

—Pueden ser un poco trastos, pero supongo que los niños son así: inquietos, curiosos y chillones. No estoy acostumbrada a su presencia constante, ni a encontrarme huellas de sus manos llenas de chocolate en el sofá. O a escuchar esa charla incesante, que termina desesperándome.

Grant le sonrió.

—Estoy seguro de que, a pesar de todo eso, les quieres mucho.

Sí, recapacitó Paige: quería muchos a esos pequeños diablos que tenía por sobrinos y haría lo que fuera por ellos, por mucho que se quejara o por muchas trastadas que ellos le hicieran.

—Sí, creo que sí —dijo—. Y parece que hablas por propia experiencia. Me dijiste que tenías un sobrino ¿no?

El hombre asintió.

—Nathan. Ya es un hombre. Y no creas, también me dio más de un quebradero de cabeza cuando apenas era un niño.

Paige asintió con vigorosidad.

—En aquel momento, en el parque, hubiera deseado tener a mano una venda para amordazarlos.

—Los niños sólo se limitan decir lo que ven.

—Y a mortificar a sus tías —dijo de manera hosca, frunciendo el ceño—. Si he de ser sincera, he pasado dándole vueltas a la cabeza todo el fin de semana.

Él se sorprendió ante su comentario.

—¿Por tus sobrinos?

—Por todo. Por lo del café, por lo que dijeron.

Grant fijó sus ojos claros en ella y Paige fue incapaz de romper el lazo que se había tejido entre ambas miradas.

—Siempre podemos arreglar el asunto del café en otro momento —le respondió él con un tono bajo que acarició el oído de Paige.

Por un momento todo el ruido del bar se desvaneció y Paige sólo fue consciente de la voz aterciopelada de su jefe que casi le susurraba a su lado. Carraspeó y se obligó mentalmente a mirar su reloj en un esfuerzo de centrar su atención en otra cosa que no fuera Jason Grant. Observó la esfera, pero su mente no fue capaz de interpretarla. Se encontraba tan bien allí sentada, charlando con él, que por unos momentos, deseó no tener que regresar a su despacho para continuar con su trabajo.

Pero la cruda realidad se imponía y, al fin, Paige fue capaz de apreciar en su reloj que la hora de su almuerzo había pasado. Con fastidio mal contenido señaló hacia él.

—Creo que se nos ha hecho algo tarde. Deberíamos volver a la oficina —le dijo a su jefe.

Grant miró su propio reloj y asintió.

—Eso me temo. —Levantó la mirada y la fijó en ella.

Paige le sonrió con cierta timidez.

—Aún tengo varios documentos que necesitan un último vistazo antes de presentárselos.

El hombre la miró y entornó levemente los ojos.

—¿Presentárselos? Creí que teníamos un trato. Nada de protocolos fuera del trabajo.

Supo por el calor que le subió a la cara que se había ruborizado.

—Es la falta de costumbre —se disculpó acompañándola de una sonrisa —Espero que sea eso. Es algo que puede tener solución —contestó él mientras se ponía en pie y esperaba que ella hiciera lo mismo. Paige se colocó su abrigo y se giró de nuevo hacia él.

—Adelante.

Paige abandonó el local, seguida por Jason Grant, y se encaminaron juntos hacia la Torre Barret.

El mismo camino que hiciera al llegar acompañada por Maddie y Darren, ahora le deshizo junto a Jason Grant. Durante el breve trayecto que separaba ambos edificios charlaron animadamente pero, pese a que intentaba centrar toda su atención en el

hombre que la acompañaba, Paige sintió que no estaba del todo cómoda. Tal vez era que aún no estaba acostumbrada a llamar Jason a su jefe, pensó, pero no, no era eso. Sólo al llegar a la plaza en donde se levantaba aquel coloso de acero y cristal, Paige supo qué le ocurría.

No quiso desviar la mirada hacia el lugar en donde había visto a Danny. Era capaz de estar aún ahí, esperándola, haciendo que sus nervios se desataran. A su espalda oyó el repentino cerrar de la puerta de un coche y, sin querer, dio un pequeño sobresalto y miró hacia atrás como si la hubieran pinchado con una aguja.

Grant se detuvo a su lado, mirándola con cierto desconcierto en sus ojos.

— ¿Te ocurre algo?

Paige no supo qué decirle. ¿Que había visto a su antiguo amigo Danny? No, no podía hacer eso, no después del encontronazo que habían tenido los dos hombres. Negó con la cabeza con la mejor sonrisa que pudo componer.

—No es nada. Sólo que me ha asustado el ruido. ¿Vamos? —le dijo mientras miraba el reloj, intentando dominar los alocados latidos de su corazón. A pesar de ello, miró de reojo hacia la calle pero no pudo alcanzar a ver nada. Ni rastro de Danny.

Se despidieron con educación en el vestíbulo de la compañía y cada uno tomó un ascensor diferente.

Cuando entró en su oficina, Paige sonreía. Había vuelto a olvidar el incidente con Danny, al igual que había hecho al llegar a la cafetería. En la oficina no había rastro de su compañero. Sólo cuando se sentó ante su mesa vio la nota que éste le había dejado y que le decía que ya no volvería aquel día. Se reclinó en el asiento y respiró con lentitud. Aunque tenía trabajo que hacer, Paige se tomó unos instantes para recordar el almuerzo. «¿Desde cuándo es tan sencillo hablar con Grant?» se preguntó para corregirse de inmediato. «Con Jason».

Aún tenía esa incómoda sensación de estar metiendo la pata cada vez que su mente se refería a él por su nombre de pila, en lugar de por su apellido. Tal vez era eso lo que le ocurría. Y era algo que descubriría si volvía a verse con él fuera del horario laboral. Paige sonrió cuando cayó en la cuenta de que era algo que quería que volviese a ocurrir. Y pronto.

Caroline, su secretaria, levantó la mirada cuando entró en la oficina exterior.

—Buenas tardes, Caroline. ¿Alguna novedad? —preguntó mientras cruzaba hacia la puerta que comunicaba con su despacho. La mujer le sonrió.

—Ninguna, señor.

Una amplia sonrisa apareció con facilidad en su rostro. Asintió con un sutil movimiento y entró en su despacho. Antes de cerrar la puerta tras de sí, la mujer se había puesto en pie, visiblemente preocupada.

—Señor, ¿ocurre algo?

Grant dio un paso en su dirección, hasta colocarse bajo el dintel de la puerta.

—No... no creo. ¿Hay algún problema?

La mujer negó con cierta reticencia.

—¡No! Claro que no. Todo... todo está bien, señor —le contestó la mujer, ofreciéndole una sonrisa que hizo que él respondiera de la misma manera. Se disculpó con un cabeceo y se encerró en su despacho.

Dejó el abrigo en el perchero y se aflojó un poco el nudo de la corbata antes de pararse ante la ventana, que dominaba una gran porción de pared, y mirar a través de ella.

No recordaba haber disfrutado de un almuerzo tan agradable en mucho tiempo y supo en seguida a qué se debía. O a quién. Se había sorprendido los últimos días pensando más veces de la que sería sensato admitir en la profesional y siempre eficiente señorita Hunter. Porque, además de ser una buena trabajadora, había descubierto en ella a una mujer simpática y abierta. Sonrió por enésima vez aquel día y, con esa disposición, se dispuso a reanudar su trabajo.

Tal y como le había prometido a su hermana el domingo anterior, Penny se presentó en el apartamento de Paige el viernes por la tarde para cumplir su palabra de regalarle aquel vestido.

—Penny, de veras que no tienes por qué comprármelo —le dijo a su hermana aún en el coche.

La mujer hizo un ademán con su mano.

—Te dije que te lo regalaría y lo haré.

—Pero es demasiado elegante. Y caro. Y no sé si va a haber mi talla. Y... y no sé

si me va a quedar bien —soltó Paige en retahíla. Penny la miró y alzó una ceja admonitoria.

—¿Alguna excusa más? ¿O las has gastado todas?

Paige se hundió en el sillón, aún con el cinturón de seguridad puesto.

—No. Ninguna más —le contestó con apenas un hilo de voz.

Su hermana palmeó como una niña con juguetes nuevos y le dejó ver una sonrisa enorme.

—Entonces, vamos.

Penny y Paige se detuvieron ante un perchero plagado de vestidos. Su hermana removi6 varias perchas.

—¿Qué tal éste? —le enseñó Penny uno azul con un profundo escote en la espalda.

Paige negó con energía.

—Ni lo sueñes. No me lo pondría.

Penny no se molestó en mirarla.

—Siempre estás con esos insulsos trajes pantalón, Paige. Un vestido te sentaría bien para variar.

Sorprendida, Paige giró la cabeza hacia ella.

—Esos trajes que dices son lo que utilizo para ir a trabajar. ¿Cómo pretendes que lleve un vestido como éste? No puedes compararlos.

Su hermana volvió la mirada hacia el vestido que sostenía en alto ante ella y pareció mirarlo con ojo crítico para, finalmente, asentir.

—Vale, puedes que tengas razón.

—La tengo.

Penny siguió rebuscando entre la larga hilera de vestidos.

—Los niños me dijeron que estuvisteis en el parque —dijo de manera casual, sin apartar la mirada de las prendas.

Paige la miró de reojo, dejando que la tela de uno de los vestidos se deslizara entre sus dedos.

—Y me dejaron en evidencia delante de mi jefe, muchas gracias —murmuró entre dientes.

Su hermana ahogó una sonrisa porque, por muy hijos suyos que fueran, ella sabía

que tenía razón.

—Me dijeron que estuviste hablando con un hombre. —Dejó la prenda que estaba inspeccionando y giró la cabeza hacia ella para comprobar su reacción—. Un hombre alto y rubio.

Paige sabía qué venía a continuación. Asintió con reticencia.

—Era mi jefe.

Penny enarcó una ceja ante la respuesta de su hermana.

—¿No vas a decirme nada más?

Sin pensárselo, Paige negó con un gesto de la cabeza.

—No, no voy a decirte nada más, porque no hay nada más que decir.

—Le quitas toda la gracia al asunto —dijo Penny mientras se giraba hacia ella.

—Como si alguna vez la hubiese tenido —apostilló Paige.

Por unos instantes, los vestidos dejaron de tener interés para la mayor de las Hunter. Penny esbozó una traviesa sonrisa y se acercó a su hermana.

—Y dime, ¿cómo es tu jefe? ¿Es mayor?

«¡Y aquí vamos! Comienza el interrogatorio en tercer grado».

Paige pensó que, cuanto más se mantuviera en sus trece de no decirle nada sobre Jason Grant, más insistiría su hermana en ello. La conocía lo bastante bien y sabía que pensaría que estaba ocultándole algo. Así que se esforzó en enfocar su atención en uno de los vestidos, fingiendo un interés que no sentía.

—Puede que tenga unos años más que tu marido. No lo sé en realidad —le contestó, restándole importancia.

La respuesta, aunque vaga, pareció ser del agrado de Penny, quien sonrió abiertamente.

—Bueno, ¿y?

Paige la miró sorprendida.

—Y, ¿qué?

—Ya sabes. —Y le guiñó un ojo de manera cómplice, acompañando el gesto de un codazo en el brazo.

—Insisto: es mi jefe. No hay nada más —le respondió entre dientes. Su hermana había olvidado por completo lo que habían ido a hacer a aquella tienda. Paige miró en dirección a la dependienta, que no apartaba los ojos de ella, con los brazos cruzados

delante de su pecho y una expresión de hastío en su rostro.

—Vale, sí, lo pillo. Es tu jefe. Pero... ¿está casado? —Penny insistió con sus preguntas y Paige supo que su hermana no iba a soltar la presa hasta que estuviese totalmente muerta. Volvió a girarse hacia ella, para asegurarse de que Penny la escuchara con claridad.

—No está casado, es viudo. Y ahí acaba todo. No hay nada más que contar.

Penny se encogió de hombros.

—Vale, mejor me lo pones.

Se quedó mirando fijamente a su hermana.

—Penny, no lo entiendes ¿verdad? Es mi jefe, alguien con quien trabajo cada día.

—Ya me he enterado. No soy sorda.

—Pues parece que no lo has hecho. ¿Tú sabes lo que supondría tener... algo con mi jefe? —dijo en voz baja, acercándose a su hermana, como si tuviese miedo de que alguien pudiese escucharla.

Penny la miró y negó con la cabeza. Paige se acercó aún más a ella.

—Bien, pues para empezar, está muy mal visto que una empleada se líe con su jefe, por no hablar de que me podrían poner de patitas en la calle, ¿sabes?

—No lo dirás en serio, ¿verdad? —preguntó incrédula su hermana.

Paige asintió, convencida.

—Totalmente en serio, Penny. La empresa es muy estricta en esas cuestiones. —Trató de buscar alguna razón más que le hiciera entender a su hermana lo imposible que era su idea—. Además, me encanta mi trabajo como para ponerlo en peligro.

Penny se volvió de nuevo hacia el perchero que tenía delante de ella. Paige quería mucho a su hermana y Penny no iba a admitir que, en ocasiones, se ponía muy pesada con el asunto de que Paige aún no tenía pareja. La siguió con la mirada mientras pasaba un vestido tras otro con cierto desdén.

—Tienes que controlar lo que hablas delante de tus hijos. Le preguntaron si era mi novio.

La fachada de contrariedad de la mayor de las Hunter cayó de inmediato, no pudiendo reprimir una carcajada que se escuchó en todo el establecimiento y que hizo que todas las miradas se volvieran hacia ellas. Se miraron mutuamente, sonriendo, y volvieron a la tarea de buscar aquel vestido.

—¡Aquí está! —dijo al fin Paige cuando encontró la prenda que ambas habían

estado buscando. Se aseguró de coger su talla y lo sacó del perchero.

El vestido tenía un rojo profundo y llamativo que iba a la perfección con el color de su pelo y el tono de su piel. La tela era suave al tacto y poseía una caída inigualable. Entró en el probador y dejó a su hermana fuera.

—No sé por qué te he hecho caso. No voy a tener ocasión para ponérmelo —gritó desde dentro del probador.

—Con ese vestido irían perfectos los pendientes que te regaló mamá el año pasado por Navidad, ¿sabes? —le dijo Penny desde fuera, alzando la voz.

Paige sonrió al escuchar a su hermana. El vestido se le ajustaba a la perfección, ciñéndola en los sitios adecuados. El escote era un poco más atrevido de lo que le gustaría admitir, revelando el nacimiento de sus senos sin llegar a ser vulgar, y los tirantes cejados, adornados de pequeñas cuentas de cristal, enmarcaban sus hombros. No era ni demasiado corto, ni demasiado largo, justo un poco más arriba de la rodilla. Se recogió el pelo con una mano, haciéndose un improvisado moño. Se miró en el espejo y le gustó el reflejo que veía. Con una sonrisa abrió la cortina.

—Con unos zapatos altos creo que quedaría fantástico —dijo a la vez que le mostraba a su hermana cómo le quedaba puesto.

Penny la contempló de arriba abajo con admiración.

—Estás preciosa. Date la vuelta.

Paige giró delante de su hermana para que pudiera apreciar cómo le sentaba el vestido, cuando oyó una voz a lo lejos.

—Te está como un guante.

No llegó a completar la vuelta y se quedó congelada en el espacio. No deseaba volverse y afrontar al dueño de aquella voz. Alzó la vista hacia el espejo y, para su desdicha, lo vio venir despacio hacia ella.

Danny se paró cerca de Penny con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros, mirándola de arriba abajo con descaro y una sonrisa torcida en sus labios.

—Te está perfecto.

La sonrisa que había lucido el rostro de Paige hasta ese mismo instante había desaparecido como por arte de magia. Enfadada con ella misma y con el hombre que acababa de aparecer, decidió rápidamente que no iba a dejar que la intimidara de aquella manera. Se giró para enfrentarlo.

—¿Qué demonios haces aquí?

Él se encogió de hombros sin dejar de mirarla.

—Pasaba por aquí, te vi entrar y pensé que bien podría darte una sorpresa —le respondió mientras seguía con su escrutinio.

Paige asintió con un exagerado gesto y sintió cómo la ira comenzaba a hacerse un hueco en su estómago. Dio un paso hacia él, con la barbilla alzada y desafiante. No iba a dejar que Danny viera lo mucho que la descolocaba su mera presencia.

—Vale, me has dado una sorpresa. Ahora lárgate —le ordenó sin contemplaciones.

—Uy, uy, qué aires se da la señorita.

Su hermana dio un paso hacia ella hasta que estuvo tan cerca que su hombro rozó el suyo. Miró a Danny con un gesto de desprecio.

—Seas quien seas, márchate —oyó decir a su hermana. Y sintió cómo un puño invisible la dejaba sin respiración. Lo último que quería era que alguien de su familia tuviese algo que ver con Danny.

Paige asió el brazo de su hermana por la muñeca, apretando un poco. Los ojos de Danny brillaron de excitación ante la intromisión de aquella mujer.

—Déjame a mí, Penny. Por favor —le dijo en tono bajo. Paige dio un paso hacia él—. Lárgate o llamo a la policía. Esto es acoso.

Danny se rio abiertamente.

—¿Yo te estoy acosando? Tan sólo he visto a una antigua amiga y he entrado a saludar. No hay nada de malo en eso, ¿no es cierto?

Paige miró a las demás personas que había en la tienda por el rabillo del ojo y, que a su vez, los observaban con más o menos interés. Danny dio un nuevo paso hacia ella, con aquella sonrisa prendida en su rostro que la sacaba de sus casillas.

—¿Y ese nuevo acompañante tuyo? —preguntó el hombre, mirando a su alrededor—. ¿No has venido con él? ¿O no has considerado que podrías necesitarlo?

—No necesito a nadie.

Sacó del bolsillo un cigarrillo y lo paseó entre los dedos.

—¡Uy, pero qué valiente es esta chica! ¿Y cómo le pagas por los servicios prestados, como el del otro día, Paige? ¿Abriéndote de piernas?

El comentario hirió a Paige más de lo que había pensado. Se bastaba ella sola para mantener a Danny a raya. Luchó contra el impulso de abofetearle, pero conocía a Danny y también conocía sus comentarios y sabía qué era lo que él buscaba con ellos.

—No todos somos de tu condición, Daniel.

Se mantuvieron las miradas por unos instantes, como en un pulso silencioso.

—Te lo vuelvo a preguntar, ¿qué quieres de mí?

El hombre pareció estudiar su respuesta.

—Ya te lo dije, hablar contigo.

Ella asintió con un enérgico cabeceo, cruzándose de brazos.

—Bien, habla.

Danny sonrió torciendo los labios en una mueca.

—No aquí. Te diré en qué momento.

—No te pienses que puedes aparecer por mi vida y manejarme como se te antoje, Daniel —le reprochó Paige entre dientes con acritud.

Con un gesto rápido que no vio venir, Danny la tomó de la barbilla, apretándola con dos dedos.

—Haré lo que quiera, ya lo sabes. Apareceré en tu vida como tú desapareciste de la mía.

Paige retiró su rostro con un movimiento brusco, pero sin dejar de mirarlo ni un sólo instante.

—Márchate. O llamo a la policía.

La sonrisa no abandonó ni un solo momento el rostro del hombre. Después de unos segundos, hizo un ademán con su cabeza a modo de despedida.

—Volveré, Paige. —Danny dio media vuelta y salió a grandes pasos del establecimiento.

Paige fue consciente del pinchazo que sentía en la mandíbula por apretar los dientes. Relajó los músculos y respiró profundamente, metiendo aire por su nariz y expulsándolo por la boca con lentitud. Le repateaba el hígado aquella actitud con la que se había marchado de allí, como quien ha ganado la primera batalla. Apretó los puños con fuerza.

Penny se había mantenido todo ese tiempo en silencio. No había sabido qué hacer o qué decir. Se había limitado a mirar a su hermana para luego mirar a aquel tipo. De repente, el rostro inmutable de Penny se vino abajo, dejando ver el miedo que había pasado.

—Paige...

La voz de su hermana hizo que dejara de mirar hacia el lugar por donde el hombre

había desaparecido, como si así quisiera asegurarse de que no regresaba. Se obligó a sonreírle.

—No pasa nada, Penny —le dijo acariciándole el brazo con un gesto cariñoso—. Vamos, me llevo el vestido.

Y se volvió a meter en el probador para quitárselo.

Mientras se desnudaba, Paige pensó que Danny no se rendiría hasta que consiguiera lo que se había propuesto de ella, y que Dios la ayudara si sabía qué podía ser.

CAPITULO 9

—Jake, por favor, ¿vas a escucharme?

El hombre la miró y asintió, llevándose a los labios el vaso de plástico que acababa de sacar de la máquina de café, en la sala de descanso del personal.

—Ahora sí. ¡Mierda, falta azúcar! —replicó mientras hacía un mueca con los labios.

Paige se hundió de hombros y dejó escapar un sonoro suspiro. Llevaba más de quince minutos intentado hablar con su compañero, pero hasta ese momento había sido algo completamente inútil.

La sala estaba una planta por debajo del despacho de ambos. En ese momento, sólo unos pocos empleados más se encontraban allí, almorzando. Algunos de sus compañeros entraron después de bajar al vestíbulo exterior del edificio a fumarse un cigarrillo. A Paige le asqueaba el olor a tabaco que desprendían; le recordaba demasiado a Danny.

La habitación, cuadrada y sin ventanas, contenía múltiples máquinas expendedoras de bebidas calientes, aperitivos y refrescos, todo para que los trabajadores se sintieran cómodos y pudieran disfrutar relajadamente del breve descanso durante su jornada laboral.

Ambos se encaminaron hacia una de las mesas y se sentaron.

—A ver, dime qué te pasa.

Paige miró alrededor y se aseguró de que nadie estaba cerca de ellos.

—Necesito consejo —dijo en voz baja.

Jake la miró y dio un sorbo a su café.

—Demonios, debería tirarlo. Hoy está asqueroso. —Dejó sobre la mesa el vasito de plástico y se cruzó de brazos, arrellanándose contra el respaldo de la silla—. Bueno, cuéntame.

Paige pareció pensárselo unos instantes antes de comenzar.

—Necesito un hobby, Jake, algo que me haga ocupar mi tiempo libre. Mi poco tiempo libre.

Su compañero parpadeó incrédulo. Abrió la boca, pero de ella no salió ni una sola palabra. Se irguió en su asiento y se acercó a ella.

—¿Y para eso llevas dándome la lata... —miró su reloj para asegurarse— quince minutos? ¿Eso es todo?

Paige arqueó una ceja.

—Creí que no estabas escuchándome, Jake.

—Claro que te escuchaba.

De entre todas las posibles respuestas que Jake le podía haber dado, aquella era la que menos se esperaba. Recapacitó un momento antes de sopesar su respuesta.

—Bueno, sí, eso es todo —mintió.

Le hubiera gustado hablarle de la última aparición de Danny, pero no se atrevió. Necesitaba a alguien con quien hablar y pedirle consejo, y su hermana estaba por completo descartada. No quería involucrarla más de lo que ya lo había hecho el día en que él las encontró en el centro comercial. Así que había pensado en su compañero.

En el último momento se había arrepentido. Con Jake siempre había podido hablar de todo; nunca habían tenido temas tabús, pero aquel en cuestión se le antojaba algo delicado para tratarlo con él, además de no saber cómo comenzar a contárselo.

El esquema que había dibujado en su mente para contárselo le parecía absurdo. ¿Cómo iba a decírselo? «Jake, ¿recuerdas aquel Danny del que te hablé una vez? Pues me está acosando». No, no era capaz de decírselo, le daba vergüenza hacerlo. Así que decidió dejar el tema de Danny para otro momento.

Jake continuaba mirándola casi sin parpadear, hasta que una sonrisa elevó la comisura de sus labios.

—Estás bromeando —le contestó el hombre sin dejar de sonreír ni por un instante—. Eres capaz de tomar decisiones mucho más importantes que ésa, Paige.

Ella emitió una pequeña y casi ininteligible queja en señal de protesta.

—Ya lo sé, Jake, pero debe ser que mis planetas están mal alineados porque estoy hecha un lío.

El hombre se pasó la mano por la mejilla, pensativo.

—O sea, que necesitas una actividad que elimine tus horas de tedio.

Paige asintió con un seguro cabeceo.

—Eso es.

—¿Qué tal un novio? Alguien con el que puedas salir a tomar unas copas y...

—¡Jake! Hablo en serio.

Jake alzó ambas cejas.

—Y yo — le respondió.

Le estaba empezando a doler la cabeza. Había sido una mala idea y ahora estaba pagando las consecuencias.

—No eres precisamente el más indicado para hablar sobre el hecho de encontrar una pareja.

—¿Y quién te dice que yo no tengo pareja, Paige? —le contestó en voz baja y con una sonrisa maliciosa prendida de su rostro.

—Yo lo digo —replicó casi siseando.

Su compañero la miró y sonrió.

—Entonces de verdad quieres que te ilumine sobre qué hacer con tu tiempo libre, ¿no es así?

Paige asintió vigorosamente.

—Al fin parece que lo pillas. En efecto, eso quiero.

—Pero ¿qué te gusta hacer?

—¿Tú qué haces fuera de aquí? —le preguntó cogiendo al hombre por sorpresa.

—¿Yo? Pues... —respondió, balbuceando con torpeza.

—Si vas a decirme algo sobre tu vida amorosa, ahórratelo o te tiro el café a la cara.

Jake no pudo reprimir la carcajada y Paige, a su vez, le sonrió.

—Vale, lo pillo. Entonces, no sé, ¿qué tal hacer algún tipo de deporte? Dicen por ahí que es muy sano y que te mantiene en forma y esas cosas —le contestó, con una expresión de fingida inocencia.

Paige sonrió divertida.

—O sea, ¿dicen por ahí, Jake? Tú vas a un gimnasio desde que te conozco.

Jake asintió categóricamente.

—En efecto, voy. Pero no por las razones en las que tú piensas. Es un lugar perfecto para conocer gente nueva —le dijo mientras le guiñaba un ojo, cómplice.

Paige dejó caer la cabeza hacia adelante, para a continuación levantarla y mirar a su compañero a los ojos.

—Jake, no quiero un hobby para conocer a nadie, sino para sentirme bien conmigo

misma, eso es todo.

Tal vez era cierto que Jake la conocía bien, después de todo. Ella había estado barajando la posibilidad de apuntarse a un gimnasio, pero su falta de inclinación para hacer algún tipo de deporte la había frenado. Pero si eso le valía para quitarse de la cabeza a su jefe y a Danny, haría ejercicio encantada.

—Bueno, ¿conoces alguno?

—El *Four Seasons*. Está cerca de aquí y así no pierdo demasiado tiempo.

Jake la miró con cierto brillo de malicia en sus ojos verdes —Insisto en eso de que es un lugar ideal para conocer gente nueva.

Ella rio con ganas antes de responder.

—Eres incorregible, Jake.

El hombre se irguió de hombros.

—Por supuesto. Y eso es lo que te gusta de mí.

Ambos habían estado tan enfrascados en su conversación que no vieron como una mujer alta y delgada, con el pelo corto color del trigo, se paraba junto a ellos a la vez que sonreía con timidez.

—Hola, Jake —lo saludó a sus espaldas con voz dulce y suave.

Jake se giró instintivamente al oír su nombre a la vez que se levantaba de la silla. Paige dejó de mirar a la mujer para posar sus ojos en su compañero. Jake se quedó sin habla, moviendo la boca pero sin emitir palabra alguna. No era muy habitual que algo lo dejara mudo. Y aquella mujer lo había conseguido en tan sólo unos pocos segundos. Paige fijó sus ojos en ella. Era tan alta como Jake, esbelta y elegante. Las lámparas fluorescentes arrancaban reflejos de su pelo rubio y ondulado. Le sonrió de nuevo.

—¡Shanny! ¡Es una... sorpresa verte! —le dijo cuando logró articular palabra.

La chica, que a tenor de Paige no tendría más de treinta años, asintió y le sonrió con dulzura, haciendo que sus enormes ojos azules resplandecieran.

—Estoy trabajando aquí. En el departamento de finanzas. No... no sabía que trabajaras en esta empresa —le replicó.

Jake asintió con energía a la vez que metía las manos en los bolsillos de sus pantalones. Paige supo que su compañero estaba nervioso, pues ese gesto era bastante común en él cuando las circunstancias le sobrepasaban.

—Pues sí.

La mujer miró de reojo a Paige, que permanecía sentada sin querer interferir. La saludó con un breve gesto de cabeza y volvió a mirar a Jake.

—Bien, en ese caso, volveremos a vernos, Jake—. Y sin esperar la respuesta del hombre, se giró y se encaminó hacia la puerta con un grácil andar.

Jake permaneció mirando con atención el lugar por donde había desaparecido la mujer. Paige tocó el antebrazo de su compañero, reclamando su atención.

—Jake, se ha marchado. Ya puedes parpadear.

El hombre se giró con rapidez, azorado. Se pasó una mano por la nuca y se sentó rápidamente.

—¿Una amiga? —preguntó Paige.

Jake asintió volviendo de nuevo la mirada hacia la puerta.

—Sí, una antigua amiga.

Paige ladeó la cabeza.

—Se diría que te has quedado algo... trastornado al verla.

El hombre parpadeó y sonrió.

—Siempre me sorprendo al volver a ver a una vieja amiga.

Paige ladeó la comisura de los labios, dibujando una sonrisa.

—Nadie diría lo de vieja —convino Paige, divertida. Jake desvió su mirada hacia el techo al oírla.

—Es sólo una frase hecha. No seas tan estricta con todo lo que digo.

Por su reacción, Paige supuso que entre Jake y esa tal Shanny había habido en el pasado algo más que una amistad. Se detuvo unos segundos a considerar qué le supondría ahora a Jake tener cerca a una de sus incontables amigas. Seguramente a él, tan habituado a manejarse fuera de los muros de la oficina, le resultaría una situación bastante embarazosa encontrarse a esa mujer en su mismo edificio y en su misma empresa.

—Jake —lo llamó y esperó a que el hombre girara la cabeza hacia ella para estar segura de que tenía toda su atención. Entonces le preguntó—: ¿Qué harías si te hubieras enamorado de alguna compañera? ¿O de una jefa?

Al escuchar la extraña pregunta, Jake abrió desmesuradamente los ojos y se apoyó en el respaldo de la silla con un gesto rápido, sonriendo con amplitud.

—¿Si estuviera enamorado de alguien del trabajo? —preguntó él a su vez mientras se incorporaba hacia adelante, haciendo que sus rostros quedaran a tan sólo unos

pocos centímetros el uno del otro—. ¿Te estás declarando? ¿O te has enamorado del viejo Bishop? —dijo refiriéndose al anciano vicepresidente de la compañía.

Paige frunció el ceño y bufó

—No seas tonto, es sólo una pregunta.

Aunque imperceptible, Paige pudo apreciar cómo los hombros de su compañero se relajaban.

—Asumo que conoces los estatutos de la empresa, ¿verdad? —le espetó—. Nada de relaciones interpersonales y, por supuesto, ninguna entre distintos niveles dentro del organigrama.

Paige asintió un tanto cansada. Lo que Jake le acababa de exponer era lo mismo que había estado discutiendo con Grant el día anterior.

—Sí, claro que conozco la norma, pero dime, si ése fuera el caso...

No supo cómo proseguir. Jake la miró fijamente y lo instó con un gesto de la mano a que continuara.

—¿Que me hubiese enamorado dentro de la empresa? —resopló y se pasó una mano por el pelo—. Tú me conoces y sabes cómo soy. Algunas veces, al mirar a una mujer y ver que ella me corresponde con una sola mirada, creo que me he enamorado. Soy así. Pero siempre he tenido muy claro dónde están las barreras. Siempre he tenido muy claro que mi trabajo es sagrado y la gente con la que trabajo también. Pero, si eso llegara a ocurrir, si realmente me enamorara de alguien aquí, primero me aseguraría de que merece la pena arriesgarlo todo. Y si llegara a esa conclusión, creo que ninguna norma sería lo bastante rígida como para detenerme.

Paige tomó aire al escuchar la argumentación de su compañero y se hundió un poco más en su silla. Aún se estaba cuestionando por qué le había hecho esa pregunta, pero al parecer su subconsciente no había procesado las palabras antes de que éstas salieran por su boca. ¿Por qué querría ella saber cuál sería la reacción de Jake en ese hipotético caso? A menos que, para ella, no fuera tan hipotético. Se mordió el labio inferior, pesarosa.

Jake, tras contestarle, no había dejado de mirarla.

—¿Contenta con la respuesta? ¿He pasado la prueba?

La voz del hombre la sacó de sus pensamientos.

—¿Qué? ¡Ah, sí, sí!

El hombre miró su reloj a la vez que se ponía de pie.

—Bien, creo que nuestro descanso ha terminado. ¿Vamos?

Lo miró desde su asiento, erguido en toda su estatura, y le sonrió. Tenía suerte de tener un compañero como Jake Mensfield, pensó. Se levantó y asintió.

—Volvamos al trabajo.

Uno junto al otro, se dirigieron a la puerta de salida. Jake la abrió, sujetándola gentilmente a la espera de que ella pasara.

—Oye, en cuanto a lo del gimnasio, dime si quieres probar. Me dan un mes gratis si llevo a alguien —le dijo con una enorme sonrisa en su rostro.

Paige sonrió mirándolo por el rabillo del ojo.

—Me lo pensaré, Jake —le dijo mientras caminaba delante de él, rumbo de nuevo a su oficina.

—Jason, por favor, no seas cabezota.

Grant suspiró. Aquella llamada de su hermano le estaba dando dolor de cabeza. Apartó el auricular un segundo para volver a colocarlo junto a su oído con disgusto y agregar con tono cortante.

—No.

Oyó un chasquido de frustración al otro lado de la línea.

—Mira, me llevó más de dos meses conseguir esas dichosas entradas y me da mucha pena que no vayan a ser utilizadas. Ni Maddie ni yo vamos a disfrutarlas, por lo menos hazlo tú por nosotros —le dijo Darren.

Grant negó con la cabeza aun sabiendo que su hermano no podía verlo.

—¿No me has oído, Darren? No.

—Haces que las cosas sean muy difíciles, hermanito.

—Las cosas no se hacen fáciles o difíciles. Son simplemente así y punto.

La respuesta de Darren se hizo esperar unos segundos.

—No quiero llegar hasta ese extremo, pero si no lo haces tú, lo haré yo.

Grant parpadeó incrédulo, mirando el auricular del teléfono como si de ese modo pudiese ver el rostro de su hermano.

—¿Cómo has dicho?

No había tenido la intención de que su voz sonara en aquel tono tan amenazante, pero no lo había podido evitar. El dolor de cabeza que le estaba provocando la

llamada de su hermano se estaba convirtiendo en una auténtica tortura.

—¡Por el amor de Dios, Jason, deja de comportarte como un adolescente!

De lo profundo de la garganta de Grant se escapó una carcajada.

—¡Esta sí que es buena! ¿Que me estoy comportando como un adolescente, Darren? ¿En serio? —le recriminó alzando la voz. Enderezó la espalda y apoyó los codos sobre la mesa que tenía delante de él—. ¿Creéis que no me he dado cuenta de lo que tramáis tú y Maddie?

No estaba muy seguro, pero creía haber escuchado un lastimero quejido por parte de su hermano.

—Jason, sé que Maddie ha estado, digamos, intentado...

—No sigas. Sé qué ha estado intentando mi querida cuñada —dijo en tono cortante.

Darren se quedó en silencio y Grant temió que la llamada se hubiese cortado. Unos segundos después escuchó de nuevo la voz de su hermano.

—Vale, sí, lo sentimos. Sabemos todo eso de las normas de tu empresa y demás, pero no querrás desperdiciar esas entradas, ¿verdad?

—Esta cuestión queda zanjada aquí mismo.

Grant oyó un suspiro cansado al otro lado de la línea.

—Eres un cabezota de los que quedan pocos. Llámala e invítala. O mejor, ve a verla y díselo.

—¿Es que no me has escuchado? —La paciencia de Grant tenía un límite y se estaba acercando peligrosamente a él. Se pasó una mano por el rostro.

—Te he oído, Jason, pero te ignoro —le contentó haciendo una pequeña pausa—. Después de esto, ni Maddie ni yo intentaremos nada que tú no quieras, ¿de acuerdo? Pero os hemos visto...

—¡Oh, por Dios! Esto es un castigo. —Se apartó de nuevo el teléfono de la oreja y cerró los ojos, dejando caer su cabeza—. Me da miedo preguntar, pero ¿qué se supone que habéis visto?

—Os hemos visto charlar y la manera en que os miráis sin que el otro lo advierta.

Por un momento Jason pensó que volvía a tener diecisiete años y que estaba peleando con su hermano por una chica del instituto.

—Darren, esto es una estupidez. —Retiró con cuidado un montón de papeles que requerían su atención inmediata y que, debido a la llamada de su hermano, estaban siendo retrasados. Una llamada que estaba convirtiéndose a pasos agigantados en una

pesadilla.

—Ciertamente es una estupidez, lo admito, pero aquí tú también tienes tu parte.

Grant elevó una ceja.

—O sea que esa salida vuestra tan precipitada del pub, ¿fue por eso?

—Estorbábamos. Además, admítelo, hermano, sientes algo por ella Grant se levantó de su asiento con tal rapidez que el sillón rodó hacia atrás, chocando contra la pared que estaba a un par de metros.

—¿Qué?!

—No tiene sentido negarlo, ni a mí y mucho menos a ti mismo. Mira, sé que piensas en todas esas absurdas normas que conforman la política interna de tu empresa, y de veras que entiendo que tu trabajo es lo primero para ti y que no puedes enamorarte de alguien con quien trabajas, pero...

—No hay peros que valgan, Darren, No puedo... —dijo y sintió que su enfado se alejaba, rindiéndose—. No debo, Darren. No lo entiendes.

—¿Así que lo admites?

Grant buscó de nuevo la silla y se dejó caer pesadamente en ella.

—¿Qué tengo que admitir?

—Que sientes algo por Paige Hunter

A ambos lados del hilo telefónico los dos hombres se mantuvieron callados. No tenía sentido engañar a su hermano con una mentira. Ni engañarse a sí mismo como lo había venido haciendo hasta ese momento. Su hermano le conocía mejor de lo que a él le gustaría. «¡Maldito seas, Darren!». Hundió la cabeza sobre los hombros y cerró los ojos.

—Jason, ¿sigues ahí?

Grant asintió antes de responder.

—Sí, Darren, aquí estoy —dijo en voz baja.

—No hace falta que digas nada más. Te conozco, hermano, y a mí no me puedes engañar.

—Ya.

Oyó a Darren carraspear.

—Sabes que te quiero, pero a veces resultas patético. Escucha, haré un trato contigo: después de esto no volveré a insistir en nada referente a la señorita Hunter, te

lo garantizo. Puedes encerrarte en un monasterio y envejecer solo si ése es tu deseo, Jason. Pero sólo por esta vez, olvídate de todo y vive un poco. Sal y diviértete. Después puedes volver a tu rutinaria y solitaria vida de siempre. Pero, antes de eso, llámala e invítala. Y si no lo haces tú, lo haré yo en tu lugar. ¿Está claro?

Grant cerró los ojos; casi podía ver a su hermano mayor de pie, ante él, amonestándolo.

—¿Me estás amenazando? —Grant se llevó la mano a la cara y se frotó la frente, cansado.

—Llámalo como quieras. Dime ¿lo harás?

Grant suspiró de nuevo.

—No te prometo nada —respondió al fin, pero sabía que aquella sencilla frase era su acta de capitulación.

—Bien —exclamó el mayor de los Grant—. Llámame y te daré las entradas. Recuérdale a Paige que es el sábado a las diez y media.

—Se lo diré. —Y con lentitud, colgó el teléfono.

Apoyó la espalda completamente en el sillón y se quedó mirando al teléfono como si éste pudiera ofrecerle alguna respuesta a las preguntas que bailaban por su cabeza.

Darren le había hablado sin tapujos, como sólo él sabía hacerlo. Un regusto amargo le vino a la boca, tan amargo como su propia existencia, solitaria y vacía, y que su hermano le había recordado con acritud. El hecho de que tanto él como su cuñada se hubieran dado cuenta de qué clase de insulsa existencia estaba llevando le dolía más de lo que podía afrontar. Cuando se había percatado de las tretas de ambos se había sentido ofendido, pero ahora... no sabía qué pensar.

Jamás había buscado la compañía de una mujer por el mero hecho de encontrarse solo pero, ¿a quién iba a engañar? Era así como estaba y, si no lograba ponerle remedio a eso, continuaría así hasta el final de sus días. Unos días que lo terminarían convirtiendo en un ser amargado y malhumorado.

Se sentía agotado y derrotado. Como si acabara de echar un pulso y hubiese perdido. No sólo se sentía vencido, sino que también se sentía vulnerable. Maldijo en voz baja a su hermano una vez más por remover todo aquello que él se había empeñado en ocultar en el fondo de su mente. Pero había algo más.

Sin saberlo, su hermano había puesto el dedo en la llaga. Darren se había percatado de algo que ni él mismo tenía aún claro pero que, casi sin darse cuenta,

había terminado por admitir. Al final, se había rendido ante el hecho de que comenzaba a sentir algo por Paige Hunter. Miró los papeles que tenía frente a él con resignación. Debía ponerse a trabajar de inmediato pero sabía que, en ese momento, su atención y su mente no iban a estar por la labor.

Se levantó despacio y se encaminó hacia el diminuto mueble bar que estaba camuflado bajo una pequeña mesa. La dirección de la empresa, cuando encargó la decoración de los despachos, se aseguró de que todas y cada una de las oficinas de los jefes de departamento tuvieran un escueto bar a su disposición. En todos los años que llevaba ocupando aquella oficina, tan sólo recordaba haber acudido a aquel mueble en un par de ocasiones, pero ahora su garganta le pedía a gritos algo fuerte. Abrió la pequeña puerta y sacó el primer botellín que su mano alcanzó. Se lo sirvió en un vaso bajo y, de un solo trago, apuró la bebida. El líquido ambarino calentó de inmediato su garganta y cayó en su estómago con pesadez, quemándolo en su recorrido. Tan pronto se lo hubo tragado, se arrepintió. Sopesó el cristal en su mano, observando unas pocas gotas que habían quedado en el fondo.

Había aceptado ante Darren que estaba comenzando a sentir algo por Paige Hunter. Ella era una mujer muy bella, inteligente, decidida y a quien no amedrentaba el trabajo duro. Siempre había sido todo un desafío verla argumentar y defender todos y cada uno de los siniestros que había tenido que peritar. Era una excelente profesional, pero en los últimos días había descubierto que detrás de esa faceta de eficiente trabajadora, se encontraba una mujer más fascinante aún.

Jamás, en todos los años que llevaba en la empresa, se había sentido tentado de enredarse con ninguna colega, aunque tenía que admitir que ocasiones no le habían faltado. Pero su recelo profesional siempre se había impuesto. Ahora estaba hecho un lío. Negó con la cabeza y se pasó la mano por la cara. No podía ser. Pero, ¿qué podía hacer para evitar sentir lo que sentía?

No podía dejar de admitir ante sí mismo que se sentía atraído por aquella mujer más de lo que hubiera podido creer. Cuando la veía, difícilmente podía apartar la mirada de ella y de esos preciosos ojos verdes. Un escalofrío le recorría la espina dorsal y una extraña sensación que creyó que nunca volvería a sentir se instalaba en su estómago, haciendo que sus manos sudaran. Se rio de sí mismo y de sus pensamientos. Era un hombre adulto que había estado casado y que había enviudado, no un adolescente con un calentón y dominado por sus irrefrenables hormonas. No podía dejarse llevar de aquella manera. No podía, ni debía, enamorarse de ella, pero

temía que ya fuera demasiado tarde.

Paseó la mirada por su despacho sin realmente ver nada. Darren había tenido la razón en una cosa: en que por una sola y única vez, podía olvidarse de su trabajo, de las normas y de las obligaciones e invitar a Paige a ese recital de jazz para el cual su hermano tenía entradas. La invitaría esa única vez, como si se tratara de una mujer que nada tuviera que ver con su trabajo y no alguien a quien supervisaba día a día. Olvidaría por unos instantes la rigidez que imponía a su vida y a su trabajo, y dejaría a un lado también la soledad que se había autoimpuesto. Sonrió levemente ante su decisión y descubrió que la idea le atraía, mucho. No sería algo casual como había sido la fiesta en casa de su hermano, o el almuerzo en aquel pub irlandés, no. Se trataría de una cita.

De repente sintió pánico y se rio de sí mismo. ¿Cuánto hacía que no invitaba a una mujer a salir? Intentó acordarse pero fue inútil. Con seguridad, hacía demasiado tiempo. Se volvió hacia su mesa y caminó decidido, dispuesto a retomar su trabajo. Jamás sabría si a Paige Hunter le agradaría acudir a ese recital a menos que le preguntara. Miró el reloj. Lo dejaría para después del almuerzo, cuando recordara cómo lograr una cita con una mujer.

Descubrió que deseaba que Paige accediera a su invitación.

CAPITULO 10

Danny rebuscó entre los cojines del desvencijado sofá y encontró el mando a distancia del televisor bajo uno de ellos. Apuntó hacia él y pulsó una y otra vez el botón. Los canales fueron sucediéndose con apenas unas décimas de segundo de intervalo. No logró ver nada de ninguno de ellos pero le daba igual. A aquella hora, poco antes del almuerzo, todas las cadenas ofrecían el mismo tipo de programas y él no estaba interesado en conocer las miserias y las desgracias de todos aquellos desconocidos. Apagó el cigarrillo en el atestado y sucio cenicero y tomó uno nuevo de la cajetilla que había sobre la mesa.

Había alquilado aquel lúgubre apartamento de una sola habitación el mismo día que llegó a Washington. Los muebles eran viejos y, algunos de ellos, estaban rotos a causa del mal uso y del paso del tiempo. La mesa de café había conocido tiempos mejores, llena de un sinfín de círculos dejados por vasos que habían acabado con el barniz de la madera. Los cristales estaban sucios y poco se podía adivinar del callejón al que daban aquellas ventanas.

La diminuta encimera de la cocina le servía para amontonar las cajas de pizzas y de comida china que encargaba, y que quedaban allí a la espera de ser tiradas a la basura. Miró hacia el suelo, enmoquetado y que tal vez, hacía mucho tiempo, había sido azul. Ahora estaba lleno de manchas que prefería no saber de qué eran. Al menos podía estar satisfecho porque aquella pocilga tuviera agua caliente. Recordó que había estado en lugares mucho peores que aquel y sonrió con cinismo. Le había dado al casero la cantidad correspondiente a la fianza. Y con un poco de suerte no le daría ni un centavo más, pues haría como muchas otras veces: se largaría en mitad de la noche, en silencio y sabiendo que todos los datos que había dejado eran falsos.

Disfrutaba con aquello. Esta vez, en Washington, era Tom Jones; en Nueva Orleans había sido Neil Young y en Las Vegas su nombre había sido Dean Martin. Todos los caseros, sin excepción, le habían mirado de reojo y él siempre contestaba lo mismo, encogiéndose de hombros con fingida ingenuidad y diciéndole que su madre era una entusiasta de aquel cantante en cuestión. Si se lo creían o no, era su problema. Ponían la mano y recogían su dinero. Era todo lo que les importaba.

Volvió a mirar hacia el cenicero. Estaba repleto de colillas y bastante de las

cenizas se esparcían a su alrededor, ante la imposibilidad de que aquel trozo de lata pudiera contener ninguna más. Consultó el reloj. Hacía casi media hora que había llamado pidiendo una pizza y debía de estar a punto de llegar. El estómago le rugía, pues todo su desayuno había sido una cerveza caliente y un trozo de hamburguesa de la noche anterior. Maldijo por lo bajo su suerte. No había previsto que su encuentro con Paige se demorara tanto, pero aquella mujerzuela se lo estaba poniendo difícil. Se pasó la mano por la boca reseca y se dio cuenta de que necesitaba un afeitado.

Pensó de nuevo en Paige y en qué haría con ella. Las comisuras de sus labios se elevaron con una cínica sonrisa. Sólo pensar en ella hacía que toda la sangre de su cuerpo se acumulara un palmo por debajo de su ombligo. La zorra no sólo había cambiado sino que, en todo ese tiempo, se había hecho más atractiva, si cabía. Aunque no estuviera facilitándole las cosas, no podía negar que aquella situación le gustaba. Jamás le habían divertido las relaciones calmadas y Paige estaba contribuyendo, sin saberlo, a que aquella se ajustara a sus preferencias.

Después de que todo hubiera terminado, y hubiera conseguido lo que necesitaba de ella, se la llevaría a la cama. Su erección se hizo más intensa y dolorosa, aprisionada tras el cautiverio de sus ajustados vaqueros, sólo con pensar en Paige retorciéndose debajo de él, suplicándole. Se había levantado del sofá para ir al baño a aliviar la punzada que sentía en su entrepierna cuando el timbre de la puerta sonó. Masculló una maldición y se acercó hacia la puerta.

—¿Quién es? —preguntó antes de abrir. Era una costumbre que había adquirido con los años. Así se evitaba sorpresas desagradables. Como que le partieran la nariz sin previo aviso.

—La pizza —respondió tras unos segundos una voz de hombre.

Acercó la mano al pomo de la puerta y lo giró con un único movimiento.

—¡Ya era hora! Llevo más de media... —pero el resto de la frase murió en sus labios. En la puerta había un hombre que podía tener unos pocos años más que el propio Danny. Vestía un traje color marrón, carísimo a juzgar por su calidad; camisa de cuello almidonado beige y una corbata a juego con el pañuelo que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Su porte era distinguido y llevaba el pelo oscuro peinado hacia atrás gracias al fijador que lo hacía brillar. La piel del rostro, pulcramente afeitada, estaba bronceada y parecía como si acabara de salir de una sala de masajes. Y en la mano llevaba una caja de pizza tamaño familiar.

—Hola, Danny —le dijo con un fuerte acento sureño que le recordó a las viejas películas que su madre solía ver cuando él era pequeño.

Fue incapaz de tragar la saliva que se le había formado en la boca. Se quedó mirándolo fijamente, con la puerta a medio abrir y sujetando aún el pomo en su mano.

—¿No me vas a invitar a pasar? —preguntó el hombre. No esperó una respuesta por parte de Danny y traspasó el umbral del destartado apartamento, haciéndole a un lado con un solo gesto.

Danny lo siguió con la mirada y vio cómo dejaba la caja de la pizza sobre la mesita desvencijada. El hombre paseó la mirada por toda la habitación al tiempo que se metía las manos en los bolsillos, retirando hacia atrás los faldones de su chaqueta. Danny pudo distinguir el bulto de la pistola bajo el brazo.

—Bonito apartamento, Danny. Veo que tu buen gusto no ha cambiado —le dijo mientras volvía la vista hacia él. Tomó el pañuelo de su bolsillo y sacudió con él la raída tela del sofá antes de sentarse.

Danny no era capaz de articular palabra. Ese hombre era la causa principal por la que había salido de Boston a toda prisa. Cerró la puerta con un movimiento de muñeca y se quedó parado donde estaba.

—Aún sigues con tu juego de adoptar nombres de cantantes famosos, Danny —le recriminó el hombre mientras negaba con un lento movimiento de cabeza—. Eres muy previsible. Dejas el mismo rastro que una babosa.

Danny rechinó los dientes y entornó los ojos.

—¿Qué quieres, Pat?

El hombre se incorporó y apoyó los codos sobre las rodillas, dibujando una cínica sonrisa en su atildado rostro.

—El señor Picardi está muy disgustado contigo. Te marchaste sin decirle nada y eso no está bien, nada bien —le respondió utilizando un tono bajo y monótono, como quien reprende a un niño travieso.

Danny se movió incómodo, pasando el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

—Pensaba... pensaba llamarlo.

Pat levantó una mano y Danny no continuó con su alegato.

—No. A ver si lo entiendes. Nadie —dijo silabeando la palabra—, nadie se marcha sin decírselo al señor Picardi.

Tragó saliva. Debía a Picardi más de diez mil dólares y ésa era la razón por la

cual había desaparecido de la ciudad. Creía haber cubierto muy bien su rastro pero estaba visto que los había subestimado. No eran gente con la cual jugar, pensó. Pero eso era algo que debió tener en cuenta antes de involucrarse con ellos.

—El señor Picardi quiere su dinero, Danny. Y me ha encomendado encarecidamente que te lo haga saber.

Pat se levantó despacio, sin apartar su oscura mirada de él. Danny notó una gota de sudor bajar por su espalda en un agónico y lento descenso.

—Tendré el dinero, Pat. De veras que lo tendré —contestó, sintiendo la boca seca y la lengua como un estropajo.

Pat anduvo hacia Danny despacio, casi con parsimonia, sin dejar de mirarlo con ojos entornados.

—Eso espero. Verás, hoy me siento muy generoso y normalmente doy un mes para que me paguen las deudas —le dijo mientras apoyaba una mano sobre el hombro de Danny y ejercía una suave presión. Acercó su rostro al de Danny, quedando su boca a tan sólo unos centímetros de la oreja—. Pero como te digo, hoy estoy magnánimo y te daré dos semanas. Ni una más ni una menos.

La mano del hombre se cerró en torno a su hombro como una garra, apretando con fuerza. Danny sintió un dolor que le entumecía los músculos.

Las gotas de sudor que habían aparecido en su frente comenzaron a resbalar por su rostro. Miró a Pat de nuevo y éste acercó su cara a la de Danny. Sentía el aliento del hombre en su oreja y cerró los ojos, creyendo que así desaparecería. Un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—Recuerda, Danny: dos semanas. O ya sabes qué pasará contigo.

Y le estampó un sonoro beso en la mejilla.

El gesto cogió a Danny por sorpresa y sintió cómo sus pies se anclaban al entarimado del suelo, a la vez que un asco terrible le oprimía el estómago y le subía por la garganta. Pat se separó lentamente de él sin dejar de mirarlo. Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta de salida tan despacio que, a Danny, aquella distancia le pareció eterna.

—Dos semanas. Quiero el dinero dentro de dos semanas. Y no te molestes en cambiar de lugar. Te encontraría igual.

Abrió la puerta, la cruzó y se detuvo en el pasillo, girándose.

—Ah, Danny. Aféitate ¿quieres? Das un poco de pena. Y la pizza se te enfría. Es

de pimientos. Exquisita.

Danny se quedó parado viendo cómo Pat abría la puerta y desaparecía por el pasillo con paso lento y tranquilo, silbando despreocupado una desconocida melodía.

Tardó unos segundos en reponerse de la súbita aparición de Pat, para después cerrar la puerta con un enérgico empujón. A duras penas llegó hasta el sofá y se dejó caer pesadamente. Se pasó las manos por la cara, respirando con dificultad.

Siempre había sabido que debía saldar aquella deuda con Picardi y para eso estaba en Washington, para conseguir el dinero. Lo que no había imaginado era que ellos aparecerían antes para ponerle una fecha límite para reunir toda esa cantidad. Debió haberlo pensado mejor cuando fue hasta Angelo Picardi y le ofreció lo que él creía era un negocio seguro.

En realidad había sido un negocio seguro, pero él se había gastado las ganancias en las salas de juego y en burdeles y cuando se quiso dar cuenta, apenas le quedaban dos mil dólares. Salió a toda velocidad de Boston y fue entonces cuando pensó en Paige.

Ahora ella se le antojaba su única salvación y aunque no quisiera tendría que ayudarlo. Aquella mujer constituía la diferencia entre seguir viviendo o acabar como comida de los peces en el Potomac.

Debía de dejarse de contemplaciones y de seguir jugando con Paige. Debía hacerle saber lo que quería y al diablo con lo que dijera. Su estómago rugió y, con un manotazo, abrió la caja de la pizza y separó una porción.

Mientras esperaba a que el ascensor llegara a la planta donde estaba la oficina que compartían Jake Mensfield y Paige Hunter, el breve camino se le hizo eterno. Gran contuvo una pequeña risa que intentó aflorar a sus labios. Había estado ensayando cómo podía invitar a Paige a aquel recital, y todas y cada una de las frases que había compuesto le parecían estúpidas.

Hacía más de veinticinco años que no se veía en aquella situación y por aquel entonces siempre era Darren el que se ganaba a la chica. Él se limitaba a balbucear y a ponerse nervioso, con lo que la chica terminaba eligiendo al más elocuente de los hermanos Grant, y casi nunca era él. El ascensor llegó a su destino y Grant salió.

Los pasillos estaban prácticamente desiertos a esa hora, la hora del almuerzo. Se detuvo a medio camino. Tal vez ella tampoco hubiese regresado. Pensó en darse la vuelta y regresar a su despacho. Pero, en lugar de ello, continuó andando. No iba a

poder seguir trabajando si no daba el paso y se lo decía. No podía tenerlo rondando por su mente mucho tiempo o se volvería loco.

Cuando llegó a la oficina de Paige, la puerta estaba entreabierta y salía luz del interior. Grant miró por la rendija que quedaba y entonces la vio. Allí estaba ella, enfrascada en la lectura de algo que acaparaba toda su atención.

No lo había oído llegar y Grant se permitió esos segundos para poder admirarla. Notó una punzada de nerviosismo en la boca del estómago y se sintió ridículo por hacer aquello. Paige tenía un mechón de pelo recogido tras una oreja, dejando que otro cayera libremente al otro lado de la cara. La luz del escritorio la iluminaba de lleno y arrancaba reflejos rojizos a sus cabellos. Tenía un codo descansando sobre la mesa y apoyaba en la mano su mejilla. Sin dejar de prestarle atención a lo que tenía ante ella, Paige buscó a tientas el sándwich que tenía a su derecha y dio un pequeño bocado para volver a dejarlo en el mismo lugar. Se fijó en cómo, con sumo cuidado, Paige se quitaba las posibles migas de pan que se le hubieran quedado en la comisura de los labios.

Aquel gesto por parte de Paige hizo que no pudiera apartar su mirada de los labios de ella. No llevaba carmín y el color rosado que lucían sus labios parecía ser natural. Eran plenos, tersos y suaves, y Grant se descubrió pensando cómo sería saborear aquellos labios. Estar allí era un error, una auténtica locura, y era mejor dejarlo antes de que fuera demasiado tarde. «Sí, aún estás a tiempo de marcharme. Antes de que hagas el ridículo», pensó, apretando los dientes. Inconscientemente, tomó el pomo de la puerta para cerrarla un poco más y ésta chirrió. Grant se maldijo en silencio.

Vio cómo Paige levantaba la cabeza de inmediato para clavar la mirada en él. — Señor —lo saludó con una fugaz sonrisa.

«Ahora sí que es tarde», pensó. Con reticencia, Grant terminó de abrir la puerta y pasó al interior.

—Señorita Hunter.

Despacio, Paige cerró el dossier que hasta esos momentos había estado leyendo y clavó su mirada en él. Aquellos ojos no se lo ponían nada fácil. Si ella continuaba mirándolo de esa manera, sabía que terminaría poniéndose en ridículo.

—¿Deseaba algo, señor? —le preguntó con suavidad.

El nerviosismo, lejos de desaparecer, se agudizó más. Tenía que admitir que se había sentido decepcionado cuando ella le llamó de manera formal. Pero, ¿qué había

esperado? ¿Que ella le hubiera llamado por su nombre en lugar de usar el formalismo propio de la empresa? Sin duda alguna, hablar con su hermano le había reblandecido el cerebro.

—¿No está el señor Mensfield? —se sorprendió a sí mismo preguntando por su compañero.

No estaba muy seguro, pero le pareció advertir una ligera expresión de decepción en el bello rostro de la mujer. Paige negó con la cabeza.

—Ha salido y, para ser sincera, no sé cuándo regresará.

En realidad, a él le daba igual si Mensfield regresaba o no. Más aún: prefería que no lo hiciera.

—¿Deseaba hablar con él? —preguntó Paige, mirándolo con una sonrisa dibujada en su rostro y él se apresuró a negar con convicción.

—A decir verdad, era contigo con quien quería hablar —le respondió sin saber bien cómo había logrado encontrar las palabras.

Vio cómo la expresión en el rostro de Paige cambiaba ante sus ojos. Ella parpadeó varias veces antes de levantarse y rodear la mesa para quedar parada delante de él. Grant hubiese jurado que su corazón, que segundos antes latía como loco en su pecho, se había detenido.

—Bien, tú dirás —lo instó ella, dejando también a un lado los formalismos.

Por un lado, Grant quería seguir mirando a Paige y que ella continuara haciéndolo de aquella manera en que lo hacía, como si quisiese leer en su interior. Pero, por otra parte, si continuaba así, temía que jamás le diría lo que lo había llevado hasta allí. A regañadientes, paseó la vista por la habitación antes de que recalar de nuevo en ella. Los ojos de Paige seguían fijos en él, con una muda pregunta dibujada en ellos. Cuando los dejó atrás para fijar la mirada en sus labios, Grant se sintió perdido.

—Me preguntaba si...

Antes de que hubiese completado la frase, la puerta se abrió con ímpetu y Jake Mensfield apareció por ella, con paso decidido.

—Ah, está usted aquí. Buenas tardes, señor. Paige —dijo Jake, saludándolos a ambos efusivamente. Grant se giró hacia él como si le hubiesen pinchado con una aguja.

—Señor Mensfield —lo saludó Grant. Los ojos de Paige seguían clavados en él y sólo le dedicó a su compañero un simple cabeceo a modo de saludo.

—¿Algún problema, señor? —preguntó Jake con entusiasmo y una enorme sonrisa.

Grant sintió que toda su resolución se había evaporado. Miró a Jake y pensó que, tal vez, aquel era un gran día para el hombre. Pero no podía decir lo mismo del suyo.

—No, ya me marchaba, señor Mensfield.

Grant pospuso todo lo que pudo el retirar su mirada de los ojos de ella. Se sentía atrapado en ellos. Tomó aire antes de obligarse a dar un paso atrás, rompiendo el lazo invisible que se había tejido entre ambos.

—No les entretengo más. Buenas tardes.

Y salió de la oficina con paso rápido.

Dentro de la oficina, Paige bajó la cabeza sintiéndose extrañamente desilusionada.

—¿Qué quería Grant? —preguntó Jake mientras se quitaba la chaqueta, soltándola sobre una silla. Ella alzó la vista y permaneció unos segundos más en el mismo sitio.

—Vino a... preguntar si podemos ocuparnos de un nuevo expediente que ha surgido —le contestó en voz baja. Era una mentira descarada, pero no le causaba ningún remordimiento. Al fin y al cabo, sólo sabía que Grant había ido allí a hablar con ella, pero ese detalle no era de la incumbencia de su compañero. Jake se encogió de hombros.

—Bueno, si es algo importante, volverá. O nos llamará.

Paige se mordió el labio inferior y asintió sin convicción.

«Algo importante», pensó.

—Por cierto, ¿quieres saber qué he averiguado sobre aquel incidente en la residencia de Ian Palmer?

Oyó a su compañero, pero la información no pareció llegar a su cerebro. Paige no le contestó.

—¿Paige?

La voz de Jake le sacó de su ensimismamiento. Abrió desmesuradamente los ojos y lo miró como si, en ese mismo momento, lo hubiera visto allí por primera vez.

—¿Qué decías?

Jake la miró un poco molesto.

—Ian Palmer. El tipo del incendio en la buhardilla. ¿Lo recuerdas?

Ella pareció considerar la pregunta y al instante asintió.

—Sí, sí, claro. Pero prefiero que me refresques la memoria.

Paige no recordaba a nadie llamado Palmer y tampoco ningún siniestro que hubiera ocurrido en una buhardilla. Diciendo a su compañero que se lo recordara, Paige se garantizaba al menos cinco minutos de charla incesante por parte de Jake; algo de tiempo para intentar poner en orden sus pensamientos, que nada tenían que ver con el caso Palmer, o como se llamara, sino con la persona que viajaba en aquellos momentos en el ascensor.

Sabía que Jake había comenzado a hablar, pero ella sólo lo veía mover los labios. Asintió con un gesto mecánico para asegurarse de que él continuaría con el relato mientras ella se dirigía hacia su mesa con paso lento.

Toda la mañana había estado intentando concentrarse en su trabajo, pero sin mucho éxito. Las frases y las palabras carecían de sentido para ella y tenía que leerlas una y otra vez para saber qué decían. Por eso se había quedado allí a comerse su sándwich.

Su mente, la misma que se negaba a retener ninguna palabra del informe, se había empeñado en recordar algunos momentos de los últimos días, sobre todo aquellos en los que había coincidido con Jason Grant. ¿Por qué demonios todo eso volvía a su cabeza una y otra vez?

Entonces fue cuando lo había visto, apostado en su puerta, como si lo hubiese conjurado con su propia mente, y el corazón se le había subido a la garganta. Había olvidado el informe que estaba leyendo cuando él la había mirado con aquellos ojos azules que parecían querer asomarse dentro de ella. No tenía ni idea de cómo sus rodillas habían soportado su peso cuando se levantó tras decirle que quería hablar con ella. *Contigo.*

Jake. Aún seguía hablando y ella continuaba sin escucharlo. Giró la cabeza para mirar a su compañero, que seguía inmerso en explicarle los pormenores de sus averiguaciones. Tal vez si Jake no hubiera aparecido en aquel momento, Grant le hubiera dicho lo que lo había llevado hasta allí. Maldijo por lo bajo el sentido de la oportunidad de su compañero.

Paige cerró los ojos y se pasó la mano por el rostro. Cuanto antes admitiera que estaba comenzando a sentir algo por Jason Grant, —y no precisamente admiración profesional—, mejor sería. Aquello no iba por buen camino. Tiempo atrás había resuelto que jamás volvería a enamorarse. En su vida, los hombres sólo le habían traído problemas, y había optado por vivir su vida sola y sin nadie más que pudiera recriminarle sus acciones o su manera de ser. Pero aunque esa vida le gustaba y nadie

le decía cuándo entrar o salir, tampoco había nadie que la reconfortara, ni le diera ánimo en los tiempos difíciles, ni había nadie que la pudiese abrazar. Eso sí lo echaba en falta.

Y conocer a Maddie y Darren Grant le había hecho darse cuenta de que, al igual que le había ido mal al elegir a una persona a la que amar, había otras que sí lo habían hecho bien. Ellos eran una pareja encantadora, que llevaban juntos muchos años y a los cuales el tiempo no había hecho sino unirlos más.

Recordó a Darren, que carecía de la gravedad y del semblante serio que parecía engalanar a su jefe. Darren era mucho más abierto y espontáneo, más accesible. Aunque algo le decía que esas mismas cualidades yacían dormidas dentro de su jefe, enterradas bajo una armadura de fortaleza y determinación adquiridas a lo largo de los años. Ella había podido vislumbrarlas en aquellas ocasiones en las que él le había sonreído.

«¡Por el amor de Dios, Paige, te has enamorado de tu jefe!»

De repente, se sintió feliz. Miró por el rabillo del ojo a su compañero y dio gracias en silencio al cielo porque él seguía hablando y hojeando unos papeles a la vez. Porque, de haberla mirado, habría visto la enorme sonrisa que ella lucía en esos momentos.

Admitir que estaba enamorada de su jefe le hacía ver las cosas bajo otra perspectiva. Hacía casi dos semanas que había comenzado a preguntarse qué era lo que le estaba ocurriendo y la respuesta había estado al alcance de la mano. Volvió a sonreír, tanto que comenzaron a dolerle las mejillas. No se sentía así desde... ni sabía cuándo.

La gran pregunta ahora era: ¿qué iba a hacer? Siempre se había considerado una mujer decidida, que luchaba por lo que quería. No sabía si Grant sentía algo por ella, pero no iba a quedarse de brazos cruzados mientras esperaba. Él había ido allí para decirle algo y ella no iba a permanecer aguardando a que volviera. Jugaría sus cartas y se encomendaría a cualquier deidad que quisiera escucharla para no hacer el más absoluto y completo de los ridículos.

—¿Y bien?

Paige giró la cabeza hacia Jake con un rápido movimiento. Él la miraba con los ojos medio entornados.

—¿Cómo dices? —preguntó Paige.

Jake se inclinó hacia adelante sobre su mesa, reduciendo la distancia que existía entre ambos.

—Paige, ¿has escuchado algo de lo que te he contado? Porque, la verdad, parece que estás en otro lugar.

—¡Claro que te he escuchado, Jake! Has hecho un buen trabajo. Pero si no te importa, he de finalizar este informe para llevárselo a Grant y poder marcharme a casa.

No le dio oportunidad de replicar su decisión; se giró en su silla, dándole la espalda para ponerse de inmediato a trabajar.

Poco antes de las cinco de la tarde, Paige tenía el informe concluido. Por supuesto, la presentación ante Grant bien podía esperar al día siguiente, pero temía que su recién tomada decisión se esfumara si aguardaba hasta entonces. Se aseguró de que todo estaba en orden releyéndolo por última vez. Imprimió el documento y lo firmó, metiéndolo en el interior de un dossier. Al levantarse sintió los músculos entumecidos de todo el día pero poco le importó. Se dirigió hacia el perchero y descolgó su abrigo.

—¿Ya has terminado? —le preguntó Jake.

Ella terminó de colocarse la prenda y asintió con vigorosidad.

—Sí. Y aún debo entregar esto —dijo mientras ondeaba los papeles frente a Jake—. Así que no se te ocurra decirme que te ayude en algo.

Él levantó los brazos ante su rostro como si se estuviera protegiendo de Paige.

—Vale, vale. Se diría que hoy tienes prisa por terminar, ¿no?

Paige sonrió para sí.

—¿Prisa? ¿Por qué iba a tener prisa? Nos vemos mañana, Jake.

Antes de que pudiera abandonar la oficina, el teléfono sonó y ella se detuvo bajo el dintel de la puerta para saber quién llamaba. Jake contestó cuando sonó el segundo timbre.

—Jake Mensfield —respondió con profesionalidad, mientras despedía a Paige con la mano—. Eh, sí. Un momento. Es Grant. Quiere hablar contigo —lo oyó decir separándose el auricular del oído mientras tapaba el micrófono con una mano.

Tal y como lo hiciera cuando Grant apareció en la oficina en persona, el estómago

de Paige se sacudió nervioso. Ella parpadeó ante tan inesperada frase y se apresuró a tomar el teléfono que Jake le tendía.

—¿Sí? —respondió y, hasta para sus propios oídos, su voz sonó demasiado aguda. Y nerviosa.

—Señorita Hunter, ¿podría subir a mi despacho cuando le sea posible, por favor? —oyó decir a Grant al otro lado de la línea.

Paige se dio cuenta que había afirmado con la cabeza antes de contestarle. Vio que Jake la observaba con interés.

—Sí, señor. Estaba a punto de ir a entregarle el informe de... —se detuvo antes de concluir. «¿El informe de quién, Paige?». Ni se acordaba.

Por unos instantes creyó que Grant se había quedado sin palabras y eso la hizo sonreír. Al menos, subiría hasta su despacho sin el temor a que él no estuviese.

—La espero entonces. —Y oyó el click de haberse cortado la llamada.

Jake la miró con atención.

—¿Y bien?

Paige se dirigió de nuevo hacia la puerta una vez que hubo depositado el auricular del teléfono en su lugar.

—Nada. Voy a llevarle esto a Grant.

—Sí, será lo mejor. Debe de estar muy interesado en ese informe como para que te lo reclame tan urgentemente.

La afirmación de Jake le hizo pensar «Espero que no sea el informe lo que le interesa», se preguntó y esperó tener pronto la respuesta.

Paige llegó a la oficina de la secretaria de Grant en el mismo momento en que la puerta que comunicaba con el despacho del hombre se abría con ímpetu. Paige se detuvo al ver a su jefe aún con el pomo en la mano y mirándola fijamente.

—Señorita Hunter, puede pasar.

Sintió cómo un intenso rubor le coloreaba las mejillas y casi tuvo que ordenarles a sus pies que se pusieran en marcha. Saludó a su jefe con un contenido cabeceo y pasó por delante de él hacia el interior del despacho.

Una vez en el interior, Paige anduvo hasta el escritorio y escuchó cómo la puerta se cerraba. Se giró para ver a Grant, aún apostado junto a la entrada, observándola. Y ya

no pudo deshacer el intenso vínculo que se estableció entre las miradas de ambos. Por unos instantes, permanecieron callados.

Sólo cuando Grant desvió la mirada y se encaminó hacia ella, Paige se dio cuenta de que llevaba el dossier con el informe fuertemente agarrado, como si se tratara de una cuerda de la que pendía su salvación.

—El informe del caso. Ya está concluido, señor —le dijo y se lo tendió, esperando que él lo tomara de su mano.

Grant recogió el legajo de papeles y lo depositó sobre la mesa, sin tan siquiera demorarse en ver de qué se trataba. Descansó el peso de su cuerpo contra el borde de la mesa, apoyando las manos a ambos lados de sus caderas. Paige lo vio bajar la cabeza, como si de repente encontrase muy interesantes los zapatos que llevaba.

—Paige...

Involuntariamente, Paige contuvo la respiración cuando lo escuchó llamarla por su nombre de pila y no por el formal «señorita Hunter». Le hubiese gustado haber tomado asiento pues sintió las rodillas flaquear un poco. Se pasó la punta de lengua por el labio inferior y asintió antes de responderle.

—Dime.

Cuando Grant levantó el rostro, Paige pudo apreciar un sutil pulso en su mandíbula fruto de la tensión. Se acercó un paso hacia él, preocupada.

—¿Ocurre algo?

Su jefe se apresuró a negar con la cabeza.

—No, no. —Se pasó la mano por la nuca, despeinándose un poco. El hombre pareció tomar aire antes de fijar sus ojos en ella—. Me preguntaba si te gustaría asistir conmigo a un recital de jazz.

La petición la tomó completamente por sorpresa. Abrió los ojos de manera desmesurada, sin saber qué responder. Grant debió darse cuenta de su reacción y se irguió, adoptando una actitud tranquilizadora.

—Entenderé que creas que es inapropiado. No pasa nada si no...

Paige levantó ambas manos delante de ella, ondeándolas a un lado y a otro.

—No, no. No he querido... no he dicho nada de eso.

Grant entornó la mirada y ella se aventuró a continuar.

—Me ha tomado por sorpresa, eso es todo. No me esperaba la... invitación.

Grant asintió con aire grave.

—Darren tiene unas entradas para un recital de jazz este próximo sábado y no se siente con fuerzas aún como para pasar una velada fuera de casa. Me ha sugerido que me las quede yo. Y... y no me gustaría ir solo.

Ella parpadeó y elevó las cejas ante su sugerencia. Se mentiría a sí misma si no reconociera que había pasado más tiempo del que le gustaría admitir imaginando situaciones similares durante los últimos días. Ahora, él le allanaba el camino de aquella forma.

—¿Para eso fuiste hasta mi oficina esta tarde? —le preguntó en voz baja, entornando la mirada.

Grant asintió sin dudar.

—Pero si no te gusta el jazz o no te apetece... Sé que es un tanto inusual que...

—Un jefe invite a uno de sus subordinados. Lo sé —dijo Paige concluyendo la frase por él. Su jefe se lo confirmó con un simple cabeceo.

—Pero sería una lástima que esas entradas se desperdiciasen.

—Sí que lo sería. —Paige se colocó un mechón de pelo rebelde detrás de una oreja con un simple y coqueto gesto—. Me gusta el jazz y me encantará ir contigo.

Por el rostro de Grant cruzaron varias expresiones, una tras otra, hasta que terminó mostrándole una amplia sonrisa que le hizo parecer más joven. Paige sintió cómo su cuerpo se aflojaba.

Grant metió las manos en los bolsillos de sus pantalones y miró hacia el suelo.

—Bien. Supongo que por una vez, dejar las normas a un lado merece la pena si la música es buena, ¿no te parece? Además, a Darren le volvería a dar un ataque al corazón si supiese que se van a desperdiciar esas entradas. —Y alzó los ojos hacia ella con un brillo travieso en ellos.

Paige pensó que, tal vez, a la que le iba a dar un ataque al corazón sería a ella si Grant no dejaba de mirarla de aquella manera. Su lenguaje corporal había cambiado por completo, relajándose tras aquella pequeña broma. Una enorme sonrisa apareció en los labios de Paige.

—No, no podemos permitir eso, por supuesto —le contestó negando con fingida seriedad.

Ambos se miraron y sonrieron a la vez.

«No, definitivamente esto no va a acabar bien si sigue sonriendo así. Al menos no para mí», pensó Paige, notando que su corazón había decidido que era hora de

golpearle en el pecho sin piedad.

Con desgana, Paige se obligó a mirar hacia otro lado, pero la sonrisa en sus labios permaneció inalterable.

—Puedes decirle que no tiene que temer que se desperdicien. ¿Así se quedará más tranquilo?

Grant asintió.

—Eso creo —lo oyó contestar. Regresó la mirada hacia él. Jason no se había movido del lugar en que se colocara cuando ella entró en el despacho. Paige apretó los labios con un gesto simpático.

—No quiero tener la culpa de una posible recaída.

Oyó cómo él ahogaba una risa.

—No, claro que no.

Paige creyó que se había quedado pegada al suelo que había bajo sus pies porque era incapaz de moverse de aquel lugar. No fue capaz ni cuando su jefe se acercó hasta ella, quedando a un par de pasos de distancia.

—Me alegra que te parezca bien. Estaba...

Ella entornó la mirada pero sin que la sonrisa abandonara en ningún momento su rostro.

—¿Preocupado por la posibilidad de ponerme en una situación incómoda?

Su jefe se encogió de hombros de manera casual.

—Algo así.

—No hay nada de lo que preocuparse —le respondió ella al instante, casi sin pensarlo.

Grant dio un nuevo paso hacia ella y ella deseó que no se notase que se había quedado sin respiración al verlo pararse aún más cerca.

—Entonces, muy bien —dijo él.

Y por unos momentos ambos se quedaron en silencio, sin saber qué decir. Paige miró hacia su derecha y luego hacia su izquierda, sin ninguna prisa. Tomó aire y levantó las manos delante de ella.

—Tengo que irme —le dijo, dando un par de pasos de espaldas, en dirección hacia la puerta, pero sin que sus ojos se apartaran de él. Grant asintió, despacio.

Antes de girarse para abandonar el lugar, Paige se detuvo.

—Entonces ¿cuándo es el recital? —le preguntó.

—El próximo sábado, a las diez y media de la noche —respondió Grant.

Ella hizo una mueca de contrariedad con el rostro y hundió la cabeza sobre sus hombros.

—Vaya.

El hombre dio un paso hacia ella.

—¿Algún problema?

—Bueno —contestó ella, buscando rápidamente una solución—, supongo que ninguno que no pueda arreglar cogiendo un taxi. El viernes por la tarde he de dejar el coche en el taller. Han de cambiarle la batería y arreglarle no sé qué más.

—Puedo pasar a recogerte, si no tienes inconveniente.

No había sido su intención que él se ofreciera a ir a buscarla pero, de repente, la idea le pareció muy atractiva.

—No quiero importunarte. Puedo ir en taxi.

Grant negó con vehemencia.

—No me importa en absoluto. Más aún: insisto —le contestó Jason con un tono de voz más bajo que se introdujo por los oídos de Paige como un bálsamo.

Paige le sonrió y asintió.

—De acuerdo.

Miró a Grant, recreándose en su rostro; en sus ojos fijos en ella, en sus labios que formaban una línea no tan dura como solía serlo, y en su mandíbula afeitada y firme. Y Paige supuso que aquel era el momento indicado para marcharse si no quería que sus rodillas volviesen a temblar por oír de nuevo su voz en aquel tono.

—Ahora sí que he de marcharme —se justificó Paige, más a sus propios oídos que ante Grant. Tal vez se equivocaba, pero creyó ver en el rostro del hombre una mueca de contrariedad.

Paige se giró para encaminarse hacia la puerta, dejando atrás a Jason aunque podía sentir su mirada clavada en ella. Sintió a su estómago encogerse ante la idea de que tenía una cita con su jefe para el sábado siguiente.

CAPITULO 11

—Jake, ¿seguro que debo comenzar con esto? —le preguntó Paige con voz cansada y casi sin respiración.

Tras pensárselo durante la noche, Paige accedió a ir con Jake al gimnasio al que él acudía e inscribirse. El local estaba ubicado cerca de la Torre Barret y allí iban muchos oficinistas y administrativos de las empresas de la zona, inclusive de la *Barret & Giles*. El *Four Seasons* era un gimnasio de moda, en el que predominaba la amplitud de espacios y la luminosidad. La gran recepción estaba presidida por un enorme mostrador tras el cual estaba ubicada una mujer que no tendría más de veinticinco años, sutilmente maquillada y vistiendo uno de los caros atuendos deportivos que se podían adquirir en la boutique que existía dentro del gimnasio.

Amablemente, Rhonda, que así se llamaba la chica, le tendió el formulario de admisión que Paige relleno con presteza. Mientras ella escribía sus datos, Jake, que la había acompañado, se dedicó a mantener una intrascendente y risueña conversación con la recepcionista. Paige miró a su compañero de soslayo. Con aquellos ojos verdes y aquella cautivadora sonrisa, Jake era el prototipo del hombre perfecto y él lo sabía demasiado bien. Vio a la mujer obnubilada con la atención que él le prestaba y a la que ella correspondía con una sonrisilla embelesada.

Después de entregar la inscripción, Paige siguió a Jake hasta una de las salas. Las dimensiones la sorprendieron. Allí había una gran cantidad de máquinas, muchas de las cuales no sabía ni que existieran. Bicicletas estáticas, bancos de abdominales, cintas andadoras... se alineaban en grupos y prácticamente todas estaban ocupadas a aquella hora, la preferida por la mayoría de los oficinistas de la zona. Uno de los dos monitores que estaban a cargo de la sala de musculación le facilitó una tabla de ejercicios, dejándola luego al cuidado de Jake para que la fuera guiando hasta que él tuviera ocasión de atenderla debidamente.

Tras un breve calentamiento, Jake la colocó en una extraña máquina cuyo nombre Paige desconocía. Pero de inmediato pensó que bien podía haber sido inventada por la Inquisición española. Aquello era un instrumento de tortura en toda regla. Era un banco forrado con cuero negro de un metro de longitud y que no levantaba más de sesenta centímetros del suelo. Extendió su toalla sobre él y se colocó tendida de

espaldas. Suspendida sobre su cabeza tenía una barra de acero inoxidable a la cual Jake le acopló a ambos extremos unos discos que, a juicio de Paige, debían de pesar media tonelada.

—No seas quejica. Sólo te he puesto un kilo en cada peso.

—¿Sólo dos kilos? —dijo Paige con incredulidad, y casi sin resuello, mientras atraía la barra de nuevo hacia ella—. Jake, no necesito esto, de veras que no.

El hombre estaba arrodillado justo a su lado, asegurándose de que ella colocara bien la espalda, los brazos y las piernas.

—Tú no, pero tus brazos sí. Eres una enclenque.

—Repíteme eso cuando estemos fuera de aquí —le respondió apretando los dientes y notando que las primeras gotas de sudor resbalaban por su sien derecha.

Jake sostuvo la barra sobre su cabeza, miró hacia abajo y le sonrió.

—Ves, has podido.

Ella suspiró dejando caer a ambos lados sus cansados brazos.

—En serio, creo que esto es demasiado para mi primer día. Mañana no me podré mover.

—Claro que podrás. Verás las estrellas y te dolerá, pero podrás moverte.

Su compañero tomó de nuevo la barra que descansaba sobre los estribos y la colocó sobre las manos de Paige.

—Venga, una serie más.

—¡Jake! No puedo...

Pero él ya le había depositado el frío metal sobre las palmas húmedas de las manos y ella flexionó los codos, entre resoplidos.

—Seis... siete y... ocho, ¡listo!

Le temblaban los brazos. Notaba el sudor correr por todo su cuerpo haciendo que la camiseta de fino algodón se quedara pegada a su espalda, y entonces comprendió la razón de la toalla.

—Estoy cansada, Jake. ¿Podemos dejarlo ya? —dijo mientras intentaba encontrar las fuerzas necesarias para incorporarse de aquel potro de tortura.

Vio a Jake reírse de buena gana mientras ella aún permanecía acostada. Sonrió ante su lastimoso estado. De repente, Jake dejó de reír y saludó a alguien con un gesto de cabeza. Paige estaba segura de que era otra de las múltiples amigas de su compañero y no le dio la mayor importancia hasta que escuchó su voz.

—Buenas tardes a los dos.

Aunque segundos antes se había estado quejando de los espasmos de sus doloridos músculos, no fueron impedimento para que Paige se levantara de la máquina como accionada por un resorte para encontrarse frente a frente con Jason Grant.

El hombre, al igual que ella y que Jake, vestía con prendas deportivas: una sencilla camiseta blanca y un pantalón corto que permitían contemplar la bien definida musculatura de sus piernas. Sobre los hombros descansaba una toalla.

Paige sintió cómo la garganta se le secaba y cómo enrojecía hasta la raíz de sus cabellos.

—Señor —saludó formalmente Jake.

El hombre sonrió y dirigió su mirada hacia Paige.

—Señorita Hunter.

Y ella deseó que el suelo se abriera bajo sus pies si aquel hombre no dejaba de mirarla de aquella manera.

Fue inútil intentar articular palabra así que le respondió con un simple gesto que Grant correspondió.

—Los veré esta tarde —dijo sin apartar sus ojos de ella, apenas sonriendo, como si la frase hubiera sido dicha sólo para ella. Paige fue incapaz de dejar de mirarlo.

Lo vio partir con un andar ágil, abandonando la sala por una gran puerta que daba acceso directo a los vestuarios. Paige giró la cabeza hasta encontrar a su compañero de pie a su lado.

—No me dijiste que Grant acudía a este gimnasio —masculló Paige entre dientes. Si pudiera y tuviera fuerzas, mataría a su compañero de una manera lenta y dolorosa.

Jake se encogió casualmente de hombros.

—Te dije que mucha gente de la oficina venía a este local.

—Pero no que venía Grant.

Su compañero la miró entornando los párpados.

—Lo de mucha gente también vale para los jefes, ¿no te parece?

Paige desistió. Ella debía haber pensado que Grant podía ser alguno de aquellos a los que se refería su compañero. Sabía que al hombre le gustaba el deporte, pero jamás pensó que se encontraría cara a cara con él allí. Y mucho menos ese primer día. Maldijo su suerte. Al fin y al cabo, él era una de las razones fundamentales por las

cuales Paige había optado por mantener ocupados su tiempo y su mente.

Abrió el grifo del agua caliente y esperó a que el vapor le indicara que estaba en su punto. No se sentía muy orgullosa de que una simple hora de ejercicio la hubiera dejado tan cansada, pero también era cierto que llevaba mucho tiempo sin practicar ningún tipo de deporte.

Los vestuarios de aquel gimnasio eran soberbios. Olían a cloro y a limpio, y un montón de mullidas toallas, listas para ser usadas, se encontraban sobre el largo banco que cruzaba la habitación de un lado a otro. Metió la mano bajo el chorro de agua y comprobó la temperatura. Anhelante, se metió debajo.

Paige levantó el rostro y cientos de pequeñas gotas cayeron sobre él, arrastrando el sudor y mitigando inmediatamente parte del cansancio y del dolor de sus fatigados músculos. El vapor lo inundó todo.

La idea primordial de acudir al gimnasio era mantener ocupada su mente. En cambio, lo que había conseguido eran unas agujetas del tamaño del Obelisco a Washington y la vergüenza de que Grant la hubiese visto de aquella guisa.

Si algo había sacado en claro de aquella jornada era que su recién descubierta atracción por Jason Grant iba a darle más dolores de cabeza de los que ella había creído.

Un pequeño quejido salió de su garganta y se pasó la mano por el rostro, apartando el agua. Cuando él la invitó a aquel recital de jazz no había sabido negarse. ¿Qué podía tener de malo salir sólo un día con su jefe y pasarlo bien?, había pensado. Y ahí había comenzado su error. Inocentemente, había creído que aquello iba a ser algo fácil de manejar. Pero no lo era, no después de admitir ante sí misma que se estaba enamorando de él.

De todos los hombres de los cuales habría podido enamorarse, Grant era, sin lugar a dudas, el menos indicado. Era su jefe directo y eso hacía todo más difícil. Tal vez en cualquier otra empresa podría tener una oportunidad, pero no en *Barret & Giles*.

Y, además, estaba Jake.

«¿Y si Jake se entera?!», pensó con sorpresa. Jake era su mejor amigo, hasta podía decir que era el único. No recordaba la última vez que le había ocultado algo y hacerlo le remordía la conciencia. Siempre había podido contar con él, y detestaba no poder contarle aquello.

Por un segundo, lo mismo que tardó la espuma en desaparecer por el desagüe, pensó que podría excusarse con Grant y decirle que no podía ir a aquel recital. Pero su mente desechó la idea de inmediato. Le apetecía muchísimo, más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Dejaría que todo siguiera su curso, fuera cual fuese. No iba a poner ninguna objeción de antemano, así como tampoco iba a facilitar las cosas sobremanera. Se daría de plazo hasta el día del recital de jazz y si, después de eso, creía seguir enamorada de Grant, entonces comenzaría a preocuparse.

En los dos días siguientes, ni Grant ni Paige volvieron a hablar de la cita que habían acordado para ese mismo fin de semana. Parecía existir un acuerdo tácito entre ambos, a pesar de que ninguno de los dos había expresado su opinión al otro.

Las reuniones continuaron celebrándose y las vistas para los siniestros siguieron su rutina diaria. Nada ni nadie, ni aun el mismo Jake, podía decir que Paige Hunter y Jason Grant se verían fuera del horario laboral. Y Paige se cuidó mucho de que, especialmente Jake, se diera cuenta de nada. No hasta que ella misma supiera qué ocurriría.

Cada vez que debía acudir a alguna de las reuniones con su jefe, su estómago se dedicaba a martirizarla con pequeños saltitos que la ponían nerviosa sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo. Y cuando estaba ante él, era aún peor. Intentaba concentrarse, enfocar los papeles que tenía frente a sí, pero le era sumamente difícil. No veía más allá de un borrón de tinta sobre la superficie blanca de los folios. Lo peor llegaba cuando levantaba la vista y lo veía. Grant seguía manteniendo esa actitud tan profesional que lo caracterizaba. Miraba, estudiaba, revolvía, pedía explicaciones de lo que mostraban los informes. Era entonces cuando ella aprovechaba para poder mirarlo casi con descaro. Se fijaba en cómo se concentraba en lo que tenía ante él; cómo movía el bolígrafo entre sus dedos mientras tanto; cómo se quitaba y ponía las gafas que sólo necesitaba para leer. A menudo, él levantaba la cabeza y la miraba, por unos segundos, atrapando sus ojos con su mirada para luego continuar con su trabajo. En ese momento, Paige se sentía enrojecer de pies a cabeza y se movía inquieta en su asiento, deseando que la reunión terminase.

Quizá era mejor así, sin que ninguno de los dos dijera nada relacionado con su futura cita. De ese modo, Paige podía levantarse y despedirse cortésmente, para

marcharse sin mirar atrás.

A las cinco de la tarde del viernes Paige comenzó a preocuparse.

Grant no la había llamado ni le había dicho nada sobre el recital de jazz y Paige se preguntó si se habría olvidado de la cita del día siguiente.

Con ese sentimiento de haber perdido algo importante, se marchó a su casa.

El sábado por la mañana oyó el teléfono. Antes de descolgar miró la pantalla identificativa y leyó un número que no conocía. Descolgó despacio para contestar.

—Paige Hunter —respondió sin pensar, como si estuviese en su despacho. Paige arrugó la nariz; era la fuerza de la costumbre.

—¿Paige? Soy Jason Grant —escuchó decir al hombre al otro lado.

Paige no pudo reprimir la amplia sonrisa que afloró a sus labios.

—¡Hola!

Como si sus pies tuviesen vida propia, Paige se dirigió al sofá y se sentó en el borde.

—Tenía pensado hablar contigo ayer por la tarde para concretar lo del recital de jazz, pero estuve algo ajetreado. Y cuando pude hacerlo ya era demasiado tarde —le dijo Grant a modo de disculpa—. Porque, sigue en pie, ¿verdad? Si no es así, no pasa nada.

Paige asintió con firmeza como si él pudiese verla.

—Sí, por supuesto que sigue en pie —le contestó mordiéndose el labio inferior y componiendo una mueca. No quería parecer muy ansiosa, aunque en realidad lo estuviera.

Casi podía jurar haberlo escuchado soltar el aire de golpe, casi con alivio, al otro lado del teléfono. ¿O tal vez se lo había imaginado?

—Me alegro. ¿Te parece que pase a recogerte a las nueve? —le preguntó el hombre.

Asintió con vigor para contestar rápidamente.

—Sí, sí, claro. No hay problema.

Paige se imaginó a su jefe sonreír de aquella manera tan seductora, tal y como le había visto hacer con anterioridad, y una espontánea sonrisa apareció en su rostro.

—Entonces, esta noche a las nueve —le dijo él—. Hasta luego.

—Adiós —se despidió Paige.

La expresión de satisfacción en el rostro de Paige cuando colgó necesitó casi todo el día para desaparecer.

Paige tomó conciencia de que las horas habían pasado muy rápido cuando a las ocho estaba delante del armario, abierto de par en par, eligiendo qué ponerse. Había pensado escoger un atuendo sencillo, nada sofisticado. No quería que él tuviera la sensación de que ella se había preparado en exceso, pero estaba tan desacostumbrada a arreglarse para una cita que había olvidado cómo se hacía.

Paige fue pasando una a una las perchas, de un lado a otro, sin que ninguna de sus prendas le convenciera. Miraba y descartaba casi al mismo tiempo. Estaba comenzando a ponerse nerviosa cuando vio, al fondo del armario, el vestido rojo que le había regalado su hermana días atrás. Aún estaba metido dentro de la bolsa del establecimiento.

Cuando su hermana se lo regaló no tenía ni idea de que iba a tener tan pronto una oportunidad para lucirlo. Lo descolgó con cuidado y lo miró de arriba abajo. Le había gustado la primera vez que lo había visto; después, cuando se lo probó, le había gustado más aún, pero no estaba segura de que fuera una buena opción para una cita con su jefe. Tal vez era demasiado llamativo para aquella ocasión. El rojo resaltaba la palidez de sus hombros y de su pecho, y mostraba todas sus curvas sin llegar a ser escandaloso. Se desvistió y se lo puso por la cabeza.

La idea de estar de nuevo arreglándose para una cita la alegró, pese a que una vez decidió no volver a hacerlo. Se rectificó a sí misma. Lo que había decidido era no volver a enamorarse de ningún hombre, no que no podía salir con ninguno.

Le gustó su aspecto. Con una sonrisa en los labios fue hasta el joyero que tenía sobre el aparador, en busca de los pendientes. Regresó frente al espejo, y con una mano se recogió el pelo sobre la cabeza, sonriendo abiertamente. No iba a darle más vueltas al asunto. Se pondría aquel vestido.

A las nueve menos cuarto ya estaba preparada para su cita. Se había recogido el pelo en un moño alto, al cual se le escapaban mechones por la nuca y las mejillas, que le enmarcaban con suavidad el rostro.

Grant fue puntual y el timbre de su puerta sonó a la hora convenida. Sin quererlo, Paige dio un pequeño sobresalto. Se miró una vez más al espejo, recogió su abrigo a

la carrera y abrió la puerta mientras se lo abotonaba.

Allí estaba él, apostado en el pasillo, con las manos metidas en los bolsillos y una amplia sonrisa en su masculino rostro, que le hacía brillar los ojos. Vestía de manera similar a como ella lo había visto en la fiesta de su hermano, sin corbata. A Paige le agradó el cambio, le hacía parecer distinto, menos sobrio y más relajado, incluso algo más joven.

—Paige —la saludó utilizando su nombre de pila y ella le sonrió.

—Me gusta eso de dejar el «señorita Hunter» —contestó mientras hacía un gesto con la cabeza—. Jason.

—¿Estás lista?

Ella asintió con rapidez.

—Lista —dijo mientras cerraba la puerta tras de sí.

Grant hizo un gesto amplio con el brazo para que ella pasara delante de él.

El *Bet On Jazz Restaurant* estaba situado en el centro de Washington, cerca de Capitol Hill y del parque Franklin. La fachada estaba construida con majestuosos granito oscuro y dotada de una bellísima iluminación. Pero no era al restaurante a donde se dirigían sino al local anexo a éste, y que dependía del mismo. Muchas otras personas estaban esperando para entrar en él y ellos aguardaron su turno bajo la fría noche de Washington, charlando amistosamente.

Cuando entraron, Paige pensó que lo había hecho al Casino de Mundson, y que se encontraría cara a cara con Glenn Ford o con Rita Hayworth ataviada como en la película *Gilda*, cantando la versión más sugerente que ella jamás había escuchado de *Put the blame on Mame*.

La sala era grandiosa, de enormes proporciones, con techos altos, y decorada en blanco y negro. Mesas dispuestas en pisos de varias alturas que formaban terrazas, y con anchas escaleras centrales que rodeaban lo que parecía ser un escenario, en donde ya se encontraban los músicos. Las paredes estaban adornadas con bellísimas lámparas que ofrecían una exquisita luz ornamental a todo el espacio. Entre cada lámpara, grandes fotografías en blanco y negro de legendarios cantantes que habían hecho del jazz un estilo inigualable. Paige pudo reconocer entre ellos a algunos famosos. Todos ellos le sonreían en una instantánea parada en el tiempo. De fondo, Paige podía escuchar una suave melodía que anticipaba lo que iban a escuchar esa

noche.

Los acompañaron hasta su mesa en cuanto entraron. Siguieron al camarero, le entregaron sus abrigos y Paige se sentó. Grant tardó unos instantes en hacerlo, con una leve sonrisa en los labios. Se sentó junto a ella en el sofá situado tras la mesa. Otro camarero volvió justo antes de que las luces se desvanecieran y ambos pidieron algo de beber.

La sala quedó en penumbras. Paige se sentía eufórica. No recordaba cuánto tiempo había pasado desde que había acudido a un espectáculo así. Demasiado tiempo. Dejó la bebida que le habían traído minutos atrás en la mesa y giró su cabeza un poco hasta mirar a Grant, sentado a su lado. Sonrió. Si le hubiera dicho que no a aquella cita, se lo hubiera estado recriminando a sí misma el resto de su vida. Además, había sentido que no tenía otra opción. Había querido repetir la experiencia de estar con él fuera del trabajo y no le hubiera importado si, en lugar de un concierto de jazz, le hubiera dicho que acudirían a una carrera de camiones. El sonido de una trompeta le hizo girar la cabeza hacia donde se encontraban los músicos.

Un haz de luz iluminó a la mujer en medio del escenario, ataviada con un elegante vestido de lentejuelas que destellaba en infinidad de colores. Nada más escuchar los primeros acordes, el público comenzó a aplaudir, silenciando de repente cuando la mujer empezó a cantar. El rostro de Paige se aligeró en una amplia sonrisa.

El timbre de voz era espectacular y la interpretación de *Cheek to cheek* estaba siendo soberbia. Volvió de nuevo a mirar a Grant sentado junto a ella, su cuerpo casi rozando el suyo. Él la miraba, en apariencia ajeno al espectáculo del escenario, con aquellos ojos claros fijos en ella. Todos los altibajos que su estómago había padecido esa semana, habían desaparecido por completo. Se miraron durante un tiempo que a Paige se le antojó dolorosamente corto. Cuando él giró de nuevo la vista hacia el espectáculo, ella no tuvo más remedio que imitarlo y, reclinándose en su asiento, se dispuso a disfrutar de la música.

Una tras otra, las canciones se fueron sucediendo. Diversos intérpretes fueron ocupando el centro del escenario, dándose la réplica los unos a los otros. Las piezas que interpretaban eran pequeñas joyas del jazz, conocidas por todo el mundo. En más de una ocasión, Paige tocaba ligeramente la muñeca de Grant y, acercándose hasta su oído, le susurraba el título, en una especie de juego del que los dos disfrutaban.

Ambos se reían si ella se equivocaba en alguna. En ocasiones, y aprovechando el breve intermedio en el cual un artista le daba paso al siguiente, intercambiaban unas palabras. Siempre muy cerca uno del otro, tanto que casi se hablaban al oído, aunque no estuviera sonando la música en ese momento. Cada vez que se acercaba a él notaba la tibieza de su cuerpo, el aroma de su loción de afeitado mezclada con la inherente esencia masculina que hacía que Paige cerrara los ojos. Si había tenido alguna duda en cuanto a sus sentimientos por Grant, acababa de evaporarse. Estaba enamorada de él.

Pasaban diez minutos de las doce de la noche cuando uno de los artistas dio por finalizado el recital, anunciando que, a partir de ese momento, continuarían con algunas piezas para que el público pudiera bailar. La sala cambió de iluminación y comenzaron los acordes de una nueva melodía. Decenas de parejas no aguardaron ni un sólo instante más e invadieron la pista de baile, uniéndose a la música.

Paige miró a toda aquella gente y sonrió. El ambiente era agradable y la música, una maravilla para sus oídos. Tamborileó con sus dedos sobre la superficie de la mesa al compás de la melodía. Las parejas iban y venían de la pista. Unas se retiraban y otras se incorporaban.

—¿Te apetece algo más de beber? —escuchó decir a Grant. Volvió la cabeza hacia él y vio a su lado a un camarero. Negó con la cabeza sonriendo y el hombre se retiró con un cabeceo educado.

—Esto es estupendo —le dijo mientras volvía a mirar hacia la pista de baile. Ya le dolían las mejillas de tanto sonreír.

—Me alegra que te guste —respondió Grant, si apartar la mirada de ella.

Cuando giró la cabeza, encontró sus ojos y su sonrisa se hizo aún más amplia.

—Tengo que llamar a mi hermano y agradecerle las entradas.

Paige asintió con entusiasmo.

—Por favor, hazlo también de mi parte.

Los ojos de Grant no se apartaban de ella ni un instante. Ni ella quería que le hicieran. Estaba tan cerca de él que sería muy fácil acercarse solo un poco más y besarlo. Dirigió su mirada a la boca masculina y el nerviosismo que no había sentido en toda la noche regresó como por ensalmo.

—Creo que es hora de que nos marchemos —se oyó decir Paige, sin que las

palabras que había pronunciado pasaran antes por su cabeza. En realidad no quería marcharse; quería quedarse allí toda la noche, sentada a su lado.

El semblante de Grant se ensombreció ante sus ojos, visiblemente desilusionado. Se irguió en su asiento y se separó de ella unos centímetros. Paige gimió por lo bajo, desencantada. Sin duda, su frase lo había tomado por sorpresa. Como a ella misma.

—Muy bien —fue toda la respuesta del hombre.

Grant le permitió pasar delante de él para ascender por las escaleras centrales hasta el nivel superior. Antes de alcanzar el último rellano, el sonido de una aguda trompeta irrumpió en el ambiente. Paige se giró hacia el escenario, enfrentando a su jefe, un escalón más bajo que ella.

—*Sueña conmigo* —dijo mientras dejaba que una amplia sonrisa se dibujara en su rostro.

Grant la miró sin comprender, elevando un poco las cejas.

—¿Cómo dices?

Paige señaló hacia el escenario con un gesto de su barbilla.

—Esta canción. Es preciosa. —La trompeta dio paso a otros instrumentos. Él la miró.

—¿Quieres...? —Grant le tendió la mano y el azul de sus ojos fue aún más azul cuando le sonrió.

Paige vio su mano, ancha y firme, extendida hacia ella. Alargó la suya y la puso sobre la del hombre. Asintió con un simple movimiento de cabeza.

Bajaron las escaleras hasta la pista de baile, él delante de ella, con su mano aún entre la suya.

La cantante comenzó con la letra en el mismo momento en que ellos llegaron a la pista. Dejó su mano en la de Grant y apoyó la otra sobre su hombro. Sintió cómo el hombre le ceñía con suavidad su cintura, atrayéndola levemente hacia él pero manteniendo una distancia entre ambos cuerpos que le pareció insondable.

Paige mantuvo la cabeza gacha durante unos instantes, con todos sus sentidos puestos en su mano, en el calor que desprendía. Su robustez, así como la suavidad con la que la agarraba, eran hechos difíciles de ignorar. Tomó aire y levantó la cabeza.

Encontró los ojos de él fijos en ella y ya no pudo desprenderse de ellos.

—Mañana salgo hacia Chicago—. Las palabras se hacían un nudo en su garganta, pero necesitaba hablar y no pensar—. Tenemos pendiente un peritaje allí.

Grant no respondió, tan solo asintió con su cabeza y le acarició con su pulgar el dorso de la mano.

Aquella leve caricia viajó a través de su cuerpo a la velocidad de la luz, haciendo que un escalofrío recorriera su espina dorsal hasta llegar a la parte baja de su cabeza, y logrando que todos los poros de su piel se erizaran. Paige cerró los ojos y quiso dejarse llevar por la música y por la compañía.

Se movían al unísono, lenta, cadenciosamente. Los músculos del hombro de Grant estaban tensos bajo su palma. Paige deslizó su mano por él, acariciándolo, deseando que toda aquella tensión que sentía desapareciera. La mano del hombre seguía en su cintura, ciñéndola en un cálido y sensual gesto.

La respuesta a sus caricias no tardó en llegar y advirtió cómo Grant la atraía más hacia él. Redujo el poco espacio que los separaba y apoyó su sien contra la mandíbula del hombre.

—Estás preciosa con este vestido —le dijo al oído, mientras la mano que la sujetaba por la cintura subía un poco, hasta el límite de sus costillas, para luego volver a bajar y descansar en la curva de su cintura. Un escalofrío recorrió a Paige de arriba abajo. Había logrado volver a respirar cuando él continuó—: Siento ser poco original, pero lo estás.

Ella asintió aunque no estaba muy segura de que él lo hubiese podido ver.

—Es algo muy distinto a lo que suelo llevar a la oficina. Y no sabía si iba a ser apropiado para hoy —le confesó.

Notó el aliento cálido de Grant cerca de su oreja y la voz ronca.

—Es perfecto.

Por unos segundos, Paige dejó de escuchar la música y sólo fue consciente de la respiración de él, de cómo exhalaba por la nariz y le acariciaba la suave piel de su hombro. Buscó el contacto con su mandíbula, apoyando su rostro en ella y cerró los ojos, sintiendo los labios masculinos a escasos centímetros de su piel.

El antebrazo de Grant cubrió su cintura, pegándola a él todo lo que pudo. Continuaron moviéndose al ritmo lento de la música. Los labios de él rozaron con delicadeza su mejilla, de manera tentativa. Paige no se retiró; al contrario, giró el rostro hacia ellos, como si quisiera saber cuán suaves eran. Como si le hubiera leído el pensamiento, Grant depositó un beso en su pómulo, tan delicado y efímero que la dejó momentáneamente sin respiración. Se agarró con más fuerza al hombro

masculino, con su cuerpo pegado al de él, moviéndose en sintonía, sintiendo los músculos firmes bajo las yemas de sus dedos.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que la canción había terminado. Paige se resistía a abandonar sus brazos, y parecía que a él también le costaba dejarla marchar, a tenor de cómo su antebrazo se ceñía a su cintura, suave pero con firmeza. Un cantante sustituyó a otro y comenzaron con una nueva melodía, tan sugerente y armoniosa como la que habían acabado de bailar.

Paige estaba segura de que, si se hubiesen quedado a solas en la pista de baile, no lo habrían notado. No existía nadie más en aquel momento para ella que el hombre que la tenía entre sus brazos, rodeándola como si fuera una valiosa pieza de arte a la que debía proteger. Su corazón la golpeó con fuerza en el pecho y sintió que le faltaba el aire cuando los labios de Grant volvieron a acariciar su mejilla. Su mano bajó por su hombro, agarrándose a él. Podía sentir su aliento cálido en la piel de su rostro, en el lóbulo de su oreja... Con un leve movimiento giró la cabeza y los labios de él volvieron a besarla en el pómulos, tal y como había hecho unos minutos atrás. Solo que en ese instante, se demoró más que la primera vez.

Cuando Paige consiguió que la sangre volviese a llegar a su cerebro no tenía ni idea de cuántas canciones había tocado la banda.

Abrió los ojos cuando los últimos acordes de una canción murieron en el aire de la sala. Se separó de él con desgana, sin apartar su mano de su hombro, con el corazón martilleándole con fuerza en el pecho y rezándole al cielo para que sus rodillas la sostuvieran. Se pasó la punta de la lengua por los labios resecaos y compuso una sonrisa.

—Gracias por el baile —dijo casi con un susurro. La mirada de Paige se quedó enganchada en el azul de sus ojos, que había sido engullido por las pupilas, oscureciéndolos.

Grant asintió, serio, sin retirar la vista de ella.

—Ha sido un placer.

Paige tragó saliva y desvió la mirada a su alrededor.

—¿Nos marchamos? —dijo cuando fue capaz de encontrar su propia voz. No era la frase perfecta después de aquel baile, ni mucho menos era lo que deseaba hacer, pero su mente había dejado de establecer pensamientos coherentes hacía ya un buen rato, justo cuando sus brazos la habían rodeado por primera vez.

Grant asintió con un escueto cabeceo, sin dejar de mirarla.

—Como prefieras.

Paige imitó su gesto y abandonó la pista seguida de cerca por él. No creía poder soportar un baile más sin mandar a paseo la prudencia y besarlo con todas sus fuerzas. Y no creía que la canción que estaba comenzando a escuchar la ayudara en ese sentido.

Cuando dejaron el *Bet on Jazz Restaurant*, la orquesta había emprendido una lánguida versión de *Blue Moon*.

Washington era una ciudad fría a aquella hora de la noche y podía sentir que la humedad le calaba hasta los huesos. En el local, la temperatura estaba varios grados por encima de los que hacían en el exterior. Ahora, al salir, esa diferencia se acentuaba aún más. Paige cruzó su abrigo sin abotonárselo y levantó las solapas.

Grant caminaba a su lado, con las solapas de su abrigo azul igualmente subidas por el cuello y las manos metidas en los bolsillos. Paige intentó reprimir un escalofrío, pero no lo consiguió.

—¿Tienes frío? —oyó a Grant preguntarle. Ella lo miró de reojo y asintió convencida.

—Mucho —contestó.

Grant se acercó y levantó un brazo para pasarlo por encima de su hombro. Antes de terminar el movimiento, el hombre se detuvo con una expresión algo azorada en su rostro.

—¿Puedo?

«¡Sí, por favor!», chilló una voz en su interior.

Paige no quería parecer tan desesperada y se esforzó en asentir únicamente con la cabeza. Grant le sonrió y pasó al fin el brazo por encima de sus hombros, atrayéndola hacia él y alejando así, en parte, el frío de la noche. Paige se pegó a su costado y se apoyó en él cuanto pudo, intentando no perder el ritmo de su caminar. Grant se adaptó a sus pasos más cortos y lentos. Juntos, uno junto al otro, continuaron caminando en dirección hacia el coche.

Paige entreabrió la puerta de su apartamento y se volvió hasta Grant.

—Ha sido una velada estupenda —le dijo elevando con dulzura las comisuras de sus labios.

—Lo ha sido, sí —contestó él.

Se miraron durante un momento a los ojos y Paige los rehuyó, dirigiéndolos hacia el interior de su casa.

—Si quieres, podríamos tomar ese café. Si te apetece, claro —se escuchó decir.

Grant continuó observándola. Unos instantes después negó con la cabeza, despacio.

—Me apetece, pero... creo que es mejor que me vaya —contestó y Paige creyó adivinar en su voz un cierto tono de disculpa. No pudo evitar sentirse decepcionada por su negativa.

Las suaves notas de la primera canción que habían bailado juntos resonaron en sus oídos de nuevo por unos instantes.

—Mañana tengo que ir a Chicago —le dijo Paige.

—Lo sé.

Paige torció el gesto y desvió la mirada hacia el fondo del pasillo. Cuando regresó la mirada hacia él, le sonrió.

—Ha sido una noche estupenda—. Se dio cuenta de que se estaba repitiendo a causa de los nervios, pero ya era tarde para retirarlo—. Buenas noches.

Los ojos de Grant estaban fijos en ella, con el rostro serio y la mandíbula apretada, la misma expresión que le había visto muchas otras veces cuando estaba concentrado en algo. Paige deseó que fuese en ella, y que se le acercara y la besara. Deseaba tanto que lo hiciera que apretó con fuerza las manos dentro de los bolsillos de su abrigo. Y por un momento creyó que iba a suceder, que lo que ella quería era lo mismo que creía ver en sus ojos. Pero, en lugar de eso, Grant dio un par de pasos hacia atrás, alejándose de ella.

—Buenas noches, Paige. —Se despidió con un cabeceo. Lo vio girarse sobre sus talones y encaminarse hacia el ascensor.

Paige lo contempló marchar y toda la magia vivida esa noche se evaporó como el humo, dejándole cierto regusto a decepción en la garganta.

Al llegar al ascensor, Grant se detuvo. Antes de que Paige pudiera darse cuenta, él había deshecho el camino y estaba de nuevo delante ella.

Sus labios la tomaron por sorpresa y Paige pensó que cada brizna de aire que quedaba en sus pulmones era demasiado preciada para desperdiciarla en palabras que

no estaba segura de querer pronunciar.

Las manos de Grant la tomaron de las mejillas, inclinándola suavemente para tener su boca a su merced y ella se lo permitió, sosteniéndose de sus antebrazos.

Las caricias de sus labios la estaban dejando sin respiración y con miedo a que sus rodillas no pudieran sostener su propio peso. Paige se agarró más fuerte a él y le devolvió el beso, el mismo que llevaba quemándole en la boca toda la noche.

Le rodeó el cuello con sus brazos y lo acercó a ella tanto como pudo. Grant continuó besándola como si no existiese nada más importante en este mundo, o en cualquier otro.

Paige no sentía nada más que aquella boca que la estaba atormentando y el sonido de su sangre bombeando en sus oídos, alocada. Tenía la sensación de que había estado esperando aquel momento desde que lo viera en casa de Maddie. Con un gemido, Paige dejó caer la cabeza hacia atrás, brindándole la oportunidad de que él se dedicara a sembrar de besos una imaginaria línea entre su mandíbula y el cuello.

—He estado esperando toda la noche a que me besaras de verdad —dijo Paige con una voz ronca que no reconoció como suya.

Los labios de Grant se resistieron a abandonarla.

—Y yo he estado deseando toda la noche besarte... de verdad —le contestó él atrapando el lóbulo de su oreja entre sus dientes, con suavidad—. Creo que estoy algo oxidado en todo eso.

Ella ahogó una risa.

—Intentaremos remediarlo de alguna manera.

Paige buscó de nuevo su boca y la encontró, presta para volver a besarla. Sus manos la agarraban con fuerza por la cintura, como si quisiera incorporarla a su propio cuerpo. La besó y la acarició a la vez, con fiereza y con ternura; con amabilidad y con desesperación. La lengua de Grant rozó sus labios y ella salió a su encuentro, en una lucha de poder en la que ambos eran ganadores. Lo abrazó con más fuerza, dejando que él la sostuviera.

Paige habría continuado de aquella manera de no ser porque sus pulmones tuvieron la desfachatez de recordarle que debía respirar. Se separó de él con desgana, sosteniéndose en sus codos. Grant apoyó su frente contra la de ella y la miró a los ojos, con la respiración entrecortada, tal y como estaba la suya.

Grant le acarició las mejillas con sus dedos, contorneando sus labios, rojos y

sensibles ahora a causa de su roce. Paige le sonrió lánguidamente. Él la atrajo de nuevo hacia él y la abrazó con fuerza. Paige escondió su rostro en el hueco de su cuello y aspiró su aroma.

—Entra —susurró Paige contra su piel en voz baja, no demasiado segura de que él la hubiese escuchado.

Oyó al hombre tomar aire antes de responderle.

—No, Paige. He de marcharme —le respondió al tiempo que depositaba un suave beso sobre su sien con ternura.

Paige se separó de él para mirarlo de frente, con una interrogación dibujada en su rostro.

—¿Es eso lo que deseas? ¿Quieres irte?

Grant movió la cabeza de un lado a otro, con calma, sin abandonar su mirada.

—No. No es lo que deseo... pero es lo que debo hacer —le dijo.

Sus manos aún lo agarraban por los codos. Dejó caer ambos brazos y bajó la mirada, sin entender.

— Yo... —la voz de Paige apenas era un susurro.

Le tomó la barbilla entre sus dedos e hizo que lo mirara. Grant volvió a atrapar sus labios con un beso que nada tenía que ver con el anterior. Fue tierno, apenas una caricia, algo que casi no podía llamar beso.

—No hay nada que desee más, Paige. No sabes cuánto. Pero si entro ahí no voy a poder marcharme. Y debo hacerlo —le dijo con voz calmada.

Paige tomó aire. Grant tenía razón; si él entraba en su apartamento, aquellos besos iban a dar paso a algo más que ambos estaban deseando, y Paige entendía que él no quisiera aún traspasar aquella frontera. Pese a sus deseos, Paige asintió.

—Lo sé —le dijo mientras levantaba la mirada. Los separaban escasos centímetros. Intentando restaurar un poco la cordura y calmar el bombeo de su corazón, Paige sonrió—: Mañana he de estar en el aeropuerto a mediodía.

Él le respondió con una sonrisa idéntica que le iluminó la mirada. Sus ojos la dejaban sin respiración por sí solos, pero cuando a ellos se les unía una sonrisa tan genuina como aquella, se sentía desarmada. Aunque también debía influir aquella manera que tenía de mirarla, como si no existiese otra mujer en el mundo en aquel momento más que ella. Se había enamorado de Jason Grant sin remedio y que Dios le asistiera porque no quería que aquello se desvaneciera.

—Estaré de vuelta el miércoles a primera hora.

Grant asintió con gravedad.

—¿Vendrás a verme? —le preguntó él.

Ella compuso una mueca divertida, arrugando la nariz.

—No sé si podré. Creo que tendré que presentarle el informe a mi jefe.

Su respuesta arrancó una carcajada en Grant que la hizo sonreír de lleno.

—Tengo que irme. Buenas noches —le dijo mientras depositaba en sus labios un beso fugaz. De nuevo la canción que habían bailado reverberó en la mente de Paige.

—La canción de esta noche...

—¿Sí? —preguntó él con voz ronca.

Ella lo miró entornando los ojos.

—Decía que sueñes conmigo.

Grant volvió a besarla brevemente para separarse de ella.

—Cualesquiera que esos sueños sean, señorita Hunter —le contestó, continuando con la letra. Grant le apartó de la cara un mechón de pelo que se había escapado de su peinado y lo colocó tras su oreja con delicadeza. Los dedos masculinos recorrieron perezosamente su rostro una vez más y, con visible desgana, se separó de ella. Grant anduvo de espaldas un par de metros, como si estuviese demorando el momento marcharse. Se despidió con un cabeceo y se encaminó con paso lento hacia el ascensor.

Paige se quedó en donde estaba hasta que las puertas automáticas del ascensor se cerraron delante de su jefe. Ella giró sobre sus talones para entrar en su apartamento, deseando que la sonrisa que en aquel momento tenía no se desvaneciera de su rostro.

CAPITULO 12

Cuando se acomodó en su asiento en el avión, Paige respiró tranquila. Tenía por delante una hora y media antes de regresar a casa, y esperaba que fuese tiempo suficiente para intentar poner en orden sus ideas.

Los demás pasajeros fueron acomodándose poco a poco. La tardía hora de partida hacía que fuesen más silenciosos que de costumbre; sonreían con cortesía, colocaban las maletas en los compartimentos superiores y se sentaban sin más.

Paige rebuscó el móvil en su bolso para apagarlo. Como de costumbre, tardó en dar con él, que estaba perdido en el fondo. A menudo olvidaba que era una herramienta útil y que debería estar más pendiente de él. Cuando lo encontró se dio cuenta de que ya estaba apagado. Intentó encenderlo, pero una pequeña lucecita roja le avisó de que todos sus intentos serían infructuosos porque se había quedado sin batería. «¡Qué más da!», pensó. Volvió a meterlo en el bolso y lo dejó a sus pies.

Tan pronto como despegaron y se apagaron los carteles indicadores de mantener el cinturón de seguridad atado, Paige tomó una revista de su bolso de mano y se dispuso a leer. O al menos, eso era lo que estaba haciendo a ojos de Jake. No estaba de humor para mantener una conversación con su compañero, no en ese momento.

El ruido de la turbina del avión la estaba volviendo loca. Desde que entró en el aparato y comprobó su asiento justo al lado de la ventana y del motor, Paige supo que iba a ser un largo y tedioso viaje de regreso hasta Washington. Cerró los ojos y se concentró en no escucharlo.

Había esperado que el trabajo que los había llevado hasta Chicago los absorbiera durante horas en una ardua investigación. Se había sorprendido considerablemente cuando resultó ser todo lo contrario.

Jake había tomado las riendas de la situación nada más llegar al lugar del siniestro: una casa ubicada en uno de los barrios mejor emplazados de Chicago. Su dueño poseía una importante pinacoteca y, dos noches atrás, la casa y todos sus cuadros habían ardido en un pavoroso incendio.

Paige no había logrado recordar ningún otro caso que les hubiera oído tan mal desde el principio. «Y no precisamente por culpa del humo», había pensado. Paige

recordó cómo, mientras paseaban entre los rescoldos aún calientes de lo que una vez había sido el salón de la vivienda, Jake se había mantenido en un total y absoluto silencio.

No había pasado ni una hora cuando Jake apartó a Paige de todas las personas que allí se encontraban para hacerle saber lo que él pensaba de todo aquello. Inmediatamente había estado de acuerdo con su compañero. El incendio no había sido fortuito, ambos estaban seguros de eso, pero quedaba por precisar si había sido el propietario quien lo había iniciado. No hubieron de esperar mucho para saber la respuesta.

Con la seguridad que le conferían sus muchos años de experiencia, Jake y Paige habían conducido la investigación junto con los expertos periciales de la policía, y la dieron por cerrada cuando el dueño de la casa admitió que había sido él quien había prendido fuego a su vivienda. Y apenas habían transcurrido veinticuatro horas después de que hubieran aterrizado en Chicago.

Paige se había alegrado de que todo se hubiera resuelto con tanta celeridad, y a favor para la compañía, además. En cualquier otra circunstancia se hubiera sentido satisfecha, pero dado que estaba deseando regresar a Washington para ver a Grant de nuevo, esta vez estaba encantada. Aún estaban en la comisaría cuando se acercó hasta su compañero, que había estado departiendo amigablemente con dos agentes.

—Jake. Perdonen un momento —les dijo mientras tomaba a Jake por un codo y lo apartaba.

—Dime —le respondió su compañero, luciendo una sonrisa que resplandecía en su rostro.

Paige carraspeó y miró hacia otro lado.

—Bien, ya que hemos resuelto el caso con tanta rapidez, podríamos regresar hoy mismo a Washington, ¿no crees?

Paige se reafirmó irguiéndose en toda su estatura y levantado la barbilla: quería regresar a casa. Claro que, al parecer, Jake ya tenía otros planes. Con una sonrisa radiante en su rostro, sacó del bolsillo de su camisa un par de entradas y se las tendió.

—NBA. Chicago Bulls contra Detroit Pistons. Partidazo.

Los ojos de Jake centelleaban de excitación. Paige alzó las cejas, incrédula.

—¿Baloncesto? ¿En serio?

Jake afirmó enérgicamente.

—Sí, baloncesto. Me las acaban de regalar esos tipos. Son geniales. —Y saludó a ambos policías con un cabeceo exagerado, al igual que lo era su sonrisa.

—¡Jake! No podemos quedarnos. —Pero su compañero la detuvo antes de que ella pudiese continuar con sus alegaciones.

—He llamado a la oficina. No hay problema.

Paige dio un paso hacia atrás, colocando ambas manos a la altura de sus caderas.

—¿Cómo que... cómo que no hay problemas? ¿Has pensado que a mí no me gusta el baloncesto? ¿Has pensado, Jake Mensfield, que yo quiero volver a Washington ya? —le dijo mientras elevaba un poco el tono de voz.

Jake volvió la cabeza hacia los dos hombres con los que había estado hablando, dibujando en su rostro una mueca de disculpa.

—Paige, relájate.

Ella negó categóricamente.

—No quiero relajarme.

Su compañero se acercó a ella, se hundió de hombros y compuso esa carita de perrito abandonado que, en situaciones normales, arrancaba una sonrisa en Paige. Pero no aquel día.

—Mujer, tómalo como unas pequeñas vacaciones. Además, ¿qué te cuesta darme esa satisfacción?

Paige no se inmutó, le sostuvo la mirada con valentía. Él suspiró con ahínco.

—Por favor, Paige, haz esto por mí. Como compensación, haré yo todo el informe del peritaje, ¿te parece?

Ella clavó sus ojos en él y se acercó tanto que sus narices casi se tocaron.

—Quiero regresar a casa, Jake.

—En serio quieres que te ruegue, ¿verdad? Porque estoy dispuesto a ponerme de rodillas y dejarte en ridículo —le dijo él entre dientes.

Fue un pulso entre ambas miradas. Paige pretendía reafirmar su postura hasta que su compañero intentó ponerse de rodillas delante de ella. Lo detuvo, cogiéndolo del codo.

—No se te ocurra hacer eso.

Él asintió con convicción.

—Ven conmigo al partido.

La sonrisa que Jake le dedicó a continuación arrancó otra de los labios de Paige. Era cierto que ella podía volver a Washington cuando quisiera, pero dejar allí a Jake sería ponerlo en evidencia. Le preguntarían dónde estaba su compañero y ¿qué iba a decir ella? ¿Que estaba viendo un partido de baloncesto? No, Jake no se merecía eso. Después de todo, no había esperado que el caso se terminara tan pronto y se había hecho a la idea de que su regreso sería el miércoles. Miró a su compañero y hundió la cabeza entre sus hombros en un gesto de rendición.

—El informe es todo tuyo, Jake. Iré a ese partido, pero quiero que sepas que lo vas a lamentar.

Habían llegado al pabellón de deportes casi una hora antes de que hubiera comenzado el partido. Jake había insistido en llegar con antelación, alegando que el espíritu que se podía respirar antes del encuentro era tan excitante como el propio juego en sí. Incluso quiso comprarse una de aquellas manos gigantes de gomaespuma que a Paige le parecían ridículas. Lo amenazó con darle la lata todo el partido con ella si se la compraba.

Paige no disfrutó del juego, ni del ambiente. Ni tan siquiera recordaba cómo había quedado el marcador. Ver a diez hombres correr de un lado a otro de la pista, manejando un balón, no era su manera favorita de pasar una tarde. No cuando podría estar de camino a Washington. En cambio, Jake había aplaudido, vitoreado, abucheado y todo lo que, a juicio de Paige, se podía hacer en un partido de baloncesto, además de comer perritos calientes, beberse un refresco tamaño gigante y tontear con la chica del asiento de al lado. Todo lo que Paige había sido capaz de hacer fue reclinarsse sobre la silla de plástico, cruzar los brazos sobre su pecho y ver pasar los minutos en el reloj del estadio, mientras jugueteaba con el móvil entre sus manos. Pasaba de una aplicación a otra sin casi mirarla. Entonces pensó que podría llamar a Jason, a Grant. Sonrió al darse cuenta de que había comenzado a pensar en él como Jason; y eso le gustaba.

Sí, podría llamarlo pero, ¿a la oficina? No tenía su número personal y llamar en horas de trabajo no le parecía bien. «Nada, tendré que esperar al miércoles para hablar con él». El teléfono dio un aviso de batería baja y Paige lo guardó en el bolso para intentar ahorrar energía. Resignada a aguantar el resto del partido, resbaló un poco en el asiento al tiempo que el público se alzaba, jubiloso, vitoreando una acción

en la cancha.

Paige abrió los ojos. El avión estaba sumido en un profundo silencio, pues la mayoría de los pasajeros dormían. El viaje desde Chicago hasta Washington duraba algo más de hora y media. Durante lo que llevaban de vuelo había intentado descansar, obligándose a cerrar los ojos pero, al ver que sus esfuerzos eran en vano, Paige se había limitado a sostener la revista ante sus ojos, sin apenas leer ni una sola línea, ocupándose tan solo en mirar las fotografías que no le interesaban en absoluto. Miró a su lado y vio a su compañero, dormido. Suspiró profundamente y se acomodó como pudo en el estrecho asiento, depositando la publicación sobre su regazo.

Miró a través de la ventanilla. La oscuridad del exterior hizo que el cristal le devolviera su propio reflejo. Cerró los ojos y volvió a verse vestida con aquel traje rojo y besando a Grant en el pasillo de su apartamento. Se llevó los dedos a los labios, acariciándolos con suavidad. Sin querer, una sonrisa afloró en su rostro al recordar cómo él había intentado marcharse para volver rápidamente hacia ella y cautivarla con el beso más apasionado y especial que jamás le habían dado. Casi podía sentir el suave roce de los labios de él contra los suyos. ¿Cómo podía haber estado tanto tiempo trabajando para él y no haber visto la clase de hombre que era? Aquella noche había ratificado su sospecha de que estaba enamorada de él.

Tomó aire y se movió inquieta. ¿Estaba dispuesta a poner en peligro su trabajo por enredarse con Jason? ¿Y si salía mal? ¿Qué haría, marcharse a otro lado sin una carta de recomendación siquiera? ¿Pedir un traslado? Podía pasar, por supuesto. Que el gran jefe se enterara y la pusiera de patitas en la calle, pero ¿y si salía bien? ¿Y si Grant era el hombre que había esperado conocer durante toda su vida?

Estaba aterrada, tenía que reconocerlo. Enredarse con Grant significaba mantener aquella relación en secreto y verse a escondidas, fingir durante las horas de oficina que nada había cambiado entre ella y el Jefe de Verificación de Siniestros. Lo cierto es que estaba un poco cansada; cansada de estar sola, de salvaguardar su corazón, de intentar hacer siempre lo correcto. Tenía una nueva oportunidad y quería tomarla, arriesgase y ver dónde la llevaba.

Un suave timbre la sacó de sus pensamientos. Jake abrió los ojos y bostezó. La asistente de pasaje comenzó a pasearse entre los viajeros, comprobando que todos ellos estaban sentados en la posición correcta para el aterrizaje. La voz del piloto

sonó a través de los altavoces, anunciando que estaban a punto de aterrizar.

Paige tomó nota de las ya conocidas indicaciones, colocó su asiento en la postura adecuada y pasó el cinturón sobre sus caderas. Miró el reloj; casi la una de la mañana. Eso quería decir que iba a dormir poco esa noche. Pero eso no le impediría estar al día siguiente en su trabajo. Ese pensamiento arrancó una leve sonrisa de su rostro. Apoyó la espalda firmemente sobre el asiento y se preparó para tomar tierra.

Que el ascensor que la llevaba hasta la quinta planta estuviera atestado de gente no ayudaba a que se sintiera más tranquila. Más bien era lo contrario. Se había mirado una y otra vez el atuendo que cuidadosamente había elegido para ese día. Y no hizo más que acomodarse el cuello de la chaqueta hasta que cayó en la cuenta de que al cuello no le pasaba nada. Eran sus nervios. Miró sus manos y la carpeta que portaba entre ellas.

Aunque había acordado con Jake que él se encargaría de realizar el informe del caso, ella de todos modos quiso entregarle a Grant las notas que había tomado en el lugar. Como excusa, podía valer.

Al escuchar el timbre, miró la pequeña pantalla sobre la puerta automática. Quinto piso. Su estómago dio un vuelco. Estaba tan repleto que tuvo que pedir cortésmente permiso para que le permitieran salir. Respiró y se encaminó hacia el despacho de Grant.

«Bien, y cuando llegue, ¿qué le digo?», se preguntó a sí misma mientras caminaba. Sus pies iban solos, ajenos completamente a cualquier orden procedente de su cerebro. Si por ella fuera, nada más verlo, proseguirían con aquel beso que se dieron en el pasillo de su apartamento. Eso era lo que deseaba con más ansia. Pero raramente lo que ella deseaba y lo que en realidad debía hacer coincidían. Se contentaría con saludarlo en primer lugar y ya vería después qué ocurriría. Con una sonrisa dibujada en su rostro, entró en la oficina de la secretaria de Grant.

—Buenos días, Caroline —saludó a la mujer nada más entrar. Le aterraba creer que su voz se escuchara titubeante y nerviosa. Hizo un esfuerzo por contenerse—. El señor Grant me espera. ¿Podría decirle que estoy aquí?

La mujer levantó la cabeza, sorprendida ante la súbita aparición de Paige y le correspondió con una sonrisa.

—Lo siento, Paige, pero el señor Grant no ha venido esta mañana.

Paige parpadeó, en un gesto a medias entre la sorpresa y la decepción.

—¿Ah, no?

Caroline negó con la cabeza.

—Y, por lo que sé, no va a venir en lo que resta de día. Desde que salió ayer, no ha vuelto al despacho.

Como si de una película se tratase, una sirena comenzó a resonar en su cabeza. Debía ocurrir algo grave para que Grant no estuviera en su puesto de trabajo.

—¿Desde ayer? —Paige se apoyó sobre el escritorio de la secretaria, pues creyó que el suelo se movía bajo sus pies. Intentó tragar saliva pero fue inútil. Se le había secado la boca.

—Así es. Salió ayer por la mañana a toda prisa y aún no ha vuelto al trabajo.

Casi no escuchaba la voz de la secretaria. El corazón de Paige comenzó a latir fuertemente, golpeando su pecho y resonando en sus oídos.

—Ya veo —acertó a decir.

Caroline ladeó la cabeza al mirarla.

—¿No habló el señor Grant contigo el lunes?

Paige miró a la mujer con ojos entornados.

—¿Conmigo? —preguntó extrañada. Paige negó con la cabeza antes de contestar —. No, no me llamó.

La secretaria se encogió de hombros.

—Pues no sé. Me dijo que le buscara tu número de teléfono móvil para preguntarte algo sobre el caso en el que estabais trabajando en Chicago.

Entonces Paige recordó el móvil.

—¡Joder, olvidé encenderlo! —exclamó más para ella misma que para que lo escuchara la mujer.

Con un gesto algo atolondrado, Paige rebuscó en el interior de su bolso, retirando todo lo que allí había. Cuando llegó a su casa estaba tan casada que lo había puesto a cargar sin molestarse en encenderlo. Por la mañana lo había echado de vuelta a su bolso y salido corriendo para la oficina.

Cuando lo encontró pulsó rápidamente el botón y, tan pronto como introdujo su clave de acceso, varias llamadas de un número de móvil que desconocía aparecieron en pantalla, junto con un mensaje de texto.

«Soy Jason Grant. Darren ha sufrido otro infarto y voy hacia el hospital. ¿Podrías llamarme cuando puedas? Gracias.»

Un instante después, otro mensaje saltó en la pantalla.

«Soy Grant de nuevo. Darren no ha podido soportarlo y ha fallecido a mediodía. Estaré con Maddie. Llámame.»

No fue consciente de que había dejado de respirar hasta que notó un pequeño mareo. Los ojos de Paige se abrieron como platos y aspiró una bocanada de aire. Releyó el escueto mensaje una y otra vez, sin creer lo que ponía. ¿Darren Grant había muerto? No, no era posible. Retiró una de las sillas que había al otro lado del escritorio de Caroline y dejó caer su cuerpo en ella con pesadez.

—¿Te ocurre algo, Paige? —preguntó la mujer, visiblemente preocupada.

Paige levantó despacio la mirada de la pantalla de su móvil. La figura de Caroline no era más que un borrón.

—Un... un amigo. Falleció ayer.

Caroline extendió un brazo, como si quisiera tomarle la mano a través de la mesa.

—Paige, lo siento mucho.

Sólo pudo asentir. Por mucho que lo intentara, las palabras no salían de su garganta. Paige notó que las lágrimas se agolpaban tras sus párpados. No quería que Caroline la viese llorar. Se levantó del asiento como si la hubiesen pinchado con una aguja.

—Tengo que marcharme, Caroline. Adiós.

Sin esperar a que la otra mujer pudiese despedirse, Paige abandonó la oficina a toda prisa.

Paige no paró de caminar hasta que llegó a una de las pequeñas salas de descanso que había en aquella planta. No era hora de almorzar y debía de estar vacía. Entró en ella y cerró la puerta. Hizo un intento de normalizar su respiración. Tenía la sensación de que había estado corriendo toda la mañana, pero tan sólo habían sido unos pocos metros.

Volvió a mirar el móvil. Un tercer mensaje apareció en la pantalla.

«El servicio se oficiará en la funeraria Andrews, en Cedar Hills. Grant»

Paige volvió a releer los tres mensajes, una y otra vez. Grant los había enviado cuando su teléfono se había quedado sin batería y ella no había podido recibirlos. Se maldijo por lo bajo, varias veces, mascullando entre dientes y reprimiendo unas

lágrimas que le quemaban tras los párpados. Notaba un escozor en la garganta y en el pecho una opresión como si se lo estuviesen estrujando con un puño de hierro. Le hubiese gustado haber podido hablar con él cuando Grant intentó llamarla.

Grant. Pensar en él le hizo ahogar un quejido. Podía imaginar lo que aquello significaba para su jefe; había visto el profundo cariño que éste sentía por su hermano mayor. Si para ella, que apenas hacía un par de semanas que lo conocía, había sido un duro golpe, no quería ni imaginar lo que su repentina desaparición representaría para él. Tuvo ganas de lanzar el teléfono contra la pared pero se contuvo a duras penas. Nada ganaría con ello.

Buscó una silla y se sentó, apretando el teléfono con fuerza. Lo miró como si se tratase de un extraño artefacto. Apenas dos semanas atrás, Darren Grant había sido su anfitrión en una velada encantadora, y ahora estaba muerto. Sin pensarlo, Paige desbloqueó la pantalla y devolvió la llamada al número desde el cual Grant la había llamado, pero tan pronto como dejó de escuchar la marcación, la operadora le dijo que aquel número estaba apagado. Volvió a intentarlo una vez más, con idéntico resultado. Pensó en que él debía de haber apagado el móvil así que decidió escribirle un mensaje para cuando pudiese leerlo.

De repente, tuvo deseos de estar ya allí, en el lugar a donde habían trasladado a Darren; ver a Grant y estar a su lado. Quería asegurarse de que estaba bien y ofrecerle la ayuda que necesitara. Con firmeza, se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano. Se levantó con resolución y emprendió camino hacia la funeraria Andrews.

Aunque se dio toda la prisa que pudo, cuando llegó el oficio ya había finalizado. Paige buscó al encargado. El hombre, muy amablemente, la informó de que la comitiva había partido para el cementerio St. Joseph y que, si se daba prisa, aún podía llegar al entierro. Le agradeció al hombre la información y abandonó el lugar.

Árboles de altas y estilizadas copas delimitaban el camino hasta el cementerio. Ni tan siquiera los pájaros cantaban en aquel lugar. Seguramente habían buscado refugio antes de que el cielo, gris plomizo, descargara la lluvia con la que amenazaba. Apenas eran las once de la mañana, pero parecía que estuviese a punto de anochecer. Era como si el cielo se quisiese unir en aquel triste momento a quienes lloraban a Darren Grant.

El coche de Paige se cruzó con una comitiva que abandonaba el lugar. Pensó que llegaba tarde, que todo había terminado, pero aún así, continuó su camino hacia el camposanto.

Siguió los senderos habilitados para los automóviles hasta llegar al pie de una pequeña y verde colina. Apagó el motor del coche y observó por la ventanilla. Cuando su mirada se cruzó con su reflejo en el espejo retrovisor, vio la línea roja bajo sus ojos. Respiró con profundidad, conteniendo las lágrimas que pugnaban por salir y, tomando el paraguas del asiento de detrás, bajó.

El viento había comenzado a soplar, preludio de la lluvia que se avecinaba. Giró la cabeza a un lado y a otro. En la lejanía, creyó distinguir una figura que le resultó familiar, enfundada en un abrigo negro, de espaldas a ella. Sin pensárselo dos veces, caminó en su dirección.

Sus tacones se hundían en la fragante y mullida hierba, haciendo más difícil el ascenso hacia la tumba. Jamás un camino le había parecido más doloroso que aquel. El viento arremolinaba sus cabellos y Paige los despejó de su rostro con cuidado y sin detenerse en su camino. Alzó las solapas del abrigo, en un intento infructuoso de alejar el frío que le estaba recorriendo la espalda de arriba abajo.

Grant no la oyó llegar. Estaba absorto mirando la piedra de granito negro tallado que tenía ante sí. Paige la leyó en silencio. «Darren Grant, amado esposo, padre y hermano», rezaba la lápida. Apretó los párpados y se acercó un poco más hacia Grant, para quedar un solo paso por detrás de él.

Paige adelantó su brazo y lo tomó de la mano, cerrándola en torno a aquella más grande y fuerte. Lo hizo con toda la suavidad de la que fue capaz.

Despacio, como si sucediese a cámara lenta, Grant giró la cabeza y la miró. Paige sintió que su corazón se encogía al verlo. El viento jugaba con su corto flequillo, desordenándose; tenía los ojos enrojecidos y la boca apretada en una dura línea. Grant revolvió su mano en la de ella y la apretó con fuerza para girar de nuevo su cabeza hacia la tumba.

—Se ha ido, Paige —dijo él al fin, rompiendo el silencio con voz tan baja que le fue difícil escucharlo. Como respuesta, ella volvió a apretarle la mano. Asintió con la cabeza agachada y mordiéndose el labio inferior en un intento por controlar las lágrimas que se estaban agolpando en sus ojos.

—Hace un rato que vi tus mensajes. Ayer mi móvil se quedó sin batería —le dijo

haciendo un ímprobo esfuerzo por mantenerse serena y no volver a llorar. Dio un paso más hacia él sin dejar de sostener su mano, pegándose a su brazo.

Grant apenas movió la cabeza al asentir.

La mirada de Paige estaba puesta en la tierra marrón, húmeda y recién removida, que configuraba el lugar de descanso del hermano de Grant.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó. El viento arreció, y mechones de pelo se cruzaron ante su rostro.

Grant negó con la cabeza despacio, como si le costara un gran esfuerzo hacerlo. Con un gesto cansado, desvió la mirada hacia el vasto paraje que tenía frente a sí.

—Volvió a sufrir otro ataque. Esta vez fue demasiado para su corazón y no lo soportó —le respondió mientras apretaba su mano, como si quisiese buscar consuelo de aquella manera. Paige la apretó a su vez con firmeza.

—Jason, lo siento—. Paige se mordió el labio. Le dolía la garganta y le escocían los ojos.

Ambos permanecieron por unos minutos en silencio ante la lápida, tomados con fuerza de la mano. Paige levantó la cabeza para mirar su perfil.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó. Y nada más salir de su boca, supo que era una pregunta idiota. No hacía falta ser psicólogo para darse cuenta de que estaba hundido.

Él negó sutilmente.

—No sé cómo me encuentro.

Paige clavó su vista en su perfil y vio en su mandíbula un movimiento sutil, fruto de la tensión que estaba sufriendo. En ese momento deseó abrazarlo, aliviar de sus hombros aquella tristeza.

—¿Cómo está Maddie? —le preguntó, realmente preocupada por la esposa de Darren.

Grant continuó sin mirarla.

—Está destrozada —fueron sus simples palabras. No hacían falta más. Paige pudo figurarse cómo se encontraba la mujer.

La siguiente ráfaga de viento trajo las primeras gotas de agua. Paige miró al cielo. En breves momentos, la lluvia haría su aparición.

—¿Cómo has venido? —le preguntó Paige mientras apretaba suavemente su mano para llamar su atención. Haciendo caso a su gesto, Grant giró la cabeza hacia ella,

aunque con la mirada gacha.

—Vine con Maddie, en el coche que dispone la funeraria para el traslado de los familiares. Le dije que se marchara —le respondió en voz baja. Paige se fijó en la forzada línea que dibujaba sus labios al hablar.

—Bien. Yo te llevaré de vuelta —resolvió Paige sin esperar respuesta por parte del hombre—. Vámonos antes de que llueva.

Se quedó esperando la reacción de Grant. Él la miró como si fuera la primera vez que la veía. El hombre oprimió su mano suavemente y ella esbozó una tímida sonrisa. Ambos giraron para enfilarse el camino que minutos antes había andado Paige sin soltarse de la mano.

Tuvieron que agilizar el paso para llegar al coche antes de que la lluvia comenzara a caer. Llegaron justo a tiempo de resguardarse de las primeras gotas. Grant se sentó en el asiento del pasajero, junto a Paige.

Paige puso las llaves en el contacto, pero no lo encendió. Volvió su mirada hacia la derecha, hacia Grant.

—Jason, lo siento de veras —le dijo casi en un susurro.

El hombre giró la cabeza y clavó sus ojos en los de ella, a los cuales les estaba siendo difícil mantener a raya las lágrimas.

—Lo sé —dijo con voz grave tras unos segundos.

Paige bajó la mirada hacia sus propias manos, agarradas al volante.

—Sé que hace muy poco que conocía a Darren pero...

La barbilla de Paige comenzó a temblar, y se mordisqueó el labio superior. El dolor en la garganta era ya insoportable y al final se rindió, dejando que una gota surcara su mejilla. De los labios de Grant surgió un leve chasquido de derrota y le tendió los brazos para que ella se enterrara en ellos. No lo dudó un instante y fue a su encuentro. Él la abrazó con fuerza contra sí mientras Paige escondía su rostro en su pecho y se deshacía en lágrimas.

Sintió el beso que él depositó en su cabeza, suave, demorándose en él. Paige cerró más el abrazo, pasando sus manos por su cintura para cerrarlas detrás, en su espalda, y apretarse contra él tanto como le permitían los asientos del coche y la extraña postura.

—Jason, de verdad que lo siento —reiteró a la vez que se separaba un poco de él. Su voz sonaba entrecortada por el llanto—. No sabes cuánto.

—Lo sé, Paige. No tienes que decir nada.

Sin romper aquel abrazo, Paige rebuscó en el bolsillo de su abrigo en busca de un pañuelo. Se secó los ojos y la nariz.

—Debería ser yo quien te ofreciera a ti consuelo. No al revés —apuntó mientras alzaba ligeramente la comisura de los labios en una mueca que, en otras circunstancias, hubiera podido ser una sonrisa.

Se separó un poco de él y buscó la mirada del hombre. Los ojos de Grant estaban fijos en ella.

—No pasa nada —le respondió para agregar a continuación—: Me alegro de que estés aquí.

Las palabras de Grant le acariciaron los oídos pero, lejos de reconfortarla, hicieron que nuevas lágrimas corrieran por sus mejillas. Esbozó una tímida sonrisa y apoyó de nuevo su rostro sobre el pecho del hombre mientras oía como la lluvia caía en el exterior.

CAPITULO 13

Grant metió la llave en la cerradura y con un solo giro abrió la puerta. Se hizo a un lado, permitiendo así que Paige pasara delante de él hacia el interior de su apartamento.

Paige estaba parada en el centro del vestíbulo cuando oyó la puerta cerrarse tras de sí. Giró sobre sus talones y vio a Grant dejar las llaves sobre una pequeña mesa.

—Pasa, por favor —le dijo el hombre mientras él mismo se adentraba en la semioscuridad de su casa.

En un gesto instintivo, Paige paseó su mirada por el vestíbulo. No era demasiado grande. De él partía un pequeño pasillo que se internaba en la vivienda, dejando a un lado la escalera que daba acceso al piso superior. A la izquierda, en un espacio abierto y sin puertas, se pasaba directamente al salón.

Habían transcurrido sólo unos segundos cuando Paige se adentró en el apartamento tras su jefe.

El dúplex de Jason Grant resumaba sobriedad por todos sus rincones. La Torre Crystal, donde estaba ubicado el apartamento, se encontraba en uno de los barrios más exquisitos de la ciudad; era bien conocida por su diseño innovador y lujoso, así como por sus selectos inquilinos. Sin embargo, en el apartamento de Jason Grant, nada hacía pensar en lujos innecesarios.

Las nubes habían oscurecido el día. Daba la sensación de ser mucho más tarde, casi la hora de anochecer, en lugar de mediodía. Grant encendió una pequeña lámpara situada junto al sofá y Paige pudo apreciar la sala en su totalidad. El salón era amplio, y aún lo parecía más al estar decorado con tan pocos muebles. Apenas un sofá grande y de cuero negro, que a Paige le pareció bastante caro, amparado por otros dos de similar diseño pero de color blanco. Delante de él, una mesita de café con un par de revistas sobre ella. Un mueble de cajones de madera oscura, moderno y funcional, soportaba el peso de una televisión enorme. A continuación, una extensión del mismo que mostraba a través de las altas puertas de cristales translúcidos un montón de copas. Había una fornida mesa del mismo color oscuro y seis sillas que la rodeaban. En las paredes pudo ver distintas piezas pintadas con acuarelas o plumilla, que resaltaban bajo una iluminación indirecta. A juicio de Paige, un ambiente muy

masculino.

Grant dejó sobre uno de los sillones su abrigo y su chaqueta, y se sentó pesadamente en el sofá. Se aflojó la corbata y desabotonó el cuello de su camisa, que parecía oprimirlo. Paige permaneció de pie frente a él, con la mesita de café entre ellos. Lo observó en silencio, con recelo de que en cualquier momento, él levantara la vista y la viera allí, mirándolo. Se le veía muy cansado y abatido, sin aquel vigoroso empuje que solía transmitir. Paige retiró incómoda la vista de él cuando Grant se reclinó hacia atrás en el sofá y apoyó la cabeza en el respaldo, con sus ojos clavados en el techo. Paige lo miró de nuevo ladeando levemente la cabeza.

—Si quieres, puedo preparar café.

Grant bajó la mirada y clavó en Paige sus ojos claros, ahora oscurecidos por la falta de luz. Vio cómo sus hombros se relajaban un poco y, elevando la comisura de los labios con una simulada sonrisa que no le llegó a los ojos, asintió.

—Está en el segundo estante de la cocina. Encima del microondas —le dijo.

A Paige le agradó poder ser útil en algo. Dejó su abrigo sobre una silla y enfiló hacia la cocina.

Pese a que no conocía el lugar, Paige tardó tan sólo diez minutos en tener preparado el café. Había seguido las indicaciones de Grant y, en efecto, el café y todo lo que necesitaba para ello estaba donde él le había señalado. Los muebles estaban perfectamente ordenados, y encontró tazas y platillos en otro de los armarios. Cuando el café estuvo listo, lo sirvió y marchó con todo ello de regreso al salón.

Grant había vuelto a recostar la cabeza sobre el respaldo y Paige se dio cuenta de que se había quedado dormido. Con cuidado de no hacer ruido, dejó la bandeja sobre la mesa. Paige lo miró por unos momentos, fijándose en cómo su pecho subía y bajaba en una suave y rítmica respiración, y cómo sus hombros se habían relajado gracias al sueño. Se le oprimió el corazón al pensar en lo que él debía de estar sintiendo. Era muy duro perder a un ser querido, siempre lo era, y Grant había estado muy unido a su hermano mayor. De nuevo pensó en lo poco que lo conocía pese a que llevaba años trabajando para él. Jamás había pensado en él como un hombre con familia, con vida fuera de los muros de la compañía. Siempre había sido una persona tan aparentemente fría y reservada que cada vez que ella había pensado en Grant, lo había hecho en el jefe y no en el hombre. Rodeó la mesa y se sentó a su lado, con delicadeza.

Él continuó dormido y Paige aprovechó aquellos segundos para mirarlo sin tapujos. Había ido hasta el cementerio con la sana intención de ofrecerle apoyo pero, en el coche, había sido él quien había acabado consolándola a ella. «¿Cómo diablos le prestas a alguien tu hombro para llorar si tu tendencia innata parece ser apoyarte en el suyo?», se preguntó Paige.

Su mirada se vio atraída por los cuadros que colgaban de las paredes. Le llamaban poderosamente la atención. Los observó por un momento sin abandonar su sitio junto a Grant, notando cómo contrastaban con el resto de la decoración de la sala. Cada uno estaba enmarcado de distinta manera. Gracias a su trabajo, había llegado a diferenciar algunas técnicas pictóricas, aunque no era una entendida en la materia. Casi todos eran acuarelas o dibujos a pluma, y cada uno de ellos transmitía la sensibilidad del artista por lo esmerado de los paisajes y por los detalles simples y cotidianos.

Dejó de mirar los cuadros para pasear la vista de nuevo por la habitación, sin reparar realmente en nada. La lluvia resbalaba contra los cristales de las ventanas sin cortinas, y las nubes impedían que los rayos del sol del mediodía entraran en la sala.

Pensó en marcharse, pero no se movió del sofá. Porque lo cierto era que tampoco quería hacerlo. Deseaba quedarse allí, junto a él. Pensó en que podría necesitarla; podría necesitar unos oídos dispuestos a escuchar o alguien que estuviera simplemente a su lado.

Con cuidado de que el cuero del sofá no crujiera bajo su peso y su movimiento, se quitó los zapatos y subió los pies al asiento. Estudió por un momento su rostro, relajado ahora por el sueño, centrándose en sus ojos cerrados. Tenía unas bonitas y espesas pestañas para ser un hombre, y una mandíbula fuerte, aún apenas ensombrecida por el vello de su barba. Tenía los labios entreabiertos y exhalaba con suavidad el aire cálido de sus pulmones.

Se acercó a Grant. Él ni tan siquiera se percató de su movimiento ni de su proximidad. Era mejor así. Con la mayor cautela de la que fue capaz, apoyó la cabeza sobre su hombro y pasó un brazo sobre su cintura, agarrándolo con suavidad. Se acurrucó a su lado, buscando el calor de su cuerpo. Notó su rítmica respiración y el movimiento de su pecho. Paige cerró los ojos y tomó aire para expulsarlo despacio. No se paró a pensar si aquello que estaba haciendo estaba bien o mal, simplemente pensó que era lo que debía hacer, ni más ni menos.

Se sorprendió cuando el brazo de Grant, en sueños, pasó sobre sus hombros y la

atrajo contra sí, haciendo que su cabeza descansara sobre su pecho. Pudo escuchar el latido de su corazón. Sin querer abrir los ojos, Paige se dejó abrazar. Notó cómo él buscaba el apoyo de la cabeza de ella para descansar la suya, posando la mejilla sobre la parte alta de ésta. Paige sonrió y, acomodando su mejilla contra el amplio pecho masculino, en pocos segundos estuvo dormida.

Paige abrió los ojos con cautela. El cielo continuaba cargado de nubes y la lluvia cayendo contra los cristales.

Miró su reloj. Ya pasaban de las dos de la tarde. Habían estado durmiendo más de dos horas. Levantó un poco su rostro a la vez que elevaba los ojos. Su corazón se desbocó al encontrar a Grant mirándola fijamente, con sus insondables ojos claros clavados en ella y sin apartar el brazo que aún permanecía sobre sus hombros. Por un momento, que se le antojó demasiado corto, ni ella ni él apartaron la mirada del otro. Casi se sintió enrojecer por la intimidad de la situación. Estaba tan cerca de él que podía sentir el calor que emanaba y que la había abrigado mientras dormía; la firmeza de su torso, en donde ella había descansado; y el embriagante olor masculino. Su cuerpo era muy consciente de la cercanía de aquel hombre y del efecto que producía en ella, haciendo que la incomodidad que sentía por las dos horas sentada en la misma posición fuera una mera anécdota. Pese a ello, rehusó desviar la mirada.

—¿Cómo estás? —le preguntó casi con un susurro.

Grant elevó una ceja.

—Mejor, gracias.

Paige señaló las tazas del café ya frío con un sutil movimiento de cabeza.

—Me temo que se ha quedado frío —le dijo mientras sonreía.

Él no dejó de mirarla.

—Sí —fue su única respuesta.

Paige aún mantenía su brazo derecho rodeando la cintura del hombre. Con desgana lo retiró, despacio, y se sentó a su lado.

—Creo que es hora de marcharme —dijo mientras bajaba los pies del sofá y se calzaba los zapatos—. Supongo que tendrás cosas que hacer esta tarde.

Se levantó del sofá bajo la atenta mirada de su jefe. Grant se incorporó en su asiento y apoyó los codos sobre las rodillas, escondiendo el rostro entre sus manos.

—Así es. Debo ir a ver a Maddie y comprobar qué tal se encuentra. —El eco que

se produjo por aquella posición de las manos ante su cara hizo que pareciera de nuevo cansado y abatido. Levantó la vista y miró a Paige.

Ésta asintió.

—Por favor, dale mi más sentido pésame —le dijo a la vez que se ponía el abrigo. Paige elevó imperceptiblemente las comisuras de sus labios en una especie de mueca. Casi había completado el giro para abandonar la habitación cuando volvió sobre sus pasos.

—¿Crees que a Maddie le importará si paso a verla esta tarde? —preguntó de repente, sintiéndose algo cohibida Grant se levantó, acercándose a Paige.

—Le gustará verte —asintió sin dejar de mirarla—. Le caes muy bien, Paige.

Si aquel hombre continuaba mirándola de aquella manera, iba a tener muy difícil marcharse de allí, recapacitó Paige antes de contestar.

—Gracias.

Dio media vuelta y esta vez, en contra de sus auténticos deseos, se encaminó hacia la entrada. Grant la siguió. Al llegar a la puerta, Paige se volvió de nuevo hacia él, mirándolo de frente.

Sabía que debía marcharse, que tanto ella como Grant tenían asuntos que resolver esa tarde, pero rehusaba irse. No sabía por qué. Alargar la mano y ponerla sobre el pomo de la puerta se le antojó un duro trabajo y en absoluto deseable. Cuando la idea de poder ir a visitar a su cuñada le había acudido a la mente, automáticamente había salido también por su boca, casi sin pensárselo. Le parecía muy frío ofrecerle las condolencias a Maddie a través de su cuñado, y la idea de ir a visitarla le pareció, de repente, la más acertada. Quería estar con Maddie y ofrecerle personalmente su pésame pero, para qué engañarse, también quería estar con él.

—Nos veremos luego —dijo, girando con parsimonia el pomo de la puerta.

Sintió sus ojos clavados en la espalda cuando estaba a punto de abandonar su casa. Paige miró hacia atrás y, con un leve gesto de cabeza, le sonrió y se marchó.

No abandonó el pasillo hasta que vio cómo Paige desaparecía tras torcer la esquina. Cuando ya no pudo verla, bajó la mirada hacia el suelo. Giró con lentitud y volvió hacia su apartamento.

Aun habiendo descansado ese par de horas, se sentía agotado y falto de energías. Con paso fatigado se dirigió de nuevo hacia el salón y se sentó en el sofá, mirando

fijamente las dos tazas que permanecían sobre la mesa, frente a él. No alcanzaba a entender cómo en tan sólo cinco días, su vida había dado un vuelco tan sorprendente. El sábado por la noche, justo cuando dejó a Paige en su casa, había deseado que el miércoles llegara.

Todo se mezclaba en su mente como en una nebulosa. Incluso a veces dudaba que aquello hubiera sido real. Pero lo había sido, Paige había estado allí para recordarle que lo ocurrido el sábado anterior había sido una realidad.

Todavía podía sentir los labios de Paige bajo los suyos en aquel beso que le diera en el pasillo de su apartamento. La velada, aunque la había disfrutado, había sido una auténtica tortura para sus sentidos. Tenerla tan cerca y no permitirse tocarla ni besarla. Hasta que bailaron juntos. Entonces fue incluso peor, porque tenía que recordarse una y otra vez que caminaban por un terreno muy frágil.

Aquella fragilidad se vio resquebrajada cuando reunió el valor necesario y regresó para besarla. Y en ese momento había creído tocar el cielo. Luego, al separarse de ella, aquel brillo de deseo en sus ojos casi le había hecho aceptar su invitación, aun en contra de lo que dictaba su cordura. Se había sentido tan estúpido rechazándola... Y para colmo ella había seguido poniendo a prueba su resistencia, preguntándole si realmente deseaba marcharse. ¡Por el amor de Dios! Por supuesto que aquello no era lo que había deseado en ese preciso instante. Todo lo que anhelaba era entrar en su casa y hacerle el amor hasta que a ninguno de los dos les quedasen fuerzas. Al final, se contentó con besarla de nuevo y arrancarle una promesa de que se verían en cuanto ella hubiera regresado de Chicago.

El lunes había estado a punto de llamarla bajo el falso pretexto de ver cómo andaban las peritaciones que la habían llevado, junto con Mensfield, hasta Chicago. Incluso había tecleado su número en su teléfono móvil, pero justo antes de dar la primera llamada, había colgado. ¿Qué le iba a decir? Se había sentido como un estúpido.

El martes por la mañana, nada más llegar a su oficina, recibió la llamada de Maddie. La mujer estaba presa de un ataque de llanto y, en cuanto la hubo escuchado, se había temido lo peor.

Durante el viaje hasta el hospital, que se le había hecho interminable, había quebrantado los límites de velocidad para tan solo arrancarle unos pocos minutos al reloj. Pero antes de entrar le envió un mensaje a Paige. Quería que ella supiera lo que

le había ocurrido a su hermano.

Había encontrado a su cuñada hecha un mar de lágrimas. Su hermano había vuelto a sufrir un ataque al corazón. Maddie le rogó que llamara a su sobrino y le contara qué había sucedido. Se ausentó el poco tiempo que duró la llamada, y cuando regresó, Maddie ya no estaba en donde él la había dejado. Una enfermera se acercó hasta él y le dijo que su hermano acababa de fallecer.

Bajó la mirada hacia el suelo y se pasó la mano por el rostro mientras apoyaba una vez más la cabeza contra el respaldo del sofá. Apenas recordaba nada de lo que ocurrió a continuación, y recordarlo de nuevo hizo que el vello de sus brazos se erizara. Había tenido que encargarse de la desagradable misión de notificar a familiares y amigos la infortunada noticia. Sin saber bien por qué, volvió a enviarle un mensaje a Paige. Hubiese deseado que ella estuviese allí, con él.

Había permanecido junto a una destrozada Maddie el resto del día y de la noche. A la mañana siguiente, justo antes de que se encaminaran hacia el tanatorio, su sobrino llegó. Se sorprendió al verlo y el corazón le dio un vuelco. Hacía varios años que no se veían. Sus contactos habían quedado reducidos únicamente al teléfono o al correo electrónico. Ante él había aparecido un hombre, más alto que él mismo, y no ya el muchacho barbilampiño que recordaba. Tan pronto se acercó hasta él, se abrazaron y no tuvo que decirle nada más, el chico supo que su padre ya había fallecido.

El oficio había estado preparado con esmero y la pequeña capilla había estado repleta de gente que había conocido a Darren. Durante el sepelio y más tarde, durante el entierro, permaneció al lado de su cuñada, sin separarse un solo minuto de ella. Tan solo cuando hubieron bajado el ataúd, había insistido en que ella se marchara. Había encomendado a su sobrino la misión de cuidar de su madre y había visto cómo se alejaban, tomando el coche que los había llevado hasta allí. Él había preferido quedarse un rato más ante la tumba de su hermano. Jamás en toda su vida se había sentido tan solo como en ese momento.

Un pequeño rayo de sol se abrió paso entre las nubes y se coló en el salón como un cuchillo. Lo miró fijamente, tal y como había hecho aquella mañana al ver la piedra que coronaba la tumba de su hermano. Volvió a sentir el mismo frío que cuando estuvo de pie ante ella. Fue entonces cuando Paige llegó.

No la había oído acercarse. No lo supo hasta que sintió la calidez de su mano en la suya y había vuelto la cabeza. Allí estaba, a su lado, con esos inmensos ojos verdes

fijos en él. Y había sido entonces cuando, por primera vez, se hizo a la idea de que su hermano ya no estaba.

Cuando Paige insistió en llevarlo a su casa, no tuvo energía para resistirse. Durante todo el camino permaneció callado y con la mente en blanco, pues ya no le quedaban fuerzas ni para pensar.

Se obligó a levantarse del sofá. Le dolían las piernas de estar sentado. Tomó las dos tazas de café que Paige había preparado y las llevó hacia la cocina.

Un rato antes, cuando despertó, había sentido la cabeza de ella descansando sobre su pecho, y su propio brazo rodeándola por los hombros, como si en sueños la hubiera acercado más a él. Ella también se había quedado dormida, en un abandono que parecía algo normal entre ellos. No había querido despertarla. La vio dormir plácidamente contra él y algo se estremeció en su interior. Había pensado en lo curiosa e inexplicable que era la vida. Acababa de perder a su hermano, y nadie podría reemplazar el hueco que había quedado en su corazón. Pero, tal vez, sólo tal vez, Paige podría ayudarle a que ese hueco no fuese tan enorme como ahora se le antojaba.

No iba a negar que le hubiese gustado volver a besarla. Ella había respondido a aquel beso en el pasillo de su apartamento, pero no quería un beso por compasión. Quería que lo besara porque quisiera hacerlo. Quería... no sabía bien qué quería.

Paige se había despedido diciéndole que lo vería en casa de su cuñada. Grant esbozó una pequeña sonrisa que le aligeró el corazón. Y se lo agradecía enormemente en aquellas circunstancias. Notó cómo un sentimiento cálido recorría su espalda de arriba abajo. Aún en contra de lo que pensara, no estaba solo.

Abandonó la cocina y, quitándose la corbata y la camisa de camino hacia su dormitorio, se internó en el baño dispuesto a darse una ducha caliente que alejara aquel frío que sentía en el alma.

Paige cerró la puerta con el tacón del zapato y escuchó el seco ruido detrás de ella. Tenía la intención de tomar una larga ducha y relajarse un poco antes de ir hasta casa de Maddie Grant. Se quitó los zapatos de un puntapié, sintiendo la suavidad de la moqueta. Sonrió y se adentró en su apartamento.

Apenas había comenzado a desabotonarse la blusa mientras se dirigía hacia su dormitorio cuando escuchó a su espalda aquella voz que le era tan familiar como

odiada.

—Bienvenida a casa.

Paige se giró como accionada por un resorte. Danny estaba plácidamente sentado en un sillón, con una pierna doblada sobre la otra, los ojos entornados y una mueca dibujada en sus duros labios. Aunque parecía cómodo instalado en aquel asiento, Paige tenía la absoluta certeza de que todos y cada uno de los músculos de su cuerpo se hallaban preparados para incorporarse del sillón en cuanto se lo propusiera.

—¿Qué haces aquí? Ésta es mi casa —espetó Paige con acritud.

Danny se encogió de hombros con aparente ingenuidad.

—La puerta estaba abierta y pensé que no te molestaría que pasara.

La mujer dio un paso hacia él. Sintió crecer dentro de ella una furia ciega.

—La puerta estaba cerrada.

El hombre miró hacia la ventana, encogiéndose de hombros descuidadamente.

—Pues entonces, me habrá abierto la puerta tu casero. Tal vez pensará que soy tu novio.

Paige parpadeó ante la nueva respuesta del hombre. Conocía al señor Hannsen, su casero, desde que se había mudado allí procedente de Boston. No sabía de ningún otro que se tomara su trabajo tan en serio.

—El casero no te habría abierto la puerta ni aunque le hubieras dicho que eras mi hermano siamés —le dijo y volvió a preguntar—: ¿Cómo demonios has entrado?

Paige dirigió la mirada hacia la puerta. Cuando entró no se había percatado de que hubiese sido forzada, así que Danny habría usado algo para abrir la cerradura.

Danny volvió sus gélidos ojos hacia ella y la miró fijamente, de arriba abajo.

—¿Sabes que eres una pesada? Que ese tipo rechoncho me haya dejado entrar o no, ¿hay alguna diferencia?

No estaba dispuesta a escuchar ni una sola palabra más que saliera de los labios de aquel hombre. Con paso ágil se encaminó hacia el teléfono. Antes de que pudiese llegar hasta él, la mano fuerte de Danny, reteniéndola por el codo, la detuvo.

—¿Dónde te crees que vas? —le dijo entre dientes, sin apenas mover los labios.

Paige lo miró a los ojos sin amedrentarse.

—A llamar a la policía. Has entrado aquí sin permiso. Esto es allanamiento de morada.

La tomó por el antebrazo, apretando los dedos en la suave piel de la mujer,

impidiéndole continuar hacia el aparato.

—Tú no vas a llamar a nadie. Te sentarás y me escucharás.

Paige hizo un brusco movimiento para zafarse de él y lo miró de arriba abajo antes de dejarse caer en el sofá. Le dolía la zona en donde él la había sujetado. Comprobó que estaba poniéndose roja debido a la presión que él había ejercido. Se pasó una mano suavemente, intentando mitigar el creciente dolor.

—Te dije que ya hablaríamos.

Danny se sentó frente a ella, sin quitarle la vista de encima.

—Bueno, pues yo he decidido que este es el momento adecuado para hablar. Estoy hasta los cojones de que me des largas —le dijo con voz ronca, y con absoluta y total frialdad.

Aun desde la distancia a la que se encontraban, Paige pudo percibir el olor del tabaco en su aliento. Se le revolvió el estómago. Sólo quería que saliera de su casa y de su vida. Si para ello tenía que escucharlo, eso haría.

Paige intentó relajarse sin mucho éxito.

—Bien, habla.

El hombre le sonrió al comprobar que tenía la atención de Paige puesta en él. Se arrellanó en el sillón y buscó en el bolsillo el paquete de cigarrillos. Sin pedirle permiso, sacó uno y lo encendió.

—Necesito dinero.

Paige exhaló el aire que involuntariamente había estado conteniendo en espera de que él le dijera qué era lo que le había llevado hasta su apartamento.

—Debí imaginármelo desde un principio.

Él le sonrió apenas, con una mueca de sus labios.

—Tú siempre has sido una mujer muy lista —le dijo con cierto tono de sarcasmo.

Antes de que sus siguientes palabras surgieran de sus propios labios, Paige las contuvo, molesta. No quería entrar en ningún tipo de discusión con Danny, y si eso significaba tener que tragarse su orgullo y los insultos por parte de él, lo haría de buena gana.

Antes de que ella pudiera preguntar algo más, Danny continuó:

—Verás —comenzó diciendo en un tono demasiado dulce para provenir de aquel hombre—, le debo dinero a un amigo y sé que tú, siendo una vieja amiga, me

ayudarás.

Danny se había incorporado en su asiento y apoyado el peso de su cuerpo sobre los codos que descansaban en las rodillas.

Paige se mantuvo en silencio durante unos segundos.

—¿Cuánto? —dijo al fin, mirándolo con ojos entornados.

Le dio una calada al cigarrillo, soltando el humo despacio, con arrogancia.

—Quince de los grandes.

Por un momento, creyó que Danny estaba burlándose de ella, pero esa idea se esfumó de su cabeza tan pronto como corroboró por la expresión del rostro del hombre que no era así.

—Estás bromeando, ¿verdad? —le preguntó, aun sabiendo cuál era la respuesta.

Danny se limitó a negar una sola vez con un seco movimiento de cabeza.

—No.

—Yo no tengo ese dinero.

—Ah, ¿no? —le respondió, falsamente sorprendido, mientras paseaba su fría mirada por la habitación—. Pues nadie lo diría.

Paige se irguió en su asiento.

—No lo tengo. Además, ¿por qué habría de dártelo en caso de tenerlo?

—Me lo darás y no harás más preguntas.

La furia que había comenzado a sentir cuando lo vio allí no había sido nada comparada con la cólera que le estaba atizando las entrañas en ese momento, y que hizo que apretara los puños fuertemente contra la tela del sofá.

—Es más —continuó el hombre para volver a descansar contra el respaldo del sofá—, si quieres que te deje en paz, ya sabes el remedio para ello.

Aquello era más de lo que sus nervios podían soportar. Se levantó de un rápido movimiento, lívida por el enfado.

—¿Pero quién demonios te crees que eres para entrar en mi casa y chantajearme?!

Danny la miró desde abajo a la vez que se levantaba despacio.

—Harás lo que te pido porque ahora sabes que yo conozco dónde vives. Sé dónde trabajas. Puedo entrar y salir de tu vida cuando me plazca —le dijo y dio un paso hacia ella, quedando tan solo a unos pocos centímetros—. Y puedo entrar aquí cuando me dé la gana. De día... o de noche.

El corazón se le aceleró en el pecho al escuchar la amenaza. Y en el fondo sabía que Danny era capaz de cualquier cosa con tal de salirse con sus deseos. Por unos momentos sintió miedo.

Paige tragó saliva y dio un par de pasos hacia atrás.

—Bien. Pero necesitaré tiempo.

Él negó con la cabeza, despacio pero sin dejar de mirarla, elevando la comisura de los labios en una suerte de fría sonrisa.

—No tengo tiempo y cada día que pase sin que me des ese dinero, aumentará la cantidad. Si es que quieres verme fuera de tu vida, claro. A menos que... — avanzó una mano hacia el rostro de la mujer, acariciándolo con el dorso de la mano— ...no quieras que desaparezca.

El tacto de la mano de él la quemó y alejó la cara de aquella indeseada caricia, conteniendo las ganas de vomitar. Lo miró con desprecio, respirando profundamente.

—Dame hasta el viernes. Te llamaré cuando lo tenga.

Danny sonrió.

—Mañana —le dijo despacio, saboreando cada sílaba de la palabra—. Quedaremos mañana en el parque que hay junto a tu trabajo. A las doce. No quiero juegos, Paige.

Ella no le contestó.

El hombre no apartó la mirada de su rostro y ella casi vio en sus ojos un brillo que conocía bien. El estómago se le contrajo.

—Siempre he dicho que es un placer poder hablar contigo, nena.

Aquellos segundos le parecieron interminables hasta que Danny pareció considerar que era el momento adecuado para retirarse. Andando de espaldas hacia la puerta y sin dejar de mirarla ni un sólo segundo, le sonrió de nuevo.

—Mañana. No me falles. O ya sabes a qué te atienes.

Y casi sin esperar que ella replicara, salió del apartamento dando un portazo.

Paige dejó caer su cabeza sobre su pecho y respiró profundamente. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que las piernas le temblaban y que las manos le sudaban. Sintió un hormigueo subir por su espalda e instalarse en la base de su cuello. Se dejó caer en el sofá y enterró su rostro en el hueco de ambas manos.

¡Maldita la hora en que había conocido a Danny Woodwein tantos años atrás!, se dijo Paige con tristeza. Pensó en lo irónica que era la vida. Justo ahora, en que estaba

interesada por otro hombre, el mayor error de su pasado aparecía para hacerle la vida imposible. Se abrazó a sí misma con fuerza, tratando de alejar el frío que amenazaba con dejarla petrificada. ¿Qué iba a hacer?

No tenía el dinero pero, si lo tuviera, ¿se lo daría? Aun si se lo daba, sabía que Danny jamás abandonaría una fuente de ingresos segura, y sus amenazas se sucederían las unas a las otras. Ahora serían quince mil pero, ¿cuánto sería dentro de un mes o de dos? Volvería a ella una y otra vez.

Tenía la opción de acudir a la policía, eso era cierto y la idea la tentaba. La había amenazado e intentado extorsionar, por no hablar de que había entrado en su apartamento. En el caso de que la policía lo arrestara, ¿cuánto tiempo permanecería lejos de ella? Porque, de eso estaba segura, en cuanto él abandonara la cárcel, ella sería la primera persona a quien Danny visitaría. Tenía que admitir que tenía miedo. Más aún, estaba aterrorizada. Ya había abandonado una ciudad y un trabajo por él. No quería volver a hacerlo.

Paige levantó el rostro, pensativa. Y de repente, a su mente acudió el ofrecimiento que le había hecho Grant por si Danny volvía a molestarla. No le había dicho a nadie, y menos a su jefe, que, antes de ese día, Danny había vuelto a aparecer, hostigándola con su sola presencia. Pero en aquella ocasión había ido demasiado lejos.

Se tomó unos segundos para pensar esa segunda opción. No podía hacerlo. Jasor acababa de perder a su hermano. Ella no podía ir hasta él con sus problemas. Grant ya tenía bastantes cosas de las que preocuparse como para que ella también le cargara con sus cosas. No, no podía hacerlo. Lo único viable que ella podía hacer era acudir a la policía, aunque mucho se temía que aquello fuera algo inútil. Miró el reloj que tenía sobre la librería. Si se daba prisa, podía ir a la comisaría antes de partir hacia la casa de Maddie.

Se acercó titubeante hasta la puerta de su apartamento, y casi sin tocar la puerta, como si ésta quemara, cerró la llave y echó el cerrojo interior. Hundió los hombros y se giró sobre sus talones hacia su dormitorio.

CAPITULO 14

Paige pensó que la palabra «enfadada» no se acercaba ni lo más mínimo a cómo se sentía en ese momento. Y es que esa palabra era demasiado suave para lo que en ese momento bullía por su sangre. Había supuesto que acudir a la policía podía ser una pérdida de tiempo, pero lo que en un principio había sido una mera suposición, se había convertido en una cruda realidad.

Nada más entrar en la comisaría, pidió hablar con algún agente de guardia y la hicieron pasar a una sala pequeña, sin ventilación e iluminada por fluorescentes que pendían del techo. Al poco rato, habían entrado un par de agentes que, con desgana, se sentaron en sendas sillas. Cuando los policías le preguntaron que qué deseaba, ella les contó que un antiguo amigo habían entrado en su casa sin permiso.

Antes de responderle, ambos agentes se miraron y Paige había creído ver una mueca de conformismo en el rostro de los dos hombres. Le preguntaron si deseaba poner una denuncia. Ella había preguntado si serviría de algo y los agentes, sin pensárselo siquiera, les habían respondido con una negativa. Cuando Paige hubo oído aquello, se quedó petrificada en su asiento. Los hombres le relataron que amenazas como aquellas se efectuaban todos los días, y si se dispusieran a meter en la cárcel a todos los tipos que las proferían, no habría agentes suficientes en todo Washington para ello, amén de ofrecer protección a todas las mujeres que acudían a diario a esa y otras comisarías.

Cuando Paige les dijo que no pondría la correspondiente denuncia, ellos tan solo le dieron el consejo de que instalara en su casa un buen sistema de seguridad y que asegurara la puerta de entrada a su apartamento con un nuevo cierre blindado.

Incrédula, no supo qué decir. Jamás se había sentido tan vulnerable como en ese momento, pues sabía que, para que la policía se dignara a acudir en su ayuda, Danny tendría poco menos que matarla.

Ahora se sentía más confusa que antes de acudir a la policía. Si en aquel momento había pensado que ellos podrían ofrecerle algo de ayuda, se había equivocado. Y la amenaza de Danny seguía resonando en sus oídos.

Necesitaba alguien con quien hablar; alguien a quien contárselo y que le dijera qué podía hacer. Se mordisqueó el labio mientras giraba el volante al tomar una calle.

Aún podía decírselo a Grant. No era lo que había pensado en un principio pero necesitaba desahogarse. Tal vez él le pudiera aconsejar qué hacer.

Estaba a punto de anoecer cuando llegó por fin a casa de Maddie. Se sentía tan cansada que apenas podía mantenerse en pie, pero no quería dejar aquella visita para el día siguiente, sobre todo porque le había prometido a Grant que se pasaría a ver a su cuñada.

Le parecía mentira todo lo que había ocurrido en un solo día: enterarse de la muerte de Darren, ir a su entierro, encontrarse a Danny en su apartamento al regresar de casa de Grant y terminar en la comisaría intentando poner la denuncia. Parecía que había transcurrido mucho más tiempo.

Inspiró justo antes de poner la mano sobre el timbre. Siempre había odiado aquellos momentos en los que uno debía acercarse a las personas y decirles lo mucho que sentía su pérdida. Le hacía pensar en la fragilidad del ser humano. «En un momento estás y en el siguiente no eres más que un recuerdo», pensó cabizbaja.

Desgraciadamente para los Grant, eso era Darren ahora para ellos: un recuerdo. Fijó la mirada en la puerta. ¡Parecía tan lejana la primera vez que se había apostado en aquel mismo lugar! Casi no podía creerlo. Aquel pensamiento ensombreció su ánimo. Intentó tranquilizarse mentalmente y, con un gesto contenido, llamó a la puerta.

Esperó a que ésta se abriera y, cuando lo hizo, Paige tuvo que parpadear varias veces para asegurarse de que su vista no le estaba jugando una mala pasada. De no haber sido por la juventud del muchacho que estaba apostado delante de ella, Paige podría haber asegurado que el fallecido Darren, o tal vez el propio Grant, le había abierto la puerta. No tenía ninguna duda de que aquel joven era el sobrino de su jefe.

Más alto aún que su tío y que su propio padre, era la versión más joven de los Grant. Aunque de piel clara, lucía un sutil bronceado, casi seguro gracias al cálido sol de California, en donde ella sabía que estudiaba. El pelo, castaño claro, lo llevaba muy corto. Los ojos, expresivos y celestes, mostraban un asombroso parecido con los de su madre.

—¿Qué desea? —preguntó el joven.

Paige compuso una sonrisa para contestarle.

—Hola, soy Paige Hunter. ¿Podría ver a Maddie, por favor? —pidió con cortesía.

El joven se hizo a un lado, permitiéndole entrar al vestíbulo. Sintió los ojos de él

fijos en ella y, de repente, se sintió incómoda. Escuchó cómo la puerta de la entrada se cerraba con un leve sonido.

—Pase por aquí, por favor.

La voz del sobrino de Grant era profunda y grave. Hizo un ademán indicándole que lo siguiera y comenzó a caminar delante de ella, en dirección a la sala que Paige recordaba de su anterior visita. De nuevo, un sentimiento de honda tristeza se abatió sobre Paige. En aquel momento, la casa había rezumado alegría por todos lados. En cambio, ese día, hasta los tímidos y escurridizos rayos de sol de última hora de la tarde que se colaban por las ventanas parecían haberse vestido de luto. Cruzaron el salón hasta una pequeña habitación y entró tras el joven. Nada más traspasar el umbral, Paige se detuvo en seco.

Maddie vestía completamente de negro. Su pelo parecía haber perdido el brillo que normalmente tenía. No podía verle el rostro, ella miraba a su regazo, donde mantenía las manos unidas, sosteniendo un pañuelo blanco que contrastaba con la oscuridad de su vestimenta.

—Mamá... —dijo el joven mientras se acercaba hasta ella. Le puso la mano sobre el hombro con cariño—, alguien ha venido a verte.

La mujer levantó con lentitud la cabeza y fue entonces cuando Paige pudo ver en el rostro de aquella mujer todo el dolor que estaba padeciendo. Mortalmente pálida, los surcos oscuros bajo sus ahora apagados ojos revelaban a gritos todas las lágrimas que había derramado.

—Oh, Paige —dijo sin levantarse de su asiento.

Paige bajó la mirada. Sentía un nudo en la garganta y un escozor que sabía era por las lágrimas que estaban a punto de aparecer en sus ojos. Titubeó un instante más hasta que sus pies reaccionaron por sí solos: caminó hacia ella, se sentó a su lado y la abrazó con fuerza, intentando en vano contener las lágrimas que ya empezaban a descender. Maddie se unió a su llanto de inmediato.

Se sentó a su lado sin deshacer el abrazo que compartían. Maddie se enterró entre los brazos de Paige.

Estuvo un rato sosteniendo a Maddie, que temblaba por el llanto. Pasó su mano gentilmente por su espalda, arriba y abajo, en un vano intento por consolarla.

—Maddie, lo siento mucho —fue lo único que alcanzó a decir, cerca de su oído.

Notó cómo la espalda de la mujer se envaraba y, con una gran fuerza de voluntad,

se separó de ella, despacio, y asintió.

—Lo sé —dijo con dificultad mientras eliminaba con torpeza los surcos que las lágrimas habían dejado en sus mejillas. Le tendió las manos y Paige las sostuvo entre las suyas.

—Me enteré esta mañana, justo cuando llegué a la oficina. Jason intentó hablar conmigo cuando estaba en Chicago, pero mi teléfono se había quedado sin batería —le dijo en voz baja.

Maddie asintió repetidamente, secándose las lágrimas.

—Jason me llamó. Me dijo que habías ido al cementerio, pero que no habías podido llegar a tiempo. Dijo que vendrías esta tarde. Te lo agradezco, de veras.

Ambas mujeres permanecieron unos segundos en silencio, sentadas la una junto a la otra.

—No tienes que agradecerme nada. Sólo siento no haber podido llegar antes.

Maddie asintió y frunció sus labios en una dolorosa mueca. Paige posó una mano sobre uno de sus hombros. La mujer levantó la mirada.

—Esto es un mal sueño, Paige —le dijo con ojos tristes—. Desearía poder despertarme y que no fuera más que una pesadilla.

Ambas mujeres se sostuvieron la mirada por un instante hasta que Maddie rompió ese lazo, elevando la curva de sus labios en un inútil esfuerzo por sonreír valientemente.

Permanecieron sentadas juntas, en silencio, hasta que Paige levantó los ojos. Recorrió la habitación con la mirada. En una silla algo apartada de ellas estaba el joven que le había abierto la puerta. Si lo hubiera visto en cualquier otro lugar, no habría tenido duda alguna de que se trataba del hijo de Darren y Maddie. Como si la mujer le hubiera leído el pensamiento, levantó la cabeza y se dirigió hacia él.

—Hijo, ésta es Paige Hunter, compañera de tu tío Jason. Paige, éste es mi hijo Nathan.

Paige desvió su atención de la madre hacia el hijo, soltándose de Maddie. Tendió su mano hacia la de Nathan y se la estrechó.

—Siento mucho lo de tu padre, Nathan —repuso Paige.

—Gracias, señorita Hunter —correspondió el joven—. Y por favor, soy Nate.

Nathan tenía unas maneras sumamente educadas, a tenor de Paige, y cuanto más lo miraba, más parecido podía encontrarle con su tío. Estaba segura de que era más alto

aún que Grant, aunque parecía no tener la misma envergadura de hombros.

A Paige le pareció que el joven había esperado con paciencia la presentación para unirse a ellas. Acercó la silla hasta donde estaban las dos mujeres sentadas e hizo lo propio.

—¿Así que es compañera de mi tío Jason? —dijo al fin Nate, rompiendo el nuevo silencio que se había establecido entre los tres.

Paige asintió con vigorosidad.

—Bueno, para ser más exactos, estoy en el departamento que él dirige.

El joven alzó una ceja, sin apartar los ojos de ella.

—Entonces la compadezco.

Paige parpadeó asombrada por aquel comentario.

—¿Y por qué me compadece?

Nate compuso una tímida sonrisa.

—Pues por tener a mi tío como jefe.

Miró primero a Maddie para después volver a mirar al joven sentado cerca de ella, intentando reprimir una sonrisa que le parecía fuera de lugar en aquel momento.

—No eres el primero que piensa eso. Pero no debes compadecerme —le aclaró.

Se movió en el sofá, buscando una postura más cómoda. Ahora podía mirar al joven de frente.

—Tu tío me ha dicho que te gustaría trabajar en la empresa —continuó.

El joven se irguió en su asiento, enderezando la espalda y esgrimiendo una sonrisa.

—Así es. El próximo año termino mis estudios y espero estar llamando a su puerta pidiéndole trabajo.

Paige estaba a punto de contestarle cuando una voz la detuvo.

—¿A qué puerta vas a llamar, sobrino?

Los tres ocupantes de la habitación volvieron sus miradas hacia la voz que venía desde la entrada de la habitación. Grant estaba apoyado en el vano, con las manos metidas en los bolsillos.

—Jason, pasa, por favor —dijo Maddie, con una fugaz sonrisa.

Nate volvió la cabeza hacia su tío y le sonrió para volver de inmediato su mirada de nuevo hacia Paige.

—Es a eso a lo que me refiero. Con sólo una simple pregunta es capaz de sembrar

el pánico —dijo, simulando un escalofrío, y se acercó un poco más a Paige para hablarle en tono confidencial—: Debe ser un jefe horrible. En serio que lo siento por ti.

Paige vio cómo los ojos de Grant se pasearon por los tres ocupantes de la sala, pareciendo ignorar los comentarios de su sobrino. Despacio, se enderezó para adentrarse en la habitación. Se acercó hasta Maddie y le puso una mano sobre el hombro con dulzura.

—¿Cómo estás? —le dijo en voz baja.

Maddie ni tan siquiera le miró, pero elevó las comisuras de sus labios en un infructuoso intento por esbozar algo parecido a una sonrisa. Como única respuesta por parte de ella, Jason obtuvo un suave palmoteo sobre el dorso de su mano.

—He traído algo para cenar más tarde —dijo casi disculpándose.

Grant desvió la mirada de su cuñada a Paige. Durante unos segundos, los ojos azules de Grant se demoraron en ella. La saludó con un movimiento de cabeza.

—Hola —lo saludó Paige escuetamente.

—Como siempre, estás en todo, Jason. —La voz de Maddie era apenas un susurro. Volviendo la mirada hacia Paige, Maddie la tomó de nuevo de la mano—. ¿Te quedarás a cenar?

El ofrecimiento tomó a Paige por sorpresa. Miró a la mujer y luego a Grant, de pie junto al sofá.

—No, Maddie. Muchas gracias, pero no puedo. Tengo algunas cosas que hacer aún. Gracias de todas maneras —se disculpó lo más atentamente que supo.

La mujer volvió a bajar la cabeza hacia sus manos unidas en el regazo. Un silencio ominoso se estableció en la habitación.

Nathan fue el primero en romperlo, dirigiéndose hacia donde se encontraba su tío.

—Le estaba contando a Paige que el próximo año me licencio en la universidad y que me gustaría entrar a trabajar en tu compañía.

Grant rodeó el sofá y buscó una silla donde poder sentarse, cerca de su sobrino, y frente a Paige y Maddie.

—Nate, sabes que no podré hacer nada para que así sea. No me lo pidas, por favor.

El hombre joven hundió los hombros con exageración.

—Venga, tío Jason —dijo haciendo que su voz sonara un tanto infantil—. Sé que

algo podrás hacer. Al fin y al cabo, eres uno de los jefes, ¿no?

Jason se movió incómodo en su silla. Agachó la cabeza y negó sutilmente con un gesto contenido.

—¿Sabes cuántos jefes existen en esa compañía? Muchos, por no decir cientos—. Paige vio a Grant fijar los ojos en su sobrino para continuar—: Siento decirte que no podré influir en nada de tu proceso de selección si ellos llegan a admitir tu solicitud. Y mucho menos podré conseguir que vengas a trabajar conmigo. La política de la empresa lo prohíbe expresamente.

El muchacho se levantó de su asiento. Su joven rostro se había vuelto más serio, incluso Paige pudo ver un ligero pulso en su mandíbula, tal y como le había visto hacer a su jefe en alguna ocasión.

—Me has hablado alguna vez de eso, es cierto. Y creo que no debería habértelo pedido. Lo siento.

Grant imitó a Nate y se levantó de su silla.

—Creo que estamos precipitando esta conversación. Hablaremos cuando llegue el momento y cuando te hayas licenciado. —Jason se acercó hasta su sobrino y le puso una mano sobre el hombro. La expresión del rostro del joven Grant cambió, apareciendo en ella una amplia sonrisa que le iluminó los ojos.

Paige seguía atentamente la charla entre los dos hombres, y cuando Grant volvió la vista hacia ella, Paige le sonrió.

—Si me disculpáis —oyó decir a Maddie mientras se levantaba de su asiento y exhalaba el aire de sus pulmones con lentitud, como si el trabajo de hacerlo le pareciera el más difícil del mundo—, iré a descansar un poco antes de la cena.

Mientras se alejaba en dirección a la puerta, y justo antes salir de la habitación, Maddie se giró.

—Paige, si cambias de opinión, serás bienvenida.

Nate se apresuró a ir tras su madre.

—Iré a ver si mamá necesita algo. Disculpadme —se excusó el joven, dejando a solas a Paige y a Grant.

Un breve mutismo se hizo entre ellos. Paige no sabía si volver a sentarse, quedarse de pie o aprovechar el momento para marcharse.

—Gracias por venir a verla —dijo Grant finalmente, con semblante serio.

Ella se encogió de hombros, restándole una importancia que no tenía.

—No me las des, por favor. Era lo mínimo que podía hacer.

El hombre asintió y se acercó a ella, despacio, sin apartar un solo segundo los ojos de Paige.

Lo vio aproximarse hasta ella y tuvo que hacer un esfuerzo para no dejar de respirar. Aquellos ojos azules estaban clavados en ella y le era casi imposible deshacer el lazo. Paige pudo apreciar el cambio que se había producido en ellos. De nuevo esa tristeza instalada en su mirada, mezcla de pérdida y de resignación, que hizo que Paige deseara ir hacia él y abrazarlo con todas sus fuerzas. En poco más de dos pasos, Grant estuvo a su lado.

—¿No puedes quedarte? —preguntó él casi susurrando, con una voz profunda que la hizo estremecerse de pies a cabeza.

Paige hundió un poco los hombros, desalentada.

—No —la palabra se resistió a abandonar sus labios—. Tengo... tengo asuntos que resolver.

Desde que había llegado a aquella casa, su problema con Danny y la visita a su apartamento por parte de éste, había quedado relegado a un segundo plano en su mente al ver a Maddie. Ahora, al decirle a Grant aquella media verdad sobre que tenía asuntos que resolver, había vuelto a recaer sobre su conciencia con toda su gravedad.

Podría hablarle a su jefe de aquello, sí, pero no le parecía apropiado dadas las circunstancias. Lo haría, tal vez, pero en otro momento. Intentaría solventar las cosas por sí sola.

Grant miró por encima de ella a la pared frente a ellos y asintió con un movimiento casi imperceptible. En su rostro, un sutil movimiento de tensión, se hizo notorio en la línea de su mandíbula.

—Te acompañaré hasta la puerta.

Puso su mano gentilmente en la espalda de Paige e hizo que ella pasara delante de él.

Escuchó su paso firme y seguro tras de ella. Llegó hasta la puerta y se volvió hacia Grant.

Lo miró por un instante, de pie junto a ella, mirándola a su vez como si esperara que ella dijera algo. Paige sintió de repente la boca seca y se obligó a sí misma a dirigir su vista hacia otro lado. Si seguía allí parada, con los ojos puestos en él, jamás sería capaz de decirle nada. Se esforzó en que su mente buscara un argumento que la

hiciera salir de aquel trance con su dignidad intacta.

—¿Cuándo vuelves a la oficina? —preguntó al fin.

Grant se encogió de hombros.

—No lo sé. Todo dependerá de cómo se encuentre Maddie y de cuándo podamos arreglar todos los papeles que conllevan estas situaciones.

—Ya —fue lo que Paige alcanzó a decir al tiempo que tomaba en su mano el pomo de la puerta—. Cuídala mucho.

Grant le sostuvo la mirada sin decir una sola palabra.

—Ya... ya nos veremos —le dijo titubeante. Sin saber de dónde había salido, una profunda arruga partió su entrecejo en dos cuando entrecerró los párpados.

—Paige, ¿ocurre algo?

Aquella pregunta sorprendió a Paige. Sabía que sus ojos se habían abiertos desmesuradamente ante ella. La expresión del rostro de Grant cambió ante sus ojos.

—Si te ocurre algo, puedes confiar en mí.

Nada quería más que confiar en él y contarle lo que le había sucedido con Danny, pero se encontró negando con la cabeza.

—Jason, no creo que sea el momento de preocuparte con mis cosas.

Él la tomó con gentileza del codo.

—Paige, lo digo en serio. Si hay algo que te preocupa, puedes contármelo cuando sea.

Paige tomó aire y apretó los labios. Se resistía a contárselo, pero por otra parte, tampoco tenía a nadie más a quien hacerlo y que le ofreciera un poco de luz a aquel problema. Terminó asintiendo con contención.

Se acomodó un mechón de pelo que se había escapado de su media melena y torció el gesto, nerviosa, abrazándose a sí misma.

—Alguien... alguien está intentando extorsionarme —le dijo casi sin pensar—. Intenta que le preste dinero. Y lo de prestar es totalmente un eufemismo.

Grant dio un paso hacia ella, haciendo más corta la distancia que los separaba.

—¿Qué ha ocurrido?

Paige asintió sin pensar antes de explicarle todo cuanto sabía.

—¿Recuerdas a aquel hombre que me saludó a la entrada de la Torre?

Grant asintió sin mucho convencimiento.

—¿Danny era su nombre?

Sin pretenderlo, Paige torció el gesto ante el nombre.

—Sí. Ése era.

Vio a Grant tomar aire y erguirse cuan alto era, enderezando los hombros y la cabeza.

—¿Qué es lo que quiere?

La mano que aún sostenía el codo de Paige bajó hasta encerrar la de la mujer.

—Vamos a sentarnos y hablar tranquilamente.

Paige no pudo hacer otra cosa más que dejar que Grant la guiara hasta el salón. Se sentaron en el sofá, uno junto al otro.

—Y ahora, por favor, cuéntame qué ha pasado.

Intentando ordenar primero sus ideas, Paige pasó a relatarle cómo, al llegar a su apartamento, había encontrado allí a Danny y lo que éste le había exigido. Mientras lo hacía, Grant la escuchaba con interés pero sin intervenir. Paige pensó que, si tenía alguna pregunta o alguna duda, la estaba reservando para cuando ella hubiera terminado. Cuando lo hizo, un ligero suspiro salió de su garganta.

—Y esto es todo, por ahora. Porque con Danny una nunca puede estar segura de nada.

Grant se movió junto a ella, apretando una de sus anchas manos contra la otra.

—¿Has pensado en ir a la policía?

Una sonrisa amarga abandonó involuntariamente los labios de Paige.

—He ido, sí. Y no han sido de gran ayuda. Me dijeron que era poco más que inútil presentar una denuncia. Tan solo me han aconsejado que instale un sistema de seguridad en mi apartamento.

El hombre se levantó y anduvo unos pasos para regresar de inmediato a donde ella estaba sentada.

—Eso está bien como protección, pero si ese tal Danny quiere volver a hablar contigo, una simple alarma no lo va a detener. Irá a verte cuando estés fuera de tu apartamento, donde no haya nada que pueda protegerte.

Paige se mordió el labio inferior, sabiendo que Grant tenía toda la razón.

—Mira, no conozco bien a ese Danny —añadió Grant de pie frente a ella—, pero sí conozco a los tipos como él. Después de esos quince mil serán otros quince, o lo que se le ocurra.

Paige se pasó ambas manos por su rostro.

—¿Crees que no lo sé? Si le doy ese dinero, volverá a por más, porque yo sí lo conozco y sé que sería muy capaz de hacerlo. Pero si no se lo doy, también sé que no dudaría ni un instante en cumplir con sus amenazas.

Un escalofrío recorrió la espalda de Paige de arriba abajo con sólo pensar en volver a encontrarse a Danny en su apartamento. Se abrazó a sí misma, intentando alejar de ella el frío que estaba comenzando a sentir.

Grant se sentó de nuevo junto a ella y le tomó una mano que descansaba sobre su rodilla.

—Volveremos a la policía, presentaremos la denuncia de todas maneras y lograremos una orden de alejamiento para Danny. Creo saber de alguien que podría ayudarnos.

—¿Crees que servirá de algo? No me dieron muchas esperanzas cuando estuve allí. Y estoy asustada de que vuelva a aparecer cuando esté desprevenida.

Vio a Grant tomar aire. Él se giró para tenerle frente a sí, hasta que sus rodillas se tocaron.

—Es normal que estés asustada. Encontraremos la manera de que ese hombre te deje en paz. No estás sola en esto, Paige —le dijo con voz grave.

Paige no logró apartar la mirada de él. Más allá de una frase bonita y contundente, sabía que aquello era verdad: Grant no iba a dejarla enfrentarse sola con Danny. Tomó aire y movió la cabeza asintiendo.

—Mientras encontramos la manera de que se largue de mi vida —añadió Paige, intentando recomponerse—, ¿qué puedo hacer mañana cuando vaya y le diga que no tengo el dinero?

—Has de conseguir un poco de tiempo, hasta que tengamos la certeza de que la policía nos ayudará.

Paige no lograba que aquella sensación de nerviosismo la dejara. Se movió inquieta en el sofá.

—Dicho así parece fácil.

Grant negó con un gesto tajante.

—No, no lo es. Pero hay que hacerlo. Y lograremos que ese Danny pase en prisión una buena temporada.

Quiso creerlo con todas sus fuerzas. Volvió los ojos hacia Grant y le sonrió con

timidez.

—Eso espero.

Se quedaron en silencio durante un rato. Sentía que sus nervios comenzaban a templarse. Respiró hondo y enderezó la espalda.

—¿Te sientes ahora mejor? —le preguntó el hombre.

Ella tardó en asentir el tiempo que le llevó estar segura de su respuesta.

—Mejor, sí. Muchas gracias por todo. Siento... siento haberte involucrado en esto. No es el momento oportuno después de lo que te ha ocurrido.

Grant negó varias veces antes de responderle.

—Tú no has elegido el momento; lo ha hecho ese tal Danny —le dijo con gravedad—. Y me alegro de que me lo hayas contado. Sé que puedo no ser la persona en quien alguien pensaría para contarle una cosa así; que no parezco el tipo más accesible del planeta cuando se trata de temas personales. Debo ser un jefe horrible si hacemos caso de lo que se cuenta por los pasillos.

Grant compuso un gesto divertido al decirlo y Paige no pudo reprimir una amplia sonrisa.

—Yo aún no me he quejado —aseguró casi sin pensar. Grant le respondió elevando una ceja y le dedicó una sonrisa que hizo que Paige no supiera bien si se había olvidado de cómo respirar.

—Bien, tengo que irme —dijo Paige, avergonzada por su comentario, a la vez que se levantaba del sofá. Él hizo lo mismo.

Antes de que ella se hubiera girado para dirigirse hacia la puerta, Jason le preguntó de nuevo: —¿Dónde vas a pasar la noche?

Paige se sorprendió ante la pregunta, elevando las cejas.

—¿Esta noche? ¿Por qué?

Él asintió, despacio.

—Hasta que no te instalen ese sistema de alarma, no deberías estar sola en tu apartamento.

Ella pareció recapacitar unos instantes.

—No había pensado en ello. Tardarán aún unos días en ir, aunque mañana puedo llamar al cerrajero y poner una nueva cerradura de manera provisional. Esta noche puedo llamar a mi hermana o a mi madre y pasar la noche en su casa.

Miró a Grant y vio cierto brillo de preocupación en sus ojos, que la conmovió profundamente. Él pareció sopesar su sugerencia y, tras un breve silencio, terminó asintiendo con un gesto de la cabeza.

—Eso sería lo mejor.

Se miraron por unos instantes y Paige esbozó una ligera sonrisa. Después de todo, había sido una buena idea el hablar con Grant. Con paso lento, como si no quisiera que sus tacones hicieran ningún ruido sobre la madera del suelo, Paige se dirigió de nuevo hacia la entrada.

Al igual que minutos antes, Paige se quedó parada ante la puerta, sin saber qué decir. Al parecer, ese hombre tenía la virtud de hacer que el vocabulario de Paige se borrara de su cerebro cada vez que estaba cerca de ella.

—Adiós —dijo simplemente. Y acercándose más hasta él, le dio un fugaz beso en los labios que tomó al hombre por sorpresa. Paige le sonrió al separarse y, girando el pomo de la puerta, se marchó sin volver la vista atrás.

Una vez más lo había logrado sorprender. La vio marcharse y se preguntó por qué diablos no le había devuelto aquel efímero beso. Quizá porque no lo había esperado en absoluto. Observó cómo Paige se perdía calle abajo. Giró la cabeza y miró sobre su hombro. Su sobrino estaba allí, a unos pocos pasos de él. Ni tan siquiera le había escuchado llegar.

—¿Se ha marchado la señorita Hunter? —La voz de Nathan parecía diferente en sus oídos, más madura.

Asintió.

—Ya —fue la respuesta del joven. Grant siguió con la puerta de entrada abierta, mirando la calle ahora vacía.

—¿Llevas mucho trabajado con ella? —le preguntó su sobrino.

—Bastante —fue su respuesta.

—Ajá. Ya veo. —El joven se balanceó sobre sus talones con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros—. Es una mujer muy guapa.

Aunque la figura de Paige ya se había perdido por la esquina, Grant se mantuvo en la puerta, como si albergase la esperanza de que ella volviera sobre sus pasos, después de haberse pensado la invitación para cenar. Asintió despacio, al tiempo que una leve sonrisa le iluminaba el rostro.

—Lo es —respondió, no muy seguro de que su sobrino hubiese podido oírle.

Notó la mano firme del chico posarse en su hombro.

—¿Sabes qué, tío Jason? Ella haría una buena pareja contigo.

Miró al joven por encima del hombro y no fue capaz de contener una nueva sonrisa aún más amplia que la que ya adornaba su rostro.

—¿Y tú sabes qué, Nate? Te pareces a tu padre más de lo que crees.

Tan pronto hubo doblado la esquina de la calle, Paige se detuvo. No podía borrar de sus labios aquella sonrisa estúpida después de haberlo sorprendido con aquel beso. Lo cierto es que hubiese deseado que él lo hubiese correspondido, pero no podría echárselo en cara. Había sido un día muy duro para él y tenía todo el derecho a estar algo desorientado. Reanudó la marcha, en dirección a su coche.

Grant le había hecho pensar en algo que ella no había considerado: que esa noche no sería prudente pasarla en su apartamento. Pero lo que tampoco podía hacer era ir a casa de su madre o su hermana, como le había dicho a Grant. Ellas querrían saber el porqué de aquella inesperada visita y no estaba entre sus planes el involucrar a nadie más ni asustarlas con la historia de Danny.

Buscó en su bolso el teléfono móvil. Lo sostuvo en su mano, sopesando las posibilidades que tenía. Si no podía acudir a nadie de su familia ¿quién le quedaba? La respuesta le vino a la mente inmediatamente: llamaría a Jake.

Su compañero contestó al tercer tono.

—¡Hola, Paige! —la saludó Jake con efusividad.

—Jake, necesito que me hagas un favor.

—¡Claro! —exclamó él sin dilación—. Dime, ¿qué ocurre?

Paige torció el gesto antes de contestar.

—¿Puedo pasar la noche en tu apartamento?

Antes de que ella pudiese darle alguna explicación más oyó la voz de su compañero.

—Sin problemas —respondió casi sin pensárselo—. Oye, ¿pasa algo? ¿Estár fumigando tu apartamento o algo así?

Paige miró el teléfono como si así pudiese verlo.

—¡No, no es eso! —exclamó con cara de asco—. Gracias, Jake, ahora me vas a

hacer mirar debajo del fregadero.

Jake estalló en una risotada que la hizo sonreír.

—Jake. Te debo una.

—Espero que me cuentes qué es lo que ha ocurrido para que no puedas ir a dormir a tu apartamento.

Ella asintió como si él pudiese verla.

—Sí, sí, te prometo que te lo contaré.

—Bien, estaré aquí. Ven cuando te parezca mejor.

Paige volvió a ponerse en camino, en dirección a su coche.

—Gracias. Llegaré dentro de una hora.

CAPITULO 15

Tenía un terrible dolor de cabeza. Dejó lo que estaba haciendo y, cerrando los ojos, se frotó las sienes lentamente. Estaba cansada, agotada porque no había dormido bien. Pasar la noche en el sofá de Jake no era lo que ella llamaba una noche ideal.

Aunque Jake le había ofrecido su propia cama, ella no había querido aceptarla. Ya le estaba causando bastantes trastornos colándose en su casa como para que, además, le despojara de su cama. El sofá no era demasiado incómodo, pero todo lo sucedido el día anterior aparecía tras sus párpados cada vez que ella cerraba los ojos e intentaba conciliar el sueño. Y su cabeza, involuntariamente, no paraba de darle vueltas al asunto de Danny y al encuentro que tendría con él ese mismo día.

La mañana había sido estresante. Llevaba más de dos horas enfrascada en resolver y dejar listo aquel informe que se le resistía. Cientos de palabras bailaban ante sus ojos. Si hubiera tenido oportunidad, aquél era uno de esos días en los que habría merecido la pena quedarse en la cama y no salir hasta el día siguiente.

Jake entró en esos momentos, abstraído en los papeles que llevaba entre las manos y murmurando en voz baja.

—Hola, Jake —le saludó con desgana.

El hombre levantó la cabeza, deteniéndose ante ella.

—¿Qué? ¡Ah, hola!

Paige enarcó una ceja, extrañada ante aquel parco saludo.

—¿Ocurre algo?

El hombre la miró y hundió los hombros en actitud de derrota.

—No sé qué hacer, de veras. —Se quitó la chaqueta y la arrojó sobre la silla. Paige cruzó los brazos ante su pecho.

—¿No sabes hacer con qué, Jake?

Un suspiro profundo salió de boca de su compañero.

—Con el informe, Paige. Aún hay una parte que no le gusta. —Señaló el dossier que mantenía entre sus manos.

Paige se levantó de su asiento, despacio.

—No te entiendo.

Jake dio dos pasos hacia uno de los archivadores, dejando a Paige a su espalda. Giró sobre sus talones para volver a mirarla.

—Tengo que rehacer una parte del informe. ¿Tienes idea del tiempo que me ha llevado concluirlo? —se quejó.

Una pequeña arruga surcó la frente de la mujer.

—Ya. Lo supongo —asintió con desgana—. ¿A quién no le gusta, Jake? No creo que sea cuestión de gustar o no gustar, sino de que en él se muestren todos los datos que lograste recopilar en la escena del siniestro, y que te llevaron a establecer que... —Miró a su compañero, que estaba distraído rebuscando entre los cajones—. ¿Me estás escuchando?

Jake se volvió y la miró, elevando las cejas.

—¿Cómo dices?

Paige suspiró y elevó su mirada hacia el techo.

—Que no creo que sea cuestión de gustar o no gustar.

—Pues dile eso a Grant.

Paige abrió un poco más sus ojos.

—¿Ya ha vuelto? —preguntó impaciente.

Él asintió con un gesto exagerado.

—Y no está de buen humor, ciertamente —respondió mirando a su compañera—. ¿Recuerdas esa película antigua, esa de Charlton Heston que tiene que combatir con unas hormigas?

La mujer sintió que su cuerpo se tensaba. Le respondió sin dudar.

—Sí, *Cuando ruge la marabunta*. ¿Por qué dices eso?

Jake asintió con un exagerado movimiento de cabeza.

—Exacto. Pues así es como está Grant hoy, como la marabunta: arrasando todo lo que pilla a su paso. No va a dejar títere con cabeza.

Paige se giró con un gesto rápido, alargó un brazo, tomó de encima de la mesa los papeles en los que estaba trabajando y, cerrando la carpeta, se encaminó hacia la puerta.

—¡Paige! —la llamó Jake al ver cómo su compañera abandonaba la oficina de manera tan precipitada.

Ella se detuvo en el dintel de la puerta.

—¿Qué?

—¿Dónde vas? —preguntó intrigado.

—¿Yo? Eh... tengo que entregarle esto a Grant sin falta. —Ondeó la carpeta ante ella.

—¿Y qué es?

Paige exhaló, impaciente. La iba a sacar de sus casillas si no dejaba que se marchara de una vez.

—¿Esto? —dijo sin apenas pararse a pensar—. El informe del siniestro de Chicago. Adiós, Jake —se despidió, sin dejarle opción a su compañero a que hiciera lo mismo.

—¡Oye! —la llamó, pero Paige no hizo caso y siguió su camino hacia el ascensor.

Aquella mañana, al llegar, Paige había llamado a la oficina de Grant. Le había preguntado a su secretaria cuándo volvería, con el pretexto de tener que entregarle el informe de una peritación, y ésta le había contestado que no lo sabía. Al parecer, se había incorporado a lo largo de aquella mañana.

Frenó en seco al llegar a la puerta de la oficina de Caroline. Casi le faltaba el aliento. Había recorrido el trayecto desde el ascensor lo más rápido que le habían permitido sus piernas, y ahora aquel esfuerzo se notaba en su respiración agitada. Se esforzó por normalizarla y optó por esperar unos segundos antes de entrar.

El asunto de Danny regresó a su mente. No podía permitir que él apareciera, pusiera patas arriba su vida y, además, le exigiera dinero. Debía a acabar con eso.

El día anterior le había contado a Grant la visita que le hiciera Danny, pero no había ido hasta allí para hablar de eso. Si sacaba el tema de Danny sería una mera excusa. Sólo quería volver a verlo y saber, además, cómo se encontraba. Respiró profundamente y consideró que ya estaba repuesta lo suficiente de su carrera. Abrió la puerta con cuidado.

Caroline levantó la cabeza al oírla entrar y la saludó con un contenido gesto de la cabeza.

—Buenos días, Paige.

—Buenos días. Caroline, el señor Grant ha llegado, ¿verdad? —preguntó con un dejo de impaciencia en la voz—. Mi compañero me ha dicho que ya se ha incorporado.

La secretaria la miró entornando los ojos.

—En efecto. Llegó después de que llamas. No le he dicho nada de tu llamada porque no dejaste ningún recado.

Paige asintió, inquieta.

—Bien, entonces, ¿podrías informarle de que estoy aquí y que deseo hablar con él?

La mujer pulsó el intercomunicador. Tan solo hubieron de esperar un par de segundos antes de escuchar la voz de Grant.

—¿Sí, Caroline?

—Señor, la señorita Hunter está aquí y desea verle —dijo con voz eficiente y con una perfecta dicción.

Paige contuvo involuntariamente el aire en sus pulmones esperando la respuesta de su jefe.

—Dígale que pase, por favor—. Ambas escucharon el leve chasquido al desconectarse el aparato.

Caroline elevó sus ojos hacia Paige y le ofreció una amplia sonrisa.

—Puedes pasar.

Paige se lo agradeció con un gesto de la cabeza y avanzó hacia la puerta que comunicaba ambas oficinas.

Apenas había entrado en el despacho cuando vio a Grant levantarse de su asiento tras el escritorio. Tenía la mirada clavada en ella, sin que se le escapara ninguno de sus movimientos. Paige anduvo hasta el centro de la habitación y él hizo lo mismo. Se detuvo a medio metro de distancia de él y lo saludó con un contenido gesto de la cabeza.

—Hola —correspondió Paige, dándole vueltas al dossier que llevaba entre las manos.

Grant no dejó de mirarla, con una sonrisa que llegó a sus ojos azules.

—Esta mañana llamé para preguntar cuándo volvías. Caroline me dijo que no sabía nada.

El hombre asintió.

—Ha sido algo improvisado. Las gestiones que debía hacer no me llevaron tanto tiempo, después de todo.

Ella lo miró fijamente, incapaz de apartar la vista de él.

—Jake me dijo que habías vuelto.

Grant hizo un gesto con la cabeza. Giró sobre sus talones y regresó a su asiento tras el escritorio.

—No se fue demasiado feliz hace un rato.

Paige buscó con la mano la silla que tenía al lado y se sentó.

—Algo me ha contado, sí —contestó Paige. Sólo entonces se dio cuenta de que aún llevaba entre las manos la documentación que había cogido a la carrera de su oficina. Lo dejó sobre la mesa de Grant, cerca del borde.

—¿Qué es eso? —preguntó Grant, señalando el legajo con un movimiento de cabeza.

Paige se encogió de hombros, restándole importancia.

—No es nada.

Grant parecía agotado y ojeroso, como si no hubiera descansado lo suficiente, y la mandíbula parecía en tensión. Lo vio pellizcarse el puente de la nariz con un gesto fatigado.

—Durante mi ausencia se ha retrasado mucho el trabajo. He de poner esto al día.

Paige se incorporó en su asiento, preocupada.

—Sólo te has tomado el tiempo que necesitabas. Y aun así, yo pienso que no ha sido el suficiente.

Sus palabras debieron sorprenderle, porque lo vio elevar una ceja.

—¿Cómo está Maddie? —preguntó Paige de inmediato, queriendo cambiar de tema.

Grant suspiró y se reclinó sobre el asiento. Se pasó una mano por la nuca mientras sus hombros parecían relajarse un poco.

—Lo está pasando muy mal. El médico le ha recetado ansiolíticos para poder dormir. Darren y ella estaban muy unidos. Eran un matrimonio muy feliz. —Bajó la cabeza para fijarla en sus propias manos, unidas ante sí sobre la mesa.

Paige asintió, aunque sin pronunciar ni una sola palabra, y dejó que continuara.

—Es una mujer muy fuerte y a veces nos sorprende queriendo hacernos ver que está bien. Pero no lo está. Estoy muy preocupado. —Su voz se había tornado casi un susurro conforme pronunciaba aquellas pocas frases. Paige tuvo que hacer un esfuerzo para lograr escucharle.

Se hizo el silencio entre ambos. Paige no apartaba la mirada de Grant y éste no levantaba su rostro para enfrentarla.

—¿Y tú, cómo estás? —lo sorprendió Paige al preguntarle.

Grant levantó la cabeza como movido por un resorte.

—¿Yo? —La miró como si ella se lo hubiese preguntado en algún idioma extraño. Se levantó con ímpetu de su sillón y se acercó hasta la ventana, dándole la espalda—. Estoy bien.

Ella lo imitó y se levantó a su vez.

—Pues no lo pareces.

Anduvo hacia él y, cuando llegó a su lado, le puso la mano sobre su antebrazo, obligándolo a que la mirara.

—Estás cansado, lo admitas o no. El departamento seguirá en pie aunque tú no estés aquí. Tómate unos días más, Jason.

Las palabras de Paige lo hicieron sonreír. Giró la cabeza y la miró, entornando los ojos.

—Y tú, ¿cómo estás? —quiso saber él.

Fue el turno de Paige de desviar la mirada.

—Yo estoy bien. Preocupada, pero bien.

Grant asintió. Se giró hasta estar de frente a ella.

—Esta mañana volví a hablar con mi amigo en la policía y...

Paige lo interrumpió.

—De verdad te estoy muy agradecida, Jason, pero no quiero que vayas pidiendo favores por mí.

Él hundió los hombros.

—Me temo que no van a poder hacer gran cosa. Las pruebas que tenemos son muy vagas y tampoco sabemos dónde encontrarlo. Lo siento, Paige.

Ella se enderezó, levantando la barbilla.

—Ya veo. Debí suponer que no podrían hacer nada. Cuando fui a ellos la primera vez no mostraron demasiado interés. No iban a cambiar de opinión ahora.

—Lo siento de veras.

Paige hizo una mueca con los labios.

—No pasa nada. Tú no tienes la culpa —le dijo bajando la mirada hasta posarla en

sus pies—. Toda la culpa la tiene Danny, el gusano rastrero de Danny, que estará escondido en algún lugar que haga honor a su condición —dijo Paige entre dientes, notando cómo la bilis le subía por la garganta con sólo mencionar su nombre.

Grant la miró fijamente para asentir tras unos segundos.

—¿Dónde has pactado la entrega?

Paige se volvió hacia la silla, retorciéndose las manos con nerviosismo.

—Yo no he pactado nada con él. Ni siquiera me he planteado darle ese dinero —le dijo mientras se arrojaba pesadamente sobre el asiento—. No tengo ese dinero y, en caso de tenerlo, tampoco creo que se lo daría. Pero... si te soy sincera, en algún momento he pensado qué pasaría si lo hiciera. Si así me evitaría más problemas en el futuro.

Grant cubrió la distancia que los separaba con rapidez, sentándose a su lado.

—Si haces eso, sabes a lo que te expones, tú misma me lo dijiste.

Ella alzó las manos y compuso una mueca de auténtica impotencia.

—¡Ya lo sé! Después de este dinero, pediría más y más. Y jamás podría deshacerme de su sombra. ¡Agh, esto parece sacado de una película de gánsters!

Después de aquel arrebato, Paige miró a su jefe por el rabillo del ojo.

—Tú, ¿qué harías?

Grant dejó escapar despacio el aire de sus pulmones. Se apoyó en el respaldo de la silla.

—Justamente lo que estamos haciendo: ir a la policía e informar de ello. E intentar arañar unos cuantos días más que le permitan a la policía disponer de más tiempo para que den con él.

La mujer se frotó la frente en un gesto de profunda preocupación.

—Intentaré hacerlo. Pero tengo que admitir que Danny me da miedo. No... no sé hasta dónde puede llegar.

Grant la tomó de la mano y la apretó con suavidad.

—Sé que no es algo fácil, pero podrás. Y estoy aquí para ayudarte.

Paige miró primero la mano que sostenía la suya. Era una mano fuerte, de palma ancha y dedos largos. Levantó la mirada y vio los ojos claros de él tan cerca que casi podía verse reflejada en ellos. Por unos momentos, Danny, el chantaje, y todo aquello que tanto la preocupaba quedó relegado a un segundo plano. En ese instante sólo le interesaban esos ojos que la miraban con tanta intensidad.

«Piensa, Paige, piensa. O harás de nuevo el imbécil si sigues mirándolo de esa manera».

—Esperaba ser yo quien te ayudara a sobrellevar la pérdida de tu hermano.

Vio cómo una profunda arruga surcó de un lado a otro la frente del hombre para, inmediatamente, desaparecer.

—Entonces, nos ayudaremos el uno al otro.

Sólo pudo asentir. Con desgana, zafó su mano bajo la de él y se acomodó el faldón de la chaqueta sin saber, en realidad, qué hacer. Grant se enderezó sin dejar de mirarla.

—¿Dónde has quedado con él? —le preguntó.

—En el parque que está junto a la empresa. A las doce.

Grant entornó los ojos, pensativo.

—¿Has pensado qué vas a decirle?

Paige asintió, mostrándose convencida.

—Le diré que el banco no podía darme esa cantidad puesto que hay que hacer una petición por escrito para cantidades por encima de los diez mil dólares. Le diré que lo tendrán preparado para el lunes o el martes, y que yo se lo haré saber —le dijo casi de corrido, como una niña que se había aprendido de memoria la lección para la escuela. Había estado pensando toda la noche en ello y había acordado consigo misma que ésa era una buena excusa—. Espero que sea tiempo suficiente para reunir pruebas e ir a la policía.

Grant se levantó y anduvo de nuevo hacia su sillón tras la mesa.

—Creo que será suficiente.

Un incómodo silencio se hizo entre ambos. Paige estaba demasiado inquieta para permanecer sentada por más tiempo, así que se levantó, a la vez que miraba su reloj de muñeca. Las once y cinco.

—Tengo que irme. Jake se preguntará dónde me he metido.

—Está bien —le respondió con voz grave.

Paige se encaminó despacio hacia la puerta. Antes de poner la mano sobre el pomo, se giró de nuevo hacia donde estaba él.

—Siento mucho lo de Darren. Sé que te lo dije ayer, pero lo vuelvo a repetir. Y si necesitas ayuda, no tienes más que pedírmela. Y gracias por lo de Danny y por hablar con la policía. Me siento un poco más tranquila y... —respiró tras decirlo todo casi

sin tomar aire— ...y será mejor que me calle porque estoy un poco alterada y no sé qué digo.

Se giró hacia la puerta, dispuesta a marcharse cuando escuchó de nuevo a Grant.

—Paige.

El sonido de su voz pronunciando su nombre la hizo detenerse. Se giró despacio para verlo avanzar hacia ella, con paso calmo, mirándola fijamente, sin apartar los ojos ni un solo instante de ella. Se detuvo a pocos centímetros y, alargando una mano, le acarició la mejilla con suavidad. Grant paseó el pulgar por el contorno de su rostro y Paige tuvo que cerrar los ojos para concentrarse en seguir respirando, y en que las rodillas sostuvieran su peso. Se agarró con fuerza al pomo de la puerta hasta que se sintió con ánimo de volver a abrir los ojos.

Grant la miraba con atención.

—Ten cuidado, ¿quieres?

Paige asintió sin saber bien lo que decía.

—Lo tendré.

Girando el pomo de la puerta al fin, Paige abandonó el despacho de Grant.

Tan pronto la vio salir, Grant se volvió a su escritorio. Había estado toda la mañana dándole vueltas a la cabeza sobre qué debía hacer. Ahora ya no le quedaba ninguna duda al respecto.

Regresó hasta la mesa con paso decidido y se sentó tras ella, acercando el sillón. Apoyó los brazos sobre la superficie y sus dedos repiquetearon sobre la superficie, nervioso, con un gesto instintivo.

No iba a negar que estaba preocupado. Nunca, en toda su vida, se había visto envuelto en una situación como aquella. Ciertamente era que había tenido que vérselas con tipos tan desagradables como el propio Danny, pero que lo hubieran chantajeado a él o a alguien a quien conociera, eso nunca le había ocurrido.

Su amigo, el oficial de policía al que había ido a ver aquella misma mañana, le había aconsejado que no fuera Paige la que acudiera a aquella entrevista con quien la estaba chantajeando. El hombre le había explicado el porqué de aquel consejo, pero Grant no recordaba ni una palabra, absorto en sus pensamientos. Si ese tipo, Danny, había sido capaz de entrar en el apartamento de Paige con impunidad y acosarla de aquella manera, no iba a amilanarse tan solo porque ella le dijera que iba a tardar un

poco en conseguir el dinero.

Respetaba a Paige y sabía que ella bien podía arreglárselas con Danny, pero de quien no estaba nada seguro era de ese tipo. Aquel día, frente a la empresa, había podido atisbar el carácter y el temperamento del hombre. Y no dudaba ni un solo instante que, cuando Paige no le facilitara lo que él le había exigido, se pondría bastante nervioso.

No sabía cómo podía Paige tomarse que él acudiera a aquella cita en lugar de ella misma. Y quizá se estaba metiendo en un terreno que no le correspondía y que se atribuía a sí mismo sólo porque ella le había pedido consejo.

Pero de todos modos lo había decidido: sería él el que se presentara en el lugar convenido y a la hora acordada. Y si por ello tenía que soportar el enfado de Paige, lo haría.

Una mueca de desagrado se dibujó en sus labios. Existían dos razones por las cuales no era buena idea dejar a Paige sola. La primera, y fundamental, era que aquel hombre le había caído mal desde la primera vez que lo vio. Tenía que ser justo consigo mismo y aclarar que aquel adjetivo ni se acercaba a lo que sentía cuando pensaba en él. El tal Danny le había caído como una patada en pleno estómago. Sabía que era absurdo un pensamiento como aquél y que no podía dejarse llevar por aquel odio visceral, pero era algo que le sobrepasaba.

Intentaría hablar con él de buenas maneras y trataría de que entrara en razones y que cesara en su empeño de chantajear a Paige. Pero que Dios tuviese compasión de su desgraciada existencia si éste no cooperaba, porque él no iba a ser tan comprensivo ni tan fácil de asustar como Paige.

Grant se reclinó en el asiento y se pasó una mano por la nuca, intentando aliviar la pesadez que sentía, a la vez que buscaba ordenar sus ideas. Aún le quedaba una razón más y era, probablemente, la más poderosa: si pensar en Danny le provocaba que sus dientes chirriaran, más fuertes eran sus sentimientos hacia Paige.

Se había enamorado de ella.

Se había convencido de ello el mismo día que la había llevado al local de jazz, y no quería que Danny le hiciese daño o la asustara más de lo que ya lo estaba. No quería que Paige se arriesgara encontrándose con Danny y que éste perdiera los estribos cuando ella le dijera que no iba a haber ningún dinero.

Grant miró su reloj; le quedaba poco tiempo para decidir qué podía hacer para

impedir aquel encuentro o, como mucho, retrasarlo lo más posible.

De repente, el dossier que llevara Paige cuando entró en su despacho le llamó la atención. Estiró el brazo y tomó la carpeta para hojearla. Ni recordaba a qué póliza pertenecía, ni si ya estaba o no cerrada la investigación. Pasó una página tras otra. Una de ellas era el presupuesto de los bienes que el tomador del seguro había perdido en el incendio. Buscó el encabezamiento y a qué póliza pertenecía. Con una idea rondando por su cabeza, alcanzó el teléfono y marcó casi sin mirar.

Apenas había comenzado a sonar el timbre al otro lado cuando descolgaron.

—Despacho de Diana Sanders.

Grant se acomodó el auricular en la oreja.

—Soy Jason Grant. ¿Podría pasarme con su jefa, por favor?

La mujer que había contestado al teléfono mascullo un casi imperceptible «un momento, señor», y escuchó de nuevo el timbre de llamada.

—¿Sí? —respondió una nueva voz femenina al otro lado.

—¿Diana? Soy Jason. Necesito que me hagas un favor.

Diana Sanders era la jefa del departamento de Marketing y Relaciones Públicas de la *Barret & Giles*, y amiga suya desde hacía muchos años. Si había alguien en la empresa a la que pudiera pedirle un favor, ésa era Diana.

—¡Jason! —se sorprendió la mujer—. Siento mucho lo de tu hermano.

Grant esbozó una mueca, cerró los ojos y asintió.

—Gracias, Diana.

—Bien, dime ¿qué necesitas? —preguntó la mujer con voz algo menos grave.

Él se pasó una mano por el mentón, intentando ordenar sus ideas antes de hablar.

—Verás, necesito que le eches un vistazo al informe final del caso Palmer.

Por un momento pensó que la comunicación se había cortado pues no podía escuchar nada al otro lado. Tras unos segundos, Diana volvió a hablar.

—Claro. Pero creía que esa cuenta estaba ya cancelada.

Grant pasó una hoja tras otra del dossier que tenía frente a él sobre la mesa.

—Eh... sí, pero necesito una segunda opinión.

—¿Has encontrado algo en él, Jason?

Titubeó antes de responder.

—No, claro que no.

—¿Entonces? Creo que mi departamento se reunió con el cliente para la valoración de los servicios prestados por parte de la empresa.

Grant asintió como si ella pudiese verle.

—Tienes razón. Podrías considerarlo como estudio para control de calidad.

Al otro lado se escuchó una carcajada por parte de la mujer.

—Jason, el rendimiento de tu departamento es más que eficiente. Pero si me pides que lo haga, de acuerdo, te haré el favor. ¿Cuándo quieres que le eche ese vistazo?

El hombre se incorporó en su asiento mientras pasaba una hoja del dossier tras otra, sin tan siquiera mirarlas, —¿Tienes mucho trabajo ahora? —preguntó dubitativo.

—Nada que no pueda dejar para más tarde.

Relajó inconscientemente los hombros, esperando que Diana no hubiera escuchado el profundo suspiro de alivio que dejó escapar.

—Dime una cosa —continuó la mujer—, ¿quién condujo la peritación?

Grant respondió sin vacilar.

—Hunter.

Se hizo un silencio entre ambos y, de nuevo, los músculos del cuello de Grant se tensaron.

—¿Hunter? ¿Paige Hunter? —preguntó la mujer subiendo una octava el tono de su voz—. Entonces sabrás que voy a perder el tiempo. Es buena en su trabajo, Jason. Nunca nos ha llegado un mal comentario de ella por parte de un cliente.

Grant sonrió.

—Lo sé, pero necesito que me hagas ese favor.

—De acuerdo, Jason. ¿Sabes si ella estará en su oficina ahora?

Conscientemente, se demoró en contestar.

—Creo que sí.

—Entonces haré que mi secretaria la llame cuanto antes.

Movió su sillón hacia atrás y se levantó despacio.

—Gracias, Diana. Te debo una.

—No me debes nada, Jason —la escuchó decir, como si estuviese conteniendo una sonrisa. Y sin esperar una réplica por su parte, Diana colgó.

Miró el auricular antes de volver a colocarlo en su sitio. Sabía que podía confiar en Diana y por eso la había llamado.

Consideró un momento la posibilidad de estar metiéndose en donde no lo llamaban, pero entonces recordó el rostro de preocupación de Paige cuando le contó todo el asunto. No iba a dejar que ella se presentara delante de aquel hombre, Danny. La parte racional de su mente le decía que era algo que ella debía saber, pero sabía que, si se lo decía, ella declinaría por completo su ofrecimiento. Le importaba mucho Paige, más de lo que había estado dispuesto a admitir ante nadie. Si tenía que afrontar sus posibles recriminaciones por haber actuado de aquella manera, lo haría. Pero ya cruzaría aquel puente cuando llegase al río. Ahora, lo importante era que Paige no acudiría a su encuentro con Danny, y en su lugar, lo haría él.

Cerró el dossier y lo dejó donde lo había encontrado. Cogió la chaqueta del respaldo de su sillón y se la puso de camino hacia la puerta de su despacho. Al abrir, Caroline levantó la cabeza de lo que estaba haciendo y le sonrió tímidamente.

—Caroline, tengo que salir. Si viene la señorita Hunter, dígame que se ha dejado un informe sobre mi mesa.

Y sin esperar a que la mujer le respondiera, salió del despacho con paso rápido.

El parque junto a la torre Barret no era demasiado grande pero, aun así, Grant no sabía en qué lugar había quedado Paige con Danny. No estaba seguro de que la propia Paige lo supiera pues, si había sido Danny el que había elegido el sitio, se habría asegurado de que no darle muchos detalles para así poder manejarla a su antojo y ponerla nerviosa.

Conocía aquel parque bastante bien y por ello optó por ubicarse en uno de los accesos que estaban menos concurridos, ya que estaba más alejado de la avenida principal. Lo había elegido porque, desde allí, se podía divisar a todos los que accedían a él. Miró su reloj. Faltaban pocos minutos para las doce del mediodía. No había demasiada gente paseando, pero sí se podían ver muchos viandantes que lo utilizaban para acortar camino entre la avenida principal y las demás calles adyacentes.

De repente lo vio aparecer. Vestía tal y como lo recordaba. Aunque sólo lo había visto una única vez, aquella fue más que suficiente para que la imagen del hombre se quedara grabada en sus retinas.

Pero más que el atuendo, lo que le llamó la atención fue su manera de andar. A cada paso que daba, dejaba descansar el peso de todo su cuerpo sobre los talones,

haciendo de esta manera que sus hombros y su espalda se proyectaran hacia atrás. Era el caminar de una persona engreída, prepotente y arrogante, aquella que gusta de mirar por encima del hombro a todos los demás y que pretende que todos se aparten a su paso.

Los labios de Grant se convirtieron en una dura línea y entornó los ojos. No le caía bien y no le iba a dar el beneficio de la duda. Iría hasta él y acabaría con todo aquello lo más rápido posible.

No perdió de vista la figura del hombre mientras deshacía el trayecto que los separaba. Danny llevaba en una mano una lata de cerveza grande y en la otra, un cigarrillo. Miraba de un lado a otro, sin duda buscando a Paige. No esperaba su aparición y lo iba a utilizar en su favor.

Cuando tan solo los separaban cinco metros, Grant se detuvo. El hombre le daba la espalda: se había parado para buscar a su alrededor a Paige con la mirada, Grant tomó aire antes de hablar.

—Ella no va a venir.

Danny giró sobre sus talones como si le hubiera pinchado con una aguja. Si estaba sorprendido o no al ver a Grant allí, no lo demostró. Tan solo esbozó una fría sonrisa.

—Suponía que haría algo así —replicó de manera sarcástica, a la vez que miraba a Grant de arriba abajo—. ¿Te ha enviado ella?

Grant no le contestó y se limitó a mirarlo a su vez, evaluándolo en silencio. Danny cambió el peso de su cuerpo de una pierna a la otra, a la vez que daba una larga calada a su casi extinguido cigarrillo. Exhaló el humo despacio.

—Vale, vale, no hace falta que me responda. Vaya, el jefe en persona —dijo mientras se recreaba en cada palabra.

Grant dio un paso más hacia él.

—No me ha enviado nadie.

El hombre arrojó el cigarrillo al suelo sin molestarse en apagarlo.

—¿Ah, no? ¿Así que haciendo de caballero de brillante armadura? —dijo Danny mientras se llevaba la mano al pecho y daba un dramático paso atrás—. ¡Qué romántico!

Grant notó que comenzaban a dolerle las muelas por estar apretando la mandíbula con tanta fuerza.

—Ella no va a aparecer ni tú —dijo enfatizando la palabra— vas a volver a

molestarla.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué?

Grant redujo la distancia que los separaba.

—La próxima vez que te acerques a ella, la policía estará allí para hacértelo entender. Y yo también.

Danny flexionó las rodillas, e hizo que sus manos le temblaran en un gesto premeditado y exagerado.

—¡Uy, qué miedo! El jefe viene a salvar a la chica.

Danny se irguió cuan alto era y clavó sus ojos claros en él mientras su expresión se endurecía. Dio un par de pasos hacia Grant, quedando ambos hombres justo enfrente uno del otro.

—Mira, no suelo hacer amenazas en vano, me hacen perder tiempo, ¿entiendes? Así que dile a esa monada que quiero ese dinero porque...

Las manos de Grant se convirtieron en puños, pegados a sus muslos.

—El que no entiende eres tú —le dijo con voz grave—. Si no has desaparecido de su vida antes del fin de semana, me ocuparé de que no vuelvas a ver la luz del día en mucho tiempo. ¿Ha quedado claro?

Por unos instantes, los dos hombres se sopesaron mutuamente. Danny entornó los ojos, sin amedrentarse.

—No sabes en donde te estás metiendo, guaperas. —La sonrisa que hasta ese momento había dominado el rostro de Danny se había evaporado, al igual que lo había hecho su buen humor.

—Claro que lo sé —le respondió Grant mientras asentía con un único cabeceo.

Grant no dejó de mirarlo ni un solo instante, casi sin parpadear. Después de un tiempo en silencio, continuó: —Lo mejor será que te largues de la ciudad y la dejes en paz.

No esperó a que Danny le replicara. Lanzándole una mirada cargada de desprecio, Grant se dio la vuelta lentamente y emprendió la marcha por donde había llegado.

CAPITULO 16

Paige tenía la sensación de que los últimos días se los había pasado maldiciendo en voz baja la mayor parte del tiempo. Tanta era la frustración que sentía que no había podido hacer otra cosa para desahogarse.

Miró hacia el cielo. Las nubes grises se agolpaban unas sobre otras, ocultando el sol y amenazando con ponerse a llover en cualquier momento. Se subió la solapa de su abrigo, miró de nuevo el reloj y corrió hacia el parque. Si no hubiera recibido aquella llamada, habría podido ser puntual. Con el corazón en un puño, aceleró el paso.

El teléfono había sonado en el momento más inoportuno. Además de la inquietud que sentía por aquella horrible cita, a su nerviosismo había tenido que sumarle la extraña convocatoria de la jefa del departamento de marketing.

Paige aún no tenía muy claro para qué la habían requerido. Esperó unos largos veinticinco minutos para ser recibida por Sanders. Cuando al fin entró, la mujer se tomó su tiempo en hacerle todas las preguntas que le vinieron a la mente, pero Paige no tenía muy claro a qué se debía todo aquello. Cuando Sanders le dijo que podía marcharse habían pasado casi veinte minutos. Paige salió de la oficina y corrió literalmente hacia el ascensor.

Al llegar al parque Paige tomó aire, intentando sofrenar los latidos de su corazón. Tal y como ella temía, Danny no estaba allí. Buscó con su mirada, girando sobre sí misma con un movimiento nervioso. Recorrió una y otra vez los dibujados senderos de gravilla. Después de un largo rato se paró en seco y dejó caer su cabeza sobre su pecho.

Se pasó la mano sobre los ojos, masajeando a su vez las sienes, intentado alejar el creciente dolor de cabeza que estaba comenzando a sentir. No sabía qué podía suceder ahora que ella no se había presentado a la cita con Danny. De repente tuvo miedo. Porque, de eso estaba completamente segura, Danny no se lo iba a perdonar. Casi arrastrado los pies, abandonó el parque.

Comenzó a llover cuando ella emprendía el camino de regreso a la Torre Barret y, aunque corrió hacia la entrada, terminó mojándose.

Sacó un pañuelo de su bolsillo y retiró las gotas de agua que tenía sobre el rostro.

En aquel momento, la entrada a la compañía bullía de actividad. Muchos oficinistas salían para ir a almorzar y otros tantos se incorporaban a sus puestos de trabajo después de un breve descanso. Tan solo el personal de seguridad que vigilaba el acceso a la torre se mantenía en su puesto. Ellos, y el hombre que estaba parado justo en medio del vestíbulo. Aun habiéndolo visto una sola vez, Paige lo reconoció de inmediato. Vestía de manera informal, con unos pantalones vaqueros y una cazadora salpicada por la lluvia. Volvió a mirarlo, cerciorándose de que sus ojos no habían cometido ningún error, y cuando estuvo segura, se acercó hasta él.

—¿Nathan? —preguntó a espaldas del hombre. Éste se giró con un rápido movimiento y una expresión de sorpresa dibujada en su rostro al escuchar su nombre.

—¡Señorita Hunter!

Paige le sonrió, apretando sutilmente los labios.

—Hola.

El joven se movió incómodo, bajó la cabeza y la alzó inmediatamente para mostrarle una nueva sonrisa.

—Yo... he venido a hablar con mi tío pero... he cambiado de opinión. No creo que sea buena idea molestarlo en su trabajo.

Paige lo estudió durante unos instantes. Nathan parecía preocupado y, por unos momentos, Paige olvidó sus propios problemas. Ese chico acababa de perder a su padre y necesitaba hablar con alguien. Sin duda, su tío era una perfecta opción, pero había escuchado a Grant hablarle a su sobrino el día anterior, en su casa, y ella también pensaba que, tal vez, el joven Nathan llevara razón.

Paige asintió.

—Sí, puede que tengas razón. Tal vez lo mejor sea que lo esperes a la hora en que él salga de trabajar.

El desánimo se dibujó en su rostro. El joven se hundió de hombros, pesaroso.

—Entonces, será en otra ocasión. De todas maneras iba de camino hacia la facultad —dijo con una voz que a Paige le sonó apagada y triste.

Paige lo miró entornando los ojos.

—Creía que estudiabas en California.

Nathan cabeceó con convicción de inmediato.

—Así es. Pero estoy pensando en pedir el traslado de expediente a la Universidad de Columbia.

El muchacho se giró para emprender de nuevo la marcha. No había que ser psicólogo para saber que, además de necesitar hablar con alguien, lo necesitaba en ese momento, y no cuando su tío terminara la jornada laboral, pensó Paige. Había sido un día duro para ella, tal vez no fuera la persona indicada para mantener esa conversación, pero se resistía a dejarlo marchar así. Cada movimiento y cada mirada de aquel joven pedían a gritos un poco de atención y unos oídos dispuestos a escucharlo.

—Nate —lo llamó cuando el joven apenas había dado un paso hacia la salida. El joven se giró hacia ella con una expresión de sorpresa. Paige le dedicó una sonrisa—: Si quieres, ¿vamos a mi oficina y esperas a tu tío allí?

Nathan abrió más los ojos, sorprendido.

—No... no quisiera molestarla.

Ella hizo un ademán con su mano, restándole importancia.

—No es ninguna molestia. Vamos, acompáñame.

—Creí que su despacho sería... —dijo el joven sorprendido cuando Paige abrió la puerta de su oficina y lo dejó pasar delante de ella.

Paige lo miró, divertida.

—¿Cómo? ¿Más grande? ¿Más ostentoso?

Nathan la miró por el rabillo del ojo antes de bajar la cabeza a la vez que sonreía, como si estuviese avergonzado de algo que aún no había dicho.

—Siempre creí que todos y cada uno de los despachos de esta torre estaban repletos de obras de arte, esculturas carísimas y paneles de madera en las paredes.

La mujer se acercó hasta su silla, se quitó el abrigo y se sentó, sonriendo.

—Algunos sí son como tú los estás describiendo. Pero estás viendo que éste no es el caso—. Paige se acodó sobre la mesa y, acortando la distancia entre ambos, le dijo en tono confidencial—: Muchos despachos de los directivos parecen el Museo Metropolitano.

Nathan rio abiertamente ante el ingenioso comentario de ella y se sentó en una silla al otro lado del escritorio.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en el despacho de tu tío? —preguntó Paige. Nathan se encogió de hombros.

—Puede que aún estuviese en el instituto. No lo recuerdo.

Paige se entretuvo en observarlo con detenimiento mientras él echaba un vistazo a la oficina, interesado en todo lo que veía. Aunque en apariencia Nathan era todo un hombre, Paige pudo vislumbrar bajo ella al muchacho que acababa de perder a su padre y que intentaba buscarle un sentido a todo lo que le estaba ocurriendo. Por suerte, ella jamás había tenido que hacer frente a una pérdida tan cercana y mentalmente dio gracias a Dios por ello; aunque la relación con sus padres no fuera todo lo buena que debería ser, pensó con cierta tristeza.

—Bueno, al menos sé qué me espera cuando entre a trabajar aquí, si es que eso sucede algún día —dijo al fin Nathan a la vez que volvía a posar la mirada sobre Paige, sonriendo a medias.

—Veo que eres tenaz —le dijo Paige mientras se arrellanaba en su asiento y cruzaba los brazos ante su pecho.

El joven la imitó.

—Sí. Y eso es algo que mi tío sabe.

Por unos instantes, ambos se sostuvieron la mirada y, finalmente, Paige asintió, como si con aquel gesto le estuviese dando la libertad para que hablase lo que quisiera. Ella estaba dispuesta a escuchar cualquier cosa que Nathan quisiese contarle.

El joven bajó la mirada y la clavó en sus propias manos, como si hubiese entendido aquel gesto de ella.

—Cuando Jason me llamó a California y me dijo que... que mi padre estaba muy enfermo —comenzó diciendo torpemente—, tomé el primer avión hacia aquí. Jamás pensé que esto sucedería.

Paige bajó la mirada, evitando así un contacto directo con los ojos del muchacho. A Nathan le estaba costando articular las palabras: estaba tratando de abrir su corazón a alguien que apenas conocía y, además, hacerlo sobre la dolorosa y repentina pérdida de su padre. No era una tarea fácil.

—Salí sin dar explicaciones a nadie y no creo que nadie sepa qué ha pasado realmente. Bueno... —miró a Paige y le sonrió, mostrándose incómodo—, me dio tiempo a llamar a una amiga, Heather. Pero ahora...

—Ahora te preguntas qué debes hacer, ¿no es cierto? —le dijo con el tono de voz más suave que fue capaz de usar.

Nathan asintió.

—Me quedan tan solo cinco asignaturas para terminar la carrera. Si vuelvo a California, dejaré a mamá sola y eso es, en estos momentos, lo último que quiero. — Sus ojos estaban llenos de preocupación—. Pero, por otra parte, si pido el traslado de mi expediente, puede que pierda lo que queda de año, y sé que mi madre no lo va a permitir e insistirá en que me vaya y termine este año.

Acercó su mano hasta la del joven y la apretó tímidamente en la suya.

—¿Y llevarte a tu madre a California? ¿Has contemplado esa posibilidad?

La sugerencia hizo que Nathan levantara la cabeza y mirara a Paige con ojos entornados.

—Nunca aceptaría eso. Su vida ha estado siempre aquí. No se marcharía, créame, conozco a mi madre Paige se mordió el labio inferior sin saber qué decir. En efecto, ella no conocía a Maddie lo suficiente como para saber cuál sería su elección.

—Nathan, ¿has hablado con ella? ¿Te ha dicho ella qué piensa de esa posibilidad?

Volvió a bajar la cabeza, negando a su vez.

—No me he atrevido. No quiero parecerle egoísta pensando sólo en mí y en mis estudios. Además, quería hablarlo con Jason antes.

Paige asintió con un cabeceo.

—Ya veo.

Nathan resbaló un poco por el asiento de la silla, quedando sentado en una postura algo incómoda pero con la que el joven parecía estar a gusto.

—Sí, pero tampoco debería cargarle a él con más cosas —contestó levantando la mirada, encontrando la de Paige—. Todos los días va a visitarnos y comprobar si necesitamos algo. Se está volcando con nosotros y sé que está muy cansado. Pero eso es algo que él no admitirá nunca: tiene la cabeza muy dura.

Paige suspiró y frunció los labios.

—Lo sé.

«Vaya, al menos no sólo soy yo la que lo cree», pensó.

Durante unos instantes, la oficina quedó en silencio. Nathan continuaba sentado frente a Paige, al otro lado del escritorio, con la cabeza agachada y los ojos clavados en el dorso de sus manos. Sin Paige esperarlo, Nathan sonrió.

—Sabe, cuando era niño, quería ser como Jason. Recuerdo verlo llegar a casa y pensar: «de mayor quiero ser como él». Durante un tiempo, mi padre pensó que se me

había pasado el afán de querer imitarlo. Se llevó una sorpresa cuando le dije que quería estudiar arquitectura. Mi padre pensaba que yo seguiría sus pasos o que, tal vez, me inclinaría por una carrera que no tuviera nada que ver con la de ningún miembro de la familia —explicó Nathan mientras se pasaba la mano por el pelo, desordenándolo sin intención.

Paige le sonrió a su vez, recordando cómo la elección de sus propios estudios fue tema de conflicto familiar.

Nathan la miró con ojos entornados.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando con Jason? —preguntó, sorprendiendo a Paige. Ella elevó las cejas.

—¿Tiempo? Hace bastante.

—Entonces, Jason le habrá hablado de por qué terminó estudiando arquitectura.

Una sonrisa se instaló en el rostro de Paige.

—Pues no. Tu tío y yo no tenemos esa clase de amistad como para contarme esas cosas, Nate —le respondió.

El joven la miró entornando los párpados.

—¿Ah, no? No... no me lo pareció ayer, en casa.

Paige sintió que sus mejillas se sonrosaban un poco.

—Además, no creo que él sea de esas personas que vayan contando por ahí su vida.

Nathan volvió a asentir, esta vez con un convencido cabeceo.

—Lo sé. Y que yo recuerde, siempre ha sido así. Pero ¿sabe? Creo que se debe al tiempo que se pasó en el ejército.

Paige se incorporó, reclinándose sobre la mesa.

—¿Por qué dices eso?

Nathan se encogió de hombros.

—Cuando mi tío entró a formar parte del ejército, dejó a un lado los estudios porque, en parte, él pensó que no los necesitaba. Decía que había cosas que no casaban con otras.

Paige pestañeó, elevando casi imperceptiblemente las cejas.

—No logro entenderte.

El muchacho volvió a incorporarse en su asiento y cruzó una pierna sobre la otra.

—Su afición a la pintura no era, digámoslo así, muy bien vista entre sus compañeros de brigada. No sé muy bien cómo, pero ellos se enteraron de que Jason era bueno con el pincel, realmente bueno. Y ahí comenzaron las burlas. La gente puede ser muy cruel cuando quiere. Consideraban su afición poco masculina. ¡Menuda idiotez! Claro que muchos de ellos perdieron algún que otro diente cuando mi tío llegó a oírlos. —El joven se rio como si, en ese momento, estuviera viendo semejante escena—. Porque normalmente esos comentarios los hacían a sus espaldas. Y por esa causa se vio más de una vez en problemas, teniendo que darles explicaciones a sus superiores y terminando en el calabozo. Al final se cansó de todo aquello y fue cuando comenzó a estudiar arquitectura. Al menos allí podía hacer algo que se asemejaba a lo que a él en verdad le gustaba.

Paige no supo qué contestar. Abrió y cerró la boca varias veces antes de pronunciar alguna palabra.

Los ojos del joven se agrandaron, escépticos.

—¿Ha estado alguna vez en su casa?

Entonces Paige recordó la única vez que había estado allí y asintió con timidez.

—¿Se fijó en los cuadros? —preguntó Nathan.

Paige volvió a asentir, despacio

Nathan se inclinó sobre la mesa y se apoyó en ella, buscando una nueva postura para su espalda.

—Son suyos. Todos. Y son fantásticos. Una vez, cuando yo cumplí dos años, le regaló a mamá un retrato mío. Me chantajeaba con golosinas para que me estuviera quieto y así poder pintarme —sonrió Nathan al recordar—. Según me dijeron, mamá se lo estuvo agradeciendo día tras día durante un mes entero.

Una enorme sonrisa se dibujó en el rostro de Paige, y un cálido sentimiento se abrió paso en su interior al mirar a aquel chico. Nathan bajó la cabeza para fijar la mirada en sus propias manos.

—Jason ha sido la persona que más he respetado y admirado, además de mi padre. Y yo también soy bueno con los pinceles —dijo mientras una expresión de tristeza oscurecía sus facciones.

Paige se enderezó en su asiento, inclinándose sobre la mesa.

—Hagas lo que hagas, tu padre estaría orgulloso de ti, Nathan. Y Jason también. Estoy segura de ello —dijo mientras le ofrecía una cálida sonrisa que el joven

correspondió.

Paige recordó aquel momento en que se fijó en los cuadros que había en la sala del apartamento de Jason Grant y cómo le llamaron poderosamente la atención. Saber que él los había pintado no hacía más que fortalecer la admiración que ya sentía por él y le mostraba una faceta que no había pensado que existiera.

Por varios minutos, Nathan continuó relatando anécdotas de su infancia y Paige lo dejó hablar, intuyendo que aquello no era algo muy normal en él. Como si le estuviera leyendo el pensamiento, Nathan se detuvo y la miró.

—Bien, señorita Hunter, creo que le acabo de regalar un dolor de cabeza para todo el día —dijo mientras se levantaba de la silla sin previo aviso. Paige lo imitó.

—En absoluto. Me ha agradado mucho conocer esas anécdotas sobre ti y sobre tu tío.

Nathan levantó las manos delante de sí, componiendo una expresión de fingido terror.

—Si Jason me pregunta sobre qué le he contado lo negaré todo, ¿de acuerdo, señorita Hunter?

Ambos rieron y Paige asintió de manera exagerada.

—Si sigues llamándome señorita Hunter ten por seguro que, en cuanto salgas por esa puerta, telefonaré a tu tío y se lo contaré todo.

El muchacho abrió los ojos desmesuradamente por un instante hasta que cayó en la cuenta de la enorme sonrisa que lucía Paige. Entonces echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Está bien, Paige. ¿Mejor?

—Mucho mejor. Gracias.

El muchacho rodeó la silla para detenerse tras ella.

—No quiero entretenerte más. Gracias por tu tiempo, Paige —dio media vuelta y, con paso ágil, se acercó hasta la puerta. Se volvió hacia Paige una vez más y la saludó con la cabeza antes de salir.

—Ha sido un placer —respondió Paige, aunque el joven ya no fue capaz de escucharla.

Paige miró el reloj del salpicadero de su coche por tercera vez en el mismo

minuto. Involuntariamente, los ojos se desviaban hacia él. Llevaba sentada casi una hora al volante, aún estacionado en el aparcamiento de la compañía, y no sabía cuánto tiempo más iba a permanecer allí, pero su intención era esperar. Volvió a mirar el reloj. Las siete y doce.

Después de la partida de Nathan, Paige había vuelto a pensar en Danny y, cuanto más lo hacía, más se descontrolaban sus nervios. Su trabajo se había visto afectado: no había podido prestar atención a nada de lo que se había empeñado en leer. Derrotada, había recogido todos los papeles y estaba resuelta a marcharse a casa cuando pensó que no era aquello lo que quería hacer, lo que deseaba hacer.

Se movió incómoda en el asiento de su coche, pero todos sus esfuerzos eran inútiles. Cerró los ojos e intentó calmarse respirando profundamente.

Allí estaba ella, sentada dentro de su coche, en el aparcamiento, esperando a que Grant saliera de la oficina. Desde donde estaba podía ver el coche de su jefe aparcado, así que estaba segura de que él aún no se había marchado.

Podría haberlo hecho más fácil: podría haber ido a la oficina y preguntar por él, pero se arrepintió de ello antes de salir por la puerta. También pudo haberlo llamado por teléfono, pero le pareció que lo que quería hablar con él, era para hablarlo en persona. Así que optó por esperarlo a la salida de la oficina. Se movió de nuevo en su asiento, inquieta. Entonces lo vio llegar.

Grant entró en el aparcamiento, pulsó el mando a distancia y las luces naranja del coche destellaron. Vio al hombre andar hacia él y abrir la puerta de detrás del conductor para dejar allí su maletín y su abrigo. Paige salió de su vehículo y se dirigió hacia él. Grant acababa de cerrar la puerta y se estaba colocando el cinturón de seguridad cuando Paige llamó con los nudillos al cristal de la ventanilla.

Grant giró la cabeza, sorprendido. Aquella expresión desapareció de inmediato y Paige creyó ver en su rostro una leve sonrisa. Grant bajó la ventanilla.

—Paige, ¿qué haces aún aquí? —preguntó él.

Ella le sonrió a medias, se agachó un poco para estar a la misma altura y se encogió de hombros.

—Parece que mi coche vuelve a fallar y no arranca. Así que he decidido esperar a que salieras —le mintió con descaro. A su coche no le pasaba absolutamente nada, pero bien podría utilizar aquella excusa para tener un momento para hablar con él. De su fallido encuentro con Danny. O de lo que fuera.

Grant posó sus manos sobre el volante.

—Creí que salías a las seis.

Paige miró su reloj y torció el gesto con aire inocente.

—Y así es.

—¿Llevas esperando aquí una hora?

Paige asintió, mirándolo directamente a los ojos.

—¿Te importa si te pido que me dejes cerca de mi casa? —le preguntó—. Así podremos hablar de camino.

Grant le correspondió con una media sonrisa. Un segundo después, asintió con un cabeceo convencido.

—Sube. Te dejaré en tu casa —contestó Grant.

Paige tomó aire y sonrió. Con paso seguro rodeó el coche, abrió la puerta junto al asiento del conductor y se sentó.

—No quiero que cambies los planes que tenías. Puedes dejarme en algún lugar cercano —le dijo una vez que se hubo abrochado el cinturón.

Él negó con rotundidad.

—Lo siento —comenzó diciendo, a la vez que una media sonrisa se encajaba en su rostro—, pero no soy de los que dejan a una dama sola cuando está en apuros.

Paige le sonrió abiertamente y asintió.

—De todas maneras, aún te sigo debiendo ese café. Si no tienes nada que hacer, claro. Así podremos hablar con tranquilidad.

Fue consciente de que contenía la respiración unos momentos, justo hasta que él respondió.

—No, no tengo nada que hacer. Al menos, nada que no pueda esperar hasta mañana.

Paige se limitó a asentir. Grant puso en marcha el coche y abandonaron juntos el aparcamiento de la Torre Barret.

Danny abrió la puerta de su apartamento con rudeza y, con un fuerte empujón, hizo que rebotara contra la pared, cerrándose con un estruendoso golpe. Se quitó la chaqueta y la arrojó con rabia sobre el sofá con gesto exagerado. Anduvo hacia la pequeña cocina, para acto seguido desandar el camino. Estaba furioso. Le dolían las

mandíbulas de tanto apretar los dientes y le estaba comenzando a doler la cabeza. Y sólo una persona tenía la culpa de aquello: Paige.

«Ella y ese cabrón de jefe suyo», se rectificó a sí mismo mentalmente. Desde que abandonó aquel parque había conducido sin rumbo fijo, intentando así que toda la rabia que sentía se disipara un poco. Pero había sido un error. Lejos de calmarse, conducir por Washington había contribuido a enardecer aún más sus ánimos, que en ese momento no eran una balsa de aceite.

Se acercó al sofá. Sobre él había una caja de pizza, vestigio de su última cena. Con violencia, la lanzó contra la pared y un trozo que aún quedaba dentro de ella salió disparado hacia un rincón de la habitación. A esa hora podría haber estado riéndose del mundo con su dinero en el bolsillo. Habría sido así si aquel hijo de puta no se hubiera entrometido en su vida.

Como si se hubiera tratado de un caballero andante, había acudido a rescatar a Paige de su trama, dejándolo tal cual había llegado: sin un centavo. Se le revolvió el estómago. Todo había marchado bien hasta entonces y ahora la cosa se había complicado.

Debió imaginar que Paige no se lo pondría del todo fácil pero jamás pensó que ella acudiera a alguien para que le resolviera sus problemas.

—Zorra —masculló entre dientes.

¿Qué iba a hacer ahora? El tiempo corría en su contra. Necesitaba ese dinero fuera como fuese. Miró de reojo la mesa de café, atestada de latas de cerveza vacías. De una fuerte patada, todas ellas terminaron esparcidas por el suelo con un gran estrépito. Danny se arrojó sobre el sofá. Debía pensar en algo y debía hacerlo cuanto antes.

Metió la mano en el bolsillo buscando el paquete de cigarrillos. Al encontrarlo vacío, su mal humor se hizo más hondo. Con desdén lo desechó a un lado.

Paseó la vista por el lúgubre apartamento. Había tenido la esperanza de marcharse ese mismo día de aquel tugurio con la cartera repleta de billetes. Recordarlo hizo que la bilis le subiera por la garganta.

No sabía cuál era el nombre de aquel tipo, el jefe de Paige, pero no debía ser muy complicado averiguarlo. Tan solo tenía que pensar.

Una sonrisa burlona surcó de repente su boca, entornando los ojos a la vez. Aquella empresa era enorme, lo había comprobado el día que vio a Paige por primera vez en Washington. Cientos de personas trabajaban allí a diario y, a buen seguro,

muchas de ellas eran despedidas o se iban por propia voluntad. Aquella compañía debía generar trabajo para mucha gente, y preguntar si necesitaban a alguien no le iba a suponer una gran pérdida de tiempo. Se rascó la barbilla en un gesto ausente. Entrar a trabajar allí sería perfecto. Los tendría a los dos vigilados y sabría en todo momento qué hacía Paige y, por descontado, el hombre. Soltó una carcajada, echando a su vez la cabeza hacia atrás. Era una idea magnífica, la mejor que se le podría haber ocurrido. No iba a parar para conseguir lo que se proponía sólo porque aquel tío le hubiera dicho que se alejara de Paige.

Ahora él tenía nuevos planes y nuevas peticiones. Ya no se iba a conformar con quince de los grandes. Doblaría su petición, a ambos. Le devolvería a Picardi su dinero y tendría el suficiente para vivir la gran vida durante una temporada.

A Paige ya la había asustado con colándose en su casa pero, ¿qué podía hacer con él?, reflexionó. Se levantó del sofá y anduvo despacio hacia la cocina. Era un jefe, un mandamás de aquella empresa. «Nadie llega a esos sitios sin tener un cadáver en el armario», pensó Danny con ironía. Abrió la nevera y sacó una nueva lata de cerveza. Sería fácil encontrarle algún sucio asunto que él querría mantener oculto y que, por tanto, le sirviera para chantajearlo. Dio un trago largo a la fría bebida y se limpió la boca con el dorso de la mano a la vez que emitía un desagradable sonido.

Se sentía satisfecho consigo mismo. Había ideado un plan y estaba impaciente por comenzar con él.

Miró el reloj. Eran algo más de las siete, demasiado tarde para presentarse allí y preguntar por un puesto vacante. Lo tendría que dejar para el día siguiente. Se volvió hacia el salón y se dirigió hacia la ventana. Si de algo estaba seguro era de que, tanto Paige como aquel tipo, lo iban a pagar muy caro. Estaba tan seguro de ello como de que amanecía cada día.

CAPITULO 17

Como si hubieran pactado un acuerdo, durante todo el trayecto ninguno de los dos mencionó una sola palabra de nada relacionado con Danny.

Paige abrió la puerta de su apartamento y ambos entraron. Grant pasó tras ella, cerrando tras de sí.

—Siéntate mientras yo preparo el café —dijo al mismo tiempo que dejaba su abrigo en el perchero.

Grant asintió e imitó a Paige, dejando su abrigo junto al de ella.

Antes de llegar a la puerta de la cocina, Paige se detuvo en seco y se giró hacia él.

—Si quieres, puedes echarme una mano.

Con un único y enérgico cabeceo, acompañado de una amplia sonrisa, Grant se encaminó hacia la cocina.

Paige sacó el café y las tazas, y echó agua en el hervidor. Iba a darle al botón cuando plantó ambas manos sobre la encimera y tamborileó con los dedos. Se giró despacio hacia donde se encontraba su jefe, con la mirada algo entornada y una media sonrisa en los labios.

Grant alzó las cejas.

—¿Ocurre algo?

Paige negó con la cabeza.

—¿Qué te parece si, antes de ese café, cenamos? Puedo preparar algo, no sé. O ir al restaurante italiano que está en la esquina y que hace las mejores pizzas de salchicha del mundo. Si te apetece, claro.

La sonrisa que apareció en el rostro de Grant hizo que su corazón se saltara un latido y que una sonrisa igual de amplia apareciera en su rostro.

—Me parece estupendo —contestó él.

Antes de darse cuenta, ambos habían tomado sus abrigos y cerrado la puerta del apartamento.

Paige se sorprendió varias veces durante la cena pensando en lo sumamente fácil que le resultaba hablar con Jason. Sonrió al pensar que ya no era Grant para ella; al

menos, no mientras estaban fuera de los estrictos muros de la compañía.

En efecto, la pizza estaba tan buena como ella recordaba, y él se lo corroboró en varias ocasiones mientras las porciones desaparecían del plato.

Tuvo que dejar la pizza a un lado más de una vez porque no podía comer y reír al mismo tiempo. Grant era un gran conversador, y ella nunca habría imaginado que bajo aquella máscara de seriedad que lo adornaba se escondía un hombre que era capaz de hacerla reír de aquella manera.

«Hermana, estás perdida. Te has enamorado de él sin remedio», pensó.

Cuando terminaron la comida, Paige no tuvo que recordarle que su ofrecimiento seguía en pie: ambos emprendieron rumbo hacia su apartamento sin abandonar la cómoda charla que habían compartido durante aquel tiempo.

—Así que mi sobrino te contó todo eso —dijo Grant mientras dejaba sobre la mesa la taza de café bajo la atenta mirada de Paige.

Ella asintió sin paños calientes. Un segundo más tarde recordó que, a lo mejor, no debería haberlo hecho. Se envaró en el asiento y torció el gesto.

—Le dije que no iba a decirte nada.

Grant bajó la cabeza mientras la movía de un lado a otro, despacio, y Paige temió por unos instantes haber metido la pata hasta el fondo. Entonces, Grant levantó la mirada y le sonrió, apenas una elevación de la comisura del labio.

—No estás enfadado —dijo Paige, más una esperanza que una auténtica pregunta.

Grant volvió a negar con la cabeza sin dejar de mirarla.

—No, no lo estoy.

Como si le hubiesen quitado una losa del pecho, Paige dejó escapar el aire de los pulmones. Entonces ella también sonrió.

—Le prometí a Nathan que no te diría nada y ya ves, en cuanto tengo oportunidad lo hablo todo. Mi madre siempre me ha dicho que soy una charlatana —dijo antes de dar un sorbo a su café.

Grant rio abiertamente.

—No estoy enfadado, pero me hubiera gustado contártelo yo mismo —le dijo mientras se acodaba sobre la mesa, acercándose a ella.

Paige agradeció en silencio al cielo el estar sentada. Intentó recomponerse como

pudo, acomodando un mechón de pelo que no necesitaba esa atención.

—Aquel día, en la cafetería del hospital, me contaste algunas cosas sobre tu etapa en el ejército, pero te dejaste otras en el tintero.

Él la miró y se inclinó hacia delante, haciendo menor la distancia entre ellos.

—Aquel día —dijo, comenzando la frase tal y como ella lo había hecho—, te conté muchas más cosas de mi vida de las que tengo por costumbre contar.

Paige lo miró directamente a los ojos. Aquellas profundas lagunas azules la atraían como si se tratara de un poderoso imán. Por un momento, ambos se sostuvieron las miradas, sin articular palabra. Al cabo de unos segundos, Paige se obligó a sí misma a romper aquel lazo.

—Y a mí me habría gustado que lo hubieras hecho tú —dijo Paige mientras apartaba la taza de café, ya frío, y se acercaba más a la mesa—. ¿Sabes? Lo que me ha contado tu sobrino me ha hecho darme cuenta de un par de cosas.

—¿Qué cosas? —le preguntó Grant de inmediato, con voz grave y sin dejar de mirarla ni un solo instante.

Paige frunció los labios de manera instintiva.

—La primera es que sé muy pocas cosas de ti. Y la segunda, que esa primera no me gusta nada y quiero ponerle remedio.

Grant enarcó una ceja y le sonrió.

—Bueno, técnicamente son tres cosas —le dijo, apurando el café que quedaba en su taza—. Pero de acuerdo.

Paige parpadeó varias veces.

—¿De acuerdo, qué?

Grant se encogió de hombros.

—Pregunta lo que quieras. No soy muy dado a hablar de mi vida privada, lo sé, pero haré un esfuerzo.

Ella asintió con rotundidad.

—Buen comienzo.

El hombre se reclinó sobre el respaldo de la silla y cruzó los brazos ante su ancho pecho.

—¿Por dónde quieres que empiece?

Paige elevó un poco la comisura de sus labios en una tímida sonrisa.

—¿Qué te parece si me cuentas por qué dejaste de pintar?

Grant frunció el entrecejo, entornando los ojos a su vez.

—¿Eso también te lo ha contado mi sobrino?

Ella negó categóricamente con la cabeza.

—Eso lo he deducido yo sola.

Paige bajó las manos y las colocó sobre su propio regazo, ocultándolas de la vista de Grant. Pese a que se había sentido cómoda durante toda la cena y mientras habían estado preparando el café, cuando él se sentó frente a ella y comenzaron a hablar de lo que su sobrino le había contado, los nervios de Paige habían comenzado a campar a sus anchas por su estómago. Había temido que Grant se hubiese tomado a mal que Nathan le hubiese estado hablando de él, pero no había sido así, y ella se alegraba muchísimo. Vio a Grant tomar aire y expulsarlo lentamente.

—Como ya te conté, dejé el ejército y me matriculé en la universidad, en arquitectura —comenzó diciendo, fijando sus ojos en las manos que mantenía unidas sobre la mesa.

—Hubieras podido estudiar Bellas Artes —intervino Paige.

Él asintió con gravedad.

—Sí, y lo consideré durante un tiempo, pero estaba seguro de que aquello no sería como tener una auténtica profesión que llevara dinero a casa todos los meses.

Grant pareció esperar a que ella comentara algo. Cuando Paige no lo hizo, él continuó: —Pintar era mi pasatiempo favorito. Me sentía en paz conmigo mismo delante de un lienzo o frente a una hoja de papel. No me importaba dónde fuera. Recuerdo ir a casa de mi hermano y llevar conmigo una maleta llena con mis cosas de dibujo. También recuerdo unas navidades, cuando Nathan era muy pequeño. No le hizo caso a ningún juguete más que a la caja de pinturas que yo le había regalado.

Paige sonrió. Se acomodó en su asiento y miró al hombre. Se había perdido en sus propios pensamientos; su mirada estaba fija en algún punto sobre la mesa, como si aquello le ayudase a recordar.

—Cuéntame eso, por favor —le pidió Paige.

Los labios del hombre se curvaron con una sonrisa.

—Yo solía pasar temporadas en casa de mi hermano. Mis padres murieron cuando aún éramos muy jóvenes pero, afortunadamente, nos tuvimos el uno al otro —dijo con cierta tristeza en su voz—. Cuando nació mi sobrino, yo apenas tenía veinticuatro

años y él era un niño muy especial. Se colgaba de mis piernas y no me dejaba en paz ni un solo momento. Un año, siendo Nathan muy pequeño, Maddie y mi hermano bajaron al niño al salón para que recogiera sus regalos el día de Navidad. La habitación estaba plagada de paquetes. Nathan comenzó a abrir las cajas una a una, rápidamente; en cuanto veía el regalo, pasaba al siguiente. Hasta que encontró lo que estaba buscando. No era otra cosa que una simple caja de lápices y un cuaderno para pintar. Miró a su madre y con una gran sonrisa le dijo que ése era el mejor regalo que había tenido. Dejó regalos por abrir y se sentó en un rincón a dibujar. Mi hermano se acercó a él y le preguntó si no quería seguir abriendo los paquetes. Él negó con contundencia diciéndole que no, que tenía lo que quería. Y que podría pintar tan bien como su tío. —Grant levantó la mirada y la fijó en ella. Tenía los ojos brillantes y los labios apretados—. No supe qué decirles a mi hermano y a Maddie.

Paige quiso tender su mano hacia él y tomarle la suya, pero antes de hacerlo se detuvo, convirtiéndola en un puño bajo la mesa.

—Tu sobrino te admira mucho.

Grant se pasó una mano por los ojos, acompañado de un leve gruñido de cansancio.

—Sólo Dios sabe por qué.

—Yo sí lo sé —repuso Paige casi sin pensar.

De repente sintió el calor subir hacia sus mejillas. Las palabras habían salido por su boca antes de que su cerebro pudiese procesarlas. Grant la observó con una mirada interrogante, y ella, lejos de apartarla, la clavó en él.

—Aún no sé por qué dejaste de pintar.

El hombre siguió mirándola unos segundos más en silencio, con la vista fija en ella.

—Lo dejé cuando no supe qué pintar —dijo sin más.

Paige se incorporó en su asiento, irguiendo la espalda. No necesitó preguntarle nada más. Grant continuó: —Por lo general no solía planearlo. Cuando cogía un lienzo dejaba que las líneas y los colores fluyeran, como si tuvieran vida propia. Podía ser un paisaje marino, o algo completamente distinto, no me importaba lo que fuera. Un día... —dijo retrepándose en su asiento—, un día me quedé en blanco. Después de darle muchas vueltas y quedarme algunas noches sin dormir, entendí la razón de ello: mi matrimonio estaba agonizando y mi trabajo me absorbía más de la

cuenta. De repente, ya no tuve más ganas de pintar.

Ella entornó los ojos.

—¿Y lo dejaste así, por las buenas?

Él asintió sin reservas.

—Fue una pena —intervino Paige, sin pensárselo dos veces—. Lo hacías muy bien. Me fijé en los cuadros de tu casa y hoy Nathan me ha dicho que son tuyos.

Paige había apoyado los antebrazos sobre la mesa, reduciendo la distancia que la separaba de Grant. Tenía el rostro de él a apenas medio metro y podía distinguir con total claridad la barba que comenzaba a ensombrecer su mentón. Bajó un poco la vista para fijarse en su cuello y en la porción de piel que descendía más allá del borde de la camisa. Volvió a levantar la mirada y encontró los ojos de Grant fijos en ella, como si quisiese asomarse al interior de su alma; como si pretendiese conocer todos sus secretos y leerla como un libro abierto. Y Paige se sorprendió deseando que aquello fuera verdad, que lo que veía en su mirada no fuera fruto de su imaginación. Paige tomó aire y se obligó con desgana a desviar la mirada hacia su derecha, hacia algún punto indeterminado más allá de la mesa.

—Creo que debo irme —oyó decir a Grant y su cabeza volvió a él como accionada por un resorte.

No quería que aquella velada terminara.

«Entonces, ¿qué es lo que quieres, Paige?» oyó decir a una vocecilla en el interior de su cabeza.

La respuesta a aquella pregunta fue inmediata: deseaba con todas sus fuerzas a aquel hombre que acaba de anunciar que se marchaba.

Grant se puso en pie despacio y ella lo imitó, aunque tuvo que ordenarle a sus piernas que se pusieran en funcionamiento. Grant rodeó la silla y se dirigió al perchero en donde había dejado su abrigo. Antes de tomarlo, se giró hacia ella con reticencia.

—He estado hablando yo todo este tiempo, pero tenía entendido que tú querías contarme algo, ¿no es así?

La mente de Paige intentó conjurar un pensamiento coherente; intentó recordar de qué había querido hablarle, pero en lo único que podía pensar era que nada le importaba más en aquel instante que aquel hombre.

Nada le importaba más en aquel instante que aquel hombre.

Estiró su mano y la posó sobre el abrigo.

—No te marches —le dijo. Apenas reconocía como suya aquella voz grave. Sentía la garganta seca y atenazada por los nervios. Clavó su mirada en él.

Grant cerró los ojos, dejando caer la cabeza hacia atrás, y exhaló largamente el aire de sus pulmones.

—Dios, Paige, no sabes cuánto deseo quedarme. Pero...

Antes de que el hombre agregara algo más, Paige rozó la mano de Grant, que tenía sobre el abrigo que aún colgaba del perchero. Él bajó la mirada para encontrar la de ella.

—No, nada de peros. Quédate —le dijo mientras se acercaba más hacia él, haciendo casi inexistente la distancia que los separaba.

La mano de Paige acarició el dorso de la mano masculina. Era una mano fuerte y ancha. Paige paseó su pulgar por los nudillos y vio cómo un sutil movimiento aparecía en su mandíbula, fruto de la tensión.

Grant giró su mano bajo la de Paige y atrapó la de ella, agarrándola con fuerza. La atrajo hacia él y Paige la siguió sin oponer resistencia. Acababa de pararse delante de él cuando Grant cubrió los pocos centímetros que los separaban y, despacio, bajó la cabeza hacia ella.

Primero fue un roce, apenas una caricia de sus labios contra los de ella. Algo casi etéreo y cálido pero que la sacudió de pies a cabeza como una corriente eléctrica. Apoyó sus manos sobre los fuertes antebrazos de Grant y lo atrajo más hacia ella, si aquello era físicamente posible, sin querer romper aquél frágil beso ni por un momento.

Si alguna vez, en algún lugar de su mente, había tenido alguna duda sobre si ella deseaba aquello, esa incertidumbre se había resquebrajado por completo, rompiéndose en mil pedazos. Con un suave gemido abrió un poco más los labios y arañó suavemente con los dientes el labio inferior de Grant.

Sus manos viajaron por sus brazos, subiendo por sus bíceps; unos bíceps trabajados y musculosos, escondidos bajo aquellas camisas que tenían la osadía de ocultarlos. Llegó hasta sus hombros, deleitándose con la fuerza que emanaba de él. Sin abandonar aquel beso, Paige colocó las palmas abiertas sobre el pecho masculino. Si había pensado que su corazón era el único que estaba desbocado, se había equivocado por completo. Si aquel beso no la estuviera dejando sin aliento,

saber el efecto que ella estaba teniendo en él sí que lo habría logrado.

Grant se había limitado hasta ese momento a besarla, con los brazos pegados a su propio cuerpo. Fue entonces cuando sus manos viajaron por sus caderas hasta recalar en su cintura y, despacio, la pegó a su cuerpo tanto como le fue posible.

Paige dio gracias en silencio por que él la estuviese sujetando, porque no estaba muy segura de si sus rodillas podrían sostenerla. Un leve gruñido salió de su garganta. O tal vez fue de la de él, no lo sabía.

Sus manos ascendieron por el cuello de Grant. El pelo corto de la nuca le cosquilleó en las palmas de sus manos. Grant gruñó antes de echar la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados. Paige sonrió al ver expuesta aquella porción de piel que estaba deseando acariciar.

Cuando posó sus labios sobre su garganta, notó la sangre correr alocada por sus venas. Depositó un sinfín de besos sobre la línea de la mandíbula, algo áspera por la barba, y hasta su oreja, recreándose en él.

—Paige —lo oyó susurrar entre dientes. Ella se alzó sobre las punteras de sus zapatos para atrapar el lóbulo de su oreja entre los dientes. De inmediato, las manos de él se cerraron con fuerza en su cintura para, a continuación, pasearlas por su espalda hasta su cuello. Sus manos atraparon su cara y, con suavidad, le ladeó la cabeza para poder acceder a su boca y hacer el beso más profundo. En esa ocasión fue ella la que dejó escapar un gemido del fondo de su garganta.

Paige se rindió sin capitulaciones. Abrió sin retrainimiento su boca y dejó que él la poseyera. Su lengua salió al encuentro de él, feliz por darle la bienvenida. Una ola de calor le recorrió la espalda, subiendo hasta su cabeza e inflamando todo lo que encontraba a su paso.

Tan sólo cayó en la cuenta de que necesitaba respirar cuando sus pulmones le reclamaron oxígeno. Grant se separó levemente de ella, con la respiración entrecortada y sus ojos azules convertidos en dos pozos negros en los que podía ver cuánto la deseaba. Grant apoyó su frente contra la de ella, ambos intentando tomar aliento.

—Paige, por favor, dime que pare —le rogó.

Un escalofrío recorrió la espalda de Paige de arriba abajo. Antes de contestarle, su cabeza ya había comenzado a negar como si tuviese vida propia.

—No voy a hacerlo.

Grant volvió a tomar sus labios con voracidad y con ímpetu, como si fuese lo último que fuese a hacer en su vida y quisiese recordarlo para siempre. Paige notó todos los poros de su piel erizarse.

Las manos de Grant se cerraron en torno a sus mejillas, acariciándolas con los pulgares mientras ahondaba su beso, pidiéndole paso hacia el interior de su boca. Sus lenguas se encontraron, entablando una lucha de poder que Paige estaba dispuesta a perder. Ella se agarró a las solapas de su chaqueta como si su cordura dependiese de ello.

Cuando él intentó dejar su boca, ella se quejó sutilmente hasta que comprobó que sólo había cambiado el objeto de sus atenciones. Se dedicó a besarla por la mandíbula y el cuello, y Paige dejó caer la cabeza hacia atrás, exponiéndolo completamente a él. Los labios de Grant dibujaron una imaginaria línea plagada de besos entre la oreja y el punto en donde su cuello se encontraba con el hombro, que la hizo quedarse sin respiración.

Las manos de Paige se colaron bajo la chaqueta de Grant y, con habilidad, hizo que resbalara por los brazos del hombre hasta que la prenda cayó al suelo, a sus pies.

El nudo de la corbata no se resistió y, unos segundos después, terminó junto a la chaqueta.

Las manos de Grant le acariciaban la espalda, arriba y abajo. Podía sentir a través del tejido de su blusa el calor que éstas emanaban. Iba a comenzar a desabrocharle la camisa cuando las manos de Grant la detuvieron.

—Paige, espera —lo oyó decir con la respiración entrecortada. Grant apoyó su frente contra la de ella. Paige sólo quería seguir besándolo y buscó de nuevo sus labios, sin querer hacerle caso. Grant se retiró hacia atrás un centímetro, cerrando con fuerza los ojos—. Por Dios, Paige, espera. No... no podemos seguir.

Como si le hubieran echado un jarro de agua fría por la cabeza, Paige se enderezó.

—¿Por qué no? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Acaso no quieres...?

Grant encerró el rostro de Paige entre las palmas de sus manos con delicadeza. Volvió a acercarse a ella para besarla con suavidad.

—¡Claro que quiero! —dijo contra sus labios—. No hay nada que desee más. Sólo es que... ¡Dios, me siento un adolescente en su primera cita! No he traído...

Una enorme sonrisa apareció en su rostro. Paige lo miró a los ojos.

—No has traído protección —concluyó Paige por él, fijando la vista en los labios

masculinos—. No te preocupes, soy una mujer precavida.

El hombre volvió a atrapar sus labios.

—Me gustan las mujeres precavidas —murmuró contra ellos y atrayéndola hacia él todo lo que podía.

—Entonces estoy de suerte —respondió Paige, uniendo sus manos tras su cuello.

Paige volvió a besarlo, tomándose su tiempo. Despacio, comenzó a desabotonar la camisa, deseando poder sentir su piel desnuda bajo la palma de sus manos.

Sin esperar, Grant tomó sus manos entre las suyas, las besó y las apartó con gentileza, continuando el trabajo que ella había iniciado.

Él comenzó a desabrocharse los botones de la camisa, uno a uno, con calma. Paige se sintió hechizada por aquellos dedos y la cadencia de sus movimientos. Una corriente eléctrica recorrió su cuerpo, instalándose bajo su vientre.

Cuando por fin la camisa tomó el mismo rumbo que las demás prendas, Paige dejó escapar el aire que, involuntariamente, había estado reteniendo. Acercó sus labios al pequeño hueco que se adivinaba en la base de su cuello, donde se unían las clavículas, y lo besó, despacio, recreándose en ello. Grant la tomó por los brazos con fuerza contenida, como si quisiese evitar que ella se separara de él. Eso era algo que ella no tenía intención de hacer, aunque el suelo se abriera bajo ella.

Su piel estaba caliente bajo su tacto. Paige inhaló su aroma, mezcla de colonia y su propia esencia. Cerró los ojos y lo acarició, una y otra vez, sintiendo como bajo las yemas de sus dedos la piel del hombre se erizaba.

Ella aún estaba completamente vestida y nunca antes le había pesado tanto su propia ropa. Dio un paso hacia atrás, separándose de él. Tomó el primer botón de su blusa, luego el otro, hasta que todos estuvieron desabrochados. Mientras lo hacía, Grant no apartó los ojos de su rostro. Se sostuvieron la mirada hasta que Paige deslizó la blusa por sus hombros, dejándola caer.

La tomó por la cintura y paseó las manos sobre su cuerpo, atrayéndola de nuevo hacia él. Paige cerró los ojos, sólo consciente de su roce: en cómo las yemas de sus dedos ascendían por su brazo para deshacer el camino de inmediato, una y otra vez, dejando su piel encendida y sensible. Sintió cómo todos y cada uno de sus poros respondían a aquellas caricias que encendían su sangre.

De repente, la mera presencia de su sujetador le pareció demasiado asfixiante. Estaba a punto de quitárselo cuando los dedos de Grant soltaron el cierre delantero de

la prenda. Paige dejó que la prenda resbalara por sus hombros hasta acabar a sus pies, junto con todas las demás.

Grant la acercó a él tanto como pudo. Sentirlo contra ella era embriagador. La besó en el cuello en el punto en donde se unía al hombro y descendió por él. Sus manos le acariciaban los costados, subiendo lentamente por las costillas para acabar abarcando sus pechos con reverencia.

Un nuevo quejido salió de la garganta de Paige. No sabía cuánto tiempo más podría soportar aquellas caricias sin disolverse como el azúcar en el agua. Apresó sus manos, que aún la estaban acariciando, y las oprimió levemente, haciendo así que él intensificara su presión sobre los pechos. Sus pezones eran duras puntas bajo la palma de sus manos, y ansiaba tanto su contacto que casi le dolía.

Paige abrió los ojos y lo encontró mirándola, con los labios entreabiertos y la respiración superficial. Ella le dedicó una sonrisa y, tomándolo de la mano, lo guió hasta su dormitorio.

La luz de la luna iluminaba la habitación, colándose a hurtadillas por la ventana. Tan sólo se interponía la delgada tela de la cortina.

Se giró hacia él, que la miraba con ojos oscurecidos por el deseo, y lo besó de nuevo, con la misma intensidad que minutos atrás.

Aquellos besos ya no eran suficientes. Lo quería por entero, lo quería en su cama. Cuanto antes. Paige se dejó caer sobre el colchón a la vez que lo encerraba entre sus brazos y lo arrastraba con ella. Ni tan siquiera se preocupó del edredón.

Sus manos iban a volverla loca. Estaban por todas partes, descubriendo cada milímetro de su piel, como si quisiese memorizarla. Paige no supo cómo se desembarazó del resto de su ropa, ni cuándo él se deshizo de sus pantalones o de sus zapatos. Lo único que le importaba era que ya nada se interponía entre sus manos y la piel de aquel magnífico hombre que estaba tendido a su lado, besándola como no recordaba que nadie lo hubiera hecho hasta ese momento.

Estiró un brazo hacia la pequeña mesilla que había junto a la cama y, del cajón inferior, sacó un pequeño envoltorio metálico que dejó sobre la almohada. Giró la cabeza hacia él y le sonrió, cómplice, y estuvo segura de que la media sonrisa que vio en el rostro de él intentaba disimular el ligero rubor que vio en sus mejillas.

Paige rodó hasta el centro de la cama, atrayéndolo hacia ella. Cada caricia que Grant le ofrecía dibujaba senderos de fuego líquido en su piel y amenazaba con

convertirla en cenizas. Paige arqueó la espalda, buscando el placer que él le brindaba.

No creía que pudiera soportar por mucho más tiempo que él se limitara sólo a prodigarle aquellas caricias que la encendían por momentos. Lo quería dentro de ella, lo deseaba con tantas fuerzas que dolía.

Grant volvió a besarla, con más urgencia, devorando sus labios. Paige arqueó la espalda de puro placer.

Aquellas manos eran una auténtica tortura para sus sentidos: la acariciaban dejándola hambrienta y deseosa de más. Él paseó una mano distraídamente por su costado, perfilando la forma de la cintura y la cadera, hasta llegar a la llanura de su vientre. Bajó despacio y Paige contuvo la respiración cuando él se detuvo. Buscó su mirada y la encontró fija en ella. Le sonrió y, colocando su mano sobre la suya, lo guió para que continuara descendiendo.

Grant no necesitó que lo alentara más; le separó ligeramente las piernas y la acarició con delicadeza antes de introducir uno de sus dedos dentro de ella. Paige contuvo la respiración al notarlo entrar en su interior. Estaba húmeda y más que preparada para él. Paige se incorporó lo justo para buscar sus labios, los que encontró de inmediato, dispuestos a besarla.

La espalda de Paige se arqueó bajo las expertas caricias de Grant, entrando y saliendo de su cuerpo sin darle tregua. Echó la cabeza hacia atrás y se agarró con fuerza al edredón.

—Jason, por favor.

Se sintió vacía cuando la mano de él abandonó su cuerpo. Abrió los ojos lo justo para ver como él había tomado el pequeño envoltorio de la almohada y lo rasgaba. Unos instantes después, Grant volvió a besarla en el cuello y en la oreja, mordisqueándole el tierno lóbulo. Paige cerró los ojos y se retorció ante aquellas hábiles caricias. Se movió bajo él, acomodándolo entre sus piernas. De un solo envite, Grant se enterró dentro de ella.

Ambos contuvieron la respiración casi al unísono. Paige arqueó la espalda al recibirlo. Su cuerpo, poco a poco, se fue adaptando a su intromisión. Abrió los ojos para encontrar los de él a apenas unos centímetros de los suyos, fijos en ella. Grant descendió para besarla, recreándose en ello.

Pasó los brazos por detrás de su cabeza y lo atrajo hacia ella. Grant comenzó a

moverse, despacio, saliendo de su cuerpo para, antes de abandonarlo por completo, volver a enterrarse en ella. Paige le acarició la espalda, notando cada músculo en tensión bajo sus palmas.

Grant se apoyó sobre sus manos.

—Paige, mírame —le ordenó con dulzura.

Ella le obedeció.

Él comenzó a moverse de nuevo dentro de ella, con suavidad primero hasta encontrar un frenético ritmo que enloqueció a Paige. Ella salió a su encuentro, acompañándole en cada embestida.

Paige alzó las caderas, haciendo que él se introdujera más profundamente en su interior. Cruzó las piernas tras la espalda del hombre, acercándolo todo lo posible.

Grant emitió un gruñido de placer al sentir cómo ella le brindaba su cuerpo. Bajó la cabeza y enterró su rostro en el hueco de su cuello para besarlo.

Era más de lo que sus sentidos podían soportar. Paige se movió debajo de él, acompañándolo en sus movimientos.

Le oyó decir su nombre, varias veces, y Paige sintió cómo los músculos de su cuerpo se tensaban. Un segundo después un intenso orgasmo la atravesaba, dejando un millar de pequeños puntos luminosos tras sus párpados. Entrelazó los dedos con los de Grant y se dejó llevar, gritando su nombre y apresando las caderas masculinas con fuerza entre sus piernas.

El cuerpo de Grant se tensó sobre el suyo. El hombre embistió una vez más y otra más hasta que encontró su propio desahogo mientras susurraba su nombre una y otra vez como un mantra.

Unos instantes después, que a Paige le parecieron dolorosamente cortos, Grant se incorporó un poco, apoyándose en sus antebrazos para aligerar su peso del cuerpo de Paige. Las manos de Paige deambularon de manera lánguida por los costados, despacio, arriba y abajo, recreándose en la calidez de su piel mientras él cerraba los ojos y sonreía, satisfecho. Esa misma sonrisa no se había borrado del rostro de Grant cuando volvió a mirarla y ella, como premio, le correspondió con un nuevo beso, fugaz y cálido.

Con desgana, Grant se tumbó a su lado, con la respiración aún agitada, tal y como estaba la suya. Pasando uno de sus brazos bajo la cabeza de Paige la atrajo hacia él. Paige se sentía como un gato que se ha tomado toda la leche del cuenco y que no

podía parar de ronronear; se pegó a su costado y cruzó un brazo sobre su estómago, enredando una de sus piernas entre las de él. Descansó su mejilla en su pecho, y el latido enérgico de su corazón le llegó con claridad hasta su oído. Automáticamente, el brazo de Grant se cerró más sobre su hombro para acercarla a él todo lo que pudo. Sintió el suave beso que depositó en su pelo antes de que se levantara y se dirigiese hacia el baño.

Ella acababa de meterse debajo del edredón cuando Grant regresó, minutos después. Destapó una de las esquinas y Grant se unió a ella.

Instintivamente, Paige volvió a pegarse a su costado, buscando otra vez el calor de su cuerpo. Y, de nuevo, Grant la abrazó con fuerza.

—Tengo que decirte algo —se sorprendió diciendo Paige, rompiendo el cómodo silencio que se había instalado entre ellos.

Grant se giró hacia ella, recostándose a su lado.

—¿El qué?

Ella tardó unos segundos en contestar. Fijó su mirada en el techo y esbozó una tímida sonrisa que hizo que las comisuras de sus labios se elevaran sutilmente.

—A mi coche no le pasaba nada —le confesó. Paige giró la cabeza para mirarlo.

Paige no sabía qué reacción esperar por parte de él. Los músculos de la cara de Grant no se movieron un ápice hasta que, unos segundos después, sonrió abiertamente. Ella incorporó un poco la cabeza de la almohada.

—No se me ocurrió otra excusa —le dijo, a modo de disculpa—. Es lamentable, lo sé. Y entendería que te molestara.

Él buscó sus labios y volvió a besarla, tomándola por la cintura y atrayéndola hacia él.

—No me molesta. En lo que a mí respecta puedes usar esa excusa cuantas veces quieras —le dijo cuando por fin abandonó sus labios.

Paige alzó una ceja.

—¿Voy a tener que utilizar ese truco más veces? Vaya, yo pensaba que ya no haría falta —y ambos rieron, divertidos.

Paige no recordaba la última vez que se había sentido así de bien con un hombre en la cama. Tenía que admitir que no había tenido mucha suerte en el pasado en asuntos de pareja, y Grant estaba siendo un contrapunto perfecto a aquella nefasta tendencia suya.

Sin darse cuenta de cómo había ocurrido, la sonrisa se fue borrando poco a poco del rostro de él para ocuparla una expresión que Paige creyó interpretar como preocupación. Grant bajó la mirada sin dejar de abrazarla.

—Paige, creo que yo también debo decirte algo.

—¿Es la noche de las confesiones?

Grant no sonrió. Se giró sobre su espalda y clavó la mirada en el techo. Paige borró la sonrisa que llevaba prendida en sus labios al ver el rostro serio del hombre. Enarcó una ceja y esperó a que él comenzara a hablar.

—Sé por qué no llegaste a tiempo al parque esta mañana.

Sus palabras la tomaron de sorpresa. Paige elevó una ceja al escucharlo al tiempo que se incorporaba en la cama, quedando sentada. Se tapó de manera instintiva con el edredón, arrugándolo delante de su pecho.

—¿Cómo dices?

Él se quedó tumbado a su lado unos instantes más hasta que la imitó, sentándose.

—No encontraste a Danny en el parque, ¿verdad?

Paige negó con un solo movimiento de cabeza, sin entender demasiado qué estaba diciendo Grant.

—No. Cuando llegué no estaba.

Vio cómo Grant tomaba aire antes de responder.

—Yo estuve hablando con él a la hora que acordasteis.

Los ojos de Paige se abrieron desmesuradamente. Tomó aire, intentando ordenar sus ideas.

—Por favor, explícate, porque no comprendo nada.

Grant destapó el edredón y se sentó al borde de la cama, dándole la espalda.

—Yo hice que Diana Sanders te llamara a su despacho.

Paige bajó la cabeza, sin saber bien cómo se sentía.

—Continúa —le instó Paige con los ojos fuertemente cerrados. Lo oyó tomar aire antes de volver a hablar.

—Le pedí que te llamara, para así poder ir yo en tu lugar.

Paige encogió las rodillas contra su pecho y se abrazó a sus piernas, dejando descansar la frente sobre las rodillas.

—Yo no te pedí que te hicieras cargo de esto, Jason —le dijo, cuando logró

ordenar sus ideas y fue capaz de articular palabra—. Te pedí ayuda, es cierto, pero no tenías ningún derecho a hacer lo que has hecho.

Paige giró la cabeza hacia donde estaba él sentado. Vio cómo los músculos de la espalda del hombre se tensaban, siendo visibles aún bajo la tenue luz que iluminaba la habitación.

—Tienes razón; no tenía ningún derecho a hacerlo. Pero no me pidas que lo sienta. No podía dejar que fueras tú sola a hablar con alguien que ha sido capaz de amenazarte de la manera en la que lo ha hecho.

Paige dejó escapar el aire de sus pulmones muy lentamente. Asintió a pesar de que sabía que él no podía verla.

—Habrías podido decirme qué pensabas hacer y hubiéramos hablado de ello.

Grant negó con la cabeza.

—Podría haberlo hecho pero, ¿y si te hubieses negado? ¿Crees que me hubiese quedado de brazos cruzados sabiendo que ibas a verte con él?

Paige se mordisqueó el labio inferior. Aún sentía el calor del cuerpo de aquel hombre dentro del suyo y ahora sentía un frío incómodo que recorría toda su espalda. La cabeza le daba vueltas, sin saber qué decir o qué hacer. Ella había estado aterrada cuando Danny se presentó en su casa y había decidido contárselo a Grant.

«¿Y si yo hubiese estado en el lugar de él? ¿Y si hubiesen amenazado a alguien que me importara de verdad, tal como ha hecho Danny?», pensó. Y convino que, tal vez, ella habría terminado actuando de la misma manera.

Se mordió el labio inferior y apretó los párpados. Despacio, posó una mano sobre la espalda del hombre y la acarició tímidamente. Sintió los músculos tensarse bajo su palma y la piel erizarse bajo su contacto.

Paige se acercó hasta él, apoyando ambas manos en sus bíceps.

—Jason —comenzó diciendo mientras se humedecía los labios resacos—, no debiste hacerlo, pero sí, creo que yo hubiese hecho lo mismo si hubiese estado en tu lugar.

Grant giró levemente la cabeza para poder mirarla por encima de su hombro. Ella continuó: —Tendría que estar enfadada contigo, pero sólo puedo pensar en que te has comprometido por mí. Ahora Danny no te dejará en paz.

El hombre se giró por completo hasta quedar frente a ella. Sin pretenderlo, una sonrisa apareció en los labios de Paige. Grant le rozó la mejilla con la mano con tal

dulzura que hizo que Paige dejara escapar todo el aire de sus pulmones.

—No iba a dejar que lidiaras tú sola con ese tipo. No podía.

Ella lo acalló con un beso. Grant le respondió al instante, atrayéndola hacia sí.

—Dime que, si esto vuelve a pasar, me contarás lo que vayas a hacer antes de hacerlo.

Él asintió.

—Lo haré, te lo prometo.

Paige le dedicó una sonrisa sincera y amplia que obtuvo como recompensa un beso por parte de Grant que la dejó sin respiración y dando gracias al cielo por estar ya en la cama y no tener que arrastrarlo hasta ella. Grant se separó unos centímetros de su boca para buscar el lóbulo de su oreja.

—Si vuelves a sonreírme de esa manera, no tendré más remedio que volver a hacerte el amor —le dijo con voz profunda cerca de su oído.

Los ojos de la mujer chispearon. Se separó de él para asegurarse de que podía verla.

—¿Qué sonrisa? ¿Ésta?

Paige se desperezó en la cama con una amplia sonrisa prendida en su rostro y parpadeó varias veces antes de ser capaz de abrir los ojos. El sol entraba por la ventana, iluminando la habitación con su presencia. Levantó la cabeza y la giró hacia donde Grant había dormido toda la noche, pero él no estaba allí. La almohada aún acusaba su presencia y la cama todavía estaba tibia en aquel lado. De un salto se levantó, buscando con la mirada algo que ponerse. Sintió cómo los músculos de su cuerpo le reprochaban tan súbito movimiento y sonrió recordando la noche que había pasado con Grant. Encontró su bata sobre una silla y, pasándola por los hombros, salió de la habitación.

Paige se esforzó en oír algún sonido que le dijera que Grant seguía en el apartamento. No quería pensar que él se hubiese marchado sin haberse despedido de ella. Fue hasta la sala, cruzó por ella y se dirigió a la cocina. Allí, delante de una de las encimeras, estaba él.

Aún sin chaqueta, Grant emanaba un aire de autoridad que a muy pocos podría pasarle desapercibido. Intentó entrar sin hacer ruido pero no fue capaz. Grant se giró al escuchar los amortiguados pasos de sus pies descalzos.

—Buenos días —la saludó.

Ella se colocó un mechón de pelo rebelde tras la oreja.

—Buenos días.

Grant señaló la cafetera aún humeante.

—He hecho café. Espero que no te importe —le dijo a modo de disculpa.

Lo miró divertida.

—¿Crees que puede molestarme? —le preguntó con una mueca en sus labios.

Grant bajó la cabeza y se pasó la mano por la parte posterior de la cabeza, ligeramente azorado. Paige no recordaba haberlo visto jamás tan encantador como en ese preciso instante.

—Espero que no.

Paige se acercó hasta él, apoyó sus manos en sus brazos y depositó un beso rápido en sus labios.

—No recuerdo la última vez que alguien me preparó café por la mañana —le dijo mientras tomaba una de las dos tazas ya llenas que había junto a la cafetera.

Tras unos segundos en silencio, Grant se acercó hacia ella.

—He de marcharme. Tengo que pasar por mi apartamento antes de ir a la oficina —le dijo mientras la miraba fijamente.

Paige asintió.

Dejaron la cocina, el uno junto al otro. Paige quiso tender la mano hacia él y tomar la suya, pero se detuvo. Grant llegó hasta el perchero y tomó la chaqueta y el abrigo antes de volverse hacia ella.

—¿Nos veremos después? —le preguntó en voz baja y grave que la hizo cerrar los ojos y buscar su contacto, apoyándose en él.

—Puedes estar seguro —contestó Paige antes de volver a besarlo.

Grant se separó de ella lo necesario para mirarla a los ojos.

—En estos momentos desearía no tener que ir a la oficina esta mañana.

Ella hizo una mueca con los labios, divertida.

—Yo también. Pero me temo que hay que hacerlo.

Con un leve movimiento de cabeza, Grant se despidió. Se dirigió hacia la puerta y con una última sonrisa en sus labios, se marchó, cerrando tras de sí.

CAPITULO 18

«Lo mejor de los sábados es que no me tengo que levantar temprano», pensó Paige mientras se desperezaba en la cama con una sonrisa.

Los primeros rayos del sol se colaban por la ventana de su habitación, haciendo parecer que el frío propio de la estación lo fuese menos.

Se arrebujó en el mullido edredón, alargando un poco más su estancia entre las sábanas. Gracias a Dios era sábado y no necesitaba levantarse tan temprano como en el resto de la semana. Pero, desgraciadamente, la costumbre se imponía y, casi a la misma hora en que cada mañana sonaba su despertador, ella ya no podía seguir durmiendo. Estiró los brazos y bostezó. Tenía todo el día para hacer lo que más le apeteciera. Nada de trabajo por hacer, ni informes que concluir.

Se obligó a cerrar los ojos aun cuando la sonrisa no se borraba de sus labios. Se equivocaba al creer que no había nada de su trabajo que ocupara su mente. O nadie. Y estaba dispuesta a llamarlo por teléfono tan pronto saliera de entre las sábanas.

Había pasado las dos noches anteriores con Grant en aquella misma cama y recordarlo hizo que una oleada de calor inundara su cuerpo.

La noche anterior Grant se había marchado al amanecer, dejándola dormida y con una media sonrisa en su somnoliento rostro. Registró de inmediato los signos que su cuerpo le enviaba a su cerebro.

«Reconoce que hacía mucho que no estabas con un hombre», pensó divertida al notar su cuerpo agradablemente dolorido.

Paige remoloneó unos minutos más. Rodó sobre sí misma y, al moverse, notó las frías sábanas del otro lado de la cama en su piel desnuda.

El día siguiente a su primera noche juntos había sido complicado. Le fue difícil borrar la sonrisa con la que él la dejó al marcharse de su apartamento.

Cuando fue a coger las llaves de su coche recordó que, el día anterior, lo había dejado en el aparcamiento de la Torre y que debería llamar a un taxi para ir hasta allí. Además, cayó en la cuenta de que debía encontrarse con Grant en la oficina, delante de otras personas, y fue cuando aquella euforia inicial se convirtió en auténtico pánico.

«¿Cómo voy a ser capaz de disimularlo?», había pensado preocupada.

Jake la había mirado un par de veces durante el camino a la oficina de Grant y la había atosigado para que caminara más rápidamente.

Había llegado a un acuerdo consigo misma sobre que no mezclaría su recién estrenada relación personal con Jason Grant con la que mantenían en el plano laboral. Eso era lo más lógico y aconsejable.

Y cuando llegó al despacho de su jefe, Grant se lo puso bastante fácil.

Se revolvió en la cama, tumbándose de espaldas. Miró hacia el techo con las manos sobre su estómago y apretó los labios.

La sesión informativa de aquel día había sido la más inquietante de toda su carrera. Ni aun cuando había metido la pata con el siniestro de los Delany había estado tan nerviosa.

Durante toda la reunión había intentado mantenerse con la cabeza gacha y con la mirada clavada en sus propias manos, entrelazadas en su regazo. Intentó transmitir una tranquilidad que no sentía. Cada vez que había intentado levantar la mirada había sentido que sus mejillas se coloreaban hasta la raíz del cabello y un suave cosquilleo le subía por la espalda.

Él se comportaba como siempre lo hacía: con seriedad y profesionalidad. Se había dirigido a ella con la misma educación de siempre y no le había prestado más atención de la que solía prestarle.

Ese día el sillón le había parecido más incómodo que de costumbre. Jake la había mirado varias veces por el rabillo del ojo y otras tantas sobre su hombro, preguntándole en silencio qué demonios le pasaba.

La reunión había transcurrido con normalidad y recordaba que había respirado al fin cuando Grant les había dicho que podían retirarse. Fue entonces, cuando estaba a punto de abandonar su despacho, que giró la cabeza hacia él y lo encontró mirándola, con aquel brillo ya familiar en sus ojos claros que hizo que su sangre le hirviese en las venas. A duras penas se había despedido de él y abandonado el despacho sabiendo que sus ojos continuaban fijos en ella.

Distraída, Paige miró de nuevo el reloj que había sobre su mesilla de noche. «¿Es muy temprano para llamarlo?», pensó sin poder borrar una tonta sonrisa de sus labios.

En sólo dos días las cosas habían cambiado tanto que aún le costaba pensar con claridad. No le importaba, porque se sentía extrañamente feliz, como hacía mucho tiempo que no lo estaba.

Pero tenía que ser consciente de que no todo era color de rosa y arco iris en el cielo. Su subconsciente le decía que debía preocuparse porque se había involucrado en una relación con su jefe y había quebrantado así un par de artículos —al menos, que ella supiera— de los estatutos de la empresa.

La segunda razón por la que preocuparse tenía nombre propio: Danny.

Por mucho que quisiera relegarlo a lo más recóndito de su mente, el problema seguía existiendo, y seguiría así hasta que ella le diera una solución definitiva.

De repente, el móvil que tenía sobre la mesilla de noche sonó. Sin reconocer el número que vio en la pantalla, contestó con reservas.

—¿Sí?

—¿Señorita Hunter? —oyó decir a la voz de un hombre.

Paige frunció los labios en una mueca de decepción. Había tenido la esperanza de que fuese Jason quien la llamara. En su lugar, era su sobrino Nathan el que estaba al otro lado de la línea. Se incorporó un poco, reclinándose contra el cabecero de la cama.

—Hola, Nate —lo saludó.

—Espero que no sea demasiado temprano para llamarla por teléfono.

Ella negó con la cabeza como si el chico pudiese verla.

—No, no te preocupes. Estaba despierta —le dijo, intentando ser lo más cortés posible.

—Estupendo entonces —dijo con voz jovial—. Me preguntaba si le apetecería venir a cenar a casa esta noche. Sé que es un tanto extraño dadas las circunstancias, y también un tanto precipitado, pero... pero ha llegado una amiga desde California y... me gustaría... Mamá supuso que le agradecería venir. Acabo de llamar a Jason y él también estará —le dijo casi sin darle tiempo a insertar una sola palabra.

Paige sonrió y asintió.

—Nate, me encantará asistir, de veras —afirmó en tono dulce.

—¡Genial! —exclamó el joven—: ¿Qué le parece sobre las ocho en casa?

—Allí estaré, Nate, gracias.

Paige habría podido jurar que veía el rostro del joven sonreír al otro lado.

—Bien. Nos vemos esta tarde—. Y, sin más, se cortó la comunicación.

Paige dejó el móvil sobre la mesilla de nuevo y sonrió. Nathan rebosaba vitalidad por cada poro y eso era palpable hasta en una simple llamada telefónica. Sería una

agradable manera de pasar la noche del sábado.

No le había dado tiempo aún de levantarse de la cama cuando el teléfono volvió a sonar. Paige estiró la mano y contestó a la primera llamada.

—¿Sí? —preguntó sin más.

—Hola.

La voz grave de Grant se coló por sus oídos como un hechizo, erizándole todos los poros de la piel. Paige volvió a sentarse de inmediato, dejando caer pesadamente su cuerpo en el borde del colchón.

—Hola —respondió tras tomar aire—. Estaba a punto de llamarte pero me han entretenido al teléfono.

—Nathan, ¿verdad? —respondió él con un tono de voz calmado e íntimo que no ayudaba en absoluto a Paige a calmar a su corazón.

—Sí. Ha llamado para invitarme a cenar en su casa —le dijo de inmediato, mientras acercaba su boca más hacia el micrófono, en un inútil intento de estar más cerca de él.

Grant tardó unos segundos en contestar, tiempo en el que Paige creyó que la línea se había cortado.

—Me dijo que lo haría. ¿Irás? —le preguntó el hombre, y Paige creyó entrever un ligero tono de voz esperanzado que la hizo sonreír sin remedio.

—Sí.

Paige oyó cómo, al otro lado, Grant exhaló el aire de sus pulmones, como si lo hubiese estado reteniendo todo ese tiempo.

—Bien. Entonces, nos veremos esta noche—. La voz de Grant era apenas un susurro que hizo que Paige cerrara los ojos para sólo ser consciente de ella.

Paige guardó silencio durante unos segundos hasta que volvió a abrir los ojos.

—¿Jason?

—¿Sí?

Paige se tumbó despacio sobre la cama.

—¿Puedo pasar a recogerte esta noche? —preguntó.

Creyó escuchar una pequeña risa al otro lado del teléfono que la hizo sonreír.

—¿Estás segura de que tu coche no te dejará tirada?

—No se atreverá, a menos que quiera terminar en un desguace. Entonces, ¿te

parece bien a las siete?

—Me parece bien —contestó él de inmediato.

Hubo un silencio entre ambos que, lejos de incomodarla, le hizo sentirlo más cerca.

—¿Jason? —volvió a preguntar, utilizando su nombre. Se maravilló de lo bien que sonaba en sus propios labios.

—Dime.

Paige dio gracias en silencio por el hecho de estar tumbada, pues aquella voz grave y aterciopelada tenía el efecto de reducir sus rodillas a algo que se asemejaba a la gelatina.

Casi se olvidó de lo que iba a responderle. Carraspeó, intentando volver a recomponerse.

—Te veré esta noche.

Paige se mordió el labio inferior a la espera de su respuesta.

—Adiós —le contestó él con el mismo tono bajo que había utilizado antes, y que a Paige le hizo volver a cerrar los ojos y apretar el teléfono en su mano.

Paige colgó la llamada, dejando el teléfono a su lado, sobre el colchón. Levantó un poco la cabeza para mirar el reloj que había en su mesilla de noche. Sólo eran las diez y media de la mañana. Había tenido grandes planes para su día de ocio, pero las cosas habían cambiado por completo. Y le gustaba mucho aquel cambio.

Normalmente sus fines de semana transcurrían en la soledad de su apartamento, tranquilos y sin nada especial que hacer. Era un cambio agradable. Se preguntó si, en realidad, había echado de menos tener a alguien que la llamara, o un plan para ir a cenar a casa de unos amigos. No, no creía haber echado en falta aquello; su vida había sido lo que ella había querido que fuese, ni más ni menos. Si había estado sola, había sido su elección, al igual que ahora había decidido no negar lo que sentía por Jason Grant.

Recapitó unos instantes. Era demasiado pronto para clasificar la relación que habían comenzado. Cada vez que había creído estar enamorada de un hombre, éste siempre la había terminado defraudando, y su corazón había tardado en recomponerse. «No, esta vez no va a ser así», pensó sintiéndose segura de ello.

Se levantó de la cama y volvió a mirar el reloj. Habían pasado diez minutos. Sonrió. Diez minutos menos para las siete de la tarde.

Se acomodó el cabello antes de llamar al timbre, asegurándose por tercera vez de que era la hora convenida, ni un minuto antes ni un minuto después. La puerta sólo tardó tres segundos en abrirse, el tiempo suficiente para que el corazón de Paige retumbara con fuerza dentro de su pecho cuando lo vio.

Grant esbozó una sonrisa genuina que arrancó una idéntica de los labios de Paige.

—Hola —saludó Paige con brevedad.

Sin apartar los ojos de ella, Grant hizo un movimiento con su cabeza.

—Hola.

Ambos se mantuvieron sin saber qué decir. Tras unos instantes, Paige ladeó graciosamente la cabeza y entornó los ojos, irguiéndose en toda su estatura.

—¿Y bien?

Grant paseó su mirada sobre ella, despacio, de pies a cabeza. Cuando sus ojos alcanzaron los de la mujer, se detuvo en ellos y dio un paso hacia adelante, acortando la distancia que los separaba.

—No creía posible que pudieras estar más hermosa que con aquel vestido rojo —le dijo con voz profunda—, pero veo que me he equivocado.

Paige había revuelto su armario para terminar eligiendo una falda color azul oscuro y una delicada blusa de seda de un celeste tan pálido que parecía casi blanco. El cuello en uve apenas revelaba el comienzo de sus senos.

Grant se acercó hasta ella y su primer objetivo fue la parte alta de su cuello, bajo el sensible lóbulo de la oreja. Con una delicada caricia, depositó un suave beso, demorándose allí por unos instantes que dejaron a Paige sin respiración.

—El vestido rojo —dijo al fin, cuando fue capaz de hilvanar alguna palabra—, debes agradecérselo a mi hermana. Fue ella quien me lo regaló.

Grant se separó con desgana de ella, mirándola con los ojos entrecerrados.

—Recuérdame que se lo agradezca cuando la conozca —le dijo.

Paige dio un paso atrás, separándose de él. Al igual que Grant había hecho, ella dejó que su mirada vagara por toda la silueta del hombre. Recreándose en ello, sus ojos pasaron desde los anchos hombros, enmarcados por una chaqueta perfectamente cortada, hasta los pies. Paige rehizo el camino con su mirada hasta encontrar los ojos de Grant fijos en ella. Él alzó una ceja de manera inquisitiva.

—¿Y bien? ¿Tengo tu aprobación?

Paige asintió absolutamente convencida.

—Oh, sí que la tienes.

Grant cubrió la escasa distancia que los separaba con un único paso y la besó. Paige dejó escapar el aire cuando sintió que las manos de Grant se introducían por su abrigo, agarrándola por la cintura para atraerlo hasta él.

Grant se separó unos centímetros de ella.

—¿Tienes mucho interés en ir a casa de mi cuñada? Porque yo acabo de perder el mío —le dijo susurrando contra sus labios.

Paige compuso una mueca divertida, como si por unos momentos estuviese considerando sus palabras. Lo miró y se encogió de hombros.

—¿Quieres defraudar a Nathan?

Los hombros de Grant se hundieron de manera visible. Incluso creyó ver una expresión de contrariedad en el rostro de Jason.

—No. Entonces será mejor que nos vayamos —dijo, cerrando la puerta de su apartamento tras él.

Grant aún no había retirado la mano del timbre cuando un sonriente Nate abrió la puerta. El chico posó primero la mirada en su tío, ofreciéndole una amplia sonrisa para, a continuación, mirar a Paige. Se retiró un par de pasos, dejando la entrada libre.

—Por favor, pasad.

Nathan tomó los abrigos de ambos y volvió a mirarlos para terminar recalando en Paige.

—Está usted preciosa, señorita Hunter.

Paige miró de reojo a Grant con una amplia y luminosa sonrisa prendida de su rostro.

—Muchas gracias, Nate.

El chico señaló hacia el interior de la casa.

—Pasad a la sala. Mamá está allí con Heather —les dijo.

Paige asintió y pasó delante de Grant hacia donde les había indicado el joven.

Cuando llegaron a sala encontraron a Maddie allí sentada junto a una joven. Al verlos entrar, Maddie les ofreció a ambos una sonrisa lánguida y se puso inmediatamente en pie.

—¿Cómo estás, Maddie? —le preguntó Paige al llegar junto a ella.

Maddie la saludó con un abrazo.

—Estoy mejor. Muchas gracias —respondió al separarse.

Paige arrugó levemente la frente. Maddie la miró y asintió.

—De veras me encuentro mejor, Paige —aseguró tomándole una mano entre las suyas y apretándola con suavidad.

Grant se acercó hasta ambas mujeres y saludó a su cuñada con un movimiento de cabeza.

La mujer se giró hacia él y recibió un beso en la mejilla por parte de su cuñado.

—Jason. Me alegro de que hayáis venido —dijo mirándolos a ambos.

Con gesto serio, Grant asintió. Paige lo observó, sin que él se percatara de que lo hacía. La sonrisa que Jason había mantenido en su rostro durante todo el trayecto hacia la casa de su cuñada había desaparecido. En su lugar se había instalado una expresión, mezcla de preocupación y tristeza, que sobrecogió a Paige. Tuvo que contener las ganas de ir hasta él y tomarle la mano para apretársela con fuerza.

Unos segundos después, Grant miró a ambas mujeres y dio un paso hacia atrás.

—Si me disculpáis, voy a ver qué está haciendo Nate. —Y salió de la habitación sin esperar ninguna respuesta.

Fue entonces cuando Paige se percató de que no había saludado a la joven que estaba sentada junto a Maddie.

—Hola —le dijo, y la joven se puso en pie para acercarse a ella.

Igual de alta que Paige, la chica no tendría más de veinte años y poseía una piel extremadamente blanca, unos labios sonrosados y bien contorneados, ojos grandes y grises, y una melena rubia que le caía justo sobre los hombros. Le sonrió con franqueza.

—Hola —dijo, correspondiendo a su saludo.

Maddie se apartó de Paige hasta quedar entre ambas mujeres.

—Paige, ésta es Heather, amiga de Nathan. —Puso su mano con amabilidad en el antebrazo de la chica—. Y ella es Paige, una buena amiga.

No sabía bien por qué, pero las palabras de Maddie le calentaron el corazón. Tal vez fuera porque la mujer la consideraba ya una amiga pese al poco tiempo que hacía que se conocían. Le tendió una mano a la joven y ella la retribuyó de igual manera.

—Es un placer, Heather

Maddie instó a ambas a que se sentaran en el sofá. Miró a Heather, sonriéndole, para pasar a mirar a Paige.

—Heather estudia con Nate en California. Ha venido a pasar unos días con nosotros.

Durante unos minutos la conversación entre las tres mujeres fue amigable y distendida. Charlaron de los estudios de la joven y de qué le parecía aquella gran ciudad. La charla continuó hasta que Maddie miró su reloj y se levantó de su asiento.

—He de mirar cómo va la cena. Si me perdonáis. —Se encaminó hacia la puerta.

Antes de que hubiera llegado hasta ella, Paige le habló.

—¿Necesitas ayuda?

Maddie posó una mano sobre el marco de la puerta y se giró para mirarla.

—No, por favor, no te molestes. Quédate aquí con Heather. —Y salió de la habitación.

Paige volvió la cabeza hacia la joven y le sonrió de nuevo.

—Entonces, ¿te gusta Washington? —le preguntó.

Heather asintió.

—Es distinto a California, pero me gusta, sí —dijo mientras se acomodaba en el sofá y cruzaba una pierna sobre la otra. Paige imitó su actitud y se relajó en el asiento.

—Así que estudias con Nathan.

Una sonrisa se prendió de la boca de la joven, mostrando parcialmente sus blancos dientes.

—Estudiamos en la misma universidad. Yo estoy terminando Historia.

—Suenan interesantes —dijo Paige.

Heather se incorporó hacia delante.

—Oh, sí, lo es, al menos a mí me gusta. Aunque tengo entendido que su trabajo también es apasionante. Tratar de esclarecer todos esos siniestros debe de ser todo un reto, teniendo en cuenta los fraudes que se comenten con esas pólizas millonarias.

Paige la miró fijamente y esbozó una sonrisa.

—Veo que te han hablado de mí —le dijo con amabilidad.

Una carcajada salió de la garganta de la chica.

—A decir verdad, es de Jason de quien siempre me ha hablado Nate. No para de decirme que quiere entrar en la compañía en cuanto termine de estudiar. —Heather

alzó los ojos al cielo en un gesto divertido.

Paige soltó una carcajada ante el mohín de la chica, asintiendo con un enérgico gesto de la cabeza.

—Sé a qué te refieres. Él mismo me lo contó.

Heather abrió los ojos desmesuradamente y levantó las manos delante de ella, con las palmas hacia arriba.

—¿Ve lo que quiero decir? Es como una obsesión.

—Nadie puede negarle que tiene tesón, desde luego.

La chica se movió en su asiento, buscando una postura en que pudiera mirar a Paige de frente.

—Es más que eso. —De repente, su rostro se iluminó con una amplia sonrisa—. Ésa es una de sus muchas cualidades.

Paige no tenía que ser ninguna experta en relaciones para ver que aquella muchacha estaba enamorada del más joven de los Grant. Levantó la mirada y encontró los ojos grises de la muchacha fijos en ella.

—Dígame, ¿cuánto tiempo hace que trabaja junto al tío de Nate? —le preguntó la chica, tomándola por sorpresa.

Paige se colocó tras la oreja un mechón de pelo rebelde que se había escapado de su peinado.

—Seis años —le contestó—. Y puedes tutearme, por favor.

La chica asintió con efusividad.

—¡Vaya! Y debe ser un trabajo fascinante, ¿no es cierto?

Una vez más, Paige tuvo que reprimir la risa. Heather le caía sumamente bien. Era una mujer jovial, abierta y extrovertida.

—Lo es —aseguró Paige—. Y en ocasiones también es estresante y de mucha responsabilidad. Un paso en falso, una investigación mal conducida pueden hacer que la empresa se haga responsable de algo de lo cual no debería. Y estamos hablando de grandes sumas de dinero.

Las dos mujeres giraron la cabeza casi al unísono cuando oyeron pasos. La cabeza de Nathan apareció junto al vano de la puerta.

—La cena está lista —dijo, mirando directamente a la joven que estaba sentada junto a ella. Heather le correspondió con una sonrisa que le iluminó el rostro. Paige se levantó de su asiento y la joven la imitó.

—Bien. En ese caso, no hagamos esperar a los demás.

Se sentaron a la mesa cinco minutos después. Al entrar en el salón donde se encontraba todo dispuesto, Paige se detuvo unos segundos. Fue en esa misma sala donde cenó con la familia de Jason por primera vez y en donde se dio cuenta de que podría estar sintiendo algo por Grant.

Dejó sus pensamientos a un lado y miró junto a ella. Grant la observaba fijamente, sin apartar la mirada. Paige casi podía sentir la caricia de aquellos ojos sobre su piel. Se acercó a él y tomó asiento a su lado.

El ambiente era distendido. Maddie le tuvo que recriminar a Nathan en más de una ocasión que dejara de hablar y que comiera, a lo que él le contestaba que ya no era un crío que debía comerse todo lo que tenía en el plato. Paige no pudo evitar sonreír ante aquella muestra de familiaridad.

Nathan era un joven alegre y simpático que reía sin parar y a quien le gustaba hacer reír a los demás. Cada vez que lo miraba podía ver el extraordinario parecido físico que compartía con su tío. No le extrañaba que Heather no apartara los ojos del joven. La chica estaba enamorada de aquel muchacho impetuoso y que no paraba de hablar. Probablemente, el sentimiento fuera mutuo a juzgar por las miradas que ambos compartían cuando creían que nadie los veía. Las mismas que ella compartía con Grant.

Miró a Jason por el rabillo del ojo; él también estaba conteniendo la sonrisa ante las ocurrencias de su sobrino y dando buena cuenta de cuanto había en su plato. En ese momento él giró la cabeza levemente hacia ella y Paige olvidó en qué estaba pensando antes de recalar en sus ojos. Una corriente eléctrica le recorrió la espalda de arriba abajo.

Su proximidad no ayudaba a que esa sensación desapareciera. Su mano derecha, apostada junto al plato, casi rozaba la de él. Los dedos de Paige se movieron, inconscientes, buscando su roce. Vio a Jason tomar aire y dirigir la mirada hacia su mano. Durante unos instantes no hubo en la habitación nadie más que ellos dos, y así hubiese deseado que fuera. Hizo una mueca de fastidio, se obligó a dejar de mirarlo y volver a fijar su atención en el plato.

Maddie parecía estar pasando una velada agradable. Se la veía dispuesta a vencer el mal momento por el que estaba atravesando su vida. Paige pensó que aquella mujer

era digna de admiración.

La cena ya estaba casi terminando cuando Maddie dejó a un lado la servilleta con una expresión de contrariedad.

—Vaya, he olvidado los platos para el postre —dijo y comenzó a incorporarse de su asiento. Paige se enderezó.

—Si me dices dónde están, yo voy a por ellos —repuso Paige levantándose con rapidez, antes de que lo hiciese su anfitriona.

Maddie le sonrió con cortesía.

—Están en la vitrina, junto a la nevera.

Paige asintió con convencimiento y se encaminó hacia la cocina.

No tardó nada en encontrar los platos de postre. Estaban donde le había dicho Maddie, pero en un estante tan alto que, ni aun estirándose en toda su estatura, lograba alcanzarlos. Miró a su alrededor y no vio nada sobre lo que poder subirse. Volvió a alzarse de puntillas y estiró un brazo.

No lo escuchó llegar. Percibió primero el aroma de su colonia y luego el calor de su cuerpo al acercarse al suyo, sin que hubiese una mínima separación entre ambos. Paige bajó su brazo lentamente y se hizo a un lado para que él alcanzara los platillos. Grant los tomó y los dejó en la encimera, junto a Paige.

Jason apoyó las manos a ambos lados del mueble, encerrándola entre sus brazos. Paige alzó los ojos, encontrando los de él a apenas unos centímetros.

—Gracias —le dijo en voz baja, desviando la mirada de sus ojos a sus labios.

Grant compuso una mueca que se asemejó a una media sonrisa.

—No hay de qué —fue su respuesta.

Paige lo atrajo hacia ella, cerrando sus brazos en torno a su cuello. Sus labios buscaron los de él. Apenas los había rozado cuando un escalofrío recorrió su espina dorsal, instalándose en la base de su espalda. De la garganta de Grant salió un gruñido de frustración.

—Creo que ha sido mala idea —dijo ella a apenas unos milímetros de su boca.

—¿Qué ha sido mala idea? —preguntó él y retiró de su rostro un mechón de pelo que se había soltado, colocándoselo tras la oreja en un gesto íntimo.

Esbozó una sonrisa y se elevó de puntillas, saliendo a su búsqueda.

—Venir a cenar. Deberíamos habernos quedado en tu casa y excusado de alguna manera —le respondió con un susurro.

Se encogió un poco de hombros, mirando aquella boca que ansiaba besar.

—Siempre nos podemos ir tan pronto como terminemos —dijo él con voz ronca.

Una sonrisa resplandeció en el rostro de Paige.

—¿No será eso una descortesía por nuestra parte?

Los labios de Grant rozaron de nuevo los suyos.

—En estos momentos, me importa más bien poco si es o no es una descortesía, Paige.

Y sus bocas se encontraron. Paige suspiró profundamente. Sus manos le acariciaron la nuca y él se entregó con más ahínco a aquel beso, paseando la lengua por su labio inferior y abrazándola por la cintura mientras le acariciaba la espalda.

Ninguno de los dos oyó la puerta abrirse.

—Paige, ¿has encontrado...?

Maddie entró en la cocina y se detuvo de improviso en el vano de la puerta. Grant se separó de ella como accionado por un resorte y Paige se llevó de manera instintiva la mano hacia sus labios, ocultando el último beso que Grant le había dado.

—Creí que no habíais encontrado los platos —dijo la mujer sin saber bien a dónde mirar.

Paige vio cómo los cuñados se miraron durante unos instantes hasta que Grant desvió la mirada y, tomando los platos de detrás de Paige, pasó con rapidez junto a Maddie de vuelta a la sala.

Maddie observó marcharse al hombre y, despacio, giró la cabeza hacia Paige, con azoramiento.

—Paige, lo siento, yo... —comenzó a disculparse la mujer.

Paige elevó las comisuras de sus labios y buscó los ojos de Maddie.

—Tendría que ser yo la que te pidiera disculpas —dijo algo avergonzada, temiendo que se estuviera ruborizando.

La mujer fue hasta ella.

—No debes disculparte por nada. —Los ojos de Maddie se centraron en buscar los de Paige.

Una especie de carcajada se escapó de la garganta de Paige que la hizo bajar la

mirada y clavarla en sus zapatos.

—Soy demasiado mayor para que me pillen besándome a hurtadillas con un hombre en la cocina.

Maddie rio también y el ambiente pareció distenderse.

—Entonces... ¿tú y Jason? Vale, sí, no es asunto mío. Pero quiero mucho a Jason, es como un hermano para mí, y creo que tú eres una gran mujer y que haríais una bonita pareja —le dijo de sopetón, señalando por encima de su hombro hacia la puerta por donde había salido Jason—. Y seguro que ahora entiendes de quién ha heredado Nate toda esa verborrea.

Paige no pudo evitar reírse.

—Me doy cuenta.

Era curioso, pensó Paige, aquella mujer parecía estar más avergonzada por haberlos pillado besándose en su cocina que ella misma. Asintió tras unos segundos.

—Sí, Maddie, entre Jason y yo hay algo —suspiró, con un ligero temblor en la voz—. Aún no sé muy bien qué es ese algo, pero está ahí. Pero estoy deseando averiguarlo.

Una ancha y amplia sonrisa se instaló en el rostro de Maddie, haciendo que aquellos ojos color esmeralda brillaran. Se acercó a Paige con paso resuelto y la abrazó con fuerza.

—Me alegro por ambos —se lo dijo al oído—. De veras que me alegro por los dos.

El gesto tomó por sorpresa a Paige. Unos instantes después, Paige le correspondió el abrazo con una sonrisa de felicidad pintada en su rostro.

—Yo también me alegro, Maddie.

CAPITULO 19

Tras el postre, llegó el café. Nathan insistió a su tío para que se quedaran un rato más y le hablara a Heather del trabajo que tanto él como Paige llevaban a cabo en la compañía. Grant miró a Paige con complicidad. Ambos tenían la secreta esperanza de marcharse en cuanto la cena hubiera finalizado. Paige le sonrió y asintió, divertida por el ceño fruncido del hombre ante la petición de su sobrino.

Cuando por fin dijeron que se marchaban, Maddie los abrazó a los dos, primero a uno y luego a la otra. Se despidieron y emprendieron el regreso a casa de Grant.

Grant abrió la puerta de su apartamento sin apenas hacer ningún ruido. Se giró hacia Paige, que permanecía a sus espaldas, y le ofreció una sonrisa que encerraba un montón de promesas.

Se acercó más hacia él, hasta que sus cuerpos se tocaron.

—¿Vas a invitarme a que me quede? —le dijo en un susurro que provocó que Grant cerrase los ojos y tomara aire.

Pese a que esperaba una respuesta afirmativa, el hombre la sorprendió atrayéndola hacia él y besándola hasta dejarla sin aliento y con el cuerpo temblando de anticipación. Con desgana, apoyó sus manos sobre el pecho del hombre y lo obligó a separarse de ella. Paige apretó los labios enrojecidos por su beso y por el roce de su barba.

—¿Puedo entender que eso es un sí?

El hombre pasó su dedo índice por la boca de Paige. Ella sintió que todo su cuerpo se estremecía.

—No creí que necesitara decírtelo —le respondió Grant con voz grave, a la vez que miraba sobre el hombro de ella hacia el pasillo, asegurándose de que ningún vecino los viera salir de improviso de su casa.

Ella deslizó sus ojos del rostro de Grant hacia la entrada abierta que la invitaba a pasar hacia su interior.

—Sólo una pregunta —hizo una pausa al atravesar la puerta. Se giró hacia él y lo

miró—: ¿Cómo te gusta el desayuno?

Grant intentó atrapar de nuevo sus labios y ella se retiró, juguetona, apenas la rozó. Con una incitadora sonrisa, Paige subió por las escaleras hacia el piso superior.

Danny se puso la gorra, ajustándosela bien a la vez que aseguraba la visera encima de sus ojos del color de un lago helado. Se miró al espejo y sonrió ante el reflejo que este le devolvía. Aquella gorra culminaba su nuevo uniforme de empleado de mantenimiento en *Barret & Giles*.

Sólo había necesitado dos días para conseguir un puesto en el mismo lugar en donde trabajaba Paige. Había sabido ser convincente con su farsa. Inventarse a una mujer y dos hijos a los que alimentar y atender había sido todo un acierto. Lo había conjugado convenientemente con una triste mirada y una súplica aquí y allá. Aquellos palurdos trajeados habían creído todo lo que les había contado. Había falsificado un nombre y un número de la seguridad social, pero para cuando ellos se dieran cuenta del engaño, él estaría bien lejos de allí, con su dinero en el bolsillo.

Sonrió de nuevo, mostrando sus dientes al espejo. Había sido muy fácil, tan fácil que hasta a él le costaba trabajo creérselo. A fin de cuentas, no mucha gente iba a aquella gran compañía en busca de aquel tipo de empleos. Todos los que llamaban a aquellas nobles puertas lo hacían en busca de un trabajo de burócrata o de oficinista.

Miró el reloj y vio que estaban a punto de dar las ocho, la hora en que los empleados se incorporaban a sus puestos de trabajo. Metió una mano en el bolsillo y sacó un bigote postizo. Había pensado utilizarlo a fin de que nadie, incluida Paige y ese entrometido jefe suyo, lo reconocieran. Observó el postizo en su mano. Estaba seguro de que aquel pelo artificial picaría y que haría que, al final, su disfraz se viera puesto en entredicho. Giró sobre sus talones en un gesto rápido y, encaminándose hacia el inodoro, lo arrojó a él y pulsó la cisterna. Cuantas menos cosas pudieran fallar, tanto mejor. Nadie se fijaría en el nuevo operario de mantenimiento, quienes eran poco más que ceros a la izquierda.

Volvió hacia el espejo y se recreó en su aspecto. Sus ojos se volvieron como el hielo al recordar a Paige. Sólo tenía que descubrir alguna cosa, por nimia que fuera, que pudiera desacreditarla, a ella o a su jefe, y así poder chantajearlos a ambos.

Entornó los ojos. Jason Grant. No había sabido quién era hasta que se había entrometido en sus asuntos. Había rebuscado en el directorio de la compañía hasta

que dio con su nombre. No tenía la certeza de que estuviera liado con Paige, pero ningún hombre que él conociese dejaría pasar la oportunidad de meterse entre las piernas de una mujer. Y haber salido en su defensa como un anticuado caballero de brillante armadura no requería un premio menor.

«Ándate con ojo, zorra, porque esto no va a quedar así. Claro que no», dijo en voz alta, a la vez que echaba un último vistazo a su atuendo. Se giró sobre los tacones de sus botas de trabajo y se encaminó hacia la puerta del vestuario, dispuesto a comenzar su gran representación.

—¡Paige! ¿Sabes dónde demonios están esos malditos papeles que nos han llegado esta mañana desde Boston?

El sonido inesperado de la voz de Jake hizo que Paige levantara la cabeza de los papeles que tenía ante sí. Respiró hondo y dejó caer el bolígrafo que sostenía entre los dedos.

—¡Jake, por Dios, me vas a matar de un susto! —le dijo mientras se pasaba los dedos por sus ojos cansados.

—¿Qué? Ah, sí —repuso él sin apenas mirar a su compañera. Jake se levantó de su asiento con un fluido movimiento y se dirigió hacia el archivador.

—Te los entregué esta mañana, Jake. Deben estar en algún sitio.

Jake giró sobre sus talones antes de llegar hasta el mueble.

—Paige, sé que me los entregaste, pero ahora no los encuentro —le dijo con un creciente enfado.

Paige se apoyó sobre el respaldo de su asiento y elevó la barbilla en una actitud de desafío.

—Estarán en el archivo —le dijo cruzando los brazos ante su pecho.

Jake entornó los ojos y se volvió con un gesto ágil hacia el cajón abierto tras de sí, haciendo un ruido excesivo al manejar los expedientes que allí se guardaban.

Paige contempló el hacer frenético del hombre y sonrió. Llevaba muchos años junto a Jake y sabía que su fuerte no era precisamente la organización del trabajo. Iba a reanudar sus quehaceres cuando él se giró de nuevo, se encaminó hacia su mesa y se apoyó contra el borde de su escritorio.

—Paige, ¿podrías ayudarme, por favor? —le rogó, componiendo una mueca idéntica a la que ponían sus sobrinos cuando le pedían que les dejara jugar un rato

más.

Sabía que el maldito informe no había salido de aquella oficina y que debía estar por algún rincón, trasapelado entre otros casos. Pero, si no ayudaba a su compañero, mucho se temía que no iba a poder avanzar en su trabajo. Con un bufido se levantó de su asiento y se dirigió al archivador.

—¿Has mirado aquí? —le preguntó señalando a una pila de documentos que había sobre el mueble.

Jake se pasó la mano por el pelo, despeinándose y mirando a su alrededor.

—¿Qué? —respondió distraído—. No, no está ahí.

Paige ignoró la respuesta y rebuscó entre ellos, levantándolos uno a uno. Sólo le llevó un par de segundos dar con él.

—¿Te refieres a éste? ¿Éste es el que no estaba aquí, Jake? —Levantó el legajo de folios, agitándolos en el aire.

Jake abrió asombrado los ojos y esbozó una media sonrisa mientras se acercaba a ella.

—Eres un portento, Paige.

—Y tú un desastre. ¿Has visto cómo tienes todo esto? —Señaló a la mesa—. No me extraña que no encuentres nada entre todo este barullo.

Jake levantó la mirada de los papeles y le sonrió con cierta desgana.

—Eh... sí, Paige, está bien.

Jake dio media vuelta, encaminándose hacia su escritorio con la carpeta entre las manos. La abrió decididamente, asegurándose de que todo lo que buscaba estaba en su interior. Un gesto de desánimo, que no pasó desapercibido por parte de Paige, hizo que Jake hundiera un poco de hombros.

—Aquí falta documentación —dijo, echando la cabeza hacia atrás y dejando escapar un bufido de desánimo—. Voy a tener que ir a reprografía a hacer unas copias.

Paige ladeó un poco la cabeza al mirar hacia su compañero.

—¿Te ocurre algo, Jake? —le preguntó con inquietud. El hombre se pasó una mano por el pelo, despeinándolo con el gesto.

—Creo que esta investigación me va a dar más de un dolor de cabeza.

Ella no apartó la mirada cuando los ojos de él recayeron en los suyos y sólo vio cansancio en ellos. Por lo general, Jake era todo optimismo y resolución, y verlo de

aquella manera le preocupaba.

—Si te parece, te acompaño a hacer esas copias y, de paso, me lo cuentas por el camino. ¿Te parece?

A Danny le había llevado casi toda la mañana averiguar cuál era la oficina de Paige. Había tenido que aventurarse a preguntar cuando su incapacidad para encontrarla por sí mismo se había hecho notoria.

Todas las plantas del edificio le parecían iguales, repletas de similares despachos y oficinas, y con una infinidad de puertas tras las que buscar.

Cuando la chica a la que había preguntado le dijo en qué planta podía encontrar el despacho de Paige Hunter, sonrió para sí mismo, saboreando así su inminente éxito. Podía sentir el fuerte latido de su corazón dentro de su pecho y la adrenalina bullir por sus venas. Le encantaba el sabor del riesgo, el mismo que sentía cuando jugaba al póquer o a los dados. Tenía el dinero al alcance de la mano. Casi podía tocarlo.

Empujó el carrito con pesadez por el largo pasillo. La moqueta impedía que el sonido de las pequeñas ruedas metálicas lo invadiera todo.

Al girar la esquina, se detuvo con brusquedad y sus ojos se abrieron con asombro. De inmediato fingió buscar algo en la bandeja de plástico de su carro a la vez que se calaba la gorra hasta las cejas, escondiendo así su rostro. Paige se dirigía hacia él, mientras hablaba animadamente con un hombre.

Sin dedicarle ni una sola mirada, la mujer pasó junto a él, tan cerca que sus codos casi se rozaron. Despacio, Danny levantó la mirada, entornando los ojos con ira. Giró la cabeza con cuidado, observándola de manera subrepticia. La vio de espaldas, andando con aquel paso resuelto y armonioso que tanto le había gustado en el pasado.

—Maldita puta —masculló entre dientes, haciendo que su mandíbula se tensara con dolor. ¿Qué iba a hacer ahora? Al menos, ya sabía dónde encontrarla. Miró el reloj. Faltaba tan sólo una hora para que acabara su primera jornada laboral y ya estaba asqueado de aquel uniforme. Ni por todo el dinero del mundo se quedaría allí más tiempo del necesario para conseguir lo que quería.

Con la yema de los dedos tamborileó sobre el carrito. ¿Qué podía hacer? De repente, una idea cruzó por su mente. Sin pensárselo dos veces, hizo que el carro girara en el pasillo y emprendió el mismo camino por el que Paige acababa de desaparecer.

Pudo verla a lo lejos del pasillo y aceleró su caminar, manteniendo la distancia hasta que tanto ella como su acompañante se detuvieron ante una puerta y desaparecieron en su interior.

Al pasar delante de aquel despacho, Danny ralentizó su caminar, intentando mirar hacia el interior de la oficina. No podía quedarse, esperando a que saliera, porque no sabía el tiempo que iba a estar allí. Al menos había conseguido saber dónde podía encontrarla al día siguiente.

Sin dejar que la sonrisa se disolviera puso rumbo al montacargas.

«Tranquilo, muchacho. Mañana será otro día».

Jake recogió de la máquina fotocopidora los originales y los colocó junto a las copias que acababa de realizar.

—Ese y no otro es nuestro trabajo en la empresa, Jake. No pierdas la objetividad.

Su compañero asintió sin mucha convicción.

—Lo sé, Paige. Creo que necesito unas vacaciones —dijo mientras se pellizcaba el puente de la nariz.

Paige sonrió a su vez.

—Yo también. Pero no creo que la empresa esté de acuerdo con nosotros.

Ambos se volvieron hacia la puerta para abandonar la sala. Sólo habían dado un paso hacia el pasillo cuando se cruzaron con varios oficinistas que abandonaban su trabajo hasta el día siguiente. Paige miró su reloj y sonrió.

—¡Vaya! Creo que va siendo hora de que recojamos nuestras cosas y nos marchemos —le dijo a su compañero mientras regresaban por el pasillo hacia su despacho.

Jake asintió con vigor. Se detuvo y la miró con ojos entornados.

—¿Te apetece que vayamos a ver una de esas películas antiguas de ciencia-ficción que tanto te gustan? —le preguntó.

Paige no pudo evitar sonreír ante tan original invitación.

—Jake, te recuerdo que no es a mí a quien le gusta ese tipo de películas de serie B. Además, ¿cuál quieres ver?

Jake se mordió el labio inferior, pensativo.

—Pues... ¿*La cosa del pantano*?

Paige asintió despacio.

—Ya. Y dime, ¿cuántas veces la has visto?

Ladeó la comisura de sus labios en una embaucadora sonrisa.

—Aún no he sobrepasado mi propio record, Paige, si es a eso a lo que te refieres. Venga, ¿qué me dices?

Lo miró divertida y una sonrisa se dibujó en su rostro. ¿Cómo podía decirle a Jake que no aceptaría su invitación porque ya había quedado con Grant al salir de la oficina?

—Lo siento, Jake, otra vez será —le dijo—. Tengo planes.

El hombre se giró hacia ella, a la vez que alcanzaba su chaqueta que descansaba sobre el respaldo de su asiento.

—¿Planes? ¿Cómo cuáles? —La voz de Jake sonó extraña. Ella le miró y elevó una ceja en señal de advertencia.

—¿Ir a la lavandería? No, Jake, en serio, es que no me apetece. Tengo ganas de llegar a casa y tumbarme en el sofá, eso es todo —se justificó, intentando sonar convincente.

Transcurrieron unos segundos hasta que Jake se encogió de hombros, sonriente.

—Está bien, pero mañana no me pidas que te cuente la película.

Danny se arregló el cuello de la camisa. El roce del uniforme aún le picaba en el cuerpo aunque lo había reemplazado por su propia ropa antes de salir de la empresa. Se sentó en el asiento de su coche, dispuesto a esperar.

Al entrar a formar parte de la *Barret & Giles*, además de su desagradable ropa de trabajo, también le habían hecho entrega de una tarjeta para el aparcamiento, así como de unos cuantos vales para el almuerzo. ¿Por qué iba a dejar su coche en la calle, pudiendo disfrutar de un lugar para aparcar? Además, así podía vigilar la salida de Paige.

Por su retrovisor podía ver perfectamente la salida al parking y se arrellanó en el asiento, a la espera de que ella apareciera. Antes, se había asegurado de que su coche continuara estacionado allí. Danny sonrió. Ella se iba a llevar una gran sorpresa, de eso estaba seguro.

Iba a encender su segundo cigarrillo cuando la pesada puerta que comunicaba el

sótano del edificio con el estacionamiento se abrió. Con el mismo paso tranquilo y calmado de siempre, la vio salir.

«Te creíste muy lista. Y no lo eres tanto», pensó para sí mismo.

Paige se introdujo en su coche y encendió las luces casi al instante. Danny guardó el cigarrillo y accionó el motor de su propio vehículo.

Cuando el automóvil de ella pasó junto al suyo, instintivamente se hundió en el asiento. No quería que ella lo viera porque, de esa manera, todos sus planes se irían al infierno.

No, deseaba darle una pequeña sorpresa. La seguiría hasta su casa y, una vez allí, ya pensaría en el siguiente paso que daría. Con un poco de suerte, se le ocurriría algo. Si no era así, siempre podía optar por entrar en su casa y obligarla por la fuerza a que le diera el dinero que él necesitaba. Cuando el automóvil de Paige comenzó a subir la rampa de acceso a la calle, Danny puso en marcha su coche.

Vio a Paige aparcar en la calle donde se encontraba su apartamento y sintió cómo la sangre comenzaba a hervirle en las venas. Y ahora, ¿qué iba a hacer? ¿Pasarse la noche allí encerrado, mientras pensaba en algo? Aquello estaba comenzando a resultarle desesperante. La vida de aquella mujer era poco menos que la de una monja, sin nada que reprocharle ni que le sirviera, en lo más mínimo, para obligarla a hacer algo en contra de su voluntad. Dio un fuerte golpe sobre el volante con la palma de la mano. ¡Maldita fuera su suerte, y maldita fuera aquella mujer del demonio!

Paige entró en el portal de su edificio y la perdió de vista. Danny buscó de nuevo la cajetilla de cigarrillos y encendió uno casi sin mirarlo. De repente, las potentes luces de un gran automóvil aparecieron por la calle, despacio. El conductor lo aparcó frente al bloque de apartamentos y apagó los faros. Aquello no hubiera tenido nada de particular para Danny si no hubiera reconocido en aquel hombre al jefe inmediato de Paige: Jason Grant.

Una sonrisa triunfal se comenzó a dibujar en su rostro. Con atención, siguió los pasos del hombre hasta que éste entró en el edificio de Paige.

Después de todo, no había necesitado mucho tiempo para encontrar una evidencia.

«Así que te estás tirando al jefe, ¿eh, zorra?», masculló entre dientes.

De repente, se sintió pletórico y excitado. Sus planes iban viento en popa. Sintió cómo su cuerpo reaccionaba ante tal entusiasmo y miró el reloj. Tenía tiempo para

buscar a una mujer que le hiciese pasar un buen rato, pensó sonriendo mientras encendía un nuevo cigarrillo. «Ningún lugar mejor para celebrarlo que bajo las faldas de una fulana». En un par de horas podría estar de vuelta a las puertas del edificio, para ver salir a ese estirado de Grant. Y cuando volviera, podría pensar en cómo utilizar la clandestina relación de Paige y su jefe en su contra.

Paige fue dejando atrás la modorra del sueño, despertándose poco a poco. Levantó la cabeza de la almohada y, con ojos entornados, buscó el reloj sobre la mesilla de noche. Aún no había amanecido y sólo faltaban unos pocos minutos para que su despertador sonara. Despejó los mechones de cabello que caían delante de su rostro y se pasó el dorso de la mano por los ojos, bostezando. Se estaba girando para ponerse boca arriba cuando Grant entró en la habitación.

Por lo que podía adivinar, acababa de salir de la ducha. Llevaba sólo una toalla anudada a su cintura y se secaba el pelo con otra. Una amplia y satisfecha sonrisa iluminó el rostro de Paige. Se incorporó de lado, apoyando el brazo sobre la almohada y dejando caer la cabeza en la palma de su mano, admirando las vistas en silencio.

Algunas gotas de agua aún resplandecían en su pecho y sus hombros bajo la débil luz de la farola de la calle que entraba por la ventana. Paige se pasó la lengua por el labio inferior, sintiendo una punzada de deseo. Ansió seguir la senda dejada por esas gotas con la yema de los dedos o con su lengua. Sonrió para sí. Si continuaba con aquellos pensamientos, no iban a llegar a tiempo al trabajo.

Carraspeó ligeramente para llamar la atención de Grant.

Él se giró de inmediato al escucharla.

—Te he despertado —le dijo en voz baja.

Paige negó con la cabeza sin dejar de mirarlo.

—No. Ya es casi la hora de levantarse. —Entornó los ojos al mirarlo y se estiró para alcanzar la lámpara que había en la mesilla y encender la luz—. ¿Hace mucho que estás despierto?

El hombre continuó secándose con la toalla.

—He salido a correr y me he duchado.

Paige volvió a mirar la hora que marcaba en reloj para recalar de nuevo en él. —Entonces, has dormido poco —le dijo en voz baja y guiñándole un ojo. Grant le

sonrió y se acercó para besarla. Paige lo agarró por los hombros y lo atrajo hasta que él quedó tumbado encima de ella.

—No me importa —le contestó con un susurro cerca de sus labios.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, Paige se acercó despacio y lo besó.

Después de lo que le parecieron unos instantes ridículamente cortos, Grant se separó de ella, fijando su mirada en su boca.

—No sigas, por favor. Tengo que pasar por mi casa antes de ir a la oficina y si sigues besándome así voy a llegar tarde.

Paige buscó los ojos de Grant, que él tenía fijos en sus labios. El hombre pasó el pulgar por ellos con toda la delicadeza de la que fue capaz, y Paige sintió una nueva punzada bajo su vientre. Él alzó la vista y la encontró mirándolo.

—Jason...

—¿Sí?

Paige tomó aire. Después de unos momentos, se mordisqueó el labio inferior y negó con la cabeza.

—Nada, no importa.

Una profunda arruga partió en dos la frente del hombre.

—¿Ocurre algo? —preguntó él, levantándose con lentitud.

Paige arrugó la nariz, sintiéndose confusa. Aquella idea había acudido a su mente unos minutos atrás, cuando lo vio entrar en su dormitorio. Se incorporó en la cama, alzó la barbilla y lo miró a los ojos.

—Sé... sé que puede sonarte extraño y puede que sea pronto para ello, pero... ¿qué te parecería traer algunas de tus cosas aquí?

Antes de que él pudiese reaccionar, Paige se encogió de hombros.

—Vale, es pronto, lo sé, pero desde hace una semana sólo has pasado una noche en tu apartamento. Sólo intento ser práctica y que te sientas cómodo —le dijo de sopetón, retirando de su rostro un nuevo mechón de pelo—. Si tú lo ves bien, claro. Odio que te largues por la mañana antes de tiempo.

Grant la miró sorprendido y, sin esperarlo, se acercó hasta ella para volver a besarla con efusividad, abrazándola por los hombros.

—¿Responde esto a tu pregunta? —le contestó cuando fue capaz de despegar sus labios de los de ella.

Paige sonrió bajo su boca.

—Creo que sí.

Un gemido lastimero salió de la garganta de Grant.

—Aunque le pongamos remedio para el futuro, hoy voy a tener que pasarme por mi apartamento antes de ir a la oficina —le dijo mientras se separaba de ella. Se dirigió al rincón donde estaba su ropa y comenzó a vestirse.

Paige lo siguió con la mirada, encogiendo las piernas y apoyando la barbilla sobre sus rodillas.

—¿Quieres saber algo? —le preguntó Paige mientras observaba cómo se colocaba la camisa, metía los faldones por dentro de los pantalones y se abrochaba el cinturón sin mirar.

Él simplemente asintió sin pensar.

Paige compuso una mueca divertida.

—¿Sabes que eres uno de los hombres de la compañía de los que más hablan las mujeres?

El hombre se detuvo con la corbata en la mano, a medio anudar. Un instante después, Grant estaba riéndose a carcajadas.

—¡Oye, no te rías! —exclamó Paige, lanzándole una almohada.

Él la esquivó y, cuando pudo recobrar la compostura, caminó hacia ella.

—Bueno, convengamos que algunas no son muy discretas.

Paige enarcó una ceja.

—¿Así que lo sabes?

Grant terminó con la corbata y buscó la chaqueta que la noche anterior había dejado sobre el respaldo de la silla.

—Lo sé. Y no le he dado nunca mayor importancia.

Paige conocía a muchas de sus compañeras y, que ella supiera, el recato y la discreción no eran su fuerte.

Grant se acercó hasta ella y la besó. Lenta, profundamente. Paige tomó las solapas de la chaqueta entre sus manos y lo atrajo hacia ella cuanto pudo. Él respondió a su avance, encerrando su rostro entre ambas manos, ladeándole la cabeza para tener acceso a su boca. Cuando todo comenzó a girar alrededor de Paige, su sentido de la responsabilidad se impuso y, sin demasiada convicción, se separó de él.

—Señor Grant, será mejor que lo dejemos o verdaderamente vamos a llegar tarde

—le dijo con voz grave.

Tras unos segundos, Grant asintió. Se incorporó y le alcanzó la bata que había resbalado de los pies de la cama durante la noche.

—Tienes café en la cocina. Ve, antes de que me arrepienta y llame a Caroline diciéndole que voy a llegar tarde.

Paige se pasó las manos por el rostro, despejándolo de las gotas que aún le caían después de la ducha. Tomó la toalla y se envolvió el cabello. Delante del espejo, tomó una nueva toalla y limpió el exceso de vaho que le impedía verse con claridad. Sonrió.

Era curioso. Miró el reloj que había depositado sobre el lavabo. Las siete y diez de la mañana y ya andaba sonriendo.

Se secó el pelo con energía, mirándose, viendo su propio reflejo. Temía estar acostumbrándose a su presencia a su lado cuando despertaba. Sólo unos pocos días habían bastado para que eso se volviera casi necesario.

Alguna vez lo había mirado mientras dormía, descansando relajado. Paige pensó cuán lejos quedaban aquellos días en que él era sólo su jefe y no su amante. Una vez que ambos estaban protegidos por la seguridad de su apartamento, el riguroso jefe del departamento de Verificación de Siniestros se convertía simplemente en Jason Grant. El jefe quedaba olvidado hasta el día siguiente.

Tomó la ropa de la silla y comenzó a vestirse. Aunque su mente se empeñara en esconderlo en lo más profundo, en algún momento tendría que hacer frente a la situación de que se estaba jugando su futuro en la empresa. Al igual que lo estaba haciendo él. Tarde o temprano cometerían un desliz, o alguien los vería, y la burbuja en la que vivían terminaría explotando.

¿Qué iba a hacer? ¿Negar lo que sentía por Grant? ¿Renunciar a él? No, eso no lo haría, se dijo mirándose de nuevo al espejo. Ya no sonreía.

Se puso los pantalones y la blusa y, sin abotonársela del todo, tomó el peine de encima del lavabo, pasándoselo con calma por el cabello mojado. Debía darse prisa. Sabía que Grant tendría que irse de un momento a otro, y eso era algo que no le apetecía en absoluto. Sólo deseaba que, sólo por un día, el tiempo fuera de ambos, y no verse abocados a tener que marcharse sin que ninguno de los dos lo deseara. Terminó la tarea de peinarse y salió del baño.

En la cocina, de pie y dándole la espalda, estaba Grant, afanado en algo que ella no podía ver. Cerró los ojos y hasta su nariz llegó el aroma del café aún caliente. Caminó hacia él y, extendiendo sus brazos alrededor de la cintura del hombre, lo abrazó, apoyando su mejilla en la fuerte espalda.

Sintió cómo el cuerpo de él se apoyaba ligeramente en el suyo, inclinándose hacia atrás y buscando el de ella. Levantó la cabeza y lo miró.

—¿Y ese café? —dijo, mirando el perfil que le ofrecía el hombre. Sintió que le acariciaba el dorso de sus manos, que tenía enlazadas bajo el pecho masculino.

Grant se giró para poder tenerla frente a sí, sin permitir que ella dejara de abrazarlo. Paige apoyó su barbilla en el pecho del hombre.

—Ahí lo tienes —le dijo él, señalando a su derecha, sobre la encimera—. ¿Quieres algo más?

Ella estaba a punto de volver a besarlo cuando el timbre de la puerta los sorprendió. Se separó abruptamente de él y enarcó las cejas.

—Son las siete y media. No son horas de venir a llamar a la puerta de nadie. ¿Quién podrá ser? —preguntó en voz alta, más para sí misma que para que Grant la escuchara.

Paige salió de la cocina, ajustándose el cuello de su blusa.

Al llegar a la puerta y con todo el cuidado del que era capaz, atisbó por la pequeña mirilla. Quien se encontraba al otro lado de la puerta era su hermana, Penny. Pasándose la mano sobre el cabello aún húmedo, abrió la puerta con rapidez.

—¡Penny! —la recibió Paige con asombro—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

El bello rostro de la mayor de las Hunter se iluminó al ver a su hermana pequeña. Miró despreocupadamente su reloj de muñeca y se encogió de hombros.

—Quería hablar contigo antes de que te fueras a la oficina. En persona —le dijo con una radiante sonrisa prendida en sus labios.

—Entra, por favor. —Paige se hizo a un lado para permitir que Penny pasara el interior de su apartamento.

Su hermana estaba a punto de rodear el sofá cuando se detuvo. Sobre el respaldo estaba el abrigo de Jason. Penny giró la cabeza hacia su hermana, con una expresión de extrañeza.

—Eso no es tuyo. Conozco tu ropa y eso no es tuyo —le dijo en voz baja. Entonces los ojos de Penny se abrieron desmesuradamente y sonrió con amplitud—. ¿Estás

acompañada? ¡Estás acompañada!

Paige estuvo tentada de poner una mano sobre la boca de su hermana. Sintió cómo sus mejillas comenzaban a colorearse y cómo un súbito calor se apoderaba de ella. Se pasó la mano por la cabeza, azorada.

—Penny, yo...

Su hermana se aproximó más a ella, haciendo casi inexistente la distancia que las separaba.

—Eso está bien, hermanita. —Y le guiñó un ojo.

Paige le correspondió con una sonrisa. Era importante para ella que su hermana supiera que estaba teniendo una relación. Ahora sólo faltaba que lo conociera. Tomó a Penny del codo y juntas se sentaron en el sofá.

—¿Me dirás qué te ha traído hasta aquí a estas horas?

Los ojos de Penny brillaron y sus blancos dientes afloraron tras una enorme sonrisa.

—Podría haberte llamado por teléfono, pero quería darte la noticia en persona — le dijo tras tomar aire—: Estoy embarazada.

Los ojos de Paige se abrieron y cerraron instintivamente.

—¿Estás...? —No terminó la frase pues no estaba segura si había oído bien o no.

Un leve asentimiento de cabeza por parte de su hermana la sacó de toda duda.

—Embarazada. Sí.

La reacción de estupor inicial fue sustituida en seguida por una enorme sonrisa en el rostro de Paige. Con alegría desbordante, abrazó a Penny.

Ambas hermanas se mantuvieron así hasta que Paige se retiró para mirarla directamente a los ojos.

—Oye, ¿no serán gemelos otra vez?

Penny negó con la cabeza antes de contestar.

—Sólo uno. Ayer me hice la primera ecografía. Sólo uno... salvo que nos dé una sorpresa.

La radiante sonrisa que lucía Penny se resistía a desaparecer. Se colocó un mechón de pelo tras la oreja y asintió.

—Debo irme. Voy a llegar tarde si no me doy prisa.

Las dos mujeres se miraron y asintieron casi al unísono. Paige buscó la mano de su

hermana, apretándola de manera significativa.

—Luego te llamo y hablamos con más calma, ¿de acuerdo?

Penny le respondió con un sutil movimiento de cabeza y, dándole un beso en la mejilla, se alejó por el pasillo del bloque de apartamentos.

Paige se mantuvo unos segundos más bajo el vano de la puerta, viendo cómo su hermana cogía el ascensor. Despacio, entró de nuevo en su apartamento y cerró la puerta.

—Espero que no te importe que lo haya escuchado todo.

Paige se giró en redondo para encontrar a Grant apostado junto a la puerta de la cocina, apoyado contra el marco. Le sonrió antes de bajar la cabeza para mirar hacia el suelo.

—No. Claro que no. —Levantó la vista para encontrar los ojos de él fijos en ella, mirándola mientras sonreía.

—Felicidades, tía Paige.

Ella le respondió con una idéntica sonrisa y se acercó hacia él.

—Penny siempre se las ingenia para sorprendernos a todos. En más de una ocasión nos había dicho que no pensaba tener ninguno más. Con los dos niños tenía ya bastante comprometido su tiempo. —De repente, Paige se detuvo y abrió los ojos como platos.

Grant la miró preocupado.

—¿Ocurre algo?

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¡No quiero ni pensar en el nombre que le pondrá al pobre bebé! Es capaz de sorprendernos con Anakin... ¡o tal vez Obi Wan! No creo verme con fuerzas para llamar Amidala a una sobrina.

El rostro serio de Grant se transformó rápidamente, soltando una limpia carcajada desde el fondo de su garganta.

Paige lo miró con seriedad, arrugando la frente.

—No conoces a Penny. Ella es capaz de eso y de bastante más. —Compuso una pequeña mueca con los labios—. Yo creo que, si fuera mi hijo, sería bastante más convencional con los nombres, Paige sintió los ojos de Grant fijos en ella.

—A mí me gustan los nombres convencionales —respondió él con una media sonrisa.

Las comisuras de los labios de Paige se alzaron en un simpático gesto.

—¿Es eso una proposición, señor Grant?

Paige observó cómo sus facciones se transformaban y, por unos instantes, se sintió totalmente desorientada. Sólo cuando cayó en la cuenta de cuál había sido su última frase, su reacción cobró sentido. Con delicadeza, le acarició la mejilla y obligó a aquellos ojos azules a que la miraran. Le encogió el corazón la tristeza que pudo ver en ellos.

—Jason, yo no soy Victoria —le dijo con toda la dulzura de la que era capaz. Él le respondió con una sonrisa a medias que arrancó en ella una idéntica. Se alejó un paso a regañadientes.

—Bien, creo que es hora de irnos.

—¿Y tu café? —le preguntó Grant aún serio.

Ella se encogió de hombros y se acercó hasta el bolso que estaba sobre una silla bajo la ventana.

—Ya lo tomaré en la oficina.

Odiaba aquel asqueroso mono de trabajo. Si hubiera podido, le habría prendido fuego allí mismo, en la recepción de la compañía, y habría bailado la danza de la lluvia a su alrededor para celebrarlo. Pero tenía muy claro que aquella mascarada tenía una finalidad. Echó un vistazo sobre su hombro y empujó con desgana el pesado carrito de mantenimiento.

Aunque su idea inicial había sido regresar para vigilar a Paige y su amante, no había tenido la oportunidad de hacerlo. Había estado gran parte de la noche dándole vueltas a la cabeza acerca de la manera en que iba a conducirse. Danny rio para sí mismo, «Bueno, toda la noche no», pensó. Había estado pensando el tiempo justo que le había dejado aquella rubia de grandes pechos que había conocido en el bar donde había estado tomando una cerveza, y que no lo había dejado marchar.

Danny se limpió la boca con el dorso de la mano al recordar. Había sido una buena noche. Ella le había dicho que no era una «profesional del amor», pero él lo dudaba. Ninguna mujer accedía tan rápido a acostarse con un desconocido. A no ser que lo que tuviera en casa fuera un buey manso. Rio de su ocurrencia. De todas maneras, prostituta o no, le había dejado un billete de cien dólares metido dentro de su sujetador. Además de un buen polvo, que se llevara un recuerdo del viejo Danny.

Al pasar por el mostrador de recepción, la chica que había tras él le sonrió. Y su

pantalón se tensó de repente en la zona de la ingle. «¡Qué culpa tengo de ser irresistible!», pensó con orgullo y vanidad. Danny le correspondió con otra sonrisa y se detuvo frente a ella, acodándose en el granito del mostrador.

—Hola, guapa —le dijo mostrándole sus dientes en una amplia sonrisa.

La chica le respondió con un coqueto cabeceo.

—Hola. Eres nuevo, ¿verdad?

Danny sonrió aún más, tanto que le estaban comenzando a doler las mejillas.

—Sí —respondió mirándola de arriba abajo, de modo descarado—. ¿Cómo te llamas, preciosa?

La chica volvió a sonreírle.

—Rachel.

—Rachel —repitió Danny despacio, saboreando el nombre de ella en sus labios—. Precioso nombre para una chica preciosa.

Una nueva sonrisita iluminó el rostro de la joven. Danny se percató del ligero rubor que lucían sus mejillas.

—Y dime, Rachel, ¿llevas mucho tiempo trabajando aquí?

Ella negó con un contenido gesto sin apartar sus ojos de él.

—No, sólo cuatro meses.

Danny le dedicó la mejor de sus sonrisas. Sabía que pocas mujeres podían resistirse a aquel despliegue de atención.

—¡Vaya! Si eres casi tan novata como yo —exclamó. Despacio y con cuidado, acercó su mano hacia la de la chica, acariciándole con un solo dedo el dorso de su mano. Los ojos de la joven se abrieron de manera desorbitada, siguiendo el rastro de aquella caricia—. ¿Qué me dices si después del trabajo, tú y yo quedamos y nos tomamos unas cervezas? O... lo que tú prefieras, Rachel.

La chica boqueó como si fuera un pez fuera de agua. De manera súbita retiró la mano y la escondió bajo el mostrador.

—Eh... yo... no sé... —se excusó, atusándose el pelo con un gesto nervioso—. No estoy segura de que podamos.

Danny se incorporó, alejándose un poco de ella.

—¿Y por qué no vamos a poder, cielo? —le dijo en tono zalamero.

Ella entornó los ojos.

—¿No te han dado el manual y los estatutos cuando has firmado el contrato?

Danny se encogió de hombros.

—¿Ese mamotreto? Lo dejé en casa. Tenía una mesa coja y le estaba haciendo falta un arreglito —le guiñó un ojo de manera cómplice.

Ella le sonrió de manera forzada.

—Bien, Danny, pues yo sí que me lo he leído, y no voy a arriesgarme a salir con nadie de la compañía. Te aconsejo que tú tampoco lo hagas.

El hombre entornó los ojos.

—¿No? ¿Por qué no?

La chica miró a derecha e izquierda, asegurándose de que nadie la oía.

—Es una de sus normas. No está permitido que los empleados de un mismo departamento entablen relaciones extra laborales. Y dado que aún no tengo muy claro cómo están organizadas las jerarquías, las categorías y las secciones, prefiero no confraternizar con nadie, por si acaso.

Danny notó como todos sus sentidos se ponían alerta. Se acercó de nuevo hacia ella, quedando a pocos centímetros de la nariz de la mujer.

—Pues es una lástima —dijo, bajando el tono de su voz una octava y disfrutando al ver cómo el rubor subía a las mejillas de Rachel en respuesta—. Qué gente tan rancia, ¿no? ¿Qué hay de malo en que sus empleados se hagan... amigos?

La mujer pareció salir de una especie de trance y se echó hacia atrás, inspirando con fuerza.

—Bueno, el manual no dice nada en contra de hacer amigos —respondió con dificultad—. Es más bien lo otro lo que no aprueban. Ya sabes. Las relaciones... sentimentales.

Una sonrisa comenzó a dibujarse lentamente en los labios de Danny. Allí lo tenía; al fin había encontrado lo que había estado buscando.

—O sea, que ningún empleado puede tirarse a un compañero de su mismo departamento.

Ella se sobresaltó.

—¡No! Estarían jugándose sus empleos.

Danny quiso insistir. Aquello era demasiado bueno como para no asegurarse bien.

—¿Pero nadie? ¿Qué me dices de los jefes? —Se pasó la lengua por los labios reseco y le guiñó un ojo en un gesto cómplice—. Estoy seguro de que alguno se

tomará de vez en cuando un respiro en el trabajo.

Ella negó con la cabeza.

—Uff, me parece que ellos menos que nadie. El señor Barret es de la vieja escuela. Nada de líos.

«Un poco más. Ya casi lo tengo», pensó Danny viendo cómo la mujer le estaba brindando toda la información que él necesitaba.

—¿Y de verdad esperan que la gente haga caso de esas normas tan estrictas? —añadió en tono coqueto—. Vamos, anda ya, no me lo creo. Especialmente los jefes. Seguro que muchos de ellos han tenido líos con mujeres que estaban bajo su supervisión. Eso pasa siempre.

Ella abrió mucho los ojos.

—No lo creo. Y, si ha ocurrido alguna vez, habrá sido en plan clandestino. Si algo así hubiera salido a la luz, ambos se las habrían visto con el comité de conducta y, con toda seguridad, habrían terminado en la calle. Lo pone bien claro en los estatutos.

El hombre no pudo evitar que una risotada saliera del fondo de su garganta, a la vez que echaba la cabeza hacia atrás. Cuando se recuperó de su euforia, miró a la chica que lo observaba extrañada.

—Gracias, encanto. Me has sido de gran ayuda. Tal vez algún día podamos vernos fuera de aquí.

Y con un petulante gesto le lanzó un beso con la mano.

—¡Oye, el carrito! —La oyó decir a sus espaldas.

«¡Que lo follen al carrito!», pensó a la vez que aceleraba su caminar, dirigiéndose rápidamente hacia el vestuario.

Llegó ante su taquilla y abrió la puerta con tanto ímpetu que hizo que ésta rebotara con un estruendoso ruido metálico. Rebuscó bajo su ropa. Allí estaba la abultada encuadernación. Se sentó en el banco de madera bajo que tenía tras de sí y abrió el legajo con nerviosismo.

Pasó una página tras otra con prisas hasta que sus dedos se detuvieron en lo que estaba buscando. Leyó el párrafo una vez, después otra, hasta asegurarse por completo de que aquello que leía era tal cual allí lo exponían. Era demasiado bueno para ser verdad.

Ahora sólo le quedaba conseguir alguna prueba de que Paige y su jefe estaban liados.

Danny recapacitó unos momentos y profirió una maldición. La noche anterior había tenido la oportunidad perfecta para pillarlos, y habría sido así si él hubiera sabido mantener su polla dentro de sus pantalones por unas cuantas horas. Pero, al fin, se acabaron los momentos de incertidumbre. Sorprenderlos de nuevo sería cuestión de horas. ¡Una fotografía! ¡Eso era! Les seguiría de nuevo y, en el momento oportuno, les tomaría alguna foto sin que ellos se dieran cuenta y se las enviaría al presidente de la compañía.

«Woodwein contra Hunter. Cuarenta a nada. Juego, set y partido».

Danny se rio ante su propia ocurrencia a la vez que se deshacía del horrible atuendo de trabajo. Su estancia allí había terminado.

CAPITULO 20

Paige apagó la cinta andadora con un resoplido y se secó el sudor con la toalla que colgaba junto al porta-botellas. Alzó la cabeza y miró el enorme reloj que había colgado en la pared frontal del *Four Seasons*. Arrugó la nariz y se bajó con prisas de la máquina cuando cayó en la cuenta de que sólo le quedaban quince minutos para ducharse, tomar un sándwich y regresar al trabajo.

Salió de la ducha con rapidez y estuvo vestida en un tiempo récord. Había quedado con Grant en *coincidir* en el vestíbulo del gimnasio y regresar juntos a la oficina. No había nada de extraño en ello, y nadie que los viera podría pensar que aquel encuentro no había sido fortuito. Con el pelo aún húmedo, abandonó el vestuario.

Llegó al vestíbulo y se paró frente al mostrador de recepción, observando con disimulo. Grant no estaba allí, así que esperaría a que él apareciera.

La chica de la recepción se acercó a ella con una amplia sonrisa en sus labios maquillados de rosa.

—¡Paige! ¿Qué tal te ha ido hoy? —le preguntó, resuelta.

Paige le ofreció una sonrisa idéntica y se apoyó en el cristal que servía de encimera del mostrador.

—Estoy agotada. El banco de abdominales debe ser un invento del demonio —le dijo mientras se llevaba la mano al costado y arrugaba la nariz con una mueca de dolor. En ese instante, alguien tocó su hombro y Paige se giró de inmediato, ya con una sonrisa resplandeciente en su rostro.

—Has tardado en... —comenzó diciendo, para detenerse y perder de repente la sonrisa cuando vio que había sido Jake el que había reclamado su atención.

El hombre entornó los ojos.

—¿He tardado en qué, Paige?

Paige abrió la boca para cerrarla a continuación, si saber qué decir.

—¡Hey, Jake! Qué... sorpresa —le dijo con la mandíbula apretada, una forzada sonrisa y con la mirada puesta en la puerta que daba acceso a la sala de máquinas.

Jake parpadeó.

—¡Oh, sí, una gran sorpresa! Sobre todo cuando vinimos juntos hace una hora —le contestó con cierta sorna.

Paige sintió un ligero rubor aparecer en sus mejillas.

—¿Qué? Sí, por supuesto.

Su compañero dio un paso hacia ella.

—¿Te ocurre algo, Paige?

Antes de que ella pudiese contestarle, Grant apareció por la puerta del gimnasio y Paige sintió que todos los músculos de su cuerpo se agarrotaban. Sus ojos se desviaron de un hombre al otro. Grant anduvo hacia ellos, deteniéndose a pocos pasos. Paige sintió la mirada penetrante de su jefe en ella. Unos segundos después, Grant miró hacia su compañero, saludándolos a ambos con un contenido cabeceo.

—Señor Mensfield, señorita Hunter.

Paige apretó los labios y asintió.

—Señor.

Vio a Jake girarse hacia su jefe.

—No sabía que estaba aquí, señor.

Grant asintió.

—Ya regresaba a la oficina.

Jake se giró hacia ella y volvió a mirar a Grant, para buscar de nuevo los ojos de Paige. Se encogió de hombros y señaló hacia la puerta.

—Nosotros también nos íbamos ya. ¿Si quiere...?

Grant dio un paso hacia la salida.

—Tengo un poco de prisa, Mensfield. Si me disculpan —se excusó dando un nuevo paso hacia la puerta. Paige sintió una punzada de decepción en el centro del estómago.

Antes de marcharse, Grant le dedicó una velada sonrisa que solo ella podría percibir. Sin esperar a que ninguno de los dos replicara, Grant abandonó el gimnasio con paso rápido.

Jake se paró a su lado mientras ambos seguían la retirada de su jefe. Despacio, volvió la mirada hacia Paige y la observó con ojos entornados.

—Está raro, ¿no crees?

—¿Quién?

Su compañero volvió sus ojos hacia el techo en un gesto cómico.

—Grant, Paige. ¿Quién si no?

Paige no supo qué contestarle. Hizo una mueca con los labios y se colgó al hombro

la bolsa de deporte.

—No... no lo había notado.

Jake parpadeó, sorprendido por su respuesta.

—Ya, claro, no te has dado cuenta —le dijo—. Pues entonces puede que seas la única aquí que no lo haya notado.

Paige miró de reojo a su compañero y amigo. Llevaba varios días queriendo hablar con él sobre su relación con Grant. Cada vez le resultaba más difícil fingir indiferencia al ser llamados para una reunión, cuando lo que quería era lanzarse a la carrera pasillo abajo. «Bueno, o algo así», pensó. Echaba de menos charlar con Jake. Nadie la conocía tan bien como él, y tener que esconderle su relación con Grant la estaba agobiando. Se giró para quedar frente a su compañero y lo miró a los ojos.

—Jake, tengo algo que contarte —le dijo en voz baja, sintiéndose incómoda de repente.

Él miró con ojos entornados y su semblante se ensombreció de repente.

—Creo que sí, Paige. Pienso que ya es hora de que hablemos.

Danny bajó el objetivo de su cámara y entornó los ojos, convirtiéndolos en dos simples rendijas en su pétreo rostro.

Había esperado que Paige saliera del gimnasio con su jefe y así él podría sacar las últimas fotografías. Pero, en lugar de eso, cada uno había abandonado el lugar por separado. Lentamente, una fría sonrisa emergió de sus labios. Daba igual, había tomado fotos de sobra. Ésas que había esperado tomar allí habrían sido un mero relleno después de las tomadas aquella mañana.

La noche anterior se había apostado frente al apartamento de Paige. Ella había llegado sola y, pocos minutos después, lo hacía su jefe.

Él se había mantenido en su puesto toda la noche con su recién adquirida cámara digital en el regazo. La había conseguido en una casa de empeños, en donde había regateado el precio al vendedor y la había sacado unos dólares más barata.

Apenas había amanecido cuando su larga espera se vio justamente recompensada. Paige abandonó el bloque de apartamentos junto a su jefe. Y no cabía duda de que habían pasado una gran noche. Se los veía felices y acaramelados y Danny temió que le diera una subida de azúcar con tanta caricia y tanta sonrisa idiota. Había apretado el disparador una y otra vez, captando aquellas imágenes que servirían para hundirlos

a ambos en el lodo, donde merecían estar.

Cuando al fin Paige y Grant se despidieron junto al coche de ella, el pulso de Danny tembló al apretar con vigor el disparador. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no reírse a carcajada limpia. La sonrisa que se instaló en ese momento en su rostro tardó mucho en esfumarse. Estaba disfrutando tanto que sentiría verdadera lástima cuando todo aquello acabara.

Paige y su acompañante pasaron por su lado y Danny giró la cabeza hacia el lado contrario, apoyando el codo sobre el volante. Ya tenía material de sobra. Iría al centro comercial e imprimiría aquellas fotos en papel. En copias a gran tamaño.

Apagó la cámara y la puso sobre el sillón del pasajero.

«¡Qué ganas tengo de ver sus caras cuando les enseñe las fotos!». Y se rio a carcajada limpia.

Jake abrió la puerta de la oficina y dejó que ella pasara antes que él. Desde que habían abandonado el gimnasio, no se habían dirigido la palabra el uno al otro. Paige había andado cabizbaja a su lado y él no había hecho el intento de iniciar ninguna conversación.

Su compañero se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa por encima de los codos. Se sentó tras su escritorio y esperó.

Jake parecía tan relajado que sintió cierta envidia. Al fin y al cabo, no era él quien debía abrir su corazón y contar algo de su vida privada. Con lentitud se quitó el abrigo y lo dejó en el perchero. Intentó infundirse valor y, humedeciéndose los labios, se giró para enfrentarlo. Buscó una silla donde poder sentarse.

—¿Y bien? —dijo Jake rompiendo el silencio.

Paige levantó la cabeza.

—No me lo hagas más difícil, por favor.

El hombre parpadeó.

—¿Difícil? ¿El qué, Paige? —le preguntó Jake, levantando un poco la voz. Un segundo después en el rostro del hombre apareció una expresión de arrepentimiento. Sus facciones se relajaron, al igual que sus hombros. Jake asintió antes de hablar. — Si lo que estás tratando de contarme es lo que hay entre tú y Grant, ya me olía algo, así que tranquila, puedes soltarlo sin miedo. No me voy a desmayar.

Paige parpadeó varias veces antes de darse cuenta de que tenía la boca abierta. Se

obligó a cerrarla. Los músculos de su espalda se tensaron involuntariamente, irguiéndose en su asiento.

—¿Cómo...? —preguntó con un balbuceo.

Jake se reclinó contra el respaldo de su silla y exhaló lentamente.

—Paige, te conozco como nadie te conoce en esta empresa y sólo he tenido que fijarme un poquito en ti cuando estás delante de Grant para entender que hay algo entre vosotros.

Paige torció el gesto y dejó escapar el aire.

—Sólo espero que los demás no se hayan dado cuenta como tú lo has hecho.

Jake se acodó sobre el escritorio, acercándose de esa manera a ella.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir sobre ello? ¿Que esperas que los demás no se den cuenta? —le dijo con acritud y el rostro más serio de lo que era normal en él—. ¿Sabes lo que estás haciendo o simplemente has perdido el juicio?

—Vaya, a eso le llamo yo prestar ayuda —le respondió de inmediato, sin preocuparse en disimular su irritación ante la pregunta que él le había formulado.

Jake se pasó la mano por el pelo, incómodo, bajando primero la cabeza para luego levantarla y clavar su mirada en ella.

—Paige, sabes a lo que me refiero. Estás jugándote tu puesto de trabajo, por no hablar de tu prestigio profesional. ¿Es que eso no te importa en absoluto?

Ella consideró por unos instantes las palabras de su compañero y no fue capaz de responderle. Él se levantó de la silla con un brusco gesto.

Se acercó hasta ella, que lo miraba sin parpadear

—¡Es tu jefe, por el amor de Dios! —exclamó, levantando los brazos con un exagerado gesto. Se giró hacia ella con resolución—: ¿Sabes lo que eso significa en esta empresa?

Ella asintió con total convencimiento.

—Sé lo que significa, Jake. Créeme que lo sé.

Jake la miró por unos instantes fijamente, con la mandíbula apretada. La expresión de enfado que mostrara su rostro minutos atrás se había evaporado y, en su lugar, había aparecido una de honda preocupación.

—Paige, él es tu jefe directo. Si tienen que poner a alguien en la calle, esa serás tú. ¿No lo entiendes?

Ella volvió a asentir.

—Lo entiendo perfectamente. Y sé a qué me estoy exponiendo.

Jake volvió a su sillón y se arrojó a él con pesadez.

—¿Qué pasó con aquello de que no te querías enamorar más? Me lo has dicho en más ocasiones de las que puedo recordar, Paige.

Durante todos aquellos años de amistad, Jake había tenido que escucharla defender en más de una ocasión su decisión de no volver a enamorarse. Normalmente, aquella conversación se desarrollaba tras una cerveza y tras haber pasado un largo y frustrante día de trabajo.

—Siempre pensé que lo decías en serio —continuó Jake—. Parecías muy convencida.

Paige se encogió de hombros, despacio, y esbozó una tímida sonrisa.

—Yo también lo creía. Pero, simplemente, ha sucedido.

Jake la escuchó con atención para asentir tras unos segundos.

—¿Y desde cuándo...?

Ella bajó la mirada, evitando así la de su compañero.

—Hace casi un mes.

Jake abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Un mes? —Su voz se elevó una octava al hablar—. Vaya, gracias por confiar en mí.

Paige se levantó de su silla y anduvo hacia la pared para deshacer el camino al instante.

—He querido contártelo miles de veces, en serio —le dijo, acercándose a su lado. Buscó una silla y se sentó junto a él—. Eres mi mejor amigo y he necesitado alguien con quien hablar. Ha sido muy difícil no hacerlo. Jake, me daba vergüenza, ésa es la verdad.

Los ojos de Jake se clavaron en los de ella. El hombre se pasó las manos por el pelo y respiró profundamente.

—Paige, yo... siento cómo he reaccionado. No debí hablarte así.

Ella relajó sus hombros y le sonrió.

—Si los amigos no son capaces de hablarte así, ¿quién lo hará?

Ambos se sostuvieron la mirada por unos segundos y sonrieron casi a la vez. Paige sintió que toda la tensión de momentos antes se disolvía en el aire.

El hombre se reclinó contra el respaldo de su silla y cruzó los brazos ante su pecho.

—¿Has pensado qué vas a hacer, Paige? Porque, tarde o temprano, terminará sabiéndose.

Ella tomó aire para exhalarlo con lentitud.

—No, Jake, no sé qué vamos a hacer. Todo ha ocurrido demasiado deprisa y, con sinceridad, no he querido pensar en ello.

Miró a su compañero a los ojos y los vio fijos en ella. Sintió que podía hablarle con total franqueza, que él la escucharía y, fuera cual fuese su decisión, la respetaría.

—Me han roto el corazón demasiadas veces, Jake, tú lo sabes mejor que nadie. Siempre era a ti a quien acudía cuando necesitaba un hombro sobre el que llorar. Y pensaba hacer honor a mi resolución: no quería más problemas en mi vida, ya había tenido bastantes, gracias —le dijo con un cabeceo enérgico. Entonces una sonrisa apareció en sus labios sin saber bien de dónde había salido—. Pero esta vez es distinto. Yo lo sé. Ambos lo sabemos. Nos estamos arriesgando mucho, pero no estoy dispuesta a perder lo que él y yo hemos comenzado. Creo que merezco ser un poco feliz, para variar.

Después de unos instantes, Jake alargó la mano y tomó la de ella entre las suyas.

—Mereces ser todo lo feliz que tú quieras ser. Pero, ¿quieres que te señalen con el dedo cuando todo se descubra, que te tachen de algo que no eres y que te quedes sin trabajo? ¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

Ella negó con convicción.

—No, Jake, no quiero eso. Lo que quiero es estar con él. Sé lo que me estoy jugando, ambos nos la estamos jugando. Ya nos preocuparemos por eso cuando sea el momento, ¿no te parece?

Jake la miró, pensativo, para terminar asintiendo. Poco a poco, Paige comenzó a sentir cómo todo su cuerpo se relajaba, como si le hubieran quitado un peso de los hombros. Se soltó de las manos de Jake antes de levantarse y dirigirse a su mesa.

—Paige —oyó decir a su compañero a su espalda. Ella se giró hacia él.

—¿Sí?

En el rostro del hombre apareció dibujada una tímida sonrisa.

—Dile a Grant que es un hombre con suerte.

Paige correspondió a su frase con la sonrisa más franca y sincera que era capaz de

mostrarle. Asintió y volvió sobre los papeles que la estaban esperando.

Desde que estaba con Paige, Grant había retomado el abandonado hábito de mirar el reloj. Saber cuánto tiempo faltaba para dejar la oficina, para así poder estar con ella, había pasado a ser algo importante en su rutina diaria. Antes solía quedarse en su despacho hasta bien entrada la noche, encerrado entre un montón de papeles. Pero ya no era así y, sinceramente, el cambio le gustaba.

Grant apartó el expediente que estaba revisando. Las cosas habían cambiado tanto en tan poco tiempo que, en ocasiones, se sentía aterrado. Hacía demasiado tiempo que nadie lo esperaba, que cenaba siempre solo. Demasiado tiempo que no amaba a nadie.

Por unos instantes retuvo el aire en los pulmones, para dejarlo escapar poco después tan despacio como pudo. Amar: extraña y olvidada palabra en su vocabulario. Pero, aunque arrinconada en su mente, sabía que eso era lo que sentía por Paige. La amaba. La quería más de lo que nunca podía haber llegado a creer. Y si alguna vez había sentido alguna duda, ya no era así. Sonrió de nuevo al pensar en ella y recapacitó. ¿Desde cuándo no sonreía con tanta asiduidad? No hacía falta que lo pensara mucho para conocer la respuesta.

Y allí estaba él, sonriendo como un adolescente y sintiéndose como tal. Sin dejar que su ánimo decayera, intentó recobrar la concentración perdida pero, en ese instante, su teléfono privado sonó.

Miró la pantalla digital y comprobó que la llamada correspondía a la extensión del vicepresidente Bishop. Con cautela, descolgó el auricular.

—Grant —contestó con parquedad.

De inmediato escuchó una voz femenina que ni siquiera se molestó en presentarse.

—Señor Grant, el señor Bishop le espera en su despacho lo antes posible. Desea hablar con usted.

—Dígale que iré enseguida.

Grant colgó la llamada. Tamborileó con sus dedos sobre la mesa y una profunda arruga partió su frente en dos.

¿Qué querría el viejo Bishop?

Recogió su chaqueta del respaldo de su asiento y se encaminó hacia la puerta de su oficina. No era habitual que lo llamara y, mucho menos, cuando ya era casi la hora de marcharse. Por todos era sabido que el vicepresidente tenía por costumbre abandonar

l a *Barret & Giles* temprano. Con desgana, se encaminó hacia el ascensor que lo llevaría hasta la última planta de la Torre Barret.

Paige levantó la cabeza una vez más para mirar el reloj de la oficina. Faltaba una hora para irse y se hundió levemente de hombros. Tenía un terrible dolor de cabeza y lo único que quería era marcharse a casa. Había quedado con Jason en que cenarían en un restaurante. Paige sonrió. Sería un agradable cambio, pero aquella horrible migraña no la dejaría disfrutar de la velada. Pensó que, quizá, deberían posponerlo para otra ocasión y pasar juntos la noche en su casa, cenando tranquilamente y viendo una película.

Desde que había comenzado a salir con Grant, había tenido especial cuidado en no visitar su despacho sin tener una causa justificada aunque se estuviese muriendo de ganas por verlo.

Así que sería mejor que lo llamara por teléfono y así cambiar sus planes para la noche.

Intentó llamarlo a su línea privada pero, al no conseguir dar con él, marcó el número de su secretaria.

—Caroline, soy Paige Hunter. ¿Está el señor Grant? —preguntó cuando la mujer contestó. Sus dedos tamborilearon sobre la mesa, impaciente.

—Lo siento, Paige, pero no está.

Paige compuso una mueca de sorpresa

—¿Y sabes si volverá?

—Supongo. No me ha dicho que se marchara ya. Ha dejado sus cosas en el despacho.

Paige se mordió el labio inferior, sin saber qué hacer. Miró de nuevo el reloj.

—Bien, ¿podrías decirle cuando llegue que necesito hablar con él? Es un asunto urgente. Por favor.

La secretaria tardó unos segundos en contestarle.

—Descuida, Paige, se lo diré cuando vuelva.

La asistente del vicepresidente Thaddeus Bishop ya había rebasado la barrera de los sesenta años y, a tenor de Grant, debía quedarle poco para su seguramente

merecida jubilación. Y aunque sexagenaria, se conservaba espléndidamente. De complexión delgada, su rostro estaba maquillado con esmero y su pelo cardado en un peinado que Grant consideró pasado de moda. La mujer apenas le sonrió cuando lo vio aparecer. Tan sólo se levantó de su silla y abrió la puerta que comunicaba su oficina con el despacho de su jefe.

—El señor Bishop le espera, señor Grant.

Grant pasó delante de ella, entrando en la fastuosa habitación, y oyó como la puerta se cerraba a sus espaldas.

Thaddeus Bishop lo estaba aguardando apostado frente a la ventana, mirando el frenético tráfico que a esa hora de la tarde colapsaba la avenida. El tiempo y los años habían ido encorvando su cuerpo menudo y Grant, en cada ocasión en la que ambos coincidían, pensaba irremediamente que estaba observando a un pequeño gnomo salido de una leyenda irlandesa. Grant permaneció ante la puerta esperando a que Bishop se percatara de su presencia. Cuando no lo hizo, carraspeó para llamar su atención. Inmediatamente, unos vivaces ojos azules ocultos tras unas gafas redondas se volvieron hacia él.

—¡Jason, muchacho! Pasa, pasa —le dijo con voz alegre, a la vez que se giraba hacia su escritorio con un lento caminar.

Grant avanzó despacio hasta él y lo saludó cortésmente con un gesto de la cabeza. La diferencia de estatura era considerable y eso obligaba al vicepresidente Bishop a mirar hacia arriba forzando el ángulo de su cuello. Le sonrió y entornó los ojos.

—Señor Bishop —le saludó Grant cuando lo tuvo frente a sí.

El hombre hizo un ademán exagerado con la mano, a la vez que arrugaba su nariz.

—¡Oh! Deja eso de señor Bishop para la estirada de mi secretaria, ¿quieres? —le advirtió con una sonrisa.

Grant no pudo evitar sonreír. Hacía tiempo que el vicepresidente había cumplido los setenta años, y todos en la empresa se preguntaban cuándo dejaría la compañía. Pero para un hombre como el viejo Bishop debía ser difícil ceder su puesto cuando él, junto con los fundadores, la había levantado desde la nada con tremendo esfuerzo y tesón. Y, más aún, cuando él tenía más poder de decisión que los propios Barret y Giles.

Con paso trémulo, Bishop se acercó hacia su escritorio, lo rodeó y se dejó caer en un sillón que parecía demasiado grande para él.

—Muchacho, siéntate. ¿O es que quieres acabar con mis cervicales?

Grant no esperó a que el hombre repitiera su ofrecimiento y tomó asiento en uno de los cómodos y caros sillones que había al otro lado de la mesa.

El anciano suspiró sonoramente y sus hombros se hundieron un poco más.

—Hijo, el tiempo no debería pasar igual para todo el mundo —le dijo el hombre con un tinte de tristeza en la voz.

Grant parpadeó, sin comprender.

—¿Cómo dices?

Bishop chasqueó la lengua.

—Me hago viejo, muchacho, pero mi mente está aún ágil y despierta. Es mi cuerpo el que se niega a responder. Y este —separó el sillón de la mesa, señalando con su cabeza hacia abajo— terrible dolor en la pierna, que no me deja vivir. La artritis me está matando.

Grant fijó sus ojos sobre la menuda figura y, por unos instantes, sintió lástima por él.

—Tal vez sea hora de ir pensando en descansar, Thaddeus.

El hombre abrió los ojos desmesuradamente, como si hubiera oído una auténtica blasfemia. Al momento, los volvió a entornar, convirtiéndolos en dos simples líneas en el arrugado rostro. Con un elocuente gesto de la mano, desestimó la sugerencia de Grant.

—¡Bah, paparruchas! Eso mismo me dice Constance, mi secretaria. Pero yo creo que lo que quiere es perderme de vista. Trabaja para mí desde hace más de treinta años. Me van a tener que sacar de aquí con los pies por delante —le dijo con un susurro mientras se inclinaba hacia adelante.

El comentario del hombre arrancó una sonrisa genuina en el rostro de Grant. Sir pretenderlo, se movió incómodo en el amplio sillón.

—Bueno, te preguntarás para qué te he hecho venir, ¿verdad? No es precisamente para hablar de mis achaques por lo que te he llamado. Te quería pedir un favor, Jason.

Antes de que el hombre pudiera agregar algo más, Grant asintió sin pensar.

—Lo que quieras.

Aquel elocuente gesto por parte de Grant, unido a su explícita afirmación, hizo que el anciano burócrata sonriera de pleno.

—Muy bien —le dijo, acercando el sillón a la mesa con esfuerzo y rebuscando

entre los papeles que tenía perfectamente ordenados sobre ella—. Tenemos un pequeño problema, Jason.

El anciano pareció encontrar lo que andaba buscando, lo hojeó y se lo tendió a Grant.

—¿De qué se trata? —preguntó, intrigado, mientras los recogía de manos del vicepresidente.

—Conoces a Edmund Tellers, ¿verdad? —comenzó diciendo Bishop mientras él se entretenía en abrir la carpeta. Asintió sin apenas recapacitar en las palabras del vicepresidente.

Edmund Tellers era el subdirector del departamento comercial. Un individuo simpático y, a su juicio, demasiado hablador, al cual solía evitar en todas las reuniones de empresa. Grant intentó pensar en las veces que ambos habían coincidido. Sus conversaciones podían contarse con los dedos de una mano.

Grant pasó una tras otra las páginas que Bishop le había entregado sin apenas detenerse a leer qué ponía en ninguna de ellas.

—¿Qué ocurre con él? —preguntó distraídamente.

—Te he llamado para que formes parte de un comité de conducta.

Las palabras del hombre hicieron que Grant levantara la cabeza como accionado por un resorte a la vez que abría los ojos de par en par.

—¿Comité de conducta?

El hombre alcanzó una carpeta idéntica a la que tenía Grant y abrió el expediente con diligencia.

—El pasado mes, al señor Tellers se le ha sorprendido en falta con una secretaria de su mismo departamento. Algo sumamente desagradable, déjame decirte —le dijo el hombre mientras tomaba aire y se recolocaba las gafas sobre la nariz—. Sabes que la política de la empresa es bien clara al respecto. Si no nos hubiéramos mantenido firmes durante todos estos años, tal vez habríamos tenido que soportar alguna que otra demanda más de las que hemos soportado.

El hombre levantó la cabeza, haciendo que sus ojos descansaran sobre Grant para continuar hablando.

—Nunca he dejado que estas cuestiones se nos escaparan de las manos y ésta no va a ser diferente. Te necesito en ese comité, Jason.

Grant se sentía incapaz de pensar. Todo lo que le venía a la mente era la imagen de

Paige. Sintió que sus manos comenzaban a sudar. Dejó sobre sus rodillas el expediente de Tellers y se irguió en su asiento mientras intentaba encontrar alguna excusa que decirle al anciano Bishop. Pero se había quedado en blanco.

El viejo volvió a acomodarse en su amplio sillón.

—Esta situación me desagrada profundamente, pero las normas están para ser acatadas y Dios sabe que, en ocasiones, me ha costado conseguir que así fuera. Por supuesto, los dos deberían ser despedidos. Es terrible, ¿no crees? La señorita Palmer es joven, y apenas lleva aquí dos años. Pero Tellers, en cambio... —hizo una dramática pausa y suspiró—. Después de tantos años con nosotros, tener que salir por la puerta de atrás. Ha sido un duro golpe para todos, te lo digo en serio. Tellers es un magnífico comercial y, pese a este desliz, es un buen hombre. Nos ha proporcionado algunos de nuestros clientes más importantes.

Bishop se detuvo un momento, mirando por la ventana con aire pensativo. Grant no estaba seguro de si esperaba una contestación o no, y optó por guardar silencio. De todos modos, no confiaba en que le hubiese salido la voz de haberlo intentado.

—Voy a ser totalmente sincero contigo, Jason —continuó Bishop al cabo de un rato—. Los miembros de la junta están muy preocupados. No podemos permitirnos el lujo de prescindir de Tellers. Una noticia así correría como la espuma y la competencia le ofertaría lo inimaginable para que él se llevara sus cuentas de aquí. Por otro lado, no podemos hacer excepciones a las normas, puesto que eso sería visto como un signo de debilidad. ¿Entiendes el dilema al que me enfrento?

Bishop clavo sus inteligentes ojos en él y Grant asintió despacio.

—La única solución —prosiguió el anciano— es que el comité de conducta determine que la señorita Palmer es la responsable de lo ocurrido. Si se llega a la conclusión de que ella planeó desde el principio seducir a su jefe como medio para prosperar en la compañía, podríamos despachar a Tellers con un simple tirón de orejas y con una semana de suspensión de empleo y sueldo. A cambio de aceptar este acuerdo, la señorita Palmer recibirá, junto con su indemnización, una excelente carta de recomendación, que le abrirá las puertas de cualquier empresa en la que desee solicitar trabajo. Todo se hará internamente, sin escándalos, y nadie saldrá perjudicado.

Grant intentó replicar a las palabras de Bishop pero, en su lugar, volvió su mirada hacia los papeles que tenía entre las manos. Por unos instantes, los nombres de ambas

personas bailaron ante sus ojos, convirtiéndose de repente en el suyo y en el de Paige. Cerró los ojos, sintiendo cómo el sudor comenzaba a resbalar por su sien derecha. Al fin los abrió y levantó el rostro hacia el viejo.

—¿Y para qué me quieres en ese comité? —le preguntó abiertamente. A sus propios oídos, su pregunta sonó a reproche—. Según lo que me has contado, ya está todo decidido.

El extraño brillo que apareció en los ojos de Bishop desconcertó a Grant, incapaz de interpretarlo. El anciano caballero se retrepó en su sillón.

—Jason, por favor, me ofende que pienses eso —le contestó con seriedad, como si saboreara cada una de sus palabras—. No tengo tanto poder en esta empresa como para que mis dictados sean órdenes.

Por supuesto, Grant sabía que aquello no era cierto. La influencia del viejo llegaba hasta cada uno de los rincones de la empresa.

Al ver que Grant no le contestaba, Bishop continuó:

—Lo que te acabo de contar es sólo una orientación sobre lo que debería decidirse en ese comité. Por supuesto, nada está resuelto. Pero, si quieres saber mi opinión, esa sería, más o menos y por el interés de la empresa, la resolución que el comité debería tomar.

De repente, toda la simpatía que había sentido hasta entonces por aquel afable hombrecillo, desapareció. Grant se irguió en su asiento, enderezando su espalda.

—No creo que pueda hacerlo.

Los ojos del anciano relampaguearon a la vez que lo fijaba en Grant.

—No lo entiendes, muchacho —comenzó diciéndole con voz serena y pausada—. No le pido a todo el mundo que forme parte de un comité disciplinario. Sólo a los que se merecen mi total confianza. Y, como tú bien me has dicho, va siendo hora de que me jubile. Alguien debe ocupar este sillón, Jason.

Los ojos de Grant se abrieron desmesuradamente. ¿Le estaba ofreciendo ser su sucesor? Un frío inexplicable recorrió su espalda de arriba abajo. Y un incipiente dolor de cabeza se instaló en sus sienes. De repente, el rostro de Paige se materializó ante él, con aquella preciosa sonrisa suya. Él estaba en la misma situación que Tellers, sólo que había tenido la suerte que no los pillaran.

Todavía.

Con un rápido movimiento, se levantó de su asiento.

—No lo haré, señor Bishop —le dijo, poniendo sobre la mesa la carpeta con la documentación.

Bishop elevó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Jason, no seas obcecado.

—Lo siento, pero no. Muchas gracias de todas formas por pensar en mí.

Y sin esperar a que el hombre le despidiera, Grant se giró para abandonar el despacho bajo la escrutadora mirada del vicepresidente Bishop.

CAPITULO 21

No tuvo la paciencia suficiente para esperar al ascensor y bajó por las escaleras tan rápido como fue capaz. Y conforme descendía, la ira iba creciendo en él. No sabía bien si aquel descomunal enfado iba dirigido hacia el vicepresidente Bishop o hacia sí mismo. Lo cierto era que sentía la sangre hervir en sus venas. Había sido un ingenuo.

Sabía que su caminar y sus pisadas enérgicas y largas demostraban cómo se sentía en aquellos instantes. Se cruzó con varios oficinistas y secretarias, y todos sin excepción se apartaron de su camino.

No sabía qué le enfurecía más: si la actitud de Bishop con respecto a la supuesta indiscreción de Tellers y la secretaria, o ver que todo lo que tenía con Paige podía llegar a estar en la palestra al igual que estaba la relación de su compañero.

Sintió cómo se le revolvía el estómago. Siempre había tenido una buena opinión del viejo vicepresidente, pero aquello había terminado en el instante en que había intentado manipularlo. No tenía otra palabra mejor con la que definir lo que Bishop acababa de hacer. Llamarlo para que formara parte de un comité de conducta y, acto seguido, decirle qué debía resolverse en él hizo que la bilis le revolviere el estómago.

Hacía mucho tiempo que no había escuchado una estupidez mayor que ésta, referente a la insustituible figura del subdirector del departamento comercial. Grant sabía que nadie, absolutamente nadie, era imprescindible en aquella empresa. Pero, por supuesto, era mucho más fácil echarle la culpa a la mujer. No le quería quitar méritos a Tellers, por supuesto que no, pero estaba plenamente convencido de que una gran parte del éxito del departamento estaba en que se había sabido rodear de buenos profesionales. Y eso incluía a la prescindible señorita Palmer.

Notó cómo su enfado crecía dentro de él. Aún había algo peor. El viejo ya tenía formada su opinión al respecto y no dejaría que Tellers, y mucho menos Palmer, se manifestaran en favor propio. Ya los había sentenciado de antemano. Y eso mismo podría pasarles a Paige y a él.

En parte, lo que le ocurriera a él no era lo que realmente le importaba. Lo que le preocupaba era cómo sería tratada Paige en el caso de que fueran descubiertos.

¿Pensarían también que ella era prescindible? ¿Le darían una carta de despido y una buena indemnización casi sin dejar que se explicara? Negó con la cabeza mientras avanzaba con paso rápido por el pasillo. Cuando los llevaran a ambos ante el comité de conducta, ya todo estaría decidido. Aquello sería sólo una pantomima.

Había olvidado por unos instantes que, en gran medida, las ideas de la empresa no habían cambiado con el paso de los años, y algunas cosas habían permanecido invariables. Ante los ojos de los burócratas, acérrimos defensores de un trasnochado y desfasado machismo, ella era simplemente la subordinada y la mujer; y con seguridad pensarían que ella habría sido la que había provocado aquella situación. No iba a consentir eso con Paige.

Por supuesto, no valorarían la labor que ella desempeñaba en la compañía. Si alguien debía ser el chivo expiatorio, ella tendría todas las papeletas para serlo.

Le quemó aún más la sangre en las venas cuando recordó que Bishop había intentado comprar su opinión con esa insinuación de ser su sucesor en la vicepresidencia. Llegar a ocupar el puesto de Bishop era más de lo que ningún jefe de departamento podía esperar. Pero no lo haría a ese precio. No, si lo que tenía que hacer era ser únicamente el rostro que diera la cara, una mera marioneta. No era ésa su idea de cómo continuar en la empresa.

Dobló la esquina en dirección a su despacho, y uno de los empleados de la compañía, el cual no lo había visto y que no se esperaba que nadie anduviera por aquellos pasillos con tanta impetuosidad, chocó contra él. El hombre susurró una disculpa y prosiguió su camino, aligerando el paso.

Cuando llegó hasta ante la pequeña oficina que precedía a la suya, Grant la cruzó a toda prisa. Ya tenía una mano en el pomo de la puerta cuando Caroline se levantó de su asiento.

—Señor, tiene unas llamadas pendientes que necesitan...

El hombre no la dejó continuar. Levantó una mano y ella se detuvo bruscamente.

—Caroline, no quiero que nadie me moleste. Si llaman o vienen a verme, no estoy para nadie. ¿Ha entendido?

La mujer asintió con reservas.

—Sí, señor.

Grant entró y cerró tras de sí con un portazo. Cerró los ojos y respiró profundamente.

El dolor de cabeza que comenzara en el despacho del vicepresidente no había hecho sino acentuarse con su frenética carrera. Fue hasta su escritorio y abrió el último cajón.

—Vaya, vaya, vaya. El señor Grant en persona.

Se detuvo ante el cajón, sin querer levantar la cabeza y mirar al dueño de aquella voz, al que para su desgracia conocía. Retuvo el aire en sus pulmones y se enderezó con lentitud. Notó cómo todos los músculos de su espalda se contraían.

Con la misma lentitud con la que se había levantado, se giró hacia el lugar de donde viniera la voz. No se había equivocado: Danny estaba confortablemente instalado en uno de los sillones orejeros que había el despacho y, desde la puerta, era imposible divisar si había alguien sentado en él.

El hombre lo miraba con los ojos un poco entornados, haciendo que pequeñas arrugas los enmarcaran. Con ambos brazos descansando sobre el reluciente cuero del sofá y la espalda erguida contra el respaldo, componía su estudiada postura con una pierna cruzada sobre la otra, a la vez que balanceaba un pie de manera casual.

Si había un momento peor para que se hallara allí, Grant no supo adivinar cuál sería. En circunstancias normales lo habría recibido con desgana, sí, pero con los ánimos templados, aunque se hubiera presentado en su oficina sin avisar. Pero en aquel preciso momento, Grant no estaba de humor para seguirle el juego a aquel cabrón.

Se fijó de nuevo en él: la sonrisa y la postura del hombre eran la viva imagen de alguien que ha visto cumplido su objetivo en la vida.

Grant permaneció junto a la mesa y notó cómo sus muelas chirriaban unas contra otras.

—Maldito hijo de puta. ¿Cómo has entrado aquí? —masculló Grant entre dientes.

El otro hombre lo miró y, acto seguido, estalló en una sonora carcajada.

—¡Oh, sí, es cierto! Mi madre estaría muy orgullosa de mí —le dijo cuando fue capaz de tomar aire. Danny señaló sobre su hombro derecho sin perder ni un instante la sonrisa—. Vaya, esa otra puerta estaba abierta. ¡Qué fantástica ocasión para hacerle una visita de cortesía, señor Grant!

Grant apretó los puños contra sus muslos y miró hacia la puerta doble que daba directamente al pasillo, y que rara vez utilizaba. Tomó aire, intentando hacerse de una paciencia que parecía cada vez más lejana.

—¿Qué haces aquí?

Danny se encogió de hombros y compuso una expresión de aparente inocencia.

—¿No es obvio? Vengo a por lo que es mío.

Grant dio un largo paso hacia él y se detuvo.

—Aquí no hay nada tuyo. Lárgate.

El hombre negó con la cabeza.

—No lo entiendes, ¿verdad? Paige me debe ese dinero y me lo voy a cobrar, de una manera o de otra.

Grant entornó la mirada.

—Ella no te debe nada.

Danny se movió en el sillón, buscando una postura más cómoda a la vez que colocaba ambas manos sobre una de sus rodillas.

—¿Y eso quién lo dice? —El hombre chasqueó la lengua. Alejó la vista de Grant para mirar al fondo del despacho a la vez que componía una pretenciosa sonrisa—. Mira, voy a ser bueno con vosotros dos. Quiero el dinero. Mañana. No habrá más juegos ni más plazos. Es mi última palabra. Si mañana no tengo ese dinero... bueno, las cosas podrían ponerse feas para vosotros.

Grant bajó la mirada hacia el suelo. Tomó aire, llenando sus pulmones y dejándolo escapar por la nariz, intentando así tranquilizarse. Su sangre había comenzado a bullir en sus venas y no le gustaba en absoluto.

—¿Me estás amenazando?

Danny se llevó la mano al pecho con un gesto de sorpresa.

—¿Amenazarte? —dijo mientras se levantaba despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Caminó hacia donde estaba apostado Grant. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Danny llevaba un gran sobre color marrón en las manos—. ¡No, no, claro que no! A ver si me explico mejor. Quiero ese dinero o... ¿cómo se llama ese simpático viejecito que parece un enanito de jardín? ¿Bishop? ¡Eso es, el viejo Bishop! Pues a ese vejestorio le interesaría mucho ver esto, estoy seguro.

Y ondeó el sobre frente a los ojos de Grant.

Grant no se movió, ni hizo el intento de alcanzar el sobre. Danny dejó de moverlo y lo dejó a un lado con una expresión de sorpresa en su desagradable rostro.

—Quieres saber qué es, ¿a que sí? Deja, ya abro el sobre yo por ti.

Del interior, Danny sacó unas fotografías. Las miró con una expresión de forzada

sorpresa, como si nunca antes las hubiese visto.

—¡Oh! Pero ¿qué tenemos aquí? —exclamó pasando una foto tras otras. Se detuvo en una yladeó la cabeza—. Hmmm, en esta habéis salido muy favorecidos. No hay lugar a dudas de que sois vosotros. ¡Y esta otra! ¡Esta otra es mi favorita! ¿No es encantadora?

Con un brusco gesto, Grant le arrancó de las manos las fotografías. De reojo pudo ver la triunfal sonrisa en el rostro del otro hombre.

Contuvo la respiración cuando sus ojos se posaron en las imágenes y un puño invisible le apretó el estómago. En la fotografía, él y Paige salían del apartamento de ella, sonrientes y cogidos de la mano. Pasó a la siguiente fotografía, y luego a otra más. En una de ellas, Paige le sonreía mientras él le apartaba un mechón de su cabello del rostro. Y en otra, ambos se estaban besando junto al coche de Paige. Aquella foto había sido tomada aquella misma mañana.

Notó cómo las aletas de la nariz se hinchaban al tomar aire y sintió la espalda tensa, al igual que los músculos de las piernas. Pensó en que lo que más le gustaría en aquel preciso instante sería romperle la cara a aquel hijo de perra. Pero un escándalo en la empresa era lo último que necesitaba en aquel preciso instante. Y Danny lo sabía. Una ligera película de sudor estaba comenzando a perlar su frente.

—¿Nervioso, señor Grant? —preguntó Danny antes de echar su cabeza hacia atrás y soltar una carcajada que le nació del pecho—. Si no lo estás ya, lo vas a estar, ahora que ya sabes que voy a conseguir ese dinero. Si no, estas bonitas fotos irán derechitas al viejales.

Grant tuvo que hacer un esfuerzo para encontrar su voz.

—No harás nada de eso —dijo en voz baja y llena de ira.

Danny parpadeó, incrédulo.

—¿Ah, no? Tío ¡no me vengas con tonterías! Lo que no quieres es verte metido en un jodido lío.

Se limitó a mirar a Danny con dureza, incapaz de responderle. Estaba intentando conjurar qué escenario sería el menos arriesgado para Paige y para él. Ante su silencio, Danny prosiguió: —Quiero el dinero. Si es suyo o es tuyo, me la trae floja. A fin de cuentas, los dos estáis en el mismo embrollo y os habéis complicado la vida de la misma manera. —Danny negó reiteradamente con cierta condescendencia—. Tío, ¡sabías que no podías tirarte a una empleada tuya! Joder, me lo habéis puesto

muy fácil ¿Tan cachondo te pone para que no te hayas podido resistir?

Sin más, Grant estrelló su puño contra el rostro de Danny con toda la fuerza de la que fue capaz.

La inercia del golpe hizo que Danny trastabillara hacia atrás. Las fotografías se esparcieron por el suelo en un lento y ondulante movimiento mientras que Danny se llevaba las manos a la nariz. Tropezó con el borde de la alfombra y cayó de espaldas contra el suelo con un seco sonido.

Grant respiró trabajosamente, más por su enfado que por el esfuerzo que le había supuesto tal golpe. Lo miró desde arriba y, tras unos segundos, se agachó en cuclillas junto a él.

—Escúchame bien, cabrón —le dijo escupiéndole la palabra a la cara—, si te veo cerca de Paige, aunque sea al otro lado de la calle, ten por seguro que no será tu nariz lo único que termine roto. Déjala en paz. No va a darte ni un solo centavo. Trágate esas fotografías y búscate a otro al que sacarle el dinero. ¿Me has entendido?

Grant se incorporó despacio, sin perder el contacto visual con el hombre que estaba en el suelo. Se había llevado una mano a la nariz y, entre los dedos, Grant pudo ver un hilillo de sangre. Los gélidos ojos azules de Danny estaban fijos en él, midiéndolo.

—¿Crees que no voy en serio? ¿Que esto se va a quedar así? —contestó Danny, con voz gangosa debido al fuerte golpe y a la sangre que le chorreaba por los labios.

Grant tomó aire.

—Por supuesto que no va a quedar así —repuso para girarse y alcanzar la puerta del despacho que comunicaba con la de su secretaria con solo tres pasos. La abrió con ímpetu, agarrando el pomo con fuerza.

—Caroline, llame a seguridad.

Antes de que la secretaria hubiera levantado la cabeza, Grant escuchó tras él cómo la puerta principal de su despacho se abría con violencia y unos pasos que se alejaban a toda prisa. Grant se giró para comprobar que Danny se había marchado precipitadamente.

—¿Señor? —oyó decir a su secretaria desde el exterior.

Grant volvió la mirada hacia Caroline, que lo miraba con ojos abiertos de par en par y con una mano en el auricular del teléfono.

—Olvídelo.

Y se internó de nuevo en su oficina.

Cerró los ojos por un momento, intentando calmarse. Ahora, a su dolor de cabeza, debía sumar un dolor de estómago y un molesto pinchazo en los nudillos. Fijó la vista en las fotografías que habían quedado esparcidas por el suelo y las recogió con lentitud. Por si no tenía bastantes preocupaciones, ahora debía sumar una más. Volvió a su escritorio, abrió el cajón y cambió las imágenes por las aspirinas. Con ellas en la mano, se dirigió hacia el baño privado de la oficina.

Abrió el grifo y dejó correr el agua. El murmullo lo calmó considerablemente. Fijó la mirada en el fondo del lavabo, en donde el agua caía por el desagüe. Debería haber estado preparado para algo así, pero todo se había precipitado de una extraña manera.

Si no hubiera sido por la intervención de Danny y la jugada que quería hacerle con sus fotos, Paige y él hubieran podido hablar sobre aquello antes de hacer pública su relación. Pero ahora era demasiado tarde. Metió las manos bajo el chorro, se mojó el rostro y se tomó dos de las aspirinas que sacó del pequeño tarro de plástico.

Salió del baño sin que el dolor de cabeza hubiera mermado lo más mínimo. Fue hasta la ventana que había tras su sillón y se quedó parado ante ella. Sabía lo que vendría después de aquello.

Le entregara o no el dinero a Danny, él igualmente les enviaría aquellas fotos a Bishop. Sabía que ésa sería su jugada. Ya no se trataba sólo del dinero, no: Danny era una rata y se divertiría a costa de ambos. Y entonces ellos, Paige y él, tendrían que vérselas ante un comité. Giró la cabeza y su mirada recayó en su escritorio y en el cajón donde había guardado las fotografías. Fue hacia allí y lo abrió. Sacó las fotos y las fue pasando una a una.

Paige. Qué podía pasarle era lo que más le importaba. Estaba preciosa en aquellas fotos, tanto que lo dejaba sin respiración. Era preciosa, en efecto pero, además de eso, era una gran mujer y una magnífica persona. No se merecía que nadie le quisiese hacer lo que Danny había amenazado con hacerle. Trataría de hundirla personal y profesionalmente. Él no iba a consentir ni lo uno ni lo otro.

Apretó el borde de las fotografías y éstas se arrugaron un poco. Le dolía el alma sólo pensarlo, pero tenía que acabar con Paige antes de que Danny fuera con las fotos a Bishop. Ya sabía qué tipo de tratamiento recibiría ella por parte del viejo vicepresidente, y eso no lo iba a permitir.

La idea de romper con Paige le horrorizaba, pero no veía otra salida en ese

momento. Si lo hacía, tal vez había una oportunidad de que no la despidieran o la expedientaran. Existía un precedente: tres años antes se había expedientado a la jefa del departamento de contabilidad y una de sus subordinadas por infringir la misma norma. Pero, como ya habían terminado su relación cuando llegaron al comité de conducta, todo resolvió con una amonestación para ambas y unos días de suspensión de empleo y sueldo.

Grant cerró los ojos y los apretó con fuerza. No quería dejar a Paige. Sólo pensarlo le dejaba sin respiración y con un dolor en el pecho, como si le hubiesen arrancado el corazón de cuajo. Pero no quería que ella tuviese problemas. Por supuesto, le importaba lo que pudiera pasarle a él en su carrera profesional, pero nada comparado con la preocupación que sentía por lo que podría ocurrirle a ella. Dejó las fotografías de nuevo en el cajón y volvió hacia la ventana. Se apoyó en el cristal, con la palma de su mano en contacto con el frío material, y hundió la cabeza entre los hombros. Aquella situación le dolía más de lo que jamás pensó que podía llegar a sentir. Cuando su matrimonio se acabó se sintió triste, al igual que cuando su ex mujer falleció pero, ¿dejar a Paige cuando aún estaba enamorado de ella?

Se preguntó cómo le iba a ordenar a su corazón que la dejase de querer sin que le doliera el alma sólo de pensarlo.

Paige miró el teléfono por el rabillo del ojo y alargó una mano hacia él. Inmediatamente, como si la superficie le hubiera quemado las yemas de los dedos, la retiró. Faltaban tan sólo cinco minutos para dejar la oficina y Grant no había respondido al recado que ella le había dejado a Caroline. Tal vez, pensó, él no había vuelto aún a su despacho. Pero, si se hubiera marchado o si había quedado atrapado en alguna reunión imprevista, estaba segura de que él se lo hubiera comunicado de una manera o de otra. Aquella incertidumbre la estaba matando.

Le dolía el estómago y aún no sabía muy bien por qué era. Ella jamás había tenido esos problemas; sin embargo, una extraña sensación había anidado justo bajo sus pulmones. Se mordió el labio inferior, no sabiendo muy bien qué hacer.

Sin estar completamente segura, marcó el teléfono de la oficina de Caroline.

—Despacho del señor Grant —respondió la mujer.

Con un gesto nervioso, Paige se pasó el auricular de una oreja a la otra, buscando una sensación de comodidad que no terminaba de encontrar.

—Caroline, soy Paige Hunter, ¿ha regresado el señor Grant?

—Sí, Paige. Regresó y ha vuelto a marcharse. Hará como quince minutos —le contestó la mujer.

Paige giró la cabeza hacia la ventana con los ojos entornados.

—¿Se ha marchado? ¿Le dijiste que yo había llamado? —No quiso que su voz sonara alterada, pero casi le fue imposible evitarlo.

—Le dije que tenía llamadas —contestó Caroline—. Lo cierto es que llegé bastante nervioso y se ha ido de igual manera.

Paige tomó aire y apretó los labios con fuerza antes de despedirse.

—Gracias por todo, Caroline.

Miró el auricular del teléfono reposando sobre el aparato. Sin pensárselo dos veces, sacó su teléfono móvil y marcó el número de Grant. La locución de la operadora diciéndole que aquél número no estaba operativo fue todo lo que Paige logró escuchar.

Frustrada, dejó el móvil sobre la mesa, mirándolo fijamente como si así, por el poder de su mente, pudiese conectarse con Jason.

No sabía por qué estaba tan preocupada. Había un montón de razones por las que él podría haberse marchado sin decirle nada, incluido que hubiese ido a su apartamento para recoger algunas de sus cosas, como habían hablado esa misma mañana.

Con rapidez, recogió su mesa y los papeles en los que había estado trabajando. Miró su reloj justo en el mismo momento en que marcaba las cinco.

Paige se levantó del sofá, fue hasta la ventana y miró a través de ella sin saber bien qué esperar. No recordaba cuándo fue la última vez que se había sentido así, sin ser capaz de ponerle nombre a lo que sentía. Grant no había aparecido esa noche.

Ya no recordaba cuántas veces había intentado llamarlo al móvil. Y siempre le respondía el mismo mensaje pregrabado.

Estaba harta de mirar el reloj y, si hubiera podido, lo habría estrellado contra la pared. Cuando tuvo que enchufar su teléfono por quedarse sin batería, fue a por el teléfono fijo y marcó el número de su apartamento. Lo escuchó dar el tono y llamar una y otra vez hasta que cambió por un pitido más seguido e insistente.

Se sentó en el sofá, dejando caer el peso de su cuerpo. ¿Y si le había ocurrido algo? Un accidente, o un robo. También podía haber sido un atasco, o una avería.

«O, afróntalo Paige, puede que te haya dado plantón», pensó con tristeza.

No, se negaba a pensar eso. Había puesto tantas esperanzas e ilusiones en aquella incipiente relación que no cabía en su mente aquella opción. Estaba tan sumamente enamorada de Jason Grant que no podía pensar que él hubiera estado jugando con ella y que, de buenas a primeras, se hubiera aburrido, sin avisarla siquiera. Sin decirle nada.

—No, me niego a pensar eso —se dijo, enfadada consigo misma.

Lo había mirado a los ojos cuando hablaban, cuando estaban juntos, cuando hacían el amor, y aquellas miradas no eran de alguien que sólo estaba con ella para pasar el rato. Había visto en ellos algo que nunca había observado en los demás hombres con los que había salido.

Sabía que él la quería. Aquella afirmación iba más allá de cualquier lógica ni cualquier palabra que le hubiese dicho. Retuvo el aire en sus pulmones cuando cayó en la cuenta de que ella jamás le había dicho qué sentía por él. No le había dicho que estaba enamorada de él, que lo quería como nunca había creído que querría a nadie. Ella, Paige Hunter, la mujer que se había prometido a sí misma no volver a enamorarse.

«¿Y si ya no puedo decírselo?»

Intentó serenarse. Tal vez sería mejor dejar pasar la noche y, por la mañana a la luz del día, lo vería todo de otra manera; o, simplemente, él la llamaría y todo se arreglaría. Sin mucha convicción, giró sobre sus talones y se encaminó a su dormitorio.

Al llegar a la puerta se detuvo. Extrañamente, la cama le parecía demasiado grande para ella sola. Como si sus pies tuvieran vida propia, se acercó hasta la cómoda donde estaba el teléfono. Descolgó y volvió a marcar el número de Grant, esperando que, en esta ocasión, él contestara.

Grant cerró los ojos cuando el teléfono volvió a sonar. No le hacía falta mirar la pantalla para saber quién llamaba.

Paige había estado intentando ponerse en contacto con él durante toda la tarde y él, como un cobarde, no había respondido a una sola de sus llamadas. Cuando salió de su

despacho creía haber tenido claro que tenía que romper con ella. Pero ¿cómo se lo diría?

No, no podía enfrentarse a ella. ¿Qué le diría entonces? ¿Le contaría lo de las fotos? ¿Que todo había acabado porque Danny se las enviaría a Bishop y éste la pondría en la calle sin dejarla hablar siquiera?

Paige se merecía saber qué estaba pasando, pero no se sentía preparado para afrontar aquel trance. Al menos, no esa noche. No podría hablar con ella sin que ella notase en su voz que algo sucedía. No podría mirarla a los ojos y decirle que no sentía nada por ella y que debían terminar su relación. Porque ella terminaría dándose cuenta de que era mentira. O él terminaría viniéndose abajo, admitiendo la verdad.

Además, tenía que poner en conocimiento de la policía el chantaje y la extorsión. Porque era eso, pura y simplemente. Pero lo haría al día siguiente. No se sentía con fuerzas para hacerlo aquella noche. Cerró los ojos y volvió a dejar caer pesadamente la cabeza sobre el respaldo del cómodo sofá.

Agarró con fuerza el vaso de whisky que sostenía en la mano y, llevandoselo a los labios, dio un gran trago. El ardiente líquido pasó con rapidez por su garganta y Grant apretó los párpados. Su mandíbula se tensó y sus pulmones se hincharon con el aire que había temido que le faltara. El teléfono aún continuaba con su incesante sonido cuando él se levantó.

Con tan sólo unos pocos pasos, llegó hasta el escritorio donde descansaba el aparato. Agachó la cabeza y, casi sin detenerse, continuó hacia las escaleras que lo llevarían a su solitaria habitación mientras el teléfono seguía sonando.

CAPITULO 22

En cuanto Paige entró en la oficina supo que su compañero ya había llegado. Las cosas de Jake estaban sobre su escritorio, así como su abrigo y su maletín, que descansaban sobre su silla, pero no había rastro de él por ningún sitio. Y tal vez fuera mejor así.

Se pellizó el puente de la nariz y se frotó los ojos. Estaba cansada: no había dormido bien, ni tampoco lo suficiente. Había tardado en conciliar el sueño y se había despertado en medio de la noche sintiéndose extrañamente intranquila, esperando ver a Jason a su lado. Cuando al fin se levantó, mucho antes de que sonara su despertador, la imagen que le ofreció el espejo había hecho que compusiera un gesto de impotencia y tristeza. Unas profundas ojeras se dibujaban bajo sus ojos, las cuales intentó disimular con el maquillaje, pero con malos resultados.

Grant no se había presentado la noche anterior. Ni siquiera la llamó ni contestó a las muchas llamadas que ella le hizo. No sabía qué estaba pasando y odiaba esa sensación de incertidumbre. Se pasó la mano por el rostro en un gesto cansado y suspiró profundamente.

Paige era una persona práctica y, como tal, siempre buscaba la lógica en todas las situaciones a las que se enfrentaba. No entendía qué estaba ocurriendo con Jason. El día anterior, antes de que se marchara de su apartamento, habían estado bien. Se habían despedido con un cálido beso y con la promesa de volverse a ver tras el trabajo. ¿Qué había ocurrido en todas esas horas para que él no hubiese dado señales de vida?

Había tardado en asimilar que se había enamorado de Jason Grant, era cierto. Y todo por culpa de aquella promesa que se hizo a sí misma hacía tanto tiempo de no volver a enamorarse. Pero ahora que sabía lo que sentía por él, no estaba dispuesta a renunciar a aquello de buenas a primeras. No hasta que tuviese una respuesta a todo lo que estaba ocurriendo.

Miró hacia la puerta, considerando el ir hasta su despacho, presentarse ante él y que le explicara qué rayos estaba sucediendo. Aunque, tal vez, sería mejor esperar un poco más y ver si él contestaba a alguno de los mensajes o llamadas que ella le había dejado.

Se encaminó hacia su escritorio, encendió el ordenador y se sentó, sabiendo que iba a ser un día duro de sobrellevar.

La puerta de la oficina de Paige se abrió una hora después y ella levantó la cabeza como si la hubieran accionado con un resorte. Jake había entrado con su atención puesta en los documentos que llevaba entre las manos. Levantó la mirada de ellos cuando ya estaba en medio de la habitación.

—Vaya, buenos días —dijo a modo de saludo. Paige torció el gesto con una mueca de frustración.

—Hola —murmuró ella en respuesta, de manera fría y distante.

El hombre se acercó hasta ella, dejando por el camino los papeles sobre la superficie de su mesa. Se paró delante de Paige y se metió las manos en los bolsillos, mientras la observaba con interés.

—Has llegado un poco tarde, ¿no? —le dijo con voz suave. Paige sabía que aquello no era ningún reproche. Asintió sin mucha convicción, con un único movimiento de cabeza, al tiempo que alzaba los ojos para mirarlo.

—El tráfico estaba horrible.

Jake alzó una ceja, incrédulo.

—El tráfico. Ya me imagino.

Por unos momentos, ambos compañeros se sostuvieron la mirada pero Paige, de inmediato, desvió sus ojos de nuevo hacia su monitor. Jake continuó observándola unos segundos más. El hombre giró sólo lo necesario para buscar la silla que había en algún lugar junto a él, y sentarse frente a ella.

Paige se obligó a clavar sus ojos en el monitor, sabiendo que los de Jake estaban fijos en ella.

—Paige —la llamó. Ella lo ignoró deliberadamente, intentando introducir unos datos en el formulario sin mucho éxito.

Jake se enderezó en la silla y se echó un poco hacia delante, apoyando ambos antebrazos sobre el borde de la mesa.

—Paige, mírame —volvió a decirle.

Ya no podía evitarlo por más tiempo. Sus dedos abandonaron el teclado y volvió sus ojos hacia él. Por la manera en que la observaba se dio cuenta de que Jake sabía

que le pasaba algo. «Esto es lo que ocurre cuando tienes un amigo que te conoce tan bien. No puedes ocultarle nada», pensó Paige, hundiéndose un poco en su asiento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Paige torció el gesto, enfadada consigo misma, y rezongó.

—Cuando lo sepa, te lo contaré.

—Es Grant, ¿verdad?

Paige consideró mentirle; decirle cualquier otra cosa... que el coche había vuelto a dejarla tirada, tal vez. O que había borrado un fichero del ordenador por error. O algo así.

Jake se movió en su asiento y cruzó los brazos ante su pecho.

—Y espero que no me mientas. Sabes que me daría cuenta en seguida.

«Mierda de amigos», se dijo Paige, apretando los labios y reclinándose contra el respaldo del asiento.

—Además, mentirme no serviría de nada porque vengo ahora mismo del despacho de Grant y tiene esa misma expresión que tú tienes: entre mustia y querer lanzarse al cuello de alguien.

Paige se incorporó con rapidez.

—¿Qué hacías en el despacho de Grant tan temprano?

—Quería despachar los asuntos del día cuanto antes. Dijo algo así como que iba a tener el día muy ocupado y más tarde no iba a poder.

Paige apretó la mandíbula.

—No le creí —añadió Jake y Paige se derrumbó, enterrando su rostro entre sus manos. ¿Había querido una señal sobre qué estaba ocurriendo? Pues ahí la tenía: Grant la estaba evitando.

Paige echó la cabeza hacia atrás y la apoyó contra la parte superior del respaldo de su sillón.

—¿Qué está ocurriendo, Paige? ¿Va todo bien entre vosotros?

Ella alzó de nuevo la cabeza con rapidez.

—¡Eso me gustaría saber a mí, qué está pasando! ¡Porque te juro que no tengo ni idea, Jake!

Se levantó como si el asiento quemara.

—Ayer... ayer todo estaba bien. Y, de repente, no recoge mis llamadas ni mis

mensajes —le explicó a su compañero, sintiendo la mirada de Jake fija en ella.

Lo vio tomar aire y asentir.

—Ya veo.

Paige elevó una ceja.

—Pues si puedes explicármelo tú, te estaría muy agradecida, porque yo no entiendo nada.

—Mira, yo sólo sé que lo que quiera que haya ocurrido entre vosotros dos, a Grant no le hace feliz. Está de un humor de perros y, déjame decirte, no creo que anoche haya dormido mucho, por como lo he visto.

Paige tomó aire, intentando así dominar los latidos incontrolados de su corazón. A tientas buscó su sillón y se arrojó en él con pesadez. Dejó caer la cabeza hacia delante, enterrando el rostro en el hueco de sus manos, con toda su melena cayendo como una cascada a ambos lados de su rostro. Ella quería saber qué había sucedido, pero saber que él también se sentía mal no le ayudaba a templar los ánimos. Despacio, levantó la cabeza y miró a su compañero, que tenía la vista puesta en ella con expresión preocupada.

—Puede que debas volver a llamarlo —dijo Jake.

Paige desvió la mirada hacia la ventana. La mañana prometía un día luminoso y con un cielo totalmente despejado, todo lo contrario a lo que sentía que era su vida en ese preciso instante.

—Ya lo he llamado unas cien veces y en todas ellas he obtenido el mismo resultado: nada.

Jake se levantó de improviso, descolgó el auricular del teléfono y se lo tendió.

—Lámalo una vez más.

Paige tomó de manos de Jake el teléfono, como si éste estuviese ardiendo y tuviese miedo de quemarse. Miró al aparato y luego a su amigo.

—¿Para qué quieres que lo llame? ¿Para que me canse de escuchar el pitido de la línea telefónica?

Jake se encogió de hombros.

—¿Tienes una bola de cristal y no me lo has dicho? —respondió Jake con cierto tono burlón. La expresión de Paige no se inmutó, y la sonrisa que había aparecido en el rostro de su amigo desapareció de inmediato—. No sabes qué va a pasar, Paige. Inténtalo. No te cuesta nada.

Indecisa, se llevó al oído el auricular y marcó el número del despacho de Grant. La voz de su secretaria no tardó en responder.

—Despacho de Jason Grant.

Paige tragó saliva, intentando humedecer su agarrotada garganta.

—Caroline, soy Paige Hunter. ¿Está el señor Grant?

—Paige, el señor Grant me ha dicho que no quiere ser molestado —oyó decir a la mujer con cierto tono de disculpa en su voz.

—Por favor, es algo urgente.

Oyó como la secretaria tomaba aire.

—Ha sido muy tajante con eso, Paige. Créeme si te digo que hoy no está de muy buen humor.

Paige cerró los ojos con fuerza. Le escocía la garganta y la vista comenzaba a nublársele a causa de unas lágrimas que no quería derramar. Giró el sillón con cuidado de no enrollar el cable para que Jake no viera que estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Te importaría preguntarle, Caroline, por favor? —le rogó.

Tras unos segundos, escuchó un suspiro al otro lado.

—Espera un momento —y la dejó escuchando una suave música.

Tras lo que le parecieron horas, la melodía cesó y Paige se enderezó involuntariamente en su asiento.

—¿Sí? —preguntó impaciente.

Esperaba oír la voz de Grant al otro lado. En cambio, la sorprendió de nuevo la voz de la secretaria.

—Paige, no puede atenderte. Me ha dicho que está muy ocupado en estos momentos. Lo siento.

Paige asintió tras torcer el gesto, sintiéndose decepcionada.

—Está bien, Caroline. Muchas gracias.

Permaneció mirando el auricular unos segundos hasta que su cerebro reaccionó al hecho de que todo lo que podía escuchar era el inequívoco pitido de haber terminado la conversación. Alzó la vista y encontró a Jake con los ojos fijos en ella.

—No puede atenderme —dijo Paige, haciendo una mueca con la boca y componiendo una falsa sonrisa que no pasó de sus labios.

Al fin colgó el teléfono y se movió en su asiento, enfrentando la pantalla del ordenador.

—Bien, tengo trabajo que hacer.

Sin volver a mirar a su compañero, Paige desvió su atención hacia el monitor del ordenador.

A media tarde, Paige ya no podía mantenerse sentada. Se sentía como una fiera enjaulada y aquel silencio forzado que no dependía de ella, la estaba consumiendo. Hacía ya más de una hora que las palabras y las frases en la pantalla de su ordenador habían dejado de tener sentido. Posiblemente, cuando relejera el informe, tendría que rehacerlo en buena parte.

Su móvil descansaba junto al teclado, en silencio. Había mirado la pantalla para asegurarse unas veinte veces de que no había ningún mensaje de llamada perdida. Y eso sólo en la última hora. No había nada. No había sonado en todo el día, y Paige estuvo tentada de arrojarlo contra la pared y deshacerlo en mil pequeños pedazos.

Jake se había marchado sin decirle a dónde iría. A veces, ésa era la manera de actuar de su compañero, algo que, por cierto, la sacaba de sus casillas. Si compartían el mismo despacho, bien podía él malgastar unas simples frases en decirle dónde podría encontrarlo llegado el caso.

Paige creía que, para él, eso significaba control, pero para ella era, simplemente, una deferencia hacia alguien con quien trabajabas y a quien veías más horas que a tu propia familia.

Se quedó en silencio, mirando el cursor del ratón parpadear en la pantalla. Aquello ejercía un poder hipnótico sobre ella. Su mente se quedó en blanco durante unos segundos y Paige cerró los ojos, aliviada. Necesitaba descansar. Pero sabía que sería incapaz de hacerlo hasta haber aclarado las cosas con Grant.

Sus manos volaron sin pensar hacia el teclado. Guardó el documento y lo cerró. Mientras veía cómo se cerraba el sistema, se puso en pie y se pasó una mano por la frente.

Sin dejar que su mente recapacitara sobre qué iba a hacer a continuación, abandonó el despacho en silencio, apagando la luz tras ella.

La puerta de la pequeña oficina de la secretaria de Grant estaba abierta y, conforme se acercaba hasta ella con paso resuelto y ágil, Paige pudo ver a la mujer abstraída en su trabajo.

Caroline no se dio cuenta de que ella había entrado hasta que estuvo junto a su escritorio. Abrió de par en par los ojos, enderezando la espalda.

—¡Paige! ¡Me has asustado!

Paige no se detuvo pero ralentizó su caminar.

—¿Está el señor Grant? —le preguntó mientras se dirigía hacia la puerta.

Ya tenía una mano sobre el pomo de la puerta cuando la secretaria se levantó de su silla.

—Sí, pero...

A Paige no le interesó nada más. Giró el pomo dejando a la mujer con la palabra en la boca y entró en el despacho de Grant.

Cuando Jason levantó la cabeza, sus ojos azules se encontraron con los de Paige. Pensó que jamás le habían parecido tan fríos y tan distantes como en ese preciso momento. El corazón de Paige se encogió en su pecho. Detrás de ella oyó la voz de Caroline.

—Señor...

Grant levantó una mano sin dejar de mirar a Paige.

—Está bien, Caroline, no importa.

Paige dio un paso al frente. No espero a que él dijese nada; no esperó a que la invitase. Cerró la puerta tras ella y caminó hasta colocarse frente a él, al otro lado de su mesa. No iba a marcharse de allí sin obtener las respuestas que necesitaba oír.

Se observaron durante unos segundos, sosteniéndose las miradas. Era cierto lo que le había contado Jake; el aspecto de Grant no era el mejor que había tenido. Profundas ojeras enmarcaban sus ojos, la barba oscura le endurecía la mandíbula, y su impecable corbata tenía el nudo aflojado y mal hecho. Paige apretó las manos, convirtiéndolas en puños, que descansaron junto a sus muslos.

—¿Qué quieres, Paige? —le preguntó Grant al fin.

Ella arqueó una ceja y dio un nuevo paso hacia él, apoyando ambas manos sobre el borde de la mesa.

—¿Me preguntas que qué quiero? —Paige no pudo evitar que un matiz de reproche tiñera sus palabras.

Grant se levantó de su asiento, despacio, y ella siguió cada uno de sus movimientos con suma atención. Sentía el fuerte latir de su corazón golpearle el pecho y un nudo se formó en su estómago.

No podía deshacer el lazo que se había establecido entre sus miradas, y Paige se obligó a recordar lo que la había llevado hasta allí. Grant no le contestó y ella tomó aire para continuar.

—Creí que ayer nos veríamos en mi apartamento—. Hizo una pausa, esperando que el hombre le replicara. Todo lo que obtuvo por respuesta fue silencio. Grant bajó la vista y Paige agregó—: Te llamé muchas veces pero no me respondiste.

Grant levantó la mirada y la fijó en Paige. Por unos momentos, le pareció abatido y, al igual que ella, también parecía que no había descansado lo suficiente. La mente de Paige estaba hecha un auténtico lío: por un lado necesitaba respuestas, pero por otro lo único que quería era rodear aquella mesa y que él la abrazara. Tragó saliva y levantó la barbilla para insistir en mirarlo.

El hombre giró la cabeza hacia un lado, rehuendo sus ojos, y Paige pudo observar el acusado pulso que había aparecido en su mandíbula, fruto de la tensión.

—Lo sé.

Paige parpadeó incrédula.

—¿Lo sabes? —preguntó sin reconocer su propia voz—. ¿Y podrías decirme por qué no respondiste?

El hombre negó con la cabeza sutilmente. Giró la mirada de nuevo hacia ella pero rehuyó sus ojos.

—Yo... Paige, tengo que hablar contigo.

Ella alzó las manos en un gesto exagerado, sin poder contener la reacción.

—¡Al fin algo coherente! —exclamó con fingida efusividad—. Porque ya estaba pensando que huías de mí.

Grant rodeó la mesa y se detuvo a pocos pasos de la mujer.

—Paige... yo...

De un plumazo, toda la paciencia que la había acompañado durante ese tiempo se esfumó. Dio un paso hacia donde estaba él.

—Jason, ¿qué ocurre?

—Tenemos que terminar con esto —dijo él al fin, con voz baja y ronca.

Sus palabras rebotaron en los oídos de Paige como un balón en una cancha de

baloncesto. Abrió los ojos de par en par en un acto reflejo. Tenía que haber oído mal, no podía ser.

—No te entiendo, Jason. No...

Intentó negarlo, pero al ver su semblante serio no le quedó duda alguna. Sintió en el pecho una extraña opresión que casi la dejó sin respiración, y un frío inexplicable le recorrió la espalda de arriba abajo. Se irguió de hombros y alzó el rostro hacia él con actitud desafiante. Intentaría a toda costa proteger su corazón, pero sabía que ya era demasiado tarde para ello.

—Al menos, creo que me merezco una explicación.

Después de unos instantes que le parecieron eternos, Grant asintió con un gesto cansado.

—No creo que esto vaya a funcionar, Paige.

El hombre se giró y fue hasta la ventana que tenía tras de sí, dejándola junto a la mesa. Se paró ante ella, dándole la espalda.

—No podemos seguir con esto. No creo que sea buena idea que nos sigamos viendo.

Paige alzó las cejas hasta el nacimiento del pelo, sin poder creer lo que acababa de escuchar.

—¿Buena idea? ¿Así, sin más? —preguntó. Se apoyó sobre la mesa y los nudillos se pusieron blancos debido a la fuerza que ejercía sobre la superficie.

Grant se giró para tenerla de frente.

—Paige, no quiero hacerte daño, créeme.

Ella rodeó la mesa para acercarse hasta el hombre.

—¿Que no quieres hacerme daño? —dijo a modo de respuesta, con los dientes apretados. Su voz había sonado demasiado aguda hasta para su propio oído—. Creo que es un poco tarde para eso.

Los labios de su jefe se convirtieron en una dura línea en su inexpresivo rostro. — Lo siento.

Paige tomó aire, el mismo que comenzaba a faltarle en los pulmones, y asintió de manera mecánica, sin ver nada de lo que tenía a su alrededor salvo la figura de Grant delante de aquella ventana.

—¿Y por eso me rehuiste ayer?

Tras unos largos segundos, él asintió antes de responder.

—Sí.

Las manos de Paige se convirtieron en puños. Sintió cómo las uñas se clavaban en su palma y cómo la rabia se adueñaba de sus entrañas.

—Dime una cosa más —añadió ella, con el corazón saltándole dentro del pecho—: si no me hubiera presentado aquí, si no te hubiera planteado una encerrona para obligarte a hablar conmigo, ¿me lo habrías dicho? ¿O habrías seguido evitándome hasta que yo cayera por mi propio peso y lo asumiera, eh? ¿Pensabas siquiera tener la decencia de decírmelo a la cara?

Grant apenas giró la cabeza hacia ella, sin ofrecerle ninguna contestación.

Un regusto a hiel subió por la garganta de Paige, impidiéndole tragar.

—Ya veo que no.

Paige enderezó los hombros, sintiéndose profundamente herida. Se encaminó hacia la puerta del despacho, pero antes de llegar hacia él, volvió sobre sus pasos.

—Entonces, ¿ya es algo hecho? ¿Yo no tengo nada que decir al respecto? —le increpó con acritud.

—Paige, por favor. Es mejor así, créeme.

Ella alzó la vista hacia el techo y sonrió de manera forzada.

—Claro, tengo que creer eso. —Paige se mordió el labio inferior de pura frustración. Dio media vuelta para andar hacia el centro del despacho y deshacer el camino de inmediato—. ¿Por qué tengo que creerte? Ayer por la mañana...

Grant dirigió la vista hacia ella pero con su mirada puesta en algún lugar a sus espaldas.

—Mira, soy demasiado mayor para andar con estos juegos.

Ella ahogó una risa forzada.

—¡Ah, qué bien! ¿Y crees que yo estoy jugando contigo? Te aseguro que no. — Paige respiró afanosamente. De repente se sintió muy cansada. Intentó humedecerse el interior de la boca pero no pudo. La garganta comenzó a escocerle debido a las lágrimas que se estaba tragando. Dejó caer el peso de su cuerpo hacia delante, apoyando sus manos sobre el escritorio de Grant. Su pelo cayó alrededor de su rostro y ahogó el sonido de su voz cuando volvió a hablar—. No he sido más que un pasatiempo para ti, ¿verdad?

Notó cómo él daba un único paso hacia ella, para detenerse de inmediato.

—No. No es así, Paige. No creo que esto funcione —volvió a reiterarle él y ella ya

no pudo soportarlo más. Levantó la cabeza como accionada por un resorte y clavó su dura mirada en él.

—¿Que no va a funcionar? ¡Vaya! —espetó con los dientes apretados, tanto que le dolieron—. Pues hasta ayer mismo parecía que funcionaba a la perfección. Lo que ocurre es que nunca quisiste que esto durara, ¿no es así? Te propusiste acostarte conmigo y cuando lo has conseguido, quieres terminar. ¿Es eso?

Lo vio erguirse de hombros, levantar la barbilla y mirarla con una dureza con la que nunca antes la había mirado. Ni siquiera reconocía al hombre que tenía delante; jamás había visto a ese Jason Grant. Ése que veía no era el hombre al que ella había llegado a conocer y a amar.

—¿Qué quieres oír, Paige? ¿Que me he acostado contigo para pasar un buen rato? —A cada palabra, el hombre alzaba un poco más el tono de su voz. Sus manos se habían convertido en dos apretados puños y los músculos de su antebrazo estaban completamente en tensión. Él continuó—: ¿Quieres que te diga que me he comportado como un capullo? ¿Es eso lo que no quieres afrontar? Pues ese es tu problema, Paige, no el mío.

Paige se movió incómoda frente a él, incapaz de creerle.

—Yo creí... creí que eras diferente —le dijo con un dejo de tristeza en la voz.

Grant le rehuyó la mirada. Paige vio cómo el hombre se erguía, enderezando los hombros.

—Pues ya ves que no. Conseguí lo que quería, ¿no es cierto?

Aquello no podía estar pasando, pensó Paige. Sentía cómo cada una de las palabras que salían de la boca de su jefe la golpeaban con dureza.

Paige intentó recomponer los pedazos en los que había quedado convertido su corazón.

—Dime que nunca sentiste nada por mí —le dijo, intentado que su voz sonara serena, pero la realidad era que no podía respirar ni casi pensar. Sin embargo necesitaba escucharlo decir aquello; necesitaba oírsele decir.

Creyó apreciar un ligero movimiento en Grant, como si quisiese dar un paso hacia ella, algo que finalmente no hizo. Paige no pudo soportar más aquel forzado silencio.

—¡Dímelo, maldita sea! —dijo alzando la voz al no obtener respuesta.

—Paige, por favor, baja la voz.

Ella compuso una mueca agria.

—Vaya, ¿tienes miedo de que tu secretaria se entere de que te has estado follando a una de tus subordinadas? ¿Es eso? Podríamos preguntarle de qué se ha enterado y contarle el resto.

Grant giró la cabeza hacia la ventana.

—Nunca sentí nada por ti —le dijo con voz profunda y sin entonación—. ¿Satisfecha?

Paige sintió cómo el suelo se abría bajo sus pies y la engullía. Sabía lo que acababa de oír pero no podía creerlo, no podía ser cierto. El día anterior él se había marchado de su apartamento tras abrazarla y besarla y ver en sus ojos... ¿el qué? ¿Amor?

Pues parecía que se había equivocado de parte a parte. Porque no podía haber cambiado de la noche a la mañana. Había creído ver algo que jamás existió. Se pasó la lengua por los labios resecos sin ser capaz de hilvanar una respuesta que sonara coherente.

—Ahora márchate, por favor —le pidió Grant.

Ella dio dos pasos hacia atrás, separándose de él sin dejar de mirarlo. Notó cómo las lágrimas comenzaban a agolparse en sus ojos. Pero no sabía si aquellas lágrimas eran de tristeza o de simple rabia. Fuera cual fuese, no iba a dejar que él la viera llorar.

Se encaminó hacia la puerta, despacio.

—Buenas tardes, señor Grant —se despidió de él de la manera más neutral que pudo, aunque por dentro se estaba deshaciendo en pedazos.

CAPITULO 23

Paige no quiso levantar la cabeza. Sabía que Caroline tenía sus ojos clavados en ella y no deseaba darle nada más de qué hablar. Ya tenía bastante con su impetuosa entrada y las voces que sin duda alguna había escuchado como para, además, dejarle ver el estado de ánimo con el que abandonaba el despacho de su jefe. Así que bajó la mirada, murmuró una escueta despedida y salió hacia el pasillo.

Aceleró el paso hacia el ascensor. Le parecía que estaba más lejos que de costumbre y la distancia se le hizo eterna, aunque sabía que era una mera impresión suya. Agradeció en silencio no encontrarse con nadie en el trayecto. Pulsó el botón, intentando tragarse las lágrimas que se le estaban formando tras los párpados y que le estaban impidiendo ver con claridad. Notó que se asfixiaba e infló los pulmones en busca de aire. Tenía que salir de allí lo antes posible. Con impaciencia, volvió a pulsar el botón de llamada.

Se sobresaltó cuando escuchó el suave timbre. Las puertas metálicas comenzaron a abrirse lentamente, demasiado lento para su frágil estado de ánimo. Antes de que éstas se hubieran abierto en su totalidad, ella dio un paso hacia el interior de la cabina.

—¡Eh, Paige!

Alzó la mirada al escuchar la jovial voz de su compañero a tan sólo unos pocos centímetros de ella.

La sonrisa de Jake murió de repente en sus labios. Cubrió la distancia que los separaba y la agarró con dulzura por los hombros.

—Paige, ¿qué ha pasado?

Ella rehuyó la mirada de su compañero. Apretó los dientes e intentó tomar aire, casi sin conseguirlo. Necesitaba salir de aquel cubículo cuanto antes, y la bajada hasta el piso en donde estaba su oficina le estaba resultando eterna.

En ese instante el timbre de la cabina sonó y ella se soltó del agarre de su compañero.

—Tengo que salir de aquí, Jake. Nos vemos mañana —le dijo con prisa. El hombre se quedó en silencio dentro del ascensor mientras ella salía.

Paige aceleró el paso hacia la oficina, dejando la puerta abierta tras de sí. Cogió el abrigo y el bolso y, tal y como había entrado, salió cerrando tras ella, con sus ojos

convertidos en un mar de lágrimas que no quería que nadie viera.

Toda la rabia que Grant había intentado imprimir a su voz se desvaneció en cuanto la puerta se cerró detrás de Paige.

Apoyó la frente contra el frío cristal de la ventana y cerró los ojos. Se concentró en respirar, llenando sus pulmones con un aire que creía no merecer. Sentía un gran peso sobre sus hombros: seguía creyendo que ponerle fin a la relación con Paige iba a ser lo mejor para ella, pero no había considerado lo doloroso que iba a resultarle a él.

La quería. No tenía palabras suficientes para expresar cuánto; no había llegado a imaginar que podría enamorarse de ella en la manera en que lo había hecho. Pero así había sido y dejarla marchar dolía tanto que le impedía pensar con claridad.

No debía olvidar los motivos por los que había tomado esa decisión. Era lo único que podía hacer para salvar la carrera de Paige, e incluso así, no las tenía todas consigo. Su relación iba a salir a la luz más temprano que tarde; ese día o al día siguiente, pero pasaría. Las fotos llegarían a manos de Bishop antes o después. No creía que Danny fuera de los que hacían amenazas en vano.

Por desgracia, a pesar del sacrificio que había hecho al romper con ella, no iba a poder evitarle la vergüenza de enfrentarse a un comité de conducta por el mero hecho de haberse enamorado de él. Pero si, al menos, podía impedir que ella perdiera su trabajo y destruyera su futuro, lo daría todo por bien empleado.

Pero nada conseguiría borrar sus remordimientos por la manera en que había tenido que hacerlo. Había estado seguro de los sentimientos de Paige hacia él, de que ella también le quería, desde que la besara por primera vez en el pasillo de su apartamento. Ella era una mujer tan transparente y genuina que no sabía cómo fingir algo que no sintiera. Y él había utilizado esos sentimientos para alejarla de él. Golpeó el cristal con el puño, maldiciéndose una y mil veces.

Giró la cabeza hacia la puerta y cerró los ojos. En su retina aún estaba la imagen de Paige, hermosa y vulnerable, saliendo por ella con la cabeza gacha. Esa visión no se iba a borrar de su memoria por muchos años que viviera.

Pero no podía permitirse el lujo de flaquear. Había tomado la mejor decisión posible dentro de sus circunstancias. Por mucho que su corazón le pidiera que fuera a buscar a Paige y le dijera toda la verdad, no debía hacerlo.

Abrió los ojos y la realidad lo golpeó con fiereza en el centro de pecho, dejándolo

de nuevo sin respiración. La próxima vez que ella cruzara aquella entrada, no sería como Paige, su amante, sino como la eficiente señorita Hunter, técnico del departamento de Verificación de Siniestros.

El timbre del interfono lo sobresaltó. Fue hasta él con lentitud y pulsó el botón.

—¿Sí, Caroline?

—Señor, está aquí el señor Mensfield. Le he dicho que...

Grant compuso una mueca cansada.

—Déjelo entrar.

La puerta se abrió unos segundos después. Grant se sentó y respiró hondo.

—Señor Grant —lo saludó el hombre al llegar frente a él y tomar asiento, aun cuando él no le había dicho que podía sentarse.

—Señor Mensfield —le dijo a modo de saludo. Cogió una carpeta que tenía en su escritorio y la colocó ante él, sin importarle siquiera qué era. La abrió antes de continuar—: Estoy muy ocupado. Si es tan amable de ser breve, se lo agradeceré.

—Señor, me gustaría hablar con usted, si tiene un momento. No es de nada relacionado con el trabajo.

Grant siguió con la mirada puesta en el incomprensible expediente que intentaba leer.

—¿Se marchará si le digo que no? —le dijo sin levantar la mirada, deseando que el hombre se fuera y así poder abrir el mueble en donde tenía una botella de whisky de cortesía y servirse un vaso.

—Creo que no, señor —lo oyó responder.

Grant levantó despacio la mirada y encontró a Mensfield mirándolo con el semblante serio y sentado muy erguido en su asiento.

«Necesito una copa y la necesito ya», se dijo mientras se incorporaba de su sillón.

—¿Quiere algo de beber, Mensfield? —le preguntó mientras rodeaba el escritorio y se dirigía al mueble donde guardaba la botella. Sacó un par de vasos y se sirvió uno.

—No, muchas gracias —oyó responder al hombre a su espalda.

—Pues espero que no le importe que yo sí beba—. Ni tan siquiera lo miró; levantó la copa y se la bebió de un solo trago.

—Señor...

Grant volvió a llenar su vaso.

— No es un buen momento, créame. Dígame qué quiere y lárguese.

Oyó como el hombre se ponía en pie.

—No hasta que hayamos aclarado qué le ha pasado a Paige.

Aquella frase hizo que el vaso que estaba a punto de llevarse a los labios se quedara congelado a medio camino. Grant sintió cómo todos los músculos de su cuerpo volvían a contraerse al escuchar el nombre de Paige. Apretó el cristal con tanta fuerza que, por unos instantes, temió que se quebrara en su mano. Optó por soltar el vaso y, girándose lentamente, enfrentó al hombre.

—No creo que sea de su incumbencia.

Vio cómo los hombros Mensfield se enderezaban al mismo tiempo que daba un paso al frente.

—Se equivoca. Ella es mi compañera y mi mejor amiga. No voy a permitir que nadie le haga daño.

Ambos se sostuvieron duramente la mirada con frialdad.

—Y eso lo incluye a usted, señor —agregó el hombre.

Grant buscó de nuevo el vaso, volvió a llenarlo y lo vació, dejando que el líquido abrasara su garganta al bajar.

Cerró los ojos y dejó la copa junto a la botella.

—No voy a preguntarle...

Mensfield no lo dejó continuar.

—No tiene que preguntarme nada. Paige me lo contó todo. Bueno, me dijo lo que había entre ustedes. Creí que todo iba bien hasta que la vi esta mañana. Y la acabo de ver hace unos minutos, a punto de echarse a llorar. ¿Qué cojones ha pasado, Grant? —dijo, alzando un poco más la voz a cada palabra que decía.

Había dejado de escuchar a Mensfield cuando lo había oído decir que había visto a Paige a punto de echarse a llorar. Con paso lento se encaminó hacia su sillón y se dejó caer con pesadez en él. Apoyó los codos sobre la mesa y enterró el rostro en el hueco de sus manos.

«¿Qué he hecho?», se dijo sin apenas poder respirar.

Se olvidó por completo de cómo se había sentido antes de que entrara Mensfield, para pensar en cómo debía de encontrarse ella. La sensación de tener una garra apretándole las entrañas cada vez era más fuerte.

Levantó la mirada para encontrar al otro hombre en pie, al otro lado de la mesa, con su boca convertida en un duro rictus.

—Piensa que soy un estúpido, ¿verdad? —preguntó.

Mensfield lo miró con dureza.

—¿Ahora mismo? ¿Un estúpido? No, pienso que es un cabrón sin escrúpulos. Señor —espetó.

Después de unos segundos, Grant asintió con un único y pesado cabeceo.

—Sí, supongo lleva razón. Soy un cabrón sin escrúpulos.

—Y que me gustaría partirle la nariz si eso no fuera motivo de amonestación —agregó.

Grant asintió con pesadez.

—Entiendo —contestó sin poder culparle de pensar eso.

Jake volvió a tomar asiento. Aproximó el sillón hacia la mesa de escritorio y se sentó en el filo, acercándose tanto como le permitía el hueco que quedaba para sus piernas.

—Paige es una gran mujer.

Grant asintió sin pensárselo un momento.

—Lo es.

—Y nunca la he visto tan tocada como hace un momento. Así que, ¿quiere contarme qué ha pasado?

Grant se reclinó en su sillón, mirando hacia el techo.

—Qué ha pasado... —dijo más para sí mismo que para que lo oyera el otro hombre—. Le he hecho daño, eso es lo que ha pasado.

Vio cómo las manos de Jake se convertían en puños.

—Explíquese.

Grant se pasó la mano por el rostro. Los dos vasos de whisky estaban comenzando a pasarle factura. No había comido y, con el estómago vacío, el efecto del alcohol se agudizaba.

—Le he dicho que habíamos terminado.

—Perdóneme, pero no logro entenderlo. Ayer Paige tenía una gran sonrisa en su rostro gracias a usted, y hoy... No logro entenderlo.

Grant se pellizcó el puente de la nariz.

—No me extraña que no lo entienda, pero créame cuando le digo que es la única salida.

Los hombros y las facciones de Mensfield se habían relajado un tanto. Ya no tenía en sus ojos aquella mirada que lo amenazaba con cogerlo por el cuello en cualquier momento. Grant se pasó una mano por el pelo, despeinándose más de lo que ya lo estaba.

Despacio, Jake se arrellanó en su asiento, cruzó una pierna sobre la otra y acomodó los codos en los reposabrazos.

—Bien, haga un esfuerzo y explíquese. Tengo un rato libre antes de irme.

Con calma, Grant comenzó contándole la llamada por parte del vicepresidente Bishop y todo lo referente a comité de conducta al que lo habían invitado y al que se enfrentarían Tellers y su secretaria. También le contó que Bishop incluso le había indicado qué decisión debía tomar el comité, sin esperar siquiera a escuchar a ninguna de las dos partes. Y cómo el viejo iba a permitir que expulsaran a la joven, y Tellers tan sólo se llevaría una palmadita en el hombro y una advertencia para que no volviera a hacerlo.

Cuando terminó, Grant escudriñó los ojos del hombre en busca de un poco de comprensión. Jake se mantuvo por unos segundos en silencio, asimilando todo lo que su jefe le había contado. Y por fin, negó con un simple gesto de cabeza.

—Sigo sin entenderlo.

Grant se enderezó, sintiéndose exasperado con el hombre.

—¿Qué no entiende, Mensfield? ¿Que Paige podría verse en la misma situación que esa chica? ¿Verse en la calle sin que la hayan dejado defenderse?

—¿Y por eso ha roto con ella? ¿Para que no se vea en la misma tesitura que la secretaria de Tellers?

Con gravedad, Grant asintió.

—Sí.

—Pero el daño ya está hecho —dijo Mensfield, encogiéndose de hombros—. Har infringido los estatutos y a Bishop le va a importar una mierda si ha terminado o no. ¿Usted cree que, simplemente, por romper con ella ahora, los va a detener llegado el caso? Mire, a ellos les va a importar bien poco si ustedes estuvieron juntos hace una semana o hace un año. El hecho es que han quebrantado una norma.

Grant tomó aire y se pasó la mano por el rostro.

—Hubo un caso similar, hace unos años, en el departamento de contabilidad. Pero ya habían terminado su relación cuando fueron llevadas ante el comité, y gracias a eso el resultado fue una minucia comparada con lo que podría haberles sucedido. En vez de terminar las dos de patitas en la calle, el asunto se resolvió con una sanción leve. Pero, ¿sabe qué fue lo peor de todo? Ver la vergüenza por la que ambas tuvieron que pasar por algo que, en realidad, no tenía nada de malo. ¿Sabe cómo algunos miembros se ensañaron con la subordinada porque la consideraban la causante de todo aquello, sin escuchar sus argumentaciones? La otra mujer era la jefa de su sección, ella una técnico a su cargo, justo como Paige y yo. ¿Y cómo lo sé? Porque yo fui miembro de aquel comité.

Un silencio pesado se adueñó de la habitación. Jake se pasó la mano por la nuca y resopló.

—Puede que Bishop no llegue a enterarse nunca. Que yo sepa nadie sabía que ustedes dos estaban...

—Hay algo más —lo interrumpió Grant y tomó aire antes de dirigirse hacia su escritorio.

Abrió un cajón y sacó el sobre que Danny le había entregado. Se levantó y rodeó la mesa, tendiéndoselo a Jake, que lo miraba con expectación. Apoyó el peso de su cuerpo contra el borde de la mesa y cruzó los brazos ante su pecho, a la espera que el hombre abriera el sobre.

—Ábralo. Y ahora dígame qué otra cosa puedo hacer.

Jake hizo lo que le dijo y sacó las fotografías que él ya había visto. Desvió la mirada hacia otro lado ante su visión.

—¿Qué es esto? —preguntó Jake.

—Lo que está viendo.

—¿Quién se las ha hecho? ¿Y por qué?

Sólo recordarlo hizo que una terrible furia se apoderara de él. Apretó fuertemente la mandíbula al recordar su nombre.

—Un antiguo amigo de Paige.

La expresión en el rostro de Mensfield cambió por completo.

—¿Danny? ¿Ha sido Danny?

Grant entornó los ojos.

—¿Lo conoce?

Jake asintió con seguridad para volver a mirar las imágenes.

—No en persona, afortunadamente. Paige me ha hablado de él. Me dijo que había vuelto a aparecer después de seis años sin saber de él y que la estaba molestando.

Grant tomó aire para expulsarlo de golpe por la nariz.

—Sí, ha sido él. Ha aparecido para chantajearla. Ayer se presentó aquí y trajo esas fotos con él. No sé cómo pero se ha enterado de las normas de esta compañía. Y no ha tardado en aparecer exigiendo el dinero o, a cambio, le llevará esto al vicepresidente.

Jake asintió, sin dejar de mirar las fotografías.

—¿Lo ha puesto en conocimiento de la policía?

Un gruñido salió de la garganta de Grant.

—Intentamos hacerlo antes de que apareciera con estas fotos pero no aceptaron la denuncia, porque no había ninguna prueba.

Jake colocó al fin las fotos de nuevo dentro del sobre, las dejó sobre la mesa y alzó la mirada para encontrar la de Grant.

—Pero ahora la tienen, tienen una prueba de la extorsión. Algo podrán hacer ahora, ¿no es verdad? —preguntó Jake reclinándose de nuevo sobre el asiento.

—No... no lo sé. Supongo que sí.

Un extraño silencio se estableció entre ambos hombres. Grant miró al joven para después mirar por encima de su hombro el sobre que Mensfield había dejado en el escritorio.

—¿Qué otra cosa podría haber hecho, Mensfield? Tanto si Paige le entrega el dinero como si no, Danny irá con esas fotos a Bishop y eso sería como darles los instrumentos para que la cuelguen.

Despacio, se incorporó de la mesa y la rodeó para regresar a su sillón.

—¿Qué ha dicho Paige de todo esto?

—Paige no sabe nada.

El hombre joven parpadeó repetidamente.

—¿No... no le ha dicho nada?

Grant negó con la cabeza.

—He preferido que ella crea que... olvídelo.

—No. Dígame qué le ha contado —le pidió Jake.

El hombre suspiró al recordar la mentira que le había hecho creer.

—Le he dicho que lo nuestro no podía funcionar y ella... ella ha pensado que me he hartado de ella después de...

Jake asintió, concluyendo la frase por él.

—Después de haberse acostado con ella. Comprendo —le dijo Mensfield componiendo una mueca de claro disgusto—. Yo tenía razón.

Grant dejó escapar el aire. Se sentía muy cansado y la cabeza le estaba comenzando a doler como si quisiesen taladrarle las sienas. Se pasó las yemas de los dedos por ellas antes de preguntar.

—¿En qué tenía razón?

Mensfield apretó la mandíbula antes de responder.

—En que es un cabrón sin escrúpulos.

Grant miró hacia su derecha, hacia la puerta que comunicaba con la pequeña oficina de su secretaria, incapaz de mirar al hombre que tenía frente a él. Porque llevaba toda la razón del mundo.

—Creí que era más inteligente, señor, pero veo que me he equivocado con usted.

Grant hundió los hombros, pesaroso, y asintió.

—Eso parece.

—Ha cometido el error de no decirle la verdad a Paige. ¿Qué va a pensar ella cuando realmente sepa qué ha pasado y que no le ha dejado tomar parte en el asunto? Porque, déjeme decirle que no va a llevar bien que usted haya elegido en su lugar. Ella tenía derecho a tomar una decisión en lo que respectaba a las fotos y al posible comité de conducta al que debería enfrentarse —le dijo el hombre con seriedad—. Si Paige lo hubiera sabido, tal vez podrían haber encontrado juntos otra solución menos drástica que ésta. ¿O no ha considerado otras posibilidades?

Fue hasta la mitad del despacho a grandes zancadas para volver sobre sus pasos, deteniéndose junto a donde estaba sentado Mensfield. El hombre se levantó despacio y compuso una mueca pensativa.

—¿A qué estaría dispuesto por enmendar todo esto, Grant? ¿Qué estaría dispuesto a sacrificar?

Grant lo miró con ojos entornados.

—¿Qué está pensando, Mensfield? Porque créame, si hubiese visto otra salida a todo esto, habría elegido cualquier otra cosa antes que hacerle daño a Paige.

—¿Ha contemplado la posibilidad de pedir una reasignación? O un traslado a otra

filial. No creo que le pongan muchas trabas si usted decide cambiar de empresa. Usted es un hombre muy valioso en esta compañía y harán lo que les pida con tal de tenerlo en sus filas. ¿O no sería usted capaz de hacer eso?

Una sonrisa que no llegó a sus ojos apareció en los labios de Grant. Despegó los brazos de su cuerpo para golpear sus piernas cuando terminó el gesto.

—¡Claro que sería capaz si eso significa que ella siga junto a mí! —le respondió súbitamente. Sentía el corazón bombearle a mil dentro de su pecho. Eso era todo lo que quería: que Paige siguiese con él.

Se acercó al escritorio y apoyó las dos manos en él, dejando caer la cabeza hacia adelante, abrumado.

—Mensfield, no puedo... Ahora entiendo que he metido la pata. Tenía que haberlo hablado con ella y no lo he hecho. Tomar decisiones en solitario es mi trabajo, es lo que hago todos los días, y estoy tan acostumbrado a ello que ni siquiera se me ha pasado por la cabeza consultarlo con Paige, sin caer en la cuenta de que esta decisión no era sólo mía sino de ambos.

Sintió la mano de Mensfield sobre su hombro y apretar con suavidad.

—Le diría que lo entiendo, pero puede que fuera mentira —lo oyó decir—. Pero, insisto, cuénteselo, escúchela, déjela decidir. Pregúntele qué es lo que quiere y a qué está dispuesta. Dígale lo mismo que me ha dicho a mí, todo eso de que está acostumbrado a tomar decisiones solo. Y que ha metido la pata por pretender tomar decisiones por su cuenta cuando no le correspondía hacerlo —dijo Jake, suavizando un poco el tono de su voz—. Hágalo.

Grant tomó aire y, después de unos instantes, asintió con gravedad.

No se movió del lugar. Miró hacia la ventana y hacia la tarde que caía, con la mente sólo puesta en Paige.

Escuchó la puerta abrirse. Con rapidez, giró la cabeza hacia el hombre que estaba a punto de abandonar su despacho.

—Mensfield. Gracias.

Por el rostro de Jake surcó una fugaz sonrisa. Asintió antes de contestar.

—De nada —y salió, cerrando tras él.

Danny escuchó cómo aporreaban la puerta, pero su cuerpo tardó varios segundos en reaccionar. Abrió los ojos lentamente y parpadeó hasta que fue consciente de

dónde se encontraba. Estaba en su diminuto apartamento, durmiendo sobre su desvencijado colchón y con la misma ropa que llevaba el día anterior. Se sentó en la cama y volvió a cerrar los ojos, un poco mareado. De repente, sintió una punzada en la nariz y se llevó la mano hasta ella con cautela. Estaba hinchada y le dolía como mil demonios. Aquel hijo de puta le había dado de lleno y le había roto el tabique nasal. Recordaba el reguero de sangre que corrió por sus manos y que manchó su camisa. Al salir de aquel despacho se había pasado por un hospital, alegando que un desconocido le había atacado en plena calle. La doctora que lo atendió le había curado con esmero y le había prescrito un antiinflamatorio junto con un potente analgésico, que lo había dejado dormido durante toda la noche y parte de ese día. Aún podía sentir los efectos de los medicamentos nublando sus sentidos.

De nuevo oyó que golpeaban la puerta. Quien quiera que estuviera al otro lado estaba comenzando a perder la paciencia, a juzgar por la insistencia con la que estaban llamando. Con desgana, se levantó de la cama y arrastró los pies hasta la entrada.

Nada más entreabrir la puerta, la empujaron desde el exterior y Danny sintió cómo trastabillaba hacia atrás hasta chocar contra el respaldo del sofá, evitando una caída segura. Fue entonces cuando, al levantar la mirada, pudo ver a quien se encontraba al otro lado.

Pat miró a Danny de arriba abajo y arrugó la nariz.

—Tienes mal aspecto, muchacho ¿Alguien se me ha adelantado y te ha dado una paliza?

La cadencia y el tono de la voz del hombre denotaban tranquilidad. Dejó de observar a Danny para pasear su mirada por todo el esperpéntico cubil.

—Eres un mal bicho, Danny. Y eso te traerá problemas —le dijo a la vez que volvía la mirada hacia él y le mostraba una sonrisa lobuna—. Algún día. Y no muy lejano.

—¿Qué quieres, Pat? —logró preguntarle mientras se incorporaba con dificultad.

El hombre traspasó el vano de la puerta. De repente, el hueco se oscureció dando paso a un individuo que seguía los pasos del mafioso. Su descomunal aspecto empequeñecía todo aquello que tenía a su alrededor. Agrupados, pequeños mechones de pelo ensortijado adornaban su cráneo, que a duras penas no rozaba con el dintel. Sus ojos, pequeños y entornados, desmerecían ante su enorme porte. Al igual que Pat,

vestía con pulcritud. El traje blanco que llevaba contrastaba con el color oscuro de su piel. Danny abrió desmesuradamente los ojos al verlo entrar a su apartamento. El hombretón le lanzó una mirada cargada de odio.

Pat miró de nuevo a Danny para señalar por encima de su hombro al gigante tras él.

—Ah, creo que no os conocéis. Éste es Leon.

El hombre saludó con un parco movimiento de cabeza dirigido hacia él. Danny dio involuntariamente un paso hacia atrás.

Sonriendo satisfecho, Pat regresó la mirada hacia Danny.

—Leon es un buen tipo. ¿Verdad, Leon? Lleva dos años trabajando para mí, justo después de que el señor Picardi, en un acto de piedad —Pat levantó las manos hacia el cielo, casi como si estuviera orando—, le perdonara la vida. Claro que él tuvo que pagar un pequeño tributo por ello. ¿No es así, Leon?

Danny no podía quitar la vista del gigante que, a su vez, lo miraba con fiereza. Leon, después de unos segundos, asintió.

—No me digas —replicó Danny, con más sorna en su voz de la que era prudente utilizar.

Vio como Pat entornaba los ojos y se le encogió el estómago.

—Sí. Le arrancó la lengua —le contestó Pat sin tapujos, casi escupiendo las palabras. Y volvió la cabeza para mirar a Leon.

El hombretón asintió de nuevo y, sin esperar, abrió la boca para mostrarle cuánto de verdad había en lo que Pat acababa de contarle.

Danny giró la cabeza, asqueado, y cerró con fuerza los ojos. Notó cómo su estómago se retorció con la mera idea de lo que debía haber sido aquello.

—Vale, me lo creo.

Pat estalló en carcajadas.

—Danny, eres patético —dijo mientras se secaba unas lágrimas que habían asomado a sus ojos.

Irguiéndose ante aquella nueva pulla de Pat, Danny se plantó ante él, con renovada valentía. Demasiado bien sabía qué hacía allí aquel sicario del señor Picardi, pero prefirió hacerse el que no entendía nada.

—Todo esto es muy ilustrativo, Pat, de verdad, pero ¿qué haces aquí? —le preguntó cruzando los brazos ante su pecho.

El hombre arqueó una ceja y se acercó un sólo paso más hacia Danny. Esgrimió un

dedo acusatorio delante de su nariz.

—No te hagas el listo conmigo, chaval.

Danny sabía que acababa de cometer un error fatal con Pat. No era una persona a la que se pudiera menospreciar así como así, sin tener que pagar un precio por ello. Ya casi habían concluido las dos semanas de plazo que éste le diera para reunir el dinero. ¿Y qué había conseguido él? Nada, absolutamente nada. Sólo la nariz rota. Al ver la ira aflorar en el rostro del mafioso, alzó ambas manos entre los dos, parapetándose tras ellas.

—Puedo explicártelo.

Pat negó con la cabeza.

—No quiero explicaciones. Quiero el dinero, Danny. Sin dinero, ya sabes lo que te espera —dijo mientras miraba a Leon. Este abrió la boca excesivamente imitando torpemente una ancha sonrisa.

—Estoy a punto de conseguirlo, Pat, en serio.

El mafioso se alejó de él, sin importarle las palabras de Danny. Se acercó hasta la ventana, sacó un pañuelo immaculado de su bolsillo y limpió el cristal con él para ver el exterior.

—Eso ya me lo has dicho antes. Y, mírate Danny, ¿qué has conseguido? —Se volvió hasta él a la vez que arrojaba el trozo de fino hilo a un rincón—. Nada, excepto que te partieran la nariz.

Chasqueó la lengua, desandando el camino hasta Danny.

—Te mereces todo lo que te ocurra —añadió.

Danny sentía que aquello se le iba irremediabilmente de las manos. Se movió incómodo.

—Sólo un día más, te lo juro. Mañana tendré el dinero—. Aunque no fue su intención, sus palabras sonaron desesperadas.

Pat se volvió, mirándolo de arriba abajo con total desprecio. Esperó unos segundos antes de contestar, sopesando qué iba a decirle.

—Sólo hasta mediodía, Danny, ni un segundo más. Si a mediodía no estás en el embarcadero que está al final del muelle, los empleados de limpieza del ayuntamiento tendrán que sacar más basura del fondo del Potomac, ¿ha quedado claro? —le amenazó entre dientes sin dejar ni un sólo segundo de mirarle a los ojos.

Al cabo de unos instantes, Danny asintió, aliviado porque Pat parecía haberle

otorgado una segunda oportunidad. Esbozó una sonrisa, sintiéndose exultante.

—Gracias, Pat. No te defraudaré. —Su voz sonó zalamera y artificial.

Los labios del hombre se curvaron en una suerte de sonrisa que sus ojos no reflejaron.

—No me des aún las gracias —dijo, para mirar hacia donde se encontraba Leon, a la espalda de Danny.

Pese a la imponente figura del negro, Danny no se había dado cuenta que se había ubicado tras él. Pat hizo un gesto con la cabeza, levantando la barbilla.

—Leon, ya sabes lo que tienes que hacer.

Pat se dirigió con paso ágil hacia la puerta, abriéndola, dispuesto a salir. Con el pomo aún en su mano, se giró. Danny lo miró con los ojos abiertos como platos.

—Ah, Leon —le dijo dirigiéndose a su sicario, a la vez que le guiñaba un ojo de manera cómplice—, no le dejes ninguna marca. Ya bastante tiene con la fea nariz que le han modelado.

Pat se pasó la yema de los dedos por la solapa de su immaculada chaqueta y, saludándolo con la cabeza, abandonó el apartamento, dejándolo a solas con Leon. Lo siguiente que sintió fue el puño del gigante impactar contra su mejilla y todo a su alrededor se volvió negro.

CAPITULO 24

Hacia media hora que Paige se había sentado delante de la ventana del salón, en una incómoda silla, mirando hacia al exterior pero sin ver nada realmente. No podía engañarse sí misma: miraba pero no veía.

La luz que entraba por la ventana era la única que iluminaba la habitación, dejando el resto del apartamento a oscuras. No necesitaba de ninguna otra.

Se había duchado, esperando que el agua caliente retirara de su cuerpo aquella sensación de opresión que no la dejaba respirar, aunque tampoco le había servido de mucho. La cena que se había preparado seguía en el mismo lugar: sobre la encimera de la cocina, esperando a que ella la tocara. Después de aquello, había intentado ver la televisión, pero había ido pasando los canales unos tras otros sin prestarle atención a ninguno. Al final, había apagado el aparato y arrojado el mando a distancia con rabia sobre el sofá.

Cuando escuchó el suave golpeteo en la puerta, llevaba ya un rato intentando no pensar en nada, sin conseguirlo. Por la rendija bajo ella pudo distinguir la luz del pasillo y la sombra de una figura. Regresó la mirada hacia la ventana y cerró los ojos con fuerza, tapándose la cara con ambas manos. En su mente había parecido entablarse una guerra entre la esperanza de que fuera Grant quien estuviera al otro lado de la puerta y el orgullo, el cual no le abriría la puerta de tratarse de él.

—Paige, sé que estás ahí. Abre, por favor.

La voz de Jake hizo que levantara la cabeza de inmediato y se enjugara las lágrimas que se habían escapado de sus ojos involuntariamente. Se secó el rastro de éstas con el dorso de la mano y bajó las piernas del sillón. Con paso cansado se acercó hasta la entrada. Receló antes de tomar el pomo. Al final abrió la puerta cuando Jake se disponía a volver a llamar.

Se miraron por unos instantes. Sabía por qué debía de estar Jake allí. Cor seguridad lo había dejado preocupado por la manera en que había salido corriendo cuando lo encontró en el ascensor del trabajo. Arrugó la nariz y se secó la punta con el dorso de la mano de manera inconsciente. Jake la miró con expresión seria antes de dar un paso al frente.

—¿Puedo pasar? —preguntó el hombre con indecisión.

Después de unos segundos, y sin decir ni una sola palabra, Paige se hizo a un lado, dejando libre la entrada a su apartamento. Jake caminó ante ella y Paige cerró la puerta despacio.

—Está muy oscuro —dijo su compañero, girando sobre sus talones para enfrentarla. Paige se encogió de hombros y se dirigió al sofá, donde se dejó caer pesadamente.

—Eres muy observador —contestó ella, con más acritud de la necesaria.

Vio a Jake moverse inquieto, mirando hacia un lugar y otro de la habitación. Se giró hacia el sofá y señaló hacia donde estaba el interruptor.

—¿Puedo encender la luz? —preguntó él.

—No, no puedes —le contestó sintiendo que su corazón golpeaba con fuerza en su pecho.

El hombre bajó la cabeza, moviéndola de un lado a otro con las manos metidas en los bolsillos de su cazadora.

—¿Puedo sentarme al menos? —preguntó señalando con un gesto de la barbilla hacia el sofá en donde estaba ella.

Paige asintió con recelo.

—Eso sí puedes hacerlo —contestó mientras subía las piernas al asiento y se abrazaba a ellas.

Jake se sentó en el otro extremo, sin mirarla. Se reclinó en el respaldo y colocó las manos sobre sus muslos, palmeando lentamente.

Paige lo miró por el rabillo del ojo.

—¿Qué haces aquí, Jake?

Lo oyó tomar aire y chasquear la lengua antes de responder.

—He venido a ver cómo estabas.

Paige respiró profundamente. Cambió de postura, bajando las piernas, y echó la cabeza hacia atrás para reposarla sobre el sofá. Miró al techo. La luz de la ventana se proyectaba en él.

—Ya has visto cómo estoy, Jake. Ahora puedes marcharte —le respondió con brusquedad.

Jake se giró hacia ella, subiendo una pierna al sofá.

—No hace falta que me muerdas.

Paige dejó caer los hombros con cierta culpabilidad.

—Lo siento. No quería... no quería ser grosera, Jake. Te agradezco que te preocupes por mí.

—Vi cómo te marchaste de la oficina esta tarde. No podía dejar las cosas así, Paige.

Ella cerró los ojos, intentando contener nuevas lágrimas que asomaban a sus ojos. Con un rabioso gesto se las limpió.

De repente, la pequeña lámpara que había sobre la mesa junto al sofá se encendió, haciendo que Paige encogiera los ojos ante el resplandor. Jake se giró de nuevo hacia ella. Paige clavó la vista en él con dureza.

—Te dije que no encendieras la luz.

Ante los ojos de Paige, la expresión del rostro de Jake cambió varias veces en los segundos que siguieron, y algunas de ellas no supo bien cómo interpretarlas. Jake apretó los labios con una firme mueca y la miró fijamente.

—Has estado llorando —afirmó él casi con un susurro.

Paige ahogó una carcajada agria que le nació en el centro del pecho. Miró hacia la puerta y se encogió de hombros.

—Vaya, creí que había abierto la puerta a mi amigo, no a Hercules Poirot. —respondió ella con sorna.

Vio cómo su compañero sonreía.

—Vale, voy a pasar por alto tu comentario —le dijo mientras la sonrisa aún perduraba en su rostro hasta que, poco a poco, se fue desvaneciendo. La miró a los ojos y asintió—: Sé qué ha pasado.

Por unos breves instantes, Paige no contestó. Jake no era un tonto, y habría sumado dos más dos cuando la vio salir de la empresa de aquella manera. Levantó la barbilla y apretó los labios, agarrándose con fuerza a sus piernas.

—Pues si lo sabes, no sé qué demonios haces aquí.

Oyó un fuerte resoplido por parte de Jake.

—Te lo he dicho: he venido a ver cómo estabas.

Paige estuvo tentada de volver a repetirle que, ya que la había visto, bien podía marcharse, pero se contuvo. Torció el gesto y miró hacia el lado contrario, rehuendo la mirada que sabía fija en ella.

—He estado hablando con Grant.

Paige aguantó la respiración al escuchar su nombre. Notó como su espalda se tensaba involuntariamente.

—Bien —fue lo único que alcanzó a decir cuando notó que un nuevo escozor le cerraba la garganta.

Jake bajó la mirada hacia sus propias manos, que descansaban sobre su regazo, y ladeó la cabeza.

—Mira, sabes que nunca me he metido en tu vida, pero eres mi mejor amiga, así que creo que esta vez voy a hacerlo. Porque no me gusta verte así.

Paige imitó al hombre, bajando también la vista y cerrando los ojos con fuerza. No quería sentirse como se sentía. Durante el tiempo que había estado con Grant, jamás se le pasó por la mente que podrían llegar a aquel punto. Se había equivocado de parte a parte.

—Jake... —comenzó diciendo, pero su compañero la detuvo.

—Sé que habéis roto.

Escucharlo en la voz de Jake no dolía menos. Seguía doliendo como horas atrás. Seguía partiéndole el corazón por la mitad.

Se pasó una mano por la frente y retiró un mechón de pelo.

—Sí —le contestó en voz tan baja que ni ella misma se oyó.

—¿Qué te dijo? —preguntó Jake.

Paige cerró los ojos con fuerza y apretó la mandíbula. No quería volver a recordarlo, a recrearlo en su mente. La mujer se levantó de improviso, mientras se retorció las manos, sin poder ocultar su nerviosismo.

—Que... que todo había sido mentira, Jake. No siente nada por mí, y no creo que jamás lo haya sentido. Todo ha sido una gran mentira.

Paige escuchó a su compañero ponerse en pie a sus espaldas. Sintió cómo ponía una mano sobre su hombro y la hacía girarse.

—No es cierto, Paige —le dijo Jake.

Lo miró como si acabase de aparecer de la nada. Paige entornó los ojos y dio un paso atrás.

—¿Qué quieres decir?

Jake negó una y otra vez con pequeños gestos de la cabeza.

—Paige, me encantaría contártelo todo, de verdad que sí, pero no creo tener ese

derecho. Debe ser Grant el que te cuente qué ha pasado realmente y por qué te ha dicho lo que te ha dicho.

Las palabras de su compañero hicieron que buscara de nuevo el apoyo del sofá al sentir que sus piernas la amenazaban con no poder sostenerla.

—Jake, explícate, por favor.

Imitándola, Jake tomó asiento a su lado, más cerca que la vez anterior. Paige sintió la calidez del cuerpo de su compañero y eso la reconfortó.

—Cuando hablé con él, le dije que viniese a verte, que tanto él como tú necesitáis aclarar las cosas sin la presión de hacerlo en el despacho.

Paige alzó la barbilla, sintiendo las entrañas convertidas en ascuas ardientes.

—No vendrá, Jake.

Su compañero asintió con absoluta convicción.

—Lo hará. Grant no es de los que dejan las cosas a medias, ni de los que esperan a que se curen solas. Eso lo sabes.

Paige bajó su mirada hacia sus manos. Las retorció nerviosa. Lejos de encontrarse mejor, ahora sentía que el corazón se le podría salir por la boca en cualquier momento.

Se mantuvieron un rato en silencio, uno junto al otro, ella sin mirarlo pero consciente de que él no cesaba de hacerlo. Se acurrucó contra el reposabrazos, abrazándose las piernas.

Un rato después, que a Paige le pareció eterno, Jake se levantó, despacio.

—Tengo que irme.

Paige asintió sin mirarlo. Su compañero aún no había llegado hasta la puerta cuando se giró y volvió a sentarse en el mismo lugar. Se pasó una mano por el rostro y emitió un bufido.

—No puedo marcharme y dejarte en esta situación, Paige. Me duele verte así —le dijo antes tomar aire y girarse hacia ella, dejando el abrigo sobre una silla cercana—: Grant ha creído que, al terminar vuestra relación, estaba protegiendo tu carrera.

Ella giró la cabeza hacia él, componiendo una mueca de sorpresa.

—¿Cómo dices?

—Ha dado por hecho que en la empresa se va a saber lo vuestro antes que después y...

Paige no quiso seguir escuchando y se levantó de un salto.

—¿Cómo?!

Jake regresó al sofá y volvió a sentarse, mirándola desde abajo.

—Creo que se ha asustado, Paige —le dijo su compañero. Ella giró con rapidez la cabeza en su dirección.

—¿Asustado? ¡Ja, ésta sí que es buena! —exclamó mientras extendía los brazos y los dejaba caer, golpeándose las piernas con ambas manos— ¡Tan buena como decirme que me quería sólo para un polvo!

Paige fue hasta la ventana con grandes zancadas y miró a través de ella. Fuera estaba oscuro, en total concordancia con cómo se sentía ella por dentro. Se apoyó en el pequeño alféizar e hizo presión con los puños.

—¿Recuerdas a Tellers? —oyó decir a su compañero desde el sofá.

Ella giró la cabeza hacia él, mirándolo por encima del hombro. Una profunda arruga surcó la frente de Paige al encoger los ojos cuando intentó recordar.

—¿Tellers? ¿El subdirector comercial?

—El mismo.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y qué tiene que ver Tellers en todo esto? —quiso saber.

—Pues mucho. Va a ser llevado ante un comité de conducta por una relación inapropiada con su secretaria.

Aquello dejó sin palabras a Paige. Miró a su compañero y él continuó: —Bishop le ha propuesto a Grant que forme parte de ese comité. Además, le ha dicho a qué conclusión deben llegar cuando se reúnan. Aún no se ha celebrado y la chica ya puede darse por despedida —le dijo—. Grant teme que a ti te ocurra lo mismo en el caso de que lo nuestro llegue a saberse.

Paige se pasó una mano por su melena, alisándola con un gesto exasperado. Volvió a girarse hacia la ventad, viéndose reflejada en el cristal.

—¿Acaso piensa que yo no sabía a lo que me exponía cuando comencé con él? —inquirió ella, con la bilis subiéndole por la garganta.

Jake hizo un gesto con los hombros.

—No lo sé, Paige.

—Yo sabía perfectamente —dijo ella, remarcando la palabra—, a lo que me exponía cuando comencé a salir con él. Sabía que podían pillarnos y ser amonestados.

O peor, despedidos. Y, aun así, no me importó. ¡Maldito complejo de caballero andante! ¡Nadie le ha dicho que tenía que hacer eso por mí!

Todo se quedó en silencio por unos momentos hasta que Jake decidió romperlo.

—¿Alguna vez hablasteis sobre qué haríais si os pillaban?

Paige arqueó una ceja al escucharlo. Se pasó la lengua por los labios resecos y bajó la mirada.

—No... Supongo que era un tema que deberíamos haber tratado cuando comenzamos, pero... —Se encaminó de nuevo hacia el sofá y se sentó junto a Jake—. Jason debería haber confiado en mí. Yo sé lo que me estoy jugando, créeme, no soy ninguna cabeza hueca ni una irresponsable. No tenía que elegir por mí, no sin antes preguntarme qué opinaba yo al respecto.

—Estás enfadada —oyó decir a Jake.

Paige asintió sin dudar.

—¿Tú cómo crees que estoy? —inquirió con los dientes apretados, tanto que la mandíbula lo dolió por el esfuerzo de no rechinarlos—. ¡Por supuesto que estoy enfadada!

Con rabia se echó hacia atrás, arrojándose contra el respaldo.

—No... no sé qué pensar, Jake.

Pasaron unos minutos hasta que su respiración se apaciguó y el ritmo del corazón descendió a niveles normales.

—Puede que ahora ya dé todo igual —dijo Paige con tristeza después de un buen rato en silencio. Se encogió de hombros mirando a un punto indefinido en la pared que había al otro lado de la habitación.

—Grant es importante para ti, ¿verdad? —le preguntó su compañero. Las palabras la golpearon en el centro del pecho. Asintió sin pensar.

—Más de lo que yo creía, Jake. Pero después de lo que me ha hecho...

Fue el turno de Jake de levantarse.

—Hay algo más que tengo que contarte —añadió Jake en voz baja—. Existe una razón más para explicar la actitud de Grant.

Paige se incorporó y envaró la espalda, casi tanto que parecía que le habían pegado un palo a ella. Jake torció el gesto.

—¿Desde cuándo no tienes noticias de Danny?

—¿Danny? —preguntó Paige rápidamente, subiendo el tono de voz—. ¿A qué

viene preguntar por él?

Jake tomó aire y metió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Ayer se presentó en el despacho de Grant, mostrándole unas fotografías bastante reveladoras de vuestra relación. Le pidió dinero a cambio de no enviárselas a Bishop.

Paige se levantó del sofá como si la hubiesen pinchado con una aguja.

—¡Maldito hijo de perra! —gritó y se giró hacia Jake que la miraba con ojos desorbitados—. ¡Lleva un tiempo atosigándome para que le dé dinero!

—Y le habéis puesto en bandeja la herramienta para que os pueda hacer chantaje.

Pasó por el lado de su compañero en dirección hacia la puerta del apartamento para regresar sobre sus pasos de inmediato.

—No sé a cuál de ellos dos me gustaría más coger del cuello ahora mismo: si a Danny, por chantajista o a Grant por... estúpido.

Jake se enderezó.

—Grant piensa que, le deis el dinero o no, le llevará las fotos a Bishop. Y todo se sabrá y tú te verás comprometida.

—¡Por supuesto que le va a llevar las fotos a Bishop! —exclamó Paige llena de rabia—. ¡Sea como sea, Bishop va a ver esas fotos! Danny no va a dejar pasar la oportunidad de hacerlo y de hundirme.

Hizo un esfuerzo por relajarse. Respiró profundamente, expulsando el aire por los labios entreabiertos, intentando que su corazón volviese a latir a su ritmo normal. La mente de Paige trabajaba a marchas forzadas, intentando colocar cada pieza del puzle en su lugar.

El dolor y la rabia se mezclaban en su estómago a partes iguales. A ello se le unía el enfado que sentía con Grant: por no decirle nada, por decidir protegerla sin preguntarle si estaba de acuerdo. Se sentía dolida, vulnerable, enfadada y terriblemente triste.

—¡Debió decírmelo, Jake! —le dijo a su compañero, andando hasta la mesa para regresar de nuevo al sofá y arrojarse en él—. Grant debió contármelo todo y habríamos tomado una decisión. Podríamos haber buscado otra solución. Podríamos haberlo afrontado juntos.

—Me ha contado que, hace años, hubo un caso parecido al vuestro y que, gracias a que ya habían roto cuando se descubrió todo, no perdieron su empleo. Creo que él estaba intentando aferrarse a la posibilidad de que a vosotros os traten igual.

Paige no sabía qué pensar. Había un sinfín de piezas de ese embrollo danzando ante sus ojos, esperando a que ella las colocara en su lugar. Pero se sentía incapaz de afrontar algunas. Grant le había hecho mucho daño con su actitud y no sabía si, de llegar el momento, podría perdonarlo.

Apoyó una vez más la cabeza contra el respaldo del sofá y cerró los ojos.

—No sé qué voy a hacer, Jake. Trato de... —le dijo, tragando saliva en un intento de suavizar su garganta; pero fue inútil, las lágrimas terminaron por aflorar a sus ojos—. Duele mucho, Jake.

Su compañero se acercó hasta ella y la abrazó. Paige le devolvió el abrazo con fuerza, escondió el rostro en el hueco del cuello del hombre y lloró como hacía años que no hacía.

Lloró hasta que sintió que ya no le quedaban más lágrimas. Jake había intentado reconfortarla pasándole las manos por la espalda y dejando pequeños besos sobre su pelo. Nada de aquello había servido.

Cuando los sollozos al fin cesaron por sí solos, Paige apoyó la barbilla sobre el hombro de Jake y miró al frente pero sin ver nada.

—La solución que ha tomado Grant no os hace feliz a ninguno de los dos, desde luego a ti no. Y creo estar seguro de que a él tampoco —lo oyó decir.

Paige se mordió el labio inferior y tomó aire.

—No.

—Entonces, tendrás que buscar una alternativa. ¿O te vas a quedar con los brazos cruzados? La Paige que yo conozco no lo haría.

Ella sonrió sin ganas.

—Ahora mismo no sé qué pensar, Jake. Todo... todo ha sido tan repentino.

—No hace falta que sea ahora mismo. Piénsalo durante la noche, durante el tiempo que creas conveniente. Asegúrate de que la opción que tomas es la opción que te hace feliz.

—¿Cuándo te has convertido en un experto en relaciones, Jake? —le preguntó a su amigo sin soltarse de su abrazo.

Lo oyó titubear.

—Tuvo que ser en algún momento entre que te vi en el ascensor y llamé a la puerta de Grant.

Al fin, Paige se sintió con fuerzas para separarse de él, pero sin mirarlo a la cara.

—Te he dejado la chaqueta hecha un asco.

Su compañero se encogió de hombros.

—La enviaré a la lavandería.

Paige sonrió en contra de su voluntad.

—Gracias por tu hombro. Lo necesitaba.

Él le sonrió y asintió.

—De nada. Los amigos están para esto.

Despacio, Jake se levantó, tomó su abrigo de la silla y se lo puso. Con lentitud, se acercó hasta la puerta y, antes de abrirla, se giró hacia ella.

—Grant vendrá, estoy seguro de ello —le dijo con una mueca en los labios que se asemejó a una sonrisa—. Y si no viene, me comeré su corazón para desayunar.

El comentario hizo reír a Paige, en contra de su voluntad.

Jake salió al pasillo, ajustándose el abrigo.

—Buenas noches, Paige. Descansa.

Ella asintió con pesadez y él se alejó pasillo abajo.

Cuando cerró la puerta, Paige se acercó hasta el sofá y se arrojó en él, subiendo las piernas y escondiéndolas bajo ella. Le picaban los ojos y la nariz, y tenía la garganta agarrotada. Se pasó las manos por el rostro y despejó los mechones de pelo que se habían quedado pegados a sus mejillas.

No había querido echarse a llorar delante de Jake de la manera en que lo había hecho, pero no había podido evitarlo. Había tenido durante toda la charla un nudo en el estómago y, cuando se había deshecho, no había podido contener las lágrimas.

Pero, aunque le pareciera raro, aquellas lágrimas la habían ayudado a esclarecer un poco su mente. No demasiado, pero sí lo suficiente como para hacer un espacio y que las piezas del puzle comenzaran a encajar en el juego.

El saber que Grant había actuado por miedo, miedo a que descubrieran su relación y que todas las culpas recayeran en ella, le hacía hervir la sangre. Por dos motivos: por aquella estúpida norma que contemplaba los estatutos y por Grant, por tomar la decisión en nombre de los dos.

¿Por qué no había ido a ella y le había hablado con claridad? ¿Por qué lo había enrevesado todo, diciéndole aquellas cosas tan horribles? ¿Acaso pensó que así a ella

le resultaría más fácil romper con él? ¿Creía que era preferible que lo odiara por aquellas palabras a que perdiera su empleo?

Pese a todo, pese a sus palabras y a su incomprensible decisión de no contarle qué estaba ocurriendo, con el comité de conducta y con Danny, no podía odiarlo. Le dolía el alma, sí, pero no por el odio.

Debía llegar a una resolución tan pronto como pudiera. Jake le había dicho que no tenía por qué ser esa misma noche, pero ella se conocía y sabía que, si no tomaba pronto una decisión, no podría respirar tranquila.

A su juicio, tenía dos opciones: o intentar arreglar las cosas con Grant, o bien despedirse de aquella relación. Y, si lo dejaba correr, tendría que decidir si podría seguir trabajando en *Barret & Giles*, porque sus sentimientos no iban a desaparecer así como así. Lo quería, ésa era la verdad, pero tampoco estaba segura de si iba a ser capaz de soportar verle, día tras día, sabiendo que ya no estarían juntos. La segunda opción no la hacía feliz de ninguna manera, y aún menos ahora cuando sabía que él había actuado movido por el deseo de protegerla. En cuanto a la primera, el mayor escollo seguían siendo las normas de la compañía.

Jake había tenido razón cuando le había dicho que se tomara su tiempo. No podía decidir eso tan a la ligera, sin sopesar nada más que sus emociones y sus sentimientos. Necesitaba poner en orden tanto su cabeza como su corazón. Necesitaba saber si él la seguía queriendo como ella sabía que lo quería a él. Entonces sería cuando tomaría una decisión.

Grant salió de la ducha y se secó primero la cara con la toalla que había colgada junto a la mampara, para pasársela luego por las caderas y ajustarla en un costado. Se paró ante el espejo del baño y tomó aire, apoyándose en el frío lavabo.

Un rato antes, cuando llegó a su casa, había sentido un enorme agujero en el pecho. Ahora, aquel agujero parecía estar cubriéndose con una capa de hielo que le congelaba las entrañas. Con la palma de la mano retiró la película de vapor del espejo y miró el reflejo que éste le ofreció. No le gustó lo que vio. Ahí, frente a él, estaba el tipo que había hundido con sus palabras a la persona que más amaba en el mundo. Se alejó con rapidez, apartando la mirada.

El dolor de cabeza, producto a partes iguales de su idiota actuación con Paige y del whisky, había desaparecido un poco; ya no era esa sorda punzada en sus sienes sino

una ligera molestia bastante soportable. Se vistió y bajó hasta la cocina. Sin molestarse en encender la luz, abrió el frigorífico. Tal vez había sido un acto reflejo porque, en realidad, no tenía hambre. Aquella garra invisible continuaba apretando su estómago con fuerza. Cerró de un portazo y fue hasta el salón para arrojarse sobre el sofá. Se reclinó sobre el respaldo y cerró los ojos.

Todo lo que había ocurrido en su despacho pasó por detrás de sus párpados como si de una película antigua se tratara. El rostro de Paige aparecía una y otra vez. Y cada vez que lo hacía lo dejaba sin respiración, con aquella expresión de dolor en sus hermosos ojos verdes. Se maldijo en silencio, ocultando el rostro en el hueco de sus manos.

Ya de nada le valía el regodearse en su miseria; le había hecho mucho daño y nunca se lo perdonaría. Si tan sólo hubiese recapacitado un poco más las posibles opciones que tenían, si hubiese hablado con ella, no estaría en aquella situación. Abrió los ojos y, por unos momentos, deseó que Jake hubiese aparecido antes de que él hablara con Paige. El hombre la conocía desde hacía muchos años y le habría venido bien compartir su problema con alguien que supiese darle un nuevo enfoque, uno que no fuera herirla como él lo había hecho. Jake Mensfield le había hecho darse cuenta de lo precipitada y desacertada que había sido su decisión.

No podría volver a mirarla a los ojos sabiendo que juntos podrían haber buscado una solución. Y, más importante aún, no podría volver a mirarla teniendo la certeza de que aún seguía enamorado y que su futuro junto a ella se había evaporado.

Ahora no tenía vuelta atrás. Aunque Paige llegara a perdonarle por las cosas que le había dicho y por no haber contado con ella, él nunca podría borrar el daño que le había hecho. Le había dicho que se había cansado de ella, que los momentos que habían pasado juntos no habían significado nada. ¡Por el amor de Dios, ¿cómo iba a perdonarlo?! Apretó los dientes. Más aún, ¿cómo podría perdonarse a sí mismo lo que había hecho?

La charla con Mensfield regresó a su mente.

¿Y si se marcha a otra filial de la compañía?

Aquellas palabras del hombre volvieron a él. Se incorporó en el asiento, mirando al frente pero sin ver nada en realidad. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Sería capaz de renunciar a su puesto de trabajo, a lo que conocía y en lo que era bueno, para darle una oportunidad a lo que podría tener con Paige? No tuvo que rebuscar mucho la

respuesta: lo sería.

Se levantó como si el sofá quemara y fue hasta donde estaba su ordenador. Le presentaría la carta al día siguiente a Bishop. Le pediría que aceptara su petición para que lo cambiaran de departamento, le rogaría si hiciera falta.

Su dedo se quedó inmóvil sobre la tecla de encendido. No podía cometer el mismo error; no podía volver a hacer las cosas por su cuenta. Estaba dispuesto a sacrificar su carrera, tanto si tenía la oportunidad de regresar con Paige como si no; pero quería decírselo antes de que fuese algo hecho. Le debía eso, al menos.

Encendió el ordenador y comenzó a escribir su petición de reasignación.

Quince minutos más tarde se había cambiado de ropa y salía por la puerta de su apartamento sin preocuparse de si había cerrado con llave o no.

CAPITULO 25

A Paige le estaba costando concentrarse en la lectura. Había cogido el libro, que llevaba olvidado más de tres semanas en su escritorio, con la intención de descansar un poco la mente de la decisión que debía tomar.

Había abierto sus páginas dispuesta a sacarlo todo de su cabeza por un rato. Fue una ilusa. Las palabras escritas se amontonaban ante sus ojos sin que ella pudiese entenderlas. Estaba a punto de dejar el libro a un lado e irse a la cama cuando escuchó el timbre de la puerta.

Paige miró su reloj de muñeca con extrañeza. Eran casi las once de la noche. Nadie hacía visitas a esas horas. A menos que fuera algo realmente importante.

Se tensó cuando vino a su mente la posibilidad de que se tratara de Danny. A fin de cuentas, se había colado en su casa días atrás. Tratando de no hacer ruido, bajó los pies del sofá. Ya tenía puesta la mano en el pomo para abrir cuando el sentido común se antepuso. Se aproximó más a la puerta, acercando su rostro a la rendija entre ésta y el marco.

—¿Quién es? —preguntó.

Tardaron unos segundos en responder. Estaba a punto de volver a preguntar cuando oyó la voz grave de Grant al otro lado.

—Paige, soy Jason. ¿Podrías abrir, por favor?

La mano de Paige agarró con fuerza el pomo y contuvo la respiración. Sólo con oír su voz, su corazón se había saltado un latido. Apoyó la frente contra el marco. No se sentía preparada para enfrentarlo. Todavía dolía demasiado.

Oyó cómo, al otro lado, Grant daba un paso hacia la puerta.

—Paige, por favor —le escuchó decir con claridad, casi como si estuviese frente a ella y no con la puerta de por medio. Paige apretó con fuerza los labios, inhaló profundamente y abrió.

Tan pronto como lo hizo, sus miradas se encontraron y Paige fue incapaz de moverse.

Jason tenía la respiración agitada, el flequillo completamente despeinado, la nariz roja por el frío que debía hacer fuera, y toda su atención puesta por completo en ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Paige con más aspereza de la que pretendía.

Jason se mantuvo rígido frente a ella, con los brazos pegados con fuerza a su cuerpo y las manos convertidas en puños. A Paige no le pasó desapercibida la rigidez de sus hombros ni la dureza en la línea de la mandíbula. Ni tampoco un brillo extraño en sus ojos que no sabía cómo interpretar.

—Me gustaría hablar contigo —le respondió él.

Paige desvió la mirada hacia el fondo del pasillo, en donde se encontraba el ascensor; el mismo ascensor que Jason había pospuesto coger la noche en que la besó por primera vez.

—No... no creo que sea buen momento —le dijo porque no se creía capaz de soportar sus ojos clavados en ella.

Jason dio un paso más hacia adelante y quedó al límite de lo que ella consideraba su espacio personal. Alzó la mirada y vio los ojos azules de él mirándola fijamente.

—Paige...

Ella levantó un poco la mano y él no continuó. Paige apretó los labios y miró hacia el suelo.

—Ya te he dicho que no es buen momento. Hablaremos otro día, ¿de acuerdo? —se oyó decir sin reconocer su propia voz.

Grant despegó los labios para decir algo, pero se detuvo a medio camino. Se sostuvieron las miradas por unos instantes hasta que Paige rompió el lazo al girar la cabeza. Él dio un par de pasos hacia atrás y, sin añadir nada más, asintió con resignación.

—Está bien.

Lo vio girarse y emprender camino hacia el ascensor con paso lento y cansado. Los dedos de Paige se agarraron al marco y sus nudillos se volvieron blancos debido a la fuerte presión. Odiaba aquella situación con todas sus fuerzas, el sentirse así de vulnerable. Odiaba a su corazón por querer salirse de su pecho cuando lo vio marcharse.

Pero lo cierto era que ella también quería hablar con él. Tenía que tomar una determinación en cuanto al futuro de su relación, ya fuera en un sentido o en otro, y no quería cometer el mismo error que él había cometido, tomándola unilateralmente. Si tenía que tomar esa decisión, y quería hacérselo saber, ese era el mejor momento para ello.

Dio un paso hacia el centro del pasillo antes de que él alcanzara el ascensor.

—Grant —lo llamó. Él no tardó en girar la cabeza, clavando sus ojos en ella.

Paige apretó los labios e hizo un gesto hacia el interior de su apartamento.

—¿Quieres pasar?

Sin pausa, Jason asintió y regresó sobre sus pasos. Paige pasó delante de él y oyó como él cerraba la puerta tras de sí cuando entró.

Incapaz de girarse para mirarlo, Paige anduvo hacia el sofá que había en medio del salón y lo rodeó, quedando parapetada tras él.

—Tú dirás —le dijo ella, con la barbilla un tanto elevada e intentando que los latidos de su corazón no se desbocaran. Jason pretendió acortar la distancia que los separaba pero, al parecer, se lo pensó mejor y se quedó en donde estaba. Lo vio bajar la cabeza hasta fijar la mirada en la mesita de café que había delante del sofá.

—Entonces, ¿vuelvo a ser Grant? —preguntó él con cierta tristeza en su voz.

Paige no se había dado cuenta de que lo había vuelto a llamar por su apellido hasta que él lo había mencionado. Miró hacia la ventana. La luz de la farola incidía directamente en la ventana y Paige se quedó mirándola por unos instantes. Sí, volvía a ser Grant porque, en esos momentos, pensar en él como Jason era demasiado doloroso. Se encogió de hombros casi sin darse cuenta.

—Has dicho que quieres hablar conmigo, ¿no? Pues hazlo —espetó, con rabia contenida—. Pero habría estado bien que lo hubieses hecho antes de formar todo este... lío. Ahora puede que sea tarde, señor Grant.

Jason dio un paso hacia atrás y tomó aire, como si las últimas palabras de Paige lo hubiesen golpeado en el centro del pecho. El rostro del hombre se endureció de momento para mudar en otra expresión que Paige no supo identificar.

Un pesado silencio se apoderó de la sala. Paige creyó que él iba a dar media vuelta y marcharse cuando la sorprendió al volver a hablar.

—Lo siento mucho, Paige —le dijo al fin.

De repente, Paige no supo qué decir. En las últimas horas se había formado un montón de posibles diálogos en su mente, muchos en los que ella comenzaba y otros tantos en donde era él quien daba el primer paso, pidiéndole disculpas. Puso ambas manos sobre el respaldo del sofá y se agarró a él con fuerza.

—¿Que lo sientes? ¡¿Que lo sientes?! —le dijo dejando salir toda la frustración que había estado reprimiendo desde que regresara aquella tarde de la oficina.

Grant levantó la mirada.

—Me gustaría explicarme, si me dejas.

Paige se pasó ambas manos por el pelo, alisándolo de una pasada de manera nerviosa para fijar su mirada en el techo.

—¡Pues explícate de una vez, maldita sea! ¡Deja de poner a prueba mi paciencia! —replicó ella sin mirarlo siquiera.

Gracias a Jake, Paige sabía por qué Jason le había dicho todas esas cosas horribles que le habían hecho tanto daño, pero aún había cosas que se escapaban de su entendimiento. Bajó la mirada y la posó en él.

Jason asintió antes de dar un paso hacia ella, con la mesita de café rozando sus piernas.

—Cuando termine puedes mandarme a la mierda si quieres, no te lo reprocharé. Sé que he metido la pata —comenzó diciendo, mientras se encogía de hombros con aquel aire de tristeza que hacía que le doliera mirarlo—. Te... te he dicho cosas que no merecías escuchar, cosas que no sentía. Yo sólo quería... sólo quería que no te hicieran daño.

La boca de Paige se convirtió en una dura línea en su rostro. Movi6 la cabeza hacia adelante con un pesado movimiento, como si hubiese asentido una 6nica vez.

—¿Y no entendías que el da6o me lo estabas haciendo t6 con tus palabras?

Paige se dio cuenta de que en los ojos de Jason volvía a estar otra vez ese extraño brillo que viera cuando lleg6. 6l baj6 la cabeza, apesadumbrado.

—Ahora lo s6. Y lo siento.

Sin pensárselo, Paige rode6 el sof6 y se qued6 junto al reposabrazos.

—¡Deja de decir lo siento, por favor! —estall6 ella sin pretenderlo. Tard6 s6lo un segundo en que su estado de 6nimo volviera a calmarse—. Me gustarí a poder entenderlo, Jason.

La luz de la lámpara que había en la mesita junto al sof6 le molestaba en los ojos. Paige dio un paso más hacia la derecha, dejando atrás por completo el escudo del sof6. Jason la sigui6 con la mirada.

—Tenía una razón para hacerlo. O creía tenerla. Jake me hizo ver que me había equivocado.

Los nervios de Paige comenzaron a templarse por primera vez desde que 6l entrara en su apartamento.

—¿Creíste que le tengo miedo a esa reuni6n del comité de conducta? —le pregunt6

insegura de su propia voz.

Jason entornó los ojos al escucharla.

—¿Cómo...?

Paige levantó la barbilla en un gesto desafiante.

—Jake me lo ha contado todo. El comité de conducta al que te han pedido que asistas, el chantaje de Danny y las fotografías —dijo mientras tomaba aire—. Vino hasta aquí y me dijo que estuvo hablando contigo después de que yo me marchara.

—Sí, justo después de que te fueras —le dijo—. Ojalá se me hubiese ocurrido hablar con él antes de romper contigo. Sé que Mensfield y yo no tenemos una relación de amistad precisamente, pero sabe dar buenos consejos —confesó conteniendo una tímida media sonrisa que no le llegó a los ojos.

Ella tomó aire y cabeceó una sola vez.

—Tal vez hubiese sido preferible, sí. O, tal vez, hubiese sido mejor que me lo contaras a mí.

Jason metió las manos en los bolsillos de su abrigo mientras torcía el gesto.

—Ahora me gustaría echar el tiempo atrás, pero eso ya no se puede arreglar.

Paige cerró los ojos lentamente, sin saber bien si lo que sentía era de nuevo el enfado bullir en su interior o el comienzo de la caída del muro que había levantado en torno a su corazón. Se mordió el labio inferior, sintiéndose nerviosa.

Los ojos de Grant se agrandaron sólo un instante al mirarla a continuación. Lo vio sacar las manos de los bolsillos y apretarlas contra sus muslos.

Paige se acercó un nuevo paso hacia él.

—¿Cómo pudiste pensar que así me estabas ahorrando un mal trago? ¡¿Cómo?! ¿Cómo se te pudo ocurrir que mi trabajo era más importante para mí que lo nuestro?

Él negó con la cabeza.

—En ese momento no lo pensé. Sólo pensé en protegerte.

Paige sentía todos los músculos de su cuerpo en tensión.

—¿Tienes idea del daño que me has hecho? —espetó alzando la voz, sintiendo la adrenalina correr por su interior.

La mirada de Grant la rehuyó.

—Hubiese sido muy fácil, Jason. Hubiese sido tan sencillo como que confiaras en mí y me dijeras qué estaba ocurriendo —Yo confío en ti.

Ella se exasperó.

—¿Y así me lo demuestras?! —exclamó. Paró un segundo mientras se obligaba a tomar aire—. ¿Así me demuestras que confías en mí? ¿Qué tipo de relación puedo esperar tener contigo si tú decides por mí y me dejas sin voz? No eres un caballero andante, Jason. Ni soy una damisela en apuros a la que debas salvar.

Vio la garganta de él bajar y subir al tragar saliva. Tras unos segundos, asintió con gravedad.

—No, no lo somos. Debí contártelo todo, sí. Ahora lo entiendo —le confesó y Paige sintió una descarga eléctrica recorrer toda su espalda. Jason continuó—: Debí hacerlo. Llevo demasiado tiempo tomando decisiones por mí mismo: en el trabajo, en mi vida personal, sin que nadie me cuestione, sin que nadie me dé su opinión sobre una cosa o la otra. Pero ya no es el caso. Tú... estás en mi vida y tienes voz en esto, y el derecho a opinar y decirme si te parece bien o te parece mal. Yo no quería herirte, eso era lo último que quería. Por favor, Paige, me he comportado como un cretino y me pregunto si podrías perdonarme.

Las rodillas de Paige no pudieron soportarlo más y buscó el sofá. Se sentó con cuidado sin atreverse a mirarlo. Unos segundos después, él se sentaba en el otro extremo del sofá, con todo el espacio entre ambos.

Las manos de Jason se cerraron en torno a sus propias rodillas. Un pulso apareció en su mejilla derecha, fruto de la tensión.

Él giró la cabeza hacia la puerta y Paige lo vio negar con cautela.

—No voy a mentirte: esto va a ser duro en cualquier caso. Ambos seremos blanco fácil para el comité de conducta, Paige. Sé lo que puedo esperar del viejo Bishop. A mí me dirá... bueno, me dará una palmadita en la espalda y me sonreirá condescendiente. En cambio a ti, a ti te juzgarán por algo que es culpa de ambos, si es que en una relación hay algún culpable. En el mejor de los casos te soltarán un discurso sobre cómo le has fallado a la compañía, y en el peor te darán una bonita carta de despido muy bien redactada. Mi intención era que no te vieras en ese segundo caso, pero ahora entiendo que no me correspondía a mí decidirlo.

Paige se cubrió el rostro con ambas manos y respiró lentamente. El aire se volvió caliente de inmediato. Bajó las manos despacio y se quedó mirándolas.

—Te agradezco que pienses en mi trabajo, Jason. No soy una desagradecida ni una irresponsable —le dijo sin mirarlo.

Paige sabía que los ojos de Grant estaban fijos en ella. Tragó saliva y asintió de manera mecánica antes de continuar.

—¿Crees que no sabía a lo que me exponía al iniciar una relación contigo? No soy una ingenua. Mantenerlo en secreto no iba a durar para siempre, ocultándonos como si estuviéramos haciendo algo malo. Como si estuviéramos ofendiendo a alguien. Cuando lo decidí, sabía perfectamente lo que podía esperar de ello. Rompí una promesa que me hice a mí misma hace mucho tiempo, lo hice por ti, y todo lo que tú haces es estar preocupado por si me despiden o no.

Grant bajó la mirada. La rigidez de su postura delataba su nerviosismo, así como la manera en que abría y cerraba repetidamente las manos.

Ella miró hacia el techo con un gesto exasperado antes de que él hablara y continuó.

—Debiste dejarme decidir a mí si quería salvar mi puesto o arriesgarlo todo por seguir contigo. A lo mejor habría preferido que me despidieran con tal de poder salvar lo nuestro. Pero el caso es que ahora... ahora el daño ya está hecho. No sé si puedo confiar en ti, no estoy segura de que, la próxima vez que nos veamos en una situación parecida, seas capaz de dejar a un lado tu instinto protector y tener en cuenta mi opinión. Y sin esa confianza, ¿cómo voy a volver contigo?

Paige tuvo que sostenerse las manos con fuerza para que él no las viera temblar. Bajó la cabeza pero evitó mirar hacia donde estaba sentado Grant, rogando en silencio no deshacerse en mil pedazos ante él. Tomó aire, dejándolo escapar lentamente. Entonces sus labios no supieron detener las palabras que se agolpaban en su mente.

—Pero si no estoy contigo... no creo que pueda soportar verte en la oficina todos los días. Por mucho que me guste mi trabajo, no me veo capaz. Es irónico, ¿no crees? Por intentar evitar que me despidan, a lo mejor acabas consiguiendo que sea yo quien renuncie. Me reiría si no me doliera tanto.

Notó cómo Grant se erguía en el asiento y respiraba profundamente. Ella giró la cabeza despacio hacia él y apretó los labios.

—Creo que voy a pedir el traslado a otra sucursal de la Barret —dijo al fin con voz tan baja casi no pudo oírse a sí misma.

—Paige...

Negó con la cabeza sin mirarlo.

—No, ahora déjame hablar a mí, por favor —le rogó odiando las lágrimas que se estaba formando en el fondo de su garganta. Intentó mitigarlas tragando saliva pero fue inútil. Se obligó a tomar aire de nuevo antes de continuar hablando—: No creo poder soportar tener que trabajar contigo, verte todos los días. Creí... creí que lo nuestro podría funcionar, pero tú no has confiado en mí, y yo no puedo estar con alguien que no me da mi sitio y no me ofrece respeto. No quiero que todo esto afecte a mi profesión, ni quiero que afecte a la tuya. Así que mañana presentaré una carta al departamento de Recursos Humanos y pediré el traslado a otra filial.

Incluso ella misma se sorprendió de que aquellas palabras surgieran con tanta soltura. No había tenido nada claro lo que iba a hacer hasta que Grant se había presentado ante su puerta.

Había decidido marcharse: no podría estar en aquel departamento, a sus órdenes, viéndolo día tras día, y sintiendo que todo había acabado entre ellos porque él había sido tan obcecado como para decidir por ella sin consultarle algo que era importante para ambos.

Le dolía el alma, porque seguía enamorada de él. Era un dolor que la dejaba sin respiración y con el deseo de meter las manos en su propio pecho para arrancarse el corazón y que dejara de dolerle. Sus sentimientos no habían cambiado; seguía queriéndole como le había querido el día anterior cuando había salido de su apartamento.

—Tal vez no tengas que hacerlo — oyó decir a Grant. Del bolsillo interno de su abrigo sacó un sobre y se lo tendió.

Fijándose en la carta, Paige la abrió con cuidado y extrajo de su interior un papel. En él, Grant solicitaba el traslado a otro departamento de la compañía. Paige no fue capaz de meter aire en los pulmones. Se quedó un rato mirando aquellas palabras impresas que se amontonaban delante de ella. Despacio, alzó la mirada hacia él.

—Te preguntarán por qué quieres el traslado.

Jason asintió con absoluta convicción.

—Y yo les diré la verdad. No me importa qué me pueda pasar. ¿Que me rebajen la categoría profesional? Me da igual. Lo que no me da igual es perderte a ti —le dijo girándose un poco hacia ella, con las manos apoyadas una a cada lado, en el borde del sofá—. Yo también amo mi trabajo, Paige. Durante un montón de años ha sido mi vida. Sólo he tenido tiempo para él y para la compañía. Incluso le di mi matrimonio.

Pero estás equivocada si piensas que eso sigue igual. Prefiero marcharme, si permanecer en ella significa que tengo que renunciar a ti. Amo mi trabajo, pero te amo más a ti.

Paige oyó un sonido en su mente y supo que el incipiente muro que había comenzado a construir alrededor de su corazón había comenzado a resquebrajarse.

La mano de Paige atravesó todo el espacio que los separaba y atrapó la de Jason, incapaz de estar un segundo más sin tocarle. La sintió fría y rígida en la suya. Le dolían los brazos por intentar controlarse para no ir hacia él y abrazarlo con todas sus fuerzas. La cabeza de Grant giró con rapidez en cuanto notó la suave caricia que Paige le prodigó. Le pasó el pulgar por el dorso con tímidos círculos. La mano masculina volteó sobre sí misma y Grant entrelazó los dedos con los de ella sin levantar la mirada.

La sacudida de su corazón dentro del pecho la dejó sin respiración. Los ojos de Jason no dejaban de mirarla como si quisiesen leer en su interior. Sin esperarlo, Jason redujo la distancia que los separaba a la mínima expresión. Paige sintió la garganta cerrada y cómo el aire que intentaba hacer entrar en sus pulmones se había vuelto demasiado caliente para respirarlo con normalidad.

—Lo que me dijiste esta tarde... no era cierto —se oyó decir a sí misma, aunque ya había quedado claro que no era verdad, sólo para auto convencerse que todo estaba encajando en su sitio.

Jason negó con convicción.

—No lo era. Sólo quería ahorrarte todo lo del comité.

Paige apretó los párpados, intentando controlar las lágrimas que se estaban formando tras ellos y negó con la cabeza.

—Jason, no juegues conmigo.

—No estoy jugando contigo —se apresuró a decir él. Levantó despacio la mano que tenía libre, pero la detuvo a medio camino de su rostro, como si se hubiese pensado mejor el gesto que iba a hacer—. Te quiero y siento mucho...

Paige no le dio oportunidad a que terminara la frase. Atrapó su boca por sorpresa, besándolo con hambre contenida. Él le respondió de inmediato con un beso igual de desesperado, atacando sus labios como si los necesitara para seguir viviendo. Unos segundos después, Paige se separó de él.

—Te dije que dejaras de decir que lo sentías.

Él le sonrió, con los ojos a apenas unos centímetros de los suyos, con aquel azul que en ese momento era casi gris. Jason volvió a atrapar sus labios en un beso que la dejó sin respiración. Sin dejar que se separara de él, se puso de rodillas ante ella, quedando a su misma altura. Paige lo atrajo rodeando su cuello con sus brazos y devolviéndole el beso con intención.

Los labios de Jason eran tiernos y, a la vez, exigentes. Sintió sus dientes rozar su labio inferior y ella lo permitió con agrado. Despacio, giró un poco la cabeza para que aquella boca se dedicara a colmarla de besos desde la mandíbula hasta la oreja. Paige rozó la mejilla con la suya. Su cercanía le inundó los sentidos y disparó una corriente eléctrica que la recorrió de pies a cabeza.

Ella también sabía jugar a aquel juego; le acarició la mandíbula con sus labios y, cuando llegó a la oreja, atrapó el lóbulo entre sus dientes.

—Dímelo otra vez —susurró Paige en su oído. Notó que él se estremecía entre sus brazos.

—¿El qué? —preguntó él sin dejar de besarle el hueco del cuello.

Paige sonrió aunque sabía que él no podía verla.

—Que me quieres.

Jason se separó de ella lo suficiente para encontrar sus ojos. Demoró su vista en los labios de Paige, incapaz de apartar la mirada de ellos.

—Te quiero —le susurró, mirándola a los ojos, conteniendo a su vez la respiración.

Estaba segura de que jamás nadie la había besado con tanta pasión como Jason lo estaba haciendo en aquel preciso instante, con un beso posesivo y desprendido a la vez, que entraba en su boca, pujando con su lengua y que la hacía estremecerse de pies a cabeza.

Las manos de Grant la tomaron por la cintura, atrayéndola hacia él como si quisiese incorporarla a su propio cuerpo, meterla bajo su piel. Paige se dejó arrastrar y se quedó sentada al borde del sofá mientras sus brazos rodeaban su cabeza y continuaba besándolo.

Del fondo de la garganta de Paige surgió un gemido que pareció inflamar los sentidos de Grant. Arremetió contra su boca con más ímpetu y Paige le correspondió en la misma medida.

El tiempo pareció detenerse en aquel instante. No existía un antes, ni un después,

sólo ese momento en la que él la besaba y que ella respondía.

Se separaron en contra de su voluntad cuando ambos se dieron cuenta de que les faltaba el aire, con los labios aun rozándose, sin querer dejar de tocarse el uno al otro. Las manos de Jason viajaban por su espalda, arriba y abajo, encendiendo cada centímetro de su piel. Sin dejar de mirarlo a los ojos, Paige introdujo sus manos entre los hombros de él y su abrigo, empujando la prenda levemente para que terminara resbalando por sus brazos hasta acabar amontonada en el suelo, junto a él.

Sus manos subieron por su cuello hasta atrapar su rostro. Lo besó en el hueco en donde la sangre latía con fuerza; en la mandíbula, bajo la oreja... en todos los lugares que pudo encontrar a su paso. Lo sintió estremecerse y apretarla más contra él.

—Paige —susurró Jason y el cuerpo de ella vibró con su voz como un instrumento musical.

Sintió que estorbaba todo: su propia ropa y la de él. Los botones de la camisa de Grant se rindieron con facilidad bajo sus dedos y, un segundo después, la prenda caía también al suelo. Se retiró un poco para poder admirarlo. Pasó la palma de sus manos por aquellos hombros y brazos, una vez y otra, deliberadamente despacio hasta que notó cómo la piel de él se erizaba. Jason echó la cabeza hacia atrás, brindándole toda la longitud de su cuello.

Las manos de Jason se escabulleron bajo su camiseta, buscando el calor de su piel. Antes de que se diera cuenta aquel trozo de tela de algodón ya no cubría su cuerpo. Paige suspiró agradecida cuando las fuertes manos de Grant le acariciaron la espalda desnuda, si nada que se interpusiera. El atrapó el lóbulo de su oreja entre sus dientes con delicadeza.

—Creí estar haciendo lo correcto, Paige —le susurró, haciéndola estremecerse—. Creí que hacía lo que debía, que así te estaba protegiendo. Ahora sé que no era así. He sido un iluso creyendo que podía dejarte, cuando la realidad es que no puedo.

—No lo hagas —le respondió ella en el mismo tono con el que él le había hablado.

Las manos de Grant le acariciaron los costados hasta más allá de la cintura para volver a subir lentamente y atrapar sus pechos.

Paige se agarró con fuerza a sus hombros al sentir aquella caricia primero, que pasó a ser más exigente un segundo después. Incapaz de soportarlo por más tiempo, las palmas de Paige bajaron en dirección a su pantalón, desabrochando el cinturón y el botón con dedos torpes. De la garganta de él salió un gruñido que la desarmó.

—Vamos al dormitorio —le dijo con voz ronca, tomándola de las manos e interrumpiendo la placentera tarea que ella se había impuesto.

A Paige se le antojaba que aquel lugar estaba demasiado lejos como para detenerse. Con una sonrisa, negó con la cabeza. Jason la miró y le correspondió con una sonrisa idéntica que la hizo derretirse. Él liberó sus manos lentamente y Paige pudo continuar.

El cinturón y el botón fue cosa del pasado un segundo después. Despacio, las palmas de Paige le acariciaron la cintura para resbalar por las caderas, despojándole de toda su ropa y resbalando hacia la evidente erección. Él la detuvo y, antes de darse cuenta, Grant se había puesto en pie, tirando de ella para que lo imitara.

No supo bien cómo, pero al minuto siguiente estaba completamente desnuda al igual que él, atrapada entre sus brazos, abrazándolo y volviendo a besarlo con más urgencia aún.

Cayeron en el sofá uno en brazos del otro, devorándose como si hiciese una vida que no se tocaban y no sólo un par de días. Las manos de Grant estaban por todas partes, acariciándola y haciéndola vibrar. Paige acomodó la espalda en el asiento y lo atrajo hacia ella, encerrándolo entre sus piernas.

De la garganta de Paige salió un gemido de placer cuando notó la dureza de su erección contra su vientre. Lo quería dentro de ella en aquel mismo instante. Le acarició toda la longitud de la espalda y él alzó la cabeza, echándola hacia atrás y cerrando los ojos con fuerza. Paige sonrió al mirarlo. Volvió a besar su cuello y ya no pudo aguardar más: lo tomó en su mano y lo colocó en su entrada. Con la misma urgencia que ella sentía por él, Jason se introdujo en ella de una sola embestida.

Paige retuvo la respiración un segundo al sentirlo entrar, arqueando la espalda ante su intromisión. Su cuerpo se ajustó inmediatamente al suyo, como un guante que encajaba a la perfección. Cerró los ojos con fuerza, concentrada sólo en sentirlo.

Cuando los abrió encontró aquellos ojos, que la miraban como nadie más lo había hecho en su vida, haciéndole saber lo que significaba para él. Jason la besó lentamente, acariciando su labio inferior con la punta de su lengua y Paige, en respuesta, enlazó sus piernas tras su cintura haciendo que él se introdujera más hondo dentro de ella.

Paige se movió bajo él, instándolo a acompañarla, y ya no hubo marcha atrás. Jason cerró los ojos con fuerza y apretó la mandíbula.

—Paige.

Su respiración se hizo pesada. Jason comenzó a moverse, despacio, saliendo un poco para, antes de abandonar su cuerpo, volverse a hundir en su interior, más profundamente. Paige se agarró a sus hombros y, plantando los pies sobre el asiento del sofá, empujó hacia arriba.

Todo carecía de importancia en aquel instante salvo aquel hombre que clamaba por llegar a su alma. Se aferró a él con uñas y dientes, y juntos encontraron ese ritmo mutuo en donde sus cuerpos se encontraban una y otra vez.

—Te quiero —le susurró Jason al oído mientras se enterraba en ella.

Aquellas palabras la hicieron olvidar cómo se respiraba. Se abrazó a Jason tan fuerte como pudo y, enterrando su rostro en el hueco de su cuello, sintió su cuerpo tensarse en anticipación. Un segundo después, un poderoso orgasmo sacudió cada fibra de su ser, dejándola sin respiración.

—¡Jason!

Alentado, Jason arremetió contra ella, haciendo más largas y profundas sus embestidas. Se incorporó sobre sus manos para separarse de ella al tiempo que, con un último envite, se derramó en su interior ahogando a medias un gruñido que quedó atrapado en su pecho. Los brazos de Paige lo rodearon y lo atrajo hacia ella, devorando una vez más su boca.

Tardaron un rato en recuperar el aliento, labios contra labios. Grant se apoyó sobre uno de sus codos, aliviando así su peso del cuerpo de ella. A Paige no le importó lo más mínimo la incomodidad por el lugar y la restricción de espacio. Miró a Jason con una lánguida sonrisa dibujada en su rostro y él, en respuesta, la besó. Sentía los labios hinchados y sensibles, y aquella sensación le pareció una maravilla.

A regañadientes, y con cuidado de no caer del sofá, Jason la liberó del peso de su cuerpo, colocándose a su lado. Paige se giró hacia su costado para hacerle un hueco y él se acomodó como pudo a su espalda, atrapado entre ella y el sofá. Un brazo de él la agarró por la cintura, pegándola a su cuerpo.

—¿Tienes frío? —le preguntó él al oído mientras deslizaba su mano de manera distraída por su costado, desde las costillas hasta la mitad de la pierna para volver a ascender. Ella cerró los ojos y negó con suavidad.

Buscó el calor de su cuerpo y se arrebujó contra el pecho del hombre.

—No. Aún no —le contestó con una sonrisa que iba a ser difícil de eliminar de su

rostro.

Paige no supo cuánto tiempo estuvieron abrazados en aquel sofá. La mano de Grant le acariciaba el estómago, dibujando extraños patrones con la yema de los dedos. Paige atrapó su mano y la apretó con fuerza.

—¿Qué promesa era esa? —La voz a pocos centímetros de su oído la sobresaltó. Ella lo miró por encima de su hombro.

—¿Cómo dices?

Él la acercó más hacia sí, si aquello era humanamente posible. Enredó sus piernas con las de ella en un gesto íntimo que la hizo sonreír.

—Antes... dijiste que habías roto una promesa que te habías hecho. ¿Cuál era? —le preguntó en voz baja. Incorporó un poco la cabeza antes de añadir—: si quieres contármelo, claro.

Paige volvió a mirar al frente. Aquella promesa parecía muy lejana en el tiempo y, ahora, sin sentido. Arrugó los labios y volvió a mirar sobre su hombro.

—Hace tiempo me... me prometí a mí misma que no volvería a enamorarme.

Notó sobre su piel el aire que él exhaló.

—Has roto esa promesa. —No era una pregunta. Paige asintió sin reservas.

—He roto esa promesa, sí.

Incorporándose sobre ella, la boca de Grant buscó de nuevo la suya y la besó, tan despacio y tan a conciencia que Paige sintió que su cuerpo se caldeaba de nuevo.

—Vámonos a la cama —le susurró él al oído y ella agradeció estar ya tumbada porque, de otra manera, sus rodillas hubieran terminado cediendo a su peso.

A duras penas, Paige se levantó del sofá, seguida de él. Jason le tendió la mano y ella la tomó con una sonrisa. La acercó hasta su cuerpo y la abrazó con fuerza, pasando un brazo por su cintura y pegándola a su costado. Paige alzó el rostro hacia él y le sonrió.

—Vámonos a la cama.

CAPITULO 26

La entrada a la Torre Barret aún no estaba muy concurrida. Pero, aun así, decenas de oficinistas llegaban a su lugar de trabajo a horas tempranas en aquella fría mañana de febrero. Mientras andaba junto a Grant, Paige se fijó en algunas de las personas que caminaban en silencio, con vasos de café desechables en una mano y maletines en la otra, bordeando la fuente que dominaba la plaza.

Por el rabillo del ojo miró a Grant, a su lado, serio y concentrado. Habían hablado durante el desayuno sobre la petición que él presentaría para que lo trasladaran a otro departamento. También habían acordado que al fin podrían ir a la policía, pues ya tenían pruebas suficientes para que le hicieran caso y ella pudiese poner la denuncia. De lo último que hablaron fue sobre la conveniencia o no de que Paige continuara con la idea de pedir el traslado a otra filial de la compañía.

Aunque la situación entre ellos se había aclarado después de que él se presentara en su apartamento para pedirle perdón, habían llegado a la conclusión de que deberían guardar esa carta para usarla en el caso de que a Grant le denegaran el cambio de departamento. Ninguno de los dos quería volver a tentar a la suerte con aquello de contravenir las normas de la empresa. Si no se convertían en ex jefe y empleada de una manera, lo harían de otra. Y se acabaría el problema.

Habían acordado juntos qué iban a hacer: Grant tenía que entregarle su petición al viejo Bishop, quien debía dar el visto bueno antes de pasarla a Recursos Humanos. En caso de aceptarla, ese departamento la recibiría y estudiaría el lugar en donde podría comenzar con su nueva función. Hasta entonces, hasta que todo se resolviera, ambos tendrían que seguir fingiendo que entre ellos no había nada más que una mera relación profesional.

Levantando las solapas, se arrebujó en su abrigo. El sol no estaba calentando aún a esas horas de la mañana y la densa capa de nubes volvía más improbable que pudiera hacerlo. Tenía frío pero suponía que, más que por la temperatura exterior, era por el nerviosismo que sentía. Llegaron a la escalinata y Grant se giró hacia ella. Los ojos de él se clavaron en los suyos, sin decirle nada. Paige apretó con fuerza la mano dentro de su bolsillo, conteniendo el deseo de acariciarle la mejilla y alejar de ella aquel pulso nervioso que podía apreciar.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres hacer?

Jason asintió de inmediato.

—Completamente.

El hombre miró hacia el edificio.

—Llamaré a la secretaria de Bishop y pediré que me dé una cita con él para hoy mismo. Quiero dejar zanjado ese asunto. Voy a contarle todo. No me importa qué pueda pasarme, Paige. Es mejor que se entere por mí antes de que reciba las fotos de Danny.

Paige suspiró con pesar, sabiendo que Jason llevaba razón. Por mucho que quisieran dejar de pensar en Danny y en su amenaza, aún seguía ahí, pendiendo sobre sus cabezas.

—Está bien. Espero que Bishop comprenda.

Le hubiera gustado abrazarlo y ayudarlo a que aquella tensión que veía en él se mitigara un poco. Sonriendo, los ojos de Grant se clavaron en ella.

—Me gustaría darte un beso —le dijo en voz baja, sólo para sus oídos. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Paige de arriba abajo.

—Creí que habíamos quedado en que seríamos discretos hasta que te concedieran el traslado, o yo me marchara a otra sucursal.

Jason compuso un gesto hosco.

—No me recuerdes lo de la discreción. Y preferiría mil veces que aceptaran mi propuesta. Por lo menos, estarías en el mismo edificio y no tendría que esperar a las cinco de la tarde para volver a verte.

Paige se obligó a dar un paso atrás y separarse de él, lo suficiente para que su mente volviera a pensar con claridad en cualquier otra cosa que no fuera en besarlo. Señaló hacia la puerta con un gesto de la cabeza.

—Entra tú primero. Voy a comprar el periódico —le dijo mientras caminaba hacia atrás sin conseguir que la sonrisa estúpida se borrara de sus labios.

—Paige... —replicó Grant, pero ella ya había bajado los escalones para dirigirse a la máquina expendedora que había al otro lado de la plaza.

—Sigue tú. No tardo nada —le dijo antes de emprender camino. Le dio la espalda y apresuró el paso.

Antes de llegar, Paige sacó las monedas del bolsillo, jugueteando con ellas en la palma de su mano. Tenía muchas ganas de que todo aquello pasara, que el asunto de

las fotos de Danny y de la charla con Bishop se acabara, y que ella y Grant pudieran seguir adelante con su relación sin tener que ocultarse a los ojos de los demás.

Llegó hasta la máquina y metió una de las monedas en la ranura. Iba a completar el importe del periódico cuando notó que una mano la agarraba por el brazo. Sonrió antes de girar la cabeza.

—No hacía falta que vinieras conmigo. No iba a tar... —Se detuvo antes de finalizar la frase. Había pensado que era Grant quien la agarraba. En lugar de ser él, tenía frente a sí el desagradable rostro de Danny.

—¿Creíste que era tu novio? —le dijo impostando la voz y haciendo una mueca con sus labios. Danny apretó su propia mano sobre el brazo de Paige y la asió con más fuerza.

Paige notó como los dedos se clavaban en sus músculos. Dio un pequeño tirón pero no fue capaz de soltarse.

—¡Por Dios, Danny! ¿Qué haces?

—Sorpresa —espetó él entre dientes.

Paige miró la mano que la apresaba, haciéndole daño, para después pasar a mirarle a la cara. Danny tenía el rostro amoratado y la nariz visiblemente hinchada. Intentó una vez más liberarse, pero Danny hizo más fuerza para que no fuera así.

Sintió una furia ciega subir por su pecho. Plantó los pies en el suelo y se retorció.

—¡Suéltame, pedazo de mierda! —le dijo levantando el tono. Algunos transeúntes se giraron a mirarla, pero ninguno de ellos se detuvo en su camino.

Con un gesto rápido, Danny se acercó hacia ella todo lo que pudo, separó el faldón de su chaqueta y le enseñó la pistola que llevaba escondida. La tomó de la culata y la encañonó en las costillas, teniendo especial cuidado en que nadie observara su maniobra.

—Sigue gritando y te hago un ombligo nuevo. ¿Está claro?

La visión del arma la dejó de piedra. No había supuesto que Danny podría llegar hasta aquel punto. Estaba visto que se había equivocado de parte a parte con él. Asintió con reticencia, mirando de reojo en dirección a la Torre Barret, que ahora parecía estar a kilómetros de distancia.

Danny la miró y, de repente, soltó una carcajada.

—¡Oh, qué pena! —dijo, fingiendo un inocente mohín con sus labios al darse cuenta de su instintiva reacción de mirar hacia la Torre—. Es una lástima que tu

amigo no esté aquí para salvarte una vez más, ¿verdad?

La presión que estaba ejerciendo le estaba dejando el brazo abotargado y frío.

—Déjame ir, Danny. Me estás haciendo daño.

Simulando un gesto triste, Danny ladeó la cabeza.

—Vaya, a la señorita le duele el brazo—. Sin miramientos, Danny tiró de ella para acercarla hasta él. Paige trastabilló al chocar contra su cuerpo. El hombre se pegó a ella tanto como pudo, acercándose a su oído.

—Quiero el dinero que te pedí y lo quiero ahora. Nada de excusas ni de tonterías —masculló entre dientes. Paige pudo sentir el aire caliente de su aliento y se le revolvió el estómago de inmediato. Intentó alejarse de él, pero Danny se lo impidió—. Haz lo que te digo o saco a mi amiguita a pasear.

Señalando con un gesto de la cabeza hacia el lugar en donde tenía escondida el arma, Danny le sonrió con una mueca que la asqueó más aún.

—Te diré lo que vamos a hacer —le dijo—. Vamos a ir al banco y me vas a dar ese dinero. Así que, cariño, no me lo pongas difícil. ¿Me has entendido?

Paige apretó la mandíbula, sintiendo la ira correr por sus venas.

—Te dije que no tenía el dinero —le respondió con desprecio, apenas separando los labios para articular la frase.

Danny enarcó una ceja al mirarla.

—¿Y por qué será que no te creo? —La miró de arriba abajo con absoluta arrogancia.

Volvió a tirar de ella con renovado ímpetu, haciendo que reanudara la marcha. Paige trastabilló y se dobló un tobillo cuando uno de los tacones de sus zapatos se rompió, haciéndola perder el equilibrio. Danny no dejó de sujetarla y tiró de ella.

—¡He dicho que me dejes! —se debatió Paige, tironeando con fuerza de su brazo. Él no pareció inmutarse y la arrastró hacia la calzada, dispuesto a cruzar la atestada avenida entre dos coches que estaban aparcados junto a la acera.

Una vez más, Paige intentó detenerlo, pero él era mucho más fuerte que ella. Danny se giró para enfrentarla con el rostro enfurecido.

—¡Deja de joderme! ¡Cruza de una puta vez! —le gritó tirando de ella.

Instintivamente, Paige miró hacia un lado y hacia otro, sintiéndose incapaz de hacer frente a la fuerza bruta del hombre. Abandonaron la acera y comenzaron a cruzar la avenida sin esperar a los semáforos.

De repente, el ruido de un potente motor hizo que los dos miraran en la misma dirección. Apenas tuvieron tiempo de reaccionar. Un coche salió del lugar en donde había estado aparcado hasta ese momento y aceleró bruscamente en su dirección.

Paige giró la cabeza en dirección a la procedencia del chirrido. Incapaz de moverse, vio cómo el coche cubría los metros que lo separaban de ellos en apenas unas décimas de segundo.

Todo ocurrió a cámara lenta para Paige. Danny había dejado de mirarla para buscar el ruido de aquel coche que se acercaba vertiginosamente. Aprovechó el descuido de Danny y volvió a tirar con fuerza, consiguiendo que, al fin, el hombre soltara su brazo. El coche impactó de frente contra el cuerpo de Danny, que salió despedido por el aire, girando en exageradas piruetas.

El automóvil pasó a sólo unos centímetros de ella y la potente aceleración, unida a su ímpetu por soltarse, hizo que trastabillara hacia atrás, lanzándola con violencia contra uno de los vehículos que estaban estacionados. Sintió un fuerte dolor en la cabeza y oyó los gritos de la gente justo antes de notar cómo su conciencia se desvanecía lentamente, sumergiéndola en la más absoluta oscuridad.

Caroline alzó la cabeza cuando Grant entró en su despacho. Le sonrió de manera educada, tal y como lo hacía cada mañana. Se detuvo ante su mesa, correspondiéndole con una tenue sonrisa.

—Caroline, necesito que acuerde una reunión para hoy mismo con el señor Bishop, por favor.

La secretaria anotó la petición de su jefe y asintió. Grant dio un paso hacia su oficina antes de girarse de nuevo hacia la mujer.

—Y, en cuanto llegue la señorita Hunter, hágala pasar, por favor.

Girando sobre sus talones, entró en su despacho cerrando la puerta tras él.

No podía pensar en otra cosa más que en la reunión que iba a tener con Bishop. O que esperaba tener, porque no podía permitirse el lujo de que el viejo declinara su petición de verlo ese mismo día.

Tal y como le había dicho a Paige, le contaría todo al anciano burócrata. No se callaría nada. Y si después de aquello quería ponerlo de patitas en la calle, que lo hiciera, le daba igual.

No podía negar que ese día se encontraba feliz, extrañamente feliz. Se sentía muy

afortunado de que Paige hubiera estado dispuesta a perdonarle. Teniendo en cuenta lo profunda que había sido su metedura de pata al dejarla de lado en el asunto de las fotos y el comité de conducta, le parecía un milagro que todo se hubiera arreglado entre ellos tan pronto.

Miró por la ventana. El cielo gris nada tenía que ver con su estado de ánimo. Se sentía exultante después de pasar la noche con Paige. Era como si le hubiesen quitado una pesada losa de encima de su pecho, permitiéndole así volver a respirar.

El tráfico ya se estaba volviendo imposible a esas horas de la mañana. Dirigió la mirada hacia la avenida que discurría a los pies de la torre. Los vehículos estaban detenidos en medio de la vía, sin avanzar. Debía de haber ocurrido algo porque había un montón de personas congregadas en plena calle y en la acera. A lo lejos escuchó el sonido de la sirena de una ambulancia. En ese momento, el intercomunicador le obligó a retirar la mirada del exterior.

—¿Sí, Caroline? —contestó de inmediato.

La respuesta de la mujer no se hizo esperar.

—La secretaria del señor Bishop me dice que ahora mismo tiene un hueco libre. Si quiere subir a verlo, lo recibirá.

—Gracias, Caroline. Dígale que subo enseguida.

Apenas hubo soltado el botón del comunicador, Grant se dirigió con largos pasos hacia su abrigo, que colgaba en el perchero, y sacó la carta que había preparado la noche anterior para entregársela a Bishop. Con ella en la mano, abandonó el despacho.

Constance, la secretaria del señor Bishop lo estaba esperando. En cuanto llegó abrió la puerta que comunicaba con el despacho del vicepresidente de *Barret & Giles*. Grant entró y ella cerró tras él.

Thaddeus Bishop estaba sentado tras su escritorio, con una taza de café junto al periódico de la mañana. Levantó la cabeza y le sonrió, afable.

—¡Jason, muchacho! Pasa, pasa. ¿Quieres un café? —. Estaba a punto de pulsar el botón para llamar a su secretaria cuando Grant se acercó hasta la mesa y se apostó tras ella.

—Muchas gracias, Thaddeus, pero no me apetece.

Bishop le hizo un gesto con la mano para que tomara asiento y Grant aceptó la

invitación.

Con una enorme mueca que dejó ver unos dientes blancos y nada naturales, Bishop le sonrió.

—¿Y qué es lo que quieres de mí? —le preguntó. Antes de que Grant pudiese responderle, el viejo vicepresidente se inclinó hacia adelante, colocando ambos brazos sobre la mesa—. Ah, pero espera, espera, antes déjame decirte una cosa, muchacho. El otro día no sé si fui del todo claro. Aunque me pese, mis días en esta empresa están contados. Ya no tengo las mismas fuerzas que hace unos años, y me estoy planteando muy seriamente el retirarme y buscar un sustituto. Y me gustaría que fueras tú.

Grant se incorporó y adelantó un brazo para intentar detener la diatriba del hombre.

—Thaddeus, espera...

Bishop hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, déjame continuar. De verdad que quiero que seas tú el que me suceda. Sé el compromiso que tienes con tu departamento. Tiene la mejor estadística de toda la empresa y, por eso, cuando tú te hagas cargo de la vicepresidencia, me gustaría que propusieses a la señorita Hunter para que te sustituyera al frente del departamento. ¿Qué te parece la idea?

Grant se quedó petrificado. No había esperado oír aquellas palabras de boca de Bishop. Si hubiesen sido en otras circunstancias, le habría hecho muy feliz aquella proposición y se hubiese visto tentado de aceptar el puesto, sabiendo además que el departamento iba a quedar en la mejores manos posibles, con Paige al frente. Miró por unos instantes el sobre que llevaba en la mano y lo colocó sobre la mesa.

—Lo siento, pero eso no va a poder ser —le dijo con seriedad.

En el rostro arrugado del vicepresidente apareció una muda expresión de desconcierto.

—No te entiendo, Jason. Es una oportunidad única y...

Grant le tendió la carta.

—Léela, por favor.

Reticente, Bishop estiró el brazo y aceptó la carta que Grant le tendía. Con manos firmes, el hombre abrió el sobre, desplegó el folio y leyó en silencio.

En sus facciones, Grant no pudo vislumbrar ninguna reacción, ni en un sentido ni en otro. Sintiendo que el estómago se le contraía en el abdomen, esperó pacientemente a

que Bishop terminara de leer.

Cuando lo hizo, dejó despacio el folio sobre la mesa y se reclinó en su enorme sillón.

—Bien. Entiendo que lo que quieres es una reasignación de puesto de trabajo para no tener ninguna vinculación profesional con la señorita Hunter, ¿no es así?

Grant asintió, convencido.

Los labios de Bishop se convirtieron en una dura línea.

—Sabes que esta maniobra no os va a librar de pasar por el comité de conducta, ¿verdad?

Despacio, Grant volvió a asentir.

—Lo sé. Pero antes de eso, me gustaría rogarte que consideres mi propuesta, por favor. Hunter... Paige es una empleada ejemplar, que ha puesto siempre los intereses de la empresa por delante de los suyos. Hemos... hemos cometido una falta, es cierto, pero nos gustaría subsanarla de la mejor manera posible.

—Jason...

Grant se movió en la silla, sentándose en el borde, adelantando su cuerpo.

—Sé que hemos infringido los estatutos y si hay algún culpable en esto, soy yo. Ella no ha tenido la culpa de nada salvo de enamorarse de mí. Y yo de ella. No quiero que su carrera profesional se vea empañada por mi culpa. No pienso dejarla, Thaddeus. Paige significa mucho para mí, más de lo que jamás pensé que podría llegar a significar, y estoy dispuesto incluso a pedir el traslado a otra de las empresas filiales con tal de seguir con ella si tú no aceptas mi petición de reasignación. Me da igual dónde me mandes.

Los pequeños ojos de Bishop no dejaban de mirarlo. Apretó los labios y un millón de pequeñas arrugas aparecieron alrededor.

—Vaya... esto, esto no me lo esperaba, Jason.

Incómodo, Grant bajó la cabeza.

—Podría decirte que lo siento, Thaddeus, y tal vez quedaría bien ante ti, pero no sería cierto. No lo siento. Enamorarme de Paige ha sido lo mejor que he hecho en mi vida y no voy a tirarlo por la borda sólo por seguir unas normas que entiendo que deban existir, pero que no pueden estar por encima de las personas. Despideme si quieres, pero antes te rogaría que, por favor, consideraras mi petición de cambio de departamento.

Los dedos de Bishop tamborilearon sobre la mesa unos segundos que a Grant se le hicieron eternos. Despacio, el viejo vicepresidente se levantó.

—Te llamaré con lo que haya decidido —le dijo con seriedad.

Grant se levantó e hizo un gesto con la cabeza.

—Muy bien. Gracias.

Bishop le respondió con un simple cabeceo y Grant abandonó el despacho con rapidez y con el deseo de ver de inmediato a Paige y contarle que, al fin, había hablado con el viejo vicepresidente.

Cuando llegó a su despacho, Caroline estaba en pie, con el teléfono fuertemente agarrado en la mano. Había perdido el color de sus mejillas y tenía los ojos abiertos como platos.

Grant se paró ante ella.

—¿Ocurre algo, Caroline?

La mujer asintió varias veces mientras colgaba el auricular sin mirar dónde lo posaba.

—Ha ocurrido algo, señor —le contestó ella con voz temblorosa.

—¿El qué? —preguntó de inmediato.

La mujer salió de detrás de su escritorio y se apostó frente a él, retorciéndose las manos, visiblemente nerviosa.

Todos los músculos de su cuerpo se tensaron sin saber bien porqué. Ver a su secretaria de aquella manera había encendido miles de alarmas en su mente.

—La señorita Hunter...

Grant se apoyó contra la mesa, notando que había dejado de respirar y que las rodillas le flaqueaban.

—¿Qué ocurre con Paige?

—Han llamado de recepción, señor. Ha habido un atropello en la avenida. Creo que una ambulancia se ha llevado a la señorita Hunter.

Las palabras le golpearon con violencia en el pecho. Sin decir absolutamente nada, dio media vuelta y abandonó la pequeña oficina, rumbo al pasillo, sin acordarse siquiera de tomar su abrigo y rogando en silencio que aquello no fuera cierto.

CAPITULO 27

Grant apenas supo cómo había llegado hasta el hospital.

Cuando entró por la puerta de Urgencias, corrió hacia el mostrador de recepción. El corazón le latía desbocado en su pecho y su mente se empeñaba en crear escenarios que no deseaba que ocurrieran. Tras controlar la respiración, intentó llamar la atención del personal que había al otro lado. Nadie se percató de su presencia allí y Grant insistió.

—Por favor, necesito saber si han ingresado a una persona —dijo en voz alta con cierto tono impaciente.

Una mujer se giró para mirarlo de arriba abajo con cara ceñuda, como si la hubiese interrumpido en algo que estaba haciendo. Se colocó las gafas, que inmediatamente resbalaron por su angulosa nariz, y se sentó tras la pantalla del ordenador.

—Dígame el nombre de la paciente.

—Hunter. Paige Hunter —replicó Grant.

La mujer tecleó despacio sin que en su rostro revelara ninguna emoción. Un segundo después apretó los labios y asintió.

—Sí, Paige Hunter. Ha sido un atropello. Están haciéndole algunas pruebas. Puede esperar...

Grant la detuvo, nervioso.

—¿En dónde se encuentra?

Mirándolo por encima de la montura de sus gafas, la mujer hizo una mueca.

—Lo siento, pero no puede pasar.

Sin aguardar ni un segundo más, Grant abandonó el mostrador y se internó en el largo pasillo que se abría tras él. «Ya encontraré el camino por mi cuenta», se dijo, mortalmente asustado.

Por desgracia, conocía bien aquel hospital: era el mismo al que habían llevado a su hermano cuando sufrió ambos infartos. Sabía dónde estaba el ala de observación y en dónde podría aguardar hasta que pudiese abordar a algún enfermero o algún médico que supiese decirle cómo estaba Paige.

El pasillo se ensanchó, dando lugar a una pequeña salita de espera. Apenas había

una docena de personas allí sentadas, aguardando noticias de sus familiares. Grant miró a su alrededor, buscando con la mirada a alguna enfermera a la que poder preguntar. Giró sobre las punteras de sus zapatos. Tenía el estómago cerrado y apenas podía meter aire en sus pulmones. Se dirigió hacia una de las incómodas sillas de plástico que quedaban vacías y dejó caer en ella el peso de su cuerpo, pasando una mano por el rostro y el pelo, despeinándose. Sin poder hacer otra cosa más que esperar, apoyó los codos sobre sus rodillas y clavó la vista en el suelo.

No podía creer que aquello hubiese sucedido. Había dejado a Paige al pie de la Torre, dirigiéndose a comprar el periódico. Lo siguiente que había sabido de ella era que la habían atropellado a pocos metros de la entrada. Nada de aquello tenía sentido.

Alzó la cabeza como accionado por un resorte cuando escuchó una de las puertas abrirse. Un enfermero había aparecido a mitad del pasillo, salido de alguna de las salas de observación. Grant se levantó y aceleró el paso hasta él.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —le dijo a su espalda. El enfermero se giró con sorpresa. Asintió antes de hablar.

—Por supuesto.

—Estoy buscando a Paige Hunter. Me han dicho que estaban haciéndole algunas pruebas, pero nadie ha sabido darme detalles.

El hombre hizo un gesto con la cabeza.

—No podría decirle. Pero, si quiere, puedo entrar y preguntar por ella.

El correr de la sangre por su oído le hacía difícil el escuchar con claridad. Asintió con un enérgico cabeceo.

—Por favor, si es tan amable.

El enfermero se disculpó con un gesto y abandonó el pasillo por la misma puerta por la que había aparecido. Grant vio cómo ésta se cerraba y su respiración se hizo más difícil. Odiaba los hospitales, los odiaba a muerte. No le habían traído nada bueno en los últimos meses: primero había sido su hermano, y ahora era Paige quien estaba allí. No se creía capaz de pasar otra vez por lo mismo.

El tiempo que el enfermero tardó en aparecer se le hizo eterno aunque no fueron más que diez minutos, diez largos minutos en los que él había mirado el reloj una y otra vez. Cuando la puerta se abrió, Grant lo interceptó antes de que el hombre pudiese dar un paso en el pasillo.

—¿Sabe algo?

El enfermero asintió.

—Sigue en observación. El médico tiene previsto salir dentro de un rato para hablar con la familia. ¿Es usted familiar suyo?

Grant no dudó en asentir.

—Lo soy, sí.

—Siento no poder darle más noticias —le dijo el hombre con empatía mientras posaba la mano en el codo de Grant—. Tendrá que esperar.

Tardó unos segundos en asimilar que no iba a saber nada más de Paige hasta que el médico saliera por aquella puerta. En contra de su voluntad, asintió con pesadez.

—Gracias por todo.

El enfermero hizo un gesto con la cabeza y se marchó pasillo abajo.

Con paso cansado, Grant regresó hasta donde estaban los asientos y se sentó. Se quitó el abrigo y lo dejó junto a él, en una de las sillas vacías. Cerró los ojos y volvió a escuchar las sirenas de la ambulancia que él había estado mirando desde su oficina, sin saber que se estaban llevando a Paige. Apretándose los párpados, sacudió la cabeza y se quitó el abrigo, para dejarlo junto a él, en una de las sillas. No pensaba moverse de allí hasta que tuviese noticias de Paige.

Casi una hora más tarde, la sala estaba más despejada. Diversos familiares se habían marchado, quedando sólo una mujer que dormitaba sentada en una esquina y un hombre que estaba más pendiente de la pantalla de su móvil que de quienes llegaban o se iban.

Había recibido una llamada de Mensfield, completamente alterado al enterarse de lo que le había sucedido a su compañera. Jason le había prometido que iba a mantenerle informado en cuanto tuviese noticias de cómo se encontraba Paige, pero le había convencido para que no viniera al hospital todavía. Al fin y al cabo, no iba a ayudar en nada estando allí: para limitarse a esperar noticias, Grant se bastaba solo.

El repiqueteo de tacones en el corredor le hizo incorporarse y levantar la mirada del suelo. Dos mujeres se aproximaban con paso rápido por el pasillo, con un claro nerviosismo dibujado en sus rostros. Llegaron hasta Grant y lo saludaron con un cabeceo educado sin prestarle demasiada atención. Estuvieron hablando entre ellas, mirando a un lado y a otro hasta que una de ellas se le acercó.

—Perdone —le dijo la mujer más joven, con una postura rígida— ¿no hay por aquí

ningún médico ni nadie que puede informarnos?

Grant se levantó antes de contestarle.

—Hay que esperar que alguien salga de ahí dentro —les dijo señalando con su cabeza hacia el lugar por donde había visto salir al enfermero.

La mujer hizo un gesto con la cabeza y le sonrió con cierto aire triste.

—Muchas gracias.

Vio cómo se acercaba hasta la otra mujer, que permanecía atenta al pasillo, retorciéndose las manos y colocándose el bolso sobre su hombro de manera compulsiva.

Las observó durante unos momentos. Aquellas dos mujeres les resultaban familiares, aunque estaba seguro de que nunca se había cruzado con ellas. Entonces recordó la voz de la mujer con la que acababa de hablar y supo que la había oído antes; más concretamente en el apartamento de Paige, el día en que su hermana llegó para decirle que volvía a estar embarazada. Las miró de nuevo: el parecido entre ellas era innegable. La hermana de Paige tenía su misma estatura, los ojos del mismo color verde y el pelo un poco menos rojizo, pero estaba completamente seguro de que tenían que ser su familia. Se acercó hasta ellas con calma.

—Disculpen —preguntó. Las dos mujeres giraron la cabeza hacia él—. ¿Son ustedes familiares de Paige Hunter?

Los ojos de las dos mujeres se abrieron desmesuradamente. Se miraron la una y la otra antes de pasar a mirar a Grant.

—¡Sí! Yo soy su hermana —le dijo la mujer más joven, que él sabía que se llamaba Penny—. ¿Sabe algo de ella?

Grant le sonrió.

—Soy Jason Grant, el jefe de Paige —las saludó a ambas con un gesto de la cabeza—. Sólo sé que está en observación.

La otra mujer, la madre de Paige, dio un paso hacia él.

—¿Qué ha pasado? Cuando nos han llamado han sido muy escuetos. Sólo han dicho que la habían ingresado aquí, y hemos venido corriendo —le dijo con una clara preocupación dibujada en su rostro.

—No sé mucho más que ustedes —le dijo él, negando con pesadumbre—. Sólo que ha sufrido un atropello y que está en observación.

La madre de Paige se cubrió la boca con la mano y los ojos se le llenaron de

lágrimas al instante. Vio cómo Penny daba un paso hacia atrás y su rostro perdía el color.

—Si me disculpan un momento —dijo mientras giraba de inmediato, con la mano sobre la boca, y corría pasillo abajo.

—¡Penny! —gritó su madre. La mujer no la escuchó y siguió adelante por el pasillo. La madre de Paige se giró hacia él con una manifiesta tristeza en sus ojos—. Está embarazada y no lleva demasiado bien lo de las náuseas. Soy Cassandra Hunter. Gracias por estar aquí, señor Grant —lo saludó girándose hacia él y le tendió la mano.

Él apretó los labios.

—No es nada.

—Es muy difícil no saber qué está ocurriendo.

Grant asintió con convicción.

—Lo es.

Ninguno de los dos dijo nada más durante unos momentos, hasta que Cassandra Hunter giró la cabeza cuando escuchó que su hija se aproximaba por el pasillo. Dio un paso hacia ella.

—¿Cómo te encuentras, cariño?

La mujer asintió con una expresión de molestia.

—Ya estoy mejor. Mierda de hormonas —contestó arrugando la nariz. Entonces fijó sus ojos en él—. Así que usted es el jefe de Paige.

Grant asintió.

—Mi hermana me ha hablado de usted —le dijo con una sonrisa prendida en su rostro.

—Y yo creo haber tenido el placer de conocer a sus hijos —contestó Grant con una sonrisa cortés que no llegó a sus ojos.

Penny arrugó los labios e hizo un gesto con la ceja que a Grant le recordó enormemente a Paige.

—Ya me contó Paige su encuentro con ellos en el parque.

A Grant, aquel episodio le parecía muy lejano en el tiempo, cuando aún no sabía lo que estaba comenzando a sentir por Paige. Ahora ya no tenía ninguna duda: ella se había convertido en lo más importante de su vida en aquel momento.

Penny miró a su alrededor.

—¿Sabe cómo ha ocurrido?

Grant tomó aire y metió ambas manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Le comentaba a su madre que sé muy poco más.

En aquel momento una de las puertas que daba al pasillo se abrió, y de ella salió un hombre entrado en años y vestido con una bata blanca.

—¿Familiares de Paige Hunter? —dijo mirando a su alrededor.

Los tres se dirigieron con paso rápido hacia él.

—Soy el doctor Miller —dijo el hombre a modo de saludo, antes de pasear su mirada por todos ellos. Metió las manos en los bolsillos de su bata y compuso una seria expresión antes de hablar—: La señorita Hunter ha sufrido un serio traumatismo cerebral. Ahora mismo está en observación. Sigue inconsciente y las siguientes cuarenta y ocho horas son fundamentales. No hemos apreciado ningún hematoma subdural que precise intervención quirúrgica pero, como les digo, las próximas horas serán relevantes.

Grant vio como la madre de Paige buscaba de manera instintiva las manos de su hija y se agarraba con fuerza a ellas.

—¡Oh, Dios mío!

Penny dio un paso hacia el médico sin soltar las manos de su madre.

—¿Podríamos pasar a verla? —preguntó con un hilo de voz.

El hombre pareció dudar durante unos segundos.

—Ya les digo que está inconsciente, pero tal vez puedan pasar unos minutos. Pero antes... tengo que informarles que el hombre que iba con ella no ha logrado sobrevivir. Lo siento mucho.

Fue el turno de Grant de dar un paso en dirección al médico.

—¿Cómo dice?

El médico se giró hacia él y lo miró con ojos entornados.

—El hombre que iba con ella. Aún no ha podido ser identificado. Estaban cruzando la calle y un vehículo les embistió. Con total seguridad, la policía querrá hablar con ella cuando se encuentre en condiciones de prestar declaración —le dijo antes de dar un par de pasos hacia atrás—. Por favor, sean breves con su visita.

El médico dio media vuelta y cruzó de nuevo el umbral de la puerta, cerrando tras de sí.

Grant sintió que la garganta se le cerraba y que le impedía tragar saliva. Intentó tranquilizarse tomando aire cuando cayó en la cuenta de que sabía lo que había sucedido: Danny. El hombre debía de haberla interceptado cuando Paige fue a por el periódico y entonces fue cuando los atropellaron. Apretó los puños de pura frustración.

—¿Sabe de quién puede tratarse? —le preguntó Penny girando la cabeza hacia él. Grant asintió sin dudar.

—Creo que sí. Un antiguo conocido de Paige. Ha estado... molestándola estos últimos días.

Los ojos de Penny se abrieron desmesurados.

—¡Danny! ¡Lo encontramos un día en el centro comercial y fue muy desagradable con mi hermana!

Grant no se consideraba una persona violenta ni vengativa, pero en el caso de Danny... Bueno, bastaba con decir que ese bastardo asqueroso se podía considerar afortunado por estar ya muerto.

Cassandra se apresuró a ir tras los pasos del médico; abrió la puerta por donde éste había desaparecido y entró, dejándolo a solas con la hermana de Paige. La mujer se giró hacia él.

—Gracias por cuidar de mi hermana —dijo Penny tras unos segundos en silencio.

Grant la miró a los ojos, tan verdes como los de Paige. Asintió con un pesado gesto.

—No tiene que darme las gracias por nada.

La mujer alzó con sutileza la comisura de los labios, en una suerte de sonrisa.

—Mi hermana le importa mucho, ¿no es así?

La frase tomó a Grant por sorpresa, golpeándolo en el centro del pecho. Le sonrió a medias y bajó la cabeza. Tenía la ligera sospecha de que aquella espontaneidad debía de ser una marca en las mujeres Hunter.

—Hasta ayer no supe lo importante que es Paige para mí —le contestó sin pensar, y se asombró de lo fácilmente que habían salido aquellas palabras de su boca.

Con un gesto cordial, Penny apoyó una mano sobre su antebrazo y apretó con suavidad.

—Me alegra que lo haya descubierto. —Las miradas de los dos se encontraron y ambos sonrieron con brevedad—. Saldrá de ésta, ya lo verá.

Grant asintió queriendo más que nada en el mundo creer en sus palabras.

—Eso espero, porque no hay nada que yo desee más.

La puerta se abrió de nuevo, y la madre de Paige apareció. Su semblante parecía ahora más sosegado y sereno. Penny dio un paso hacia su madre. Antes de traspasar la puerta, se giró hacia él.

—¿Quiere entrar?

Grant se enderezó y tomó aire. Tras unos segundos, negó con la cabeza sin convicción.

—Creo que le corresponde a usted pasar primero. Yo... yo esperaré.

Penny lo miró con fijeza y asintió.

—Muy bien.

Sin agregar nada más, Penny dejó a Grant solo y en silencio en aquel inhóspito pasillo.

Despacio, Paige fue saliendo de aquella acogedora calma que la había acunado durante no sabía cuánto tiempo. Con esfuerzo, trató de abrir los ojos y la luz anaranjada del atardecer que entraba por la ventana la cegó.

Tomó aire lentamente, llenando sus pulmones. Parpadeó con dificultad e intentó mirar a su alrededor. Estaba tumbada en una cama de hospital. Sobre la cabecera había un soporte de donde pendían varias bolsas de suero que estaban conectadas mediante una vía a su brazo izquierdo.

Tras unos segundos Paige intentó mover las manos y una punzada de dolor la atravesó, llenando su cerebro con millones de agujas. Y lo mismo sucedió al mover las piernas y los pies. Cerró de nuevo los ojos y se afanó en respirar acompasadamente, llenando su pecho para soltar el aire con lentitud.

Lo último que recordaba era ver venir un coche hacia ella a toda velocidad, seguido de un fuerte golpe. Después de aquello todo se había vuelto negro.

Con tranquilidad, volvió a abrir los ojos, esta vez intentando enfocar la habitación. En aquel momento la puerta se abrió, dejando paso a su hermana y su madre. Cassandra tenía la mirada fija en el vaso de café que llevaba en la mano y, tras ella, Penny hablaba por teléfono. Su mirada encontró la de su madre en el mismo instante en que la mujer giraba la cabeza en su dirección.

—¡Paige! ¡Estás despierta!

Cassandra corrió hacia su hija, apostándose en un lado de la cama.

Penny se quedó aguardando bajo el vano de la puerta, con una amplia sonrisa en su rostro.

—Tengo que dejarte. Acaba de despertar —oyó decir a su hermana, dirigiéndose a quien quisiera que estuviese al otro lado de la línea. Penny asintió con un vigoroso cabeceo antes de responder—. Se lo diré, descuida. Hasta luego.

Penny guardó el teléfono en el bolsillo y corrió hacia su hermana, apostándose junto a Cassandra. Su madre la besó repetidamente en la frente y le quitó un mechón de pelo de la mejilla.

—Cariño, estás despierta —repitió con una enorme sonrisa y los ojos llenos de lágrimas.

Notó cómo su hermana la tomaba de la mano. Paige la miró y sonrió.

—¿Cómo estás, enana? —le dijo Penny con ternura.

Paige intentó moverse en la cama. Y, aunque pudo hacerlo sólo un poco, le dolieron todos y cada uno de los huesos de su cuerpo. Hizo una mueca y entrecerró los párpados al mirarla.

—Como si me hubiera pasado por encima una apisonadora.

Su hermana y su madre se miraron sin ocultar la enorme sonrisa que ambas lucían en ese momento.

—Nos has tenido muy preocupadas —le dijo su madre. Paige volvió a fijar los ojos en ella.

—Ten la seguridad de que esto era lo último que yo hubiera querido, mamá —le respondió, y se pasó la lengua por los labios resacos—. Tengo sed. ¿Podrías darme un poco de agua?

Cassandra se separó de su lado y fue hasta la puerta.

—Voy a decirles que has despertado y a preguntar si puedo darte agua, ¿de acuerdo? —le dijo cuando ya casi había salido. Paige asintió y su madre salió con una sonrisa enorme en su rostro.

Su hermana ocupó el lugar que había dejado Cassandra y la tomó de la mano.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí, Penny? —le preguntó mirándola directamente a los ojos.

Su hermana le sonrió a medias.

—Desde ayer por la mañana. Has estado inconsciente.

Los ojos de Paige se abrieron desmesuradamente.

—¿Desde ayer? —repitió Paige, sintiendo que su corazón se aceleraba. No tenía noción de que hubiese pasado tanto tiempo. Para ella, que Danny la encontrara y la arrastrara con él había sucedido sólo un par de horas antes. Se llevó la mano que tenía libre a la sien derecha, intentando así mitigar el dolor de cabeza que sentía.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó. Penny se llevó la mano al bolsillo, como si quisiera asegurarse de que el teléfono seguía allí.

—Con Jake. Estuvo ayer aquí toda la tarde, esperando a que despertaras. Me ha dicho que se volverá a pasar esta tarde. Y que tiene muchas ganas de darte un abrazo.

Paige sonrió al pensar en su compañero y en el susto que debía haberle dado.

Penny se sentó a su lado.

—Tus sobrinos te mandan un mensaje.

Paige abrió los ojos, miró a su hermana mayor y le sonrió.

—¿Sí? ¿Cuál?

La mujer asintió divertida.

—Sí. Me encargaron que te dijera que... La Fuerza te acompañe —le contestó mientras hacía un gracioso gesto con la nariz y ponía los ojos en blanco.

Paige ahogó una carcajada en el fondo de su dolorida garganta.

—Creo que les dejas ver demasiado esas películas, hermana. ¿Qué ha sido de Barrio Sésamo, o de la rana Gustavo y la cerdita Peggy?

Penny se encogió de hombros.

—Mientras no traten de ejercitar la Fuerza con el microondas, tengo la situación controlada.

La puerta se abrió en ese momento y Cassandra volvió a entrar con un pequeño vaso en la mano.

—Ya saben que estás despierta. Vendrán dentro de un rato —le dijo mientras llegaba junto a ella—. Y nada de agua. Me han dado algo de hielo para que te refresques los labios.

Cassandra se acercó a su hija y le pasó un pequeño trozo de hielo por los labios. Aquello no era agua, pensó Paige, pero le supo a gloria. Su madre se retiró después de que ella le hizo un ligero gesto con la mano de que ya era suficiente y dejó el pequeño vaso sobre la mesilla que había junto a la cabecera de la cama.

Paige se sentía feliz de estar junto a su madre y su hermana. Podía ver la inquietud en las caras de ambas y eso la hacía sentir mal. No quería que estuviesen preocupadas por ella, sobre todo en el estado en que se encontraba Penny. Les sonrió a ambas.

—Quitad esas caras, estoy bien. Sólo me duele un poco la cabeza, pero nada que no se cure en unos días.

Penny y Cassandra se miraron mutuamente, y Paige habría podido jurar que las dos mujeres habían respirado aliviadas.

—Hay alguien ahí fuera a quien le gustaría verte —le dijo su madre haciendo una señal con su cabeza en dirección a la puerta.

Paige sintió que se había quedado sin respiración. De manera instintiva intentó moverse en la cama, pero un pinchazo en el costado la detuvo. Hizo una mueca y se dejó caer en el colchón resoplando de pura frustración.

Su hermana se levantó de la cama, se colocó junto a su madre y miró a ésta por el rabillo del ojo, intentando ocultar una sonrisa.

—Tranquila. No creo que vaya a ir ningún sitio.

Paige miró hacia la puerta cerrada de la habitación con el corazón martilleándole a mil en el pecho. Miró a su hermana y luego a su madre.

—Lleva esperando ahí fuera desde ayer. Tuvimos que insistirle para que se fuera y descansara un rato —dijo su hermana haciendo un gesto de negación con la cabeza—. Pero a las dos horas estaba de regreso. Creo que es un poco tozudo.

Paige sonrió e intentó acomodarse mejor contra la almohada. Aquella conducta era muy típica de Grant. Había visto cómo se había comportado con su propio hermano cuando éste estuvo ingresado y aquello tenía su impronta personal. Miró primero a su hermana y luego a su madre.

—¿Qué os ha dicho?

Ellas se encogieron de hombros casi a la vez.

—¿Qué querías que nos dijera? —preguntó Penny elevando una ceja, divertida—. ¡Por Dios bendito, si no hace falta que diga nada! Se le ve en la cara.

Cassandra le dio un pequeño codazo a su hija menor en el brazo y se acercó hasta la cama de Paige.

—Cariño, ¿quieres que le digamos que pase?

Paige se agarró con fuerza a las sábanas y asintió.

—Por favor. Si no os importa.

Su madre la besó en la frente y le acarició la mejilla.

—Claro. Volveremos dentro de un rato.

—¿Ah, pero tenemos que salir nosotras? —preguntó Penny con burla. Cassandra tomó a su hija del brazo y tiró suavemente hacia la puerta.

—¡No, claro que no, mi vida! —la escuchó decir Paige mientras ambas se acercaban hacia la puerta. Cassandra sujetó con más fuerza a Penny cuando ésta trastabilló un poco por caminar de espaldas—. Nos vamos a quedar aquí para ver cómo ese hombre mira a tu hermana con ojos de cordero. ¡Por supuesto que sí!

Paige no pudo evitar que una amplia sonrisa iluminara su rostro mientras veía a su madre y a su hermana marchar. Aún no se había cerrado del todo la puerta cuando ésta se detuvo y volvió a abrirse.

Jason apareció en el vano de la puerta, con la mano sujetándola para que no se cerrara, sin atreverse a dar un paso hacia el interior. La sonrisa que aún mantenía Paige en su rostro por ver marchar a su hermana y su madre se hizo más amplia si cabía. Aquello fue suficiente para que él traspasara el umbral, cerrara la puerta tras de sí y se acercara hacia la cama con pasos largos.

Se miraron el uno al otro por unos momentos, hasta que la mano de Grant tomó la suya y Paige se le olvidó cómo debía respirar. Se agarró con fuerza a aquella mano, segura y firme, y entrelazó los dedos con los suyos.

Grant buscó la silla que había junto a la cama de Paige y la acercó y, sin soltar la mano de ella ni un solo instante, se sentó a su lado.

—¿Cómo estás? —le preguntó en voz baja muy cerca de ella, pegado al borde de su cama. Ella le sonrió.

—Mejor ahora.

Lo vio tomar aire y, con un lento movimiento, apoyar la frente contra su brazo.

—¡Gracias a Dios! —lo oyó decir mientras sentía su aliento cálido en la piel de su brazo.

Con cuidado de no tirar demasiado de la vía, Paige le acarició la nuca con el brazo que él no estaba sujetando. Lo besó en la coronilla y apoyó su mejilla contra él.

—Estoy bien, de veras —le dijo conmovida por su evidente preocupación. Él se incorporó y la besó suavemente en los labios. Paige sonrió bajo aquel beso. Con reticencia se separó de él unos centímetros, los justos para poder mirarlo a los ojos.

—He estado soñando contigo, ¿sabes? —le dijo.

Jason volvió a rozar sus labios brevemente para mirarla de nuevo. Apretó su mano bajo la suya.

—¿Connigo? ¿Y qué has soñado? —preguntó él en voz baja, pegado a su boca.

Ella esbozó una nueva sonrisa.

—Estábamos en aquel pub, el local de jazz, bailando aquella canción que tanto me gusta, y tú me besabas.

Grant la obsequió con una cálida mirada que le derritió el corazón.

—Estabas preciosa con aquel vestido rojo. Estuve deseando besarte durante todo el tiempo que bailamos.

Paige alzó una ceja de manera seductora.

—¿Y qué te lo impidió? —preguntó con el mismo tono bajo e íntimo que él había utilizado anteriormente—. Porque te aseguro que yo habría estado encantada si lo hubieras hecho.

Jason paseó su mirada por el rostro de Paige hasta detenerse en sus labios. Despacio, volvió a besarla alargando cuanto pudo el contacto entre ellos. Cuando se separó de ella, le acarició la mejilla.

—No sé cómo no me di cuenta aquella misma noche de que estaba enamorado de ti.

Paige volvió a quedarse sin respiración al oírlo y su corazón comenzó a bombear frenéticamente en su pecho. Le acarició el mentón, áspero por la barba algo crecida, y él buscó la palma de su mano, apoyándose en ella mientras cerraba los ojos.

—Casi me muero cuando Caroline me dijo que había habido un accidente y que ibas en una ambulancia —le dijo él irguiendo la cabeza. Paige dejó caer el brazo a su lado y se acomodó sobre la almohada.

—Todo... todo ocurrió muy rápido. No tengo muy claro qué fue lo que pasó.

Él fijó sus ojos en ella, entornando la mirada.

—¿Qué hacía Danny allí? —le preguntó Jason.

Paige tomó aire, intentando encajar las piezas del puzle en su mente. Clavó la vista en el techo y, como si éste fuera la pantalla de un cine, intentó proyectar allí sus recuerdos.

—Me estaba esperando. Aproveché la ocasión para abordarme cuando fui a comprar el periódico. Intenté... intenté resistirme, pero tenía una pistola escondida en

la chaqueta y... sentí miedo —le contó. Se pasó la lengua por los labios reseco y llenó sus pulmones de aire.

Aquellos recuerdos le dolían, tanto como si los estuviese viviendo en ese preciso instante. Trató de controlar las lágrimas que se estaban formando tras sus párpados, pero le fue inútil. Una lágrima caliente rodó por su mejilla y Jason se apresuró a retirarla con sus dedos. Paige tragó saliva antes de continuar.

—De repente escuché el ruido del motor de un coche acelerando y, cuando me di cuenta, estaba sobre nosotros. Tiré con todas mis fuerzas y logré zafarme de la mano de Danny, pero él...

Paige buscó los ojos de Jason.

—¿Qué ha pasado con Danny?

Grant giró la cabeza sobre su hombro, evitando así su mirada y en su mandíbula apareció un ligero pulso. Paige no necesitó nada más para comprender qué había sucedido. Volvió a clavar su mirada en el techo y apretó con fuerza los labios.

—Quería que me dejara en paz, que desapareciera de mi vida —le dijo casi con un susurro—, pero no quería que sucediese de esta manera.

Sintió que la mano de Jason le acariciaba la mejilla. Paige giró la mirada hacia él.

—Lo sé —contestó él, reconfortándola.

Paige trató de serenarse. Acababa de pasar por un atropello y de saber que la persona que había estado intentando extorsionarla había muerto a unos pocos metros de ella. Necesitaba calmarse. Tomó aire y lo exhaló lentamente.

—¿Qué sabe la policía? ¿Han atrapado a quien lo atropelló?

Él negó una sola vez.

—No, y no están seguros de que puedan hacerlo. La policía necesitará hablar contigo cuando te encuentres en condiciones. Según han podido contar algunas de las personas que estaban allí, no fue casual. Aquel coche iba a demasiada velocidad y no disminuyó cuando os arrolló. Ahora puede estar en otro estado, o al otro lado del país.

—Danny debía saber que andaban tras él. Parecía desquiciado cuando intentó llevarme.

Grant volvió a besarla con lentitud.

—No te preocupes más. Desgraciadamente para él, Danny se labró a pulso la manera en que ha acabado.

Paige miró hacia la ventana. Casi no se podía creer que estuviera allí, postrada en una cama. Y que Danny hubiese muerto. «Es como estar mirando la vida de otra persona», pensó con tristeza. Jamás habría podido anticipar todo aquello. Apretó con fuerza la mano de Grant y él le correspondió el gesto con uno idéntico.

Estuvieron así unos minutos, en silencio, hasta que Paige sintió que su corazón volvía a latir con normalidad. Jason continuaba sentado a su lado, muy cerca de ella. De vez en cuando él le acariciaba los nudillos con el pulgar e, involuntariamente, en los labios de Paige aparecía una media sonrisa que poco tardaba en desaparecer.

Pese a que estaba anclada a aquella cama y al dolor de cabeza, Paige se encontraba bien. No sentía mareos ni ganas de vomitar, lo cual consideró buena señal. Estaba deseando ver al médico y que le dijera que no había nada de lo que preocuparse. Quería salir de aquel hospital y volver a su vida, con Grant, y a su trabajo y...

—¡La reunión con Bishop! —exclamó Paige de improviso mientras giraba la cabeza en dirección a Jason y clavaba sus ojos en él.

El hombre parpadeó, sorprendido.

—¿Qué ocurre con ella?

Paige intentó moverse, pero un agudo pinchazo en la cadera la detuvo. Compuso una mueca de dolor antes de volver a descansar la cabeza sobre la almohada.

—Ibas a reunirte con él ayer por la mañana. Y le ibas a entregar tu carta de traslado.

Grant le apartó un mechón de pelo de la frente, demorándose en acariciarlo. Él fijó su mirada en sus labios y una sonrisa apareció en su masculino rostro.

—Me reuní con él. Tenía un hueco libre por la mañana y me recibió.

Paige lo miró fijamente.

—¿Le presentaste tu carta?

Grant se limitó a asentir.

Esperó unos segundos, pero Jason no dijo nada más. Paige incorporó un poco la cabeza con expectación.

—¿Y bien?

Jason bajó la mirada hacia las manos de ambos y la acarició de nuevo.

—Me dijo que lo estudiaría.

—¿Le... contaste lo nuestro?

Él asintió con firmeza.

—Lo hice. Le dije que estaba dispuesto a cambiar de trabajo si no lo aceptaba. De empresa, si hacía falta, pero que no iba a dejarte.

La mano de Paige se cerró en torno a la de él con más fuerza.

—¿Te dijo cuándo te respondería?

—Ya lo ha hecho —añadió él de inmediato.

Ella tomó aire con ansia.

—¿Y vas a contármelo? Porque te prometo que no estoy para averiguaciones.

Despacio, sin dejar de mirarlo con ojos entornados, Paige volvió a tumbarse en la cama. Jason asintió.

—Bishop me llamó ayer por la tarde. Ha aceptado mi solicitud y me encargarán la supervisión del Departamento de Control Interno y Calidad. La empresa quiere implementar nuevas normas para optimizar los recursos y quieren que yo me haga cargo de todo el proceso.

Sin importarle el dolor que tenía bajo la costilla ni el pinchazo en la cadera, Paige se incorporó y le echó los brazos al cuello, abrazándolo con fuerza.

—Me alegro tanto, Jason —dijo cerca de su oreja. Él le besó la mejilla y se retiró un poco.

—Hay algo más —le dijo, apartándole un mechón de cabello de la mejilla con delicadeza—. Al marcharme a ese otro departamento, mi puesto queda libre y Bishop quiere que seas tú quien se haga cargo de él.

Paige lo miró, atónita.

—Debes de estar bromeando.

Grant negó con contundencia.

—Nada de bromas. Lo sugirió incluso antes de que yo le dijera lo nuestro, cuando creyó que iba a verlo porque aceptaba sustituirlo en la vicepresidencia. Sabe lo valiosa que eres para la empresa y no te van a dejar marchar así como así —le respondió sin dilación.

—Pero, ¿y las normas de la empresa?

—Tendríamos el mismo nivel jerárquico —replicó él de inmediato—. Además, nuestros departamentos no estarán relacionados. Ya no seré tu jefe ni tú serás mi subordinada. Nada que quebrante los estatutos de la empresa. Pero, antes de eso, tendremos que pasar por el comité de conducta, Paige.

Ella asintió con vigor. No le importaban los trámites por los que tuvieran que pasar. Le daba igual lo que dijeran.

—No me importa.

Los ojos de Jason estaban fijos en ella, tan cerca que podía apreciar con claridad aquellas pequeñas motas celestes que casi relucían.

—Paige —lo oyó llamarla, con aquel tono de voz, bajo y cálido, que se colaba por sus oídos como si fuera una caricia. La mirada de él se centró en sus labios.

—¿Sí?

Grant levantó su vista para clavar aquellos profundos ojos azules en ella. —Cásate conmigo.

Paige parpadeó un par de veces antes de ser capaz de hacer que las palabras salieran por sus labios, boqueando como un pez fuera del agua.

—Además del golpe en la cabeza, debo de haber perdido el oído. He creído escuchar que me pedías que me casara contigo.

Grant asintió con vigor.

—No has perdido el oído. Eso es lo que he dicho.

Paige no supo qué decir. Lo miró fijamente y agradeció en silencio estar tumbada porque, de haber estado en pie, habría necesitado sentarse. Jason se acercó aún más hacia ella y su cuerpo respondió a su proximidad sintiendo cómo se erizaba su piel.

—Sé que puede parecer apresurado, que llevamos poco tiempo juntos, pero todo esto que ha sucedido me ha ayudado a darme cuenta de que eres lo más importante que tengo en mi vida. Que estoy más que dispuesto a sacrificar mi trabajo con tal de que sigas a mi lado. No quiero perderte, Paige. Quiero estar cerca de ti todos los días; levantarme y acostarme contigo; salir de la oficina y que tú me estés esperando. O esperarte yo a ti, es igual. Eso es lo que quiero.

Todo a su alrededor dejó de tener sentido para Paige salvo Jason, sentado a su lado, agarrándola de la mano como si ella fuese una tabla de salvación en la que sostenerse. Miró en el fondo de aquellos pozos azules y sólo vio sinceridad en ellos. El corazón le bombeó con fuerza dentro de su pecho y dio gracias al cielo por no estar conectada a un monitor cardíaco porque, de haber sido así, ahora mismo tendría allí a toda la plantilla de médicos. Un cálido sentimiento se abrió paso a través de todo su ser. Después de unos instantes, le sonrió.

—¿Y bien? —preguntó él.

Ella parpadeó, sin comprender la pregunta.

—¿Bien, qué?

—No has respondido a mi pregunta.

Paige entornó los ojos y alzó la comisura de los labios con una sonrisa que le iluminó toda la cara. Se incorporó levemente y acarició con sus labios la boca de él. Grant respondió de inmediato, haciendo el beso más profundo. Cuando ella se separó, volviendo a dejar caer la cabeza contra la almohada, Grant se mantuvo en el mismo lugar.

—Está bien, señor Grant, me casaré contigo.

Grant volvió a besarla con ansia, incorporándose de la silla para poder abrazarla con libertad. Ella alzó sus brazos para acogerlo.

—Tu familia está fuera esperando a que yo salga —murmuró Grant cerca de su oído.

Paige se separó de él con desgana.

—Es cierto. Incluso puede que Penny esté husmeando tras la puerta.

Grant estalló en una carcajada que hizo sonreír a Paige.

—Son dos mujeres maravillosas. Al igual que tú.

Paige compuso una mueca divertida con los labios.

—No te lo parecerá cuando mi hermana intente sonsacarte todo lo referente a nuestra relación.

—¿Quién dice que no lo ha intentado ya? —respondió él con una ligera sonrisa dibujada en su rostro.

—O cuando mi madre insista en hacerse cargo de los preparativos para la boda.

Jason asintió despacio sin dejar de mirarla.

—Podré manejarlas, no temas.

Ella le acarició la barbilla con la yema de los dedos y Grant cerró los ojos con deleite.

—O mis sobrinos. Son capaces de ir a nuestra boda vestidos como los Jedis. Ya verás.

—Entonces será una boda original. No tengo ningún problema con eso.

Volvió a acercarse a ella para susurrar contra sus labios:

—Te quiero, Paige.

Paige no sabía si el dolor que sentía en las mejillas era producto del fuerte golpe o de la insistente sonrisa que se resistía a abandonar su rostro.

—Más te vale, señor Grant porque, en cuanto me levante de esta cama, no voy a dejarte ni un solo minuto.

Él le sonrió una vez más.

—Cuento con ello.

EPILOGO

Dos semanas después

Paige entró en su nueva oficina con una caja repleta con sus cosas bajo el brazo. Se quedó parada ante el vano de la puerta, sin atreverse a traspasar el umbral. Se le hacía raro estar allí y que Jason no estuviese al otro lado para recibirla, pero tenía que recordar que ése era ahora su despacho.

—¿Le ocurre algo, señorita Hunter? —oyó decir a Caroline a su espalda. Paige se giró y le sonrió.

—¿Señorita Hunter? —preguntó mientras arrugaba la nariz de manera graciosa—. Siempre he sido Paige. Eso no tiene por qué cambiar.

La mujer parpadeó una sola vez y le sonrió.

—Ahora eres mi jefa.

—¿Y qué ocurre con ello? No espero que me trates distinto a como me tratabas cuando venía aquí a hablar con Grant.

Caroline la miró y terminó asintiendo.

—¿Quieres que te ayude a instalarte?

Paige negó con convicción.

—No, no hace falta. Muchas gracias, —Y entró al fin en el que iba a ser su lugar de trabajo a partir de ese momento.

La secretaria cerró la puerta tras ella, dejándola a solas. El despacho estaba como siempre había estado: los mismos cuadros, la misma decoración, el mismo mobiliario. Dejó la caja sobre el escritorio y lo rodeó. Hacía tan sólo dos semanas estaba considerando la posibilidad de arrancar de cero en un nuevo trabajo, y ahora allí estaba, dispuesta a comenzar una nueva etapa como jefa del Departamento de Verificación de Siniestros. Era algo que aún no podía creer.

Se sentó despacio en el gran sillón. Nunca le había parecido tan grande cuando era Jason el que lo ocupaba; ahora, en cambio, lo veía enorme. Se acercó a la mesa y abrió un cajón tras otro, con tranquilidad. Todos estaban vacíos, a excepción del último. Dentro de él había una pequeña nota manuscrita llamó su atención. La tomó casi con reverencia y la leyó.

El teléfono directo a mi nueva oficina. Úsalo en cuanto puedas. Jason.

Y había escrito debajo el número. Paige sonrió y, sin aguardar ni un instante más, tomó el teléfono que había sobre el escritorio y marcó. Esperó mientras jugueteaba con la nota aún entre los dedos.

Jason contestó antes de que hubiese sonado el tercer tono.

—Sabía que ibas a llamarme.

Paige se arrellanó en el asiento.

—Estabas seguro de ello, ¿no es así? —contestó ella a su vez, con una sonrisa pletórica en su rostro.

—Absolutamente —lo oyó decir—. Y bien, ¿qué tal tu nuevo despacho?

Ella miró a su alrededor y compuso una mueca divertida.

—Hmmm, echo de menos algo aquí. Tal vez sea la persona que lo ocupaba antes.

Escuchó a Jason estallar en una carcajada que hizo que a ella se le iluminara el rostro.

—Dame cinco minutos y estoy allí.

Paige asintió con vigor.

—De acuerdo.

Dejó el auricular en su sitio y se levantó. La caja con sus cosas descansaba sobre la mesa. Comenzó a sacarlas y colocarlas en el sitio que iba a ocupar a partir de aquel momento. Estaba colocando una pequeña maceta junto a la ventana cuando llamaron a la puerta doble que daba al pasillo, y que sólo se utilizaba si el invitado era lo bastante importante o no quería cruzar por la oficina de la secretaria. Paige se dirigió con paso rápido hacia ella y abrió con soltura.

Jason estaba al otro lado, vestido de manera impecable, tal y como lo había visto aquella misma mañana cuando ambos salieran de su apartamento. Tenía las manos metidas en los bolsillos de su pantalón y una sonrisa arrebatadora en su rostro, que hizo que Paige sintiera ganas de besarlo.

—Creí que habías dicho cinco minutos —preguntó con ironía.

Él se encogió de hombros.

—Era una pena desperdiciar tres de ellos.

Sonriéndole, Paige se hizo a un lado y le dejó pasar, para cerrar la puerta en cuanto estuvieron dentro del despacho.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó Jason acercándose a ella y tomándola de la cintura para atraerla hacia él.

Paige alzó una ceja.

—¿Desde esta mañana? Perfectamente.

Despacio, Jason posó sus labios en los de Paige y ella se agarró con fuerza a sus brazos, rogándoles a sus rodillas que no la dejaran en mal lugar.

Cuando se separó, a desgana, Jason la miró con cierta preocupación.

—No debiste regresar tan pronto al trabajo.

Paige dio un par de pasos hacia atrás, mientras hacía un gesto con la mano.

—Nada de eso. Ya tuve bastante con la semana que estuve en el hospital y la que he estado enclaustrada en casa. Necesito trabajar —le dijo mientras se dirigía hacia la mesa y se apoyaba en ella—. Además, dentro de cuatro semanas volveré a ausentarme del trabajo. No quiero encontrarme el departamento patas arriba cuando regrese.

Jason se acercó, parándose frente a ella.

—Dentro de cuatro semanas nos ausentaremos los dos. Y me va a dar igual si mi nuevo departamento se cae a pedazos.

Paige se incorporó para besarlo. Antes de que sus labios rozaran los de él, el sonido del intercomunicador los detuvo. Alargó la mano ahogando un bufido de frustración y pulsó el botón.

—¿Sí, Caroline?

—El señor Mensfield está aquí.

Paige se enderezó de inmediato al tiempo que Jason daba un par de pasos hacia atrás, alejándose de ella.

—Dígale que pase, por favor.

Un segundo después la puerta que comunicaba con la pequeña oficina de la secretaria se abrió.

—¿Ahora voy a tener que anunciarme cada...? —El hombre se detuvo en cuanto vio que Paige no estaba sola. Los ojos de su antiguo compañero se abrieron como platos antes de cerrar, al fin, la puerta tras él.

—No sabía que estabas acompañada. Si quieres, puedo volver más tarde. No quiero molestar.

Paige le hizo un gesto con la mano para que entrara.

—Déjate de tonterías, Jake. No molestas.

Jake esbozó una tímida sonrisa. Miró primero a Paige, luego le dedicó un sutil movimiento de cabeza a Grant acompañado de un saludo con la carpeta de documentos que llevaba en una mano.

—Señor.

Jason le sonrió.

—Creo que es hora de dejar aparcados esos formalismos, ¿no crees? A fin de cuentas, vas a ser mi padrino de boda.

Paige miró a uno y a otro y sonrió, feliz. Le había contado a su compañero que Grant le había propuesto que se casara con él, y Jake sólo le preguntó si eso la hacía feliz, si era lo que ella quería. Cuando ella le contestó que sí, que eso era lo que deseaba hacer y que era muy feliz, la había abrazado con cariño y se había alegrado por ella. Había sido idea de Paige que él fuera su padrino y a Jason le pareció bien. Paige sabía cuánto echaba Jason de menos a su hermano, y cómo le habría gustado que hubiese sido él su padrino. Bien podría habérselo dicho a su sobrino Nathan, y Paige incluso se lo propuso, pero Jason consideró que era demasiado joven para desempeñar aquel papel.

Paige se acercó a su amigo y lo besó en la mejilla.

—Gracias por todo, Jake.

Su compañero la miró y asintió con una sonrisa en los labios.

—De nada. Ahora eres mi jefa y no puedo indisponerme contigo, o me harás la vida imposible.

Paige se giró hacia su mesa y se apoyó en ella.

—Dime, ¿qué necesitabas? —le preguntó con cortesía.

Él se encogió de hombros, mirando a uno y a otro.

—No te preocupes, puedo venir más tarde, cuando no estéis ocupados.

La mirada de Paige se encontró de soslayo con la de Jason, y ahogó una sonrisa.

—No estábamos ocupados. Dime qué querías.

Jake ya había emprendido la retirada, caminando hacia atrás con el dossier que traía en las manos ondeando ante sí.

—Ya regresaré después. Adiós, Paige. Jason —dijo mientras llegaba a la puerta que daba la oficina de Caroline y salía por ella.

Extrañada, Paige alzó una ceja y señaló hacia el lugar por donde segundos antes había desaparecido su compañero.

—¿Está raro o son sólo impresiones mías?

Jason se aproximó de nuevo hacia ella.

—Dale tiempo para que se acostumbre a que ya no seas su compañera, sino su jefa.

Ella torció el gesto, considerando sus palabras.

—Sí, puede que sea eso.

Deteniéndose a su lado, la atrapó despacio por la cintura y la pegó a él. Sus labios se rozaron.

—¿Estás nerviosa?

Ella apretó los labios y lo miró a los ojos.

—¿Por qué habría de estarlo?

—Por la boda —contestó él en voz baja.

Paige negó con vehemencia.

—En absoluto. Y...

Antes de que ella pudiera cualquier otra cosa, Grant la besó a conciencia, atrapando sus labios y no dejándolos marchar hasta que ambos tuvieron que volver a respirar.

—¿Y si te digo que yo sí lo estoy? Como si fuera la primera vez que voy a casarme.

Ella alzó una ceja.

—¿Y eso es bueno?

Jason asintió, convencido.

—Lo es.

Paige no podía sentirse más feliz de lo que se sentía en ese momento. Lo abrazó con fuerza, descansando su mejilla sobre su hombro. Los brazos de él se cerraron en torno a su cintura, pegándola todo lo que podía a su propio cuerpo. Estuvieron de aquella manera, en silencio, un tiempo que se le antojó demasiado corto, hasta que Paige habló.

—¿Qué sabes de Nate y Maddie?

Sintió que él la besaba en la coronilla.

—Nate me llamó ayer. Maddie y él se irán a California después de la boda para que mi sobrino termine sus estudios —dijo él con voz suave, cargada de ternura.

—Vas a echarlos de menos, ¿verdad?

Él simplemente asintió. Paige se retiró lo justo para mirarlo a los ojos.

—Sí, pero regresarán en algún momento —contestó con un dejo de tristeza en su voz—. También echo de menos a mi hermano.

Paige le acarició la mejilla, y él cerró los ojos y buscó el contacto de su mano.

—¿Podrías acompañarme después, cuando salgamos de la oficina? —le preguntó él antes de volver a mirarla. Paige asintió sin reservas.

—Claro. ¿A dónde quieres que te acompañe?

Una tímida sonrisa apareció en los labios de Jason.

—Hay... hay una tienda de manualidades cerca de mi casa. Me gustaría comprar algunas pinturas y pinceles.

El rostro de Paige se iluminó de repente.

—¿Quieres volver a pintar?

Él asintió.

—Sí. Me apetece mucho volver a hacerlo.

Paige lo abrazó con todas las fuerzas de las que era capaz. Sabía cuánto significaba para Jason volver a tener ganas de pintar y ella no podía estar más feliz por él.

El teléfono móvil de Paige vibró en su bolsillo, inoportuno. Con desgana, se separó de él, sacó el aparato y activó la pantalla. Un mensaje de texto apareció en ella.

Le he dicho a Caroline que, dentro de cinco minutos, te entregue los papeles que tenía que darte. Sed discretos.

Y añadía al final un par de pequeños símbolos que hicieron sonreír ampliamente a Paige.

—¿Quién es? —preguntó Jason, intrigado.

Ella le enseñó el mensaje de su compañero.

—«Sed discretos». ¡Como si eso fuera tan fácil!

Ambos rieron y, una vez más, Jason la besó. A regañadientes, Paige se separó de él.

—Puede que Jake tenga razón. Van a hablar de nosotros si no nos andamos con cuidado.

Jason le dedicó una sonrisa que la dejó sin respiración.

—Creo que evitar eso va a ser la parte más dura de las próximas cuatro semanas.

Paige asintió, absolutamente convencida.

—Puedes estar seguro.

FIN